DEPARTAMENTO DE LETRAS

TRABAJOS, CONFERENCIAS Y COMUNICACIONES. - III

UNIVERSIDAD "NUEVA"
Y
ÁMBITOS CULTURALES PLATENSES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACION
LA PLATA

UNIVERSIDAD "NUEVA"
Y
ÁMBITOS CULTURALES PLATENSES

DEPARTAMENTO DE LETRAS

TRABAJOS, CONFERENCIAS Y COMUNICACIONES. - III

UNIVERSIDAD "NUEVA" Y ÁMBITOS CULTURALES PLATENSES

LA PLATA

Queda hecho el depósito que
previene la Ley Nº 11.723.

Homenaje al Dr. Joaquín V. González 1863 - 1963

Publicación conjunta de la Municipalidad de La Plata y de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, con apoyo del Fondo Nacional de las Artes y la colaboración del Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires a través de la Dirección del Boletín Oficial e Impresiones del Estado

SUMARIO

TERCERA PARTE

CUARTA PARTE

QUINTA PARTE

ESTE HOMENAJE AL Dr. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

Al posibilitar la publicación de este volumen, la Comuna y la Universidad platenses testimonian hasta qué punto son deudoras conjuntas de agradecimiento a Joaquín V. González, cuya memoria aspiran a honrar.

La Ordenanza Nº 54, aprobada por el H. Consejo Superior de la Universidad Nacional de La Plata en 1961, recuerda que el 6 de marzo de 1963 se cumple el centenario del nacimiento de Joaquín V. González. En sus considerandos se expresan las obligaciones que dicha casa de estudios tiene, "no sólo como expresión significativa de la cultura argentina, sino también como claustro indisolublemente vinculado a las generosas siembras espirituales y materiales del ilustre riojano".

Dentro de dicho claustro, la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación está comprometida por un particular deber hacia el fundador, porque entre las inquietudes científicas y didácticas que decidieron al Dr. González a promover una universidad distinta, las Humanidades jugaron papel preponderante: desde el primer apunte en que esboza la estructura de la naciente institución figuran ya las secciones de Pedagogía, Filosofía y Letras, como indispensables para asignarle la proyección y el carácter de *universitas* que ha admirado en los más reputados establecimientos similares de Europa y Norteamérica.

También la ciudad de La Plata tiene especiales obligaciones para con el maestro. Así lo señala el Decreto-Ordenanza, suscrito por el señor Comisionado Municipal, Contador Nacional D. Hipólito F. Frangi,

donde al disponer el modo de adhesión al ilustre prohombre y ordenar la impresión de este volumen, se expresa:

> **La Municipalidad, interpretando genuinos y fervorosos sentimientos de sectores esclarecidos de la colectividad, asocia la edición con el homenaje que se tributará a Joaquín V. González, que nacido hace cien años en el paisaje agreste de las montañas riojanas vino a posarse, como estrella guiadora, sobre el cielo de la ciudad de Rocha.**

Guía y sembrador, en efecto: tal fue González. Iluminó derroteros y sus siembras, fructificadas en el terreno fértil de la universidad "nueva", irradiaron más allá de las aulas, hacia el ámbito urbano y social que la albergó. Y con el andar del tiempo lo configuraron de tal manera, que Leopoldo Lugones —al recordar desde París ciertos rasgos de la escolaridad platense— pudo denominarla, acuñando valedera analogía, "el Oxford argentino"; y Ricardo Levene, un cuarto de siglo después, —en el acto de rendir cuenta de su gestión presidencial— la confirmó ciudad universitaria al calificarla "Salamanca de Iberoamérica".

Tales irradiaciones no son obra del azar, sino que en cierta medida entraron dentro de las previsiones del fundador.. Es fácil comprobarlo en la *Memoria* que como Ministro de Instrucción Pública de la Nación dirige al Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, don Marcelino Ugarte, el 12 de febrero de 1905, donde manifiesta:

> **La Provincia de Buenos Aires, por su historia, extensión, numerosas riquezas industriales, naturaleza geográfica y geológica, situación litoral, fluvial y marítima, población y cultura, y después de cedida a la Nación su capital tradicional, tuvo necesidad de improvisar un asiento propio de su autoridad política que reemplazase a la antigua. Se fundó, así, la hermosa ciudad de La Plata; pero ésta, en su desarrollo de veinticuatro años, si bien ha alcanzado una prosperidad considerable, por múltiples causas que no me toca analizar, pero que se ligan estrechamente con nuestra historia contemporánea y nuestras instituciones políticas, no ha llegado a formarse una vida enteramente propia, ni a**

asumir en toda su intensidad la dirección de los destinos de la vasta colectividad provincial sujeta a su hegemonía. Le falta, sin duda, definir con más singularidad su carácter de importancia social y política, y esto vendrá por sí mismo, cuando sea foco de atracción, elaboración e irradiación de una gran corriente de cultura, que no solo satisfaga todos los anhelos y necesidades de la Provincia misma, sino también las que ya he mencionado en el orden más dilatado de la vida nacional.

Más adelante, al señalar las posibilidades que tal sentido ofrece la capital provincial, puntualiza:

> Reúne la ciudad de La Plata, por especiales circunstancias, las mismas ventajas que aquellas antiguas y cultas nacionalidades (se refiere a Inglaterra y Estados Unidos), al efecto de la fundación de una universidad (...), donde no sólo no se sigan idénticas vías, métodos, fórmulas administrativas ni sistemas didácticos que en las de antiguo orden ya existentes, y cuyo destino es diverso, sino que sea como un centro donde concurran todas las energías nuevas que no hallan hoy aplicación...

Y en la Sección II del mismo documento, luego de sentar la idea de ciudad universitaria, que puede surgir de la disposición de edificios o elementos ya existentes y que la Ley-Convenio transferirá a la Nación, anticipa claramente la proyección sociocultural de la universidad "nueva" en el núcleo urbano, al augurar:

> Vendrán a fraternizar los dos elementos, estudiantil y social, realizando así, casi casualmente, uno de los desiderata de la ciencia educativa moderna, esto es, la continua comunicación de la vida escolar con la vida exterior del pueblo o sociedad en que los institutos docentes se desarrollan, dando así un sentido positivo al calificativo de ciudad universitaria, que puede darse a las que albergan en tales condiciones estos grandes institutos.

Los caminos seguidos por las irradicaciones previstas por Joaquín V. González —cuyas etapas de plasmación están amojonadas por los apelativos antes

transcriptos, expresados por Lugones hacia 1913 y por Levene en 1935— constituyen una historia tenue, sutil, de la vida intelectual lugareña; pequeña historia, si se quiere, aún no fijada totalmente en estudios sistemáticos, pero con vigencia permanente en las vivencias y emociones de actores y testigos, cuyos recuerdos, en la hora nostálgica de la evocación, causan el asombro de los extraños. Asombro comprensible, porque en las membranzas se recuperan anhelos, realizaciones o ideales de proyecciones insospechadas; reviven personalidades de prestigio continental y europeo que alguna vez se instalaron o pasaron por La Plata, en razón de actividad universitaria, cultural y que en algunos casos están olvidadas o son casi desconocidas para muchos. Por lo demás, es siempre motivo de admiración asomarse a la intensa vida artística e intelectual, consecuencia de la labor de algunos institutos y centros universitarios; o a la que, desprendida de ellos, se extiende a las entidades privadas. Todo lo cual habla de la estrecha vinculación entre la universidad "nueva" impulsada por Joaquín V. González y la ciudad, a través de los diversos ámbitos culturales platenses.

Buena parte de esa pequeña historia es patrimonio de memorias privilegiadas. De ningún modo debe dejársela esfumar en la fragilidad de los recuerdos personales. Desde ellos, al transcurrir del tiempo, será cada vez más difícil reconstruirla por vía de la investigación, si antes no se procura recuperar por medio de una fijación en crónicas, memorias, apuntes y evocaciones, aquellos elementos imponderables, de los cuales son apasionados custodios quienes otrora fueron protagonistas o tuvieron referencias inmediatas de ellos. Por otra parte, esa pequeña historia se enmarca melancólica en la urbe del ayer, de gentes sin prisas, con pausa para el diálogo en instantes para el ocio fecundo; con encuentros donde la idea convocaba amigos y el arte, la ciencia o el ideal aglutinaban vocaciones.

Tal marco se ha ido modificando con las urgencias de los días que corren, con los afanes de lucro

con que la mentalidad economista ha materializado al país en las últimas décadas. También La Plata —la apacible, la de silenciosa calma, aromada de tilos y azahares— se estremece ahora con tensiones y amnesias; de allí que sea premioso recordarle que si bien el moderno tráfago está cambiando el ámbito ciudadano y desdibujando fisonomías originales, en horas no tan lejanas, la universidad "nueva" configuró un clima urbano que legitimaba el orgullo de identificar con valor de aposición, el nombre de La Plata y el apelativo de "ciudad universitaria". Y esto es lo que no deben olvidar las generaciones presentes: la necesidad de tener conciencia de cuánto pierden los miembros de un ámbito o comunidad, al diluirse sus tradiciones, al desvanecerse los rasgos prístinos y peculiares, al desconectarse de los mayores. No significa esto sugerir la aceptación lisa y llana de cierto tipo de legado; sería negar ritmos biológicos. Significa, sí, una advertencia acerca del mal mayor comportado por la indiferencia, por el olvido o desconocimiento para con los que pasaron antes de nosotros. Significa, por ende, tener conciencia de la perspectiva histórica dentro de la cual encajan nuestras luchas, sueños e ideales de hoy; reconocer que ha habido muchos seres que ya los han sostenido y que también como nosotros, alguna vez intentaron clavar la lírica bandera del ensueño y del ideal en la cumbre más empinada; comprender que con nosotros no han comenzado las ansias perfectivas y que, como bien decía Ricardo Rojas, el mal mayor de los argentinos en el orden cultural consiste en querer cada día y con cada recién llegado empezarlo todo de nuevo, sin mirar hacia atrás para verificar si los antecesores han dejado bienes aprovechables. Joaquín V. González, con su interesarse por las tradiciones y el pasado nacional, es vivo ejemplo de cómo incorporar esos valores.

Este homenaje, conmemorativo del centenario del natalicio del Dr. González, tiene a La Plata, a su mundillo universitario e intelectual, por telón de fondo. As-

pira, sin embargo, por virtud de la figura a quien se consagra, a proyectarse desde lo lugareño hacia lo nacional. Porque la de González es presencia permanente no sólo en el recuerdo platense, sino en el de toda la Nación; permanencia cuya gravitación se palpa tanto en los frutos inequívocos de realizaciones y del ejemplo personal, como en las actitudes admirativas de quienes lo frecuentaron.

En la vida, personalidad y obra de Joaquín V. González se advierte una continuidad de conducta, una línea uniforme y densa de desarrollo a la que concurren voluntad, carácter, sensibilidad y exquisitez de espíritu. Ya sea en la actividad educacional, en su condición de político liberal o como literato, cuanto concibe y realiza se vertebra en una visión nacional de amplios alcances, cuyos resultados y efectos positivos sobrepasan los límites de la vida de quien los gestó y prolongan su presencia espiritual.

Esa unidad de realización está visiblemente manifiesta en la obra literaria de Joaquín V. González, sobre todo en aquellas donde los fundamentos de una antropología cultural concurren, en unos casos, a sentar bases y a recuperar elementos tradicionales argentinos; y, en otros, a interpretarlos a través de estructuras históricofilosóficas de proyección nacional.

El trazado firme y coherente de ese camino, a través del campo literario, se amojona con tres obras claves, sutilmente encadenadas, aunque medien años entre la plasmación de unas y otras. En tal sentido, deben mencionarse, sucesivamente, *La tradición nacional, Mis montañas* y *Fábulas nativas.*

En 1888, al publicar *La tradición nacional,* Joaquín V. González recibe una carta laudatoria del general Bartolomé Mitre, en la cual, a modo de síntesis crítica sobre el trabajo, le expresa: "Es el primer libro que en su género se ha hecho entre nosotros, con sinceridad, con amor e ilustración, y que contiene el germen de otros libros más completos que promete la mente del autor".

Con el andar del tiempo, las palabras de Mitre resultarán, no el cumplido con que se agradece una

atención, sino expresión de un juicio con algo de profético.

González acababa de cumplir veinticinco años cuando asume la responsabilidad de dicho libro. Pero ya le respaldaban sólidos antecedentes: el ejercicio de la pluma, desde 1881, a través del periodismo provinciano; el fogueo en la docencia desde la Escuela Normal de Córdoba, a la cual ingresó en 1884; su doctorado en jurisprudencia, obtenido en 1886; una diputación, ganada ese mismo año, a pesar de no haber llegado aún a la edad legal; su labor como redactor de *La Prensa* de Buenos Aires y el *Proyecto de constitución para la provincia de La Rioja.*

Tales antecedentes anticipaban que el nuevo intérprete de *La tradición nacional* no era ni un improvisador ni un recién llegado al campo de la cultura. Mitre no podía equivocarse al usar el término "ilustración" en su juicio. Pero en la carta también intuía que en dicha obra se hallaban en germen otros libros. Tampoco en este aspecto Mitre equivocaría la presunción, pues cinco años más tarde, a *La tradición nacional* siguen, con igual espíritu, *Mis montañas;* en 1900, *Patria* e *Historias;* en 1910, *El juicio del siglo* o *Cien años de historia argentina;* en 1916, *Bronce y lienzo;* y, en 1923, *Fábulas nativas,* sin mencionar, por supuesto, todos aquellos escritos históricos, tradicionalistas o culturológicos, que dejó inéditos y que fueron publicados póstumamente por los descendientes, como *El centinela de los Andes, La Patria blanca, Mitre,* etc.

Por último en la ya citada carta de Bartolomé Mitre, se pone de relieve una condición del libro elogiado, que es a la vez cualidad inherente al modo de ser del autor: sinceridad. Esta virtud ha sido rasgo predominante en González y aflora en sus escritos, donde el creador y aun el polemista apasionado, son íntegros aún en las posturas más diversas. Aquí, el escritor es sincero cuando vuelca su fervor en la interpretación del ser americano lo mismo que cuando considera al hombre, la tierra, las culturas; a los exploradores y civilizadores, a los héroes patrios o a los caudillos nefastos. Aunque se le puntualicen desacuer-

dos, como hace Mitre, no pueden desconocérsele honradez y sinceridad, como virtudes cardinales.

Estas mismas cualidades —*rara avis*— estarán en el político que se ocupa de educación y pedagogía o en el militante, que pese a su extracción conservadora, no duda en presentar, hacia 1903, como ministro, un proyecto de "Ley-Código de Trabajo" que contemple la menesterosa condición de las clases trabajadoras, motivo de reiteradas huelgas y conflictos sociales.

Cuando el país atraviesa las borrascosas horas del noventa, el Dr. González se inquieta por una recuperación de la austeridad en la vida nacional, por el abandono del materialismo corruptor, por un reaccionar frente a los deslumbramientos de lo foráneo, por un volver la mirada hacia lo hondo de las entrañas de lo nuestro para hallar ejemplos monitores, purezas perdidas, autenticidad. La expresión literaria paralela a esa prédica se traduce en las páginas afiligranadas de *Mis montañas,* que aparecen en 1893 con una carta-prólogo de Rafael Obligado, quien condensa su opinión en estos conceptos, cuyo sabor, retozón humor y acierto, no se gustan cabalmente sino en su contexto:

> **De que Ud. haya llamado** Mis montañas **a las nuestras, tendría yo grandísimos celos si no fuera cierta consideración que no puedo honradamente ocultar y debo decir con llaneza. La propiedad artística de la cordillera argentina pertenece a Ud. de hoy para siempre, como la de la llanura al poeta de** La cautiva... **Ud. por** Mis montañas **debe ser llamado el Echeverría de los Andes...**

Las páginas de *Mis montañas,* como bien anota Arturo Marasso, son verdaderos poemas en prosa. En ellas, el escritor, "se identifica con las cosas, las siente vivir, les descubre un alma; nos ofrece la sensación de las montañas andinas, describe paisajes vistos y sentidos simultáneamente, escenas familiares o históricas. Su imaginación panteísta mira, a veces, a través del velo de lo maravilloso. La realidad está anotada con la riqueza de la pintura y con una fidelidad virgiliana". (A. Marasso. *Joaquín V. González* Bs. As. Emecé, 1946; pág. 25).

Esto advierte, además, que en González subyacía permanentemente el poeta y que si afloró tímido en escarceos juveniles, no abandonó nunca el ejercicio recatado o la traducción aguzante. "Escribo versos —decía a Marasso— para mantener vivo el sentimiento del arte en la prosa; aunque la prosa puede expresar lo más delicado y poético, por el verso se descubre el secreto de la armonía, de la síntesis".

Entre los papeles póstumos de Joaquín V. González, ya alistadas para la impresión, quedaron las *Fábulas nativas*. Cuando se publican no sólo queda revelada a los argentinos una zoología vernácula o una revitalización de la milenaria especie didascálica; queda, también, fijada una idiosincrasia que tanto se la consigne como lugareña o como argentina, en última instancia es nacional, humana.

Mariano de Vedia, prologuista de las *Fábulas nativas* las ha conceptuado como "argentinas en su zoología y en sus alcances". Y, luego, entusiasta, ha reflexionado:

> Diríase que tropezó con hombres lejos de las ciudades y con animalillos en los centros urbanos y que ha conocido aquel mayor dolor del poeta español que rectificara a Dante: el de sentirse ruiseñor en un mundo de gorriones. Sin duda, pero su espíritu hallo también espíritus comprensivos en la escena pública y en los grandes establecimientos de educación; como recorrió todos los campos de la actividad mental, hizo amistades por el estudio y la producción, salvando distancias y llegando al alma de las primeras academias del mundo, y supo, en fin, irradiar su inteligencia y atarse a su medio.

Con razón Arturo Marasso pudo afirmar que "en el ciclo entero de su labor, González permanece adherido al secreto del paisaje de su provincia. No le negaba con ello, desde luego, ecumenicidad. Su voz —por propia prestancia, estilo de vida y señorío intelectual; por la tranquila seguridad que la impostaba, por las virtudes que la timbraron—, resonó señera y unánime en todos los ámbitos de la patria y fuera de ella.

De allí que perdure, como feliz síntesis de la vida y personalidad de González, aquella que Ricardo

Rojas —en el *Elogio* pronunciado ante la Junta de Historia y Numismática, el 11 de mayo de 1924— enhebra sobre la evocación de las cuatro vertientes del quehacer intelectual del autor de *Ritmo y línea*: la literaria, la política, la jurídica y la pedagógica, y que remata con este itinerario:

> González tuvo su cuna en un rincón humilde de los Andes, allá en La Rioja, donde transcurrió su niñez; pasó después a Córdoba, la ciudad colonial y doctoral, donde se graduó de abogado; vino más tarde a Buenos Aires, la ciudad patricia, conductora de la República y, finalmente, llegó a La Plata, la ciudad nueva, creada por el esfuerzo argentino, a la ribera del río epónimo. Aquí detuvo su peregrinación; no viajó a Europa; y estuvo siempre nostálgico de su montaña, adonde regresaba para reponer las fuerzas del cuerpo y del espíritu. La Rioja, con su paisaje y su ambiente patriarcal, formó al hombre, despertó al poeta, inspiró al artista; Córdoba, con su señorío universitario, educó en suaves maneras al vigoroso hidalgo montañés, y le enseñó la disciplina jurídica; Buenos Aires, le abrió su escenario al político, en el ministerio, en el Congreso, en la prensa, entre afanes de agitación internacional; y La Plata, por último, dio asiento a la más alta fábrica del educador. He aquí un ritmo imprevisto, que refiere a cuatro lugares del territorio nacional las cuatro series de la obra de González y las cuatro etapas de su propia vida.
>
> A través de esas cuatro jornadas biográficas y geográficas, la conciencia del hombre fue enriqueciéndose con el contenido del paisaje y de la tradición colectiva. En La Rioja vio la montaña mítica, la aldea provinciana, la casa patriarcal; allá adquirió el hábito de la pobreza estoica y el sentimiento primitivo de América, representado por la roca andina y por el indio sobreviviente. En Córdoba halló los restos del señorío colonial, removido ante sus ojos por las reformas locales de Del Viso y Juárez Celman, y allá adquirió la convicción del derecho en la vieja Universidad, de la Universidad de la ciencia en la reciente Academia, de la política federal en la prensa y del liberalismo progresivo en las luchas que agitaron a la juventud de su tiempo. En Buenos Aires asistió a las primeras consecuencias de la federalización, a la obra del trabajo cosmopolita, al fermento de una nueva vida nacional, adquiriendo aquí una idea más amplia del problema democrático y de las fuerzas internacionales de la civilización. En La Plata, por fin, descubrió la ciudad novísima, la única capital de provincia funda-

da por el esfuerzo argentino. Capital de un gran territorio recién conquistado sobre las fronteras del indio y recién poblado por la inmigración europea —La Plata no tenía ni la emoción estética de La Rioja, ni la tradición colonial de Córdoba, ni el prestigio heroico de Buenos Aires—, y entonces comprendió la necesidad de vincular a la patria esas sociedades nuevas por medio de la cultura superior. Buscad en la obra de González el agua que viene de esas fuentes, y las hallaréis, ya separadas, ya refundidas, pero siempre como emanación de nuestro suelo y de nuestra historia, a través de un espíritu semejante al de esos grandes ríos americanos, que, al atravesar zonas diversas, van removiendo el limo de las tierras que cruzan y reflejando en su seno la visión de sus paisajes.

El nombre de Joaquín V. González es familiar a los argentinos. Calles, paseos, plazas, pueblos, institutos, monumentos, lo recuerdan. Pero, aunque jamás se alejó del país, la figura y la personalidad del Dr. González llevaron también la presencia argentina más allá de las fronteras patrias. En 1910, el presidente Sáenz Peña lo designó miembro de la Corte Permanente de Arbitraje de La Haya; los gobiernos de España y Francia le condecoraron con altas distinciones; diversas Universidades y Academias le designaron miembro honorario; la Liga de las Naciones, en 1921, lo propuso como integrante de la Corte de Justicia Internacional. Pocas "carreras de honores", en nuestro medio, se revelan tan positivas y justificadas como la suya. Ningún homenaje a su memoria podría ser convencional protocolo. Todos resultarán siempre menores a sus merecimientos, a la envergadura de la obra que dejó.

La vida del Dr. González se apagó un 21 de diciembre de 1923, en medio de sus libros, en la biblioteca a donde se había hecho trasladar los días postreros de la enfermedad que le abatió. La resonancia e irradiación de su obra y realizaciones dicen de su sobrevivencia espiritual.

La antedicha Ordenanza Nº 54 del H. Consejo Superior universitario, al programar los homenajes al Dr. Joaquín V. González, manifiesta, también, "que más allá de los hábitos académicos que han consolidado la costumbre de agotar las celebraciones de esa naturaleza en ceremonias de solemnidad diversa, en este caso parece razonable que la Casa de Estudios hacia la cual su obra y su nombre han trascendido ya con definitiva proyección epónima, busque otras vías que infundan alcances aún más concretos y perdurables al homenaje".

Al ser invitado el Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades a participar en la conmemoración centenaria, se pensó que una de las vías para conferir alcances concretos y perdurables al homenaje, podría ser, precisamente, el intento de comenzar a dar cuerpo y materialidad a aquellos "imponderables" que constituyen los modos de contacto de la universidad "nueva" y los ámbitos culturales platenses.

Aunque la fijación total requiere, indudablemente, varios volúmenes, la circunstancia memorativa ha apresurado la aparición de esta primera serie, a la cual titulamos, por las razones que ya pueden colegirse y las que se advertirán al recorrerla, *Universidad "nueva" y ámbitos culturales platenses.*

Su contenido y características responden a un plan, estructurado en cinco partes que arrancadas desde el núcleo de la universidad "nueva", su fundador y el contorno de prohombres e instituciones fundamentales, se abren en sucesivos círculos de creciente radiación al orden de las inquietudes estudiantiles, de los ambientes e instrumentos culturales, de las vocaciones artísticas y, en particular, de las manifestaciones literarias.

No se extrañen, pues, aquí, ausencias u omisiones. La obra proyectada es amplia y este primer paso sale también en busca de aquellas personas de buena memoria y voluntad, capaces de aportar datos, informaciones, recuerdos y documentos para que alguna vez quede completada.

No se pierde de vista, además, que en la medida de lo posible y salvo casos en que no cabía otro tratamiento, se ha invitado a los colaboradores a eludir la monografía erudita para ir en busca del tono de crónica, de lo vivencial, de la anécdota o el pormenor memorable, sin deponer auténticos fervores, apasionamientos que si ayer hincharon las velas del ideal, aquí transmiten a las evocaciones, calor de vida.

Obvio es aclarar que para lograrlo se invitó a cada colaborador a volcar sin retaceos sus modos de sentir y pensar, a manifestarse con absoluta libertad de expresión en cuanto a ideas y posiciones.

Y el resultado ha sido —como se comprobará— emotivos y espontáneos cronicones de la actividad cultural platense, en algunas de cuyas entrelíneas los "avisados" palparán "imponderables", es decir, aquellas presencias que inevitablemente escaparán a la historia por muy idealmente contemporánea que aspire a ser; hechos y procesos que evocados por algunos de los protagonistas o coetáneos dejan entrever cómo por sobre enconamientos de las horas de lucha, un espíritu se forjaba, un espíritu y un orgullo lugareños, cuya comunidad cobijó a tirios y troyanos, y cuya sobrevivencia fue puntillo de honra que decidiera la legitimidad de prolongar a través de circunstancias diversas la significación intrínseca de aquellos apelativos que una vez hicieron a La Plata "el Oxford argentino" y otra, la "Salamanca de Iberoamérica".

El Departamento de Letras aspira con esta publicación, nacida como homenaje al Dr. Joaquín V. González, a llevar a las generaciones nuevas testimonios de las facetas de la irradiación de aquel espíritu a los distintos órdenes de la vida intelectual platense y darles el punto de partida para que sigan investigando acerca de ellas, a fin de alcanzar la autoconvicción de la necesidad de fortalecer aquel aliento y aquellos valores que hicieron al ámbito intelectual platense, colmena activa, sin zánganos ni parásitos.

Pero, el Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades intenta algo más por medio de estos volúmenes para conferir un sentido nacional al home-

naje a Joaquín V. González. Aspira a que se conozca mejor y se revalore la significación del aporte platense a la cultura argentina; que los futuros historiadores de las letras, artes, educación, ciencias, etc., se detengan en el acervo acumulado por los intelectuales de la ciudad de Dardo Rocha y sobre cuyo caudal es interesante recordar que el índice de la reducida *Muestra de autores y libros platenses* organizada por este Departamento, en noviembre de 1962, registraba en su provisionalidad cerca de mil quinientos asientos bibliográficos de impresos locales.

Las penurias económicas por las que atraviesa nuestra Universidad no hubieran permitido a la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación afrontar por sí la edición de estos volúmenes. El aporte de la Municipalidad de La Plata —que contribuyó con todo lo concerniente a la impresión—, un subsidio del Fondo Nacional de las Artes— que permitió atender a algunos aspectos técnicos— y la generosa colaboración del Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires a través de la Dirección del Boletín Oficial e Impresiones del Estado, han procurado los medios para concretar la publicación. Consignamos aquí nuestra gratitud hacia ellos. Y, finalmente, reiteramos nuestro agradecimiento a todos los desinteresados colaboradores, próximos o lejanos, presentes o ya definitivamente ausentes, cuyos trabajos han vertebrado el pensamiento central, orientador de este tributo al Dr. Joaquín V. González. También dejamos aquí dolorosa constancia —que testimonia nuestro sentido homenaje a sus memorias— de que el Dr. Alfredo Calcagno proyectaba un ensayo sobre *Los estudios pedagógicos en La Plata* y el profesor D. Francisco Romero una nota sobre *Vocaciones filosóficas platenses,* que no alcanzaron a concretar en forma definitiva. Ya en trámite de impresión los volúmenes, otro custodio de los recuerdos platenses, el Dr. Emilio Azzarini, quien nos

entregara un documentado artículo sobre *Los estudiantes en la era provincial de la Universidad,* se ha constituído él mismo en un recuerdo querido. Tal vez la mención de los nombres, ausentes ya por siempre la amical realidad física, pueda ser, al menos, ilusorio consuelo de sentirlos aún cerca de nosotros, en esta ciudad que les debe reconocimiento.

RAÚL H. CASTAGNINO
Jefe interino
Departamento de Letras

La Plata, marzo de 1963.

PRIMERA PARTE

ALGUNOS PROHOMBRES E INSTITUCIONES

GONZÁLEZ Y LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

El 18 de setiembre de 1918 se realizó en el Teatro Argentino de La Plata un homenaje al doctor Joaquín V. González, fundador de la "nueva" Universidad cuyos destinos presidió en cuatro períodos. En nombre de la juventud universitaria y con retórica impositiva, Leopoldo Lugones afirmó entonces:

> **Lo que caracteriza a Joaquín González como estadista, educador y escritor, definiendo por la unidad cualitativa su triple luz espiritual, es la serenidad de su fuerza. Lo que enseña, ante todo, su obra, es la grandeza de concebir y la eficacia de ejecutar. Lo que resalta en su noble fecundidad es el amor de su pueblo. Lo que se revela en este amor es la bondad, a la manera de un apacible perfume.**

Resumiendo las cualidades del homenajeado, agregó el orador: "Aquella serenidad de la fuerza era ya una lección cultural en este país de arrebato y de inconstancia". (1). Sobre la apreciación de los sumandos valorativos, la síntesis señalaba la trayectoria de quien, en 1921, apaciguado el múltiple despliegue de su actividad, transfirió a sus discípulos una lección de amor y trabajo (2). El maestro de mente vivaz y palabra lenta, el hombre público que afirmó sin flaquezas sus compromisos con la Nación, el escritor comprensivo y armonioso, fueron maneras de encarnar un

(1) Joaquín V. González, **Un ciclo universitario,** 1914 1919, Buenos Aires, Casa Jacobo Peuser, 1932, pág. 16.

(2) Joaquín V. González, **Tres meditaciones,** Buenos Aires, Instituto Cultural Joaquín V. González, 1937, pág. 86.

destino que culmina en la serenidad de quien, por esperarlo todo de las ideas, confía en la justicia y la belleza como los únicos valores capaces de llevarlo a una comunicación con el universo.

La vida de González transcurrió sobre la garantía de una concepción filosófica surgida de su espíritu hospitalario, para el que fue natural la superación de todas las fronteras. De ahí que sus impulsos se proyectasen materialmente en la fundación universitaria de La Plata, concebida como forma moderna de "universitas", según le placía esclarecer etimológicamente.

Tal universalismo creció junto con el balance de la historia argentina, que se desarrolla en sus ensayos hasta encontrar la más lúcida exposición en *El juicio del siglo* o *Cien años de historia argentina*, escrito en 1910 a pedido del diario *La Nación.*

El expositor recordó entonces que el mejor homenaje patrio surge del conocimiento de las verdades del pasado y el presente, no encubiertos por la proyección utópica a un porvenir que excusase el examen de conciencia. No fue la suya una morbosa rumia de culpas nacionales, sino el dolorido reconocimiento de los elementos malsanos que se habían ido entramando con el desarrollo del país hasta convertirse en una constante de la historia política, no de la ideológica, casi siempre esperanzada por la transformación a favor de una comunidad de ideales, puestos en marcha armoniosa con lo universal.

Ante tales avanzadas del caos, la función del historiador se manifiesta como "enseñanza", y "fuerza de expansión", por "verídica, honrada y justiciera", ya que "en las condiciones contrarias, sólo puede conducir a falsas deducciones y a posiciones engañosas, cuando no equívocas o peligrosas para la propia estimación y respeto" (3). Si los argentinos asumen sus errores —aseveraba el ensayista— y analizan con alerta vigilia los resultados suicidas, estarán en camino de superarlos. Ciertos trémolos proféticos se armonizan

(3) Joaquín V. González, **El juicio del siglo o Cien años de historia argentina,** Prólogo de Julio V. González, Rosario, Editorial Rosario, 1945, págs. 184 - 5.

en las páginas de análisis, afirmando una sensibilidad histórica que hacía de González un apto conductor de su pueblo.

En el seno de la Primera Junta —advertía *El juicio del siglo*— aparece ya "la discordia", "fundada en rivalidades personales o en antagonismos latentes, de regiones o de facciones; la discordia que asume las formas más violentas e inconciliables y se condensa en la lucha por el predominio sobre la acción interior, con una fría e inconsciente indiferencia por la acción conjunta o externa, al grado de sacrificarle esta última a manera de víctima propiciatoria. ¡Y cuán profundas y lejanas se hallan en el pasado las raíces de la funesta enfermedad de toda nuestra vida nacional!" (4). Alarmado por la persistencia del mal, se demoran las páginas que estudian las causas de la anarquía y la continuidad de Rosas y de los caudillos provinciales en el poder, como si estos hombres fueran las manifestaciones ensorberbecidas de los elementos de desunión impuestos sobre las ideas conciliadoras de unos pocos, a quienes González suele reprochar el desconocimiento de las realidades patrias.

Las notas más ilustrativas de *El juicio del siglo* se iluminan y enriquecen cuando se las sitúa en el desarrollo espiritual del autor, desde el ahincamiento en el regionalismo hasta el universalismo que se le confirmó en los años de la primera guerra mundial (5).

(4) Joaquín V. González, **El juicio del siglo,** pág. 20.

(5) González había nacido en Nonogasta, La Rioja, en 1863, y murió en Buenos Aires en 1923. Completó estudios de Derecho en la Universidad de Córdoba; ya entonces desempeñó funciones docentes en colegios secundarios. Sus cargos públicos suman: cuatro períodos de Diputado Nacional, dos períodos de Senador Nacional, Ministro del Interior y Ministro de Justicia e Instrucción Pública en la segunda Presidencia de Roca, Ministro de Justicia e Instruccón Pública en la Presidencia de Quintana, Presidente de la Universidad Nacional de La Plata por cuatro períodos consecutivos, representante de la Argentina en conferencias y tribunales internacionales. Tales cargos alternaron con importantes tareas periodísticas, en La Nación, La Prensa y La Patria, de Buenos Aires, y con cátedras universitarias en Buenos Aires y La Plata.

Sus escritos comprenden obras jurídicas, políticas, educacionales y literarias, además de excelentes traducciones. Se han reunido en

Esta evolución no se cumple como agregamiento indiscriminado de perspectivas, sino como afianzada profundización de los elementos no regionales que se descubren ya en las primeras interpretaciones de lo lugareño: *La tradición nacional* (1888), *Mis Montañas* (1893) e *Historias* (1900) (6). Lo cercano en el tiempo y el espacio, y lo alejado en estas perspectivas, se allegan en conjunción esclarecedora alrededor de un eje ético y estético, señalado ya en sus textos juveniles. Así se impone la lección magistral, dicha persuasivamente a un país infectado de banderías y movido sólo por egoísmos y mentalidades de campanario. La armonía de sus maestros en el pensamiento y la acción, terminaría naturalmente en el culto a las grandes expresiones religiosas y líricas de Oriente.

El conocimiento de lo argentino y la asimilación de lo universal acaban por ser una sola verdad, la de una vocación que enhebra las mejores páginas de González con sus fundaciones educativas y sus modalidades docentes.

En 1910 había advertido:

> **Nuestra nacionalidad será pues, más perfecta y consciente mientras más hondamente pueda atestiguar las raíces de su genealogía; y los fenómenos, lecciones y caracteres de su historia, serán tanto más ejemplares y docentes, cuanto con mayor precisión puedan determinarse sus orígenes, sus conexiones, sus ascendencias, en el pasado inmediato de los tres siglos coloniales y en el más remoto de la raza materna, en la cuna europea de la civilización de que proceden su sangre y su genio.** (7).

La cuna europea será luego la suma que representa a Occidente, que muy pronto se completaría con lo oriental, adelantándose así a soluciones culturales que se han propuesto como urgencia del diálo-

edición ordenada por el Congreso de la Nación Argentina, Obras completas, Buenos Aires, 1935-1937, 25 vols.

(6) V.: Manuel Conde Montero, **Bibliografía de Joaquín V. González en Obras completas de J. V. G.**, vol. ps. 37-89, y vol. XXV, págs. 333-342

(7) Joaquín V. González, **El juicio del siglo**, pág. 15.

go entre las culturas (8). Los poetas religiosos de Oriente fueron para el riojano otra manifestación de las lecciones, inclusive políticas, que derivó consecuentemente de los Evangelios. Si para el dogma católico ciertas conclusiones pueden parecer errores, el espiritualismo de González no se diluyó en nirvanas de comodidad cómplice; por el contrario, afirmó el eje de su fortaleza en una ética acogedora que no llegaría a resolverse en un credo religioso.

Si el concepto misional de González, hombre de la Argentina y del mundo, se comunica por los tonos docentes de su literatura —desde los ensayos históricos a las fábulas nativas— no se conformó con la expresión verbal, ni con las realizaciones de su vida. Los fervores de fundador, tan vivos desde sus primeros años políticos, alcanzarían desarrollos que sobrepasan las obligaciones de la función pública. Una de sus obras, la Universidad Nacional de La Plata, se convertiría naturalmente en el punto al cual convergen sus distintas actividades, y del cual deriva su confianza auténtica en los principios del humanismo.

En la colación de grados de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, en 1902, el respetado profesor especialista que fue González adelantó el plan que completaría tres años más tarde, como ministro de Instrucción Pública del Presidente Quintana. En 1902 especificó:

> **Si alguna razón explica la existencia de las Universidades, como organismos combinados de ciencias diversas, es esa alta unidad moral que imprimen al carácter, al demostrarle que todas ellas tienen un mismo destino, allá arriba, en la esfera de las ideas, el conocimiento de la verdad, y aquí, en la vida, el descubrimiento de los caminos que desde la infancia la sociedad humana busca desalentada, hacia la felicidad, en el breve espacio que dura su tránsito sobre la tierra. La misión superior política se define cuando esa unidad se transmite, se difunde y graba su sello en toda una generación y en todo un pue-**

(8) V.: el hermoso y comprensivo prólogo del traductor a: **Cien poemas de Kabir**, versión inglesa de Rabindranath Tagore, traducción al castellano con notas y prólogo de Joaquín V. González, La Plata. Revista Atenea, 1918.

blo. La solidaridad de la ciencia, de la cátedra, de la vida del aula, conviértese más tarde, como la madurez y difusión de la savia primitiva en toda una comarca, en una inmensa fuerza latente que da tinte homogéneo y robustez exuberante al conjunto social. (9).

El flamante ministro, que así se despedía de sus alumnos universitarios, en el mes de febrero del mismo año había explicado con persuasión sus intereses pedagógicos. Son los textos de inauguración y de clausura de las reuniones de profesores de enseñanza secundaria y normal celebradas en Buenos Aires durante diez días: *La educación nacional y sus fundamentos* y *Bases orgánicas y directivas de la enseñanza nacional.* Ambas conferencias enseñan que este maestro de ideales era también un hombre sensato, centrado en lo real y un conocedor alerta de los defectos menudos de la enseñanza. Las páginas de estas exposiciones analizan el método de distintas asignaturas, en particular idioma nacional, historia y geografía patrias, y conservan aún el prestigio de un programa propuesto con agudeza docente.

Los integrantes del pensamiento de González —idealismo y sensatez práctica— se materializan en el plan de la Universidad platense. La Biblioteca técnica del ministerio de Instrucción Pública editó los documentos pertinentes y la bien documentada y sesuda Memoria del Ministro, en el proyecto de Ley del 15 de agosto de 1905. Sin ignorar las funciones cumplidas en el pasado y el presente por las dos Universidades madres del país —la de Córdoba, que lo contó como alumno distinguidísimo, y la de Buenos Aires, que se enorgulleció del profesor de Derecho—, el Ministro deseaba una Universidad que "consultase, junto con el porvenir del país, las nuevas tendencias de la enseñanza superior, las nuevas necesidades de la cultura argentina, y los ejemplos de los mejores institutos similares de Europa y América". En última instancia, la corporificación de un conjunto de casas de estudio que cumpliese "la transformación del antiguo es-

(9) Joaquín V. González, **Ideales y caracteres,** La Plata, Talleres Gráficos Sesé y Larrañaga, 1903, págs. 12-3.

píritu dogmático y abstracto, en un espíritu científico y experimental" (10).

Si el plan parece volcado a las ciencias físiconaturales, particularmente en sus aplicaciones prácticas, los principios cientificistas y pragmáticos de la Memoria cobran sentido dentro de la creencia en una filosofía, fuerza animadora de las distintas realizaciones universitarias. Por este criterio, las ciencias jurídicas y sociales, como las humanidades y las ciencias de la educación, se convierten en el núcleo de la fundación (11). González cumplía así con los reclamos del país: la urgencia de lo práctico y la modulación de lo ideológico.

Como si no le bastara la concepción total de la Universidad, el Ministro le agregó el imprescindible modelo de un Colegio Nacional y de una Escuela Normal. Es de celebrar la vigilancia extrema con que González pesó las posibilidades de la enseñanza secundaria y el marco más adecuado para cumplirla sin retaceos. Las páginas que caracterizan la educación física y manual de los futuros bachilleres, como el clima vital del internado, reafirman la posición del educador consciente y práctico.

Pesa sobre González el encasillamiento de algunos comentaristas que lo han limitado al desvaído idealismo de sus páginas de intérprete de ciertas confusas cosmogonías telúricas (12). Esta ignorancia de la obra total —la narrativa, los tratados jurídicos y los ensayos históricos— da una imagen falsa del legislador y del Presidente de la Universidad, tan consciente de que la actualidad es el tiempo que impone el rumbo a las tareas educativas, aunque nunca olvide la asunción del pasado valedero, nacional y universal.

(10) Joaquín V. González, **La Universidad Nacional de La Plata;** Memoria sobre su fundación; Buenos Aires, Biblioteca Técnica del Ministerio de Instrucción Pública, 1905, págs. X y XIX.

(11) V.: en la citada Memoria las págs. 46-64.

(12) El poeta ahogaba entonces el pensador, pero aun dentro de tales conflictos se reconoce un avance de los datos aportados por la realidad sobre vuelos de la imaginación. Es el camino que se adelanta desde **Historias** (Buenos Aires, Félix Lajouane, 1900) a **Tres meditaciones,** escritas en 1920 y 1921 (Buenos Aires, Instituto Cultural Joaquín V. González, 1937).

En el homenaje de 1918, González resumió con amplitud el concepto de *La Universidad y el alma argentina* a partir de la experiencia platense, que conjugó los planos de sus afanes docentes, de su filosofía de la historia y de su cultura jurídica y estética.

El país real, como en 1910, es otra vez el motivo inspirador de su prédica, que en 1918 es también balance de su propia acción:

> **En mi larga vida pública de soldado y conductor de partidos, de funcionario, gobernante y legislador, he podido ver muchas cosas, auscultar muchos corazones, profundizar muchas conciencias, leer en muchos espíritus, y puedo afirmar que nuestro pueblo se halla trabajado por gravísimos males, por peligrosos enemigos interiores que lo arrastran sin apercibirse hacia objetivos contrarios a su bienestar, a su seguridad y al destino que le marcaron los autores de su independencia y de sus libres instituciones escritas. La persistencia, en alarmante desarrollo, de los odios ancestrales y de los odios domésticos, creados en las luchas civiles de la anarquía, de la dictadura y de las primeras décadas orgánicas, es un hecho que ningún eufemismo social ni convencional puede ocultar más tiempo; los partidos políticos, y los hombres aisladamente, en sus luchas políticas, no combaten sólo "por la salud de la patria", sino por el exterminio o el aniquilamiento del adversario; la propaganda victoriosa y la actitud más aplaudida y más feliz son las inspiradas en el odio y en la ferocidad; las diferencias, las divergencias y las antipatías se desatan en las lluvias de fuego de la afrenta, la calumnia, la injuria más extremas; y no es ignorado por nadie hasta dónde se ha generalizado el empleo de las armas prohibidas, por alevosas y envenenadas, de la difamación anónima, privada por medio de la carta, o pública por medio de la prensa, que de todo calibre y condición permite nuestra libertad constitucional irreprensible; en las obras o empresas individuales, en las que habría derecho a esperar una cooperación benévola, es proverbial la oposición, la resistencia, la contradicción apriorística y prevenida que va contra el autor y no contra la obra, o va a la anulación, y no a la mejora de la tentativa por el aporte de una crítica constructiva y prolífera. (13).**

(13) Joaquín V. González, **Un ciclo universitario,** pág. 186.

Como en las escasas ocasiones en que González se permitió defenderse de ataques personales, el discurso sitúa dichas afrentas dentro de una condición del ser nacional, que él había querido reformar en el clima de su Universidad, donde la lección pedagógica debía ser diaria confrontación de los discípulos con la verdad y la belleza. González exigió de los profesores que actuaron en las distintas casas, que fueran hombres de ciencia, y también poetas, y ejemplos de cotidiana honradez, con el sentido de que justicia y poesía son valores inseparables. (14).

En los años de la guerra mundial, González asumió la misión de ir señalando los conceptos de una visión nacional propuesta como salvaguarda de las intenciones que apoyaron su fundación. En páginas escritas hacia aquellas fechas, y en los textos de los discursos leídos en sucesivas colaciones de grados, se pueden señalar dichos principios.

En 1915 tituló su discurso *La justicia internacional en América*, a partir de un reconocimiento que lo situaba en la patria universal, la única salida al caos abierto por la Europa en guerra:

> **Es, a la verdad, causa de íntima tristeza para la humana cultura el reconocer que tanto horror y tanta muerte, derramados con la impunidad de las catástrofes sobrehumanas, no haya de servir siquiera para dejarnos la dolorosa y sabia y fecunda lección de la experiencia; pero no será causa de desaliento ni de renuncia a los ideales permanentes de la filosofía, mientras en las casas de estudios, desde la escuela primaria hasta el instituto superior, y en toda forma y medio de enseñanza, se siga investigando la verdad de la naturaleza, revelando sus leyes de amor y solidaridad, y demostrando a las rebeldes voluntades individuales, la ineludible ley de la armonía, como único medio de fundar la paz sobre un concepto común de justicia.**

Desde tan altos ideales se afirma la educación nacional, resultado nuevo de preocupaciones urgidas

(14) Ya en 1898 había desarrollado tales principios a propósito de su admirado Carlos Berg (en **Historias**), y los confirman algunas de las semblanzas incluídas en volumen de 1916: **Bronce y lienzo**, 2ª edición, Buenos Aires, La Facultad 1920, págs. 39-130.

por los argentinos desde el iniciador Esteban Etcheverría y el precursor Mariano Moreno. Para el Presidente de la Universidad platense, "no hubo advenimiento de democracia sino a medida de la difusión de la escuela", por consiguiente: "La democracia sin educación es un nombre irrisorio, una ironía consentida por el lenguaje formulista o rutinario de la política; y un pueblo educado es siempre una democracia real en la medida y temple de su educación" (15).

Continuando sus principios, en la ceremonia de 1916 González desarrolló el tema *La Universidad y los problemas nacionales,* para recordar a profesores y discípulos que las crisis ahondadas en conflictos bélicos deben conducirse a sendas de recuperación. Lo nacional se cargaba de obligaciones frente a los derrumbes europeos, y por sentir a éstos con auténtica caridad, buscaba despejar los síntomas locales que podrían conducir a idénticos resultados. Pocas veces recalcó con tan machacona insistencia la función educadora de la más alta casa de estudios:

> La Universidad es, así, la inteligencia misma de la Nación, puesta en actividad específica y concreta, para pulsar y regular los movimientos de su propio organismo, en sí, y en relación con sus semejantes. Los maestros y discípulos, sus aulas y laboratorios, son agentes e instrumentos de un vasto trabajo nacional, que abarca todas las fases, todas las regiones, todas las condiciones de existencia de los núcleos acumulados o dispersos en el extenso territorio de la República. Sus problemas son nuestros problemas; sus ideales son los nuestros; el ritmo de sus pulsaciones repercute en los instrumentos de precisión de nuestros laboratorios, en los cuales se deduce su relación con la vida (16).

Frente a la rutinaria fábrica de profesionales, se impone la relación viva con la Nación, a través de múltiples vasos comunicantes. El peligro de una clase universitaria sin raíces en la sociedad inmediata, solicita las advertencias rectorales, prevenidas por el cuidado énfasis de las frases. Los mismos temas se

(15) Joaquín V. González, **Un ciclo universitario,** pág. 57.
(16) Joaquín V. González, **Un ciclo universitario,** pág. 100.

confirman el año siguiente, ampliando la idea de *La Universidad y la educación moral*:

> **La Universidad (...) como la escuela (. .) no pueden limitarse a la tarea de cultivar las solas aptitudes profesionales o manuales, sin convertirse en fábricas de muñecos más o menos admirables por su habilidad aparente: una y otra han comenzado a ser factores de cultura y de impulso ascendente, cuando han comprendido el valor del elemento humano y la necesidad de engranar sus ruedas con la vasta polea que los ligaba al dinamismo del mundo exterior** (17).

Oradores de entonces, y de nuestros días, llenan sus discursos con programas semejantes y hacen las mismas invitaciones de autenticidad a las Universidades argentinas; pocos de ellos pueden responsabilizar la prédica con el ejemplo propio, como lo hizo sin soberbia González. La conciencia del deber realizado daba sentido a sus frases ductoras, y justificaba inclusive su retórica.

Los testigos contemporáneos, y las polémicas acres, confirman la novedad programática que no quedaba en el plano de la palabra solemne. La analítica lectura de aquellos discursos descubre aún hoy las vibraciones personales que dan sentido a la lección comunicada con frases medidas y caudalosas. Dos distinguidos profesores de la Facultad de Humanidades —Rafael Alberto Arrieta y Arturo Marasso— han dado fe de esa presencia magistral del fundador. (18).

El 9 de julio de 1920, el desvelado por el misterio de las fuentes primeras desarrolló la metáfora de *La patria blanca*, como invitación de rescate, como profecía que podía salvar del marasmo. Las preguntas reiteran una perplejidad permanente ante los grandes

(17) Joaquín V. González, **Un ciclo universitario**, pág. 121.

(18) V.: Rafael Alberto Arrieta, "Prólogo" a: **Joaquín V. González, Intermezzo; dos décadas de recuerdos literarios** (1888-1908), Buenos Aires, La Facultad, 1934. Las distintas semblanzas de Arturo Marasso se han refundido en el cordial volumen, **Joaquín V. González**, Buenos Aires, Emecé Editores, 1946.

enigmas, pero a la vez vislumbran vías de resguardo en los elementos primeros de una casi filosofía americana: "¿Quién tiene el secreto, quién guarda la llave de la puerta de la verdad, quién la cifra maestra del enigma? Cada sociedad encierra en sus lugares nativos los misteriosos profetas de sus destinos. La humanidad *civilizada* de la historia augusta ha perdido los suyos. ¿Por qué no han de buscar los nuevos pueblos en su propia historia, en sus sepulcros, en sus *huacas*, en sus símbolos primitivos, en sus monumentos naturales, la clave de su profecía salvadora?". El retorno a lo primigenio es fórmula renovadora que surge de la suma cordial de experiencias:

> **Es la confidencia amistosa, fraternal, de un espíritu que ha sumergido sus alas en las aguas puras de la meditación desinteresada; que no siente odio, ni animadversión, ni antipatía por ninguna clase, ni hombre aislado, ni credo, ni institución social o política alguna, (....) que cree solamente que la ley de amor y cooperación es ley de vida, (...) que piensa que la patria es un concepto congénito con la vida misma, y que su conservación, cultura y grandeza no es mengua sino fortaleza de las demás patrias, fraternales y solidarias, en cuyo seno, por la riqueza étnica diferenciada de todas las razas del mundo, se realiza la verdadera, la única** patria universal, **la coexistente con la igualdad de destinos de todas las democracias, constituídas sobre el haz de la tierra** (19).

Y dos años antes de su muerte, en meditación titulada *Patria y humanidad,* fechada el 25 de mayo de 1921, González concluía: "El viejo profesor, sonriendo del efecto de vaga tristeza que en nuestra cara habían sin duda marcado sus palabras, pero despertando de súbito a una realidad más inmediata, nos dijo, no sabemos por qué en latín, al despedirnos cariñosamente: *Ama et labora*" (20).

En el desarrollo de estas reflexiones, el expositor elige para nombrarse un designativo que le resultaba muy grato, "el viejo profesor", pero atribuye la reproducción de sus palabras a un discípulo atento,

(19) Joaquín V. González, **Tres meditaciones,** págs. 23 y 42.
(20) Joaquín V. González, **Tres meditaciones,** pág. 86.

en desdoblamiento de sí mismo que alude a la necesidad constante de aprender para enseñar —dirección de su vida toda. La fórmula latina sintetiza así el crecimiento de una conciencia que unía el amor al trabajo, como si desde un nuevo ángulo se completara el lema de su Universidad: *Pro Scientia et Patria.*

JUAN CARLOS GHIANO

AGUSTÍN ÁLVAREZ

El fundador y su asesor

Quizás no sea posible traducirlo en datos mensurables, en estadísticas y guarismos, pero es indudable que con la nacionalización de la Universidad la joven ciudad platense recibió decisivo impulso afirmativo. Así lo corrobora Rafael Alberto Arrieta en el Prefacio que escribió para el libro de Pedro C. Corvetto: *Perfiles del apóstol. Panorama de la vida y la obra de Agustín Alvarez,* cuando expresa:

> **La creación de la Universidad Nacional de La Plata revivió, en los primeros tiempos de su actividad fecunda, los días ávidos y desbordantes que señalaron el nacimiento de la ciudad misma. Aquel vasto organismo, ramificado por toda la población, ansioso de expandirse, con núcleos vitales en barrios distintos, parecía comunicar su vigor y su optimismo al medio casi inerte que lo contenía. Levantábanse muros gigantescos; habilitábanse los palacios abandonados; multiplicábanse las aulas y los laboratorios; estudiantes de todo el país, becados de repúblicas vecinas, familias enteras transplantadas por el hijo universitario, radicábanse en la joven y desfallecida capital. ¿Repetíase el milagro? ¿Era posible una resurrección? Ese movimiento, ese rumor creciente, esa invasión juvenil..**

Esa transfusión vitalizante tuvo dos gestores inmediatos: uno el fundador, Joaquín V. González; otro, su leal asesor: Agustín Álvarez. A ambos los evoca Arrieta, en las páginas citadas, de este modo:

> Desde su mesa presidencial, el fundador contemplaba su obra y regía la marcha armónica de los diversos institutos. A su lado estaba un hombre de inteligencia práctica y gran energía, consejero seguro y modesto, ex-soldado, ex-juez, ex-legislador, publicista al servicio de la libertad integral, fundamento, según él, de toda moral: Agustín Álvarez. Los dos constructores de la llanura, eran montañeses y su afinidad andina afianzaba el vínculo de los espíritus.

Y el propio Joaquín González, al llorar la desaparición de su colaborador y amigo, evocó aquella gesta en común:

> No hablábamos nunca de nosotros mismos: nos entendíamos sin vacilar, y sólo por el interés patriótico o humano de la acción... Jamás hemos dicho: vamos a discutir, sino: vamos a hacer... Una cultura superior conduce siempre a estas cumbres, desde las cuales se divisan los vastos horizontes y se miden en su valor comparativo los conjuntos de los hombres y de las cosas. Y Álvarez había nacido con esa impulsión de altura, con esa fiebre de saber que fue la definición del período medio de su vida, en cuya culminación le halló la hora postrera.

La impulsión de altura, la fiebre de saber, enfrentaron a Agustín Álvarez con las muchas formas de enquistamiento mental adheridas al quehacer intelectual; le granjearon enemigos irreductibles y ataques que, más de una vez, confundieron obra e ideas con la personalidad intachable. Pero, la Historia —maestra de la vida— y el Tiempo —juez inexorable— terminan siempre por hacer justicia a los varones probos, aun a sus errores, aun a sus disconformismos. Hoy, a casi medio siglo de la desaparición de este argentino probo, de este disconforme, sincero hasta en los errores, la Historia, el Tiempo, la posteridad, vuelven hacia él la mirada para recordarle, para transitar de nuevo su ruta áspera, para rendir homenaje a la sinceridad y pasión con que sirvió a un ideario que, desde lo profundo de sus convicciones, creyó el único viable para la renovación moral e intelectual de la Argentina del futuro.

Mendoza le vio nacer un 15 de julio de 1857. Recostada sobre los contrafuertes andinos, su cuna fue mecida por los mismos vientos duros de la montaña que tonificaron el temple de Sarmiento, el sanjuanino; de Joaquín V. González, el riojano, con quienes Agustín Álvarez anuda tantos vínculos espirituales.

Su familia tiene raigambre colonial y proviene de ese medio español del que renegará en sus libros, al punto de que en uno de ellos, *La creación del mundo moral,* llegará a decir: "Yo he vivido en ese *open door* de insensatez medieval que era la herencia forzosa de los hispanoamericanos en la época colonial, el cual, y el terremoto del 61, han sido las dos grandes calamidades que han amargado las que debieron ser horas felices de la infancia".

Ese terremoto tremendo que destruye la ciudad de Mendoza en 1861, le deja huérfano, sin hogar. Cuatro años tiene la criatura y pasa a manos de tías beatas, de esas tías viejas que terminan por hacer odioso cuanto ellas veneran. Quizá allí esté una de las causas de las tempranas rebeldías de Álvarez, la primera de las cuales se documenta en una revuelta estudiantil en que participa durante sus días del colegio nacional mendocino.

A los diecinueve años Agustín sale de Mendoza, decidido a seguir —paradojas de la rebeldía— la carrera de las armas e ingresa en el Colegio Militar donde cursa brillantes estudios. Sin embargo, su carrera de oficial es relativamente corta, pues en servicio activo sólo alcanzará el grado de capitán, dejando el escalafón de combatiente en 1888; aunque, luego, en situación de retiro, llegue hasta teniente coronel.

Pero, en la breve actividad militar de Agustín Álvarez hay un hecho importante que señalar: el descubrimiento de su verdadera vocación de sociólogo y de educador. El ejército le había puesto en contacto con aspectos deplorables de la realidad argentina del ochenta. Mendoza, Santiago, los confines de Guaminí o el Azul, el desierto, la Patagonia, el Chaco, el indio,

el gaucho rebelde, fueron palpable verificación de la antinomia sarmientina: civilización y barbarie. Incultura, analfabetismo, superstición, caudillismo le salieron al paso en todos los rumbos y, frente a ellos, el joven oficial presiente que en la predicación laica que los arrolle realizará su destino.

Así, en 1883, cuando es teniente, decide inscribirse como alumno libre en la Facultad de Derecho para imponerse de las posibilidades legales del nuevo orden que sueña. En cinco años se doctora con una tesis sobre *La policía en Mendoza*. Con su nuevo título abandona el ejército y le acogen la magistratura y la docencia. Es juez y profesor de filosofía en Mendoza cuando en 1892 le eligen diputado por su provincia y baja a la capital. La instalación en el mundillo político es corta, pero le da ocasión de vincularse a la vida periodística e inicia su colaboración en *Tribuna*, el diario de Roca. Están ya en marcha las tres actividades fundamentales que caracterizarán la personalidad de Álvarez: sociólogo, educador, escritor; tres actividades concertadas por el denominador común de la predicación laica; tres actividades que no propenden sino a un único fin esencial: el mejor conocimiento del hombre y lo humano, al cual concurren su experiencia en el ejército, en la docencia, en la magistratura, en el parlamento, en el periodismo y, finalmente, en el Consejo Supremo de Guerra y Marina, que integrará como vocal y donde actuará en varios difíciles procesos militares.

Una fecha transcendental en la vida de Álvarez la señala el año 1906, cuando es llamado por su amigo Joaquín V. González a participar en la organización de la Universidad de La Plata, recién fundada, y a dictar la cátedra de Historia de las Instituciones libres. La docencia universitaria da a Álvarez oportunidad de sistematizar sus ideas, expuestas ya dispersamente en las hojas volanderas del periodismo y de los folletos.

> **Notable es —dice Ricardo Rojas— la diferencia que hay entre las obras de Álvarez escritas antes o después de su ingreso en la Universidad de La Plata. Las**

del primer tiempo acusan el improvisado trabajo periodístico o el pensamiento desvirtuado por preocupaciones ajenas a la pura especulación intelectual. En la atmósfera de la Universidad moderna encontró su clima moral. La idea alcanzó mayor concentración, el esfuerzo más continuidad, el estilo mejor arquitectura. El autor de artículo se hizo del todo autor de libros, o llegó a ser un completo ensayista a la manera sajona.

Son, por lo demás, esos diez últimos años de la vida de Álvarez los verdaderamente fecundos en el orden intelectual. Toma contacto con sociedades culturales extranjeras, alcanza grado eminente en el círculo masónico, se aproxima, aunque sin militar en sus filas, al ideario socialista.

Sencillo, severo, justo, humilde, su posición ideológica es definida e inconfundible: demócrata en lo político; librepensador en lo moral; laicista en lo pedagógico; amante de la justicia, de la reivindicación de los oprimidos, en lo social; positivista, en lo filosófico; progresista, en lo científico. Aquel 15 de febrero de 1914, cuando le sorprende la muerte en Mar del Plata, la intelectualidad argentina pierde un hombre íntegro, un varón justo.

La obra y el ideario

La posteridad ha recogido el ideario de Agustín Álvarez a través de numerosos artículos periodísticos, algunos folletos y varios libros, tales como *South-América* (1894), *Manual de Patología política* (1899), *Educación moral* (1901), *¿Adónde vamos?* (1904), *La transformación de las razas en América* (1908), *Historia de las instituciones libres* (1909), *La creación del mundo moral* (1912). Pero quien pretenda deducir por el solo enunciado de este repertorio la sospecha de su contenido, quedará en blanco porque algunos de los títulos son un tanto caprichosos, nacidos de razones circunstanciales. En cambio, apenas el lector se decida a penetrar en la fronda del contenido de los mismos, hallará la presencia reiterada de algunas ideas madres que parecen ser obsesivas en el mundo intelectual de nuestro autor.

Entre esas ideas fijas, dos constituyen un *leit-motiv* de todos sus libros: la fobia a la superstición y el fanatismo; la fobia a España como introductora de esos males en América.

> La preocupación constante de Agustín Álvarez —escribe Roberto F. Giusti— fue la suerte de los pueblos de habla española a los que él veía incapaces de libertarse de la ignorancia, la credulidad, el fanatismo y el caudillismo, bárbaro y despótico. Atribuía esos rasgos de inferioridad, antes que a la raza o al medio físico, factores de que hizo particular mérito la sociología positivista, a la herencia política y religiosa recibida de España.

En esta posición está directamente emparentado a actitudes y militancias semejantes de Juan María Gutiérrez, Sarmiento, Alberdi y Echeverría. Y si los exilados ilustres son sus progenitores en la adquisición de ciertas convicciones de rechazo a la tradición hispánica en lo que ésta tiene de deplorable para la evolución espiritual del nuevo mundo; en cambio, le acompañan Renán, como aval en su repudio al fanatismo; los iluministas del siglo XVIII en la formación de su ideario político-liberal; Comte y Spencer en su positivismo filosófico, Emerson y Carlyle, en su titanismo ético; Juan Agustín García, el coetáneo y amigo, en la refirmación de las actitudes anti-hispánicas, sobre todo cuando éste publica *La ciudad indiana,* obra que Álvarez admirará.

Unánimemente la crítica que ha abordado el estudio de la producción de Agustín Álvarez, coincide en considerar *La creación del mundo moral* como el trabajo más coherente, logrado y sistemático brotado de su pluma. Obra de madurez, su último libro, elabora en él una estructura ética de fondo hedonista y dinámico, que se resiste a divinizar el misterio para no cargarse de miedos y ataduras.

> Como en el caso de aquel amable caballero, que estaba grato a su madre por haberle ocultado siempre la fecha del nacimiento dejándole así el beneficio de ignorar su edad, el encanto de la vida proviene pre-

cisamente del hecho de ser un misterio encerrado entre dos misterios impenetrables. Y dado que los hombres obran como idiotas, ejecutando acciones y omisiones inútiles o perjudiciales a la vida, en millares de maneras diferentes, y en razón de lo que se imaginan saber del principio y del fin de la existencia, rebelándose contra la previsión maternal que les ha ocultado el secreto de su ser, no es aventurado suponer que el resultado de la extinción de la curiosidad humana a ese respecto, destruiría el mejor aliciente de la vida, que es la curiosidad de vivir para saber, de vivir para ver. (Op. cit. Cap. X).

Consecuente con las ideas que abonan su formación espiritual, Álvarez admira ciertas formas de vida del mundo anglo-sajón, en cuanto exaltan el esfuerzo individual y la democracia. El *self-help* y el *self-government*, es decir, el "ayúdate a ti mismo" y "autogobiérnate" constituyen los modos del individualismo que admira y que ve exaltados, por ejemplo, en las pautas de vida del pueblo norteamericano. Comprende los esfuerzos dirigidos hacia la dignificación del hombre en virtud de sus obras y cree que si éstas no fructifican de inmediato, pueden, sin duda, germinar en futuras transformaciones sociales. De allí que aplauda a quienes se empeñaron en abolir la esclavitud, porque en sus sacrificios está latente la redención de otras formas de esclavitud que vive el mundo moderno.

La idea de la abolición de la esclavitud —expresa en el Cap. II de LA CREACION DEL MUNDO MORAL— que costó a los americanos del norte un millón de vidas y tres mil millones de dólares habría parecido monstruoso e incomprensible a los coetáneos de John Hawkins, el famoso, honesto y piadoso marino cristiano, iniciador del comercio de negros, que, sintiéndose orgulloso de haber procurado a su país un tráfico tan proficuo, cuando fue ascendido a caballero por la reina Isabel, adoptó para su escudo de armas la figura de un negro cautivo amarrado con una cuerda. Del mismo modo, la idea de que pueda llegar un tiempo en que sea innecesaria la explotación del trabajador, es todavía incomprensible en nuestra era capitalista. Observando los progresos de la China, decía Mr. Dooley: "presiento que va a llegar a un tiempo en que tendremos que tratar decentemente a los chinos". Si fuésemos capaces de presentir que se aproxima el tiempo

en que tendremos que tratar decentemente a los obreros, podríamos empezar a tratarlos decentemente desde ahora, y eso sería un inmenso bien para ellos y para nosotros.

Álvarez aún confía con alguna ingenuidad en la enseñanza moral que emana de la misma naturaleza.

Cuando un salvaje —dice— se detiene a presenciar una pelea de toros, un encuentro de tigres o una riña de gallos, es la Naturaleza que está enseñando al hombre los usos y abusos de la fuerza; pero también, cuando observa en el nido de un ave la alimentación de los pichones por la madre, es la Naturaleza que está enseñando al hombre la abnegación del fuerte para el débil; y cuando se detiene a escuchar el canto de un pájaro en la enramada o a contemplar un paisaje de luz en las nubes, o la caída de agua en una cascada, o un árbol engalanado de flores, es también la Naturaleza que está sugiriendo en el hombre sentimientos estéticos. Si en vez de nacer pequeños, mudos, ignorantes, alegres y traviesos, los hombres nacieran adultos, elocuentes, sabios, formales y juiciosos, el mundo tendría de menos las tres cuartas partes de su atractivo. (Op. cit. Cap. XXVII).

La creación del mundo moral constituye, pues, la obra en que Álvarez cesa sus golpes demoledores para construir, para predicar un mundo optimista y sin miedos inhibidores. En él, "el que se abstiene de ser dichoso, por el temor de llegar a ser desgraciado, podría también abstenerse de usar su vista por el temor de quedarse ciego, ya sería sólo aparentemente más insensato en el segundo caso que en el primero" (Op. cit. Cap. XXVIII).

Los medios de una prédica

Como se habrá podido comprobar a través de los trozos citados, la prosa de Agustín Álvarez fluye periodística y robusta cuando infla las velas de su inspiración el viento de la pasión. El modelo sarmientino está demasiado próximo a él para que no se adhieran modos expresivos, ya en la forma directa, ya en las trasposiciones de imágenes, comparaciones y metáfo-

foras; ya en aquello de que pega dos veces el que pega primero.

La posición decididamente antirreaccionaria de Álvarez granjeóle duras críticas y ataques apasionados que devolvían golpe por golpe, mandoble por mandoble, sus prédicas laicas. Pero en ese agrio campo de los desacuerdos inevitables, hay un aspecto en que olvidaron hacerle justicia: Álvarez, equivocado o no, usó siempre de medios lícitos y limpios para su batalla ideológica. No se valió, por ejemplo, de la cátedra en la que el alumno debía aceptar la posición del *magister* como principio de autoridad. Eligió, en cambio, el campo abierto del periodismo, el libro o la tribuna de instituciones científicas. Así lo hace notar Joaquín V. González, cuando en las páginas que dedica a su recuerdo, dice:

> Mucha exaltación existe también en el campo contrario, cuando se le censura por apasionado y obcecado en su lucha contra el clericalismo en su afán de propaganda. Durante ocho años ha enseñado en una joven universidad argentina; y yo que lo he visto puedo asegurar que nunca abusó de su influencia ni de la inviolabilidad magistral para luchar en desventaja de su adversario; y es, por el contrario, digno de señalar aquí, como uno de sus rasgos más interesantes, que su estadio de pelea fue siempre la cátedra libre de la prensa, de la tribuna científica, del parlamento o el libro, y jamás pretendió hacer tragar, aun a los más débiles, sus opiniones o sus juicios, ni por el temor a la sanción oficial, ni por el pretendido y desacreditado argumento de autoridad que aun algunos profesores se atribuyen desde sus cátedras.

Haberlo hecho hubiera significado la negación de su propia plataforma de ideas construída en el difícil ejercicio de nadar contra la corriente de los prejuicios y anquilosamientos.

Casi medio siglo ha transcurrido desde la desaparición de Agustín Álvarez. Desde entonces, por dos veces el mundo se ha visto abocado a las crisis tremendas de sendas guerras mundiales. Algunas situaciones esenciales han variado fundamentalmente y, con ellas, el planteo de muchos de los problemas abordados por Álvarez ha perimido. Por ejemplo, la an-

tropología ha arrojado nuevas luces sobre el conflicto de culturas que oscurece la conquista hispánica; la ciencia y la religión han encontrado algún terreno de coincidencia; el analfabetismo se extingue paulatinamente; el progreso y la civilización penetran lentamente hasta lejanos rincones de Hispanoamérica. Se comprenderá, entonces, que muchas de las conclusiones combativas de Agustín Álvarez hayan sido superadas.

Pero, en la perspectiva histórica incumbe a la justicia que llega con el Tiempo valorar la sinceridad de su postura y la convicción con que defendió la que constituyó su verdad. En tal sentido el nombre de Agustín Álvarez recordará siempre al sembrador y estará indisolublemente unido a las ideas de progreso y democracia.

RAÚL H. CASTAGNINO.

AMEGHINO ÍNTIMO

Viven aún en La Plata, o vivían hasta hace pocos años, personas que conocieron y trataron al paleontólogo ilustre en la primera década del siglo, cuando ya era director del Museo Nacional de Historia Natural. Y que recuerdan con nitidez su figura física —más bien baja y de sólida estructura— y aquella su librería de la calle 60 esquina 11 —en la ochava que mira al sur—, sitio de reunión de los chiquillos que el barrio (en el que también vivieron el doctor Alejandro Korn, el físico Teobaldo Ricaldoni y don Juan Vucetich, creador del sistema dactiloscópico argentino), de los chiquillos, decíamos, que el barrio aportaba a la escuela vecina, y que unas veces de veras y otras veces de burlas se convertían en interlocutores de esa mujer extraña y pintoresca, de revuelta cabellera, tocada con ropas de colores inverosímiles, que al llamado de una campanilla de tienda de antigüedades —que sonaba puntual por sobre la cabeza del cliente apenas éste trasponía la puerta del negocio—, aparecía, desde el interior de la casa, con un gran loro verde sobre el hombro, cuya voz metálica se adelantaba en ocasiones a la gutural de su ama para gritarle: *¡cochón! ¡cochón!* a algún chico cuyas posibles travesuras el ave adivinaba de antemano. Esa "mujer desgreñada", que Rafael Alberto Arrieta evoca desde el fondo de su memoria de adolescente, era Leontine Poirier, la comprensiva esposa de Ameghino— con quien se casara en su París natal en 1881— que sólo se animaba, transfigurándose, en los atardeceres, cuando su marido regresaba de Buenos Aires y ella corría a la cocina a prepa-

rar lo que, rato después, le serviría de su propia mano, en la más tierna escena familiar. La vida había hecho estragos en ella —otrora joven y hermosa—, pero Ameghino no pudo tener a su lado compañera más admirable, ni más sacrificada, cuya pena mayor habría sido, sin duda, no tener hijos que vinieran a llenar la soledad en que forzosamente la sumían las excluyentes tareas del sabio.

Esa librería —que él llamó "Rivadavia", en homenaje al prócer fundador del Museo Nacional de Historia Natural— instalada cuando lo exoneraron de su cargo de secretario-subdirector del Museo de La Plata, le permitió, no sólo subvenir a las necesidades familiares en días de extrema pobreza, sino, además, pagar los para él ingentes gastos que demandaba la permanencia en la Patagonia de su hermano Carlos, convertido en naturalista viajero a su servicio. "Y todo esto —diría Ameghino alguna vez— durante 20 años lo dió al pequeño negocio".

Ameghino había llegado a La Plata en las postrimerías del gobierno de D'Amico. Todo en la ciudad era abundante y las apariencias justificaban el optimismo. La población se acercaba ya a los 40.000 habitantes. La ciudad era la primera en la República, desde dos años antes, en poseer luz eléctrica, y Sarah Bernhardt, ofrecía entre aclamaciones: "La dama de las camelias" en el teatro Apolo, de la calle 54 entre 4 y 5, demolido hace más de dos décadas. Pero esa opulencia no duró muchos años. Sobrevino la crisis económica y la caída de Juárez Celman entre pólvora revolucionaria. Las obras se paralizaron en la ciudad recién nacida, se detuvo el crecimiento de la población, las casas fueron deshabitándose y hasta se habló, inclusive, de trasladar la capital a otra parte. Pocos saben que en esta emergencia Ameghino dio una prueba de solidaridad social mostrando hasta qué punto no era un vecino indiferente: presidió una comisión formada para reactivar el comercio y el progreso industrial en la ciudad amenazada.

Vivía por esas fechas en una casa muy modesta —de patio oloroso a madreselvas—, pegada a la libre-

ría, que atendió personalmente hasta que en 1902 Joaquín V. González lo designó director del Museo de Buenos Aires. Desde ese momento comenzó a viajar diariamente hasta que acaeció su muerte. Se le veía entonces —y durante años— salir de su casa por la mañana, a las 9, con paso rápido, demasiado largo para su estatura, caminando un poco de costado, "un poco al sesgo, como si siempre estuviera acarreando un cubo lleno", según ha dicho bellamente uno de sus biógrafos, hasta tomar el tranvía "de caballos" que le llevaba a la estación de ferrocarril— instalada hasta 1906 en el actual Pasaje Dardo Rocha— donde invariablemente viajaba en uno de los coches de primera clase en los que no está permitido fumar, pues aborrecía el humo y el olor a tabaco. Durante el trayecto hojeaba los diarios durante 15 ó 20 minutos, o bien echaba una mirada a *Caras y Caretas* y *P. B. T.*, los viejos semanarios porteños, festejando con grandes risas el humorismo de las historietas y las agudas caricaturas políticas de Cao y Mayol, y en seguida se daba a la tarea de corregir pruebas de imprenta o se imponía del contenido de las revistas científicas que recibía en abundancia y que él mismo, impaciente, pasaba a recoger por la oficina central de Correos, donde tenía reservada su casilla de correspondencia. Ya en el museo, con una interrupción de un cuarto de hora para tomar un rápido almuerzo —comenta el Dr. Rodolfo Senet, que fuera su dilecto amigo de los últimos años— trabajaba desde las 11 hasta las 17. Media hora después emprendía el regreso a La Plata para llegar a su casa de anochecida. Terminada la frugal comida volvía a su labor hasta el filo de la medianoche; y como se levantaba a las 7 en invierno y a las 6 en verano, para estudiar hasta las 8, resulta que nunca dormía más de seis o siete horas. Esto, por supuesto, en los días hábiles. Los domingos era otra cosa; como no tenía obligación de salir de su casa, trabajaba en su rudimentario laboratorio durante todo el santo día. Este laboratorio que decimos podía verse desde la librería, como que estaba puerta por medio; constituíalo una habitación amplia, ocupada entera-

mente por una mesa de pino blanco y una estantería del mismo material. En ésta, que cubría las paredes hasta el techo, guardaba sus magníficas colecciones fósiles. Dos piezas más allá estaba su biblioteca —una estantería también de pino— donde se alineaban cuatro o cinco centenares de monografías y libros científicos. Ameghino no acostumbraba a guardar libros: los leía, los resumía en fichas y los regalaba a quienes les pudieran ser útiles. No era bibliófilo ni bibliómano. ¿Y con qué trabajaba nuestro sabio? Pues con muy poca cosa: varios lentes de aumento, un par de raspadores, unas tijeras y una regla, eran todo su instrumental. Escudriñaba los fósiles y anotaba sus observaciones en borradores formados por hojas de todos tamaños, con una letra nerviosa, garrapateada, casi ininteligible, que, empero, se serenaba, se hacía pareja y caligráfica cuando daba redacción definitiva a sus trabajos. No hay otro ejemplo en el país de un hombre de ciencia que con menos haya hecho más. En medio de la nada, "con el solo buscar, el solo mirar y el sólo pensar construye un edificio inmenso". Lo dice su enorme faena: describió alrededor de mil especies paleontológicas nuevas y los trabajos científicos registrados ascienden a 179, debiéndose añadir su abundantísima correspondencia científica, mantenida con los más diversos corresponsales y de las que se recogen 2.677 cartas en los tomos XX a XXIII de sus *Obras Completas.* Y todo esto lo hacía de propia mano, sin el auxilio de secretaria ni de máquina de escribir. Por eso le escribía a von Ihering en 1889: "Tiempo, tiempo, tiempo es lo que me falta; voluntad me sobra". A pesar de que a los veintiséis años había publicado los dos volúmenes de su obra fundamental, *La antigüedad del hombre en La Plata,* que ya se sabe las polémicas que encendió y en la demostración de cuya hipótesis —hasta ahora imposible— consumió buena parte de su heroica vida.

Era pulcro en el vestir, pero andaba siempre a trasmano con la moda. Invariablemente vestía "jacket" oscuro, de lustrina en verano —tocado entonces con sombrero de paja amarilla— y de paño en invier-

no, llevando en tal caso la galera al uso. Vivaz y de gran memoria cuando pequeño —condición que recuerda D. Carlos D'Aste, su maestro primario—, era sumamente nervioso en su adultez, soliviando los hombros en una especie de "tic" cuando leía o exponía un trabajo científico. "Rebelde a toda imposición dogmática —cuenta Leopoldo Lugones, que lo trató— conservó toda su vida la independencia un tanto levantisca y la repugnancia filosófica al principio de autoridad. Su carácter volvióse expansivo al asegurarse con los años juveniles su poderosa vitalidad". Era un caminador extraordinario y esta actividad física —pues tenía la obsesión de andar siempre de prisa— sólo era comparable a su actividad psíquica. Cientos de veces recorrió a pie los 35 kilómetros que median entre Luján y Mercedes, en sus excursiones científicas, ora costeando el río, ora a campo traviesa. "Caminaba más que el Judío Errante", solía decir D. Alfredo J. Torcelli, que fue algo así como su albacea espiritual. Y quienes con él viajaban habitualmente refieren que no podía estarse en su asiento tan pronto el tren se acercaba a destino; se levantaba y echaba a andar por los pasillos hasta la plataforma delantera del primer coche. Y esto, decía él, porque no podía viajar en la máquina...

"Gustábale el comentario irónico —nos informa asimismo Lugones—, rayano a veces en lo indiscreto; la chispa ingeniosa aunque frisara en grosera; y algo —pero sólo por estímulo de hilaridad— el cuento verde. Todo ello reservado, sin embargo, a la intimidad amistosa y sin llegar nunca a lo maligno. Tampoco excluía la sátira mordaz, el rudo epíteto, pues ante la mentira o la injusticia, salía pronto lo amargo de su verdad". Es que, añadamos, su religión era la de la verdad y la justicia. Como que era un hombre libre —libre de adentro para fuera, mediante el ejercicio de la razón— no temía ni eludía decir "su" verdad cuando la creía justa. Ejemplo impresionante de esa carencia en él de actitudes hipócritas es su carta al ministro de Instrucción Pública, Dr. Juan Balestra, fechada el 31 de marzo de 1892, en la que pide para sí

la dirección del Museo de Buenos Aires —vacante por jubilación de Burmensteir— y que termina con estas palabras: "Creo que mis antecedentes científicos me dan derecho a aspirar a la dirección del Museo Nacional con preferencia a los naturalistas extranjeros. Mas, si por cualquier motivo no se creyera que soy el hombre adecuado para desempeñar el puesto, no me daré por resentido, siempre que el nombramiento recaiga en uno de nuestros compatriotas, y seguramente son varios los que se encuentran en condiciones y con méritos suficientes para ser acreedores a tal distinción". Y menciona en seguida los nombres de Pedro N. Arata, el sabio químico; de Eduardo L. Holmberg, el distinguido naturalista, y de los zoólogos Enrique y Félix Lynch Arribálzaga; pero el elegido por el ministro es Carlos Berg, a quien Ameghino solicita, sin gazmoñerías de ninguna clase, la subdirección vacante: "Una colocación en el Museo me ayudaría infinitamente a proseguir los estudios a que he consagrado mi vida". Pronto le contesta el nuevo director que sus pretensiones no pueden ser "por lo que ha pasado —dícele— entre Vd. y Burmensteir, por una parte, y por otra parte entre el Dr. Moreno y Vd., y no sería yo digno sucesor del primero ni leal amigo del segundo, si yo aceptase a Vd. como vicedirector".

A tales argumentos responde Ameghino con esta enérgica misiva: "Muy señor mío: La sola insinuación de que yo sea capaz de pedir algo que no se ajuste con los sentimientos nobles y delicados de toda persona honrada y bien educada, importa para mí una injuria; no pedí un favor, sino aquello a que por mis antecedentes y trabajos tengo más títulos que nadie. La verdadera nobleza de carácter consiste en saber rendir culto a la verdad y a la justicia. Es lo que a mí me sobra y a otros les falta". Y termina la carta con esta punzante ironía: "Deseándole mayor acierto en lo sucesivo, me repito de Vd. su muy obsecuente servidor".

Lo soliviantaba la violencia y cuando en julio de 1909 fue fusilado el pedagogo Francisco Ferrer, acu-

sado de instigador del movimiento anarquista de Barcelona, hizo oir más de una vez en voz alta su protesta contra la pena de muerte y contra la tiranía que soportaba España. Abominaba de la guerra con la misma fuerza con que amaba la paz. Era un hombre "de paz y de verdad", escribió Lugones sintetizando sus cualidades más significativas.

En política no era ni un indiferente ni un descreído. Lo apasionaba la política nacional y asevera Torcelli —en el prólogo que pone a sus *Obras Completas*, cuya impresión dirigió— que en la jornada del 26 de julio de 1890 actuó en el Parque, junto a las fuerzas revolucionarias. Desde su juventud estuvo afiliado al mitrismo y en materia electoral era decididamente contrario a la abstención, pues creía que se debía concurrir a los comicios cumpliendo antes que con un deber con un derecho intransferible. Así eran de arraigadas sus convicciones ciudadanas.

Se entregaba con cuerpo y alma —a veces con ingenuo fervor— a cualquier acción para la que se comprometía. Es conocida la anécdota que lo muestra dirigiendo el movimiento de resistencia iniciado por los abonados de primera clase, que ante el aumento del precio de los pasajes por parte de la empresa del ferrocarril, decidieron tomar abono de segunda y viajar en los incómodos coches. Don Florentino encabezó la rebelión y luego de haber estudiado con la prolijidad que es de imaginar el "Reglamento de Ferrocarriles", se convirtió en una suerte de tábano para guardas, inspectores y jefes de estación...

A pesar de las penurias económicas que pasó durante largos períodos y de las injusticias que sufriera en carne propia, no fue hombre egoísta o amargado. Por el contrario, han quedado registradas en cartas a colegas y en el recuerdo de sus amigos íntimos innumerables pruebas de su generosidad y desprendimiento. Notables testimonios al respecto se encuentran en los tomos de correspondencia privada que integran sus *Obras Completas*, cantera que todavía permanece poco menos que intocada y en donde algún joven podría encontrar valiosas vetas para definir mejor aspectos

íntimos de la personalidad del sabio. En una de dichas cartas, dice: "Nunca reservo mi modo de pensar y no hago misterio de ninguna de las cuestiones científicas de que me ocupo. Atiendo a todos los que se presentan prodigándoles las mismas atenciones, sean amigos o conocidos, enemigos o desconocidos, jóvenes o viejos, sabios o ignorantes". Y en otra, dirigida en 1881 a Francisco P. Moreno (el famoso "Perito" Moreno) —uno de sus más enconados enemigos, con quien se reconciliaría felizmente en 1909—, verdadera lección de ética científica, escribe: "Los materiales que he recogido y los que tenga ocasión de recoger más tarde, no me pertenecen, son de propiedad de todos los que quieran estudiar. Quedan, pues, siempre a su disposición, aunque sea para combatir algunas de mis opiniones o corregir algunos de mis errores". Con el mismo desapego con que obsequia libros que ya no le han de servir, envía sus trabajos o facilita a otros investigadores fotografías y calcos de su material científico.

Otra faceta del mismo desinterés se revela en pequeños detalles de la vida cotidiana: la largueza con que administraba su escaso peculio, adelantándose a pagar gastos realizados conjuntamente con amigos, o el desasimiento por las cosas materiales. "Humilde y modesto —apunta Senet— si se le llamaba sabio no podía ocultar una mueca de disgusto. Precisamente, porque uno no es sabio —replicaba— es por lo que estudia, observa e investiga... Por pretencioso y falaz debería eliminarse ese término del vocabulario". Tampoco era huraño ni esquivo —recuerda el mismo cronista— pero sus ocupaciones no le permitían vincularse con muchos ni siquiera intimar con algunos de sus amigos. De no haber sido así, jamás hubiera podido realizar tan grande obra original. Por las mismas razones no asistía a los espectáculos, ni a los clubes ni participaba en ningún género de diversiones, llegando, inclusive, a dejar totalmente el violín, del que había sido un buen cultor en su juventud. Don Santiago Pozzi, que fuera preparador paleontólogo del Museo de La Plata, contaba, en rueda amistosa de las anti-

guas aficiones de Ameghino por ese instrumento. Y Rafael Calzada, escritor español que vivió más de cincuenta años en la Argentina, relata en las notas autobiográficas que integran la recopilación de sus propias obras (tomo IV; Buenos Aires, 1926) que en un viaje que realizara a Mercedes, un antiguo condiscípulo suyo, con quien se encontró en dicha ciudad bonaerense, le dijo: "Quiero que conozcas a un joven de quien acaso hayas oído hablar y a quien todos consideran como un sabio. Es maestro de escuela, como yo, auxiliar de la primera elemental de varones; lo protege el doctor José Manuel Estrada, jefe del Departamento de Escuelas de la Provincia y gana 600 pesos moneda corriente (eran 24 fuertes) mensuales. Tenemos mucha amistad y se llama Florentino Ameghino. Las horas que le dejan libres las clases las dedica a ir a cavar a orillas del río Luján, en busca de fósiles, de los cuales tiene ya una gran cantidad. Además, cuanto gana lo invierte en pagar peones que le ayuden en sus trabajos. Es un caso curioso. Vamos a verle.

"Y allá fuimos. Nos recibió cariñosamente. Era un muchacho como de mi edad, delgado, pálido, de mirada inteligente. De sus habitaciones, viejas y de malísimos revoques, la más grande, que daba a la calle, estaba compleatmente llena de huesos rarísimos, algunos de ellos de enorme tamaño. En la otra había huesos también, una mesita de pino y dos sillas. Nos invitó a sentarnos; él se sentó en un enorme colmillo atravesado sobre otros huesos. Hablamos de muchas cosas... Me dijo que había leído versos míos en la *Joven América*, que recibiera por enviársela su amigo Luis S. Ocampo, elogiándolos mucho, con lo cual demostraba que había en él algo más que afición a desenterrar fósiles, pues debía sentir el arte; y después de pedirme que le visitase siempre que fuese a Mercedes, me confirmé más en aquella creencia al ver que se levantaba, tomaba un violín que tenía colgado en un clavo en la pared, por cierto sin estuche, y volvió a sentarse diciéndonos: —Voy a entretenerlos tocando alguna cosa, tengo locura por el violín. Y tocó

dos o tres piezas, muy medianamente según mis recuerdos".

La verdad es que la música fue una de las pasiones de Ameghino, al punto de que, poco amigo de concurrir al teatro, de cuando en cuando solía ir al Colón, con su mujer, para asistir a alguna representación lírica. La señora Josefina Pons de Sambucetti, que vivía a corta distancia de la casa de Ameghino, gustaba contar a sus hijos —uno de los cuales nos la ha trasmitido a nosotros— esta anécdota al caso: Cierta vez en que había decidido ir al Colón con su esposa, don Florentino, recién llegado de sus ocupaciones, a boca de noche, mientras espera que Leontina —como la llamaba, castellanizando su nombre— termine de aprontarse, se pone a trabajar, abstrayéndose de tal manera que olvida por completo el viaje a Buenos Aires. *Madame*, ya lista, lo mira y sin decirle nada, sin interrumpirle en su ensimismamiento, se aleja silenciosa hasta el dormitorio, aplicándose, a su vez, en cualquier labor de aguja. De pronto Ameghino, como salido de un sueño, recuerda el compromiso. Mira el reloj: son las diez de la noche; ya es demasiado tarde. Llama a su mujer y le reprocha que no le haya avisado a tiempo. Ella le contesta: "Estabas trabajando, no quise molestarte; iremos otro día...".

"De lo que, desde luego, no puede cabernos ninguna duda —señala don Angel Cabrera en la introducción a *El pensamiento vivo de Ameghino*— es que este naturalista, que se envanecía en ignorar la literatura y odiar al *Quijote*, ignoraba igualmente, o por lo menos miraba con soberano desprecio cualquier otra cosa que no se relacionase directamente con la paleontología". Sin embargo, esta aseveración del gran zoólogo podría muy bien ponerse en tela de juicio si se consideran algunos rasgos de la personalidad de Ameghino quizá poco valorados por sus biógrafos. Por de pronto su amor por la música, como queda dicho. Asimismo, su prosa precisa, sin adornos literarios pero pulcra, como conviene al lenguaje científico, denota otras lecturas aparte de las especializadas. Rafael Calzada, según vimos, deja constancia de como en su ju-

ventud Ameghino leía la revista *Joven América*, gustando de la poesía. Y la señora María del Carmen Artieda de Torcelli,*, fallecida en enero de 1962, cumpli-

* Esposa de don Alfredo J. Torcelli (1864-1936), periodista y traductor a cuya labor inteligente y tesonera se debe la recopilación y ordenamiento de la obra de Ameghino, dispuesta por decreto del P E. de la provincia de Buenos Aires en 1912. Nacido en Buenos Aires, donde hizo estudios secundarios recibiéndose de bachiller, se trasladó a La Plata apenas fundada la ciudad, ejerciendo el periodismo, en el que se había iniciado en 1880. Editó y redactó en la nueva capital el semanario **"El Pensamiento"**, que llamó la atención por la calidad de su material y la esmerada presentación. Colaboró tempranamente en diversos diarios de Buenos Aires: **"La Capital"**, **"El Comercio del Plata"**, **"El Censor"**, **"El País"** y más tarde en **"La República"**, cuya dirección ejercía Horacio Varela, casado con una hermana de Torcelli. En La Plata formó parte de la redacción de **"La Mañana"**, que dirigía el periodista don José María Niño, autor de una biografía de Mitre. De 1894 a 1905 fue redactor y luego secretario de **"El Tribuno"** y simultáneamente —de 1903 a 1905— director de **"La Vanguardia"** de Buenos Aires, pues Torcelli, amigo de los doctores Juan B. Justo, Alfredo Palacios y José Ingenieros, era socialista. Colaboró asimismo en otros diarios platenses: **"La Provincia"**, **"El Argentino"** y **"Buenos Aires"**. En 1907 fundó, con otras personas, entre ellas D. Félix Tettamanti que aportó su ayuda económica, el diario **"El Pueblo"**, cuya dirección ejerció, desde su inicio el 1º de junio hasta el 26 de octubre, el poeta Almafuerte. Durante varios años mantuvo Torcelli este periódico, sucesivamente instalado en la calle 49 esq. 4, luego en 47 Nº 748 y finalmente en la diagonal 80 Nº 637, en un edificio casi vecino a la casa que don Alfredo ocupaba en el número 611 de la misma arteria. En 1924 se incorporó a **"La Prensa"**, de Buenos Aires, como traductor de la correspondencia redactada en francés e italiano, delicada tarea que desempeñaba en el momento de su muerte. Gran trabajador, tradujo **"El libro de las vírgenes"** de Gabriel D'Annunzio, **"Póstuma"**, cancionero de Lorenzo Stechetti, varias novelas de Matilde Serao y **"Nerón"**, tragedia lírica de Arrigo Boito. Fue amigo y admirador de Ameghino, a quien conoció algunos años después de que éste, en 1887, se radicara definitivamente en La Plata. En 1891 casóse con María del Carmen Artieda, de veinte años de edad, y entonces el novel matrimonio intima con los esposos Ameghino, visitándolos con cierta frecuencia en la casa de la calle 60 esq. 11. El doctor Giordano Bruno Cavazzutti, distinguido médico platense y autor de **"Donde sopla el pampero"**, que hoy lleva sus ochenta y pico de años como burlándose del tiempo, nos ha contado —dato curioso— que don Alfredo J. Torcelli compuso desinteresadamente, por amistad, muchas de las intencionadas letrillas políticas que Pepino el 88, es decir don José J. Podestá, popularizó en la última década del siglo pasado. Esta información nos la ha confirmado D. Domingo Pedro Artieda —actualmente de

dos los 85 años de edad, en un sanatorio de La Plata —en el que estuviera internada exactamente tres lustros— recordaba, en conversaciones privadas haberle escuchado en la casa de la calle 60, que frecuentaba acompañando a su esposo, decir estrofas sueltas de distintos autores, inclusive argentinos. Tal vez su condición de hombre de ciencia y lo absorbente de los estudios paleontológicos lo inhibían para mostrar con libertad este escondido repliegue de su espíritu. Anotemos, al pasar, que en el tomo segundo de sus *Obras Completas* ("Primeros trabajos científicos") cita algunos versos del español Velarde y que la bibliografía mencionada en *La antigüedad del hombre en el Plata* inscribe nombres tan diversos como son los de Andrés Lamas, el Padre Lozano, Lactancio, Garcilaso de la Vega, Oscar Comettant y otros, que desde ya sugieren la condición de "lector omnívoro" que Márquez Miranda asignaba a nuestro sabio. Sabido es, por lo demás, que escribía sin inconvenientes en italiano y en francés, idioma, este último, en el que

74 años—, cuñado de Torcelli y colaborador suyo en El Pueblo, como tipógrafo, quien, desgraciadamente no recuerda ninguna de dichas cuartetas, que el célebre payaso criollo recitaba en la pista del viejo Olimpo (hoy Coliseo Podestá) de La Plata, en la que aparecía montado en su burrito Pancho y empuñando una escoba que le servía a modo de guitarra. Dice el Sr. Artieda que siendo él un chico de seis o siete años —en 1894 o 95—, cada vez que Pancho entraba en el redondel circense, portando a Pepino el 88, corría hacia él, que exprofeso andaba por el picadero, y tomándolo suavemente de la ropa con los dientes, —tan bien enseñado estaba— lo obligaba a salir de la pista entre las risas del público. Enrique García Velloso, en una conferencia reproducida en el Boletín de estudios de teatro, números 22/23, recuerda algunas "gracias" del burrito y dice "¡Pobre Pancho!, murió en el antiguo Jardín Florida en 1892". O el dato es equivocado a don Pepe Podestá substituyó prontamente el simpático animalito —ya mimado por el público— por otro al que puso el mismo nombre. Porque gente vieja de La Plata ha recordado que cuando a fines de siglo Pepino el 88 —el personaje, decimos— muere definitivamente al pasar los Podestá del circo al escenario teatral, el burrito Pancho —que según dicen amaestraba Humberto Scotti, el cirquero, que se ocupaba de tales pacientes menesteres con perros y caballos— pasó a gozar de una merecida jubilación en el tranquilo retiro de un solar de la calle 47 entre 10 y 11, vecino con los fondos del antiguo Olimpo, donde vivió todavía por largos años.

redactó la tercera parte de sus trabajos y casi toda su correspondencia extranjera.

"Bajo el seco aspecto del hombre de estudio es muy fácil encontrar la carnadura del hombre sensible y humano", expresa el Dr. Fernando Márquez Miranda en el hermoso libro que consagró a la vida y la obra de Ameghino. (Bastaría, para abonar este aserto, la simple lectura de algunas de las cartas dirigidas por Florentino a su madre, desde París, o las muchas remitidas a sus hermanos). Amaba particularmente las plantas y los animales, y se recuerda de cómo le acompañó en su casa durante años una gaviota que salvara de morir ahogada en un albañal, y cómo, por la ventana entreabierta, venía hasta él todos los días, desde la madreselva del patio, una abeja a beber el agua azucarada que solícito le preparaba en un plato, al borde de su rústica mesa de trabajo. Siempre fue, asimismo, muy apegado a la familia. Veneraba a la madre, ya muy anciana; amaba tiernamente a su esposa y adoraba a sus dos hermanos, Juan y Carlos (muertos en 1932 y 1936, respectivamente), que tanto le ayudaron a realizar su ciclópea obra, especialmente este último.

Con pocos días de diferencia fallecieron, en junio de 1908, su madre y su mujer. Este drama —más que nada la desaparición de Leontine "brutalmente inesperada"— conturbó grandemente su espíritu, lo que queda reflejado en cartas de esa época. "Senet nos ha contado —dice Márquez Miranda— la anonadante manera como don Florentino supo de su tragedia. Salió un día, como tantos otros, a hacer su vida ordinaria. Al entrar en su casa, de regreso del Museo bonaerense, se enteró de que la que había dejado sana y buena por la mañana yacía, ahora, muerta. Solo, recibió la irreparable noticia. Solo tuvo que disponer lo necesario a tal entierro. Cuando Senet llegó a la casa mortuoria ya la pobre Leontine reposaba en un mísero ataúd, en el que la había amortajado su propio esposo. Ese esfuerzo tuvo sus consecuencias. Ameghino, cegado por el dolor, no atinaba más que a permanecer junto a los despojos fúnebres, mudo, absorto y como

fuera de la horrible realidad que lo cercaba. Senet, manejándole como a un niño consiguió, finalmente, sacarle de la capilla mortuoria, destrozado".

Comenzó entonces a decaer visiblemente: sus fuerzas físicas se quebrantaron y perdió capacidad para el trabajo intelectual. Al año, agotado, cayó enfermo, y él, acostumbrado a leer en la piedra y en la arena lo que el fuego y el agua habían dejado escrito hace millones de años, presintió con claridad que su fin se acercaba. "Duraré poco tiempo", le dijo a uno de sus amigos. Y se dejó morir, consumido por la diabetes. Sólo con la muerte comenzó a descansar este trabajador infatigable, cuyas *Obras Completas* comprenden veinticuatro voluminosos tomos.

Así fue don Florentino Ameghino —hombre de carne y sangre—, que el 6 de agosto de 1911, cumplidos los cincuenta y siete años, moría en una modestísima, casi miserable casita de La Plata.

NOEL H. SBARRA

ALEJANDRO KORN Y SU CIUDAD

1. *La sangre que labra su propia arteria*: tal es, en efecto, la misión que incumbe al filosofar en estas tierras americanas. ¿Solamente en tierras americanas? No. Quizás, en general, es éste el quehacer de la filosofía misma. Porque darse a la filosofía es un hacer y deshacer continuo, interminable, diríamos; un sondeo sempiterno, un adrede ir y venir por zonas peligrosas sin tomar por el salvador atajo. Laborar que desconoce el inmediato éxito, ya que el filósofo parece ir, de propósito, hacia todo lo que resulte desinteresado trabajo: menester, ante los ojos del común sentir, ocioso y vano. Don Alejandro Korn, si bien por nacimiento fue oriundo de un pueblo campesino, se transformó en un verdadero ciudadano platense y, filósofo desde las raíces, se dio a semejante tarea, sabedor de sus tremendas dificultades. Lo hizo vital, entrañablemente; no ya como blando andar por las nubes, no hendir levemente el puro aire, sí un adentrarse en las cosas, en los hechos, en la realidad, extrayendo de ellas sus jugos más nutricios. Si la filosofía es, por antonomasia, amor a la sabiduría, es innegable que Alejandro Korn jugó su vida en aras de esa inclinación inefable. Lo hizo heroicamente. Veamos por qué. Hay diversas formas de heroísmo, según creo. Don Alejandro tomó la menos banal, la más difícil. Fue el suyo un diario heroísmo —qué poco, y cuánto, en verdad— al parecer opaco, sin espectaculares ribetes. Heroísmo el suyo del magister: "Tú que sabes lo que se discute porque tienes edad y lo has estudiado: ¿quieres que lo investiguemos juntos?" diría Sócrates a Critas. Así lo

haría don Alejandro: no actitud de maravilla, de asombro como ingreso al filosofar (*Teeto*), sino disposición natural, transida de íntima convicción, henchida de las más altas formas de espiritualidad. Profesor y maestro —de pensamiento y de vida, principalmente— a despecho de la fácil lisonja puso lo mejor de sí, aún más, todo de sí, para llevar la palabra a su más caro y límpido sentido. Varón ilustre por sus hazañas o virtudes, tal una de las definiciones del héroe. ¿Y quién mejor que este platense por adopción para merecer tan acabado calificativo?. Sí, hazaña muy grande ser pionero en tierras yermas. Y este hombre llevó adelante la mejor de las conquistas. Labrar la propia arteria, dijimos; no la sangre siguiendo su natural ritmo fisiológico, en él sangre formando surcos, caracterizando, limitando la arteria. Hombre, nuestro don Alejandro, desbrozador de una selva oscura formada de prejuicios. Dejó de lado la forma de vida más cómoda —y más brillante— el camino más fácil y, porqué no, menos esforzado. Pasó por sobre la opinión (no opinión como saber intermedio entre ciencia e ignorancia ni juzgamiento sobre la apariencia, ni saber probable) sino la opinión vulgar, transida de realismo ingenuio; más que opinión, costra espesa de pre-conceptos, pre-juicios "ab initio" formulados y consolidados, más tarde, mediante la adjunción de materiales deleznables. Korn pensó —como supo hacerlo— y vivió plenamente en el ámbito de nuestra ciudad. ¿Hubiera sido otro su pensamiento viviendo en otra ciudad y en otro ambiente? Quizás. Por lo pronto, intentemos verlo.

2. *La "ciudad presentida"*. "Mi pensamiento vaga hace tiempo por esta ciudad (La Plata) como buscando un hogar presentido y él es, acaso, éste que vamos a levantar para todos los espíritus que en la peregrinación de la vida sólo tienen reposo en los valores solitarios de la ciencia". Estas bellas palabras de Joaquín V. González definen el sentido que para muchos altos espíritus ha tenido nuestra ciudad. Podrían repetirlas los platenses por adopción, algunos radicados desde antiguo en la ciudad, otros siguiendo la ac-

tividad cultural a la cual se sienten íntimamente unidos. Y es indudable que han sino normas en la vida de don Alejandro Korn.

Hogar presentido: ¿por qué no serlo por entonces? Como ninguna la nuestra resultaba ciudad apropiada para el trabajo cultural desinteresado. La Universidad, que diera a La Plata durante mucho tiempo verdadera tónica, tuvo, desde un comienzo, caracteres bien distintos de las demás universidades del país. He dicho en otra ocasión que el nuevo hecho de la creación de nuestra Universidad poseía especial significado, ya que la ciudad era portadora de características propias que le daban tonalidades diferenciadas en el cuadro de las ciudades del país. La Plata, según sabemos, tiene en principio clara significación política. Su creación no obedece a causas económicas, como es el caso de Bahía Blanca o Rosario. Se funda como prenda de unión y resulta, al fin, ciudad más pensada que hecha; cuando se coloca su piedra fundamental estaba pensada de antemano y se sabía en cuáles lugares se instalarían plazas, parques, edificios. Esta fundación, pues, implica una verdadera novedad y Joaquín V. González, sobre las bases de la Universidad provincial, tuvo la intuición de una Universidad que respondiera a esas modalidades.

3. *La "dimensión humana"*. Por lo demás, La Plata resulta una ciudad de sentido y dimensiones humanas; tiene, no obstante haberse dilatado por sus costados —pampa al fin— un ritmo de *civitas;* contiene ella un nutrido contingente de funcionarios, empleados, profesionales, pequeños comerciantes, estudiantes, que impide que el linaje, los vínculos de sangre, los apellidos añejos constituyan por sí, como acaece en otras ciudades, categorías valiosas. Hijos de inmigrantes, de profesionales, de obreros, resultan la leva de su democrática Universidad y aquél contingente de personas modestas —que constituyen su nervio motor— le otorgan un tono, quizás pacato aunque digno, de auténtica sencillez. Resulta así (y por supuesto lo era más aún en tiempos de Korn) una ciudad acogedora, sin ofrecer grandes atractivos, aunque sin escatimar sus belle-

zas. No llega —para bien— a constituirse en una aglomeración humana. La Plata permanecía ajena a ese ritmo que cobran muchas ciudades modernas. Creo que no podría decirse de ella lo que ya Robert Crowley, citado por Mumford, apuntaba en los albores de la formación de las grandes capitales: "..Ciudad de nombre, pero no de hecho /es un puñado de hombres/ que van en pos del lucro". ¿Qué significa esto?. Expresa que las grandes ciudades en buena medida exceden las posibilidades humanas: el hombre carece así de dimensión y de tal suerte se confunde dentro de un grave desorden en el cual sólo tiene sentido la lucha por la realización del negocio, del lucro; la ciudad se desborda, se deshumaniza, pierde su propio ritmo.

La Plata, en la época de Korn, conservaba su dimensión humana. Si bien ya se iba dilatando, agrandando, los barrios que se formaban en la periferia resultaban un tanto iguales, sin mayores atractivos dentro de la uniformidad condensadora de los sueños de empleados y obreros. Por fortuna La Plata nunca tuvo opulencia y las casas de más de un piso que por entonces se construían servían de pretexto para que el turista supiera que la ciudad se agrandaba y dinamizaba. No era La Plata —no lo es— una cosmópolis, "infierno sin orden, donde cada uno mira para sí y nadie para todos". La Plata mantenía sus caracteres primigenios, conservando mucho de ritmo aprovinciado y también un poco de ciudad cosmopolita y acogedora, que permitía la adecuación del recién llegado. Dábanse en ella, y en buena medida ambos ingredientes: ese poco de cosmopolitismo se mezclaba con ese otro tanto de provincianismo.

La Plata resulta prenda de paz, que parece afirmarse en el hecho de ser ciudad vegetal, diremos. Es ciudad de árboles: sus tonos grises se cortan, en cuadrículas, con el verde de álamos, arces, plátanos, tilos y dentro de ese marco no la concebiríamos sin la incorporación de los estudiantes como elemento vital y propio.

4. *Ese don Alejandro.* Tal es el escenario en que le tocara actuar a don Alejandro Korn, filósofo y hom-

bre. En la ciudad desarrolló Korn su fecunda y plena tarea de maestro auténtico. Había pasado de su natal San Vicente al pueblo de Ranchos. Ejerció la medicina por esos lugares, con la dedicación y la heroicidad que requiere tal medio; con botas, entre el barro, a caballo o en sulky, lo retrata su hija Inés. La lejana casita de San Vicente, donde naciera, el pueblo de Ranchos (o General Paz) actualmente poco más o menos igual que entonces... Todos recuerdos que Alejandro Korn traía junto con sus maletas; luego el ejercicio profesional en Melchor Romero, cuidando de los enfermos mentales, enfermos y no locos, como gustaba decir y, más tarde, instalado en la casa de la calle 60, una típica calle platense, una de esas avenidas de números pares, ancha, con su rambla y su doble fila de árboles; desde allí, o desde las calles amplias y solitarias por donde caminaba con sus amigos y discípulos, desde la Universidad, o desde cualquier punto de la ciudad, irradiaba su diaria lección magistral. Tenemos los vivos testimonios de sus discípulos y amigos dilectos: en primer término, el del "filosófico capitán" Francisco Romero, recientemente desaparecido, quien dejó, al conjuro de la palabra y de la acción de don Alejandro, sus atuendos militares y se dedicó a la filosofía; Arnaldo Orfila Reynal, Luis Aznar, Eugenio Pucciarelli, Juan Manuel Villarreal, entre muchos otros. Existe un rico anecdotario de su vida, a través de la palabra de sus amigos: las cenas en lo de Ardini, la revista *Valoraciones,* las empresas culturales que Korn pagaba puntualmente, las incursiones políticas (y en La Plata ello tenía especial tonalidad: cuenta Aznar el día en que llegara a la casa una banda formada por tres músicos ocasionales que, luego del concierto, comenzara a dar vivas al "doctor"); la digna lección al incorporarse, ya anciano, a un partido opositor que propugnaba las libertades públicas en un momento de grave desaliento..

Podemos aún seguir su itinerario. De la casa a la Universidad: camino pausado a través de dos avenidas: la 60 y la 7, con sus tilos inconfundibles. El camino diario junto a sus discípulos y amigos (y recuer-

do también que en nuestra Universidad hacíamos el camino a la Estación, desde la Facultad de Humanidades, con profesores dilectos: Francisco Romero o Arturo Marasso, que seguían así las huellas de don Alejandro). La calle era una verdadera cátedra, para él, lo mismo el café, la plaza o el parque. He dicho alguna vez que para hablar de don Alejandro Korn no es necesario hacer referencia a su obra escrita —ya que no quería ser escritor, aunque lo fue y magnífico— ni a la cátedra —desempeñada durante muchos años con todo rigor y valentía moral— sino aquel hacer ínsito en él, a ese intercambio espiritual, a ese comercio de almas, a esa amistad pura que es verdadero resorte para la comprensión de su vida y de su obra. Esta es, precisamente, a manera de llave maestra que funciona ante hechos concretos al parecer menudos, pero que en él cobran insospechado contorno: la llana conversación, desprovista de presuntuosidad, en un lugar cualquiera; la contestación a una carta; la aparentemente apresurada nota periodística; la discusión siempre sustanciosa y aclaradora; en suma, un hacer socrático a la manera moderna, trasladado a nuestra ciudad, principal escenario de su vida. Juvenil lozanía imponía Korn a ese menester; juvenil era el fervor puesto ante cosas y hechos, en la cátedra, en las diarias discusiones, en los escritos. Fervor profundo que le hacía ver desde su ciudad el acaecer de los hechos y de las ideas y comprender el mundo en que le tocara actuar y así pudo aprehender el cómo y el porqué de los problemas culturales del país.

5. *Don Alejandro y su ciudad.* ¿Podría Korn haber realizado su menester cultural de análoga manera, desde otra ciudad?. Esta pregunta se nos presenta al rememorar su vida y su obra. Desde luego que el hombre de cultura, manejando ideas generales que transmite a los demás, excede con su obra los ámbitos restringidos de una ciudad. Es indudable que tal suerte de ejemplares humanos es universalista. Pero también es cierto que su acción puede cumplirse con una mayor eficacia en un escenario que fecundice al máximo sus posibilidades. Ritmo y estilo platenses se ade-

cuaban a la vida y obra de Korn. Es indudable, a este respecto, que La Plata tuvo cabal importancia para el desarrollo y plasmación de sus ideas rectoras. Desde La Plata pudo proyectar su pensamiento y su acción (la acción es ineludible, decía) con el máximo de eficacia. Las caminatas sin prisa por las calles platenses, en ese marco de anchas avenidas y verdes árboles, rodeado de jóvenes discípulos; el poder intercambiar sin apremios ideas generales; el prolongar las clases magistrales en cualquier sitio. Ese hacer ínsito en él se dio en toda su plenitud en el escenario platense. No debemos olvidarlo. Cuando la ciudad pierde su dimensión humana, las posibilidades de una realización plena en el pensamiento y en la acción, en la virtud y en el saber, se van agotando. En Korn se daba ese hacer socrático que pedía la dimensión humana de la ciudad.

Quienes pudieron tratar a don Alejandro Korn lo ven aún, enhiesta su germánica cabeza, de frente despejada y de cabellos un tanto desordenados, con su infaltable cigarrillo, intercambiando opiniones, poniendo acento en sus palabras, haciendo un bien entendido comercio espiritual. "Sobre el filósofo aparecía el hombre que filosofa", diría Francisco Romero, quien también ha narrado a lo vivo el diálogo que con él mantuviera en la casa de la calle 60 y del cual saliera definitivamente con su vocación definida y el ánimo templado para afrontar su futuro. Y quienes llegaban a él no se sentían disminuidos por el prestigio de su saber. En un ambiente donde por mucho tiempo valía la máscara, el gesto grandilocuente y la voz engolada, aparecía aún más viva su modestia. Poseía esa ejemplar modestia que es claro patrimonio de los espíritus elevados. Podía hablar y discutir con cualquiera que tuviera algo que decir, alguna sugestión que hacer, algún tema que tratar. Su palabra trajo otros acentos. Con alientos renovadores, buscaba en los demás (y buscaba en sí mismo) nuevos intereses y si el tema pudiera parecer, en ocasiones fuertemente polémico, el conjunto se constituía en aportación seria, inteligente, constructiva.

Era un filósofo a la manera socrática, un hombre que quiere alcanzar el conocimiento "y acude forzoso a aprender y no se sacia". Era un continuo renovarse el de este "viejo" juvenil. Porque al recordar a Korn no lo imaginamos en otra edad, como si el "viejo" Korn en la mejor plenitud espiritual no hubiera sido físicamente joven: el adjetivo calificativo se había ligado al hombre como perteneciéndole, como formando una indestructible unidad. Un hecho, entre muchos, nos dice de su modestia ejemplar. Al inaugurarse en La Plata un colegio secundario incorporado, en el cual profesores y alumnos ensayaban un sistema de cooperativa, se pidió a Korn su colaboración. Y sin más, este hombre ejemplar, profesor universitario, filósofo de prestigio americano, no sólo prestó su decidida colaboración, sino que quiso dictar clases allí, en un ambiente por demás molesto. Concurría asiduamente, no faltaba a sus obligaciones y dictaba clases en el pequeño local, muchas veces ante cinco o seis alumnos con todo rigor y probidad intelectual. Algo así como Sarmiento, Korn vio que en nuestro país había que darse sin reticencias y aquí, donde aún hay mucho por hacer, no importa el puesto desde el cual se trabaje. Comprendiéndolo así, el "viejo" Korn no se sintió disminuído al dictar clases magistrales en un modesto colegio incorporado. De análoga manera nacieron esos magníficos "Apuntes filosóficos", ejemplo de claridad y precisión. Bajo el modesto título de "Apuntes", dictados en parecidas circunstancias que la narrada, se fue elaborando un "opúsculo" (en palabras de Korn), que enseña, como dice la Advertencia, "la constancia y la probidad en la acción".

Su actitud fue, así, la de un auténtico filósofo. ¿Es que acaso el filósofo debe ser soberbio —superbus philosophus— pasando, alta la cabeza, lleno de inútil e insatisfecho saber?. No es así; por lo contrario, conocedor de sus limitaciones debe tender hacia un quehacer quizás modesto, la mente alerta, la mano extendida y solidaria. Porque el filósofo por antonomasia —Sócrates— es aquél que conoce las limitaciones de su saber; es —sigo a Merleau Ponty— aquél que *"s'il*

sait qu'il ne sait rien", utopía de una posesión a distancia y el filosofar sería, así, un realizar, pero destruyendo, un suprimir, pero conservando.

En Korn todo el saber tiende a afirmar. ¿Cuál es la entraña misma del filosofar?. "La filosofía —nos dice— así en singular no existe; expresa una actitud, un anhelo, un estado de ánimo: el deseo de llevar nuestro conocimiento a sus últimos límites. No es, pues, un saber concreto y trasmisible, sino una actitud espiritual: en ocasiones ésta se puede sugerir y aún encaminar, cuando preexiste una disposición espontánea". Y de allí la urgencia de ir a los problemas mismos, plantearlos (plantear problemas no es resolverlos, dirá). "La filosofía pierde su dignidad si se convierte en un juego de proposiciones abstractas y sin contenido real". Partiendo de esa premisa, resulta un misionero de la auténtica política cultural. Porque no es solamente política el gobierno de la *polis* en el sentido de ejercicio de autoridad o mando en la función de legislar; es también, en sentido más amplio y auténtico, más cordial y comunicativo, el intercambio espiritual, el comercio de almas, en el cual cada uno pone de sí lo más esencial y lo mejor. Aprender y enseñar es, quizás, la más noble de las tareas humanas. Pero, entiéndase bien (como lo hiciera Alejandro Korn), el aprender y el enseñar a través del diálogo sustantivo, del quehacer socrático y fraterno, formador de la personalidad en libertad. Korn dijo de Pascal: "Está su importancia en la actitud espiritual con que afirma los valores éticos, frente a las ficciones, a las simulaciones de un vano ritualismo y verbalismo; está en la acentuación de la personalidad humana... Hizo concordar su vida con su doctrina, vivió su vida sin coacción ni cobardía".

Acudo a Tácito cuando dice de Agrícola: "de la filosofía supo extraer la cosa más difícil y más rara, el sentido del límite". Ese sentido del límite, en el escenario un tanto provinciano de su ciudad por adopción. Escenario que no le impide, por cierto, vivir *sin coacción ni cobardía.*

ALFREDO GALLETTI

ASI LOS VI.

Testimonios

Los azares de la vida, inclinación por las humanidades y una vocación por el canto, me dieron oportunidad de llegar al ámbito universitario y de tratar a algunos de sus prohombres.

¿Parecerá excesivo orgullo decir que he crecido con la ciudad, que he visto nacer la universidad, que me he honrado participando en sus actos iniciales? ¿O tal vez ello abra posibilidad de testimonio acerca de personas, días y cosas que fueron y ya no son?

En tal sentido, y a título de nostálgica memorialista, he hilvanado estos recuerdos que concitan referencias a quisicosas de la vida diaria de muchas figuras ilustres; pormenores que, por tales, generalmente los biógrafos han omitido. Debo comenzarlos con las referencias a los actos solemnes de la Universidad —tal, por ejemplo, la colación de grados— porque desde ellos tomé más estrecho contacto con dicho ámbito. Evocaré luego algunos matices de la personalidad del fundador, doctor Joaquín V. González, para referirme sucesivamente a Víctor Mercante, Enrique Rivarola y Ricardo Rojas; al primero en un aspecto poco conocido de su personalidad; al segundo en su relación con la sociedad platense; al tercero a través de facetas que tuve la ocasión de apreciar, en razón de la amistad que me ligaba a su familia.

La colación de grados de ayer y de hoy

Era aún yo una niña cuando, el 25 de setiembre de 1912, en la Universidad de Buenos Aires asistí a la solemne ceremonia de la colación de grados de los egresados de la Facultad de Derecho, entre los que se contaban mis hermanos, Héctor primero y Julio un año después.

El acto revestía muy alta jerarquía. En el estrado el Rector, altas autoridades de la Nación y todo el cuerpo de profesores. En la sala, los familiares de los graduados y éstos, en las primeras filas, rigurosamente ataviados de frac.

Previa la ejecución del Himno Nacional, el discurso del Rector en el que subrayaba la responsabilidad que implicaba el ejercicio de la profesión para la cual los habilitaba el diploma a recibir; discurso del graduado con más alta clasificación, adjudicación de la medalla de oro al mismo y distribución de los diplomas, integraban el programa.

Era de ver la emoción con que el nombrado se acercaba al estrado donde le era alcanzado su título, acompañando el gesto con un cordial apretón de manos, que parecía sellar un compromiso con el personaje que se lo entregaba; el obsequio del mismo, generalmente a la madre que lo recibía con las lágrimas en los ojos, y el aplauso del público.

Todo ello configuraba una ceremonia intensa, tan emotiva, que no obstante los muchos años transcurridos, la recuerdo, la veo y estoy en condiciones de apreciar la importancia de todos sus detalles, a propósito de los cuales citaré el siguiente episodio: un amigo de mis hermanos solicitó de uno de ellos, en préstamo, el frac, ya que sus medios económicos no le permitían lucir el suyo. Pasada la oportunidad, tardó unos días en devolverlo y al hacerlo, reveló su causa: "He demorado en traer el frac porque todos los días lo he vestido y experimentado un efecto singular: me he sentido un señor, me ha parecido que al haberlo vestido, me imponía la obligación de dejar de lado veleidades de muchacho, para adoptar las obligaciones

que requería y reclamaba el título recibido, vistiéndome, en su honor, de etiqueta".

En sus memorias, desgraciadamente truncas, dice Víctor Mercante, refiriéndose al acto en que recibió el título de maestro en la Escuela Normal de Paraná:

> La colación de grados congregó destacadas familias de Paraná por su nombre y posición. El discurso del Director fue la última lección de ética profesional que recibíamos, lleno de doctrina, de consejos, de unción, magnificado por el juramento que prestamos, como si formáramos parte de una logia. Hasta el frac que vestíamos por primera vez, realzaba los valores adquiridos y quitaba aquel residuo de informalidad estudiantil que podía quedarnos en algún neurón mal lustrado.

Todo lo expuesto parece confirmar aquello de "a pequeños detalles, grandes efectos".

Hoy que en los recintos universitarios proliferan "camperas" y *blue-jeans,* quizás se adjudique a estas observaciones nostálgico pasatismo. Advierto, desde luego, que no traigo a colación tales referencias con un sentido "clasista" perimido. Por otra parte, la ropa de etiqueta revestía en aquellos casos no otro significado que el de togas y mucetas en algunas universidades europeas y americanas. Se sentía al vestirla en la ceremonia de colación algo así como una imposición que desde el exterior se sumaba a la interior, a la vocación, a lo "misional" que, según Ortega y Gasset, es inherente a la condición de universitario.

Cuando el Dr. Joaquín V. González abrió las puertas de la Universidad Nacional de La Plata, tuvo en cuenta seguramente el valor psicológico de los detalles apuntados y dio a la colación de grados, todo el rango que su trascendencia requería. Al iniciar sus funciones de Presidente y como consecuencia de haberme oído cantar en la fiesta que se diera en su honor el día en que se festejó la nacionalización de la Universidad, me hizo llamar diciéndome: "Deseo que la Universidad y la sociedad de La Plata estén íntimamente unidas, el *trait-d'union* tiene que ser el arte, en esta ocasión, usted, cuya actuación artística y social he podido apreciar. Por eso la he llamado para pedirle

su colaboración para todas las fiestas oficiales de la Universidad".

Consecuente con ese pedido, mi nombre figura en los programas desde la segunda colación de grados juntamente con destacadas figuras nacionales y extranjeras. He aquí el texto de uno de ellos:

25 DE SETIEMBRE DE 1912

TERCERA COLACIÓN DE GRADOS Y ENTREGA DE TÍTULOS

Discurso del Presidente, doctor Joaquín V. González.
Canto: "Bohéme", Leoncavallo-Lola Juliánez Islas.
Lectura de resolución y entrega de diplomas.
Discurso del profesor Leopoldo Herrera.
Violín: — Sarasate— Carlos Herrera.
Discurso del graduado Julio Sánchez Viamonte.
Canto: "Sogno", Tosti-Lola Juliánez Islas.

Esa fiesta daba la oportunidad, a los familiares de los alumnos universitarios, para conocer a las autoridades y profesorado de la casa, de vincularse y quererlos como parte de su hogar puesto que ellos proporcionaban los factores intelectuales, espirituales y prácticos que habían de guiarles en la trayectoria social de su vida.

Desde que la presidencia de la Universidad pasó a otras manos, la característica de los actos públicos cambió fundamentalmente.

La del doctor Nazar Anchorena vuelve a darle solemnidad y el público platense a colmar la capacidad del salón de actos. Posteriormente, salvo incidentales variantes seguirá una línea declinante hasta llegar al estado actual. Recientemente tuve ocasión de interrogar varios graduados sobre cuál había sido la ceremonia en que recibieron sus títulos y me contestaron: "¿Ceremonia? ¡Ninguna! Nos lo han entregado en la oficina de un empleado, sin dar al hecho más importancia que la de un trámite burocrático". ¿No es éste un síntoma que debiera mover a reflexión?

MATICES DE LA PERSONALIDAD DEL DOCTOR JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

a) *Generoso estímulo*

Por directa relación de los mismos beneficiados, conozco casos de quienes han alcanzado altas posiciones sobre la base de estudios hechos en la biblioteca del Dr. González y con su autorizado asesoramiento. Pero si en algún caso ese estímulo ha sido factor determinante para dotar al país de una de sus glorias artísticas, fue en el que voy a revelar, narrado por su beneficiario, el malogrado pintor Antonio Alice, con natural sencillez y bonhomía:

> Usted sabe que yo —me decía— he sido lustrabotas; lo repito porque me gusta, me honra y me enorgullece. El pintor italiano Bonifantti, que accidentamente me vio dibujar, creyendo hallar condiciones en mí, tomó a su cargo la tarea de enseñarme dibujo y pintura. Yo trabajaba con todo entusiasmo, con todo empeño. A veces me desalentaba que el maestro sólo anotara los defectos de mi trabajo. Así pasaron años, hasta que un día me llamó para decirme: "Prepárate muchacho, te vas a presentar a optar a la beca para estudiar en Europa". Mi sorpresa y satisfacción fue indescriptible. Me presenté, obtuve la beca y partí a Europa. Trabajé con verdadero ardor, sufrí unas veces, triunfé otras, hasta que, llegado el término de la beca, debí fijar fecha para el regreso a la patria.
>
> A bordo, al hacer un balance de mi vida, todo me parecía un sueño... pero la realidad me despertaba. ¿Qué iba hacer en adelante? Artista novel, en un país donde aún el arte no ha llegado a florecer, ¿podría ser éste un recurso para satisfacer las necesidades de la vida?
>
> Con ese interrogante bajé a tierra, feliz con la perspectiva de ver a los míos, pero con una marcada preocupación en el semblante.
>
> Llegué a mi casa y al entrar a mi habitación, veo, encima de una mesita, un sobre con el siguiente membrete: "Senado de la Nación". Lo abrí; la esquela decía: "He seguido a Ud. desde que partió de ésta, becado para continuar sus estudios artísticos en Europa. Me interesa su actuación y deseo ayudarlo en lo que me sea posible. Lo espero en el Senado a las cinco de la tarde. Joaquín V. González".

Como si delirara —confieso— me vestí con lo mejor que tenía, bastante raído y feo, y a la hora indicada estaba en el Senado. El Dr. González me recibió con su gesto sencillo y generoso de siempre y me habló de mi problema y de la urgencia de resolverlo para que siguiera produciendo. "Vamos a ver al Presidente" —agregó— y tomándome del brazo me llevó a la Casa de Gobierno donde me presentó al General Roca.

"Para conversar más a gusto", según sus palabras, se convino en que fuéramos a comer juntos. Yo no salía de mi asombro y turbación; entonces, acercándome al doctor González le dije: "Doctor, ¿cómo voy a ir a comer con el Sr. Presidente y con usted así vestido?"—. Él me miró con sus ojos llenos de bondad, sonriente y poniéndome su mano en el hombro, cariñosamente me contestó: "Mi amigo, a usted lo ha vestido el Arte; esos trajes no envejecen nunca, dignifican siempre".

A poco rato, por la calle Florida, a pie, el general Roca, el doctor González y yo íbamos rumbo a un restaurante. De esa reunión alrededor de la mesa, salieron los nombramientos de mis cátedras y el estímulo más poderoso de mi vida.

b) *La diplomacia del doctor González*

Aludiendo al sobrenombre de "el zorro" que se le daba a su amigo el general Roca por su astucia y habilidad para resolver problemas de gobierno, al doctor González le solían decir "El zorrito" por idénticas cualidades.

De su diplomacia para solucionar elegantemente situaciones difíciles, tengo presente, especialmente una, por haberme tocado actuar en ella como pretexto para su solución.

El día 21 de setiembre, día de la Primavera, se festejaba siempre en la Universidad, ya fuera con un acto artístico en los salones de la misma o con un almuerzo campestre, en la Escuela de Santa Catalina. En uno de estos últimos al cual concurrían, en gran número, los profesores, se había invitado a tres personajes extranjeros.

En el momento previo a rodear la mesa, se acerca, con gran apuro el Dr. Agustín Alvarez (que actuaba de organizador) al Dr. González para hacerle notar, que hallándose presentes tres personajes de una

misma jerarquía, ¿a cuál debía sentar a su derecha sin disminuir a los otros dos?

El Dr. González acariciándose la barba, reflexiona: "Es cierto", dice, "no lo había pensado". Se produce una pausa. De pronto se le ilumina el rostro: "Llámala a la Calandria". Llega hasta mí el doctor Alvarez con el mensaje. Sorprendida e intrigada me acerco al Presidente: "Quiero pedirle —dice— me ayude a resolver un problema". Me plantea el caso y determina:

> **Como es el día de la Primavera, voy a tomar la palabra para decir que, en honor de la estación de las flores, la única que hoy tiene jerarquía, es la Calandria, la gentil cantora de nuestros bosques, de modo que ella presidirá la mesa y nosotros nos ubicaremos como simples vasallos de un reinado.**

Con aplauso general y sonriendo socarronamente, formó grupo en una de las mesas laterales dejándome, perpleja y asustada, ante la enorme responsabilidad de mi cometido, el de agasajar a los invitados que se situaron a mi alrededor.

En el terreno social, el Dr. González manifestaba galante romanticismo, velado con el más delicado y sutil ropaje. En la ocasión mencionada, consciente de la violencia que podría haberme ocasionado mi forzada colaboración, al terminar el almuerzo, me envió una copa burbujeante de champagne en la que había deshojado una rosa adjunta a la tarjeta-menú en la que se leía la siguiente dedicatoria: "A la Primavera y su símbolo, una calandria que canta su renacimiento".

c) *El ocaso de su vida*

Distintas circunstancias habían establecido distancia en el trato con tan insigne figura, hasta que, una casualidad trajo a mi conocimiento que padecía una grave enfermedad que amenazaba su vida. Sin pérdida de tiempo, le escribí pidiéndole fijara día y hora para ir a verle. Contestó con su habitual gentileza y allá fuí. Me recibió en el living de su casa en Belgrano, acompañado de sus hijas Esther, Amalia, Cecilia y Estela Victoria.

Su semblante acusaba ya el mal que lo dominaba. Sobreponiéndome a la impresión que me produjo, conversamos largamente, comentando, premeditadamente, todo lo grato que aconteció durante su presidencia en la Universidad.

Fue la última vez que lo vi levantado; después, en ocasión de mis frecuentes visitas, lo encontré ya postrado en cama, y físicamente cada vez peor.

Su dormitorio tenía la particularidad de estar emplazado en la biblioteca, rodeada de anaquelerías repletas de libros, y su cama, sobre una tarima. Su figura, que por efecto de la enfermedad, se iba achicando hasta semejar una estatuita de marfil, moral e intelectualmente se agrandaba ante mis ojos hasta verlo ya en el pedestal de la gloria. Mentalmente lucía una brillantez que quizá no había mostrado antes, aún cuando se expresaba siempre con su habitual profundidad.

Hablaba con voz apagada, los ojos entrecerrados, las manos lacias sobre la cama, y decía cosas profundas. Él lo comprendía y comentaba:

> **¡Qué cosa original! A medida que me desmaterializo, siento refundirse en mi cerebro todo mi ser. Si pudiese escribir en este momento todo lo que concibo y siente ansias de expandirse, llenaría una biblioteca mucho más nutrida que ésta.**

Fuí depositaria de muchas confidencias que, según sus palabras, "a quién mejor que a la Calandria podría confiar". Una de ellas me proporcionó la oportunidad de colaborar en algo que me llenó de satisfacción en su momento, y hoy al evocarlo.

Volviendo al tema de la Universidad:

> **Como Ud. ve —me dijo— enfermo y pobre, nadie se ocupa de venir a acompañarme y hacer más llevadera mi situación; ni siquiera la pléyade de profesores que llevé a la Universidad, alguno de los cuales hizo sus estudios en mi biblioteca, ni los muchachos alumnos que se beneficiaron con mis iniciativas.**
>
> **Es una de las injusticias más inexplicables y dolorosas para mí, porque, Ud. lo sabe, la Universidad de La Plata ha sido mi hija predilecta, mi hija mimada. Hice por ella todo lo mejor de que fuí capaz, ¿por qué se han alejado de mí? ¿Cuál ha sido mi pecado?**

Todo esto lo expresó con tal amargura, que las palabras se le estrangulaban en la garganta y las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Dejé la casa profundamente emocionada y con un propósito. No bien llegué a La Plata, me comuniqué con la Universidad preguntando a qué hora estaría en su despacho el presidente, el doctor Benito Nazar Anchorena; solicité audiencia y allí me presenté. Fuí introducida en un salón contiguo al despacho del presidente, a quien no conocía aún y que entró de inmediato. Me impresionaron su figura fina y atlética, su andar elástico, su semblante severo y la sobria sencillez de su trato. Se sentó frente a mí y se dispuso a escucharme, creyendo sin duda, que le llevaba algún problema docente.

Angustiada por el motivo de mi entrevista, empecé a explicarme:

> **—Doctor, yo soy profesora de la Universidad, pero no vengo en función de tal. Me trae el deseo de mitigar una situación dolorosa. He estado ayer con el Dr. Joaquín González quien se encuentra gravemente enfermo, creo que su fin está próximo.**

Relaté minuciosamente la conversación mantenida con él y su profunda congoja, preguntándole:

> **—¿Qué razón tan grave puede haber, señor presidente, para que un gran hombre para la Patria, el creador de la Universidad Nacional de La Plata, se considere excluído de ella, desvinculado de profesores y alumnos?**

A medida que se informaba de los pormenores del caso, los ojos del Dr. Nazar Anchorena iban reflejando la emoción que lo embargaba, finalmente me dijo:

> **—Desconozco las razones de ese alejamiento pues yo me he incorporado a la Universidad posteriormente a la salida del Dr. González. Tampoco tenía conocimiento de su enfermedad. Le agradezco que me haya hecho conocer esta situación. Sinceramente la deploro, y le doy mi palabra de que me ocuparé inmediatamente de este asunto. Vaya Ud. tranquila, señorita .**

Sin tardanza, el Dr. Nazar Anchorena trató el caso con miembros del Consejo Superior, pidió ser recibido

por el Dr. González y a las dos de la tarde estaba junto a su cama para comunicarle que la Universidad en pleno, había resuelto rendirle homenaje en una visita de profesores y alumnos, y colocar una plaqueta de oro en el respaldo de su cama.

Esa noche, una de las hijas del Dr. González, Amalia, me llamó por teléfono para decirme que su padre me pedía que fuera, pues tenía que hablar conmigo. Respondí al llamado y lo encontré animado y rebosante de satisfacción, tanto, que al verme entrar, se incorporó tendiéndome su mano, y, volviendo a recostarse en sus almohadas, me dijo:

> **—La he llamado porque necesitaba confesarme con Ud. Yo he sido injusto en lo que manifesté anteayer con respecto a la Universidad. Fíjese, posiblemente, en el momento en que yo los estaba acusando de ingratitud, ellos trataban del homenaje de que me van a hacer objeto.**

Me refirió entonces su conversación con el doctor Nazar Anchorena, los términos cordiales en que había transcurrido, por espacio de dos horas.

Dada la rapidez con que procedió el presidente de la Universidad, el gesto tuvo todo el sabor de la espontaneidad necesaria para su efecto.

Terminada su "confesión", el Dr. González añadió:

> **Bueno pues, yo quería pedirle que ese día la "Calandria" cante como lo ha hecho siempre en las grandes ocasiones y, además, que me llene la casa de flores.**

Días después, presintiendo que no alcanzaría a cumplirse su voluntad, le envié un gran canasto de rosas de mi jardín, con una esquela que decía: "Anticipa a las que adornarán su casa el día del homenaje". "La Calandria". Por la tarde fuí a visitarlo; lo hallé muy abatido en su dormitorio-biblioteca profusamente florido ese día. Sobre la cama tenía un ramo de rosas al alcance de su mano que, de rato en rato, acariciaba.

Al intentar retirarme, creyéndolo prudente, dado el estado de postración del enfermo, se opuso diciendo:

—No, no se vaya, ustedes conversen que a mí me sabe a música.

El tema de la conversación, llevado al terreno de sus predilecciones, hizo que su espíritu, dominando el abatimiento, se irguiese y prestara a sus ojos y a su palabra, vida y animación. Hablamos de paseos, de música, libros, teatro, idealismos y de la naturaleza, la artista por excelencia, y me detuve en la descripción de un pasaje del Delta visto a través de mi fantasía.

No deje de visitar el arroyo de las Lechiguanas, me dijo. ¡Qué maravilla! Su belleza produjo en mi espíritu un fenómeno del cual ya ha tratado alguien. Se ha dicho que la sensibilidad intensa para gozar de la naturaleza es patrimonio de los seres civilizados; pues bien hay que creer que existe quien nace civilizado.

Y agregó:

Se cuenta que un indio nacido y criado en la gran extensión de la llanura fue llevado, en una noche de luna a las orillas del mar, que él no había visto nunca. Parado en lo alto de una roca, mudo, observaba el espectáculo. La luz de la luna plateaba la agitada superficie; aquí y allá, como si su belleza serena, plácida en un deseo de acercamiento provocara al mar, olas enormes empenachadas de espuma, se elevaban hacia ella, se retorcían, bramaban e iban a luchar furiosas, a los pies del indio cada vez más absorto.

Por largo rato la enérgica figura del indio constituyó un matiz del paisaje, un punto intermedio entre la dulce suavidad de la luna y el fuerte claro oscuro del potente mar. De pronto quiso hablar, decir lo que sentía, y... no pudo... se puso a llorar, hasta que en un supremo renunciamiento, en un deseo de comunión absoluta con la belleza magnífica que lo dominaba, "yo quiero... —dijo—... casarme con eso... y se lanzó al mar!". En una noche de luna tan clara como aquella, por el arroyo de las "Lechiguanas" paseábamos en un bote, el botero y yo. El tono azul y verde de los camalotes en flor, esmaltaban el arroyo; los ceibos con sus racimos rojos, lo flanqueaban, y la luna, la romántica luna se miraba en los retazos de espejo que dejaban libre, la sombra de los ceibos y los camalotes; el agua erizada marcaba con una estela la huella de nuestro paso y... mi alma, profundamente embargada por la emoción, sintió, como el indio, el deseo de tributarle el homenaje de mi vida, de hundirme allí para ser integrante de su soberbia belleza...

La razón me detuvo, y... no sé si por suerte o por desgracia, aquí estoy...!

Hubo un paréntesis embarazoso; la emoción nos había atrapado a todos, hasta que rompiendo el silencio le dije:

Doctor, me contaba Ud., en una ocasión, que un riojano montañés mentando su célebre libro "Mis Montañas" le preguntaba:

—Don Joaquín: ¿Dónde están esas cosas lindas que hay por aquí y dicen que ha puesto en un libro?" y añadió Ud.: "El hombre no podía apreciar la belleza ideal del paisaje del cual él era un detalle".

"Por esa misma razón —le dije— no puede Ud. gozar, en este momento, el enfoque artístico que me ofrece, y en el que se aunan factores tan elevados.

La figura de marfil, en el pedestal de los prestigios de su nombre, con el ramo de rosas en la diestra, rodeado de sus bellas hijas, y de sus otras hijas, las obras de su biblioteca, semejaba un apóstol de la belleza predicando la exquisitez de su culto.

Se hizo una pausa, se hundió en sus almohadas, entornó los ojos en aquel gesto que le era tan peculiar, e iluminándosele el rostro, a media voz, como si hablara desde el fondo mismo de su alma, como si hablara para sí, murmuró:

—¡Oh, qué cosa linda me ha dicho, lo que más podía halagarme, lo que ha sido mi aspiración!... ¡Qué cosa linda! ¡Ser apóstol de la belleza en toda su soberbia amplitud!

El homenaje proyectado no pudo cumplirse, pues pocos días después, el 21 de diciembre de 1923, el Dr. González fallecía.

En varias ocasiones me he llegado a la sala de la Biblioteca de la Universidad, donde se guarda la cama y otros efectos que pertenecieron al Dr. González, y me ha parecido verle y oirle, cuando, señalando el retrato de Fray Mamerto Esquiú, que tenía a la cabecera, exaltaba el talento y virtudes del santo sacerdote.

Al Doctor Nazar Anchorena le cupo el honor de cristalizar un anhelo del fundador de la Universidad, creando la Escuela Superior de Bellas Artes, y el de borrar distancias entre la Universidad y el Dr. González, proporcionándole su postrer alegría y la paz de su reconciliación.

VÍCTOR MERCANTE

Otra de las figuras ilustres de la Universidad platense que revive en mis recuerdos es la del profesor Víctor Mercante. No surgirá de ellos tanto el hombre público como la personalidad íntima, las inquietudes de un alma noble.

En el año 1920, organizada por la Asociación de ex-alumnas de la Escuela Normal Nº 1 se realizaba una excursión a Tucumán y Salta a la que adhirieron Víctor Mercante y su señora. Ya en Tucumán se programó una visita al valle de Aconquija.

En un espléndido día del mes de julio, cumpliendo con nuestro propósito, una especie de *tranway* a vapor nos llevó hasta el pie del cerro San Javier. Desde allí, en coche, hasta el parque, espacio rodeado de una vegetación lujuriosa.

Luego de gozar por largo rato del embrujo del lugar, cautivados con su belleza, retornamos a tomar el *tranway*. A poco andar se detiene, y suben tres muchachas jóvenes cargadas de cuadernos y libros que las denuncian como docentes. Mercante, atraído por lo que ha sido su vocación y dedicación, entabla conversación con ellas, sin darse a conocer. La charla gira sobre temas educacionales y el maestro empieza a indagar. Luego de muchas preguntas y respuestas

—¿Qué estudios de pedagogía han realizado?—
—Por tales y cuales autores, pero sobre todo por la metodología de Mercante.
—Y, ¿han encontrado eficaz el método que él sostiene?
—Sí señor, nos es tan útil, que todos los días tenemos ocasión de consultarlo y aplicar sus enseñanzas.
—Bueno, voy a tener el placer de enviarles un ejemplar autografiado.

Una mirada interrogante de las maestras se fija en él, quien sonriente les dice: yo soy Víctor Mercante.

La emoción de las maestras no tuvo límite, balbuciendo: "Ud. Señor, Ud. Señor", a lo que con gran satisfacción, él asentía no menos emocionado, por el hecho de encontrar en aquel rinconcito de la patria, el premio a su esfuerzo en bien de la educación del pueblo.

Así era Mercante, sencillo y grande. Su personalidad fue, a mi juicio, de aquellas que integran la verdadera aristocracia de la humanidad, aquellas que provenientes de hogares modestos y desprovistos de brillo, han cincelado el suyo, teniendo por estrella protectora, por norte y guía un poderoso afan de superación, gran voluntad, disciplina y renunciamiento de los factores que hubieren acelerado su triunfo, pero le hubieran restado pureza y reciedumbre.

Fueron valores que constituyeron el basamento que hoy sostiene y eleva su figura: inteligencia, preparación, infatigable trabajo en la investigación y el estudio, a la par que un claro sentido de la hombría de bien.

Nacido en 1870, en Merlo (Pcia. de Buenos Aires), cursa la enseñanza secundaria en la Escuela Normal de Paraná y empieza su carrera docente en la provincia de San Juan donde a la vez se inicia, a los 22 años, como escritor y ocupa una banca en la legislatura de aquella provincia. Sus relevantes cualidades lo imponen y es traído a Mercedes (Pcia. de Buenos Aires) como director de la Escuela Normal, en donde lo descubre la visión certera de Joaquín V. González, designándolo para organizar la Sección Pedagógica, hoy Facultad de Humanidades, de la entonces incipiente aunque vigorosa, Universidad Nacional de La Plata, cuya dirección ocupa luego. En el ejercicio de ese cargo, organiza y funda el Liceo de Señoritas y la Escuela Anexa de varones.

Veinte diplomas y quince medallas de oro son testimonio de la importante serie de trabajos sobre educación, materia de su especialidad, cuya influencia trasunta en la eficaz labor de los discípulos.

El propósito de estas líneas no es inmiscuirme en tan elevado terreno, sino presentar al preclaro maestro en otra faz de su vida, la que pudo apreciar quien frecuentó su amistad en el ambiente hogareño.

Su vocación de escritor se revelaba, abierta y generosamente, cada vez que alguien solicitaba su consejo o enseñanza. ¡Cuántas veces recurrí a él pidiéndole ayuda en algo que me era dificultoso comprender, y con cuánta paciencia y habilidad despejó la incógnita! Su rostro generalmente adusto, no revelaba la ternura de sus sentimientos y la sensibilidad de su espíritu, tan aguda como sutil.

De los siete a los diez años de edad estuvo en Italia con los padres, viviendo en la aldea de donde aquellos eran oriundos. Ya hombre, en uno de sus viajes, vuelve a visitar la casa paterna, escena que describe en una nota publicada en *La Prensa*, con una emoción enternecedora.

Su afición artística destacaba su dominante predilección por la música, la que originaba en él reacciones insospechadas. Por ejemplo, recuerdo una tarde en la cual, como lo hacía con frecuencia, acudí a su casa con mis partituras; allí abusando de la bondad de la señora, notable ejecutante e intérprete en el piano, estudiaba acompañada por ella. En esa oportunidad llegó Mercante visiblemente preocupado, y sin saludarme, se encerró en el escritorio.

—¿Qué le habrá pasado a Víctor? —me dijo la señora— lo veo tan alterado...

—No se preocupe, Julia —le contesté— ya verá cómo se le va a pasar.

Busqué entre mis músicas y puse en el atril la canción del Salce de *Otelo* de Verdi. No bien había empezado a cantar las primeras frases, apareció Mercante, quien siguió la sentida melodía con marcada emoción. Al finalizar la canción brillaban las lágrimas en sus ojos y el influjo de la belleza de la hermosa página había borrado por completo la ingrata preocupación que lo dominaba a su arribo. Su comprensión de la música determinaba que gozara de ella hasta

los mínimos detalles y que fuera, por eso mismo, un crítico muy autorizado. La vinculación de la frase inicial con la intención de la letra, era algo que le interesaba hondamente, siendo la interpretación de la voz humana la de su preferencia.

En el Instituto de Conferencias de *La Prensa*, presidido por el Dr. Estanislao Zeballos en el año 1919 pronunció una conferencia sobre *El canto de los pájaros en la música*, tema que fue ilustrado en el piano por el profesor José V. Caselli, y en el canto por mí. La citada conferencia despertó un gran interés y obtuvo éxito excepcional.

Siempre ansioso de asimilar avanzados horizontes, recuerdo cómo Mercante requería que se le informara sobre las innovaciones en los estudios de música y canto. Así, en lo que me concierne, terminado el ciclo de la escuela italiana con el maestro Aquiles Zacaría, abordé el aprendizaje de la francesa bajo la dirección de la célebre artista Ninón Vallín, que integraba en esa temporada el elenco del Colón; luego de cada clase debía repetir al maestro las instrucciones recibidas de la gran cantante, las cuales abrían para él nuevos cauces de conocimientos.

Mercante era susceptible al encanto de la belleza, desde la sublime que procura el grandioso espectáculo de un atardecer en el mar, hasta la sutil que proviene de la forma y color de una pequeña flor. Prefería siempre lo natural a lo artificial y gozaba en su jardín con aquellos rincones que le daban la impresión de la selva. El viaje que realizó a Egipto, en el que tuvo la oportunidad de visitar la tumba de Tutankamón, recientemente abierta, dio motivo a una serie de observaciones muy atinadas sobre aspectos que habían pasado inadvertidos para otros visitantes. Él no dejó de percibir el perfume que saturaba los potes de alabastro hallados en la tumba; las riquísimas joyas, los perfectos cincelados, el dibujo que trazaban los hilos de perlas que recamaban las vestiduras de encaje de las reinas. Una síntesis de todo ello publicó en *La Prensa* en su oportunidad.

En la excursión a Tucumán y Salta, ya citada, lo he visto quedar extasiado, mudo, ante la imponente mole de las montañas, captando e interpretando las voces de la naturaleza en medio del apasionante silencio de los valles, la caída de agua de las vertientes, el soberbio enfoque del Aconquija nevado y dorado por los rayos del sol poniente, las orquídeas y helechos silvestres, los pájaros y mariposas multicolores.

Cuán lamentable ha sido que su prematura desaparición no le haya permitido finiquitar sus memorias que sólo alcanzaban a revelar la acción del maestro hasta el momento de su llegada a La Plata. No obstante ello, su lectura nos da una idea acabada de la probidad y gran pureza moral de su cometido.

El nacimiento de los nietos fue en Mercante motivo de manifestaciones de ternura infinita. ¡Con qué atención estimulaba las reacciones de los pequeños ante los secretos de la naturaleza! Una flor, una hoja, un bichito era pretexto para seguir ansiosamente el desarrollo mental del niño. ¡Y qué sensible era el cariño que los nietos le demostraban!

Respecto de los defectos o fallas de sus semejantes, tenía una particularidad: le dolía tanto el aceptarlos, que siempre encontraba la forma de generalizar hasta convertir al sujeto en una víctima de tal o cual fuerza ajena a su voluntad o designio. No era afecto a las bromas, pero festejaba entusiastamente a quien las hiciera, siempre que ellas no encubrieran maldad. Mucho le dolió el alejamiento de la docencia y de La Plata, el desencanto acerca de los valores de la juventud en el sentido de la justicia, marcó en su intimidad una herida muy honda.

Su radicación en Buenos Aires, si bien lo acercó más a la órbita rectora de la intelectualidad del país, en gran parte alejada, como él del ambiente universitario, lo privó de su casona, su jardín, su aire puro, el perfume de las calles floridas platenses, todos factores que amaba de verdad.

De Mercante decía Joaquín V. González:

> **Ha contribuído a variar el curso de un caudaloso río de rutinas y errores.**

Y a su vez confirmaba Saavedra Lamas:

> **Con dificultad podrá encontrarse entre los trabajadores estudiosos quien le iguale; quien le supere, no. En su ética, era un hombre transparente, como de cristal.**

Unánimes coinciden los juicios sobre él. Así evoca su hombría de bien Leopoldo Herrera:

> **Todo bondad, con firme dominio sobre las pasiones bravías; cabe decir que era un alma blanca. Ni la envidia, ni el odio, ni la malignidad, dieron jamás consejo a su conducta; si alguna vez la ingratitud o la deslealtad sorprendió su optimismo y desgarró fibras íntimas de su temperamento, hizo algo más misericordioso que perdonar el agravio: lo olvidó.**

Y situando su condición de esforzado renovador, ha afirmado Rodolfo Senet:

> **La vida de Mercante fue un constante sacrificio en aras de la cultura y del progreso colectivo; se vió obligado a luchar contra la rutina para llegar a la meta. Analizó lo viejo, depurándolo para aceptar lo que estimó como definitivamente conquistado. Ha hecho obra imperecedera y el futuro lo dirá.**

En el año 1934, al volver de un Congreso en Chile, como si la justicia divina hubiera querido reivindicarle de la merma inferida a su personalidad, ocurrió su muerte cuando se hallaba a miles de metros sobre el nivel del mar, en plena cordillera de los Andes, esa cordillera que nuestro héroe máximo cruzara para dar libertad a sus hermanos americanos y que Mercante transpusiera para llevar a los mismos el pan espiritual de la cultura.

EL Dr. ENRIQUE E. RIVAROLA

También revive en mi memoria una figura de decidida gravitación en el medio platense, que las nuevas generaciones practicamente desconocen: la del Dr. Enrique Rivarola.

La personalidad del Dr. Rivarola fue de las que más estrechamente estuvieron vinculadas a la sociedad platense. Su inquietud, orientada a todas las manifestaciones superiores, abarcó infinidad de facetas y fue siempre trasunto de un espíritu amplio y generoso. Caballero en toda la extensión del vocablo; sociable, artista, afectuoso e irreprochable en todas las actividades de su labor tesonera y honesta. Sus cualidades de gran señor eran una garantía, cualquiera fuese el escenario en que se requiriese su concurso.

El Dr. Rivarola residió en La Plata durante cuarenta y dos años; dedicó a esta ciudad sus mejores afanes en el terreno cultural y contribuyó decididamente a que su sociedad alcanzara el brillo que alguna vez la distinguió.

Nacido en la ciudad de Rosario el 15 de febrero de 1862 fue alumno fundador del Colegio Nacional de Rosario, creado por Sarmiento, terminando su bachillerato en el Central de Buenos Aires.

Su afición literaria le sitúa entre los hombres de la "generación del 80", juntamente con su hermano Rodolfo, Navarro Viola, García Merou, Adolfo Mitre, Piñero, Ugarte, Matienzo, Sánchez Viamonte, Gache, etc.. Contaba 18 años cuando obtuvo la "Flor natural" en los juegos florales de 1880, por su *Canto al descubrimiento de América*. Posteriormente compuso: *Primaverales, Meñique, Mandinga,* etc. En 1882 forma parte de la redacción de *El Nacional,* diario de La Plata. En el año 1885, obtiene el título doctoral e instala su estudio en esta ciudad en 1889.

Atraído por la política se incorpora a las huestes de Leandro Alem. En 1894 es elegido diputado. Durante el gobierno del Dr. Bernardo de Irigoyen le designan presidente del Tribunal de Cuentas y luego, en 1911, Ministro de la Corte.

En la docencia ocupa altos cargos: vice-rector de la Universidad Provincial, de la que era rector el Dr. Dardo Rocha. Luego en la Universidad Nacional de La Plata: consejero académico y delegado al consejo superior; profesor de Derecho Civil; académico en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires; miem-

bro del Consejo General de la Provincia y profesor de Literatura en la Escuela Normal Nº 1.

En 1923, al cumplir las bodas de plata con la enseñanza, la Universidad de La Plata le rinde homenaje al que adhiere toda la sociedad local.

Paralelamente con esas actividades de tanta responsabilidad, cultivaba la música, la pintura, la fotografía; pronunciaba conferencias y formaba parte de instituciones culturales.

En su madurez conservó la vena poética y pública: *Ritmos* dedicado a la memoria de su esposa, y *Horas de emoción*, a sus nietas además de, en el terreno de la teoría estética, *Lo útil en lo bello*.

Si las apreciaciones que encabezan estas líneas hubieran parecido exageradas, bastarán los datos biográficos apuntados para justificarlas. La personalidad del Dr. Rivarola debe ser recuperada para su mejor conocimiento por parte de los jóvenes que ahora llegan al ámbito de la cultura que él contribuyó a generar.

La sociedad platense de la época, de la cual sobreviven algunos pocos jefes de familia, conoció bien, lo mismo que sus descendientes, el relieve de aquella figura y sintió por ella un respeto que el tiempo no ha mellado.

La casa del Dr. Rivarola fue el centro prestigioso de reuniones sociales y artísticas; sus puertas estuvieron siempre abiertas a las manifestaciones selectas y también a la caridad bien entendida.

El carácter jovial del Dr. Rivarola determinaba su comprensión o estímulo a las travesuras de los jóvenes. Recuerdo a propósito una anécdota concerniente a un hecho del cual fui testigo.

Después de varios días de soportar un temporal, en pleno invierno, entró el Dr. Rivarola en la Escuela Normal a dictar su clase. Era entonces directora la señorita Virginia Moreno, obstinada en mantener la disciplina férrea de su antecesora Miss Mary. Lucía un sol magnífico. La directora recibió al Dr. Rivarola sumamente alterada; estaba en trance de tomar una

medida drástica, según me anunciara un momento antes.

—Doctor —le dijo— se sorprenderá usted al saber que la asistencia es hoy malísima. Casi no tiene usted alumnos.

—Pero señorita, me parece muy lógico. Con este día espléndido las chicas han sentido como los pájaros la necesidad de ir a sacudir sus alas y gozar de la caricia del sol. Han tenido demasiado tiempo, en los días de lluvia que hemos sufrido, de aburrirse con sus clases y las mías.

La directora lo fulminó con la mirada y, poniéndose muy tiesa, dio un giro violento y se alejó presurosa. Él, sonriente, la vio alejarse y me miró, comprendiendo que sólo por la disciplina docente no había seguido yo el camino de las chicas.

La desaparición del Dr. Rivarola, producida el 27 de octubre de 1931, ha dejado un gran vacío en las más nobles filas de la Patria y el reconocimiento a la obra realizada por uno de los más grandes espíritus que honraron la ciudad.

COMO VI A RICARDO ROJAS

a) *El hombre-niño*

El compromiso de referirme a Ricardo Rojas sobrepasa la capacidad de mis fuerzas. Fue la suya una personalidad desbordante; en buena ley ha ganado tal altura, que para alcanzarla es menester poseer alas de cóndor. ¿Qué espera entonces a quien humildemente, no es sino la "calandria" que contribuyera con su canto a la armonía de las fiestas en la selva ciudadana?

Descarto que el incluir mis memorias en este volumen responde al propósito de evocar la personalidad de Rojas, —y de otros prohombres que conocí— desde un punto de vista ajeno a la apreciación en el campo literario o de su docencia superior, para recuperarla en el terreno de lo amistoso y familiar; de ahí que oriente mis recuerdos a las incidencias surgidas en ese ambiente, en una sucesión de encuadres que pue-

dan contribuir a integrar su biografía con detalles que sólo estuvieron al alcance del grupo íntimo.

La circunstancia de mi amistad con su familia, me proporcionó oportunidad de tratar a Ricardo Rojas fuera de los límites protocolares y severos de la vida universitaria. Puedo hablar así, no del profesor austero, responsable, dedicado por entero al estudio, a la investigación, a la seria labor de enseñar, sino del niño grande, casi ingenuo, de sensibilidad aguda y exquisita que se revelaba en la vida de hogar. He aquí algunos ejemplos al caso. La señora madre de los Rojas, Doña Rosario, reunía los domingos a todos sus hijos en un almuerzo, a los que tuve el honor de asistir repetidas veces. Reinaba en ellos, como es de suponer, el más cálido e interesante clima. Todos aquellos selectos hombres y mujeres, dentro de la casa materna, olvidaban sus altos atributos y posiciones para ser hijos mimados de la madre ejemplar.

Existía entre Ricardo y su madre mutua adoración, lo que daba lugar a las bromas un tanto celosas de los hermanos. En una ocasión, se produjo en mi presencia, entre uno de ellos, Nerio y Doña Rosario el siguiente diálogo:

> **—Hoy estás muy orgullosa de tu hijo Ricardo. ¿Por qué no cuentas cuando de chico lo escondías por feo?**
>
> **—¡Cállate, niño, no digas tonterías!**

Salió el hijo riendo, y ella volviéndose a mí, confidencialmente, me dijo:

> **—Sí, pobrecito, era tan feo, que yo no lo presentaba porque me dolía que lo creyeran hijo del quintero. Y ahora, ¡tan buen mozo! ¿no? Cuando se va de mi casa yo salgo al balcón para mirarlo hasta que se pierde de vista.**

Ese episodio de su escondite por feo lo traía Rojas a colación frecuentemente, festejándolo de muy buen grado.

Cuando después de la Revolución del año 30, fue confinado con otros caballeros, al territorio de Usuhaia,

era de ver con qué amorosa dedicación, su madre preparaba encomiendas enviándole todo lo que fuera de su agrado, para hacer menos penoso el injustificado alejamiento, y cual su gloria cuando lo tuvo nuevamente a su lado!

Era precisamente en ese ambiente, el de la casa de la madre, donde uno lo veía desprovisto de todo convencionalismo, transparente a la observación del crítico, bondadoso por excelencia, como dice el poeta Rivera:

> **Vaso de cristal purísimo**
> **que no conoció el veneno**
> **porque se dio en la belleza**
> **de lo grande y de lo bueno.**

Incapaz de la farsa, no la suponía ni en oportunidad de la broma; su hermano Absalón, maestro en el manejo de la saeta irónica y risueña, la esgrimía en su conversación. Ricardo no alcanzaba de pronto la segunda intención de la sátira, pero estallaba en amplia carcajada cuando la captaba festejándola entonces como la travesura de un niño.

Le gustaba y sabía escuchar. Lanzaba el tema que le interesaba conocer a través del criterio de los demás y arrellenándose en el sillón de su preferencia esperaba ansioso el desarrollo de la encuesta. En lo que a mí atañe le entretenía el que, sin medir la distancia que imponía su personalidad, yo opinara sobre distintos temas con la naturalidad que lo hubiera hecho con su hermano, y pasábamos largos ratos en animada charla. No recibía a sus visitantes en conjunto; prefería dedicar a cada uno el tiempo de que podía disponer para no hacer difuso el tema que a su vista interesaba. Sólo el día de su cumpleaños, cuando el motivo era común y puramente social y afectivo, se reunía un grupo que no pasaba de ser el de su familia, el de sus íntimos y uno que otro admirador.

b) *El regreso del exilio*

El día en que, a primera hora de la mañana, volvió de Usuhaia, recibí un llamado telefónico dándome la noticia e invitándome a que fuese a verlo a la

hora del almuerzo. Acudí de inmediato. Una muchedumbre que excedía la capacidad de los ambientes de recibo, ocupaba por entero la gran galería que rodea el jardín de entrada, a la espera de presentar sus saludos a Rojas. Éste, que había recibido durante la mañana, ya pulcro y acicalado, acompañado de los suyos, presidía la mesa ante una fuente de empanadas con que lo había obsequiado su cocinera santiagueña.

Sentado a su lado anoté los pocos conocidos pormenores del regreso del exilio que paso a referir.

Cuando el gobierno revolucionario del General Uriburu acordó la libertad de los confinados, con el objeto evidente de evitar manifestaciones públicas, dispuso traerlos de a dos y dejarlos en algún punto de la costa, fuera de los centros de población. En posesión de esa información, dada a conocer por los primeros en regresar, la hermana del Dr. Güemes ordenó que un automóvil de su propiedad recorriera la costa diariamente, de la mañana a la noche. Así, en una hora en que las luces del amanecer se ocultaban tras una niebla cerrada y fría del mes de mayo, cerca de Quilmes, el chofer divisó a tres hombres y hacia ellos fue. En medio del equipaje, constituído por envoltorios de papel de diario, el colchón y la mesita rústica que había servido de escritorio, sentados en los paquetes, estaban el Dr. Güemes, Ricardo Rojas y el valet del Dr. Güemes, fiel gallego que lo acompañó al exilio sin aceptar separarse de él.

A unos primero y otro después, transportó el automóvil a los amigos hasta sus casas. Cuando Rojas llamó a la puerta de la suya, con semejante equipaje, mal arreglado, barbudo, con la cara curtida por el frío, el viejo doméstico que acudió, le interceptó el paso, hasta que él, sonriente, se dio a conocer. Decía a propósito: "¡Cómo estaría de feo, más que cuando era chico!".

c) *El joven profesor*

El juicio sobre su obra literaria y su labor docente queda a cargo de quienes están más capacitados que yo para tratarlo; sólo me referiré a aquellos recuerdos

relacionados con la revelación de su ser íntimo y al interés despertado por su actuación.

En el curso sobre Cervantes que dictara en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, el público era tan numeroso que, yendo yo desde La Plata, llegaba a la hora justa y debía entrar con el profesor, por el frente de la clase, para poderme ubicar. Recuerdo que una de las asistentes más asiduas y entusiastas era la señora Regina Pacini de Alvear.

Sus clases en nuestra Facultad de Humanidades tenían la virtud de atraer concurrencia que no ocudía a otras y que lo hacía con verdadero interés. En la época en que se iniciaba en ellas, joven dinámico, era visible la euforia que le producía el triunfo de sus obras, hijas de la inspiración y saber. Seguramente por su condición de poeta, por aquellos días entendía que no debía descender en sus disertaciones al lenguaje vulgar, razón por la cual, en sus clases abundaban las citas y vocablos poco usados. Este refinamiento léxico fue el origen de un pequeño episodio.

Asistimos a una de sus lecciones, una amiga, admiradora de las bellas letras que posteriormente se casó con el poeta Rafael A. Arrieta y yo. Terminada la conferencia, salimos, deteniéndonos un instante en la puerta antes de tomar, cada una, distinto rumbo. En ese momento, Rojas, blandiendo su clásico chambergo, nos saludó manifestando el honor que le correspondía por tener como alumnas a Juno y Diana. Con ciertas reservas le dimos las gracias y a un tiempo nos miramos perplejas. Lo sorprendente de la galantería, no nos dio tiempo a repasar nuestras nociones mitológicas y a captar el sutil refinamiento. Cuando años más tarde, ya en terreno amistoso, yo le recordaba el episodio él reía y agregaba: —"Cosas de la época y de la juventud; ahora hubiera dicho que me sentía orgulloso por la concurrencia de esos dos *churros*".

No sé hasta qué punto hay derecho a penetrar en las quisicosas de las personalidades relevantes, de los hombres públicos. Pero en el caso de los aquí evoca-

dos tengo la certeza de que aun en aquellos rasgos menores y domésticos que los exégetas suelen omitir, no defraudan la imagen que de ellos ha conservado la posteridad. El hecho de haber sido testigo de esta "pequeña historia" me ha movido a recordar aspectos poco divulgados de tan relevantes figuras vinculadas con la universidad platense.

LOLA JULIÁNEZ ISLAS.

EL OXFORD ARGENTINO

La sola mención del nombre del escritor y periodista español Enrique Gómez Carrillo (1873-1930) evoca, nostálgica, una época dorada de la bohemia cosmopolita de fin de siglo. Amigo de Darío, cofrade en cuchitriles y bohardillas del Barrio Latino en París, con puerta franca en cortes y salones aristocráticos, su deslizarse continuo entre amoríos, lances de honor y mundanismo con holgura manirrota de buena moneda, también dieron a su prosa de hombre culto y estudioso, "glissement" y brillo que en el mundo hispanoparlante le consagraron "chroniqueur" por antonomasia.

Refinado e incansable viajero en varias oportunidades estuvo en la Argentina. Entre julio y agosto de 1914 llegó con propósitos de descanso. Pero pudo más el oficio y de un proyectado mes de vacaciones nació "El encanto de Buenos Aires", **uno de los libros que mejor han captado ese "algo en apariencia frívolo, en el fondo trascendental", que es la gracia de las grandes ciudades. "Los capítulos de este libro —dirá Gómez Carrillo— son treinta días vividos con entusiasmo, con sorpresa y sinceridad".**

En dicha ocasión, Joaquín V. González le invita a conocer la Universidad de La Plata. Las impresiones que recibe el visitante quedarán documentadas en el capítulo titulado "El Oxford argentino", que aquí rescatamos del olvido, por lo que significa como homenaje al fundador, e incluimos en este volumen, con intención antológica.

R. H. C.

Hemos pasado la mañana recorriendo los claustros, las aulas, las salas del museo. De la Escuela de Agronomía hemos ido a la de Jurisprudencia, y de ahí a las Facultades de Farmacia, de Letras, de Química... Con su amabilidad algo fría, pero exquisita, el encargado de todas estas maravillas, D. Joaquín V. González, me explica los progresos de la gran Univer-

sidad de La Plata, dándome detalles sobre la organización general de los cursos, de los laboratorios y del internado.

—Tenemos muchos grandes edificios.

Y luego, deteniéndose a la entrada de un parque admirable, continúa:

—Sí, sinceramente creo que hemos realizado algo de lo que nos proponíamos los que creamos este Centro de estudios... Nuestra Universidad demuestra día por día que el hermoso calificativo de moderna no le va mal cuando se considera su contextura orgánica, su orientación intelectual, su rumbo metodológico y cuando se examina la actitud en que se ha colocado para poder acoger con éxito las expansiones externas o extrauniversitarias de la vida contemporánea. Al decidirnos a emprender la obra en que aún estamos empeñados, tuvimos, mis colaboradores y yo, que aceptar las bases de los Institutos científicos ya existentes; pero desde un principio los mejoramos enormemente. Además, creo que puedo agregar, sin que en ello haya inmodestia, que en esta Institución, como en sus modelos verdaderos, que son las universidades norteamericanas, se unen las fuertes y altas disciplinas científicas y literarias a las enseñanzas puramente profesionales y prácticas; con lo cual cumplimos el profundo y trascendental mandato de la Democracia, que el fundador de la Facultad de Cornell glosó cuando, al anunciar su programa, dijo: "Quiero una Universidad donde todos los hombres puedan adquirir todos los conocimientos humanos". La nuestra, en efecto, es la verdadera universidad de una democracia: La Universidad de la vida y de las necesidades modernas. Por lo demás, realiza un ideal que hasta hoy han perseguido sin éxito otras de las más prestigiosas de Europa, o sea la organización integral; es decir, la reunión y el desarrollo correlativos de los cuatro grandes ciclos educativos y científicos, a saber: el primario, el secundario, el técnico medio y el superior o universitario. Además, ésta es la primera Universidad de lengua española que consigue, con resultados positivos notables, la incorporación al núcleo clásico o académico de es-

tudios seculares: los estudios pedagógicos en su absoluto desenvolvimiento teórico y experimental, así como las ciencias agronómicas y veterinarias, en todas partes importantes y más aún en un país como el nuestro, cuya agricultura y cuya ganadería representan las principales fuentes de riqueza...

El ilustre presidente de la Universidad sigue hablándome de su obra y me hace ver desde fuera las construcciones modelos de sus aulas, rodeadas de jardines espléndidos.

—Puede decirse que todo nuestro núcleo de edificios está en un parque— me dice el señor González.

Una frase de Leopoldo Lugones acude a mi memoria a cada paso. "La Plata —aseguróme un día en París el ilustre poeta— es "nuestro Oxford". Y ahora que me encuentro en La Plata noto con regocijo que en estas palabras no hay nada de exagerado. Sin la grandeza del fondo medieval, pero en un paisaje admirablemente moderno, es, en efecto, el espíritu de Oxford, es el alma de Oxford lo que anima a la ciudad que bien merece llamarse por antonomasia universitaria. Porque todo lo demás que aquí ha querido crearse para dar vida a la capital de la Provincia aparece como absorbido por las diferentes aulas, lo mismo que en la metrópoli escolar inglesa los diecinueve colegios clásicos absorben la vida de la ciudad. No hay muchacho de los que pasan por las calles, en efecto, que no parezca estudiante, ni hay hombre maduro que no denote, con su aspecto serio y reflexivo, al catedrático a la moderna.

Como el presidente de la Universidad me ha invitado a almorzar en el internado, entre jóvenes que estudian Ciencias y Letras, nos encaminamos sin prisa hacia el bello edificio cuya fachada nos sorprendió esta mañana por su sobria elegancia. En un lugar cual éste, de antemano estamos seguros de que no vamos a encontrarnos con una de aquellas escuelas en que los hombres de mi generación aprendimos a sufrir y a aburrirnos. Pero está tan arraigado el horror que tenemos casi todos hacia los Institutos, que muy a pesar mío me siento acongojado ante la idea de que voy a

penetrar en una cárcel. Digan lo que quieran los pedagogos modernos, ¿qué son los internados sino lugares de reclusión? La reclusión puede ser muy cómoda, muy higiénica, muy suave; siempre es reclusión. Y para aumentar mi melancolía, acude a mi memoria un capítulo, deliciosamente triste, en el cual un argentino ilustre, Miguel Cané, cuenta sus recuerdos del Colegio Nacional de Buenos Aires en términos que no he podido olvidar nunca. "Silencioso y triste —dice el autor de *Juvenilia*— me ocultaba en los rincones para llorar a solas, recordando el hogar, el cariño de mi madre, mi independencia, la buena comida, el dulce sueño de la mañana. Durante los cinco años que pasé en aquella prisión, aun después de haber hecho ahí mi nido y haberme connaturalizado con la monotonía de aquella vida, sólo dos puntos negros persistieron para mí: el despertar y la comida. A las cinco en verano, a las seis en invierno, infalible, fatal como la marcha de un astro, la maldita campana empezaba a sonar. Era necesario dejar la cama, tiritando de frío casi siempre, somnolientos, irascibles, para ir a formarnos en fila en un claustro largo y glacial. Allí rezábamos un padrenuestro, para pasar en seguida al claustro de los lavatorios".

Repitiéndome estas palabras, trataba yo de corregir lo que en ellas no puede ya aplicarse a un país como la Argentina, enamorado de todos los progresos; pero por mucho que hacía, la imagen de la prisión aparecía siempre ante mis ojos. Así mi sorpresa mayor fue la de oír a uno de los prisioneros, al hijo de Leopoldo Lugones nada menos, describirme el régimen de la Casa.

—Salvo en las horas de estudio —me dijo—, se nos da derecho a salir como queremos y cuando queremos. Nuestra existencia no tiene nada de desagradable. Nos levantamos a las siete y media, tomamos nuestro baño y a las ocho nos reunimos en el comedor común para desayunarnos. De las ocho a las once, las clases en el colegio, que está relativamente cerca del internado. Aquí no tenemos aulas; no tenemos más que nuestro alojamiento, nuestros salones de estudio, nues-

tra sala de armas y nuestros jardines de sport y de recreo. A las doce volvemos para almorzar. Y ya verá usted lo que es nuestro almuerzo. Después tenemos dos horas de libertad y podemos aprovecharlas como queremos, dentro o fuera de la Universidad. En seguida vienen los ejercicios físicos: la natación, la espada, el tennis. Antes de comer, una hora de estudio en compañía de nuestros profesores, que no nos vigilan, sino que nos acompañan paternalmente. Los domingos nos divertimos lo mejor que podemos. ¿Quiere usted ver mi departamento...? Es igual al de todos mis condiscípulos... Venga usted...

Y allá me voy, por amplios corredores, hacia un primer piso, claro, ventilado, alegre, cuyas ventanas dan a un parque espléndido.

—Aquí se halla en su casa— me dice mi amiguito, abriendo una puerta y haciéndome entrar, primero en un gabinete de trabajo, y luego en un dormitorio contiguo.

—Está usted mejor que en mi hotel de la avenida de Mayo— le aseguro.

Y mejor está, sin exagerar, con sus dos piezas bien amuebladas, con sus lámparas eléctricas colocadas al lado de la mesa y de la cama, con su toilette cómoda y su biblioteca bien surtida, con su gran balcón que mira al parque.

—Lo único que me falta todavía —me dice— son algunos cuadritos en los muros.

Por ahora, en efecto, el joven Lugones no tiene, para animar la blancura de su interior, sino dos grandes retratos con dedicatorias: el de su padre y el de Rubén Darío.

Esto me hace pensar en mi colegio de hace veinticinco años, en una casa obscura, en la que éramos verdaderos prisioneros y en la que un día castigaron a todos los chicos de mi dormitorio porque nos habían encontrado un cromo que representaba a Alfredo de Musset sentado a los pies de su musa.

Durante el almuerzo no puedo dejar de repetir al ilustre Joaquín González lo que antes dije al hijo de Leopoldo Lugones:

—Esto es mejor que mi hotel.

—Pues le aseguro a usted —me contesta el mago de la casa— que no hemos cambiado ni el arreglo de la mesa ni el menú. Hemos querido recibirle a usted en la vida ordinaria del internado, como si fuese usted un nuevo compañero.

—Pero ¿es posible —le pregunto seriamente—, es posible que todos los días sirvan así, camareros de frac, estos manjares delicados y estos vinos finos...?

—Y ¿por qué no...? Los jóvenes que aquí viven son ya caballeritos dignos de ser tratados con respeto y de ser alimentados con cuidado. La idea más lejana de la realidad de este establecimiento sería la de suponer un grupo de pensionistas con las estrecheces económicas de una casa de lucro, con disciplinas rígidas, espionaje y vida triste y conventual, entre hombres de ceño adusto que los tuviesen sometidos a la obediencia y al silencio en un alejamiento de la Naturaleza, de la familia y de la expansión que vigoriza la voluntad y estimula el ejercicio espontáneo de las actividades mentales. Este internado no es "el internado cerrado" antiguo, que se aleja de la belleza, de la alegría, de las nobles manifestaciones de la vida. En este internado, el alumno vive y aprende a vivir como miembro de familia culta o como huésped de casa distinguida —lo que por sí solo es un curso de educación— al cuidado de profesores especiales del conocido "Tutorial System". Consiste la diferencia entre el antiguo y el nuevo internado en que el uno es monacal y hospitalario y el otro social y libre, como que se destina a jóvenes que lo utilizan, no sólo para su residencia, sino también para su educación, y señala las conquistas: una, institucional, al hacer posible entre nosotros el colegio inglés, y otra, al ofrecer a las familias una casa de estudios y educación social donde puedan enviar con toda confianza sus niños desde los catorce años. El colegio inglés, para varones, es único entre las instituciones del mundo, y su producto, el *gentleman* inglés, preparado especialmente para la vida, hace la admiración de otras naciones. En las dos ciudades de Oxford y Cambridge, aisladas

del mundo exterior entre verdes jardines y edificios medievales, este proceso educativo se ha desenvuelto por centenares de años y ha dado los hombres de pensamiento y acción que han guiado los destinos de la raza de habla inglesa. El inefable tipo de vida colegial parece ser el de la semirreclusión en núcleos académicos y de íntima y deliciosa asociación con otros jóvenes de la misma edad y con profesores que se consagran a la enseñanza y a la investigación. De la necesidad de compensar la vida escolar, estrechada por el aula, con la amplia Naturaleza, y la deletérea de la calle con la morigerada de un hogar acondicionado, ha nacido esta institución, en la que cada sección de veinticinco alumnos está a cargo de una familia, compuesta de director-profesor, su señora y sus hijos. El comedor común es un lugar de reunión y conversación sobre temas generales, en el idioma nacional y en uno extranjero, el francés o el inglés. Los jóvenes, al terminar sus comidas, disfrutan del vasto parque, iluminado, por la noche, con luz eléctrica, o bien, en las galerías, del hermoso panorama que se extiende hacia la Ensenada, o en la sala acostumbran sus oídos a la Música, a la Declamación, a la Ciencia, formando conceptos acerca del Arte, convirtiendo sus reuniones en veladas familiares amenas e instructivas.

Todo esto que el presidente de la Universidad de La Plata me dice como la cosa más natural del mundo, yo lo veo realizarse como un milagro. Un internado que es al mismo tiempo un colegio y un hogar, un parque y una biblioteca; no, en verdad, yo no creí que tal cosa existiese fuera de Oxford. Y si he de ser franco, cuando leía en Bourget o en George Grappe las descripciones de aquellos famosos Worcester, Oriel o Morton Colleges con su libertad, con su dulzura, con su confort y con su alegría, preguntábame entristecido si jamás sería posible, en países de raza española, llegar a tan noble y tan quimérica concepción de la vida universitaria.

Joaquín González, que es un optimista, murmura a mi oído:

—No hay que dudar jamás de nuestra raza... Todo lo que los anglosajones puedan hacer lo haremos nosotros, si queremos.

Y luego, con orgullo, concluye:

—Hasta lo haremos mejor.

Mientras uno de los profesores que me acompañan en mi peregrinación por las diferentes Facultades me habla de los diplomas de doctores en ciencias naturales, en ciencias físicas o en ciencias químicas, de abogados, de ingenieros, de maestros normales, de escribanos, de geógrafos, de cartógrafos, de agrónomos y de farmacéuticos, yo examino, entusiasmado, los parques magníficos, los parques interminables, que rodean cada edificio y que parecen hechos para largas meditaciones y para largas charlas. La frase de Moreas, según la cual en el Barrio Latino, de París, lo mejor y lo más transcendental es lo que sale de los jardines del Luxemburgo, acude a mi memoria y cobra, ante estas enramadas, un valor positivo.

—No conozco —digo a don Joaquín González— la Universidad de Buenos Aires. No sé si es tan admirable como ésta. Pero estoy seguro de que sus aulas no producirán jamás las generaciones de pensadores y de soñadores, de inventores y de transformadores, que han de salir de aquí. ¿Y sabe usted por qué? Porque lo que es alimento en una clase no se asimila si no hay, para digerirlo, lugares cual éstos, bajo cuyas enramadas es dulce hacer y deshacer el mundo...

El ilustre universitario sonríe con su sonrisa algo fría, algo distante y también algo irónica. Sin esfuerzo veo que me considera un poco loco, o, por lo menos, un poco *fantaisiste*.

—Para la higiene— murmura...

Temeroso de que cometa el sacrilegio de hablarme de estos divinos parques como de lugares puramente útiles desde el punto de vista de la salud del cuerpo, cambio la conversación y celebro, con el entusiasmo que es de justicia, las admirables cosas sabias que he visto: el museo, y más que el museo, el observatorio astronómico, y más que el observatorio las aulas, en donde la enseñanza no es objetiva y fría, no; sino

que, gracias a los experimentos, a las demostraciones, a la práctica científica, en fin, llega a vivir y a palpitar cual una lección de las cosas.

—Es cierto —me dice el presidente—, es cierto... Lo experimental, lo positivo, lo que no sale sólo de los libros, me interesa muchísimo. Gracias a nuestros laboratorios, y en especial a los de Química, Ciencias naturales, Agronomía, Fisiología y Psicología experimental, llegamos a resultados que yo casi no me atrevía a esperar. Una prueba grande de la actividad de este Centro son nuestras publicaciones científicas, que, como usted sabe, resultan numerosas y encuentran en el mundo entero una acogida que nos da alientos para tratar de continuarlas en mayor escala. En realidad, todo nos alienta, todo nos llena de júbilo y orgullo. El número de nuestros alumnos crece, de año en año, de un modo inesperado. Y eso que no aceptamos sino aquellos que aquí quieren hacer sus estudios completos. En efecto; todos los alumnos de esta Universidad son regulares, pues uno de los primeros actos de nuestro Consejo Superior, fue dictar la ordenanza general, disponiendo que en sus cursos no se admitieran asistentes libres, en razón de que, siendo la enseñanza de las Facultades e Institutos práctica y experimental, es indispensable la presencia del alumno en el aula de una manera constante. Por otra parte, esta necesidad resultó imprescindible en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales con motivo de la aplicación de la ordenanza sobre promociones, que elimina el examen como medio ordinario de triunfo, sustituyéndolo con un sistema que obliga a los alumnos a trabajar diariamente en clase, bajo la vigilancia inmediata del catedrático. Este sistema, que podemos llamar intensivo, y que ha sido preconizado por los hombres de mayor experiencia pedagógica, nos ha llevado también por un camino natural hacia la limitación del número de alumnos por clase, fijado ahora en la Facultad de Ciencias jurídicas en cincuenta, y que espero se irá reduciendo. Dar una enseñanza experimental: he ahí nuestro propósito. Y o mucho me ciega el amor paternal que por esta obra gigantesca tengo, o

ya vamos logrando lo que desde un principio anhelamos.

Otros más doctos que yo han dicho ya lo que desde un punto de vista científico, dando a esta palabra su amplia y universal acepción, representa la obra universitaria de Joaquín González y de sus ilustres colaboradores de La Plata. Yo no quiero hoy sino recordar la frase de Leopoldo Lugones, que cité al principio y que desde esta mañana me obsesiona: "Es nuestro Oxford" —dice el egregio poeta. Sí. Pero ¿debemos entender esto de una manera puramente pedagógica y creer que es el régimen interno en lo que tiene de idéntico al de Trinity College, y la organización de los cursos en cuanto se asemejan a los de Merton o de Wadham, lo que merece el honor de que se le compare con la ciudad universitaria inglesa...? Yo no lo creo. Comprar un programa está al alcance de cualquier pueblo, y con un poco de oro y otro poco de inteligencia, cualquier normalista agencia y metodiza un aula modelo, mas algo que no puede ni comprarse ni improvisarse, un algo superior a los reglamentos, hasta superior a la Ciencia, y que existe, lo mismo que en el recogimiento severo de Oxford, en el aparente desorden del Barrio Latino. Ese algo no lo ponen los profesores, sino los alumnos, y es la llama interior en la cual se calientan las inteligencias juveniles. Y esa llama, aquí, la encuentro bajo los bellos árboles de los parques, en los vastos salones de las Facultades, en los claustros de reuniones amistosas. Sí; los estudiantes de La Plata pertenecen a la raza de los que estudian con amor. ¿Les sucede lo mismo a los de Buenos Aires y a los de Mendoza...? No lo sé. Lo que sí sé es que en ninguna de las otras dos Universidades clásicas de la Argentina la atmósfera puede ser tan apropiada a la existencia espiritual como la de esta ciudad, callada y amplia, que parece no tener más vida que la de sus espléndidos jardines académicos. El joven de nuestra época, en efecto, no es el pálido lector de poemas, que en tiempo de Sarmiento imitaba la melena de los retratos de París. En París mismo, ya las lívidas figuras han desaparecido para de-

jar triunfar a los arrogantes atletas que, no por correr y por boxear, son menos capaces de comprender y de sentir. El antiguo tipo del remador de Cambridge, que en su canoa lleva una *Ilíada*, en griego, es hoy el ideal de toda la adolescencia. Y para este ser nuevo que, como dice Bourget, representa la resurrección de la armoniosa animalidad ateniense, cuyas representaciones marmóreas admiramos en los museos, nada es más necesario, más indispensable, puede asegurarse, que la amplitud fresca y poética de las ciudades construídas entre vastos jardines. Porque el jardín es al mismo tiempo el templo de Dionisios, gran exaltador de vida, y el aula de Academo, dulce consejero de serenas meditaciones..

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

PEQUEÑO Y ALECCIONANTE CAPÍTULO EN LA VIDA DEL MUSEO DE LA PLATA

Para muchísima gente, lo más notable del Museo de La Plata es el gran dinosaurio de unos veinticinco metros de largo que se halla en una de las salas que da a la rotonda. El tamaño colosal del *Diplodocus Carnegiei* —tal es el nombre científico del monstruo— es indudablemente la razón de su vasta popularidad y de la consiguiente influencia que ejerce sobre la imaginación de los espectadores. En cierto modo, es un símbolo del Museo, mucho más que las dos reproducciones de tigres de dientes de sable que flanquean las escaleras de acceso. Sin embargo, muy pocas personas conocen la historia de la erección del gigantesco esqueleto y por ello he resuelto narrarla, además de que a la vez me permitirá hacer algunas consideraciones sobre la situación actual del Museo. Para ese fin, he utilizado los interesantes datos que nos suministra en su libro *"To the River Plate and Back"* (Nueva York, 1913) el Dr. W. J. Holland, quien a la sazón era Director del Museo Carnegie de Pittsburg y estuvo encargado, precisamente, de la instalación de nuestro dinosaurio.

Lo que resulta sorprendente en esta historia es que el *Diplodocus* vino a La Plata como resultado de un pedido que formulara el Presidente Roque Sáenz Peña al celebérrimo millonario-filántropo Andrew Carnegie. Pero conviene revisar los detalles de la cuestión, para que el lector pueda apreciar sus matices.

Los primeros restos fósiles del *Diplodocus* fueron hallados en los estratos jurásicos de Wyoming por el

Dr. Othniel C. Marsh, de la Universidad de Yale, quien lo bautizó con el nombre con que lo conocemos. Poco después, a mediados de 1899, personal del Museo Carnegie encontró un esqueleto bastante completo en la localidad de Sheep Creek, Wyoming, y a comienzos de 1900, otro ejemplar fragmentario. Al ser estudiados los restos en el laboratorio, se comprobó que era posible armar un esqueleto entero combinando los dos ejemplares incompletos.

Si bien el *Diplodocus* no es el más grande de los dinosaurios, es el de mayor longitud de cabeza a punta de la cola, y este hecho determinó que su hallazgo provocara una conmoción en el mundo paleontológico.

Por este motivo, se resolvió montar y exhibir el esqueleto completo en el Museo de Pittsburg, y el Dr. Holland envió un informe sobre el dinosaurio y un bosquejo de su estructura ósea a Carnegie, que para ese entonces se hallaba en Escocia, su país natal. Quiso el azar que el gran benefactor recibiera la visita del rey Eduardo VII, quien al ver el dibujo en una de las paredes del castillo, preguntó qué era y, al ser informado, manifestó su deseo de obtener un ejemplar para el Museo Británico.

El hallazgo de un esqueleto completo de dinosaurio, especialmente de uno de las dimensiones del *Diplodocus,* es un acontecimiento sumamente raro: por más que se lo busque, pueden transcurrir años y décadas sin que aparezca, y no es raro el caso de que, de cierto fósil, no se posea más que un solo ejemplar. Por lo tanto, cuando Carnegie transmitió el anhelo de su Majestad Británica al Dr. Holland, éste respondió puntualizando las dificultades casi insalvables de obtener otro esqueleto y, al mismo tiempo, como alternativa, ofreció preparar una copia exacta, o réplica, del único existente. La propuesta fue aceptada por el Museo Británico y las tareas se iniciaron de inmediato: fue un trabajo enorme, ya que tuvieron que reproducirse con toda precisión más de doscientos huesos, muchos de ellos con superficies complicadas e irregulares. Finalmente, en gran acto público celebrado el 12

de mayo de 1905, Carnegie presentó en Londres la primera réplica del *Diplodocus.*

Gracias a la previsión de Holland, al hacerse el primer calco, se reprodujeron piezas para varios esqueletos más. Con ellas, poco después, en 1908, se instalaron dos nuevas réplicas por gentileza siempre de Carnegie: una en el Museo Real de Berlín y otra en el de Historia Natural de París. Al año siguiente, por pedido de esas instituciones, se montaron dos esqueletos más, en el Museo Imperial de Austria y en el de Paleontología de Boloña. Por fin, en 1910, el mismo Holland montó la sexta réplica, esta vez en la Academia Imperial de Ciencias de San Petesburgo.

Por lo tanto, ya se habían instalado seis réplicas en los sitios antes señalados, cuando, en 1911, Roque Sáenz Peña se dirigió a Carnegie para hacerle la sugerencia de que, puesto que varios países europeos habían recibido calcos del Diplodocus, una donación similar para el Museo Nacional de Argentina sería muy apreciada. La sugestión presidencial fue aceptada y se encomendó al Dr. Holland la preparación de la copia y su posterior instalación en La Plata, ya que el Museo Nacional de Buenos Aires no contaba entonces con local adecuado.

El Dr. Holland se embarcó para Argentina en agosto de 1912 y llegó a Buenos Aires a mediados de setiembre. En el puerto fue recibido por W. J. Hussey, director del Observatorio Astronómico, y una delegación del Museo, integrada por figuras tan conocidas como Santiago Roth, L. Herrero Ducloux en representación de su hermano Enrique, Vicedirector, que se hallaba indispuesto, Debenedetti y varios más. No concurrió el Director, Samuel Lafone Quevedo, por hallarse de viaje en Europa. El Dr. Holland fue conducido de inmediato a La Plata y alojado en el Observatorio.

Al día siguiente de su llegada, fue llevado al Museo, que recorrió en compañía del personal, incluso el segundo piso donde funcionaba la Escuela de Artes. Algunas de las observaciones del Dr. Holland tienen

valor para nuestro comentario, como el párrafo que transcribo, en traducción libre del original inglés:

> **En la misma galería a la izquierda de la entrada, en la que cuelgan del cieloraso los esqueletos de ballenas, hay una considerable colección de esqueletos armados de vertebrados recientes dispuestos en el piso. Entre éstos noté, con ojos casi codiciosos, el de una vaca de la extraña raza ñata. En estos animales se ha producido la misma modificación de los huesos del cráneo y las mandíbulas que ha tenido lugar en el** bulldog.

El libro del Dr. Holland contiene observaciones y comentarios atinados sobre La Plata, que van desde el estado de la edificación y las características de plantas y animales de la zona hasta el ambiente universitario en que vivió. Trató personalmente a Joaquín V. González y Agustín Alvarez —al primero lo define como hombre de altos ideales y gran encanto personal, y del segundo dice que "concibió por él gran admiración"—; compartió varias veces la mesa del Internado, que dirigía Ernesto Nelson; asistió a una colación de grados y, como era natural, fue familiarizado con el Hotel Sportsman, sitio de reunión nocturna de muchos profesores universitarios. No puedo detenerme aquí en estos aspectos interesantes de la vida platense, por lo que remito al lector interesado a la obra original.

Para mediados de octubre, estaba finalizada la instalación del monstruo y el 15 de ese mes fue recibido Holland por el Presidente Sáenz Peña, a quien dio cuenta de la labor realizada. Un párrafo de la entrevista merece transcripción:

> **El Presidente llamó mi atención sobre el hecho de que, según la constitución, le está vedado abandonar la capital sin pasar por la formalidad de entregar provisoriamente las riendas del gobierno al Vicepresidente, aún para un viaje tan corto como el de La Plata, y me manifestó que, de no ser así, hubiera ido al Museo para aceptar en persona la donación del Sr. Carnegie, como entendía lo había hecho el Presidente de Francia, el Emperador de Austria y otros.**

Ese mismo día, la Academia de Ciencias ofreció al Dr. Holland un banquete de despedida en el famoso Sportsman. Un modelo del *Diplodocus* de un metro cincuenta de largo ornaba el centro de la mesa, y el discurso de agradecimiento estuvo a cargo de Lafone Quevedo, que había regresado de Europa. Otro banquete, esta vez en el Jockey Club de Buenos Aires, le fue brindado por la Universidad de La Plata, y en él usó de la palabra el Dr. González.

Partió al fin el distinguido visitante, dejando como recuerdo suyo y de la generosidad de Andrew Carnegie el calco de *Diplodocus* que se exhibe todavía —cincuenta y un años después— en la misma sala donde fuera instalado. Ésta ha sufrido modificaciones, pero el enorme reptil ha permanecido en su sitio original, con la cabeza dirigida hacia la entrada del Museo. (Incidentalmente, sobre esto hubo grandes discusiones entre el personal, que se dividió en dos bandos: uno, que afirmaba que ésa era la mejor posición, y otro, que mantenía que la cola era la que debía hallarse cerca de la entrada. Fue Holland quien por último decidió la cuestión).

Esta historia de la instalación del *Diplodocus* es un pequeño capítulo de la vida del Museo, pero deja algunas enseñanzas que hacen a la situación actual de la institución. Hemos visto que, para 1912, el Poder Ejecutivo nacional todavía encontraba tiempo para tener presente al Museo de La Plata y solicitar para él la donación de un importante calco de reptil mesozoico. Más aún, se interesaba por el hombre de ciencia encargado de la tarea de su montaje y lo recibía para conversar con él sobre el tema. Los tiempos, evidentemente, han cambiado. Problemas más serios parecen agobiar a nuestros gobernantes y pocos son lo que, en los recuerdos de mi vida, han tenido gestos personales en favor de la cultura general como el narrado. Se tiene la impresión de que la creciente complejidad de los organismos administrativos anula de alguna manera las posibles intervenciones beneficiosas de personas influyentes. El gesto de Sáenz Peña marca pues el fin de una era.

Por otro lado, la instalación de *Diplodocus* marcó el comienzo del período actual del Museo, pues las escuelas e instituciones que en él funcionaban —como la de Bellas Artes, citada por Holland—, fueron progresivamente a ocupar locales propios, lo que permitió destinar todo edificio a su función específica. Nuevas salas se habilitaron al público, las actividades científicas y didácticas se multiplicaron, hasta que finalmente el Museo adquirió su fisonomía actual. ¿Quién no lo conoce?...

Se lo conoce, sí; pero ¿qué es realmente el Museo de La Plata? ¿Cuál es su importancia y qué representa dentro de las actividades universitarias? Quiero referirme a estos aspectos, narrado ya el capítulo del gran dinosaurio, porque hay mucha mala información popular que circula de boca en boca en relación con esta institución, que fue junto con el Observatorio Astronómico la piedra fundamental de nuestra Universidad.

Para los porteños, para la gente del interior y para buena parte de los extranjeros que nos visitan —incluídos aquí los representantes diplomáticos—, La Plata es el Museo. Conocerlo es una especie de obligación moral, a la que ninguna persona medianamente culta puede substraerse.

El platense, en cambio, visita poco y conoce mal a su museo: va a él de niño y quizá alguna vez de adulto para acompañar a algún amigo visitante o a sus propios hijos. Nada más. No es éste un reproche que formulo, sino la expresión de un fenómeno universal: la proximidad a un lugar famoso, en cualquier latitud, le resta atractivo. Pero si tenemos que hablar de nuestra ciudad ante forasteros, no podemos menos que decir, con un dejo de orgullo cívico un tanto raro en los argentinos: "Por supuesto, está el Museo..." Y casi siempre se agrega, a modo de aclaración: "Es uno de los mejores del mundo". O bien, simplemente: "Es el mejor del mundo..."

Estos asertos son preferidos generalmente por gente de clase media o humilde, y se han convertido en una especie de lugar común. Cabe preguntarnos, con

honestidad, cuánto hay de verdad en estas afirmaciones. La respuesta dista mucho de ser sencilla, pues cuando se afirma algo de ese tenor se incurre en una simplificación excesiva, que no toma en cuenta todos los aspectos de la cuestión.

Hay que comenzar por señalar que la frase "Este museo es el mejor del mundo" no tiene sentido a menos que se especifique qué tipo de museo se considera. Una clasificación moderna de estas importantes instituciones reconoce los siguientes tipos: de arte, de historia y arqueología, de etnología y folklore, de ciencias naturales, de ciencia y técnica, regionales, especializados, industriales y pedagógicos. De esto se desprende que el museo platense sólo debe ser comparado con aquéllos de igual orientación, es decir, de ciencias naturales.

Aclarado este primer punto, queda un segundo, igualmente importante: ¿qué aspecto o actividad del museo se compara frente a los otros? La mayoría de los grandes museos de ciencias naturales cumplen una doble función:

1º) Exhibición pública.

2º) Investigación científica.

En el caso de La Plata, se agrega una tercer actividad:

3º) Docencia universitaria.

Cuando se manifiesta que nuestro museo es uno de los mejores del mundo, ¿a qué se hace referencia? El público general, en este caso, tiene presente únicamente la exhibición, pero debo apresurarme a señalar que, sin la correspondiente investigación, una institución, de este tipo sería un organismo muerto, tan desprovisto de vida como los objetos y los seres embalsamados o preservados que exhibe. Un museo cumple con su función social mediante la doble senda de la exhibición y la investigación.

Para que el lector se compenetre de lo que es nuestro museo, y lo ubique en su verdadero lugar, analizaré sucesivamente las tres facetas de su labor cultural.

I. Exhibición pública

Es lo que el visitante ve y admira. Si homologamos a un museo con un *iceberg*, sería la parte que está fuera del agua, pero que, en volumen, es la menor. En efecto, en todo museo las colecciones de estudio son varias veces superiores en número a las expuestas.

Como todo museo de ciencias naturales, el de La Plata comprende zoología, botánica, geología y paleontología. A estas disciplinas se agregan, de acuerdo con una tradición arraigada en todo el mundo, la arqueología, la antropología y la etnología, que no son esencialmente ciencias naturales sino humanas.

En el museo platense, todos estos materiales —una mera fracción de sus colecciones, según se señalara— se exponen en 18 salas, número considerable que le confiere un lugar destacado en el mundo. Pero el tamaño, por sí solo, no es factor de calidad: la fama de un museo depende de la riqueza de los materiales que posee y de la forma en que éstos se muestran al público. Veamos por turno cada uno de estos dos aspectos.

Algunas de las salas del Museo contienen colecciones de primer orden. Tal es el caso de la de mamíferos fósiles sudamericanos, que alberga un tesoro de faunas terciarias y cuaternarias. En este aspecto, y únicamente en éste, es el museo principal del mundo: no existe otro con tal despliegue de fósiles de nuestro continente. Es este hecho, probablemente, el que ha dado origen a la aseveración a que aludimos más arriba. De esta sala dijo el Dr. Holland:

> **Ninguna colección de museo es completa, pero aquí encontré lo que creo que en conjunto debe ser considerada como la mejor representación de las extrañas formas de vida animal que una vez vivieron en las pampas.**

También importantes son las salas de arqueología peruana (una de las mejores fuera de Perú), de arqueología, de antropología, de vertebrados, etc. Pe-

ro ninguna de ellas puede aspirar al título de ser única en el mundo. Algunos museos europeos y norteamericanos poseen extraordinarias salas de vertebrados y arqueología-etnología que superan ampliamente a las de nuestra casa. En cuanto al gran dinosaurio que asombra al público, ya sabemos que tiene importancia relativa pues se trata de un calco en yeso; sin embargo, en la misma sala hay huesos largos de otro gran reptil argentino, que desgraciadamente no se puede montar por falta de muchas piezas esqueletarias. Es de esperar que en el futuro, el hallazgo de nuevos restos de este dinosaurio permita exhibir un esqueleto completo.

En lo que respecta a la exhibición misma, o sea la manera de presentar los objetos, su jerarquía varía entre buena y mala. Existen salas en las que se han ido introduciendo sucesivas mejoras, pero otras continúan en el estado en que estaban a fines del siglo pasado. Los párrafos que he transcripto antes, de Holland, sobre la galería de los esqueletos de ballenas, mamíferas y la vaca ñata, demuestran que ella no ha variado desde la lejana época en que él la visitó. En general, puede decirse que la exposición es deficiente, un reflejo de corrientes museístas ya superadas: las de acumular el mayor número posible de objetos en un ambiente con miras a azorar al espectador. Hoy en día la tendencia es muy otra y se busca educar deleitando, para lo cual se trata de exponer menos objetos, en salones adecuados, con iluminación, colorido y leyendas convenientes.

En los últimos cinco años, las autoridades del Museo se han esforzado por mejorar la calidad de la exhibición. No es esta tarea sencilla, pues además de los grandes recursos necesarios hay que contar con la colaboración de un equipo técnico-artistico especializado que no existía en el país. Felizmente, tanto la Universidad como el Gobierno provincial han comprendido la necesidad de elevar la jerarquía de las salas del Museo y han contribuído con fondos importantes. De este modo, superadas numerosas dificultades técnicas, se ha iniciado el trabajo de remodelado

de dos salas, planeadas con criterio orgánico y racional, las que, al ser terminadas, darán la pauta de cómo será la futura exhibición del Museo, cuyas magníficas colecciones merecen el mejor de los marcos.

Esta tarea es larga y continua. Museos tan renombrados como el Nacional de Washington y el de Historia Natural de Nueva York llevan ya décadas de trabajos de renovación y todavía se encuentran a mitad de camino. La tarea de modernizar las dieciocho salas del Museo es una empresa enorme, que demandará mucho más de una década.

En resumen, puede decirse que, visto en conjunto, el Museo de La Plata es sin dudas el mejor de ciencias naturales en América Latina, en tanto que en el ámbito mundial se encuentra seguramente entre los diez o quince mejores. Además, posee salas que, por el valor y rareza de sus colecciones, lo colocan en situación aventajada sobre todos los demás. Por ello, cuando se subsanen los defectos de la exposición, pasará a ser un ejemplo de repercusión mundial.

2. Investigación científica

Es la labor que el público no ve y, en general, no conoce. Para realizarla, se requiere personal científico de calidad, colecciones de estudio cuantiosas y recursos ingentes para instrumental y viajes de exploración y recolección. Toda la vida del Museo gira en torno a esta actividad.

Desde la publicación de su primer tomo científico (1887), el Museo de La Plata ocupa un primer lugar en el país por el volumen y la calidad de su producción. Verdad es que, en campos particulares —geología, botánica, ciencias del hombre—, hay instituciones que superan al Museo, pero como entidad que se ocupa de todos ellos a la vez no tiene rival en Argentina, ni tampoco en América Latina. Sólo los grandes museos norteamericanos y algunos europeos lo sobrepasan en este aspecto.

Esta labor científica, que ha conocido muchos altibajos, se halla actualmente acercándose a un máxi-

mo, merced a los nuevos sistemas de dedicación exclusiva de los investigadores y a la obtención de fondos para contrataciones y aparatos. Se encaran investigaciones noveles, se obtiene el concurso de gente de primera calidad en diversas disciplinas, se instalan nuevos laboratorios. Prueba de todo esto, entre otras, lo será el laboratorio de fechado por medio del carbono 14, que al inaugurarse el año próximo con el apoyo del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas convertirá al Museo en el primer centro del hemisferio sur que cuente con tal importante método arqueológico y geológico.

Las investigaciones del Museo, aunque preferentemente de tipo puro, repercuten sobre numerosos aspectos de la vida nacional, que van desde la explotación de los recursos naturales hasta la preservación de nuestra flora y fauna.

La labor de los investigadores, que el Museo publica en órganos propios, hace de él una institución de renombre universal, vinculada mediante el canje de publicaciones y materiales con los países de los cinco continentes.

3. Enseñanza universitaria

A diferencia de la mayoría de los museos de Europa y Estados Unidos, el de La Plata agrega las actividades docentes, como Facultad de Ciencias Naturales.

Sea o no buena esta superposición —y mucho se ha debatido en el mismo Museo al respecto— lo concreto es que forma a los naturalistas que estudian los problemas argentinos y que, en sucesión inevitable, proseguirán en el futuro con la tradición científica de nuestro Museo. En este aspecto, por el número de alumnos es el centro más importante del país y quizás del mundo entero. Jóvenes de todos los ámbitos de la República, y muchos del extranjero, adquieren en el Museo su formación científica y técnica; luego, al graduarse, transportarán a lares lejanos el cariño por la institución y por la ciudad que los albergó más de un lustro.

La enseñanza universitaria resta recursos y espacio para las otras dos actividades del Museo. Por eso, ha sido una larga aspiración de los naturalistas platenses lograr la construcción de la Facultad de Ciencias Naturales para que ésta, actuando en colaboración estrecha con el Museo, no incida desfavorablemente sobre él y le permita consagrarse a sus actividades específicas de exhibición e investigación.

Según se acaba de ver, nuestro Museo es una entidad compleja que cumple tres funciones: exponer, investigar y enseñar. ¿Quién puede decir cuál de estos aspectos es el más importante y más apreciado en el mundo?

Todo depende del punto de vista que se adopte. Para el visitante o el turista lo que más impresiona es la exhibición; en este sentido, y no obstante las deficiencias que hemos señalado, el Museo cumple ampliamente su misión. La Plata queda grabada en sus corazones por intermedio del "magnífico Museo", que es la frase que les oímos repetir cuando se retiran entusiasmados y agradecidos. Primero, segundo o décimo en el mundo, eso no importa: está a la altura de los mejores.

En otro aspecto, la gran afluencia de estudiantes, muchos de ellos extranjeros, demuestra que es bien conocido y apreciado como centro de educación tanto en el interior del país como en muchas naciones americanas. Esta obra del Museo establece vínculos culturales y sentimentales de gran importancia continental.

Por último, están las instituciones científicas del mundo entero que mantienen canjes con el Museo y reciben sus publicaciones especializadas. Para ellas, el lugar más notable de Argentina es La Plata, porque allí se encuentra la institución hermana que es un centro científico de primera categoría, el fanal que durante más de setenta años ha venido contribuyendo al progreso de las ciencias naturales. A menudo llegan investigadores extranjeros a estudiar colecciones y se instalan en el Museo como si fuera su propio lugar de

trabajo; en otras épocas no muy lejanas, cuando había más espacio, hasta dormían en él. Después de meses de permanencia, vuelven a sus patrias: el Museo, y La Plata, no los abandonarán ya más, y sentirán emoción cada vez que evoquen a nuestra casa y las amistades que tejieron en ella.

Éste es el Museo: callado, silencioso, sombrío, para algunos un tanto lúgubre. Ocasionalmente, goza de chispazos de popularidad, como cuando Holland instaló el calco del *Diplodocus* y, sin saberlo, dio comienzo a una nueva era para la exhibición. Pero, en general, su vida transcurre sin sensacionalismos ni propagandas. Por esto, he tratado de explicarlo, muy brevemente, para que el lector juzgue sobre el papel que desempeña en la cultura científica argentina.

Mario E. Teruggi

PASADO Y PRESENTE DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

Por decreto del gobierno de la provincia de Buenos Aires, firmado en setiembre de 1884, la Biblioteca Pública de la Provincia, que naciera a instancias del impulsivo visionario de Mayo, Dr. Mariano Moreno, pasa a la Nación —conjuntamente con el Museo de Buenos Aires— y constituye la Biblioteca Nacional. Pero la Provincia no podía quedar sin un organismo de tan fundamental importancia para su vida cultural y, en el mismo mes y año, el gobernador D'Amico y su ministro Nicolás Achával firman el decreto de creación de "los establecimientos que han de reemplazar a los cedidos". De esta manera nacen nuevamente en el orden provincial, el Museo y la Biblioteca, unificados en un solo organismo. El primer director fue el destacado naturalista don Francisco P. Moreno quien, frente a la dificultad creada por la falta de medios para la adquisición de obras, dona su biblioteca particular (2.000 volúmenes sobre ciencias naturales, prehistoria e historia de América; la mayor parte de ellos queda en el Museo al separarse ambas instituciones).

Durante el mismo año 1884, y en el siguiente, la Biblioteca incorpora a su haber bibliográfico, por compra, importantes colecciones particulares entre las que figuran la de periódicos americanos de don Antonio Zinny y los 5.600 volúmenes que pertenecieran al Dr. Nicolás Avellaneda. Asimismo, se encomienda al primero de los citados la recopilación de las obras que sobre la historia del país puedan encontrarse en las distintas provincias argentinas; Zinny pudo reunir 3000

publicaciones (de las cuales 1400 son exclusivamente argentinas) y 70 colecciones de periódicos, cuyo detalle por cada provincia dio a conocer en su *Catálogo general razonado de las obras adquiridas en las provincias argentinas.*

Creada la Biblioteca en 1884, su primer local estuvo ubicado dentro del edificio del Banco Hipotecario Nacional; cuando en 1887, por otro decreto provincial, se separan Museo y Biblioteca, desígnase director de esta última a don Augusto Belín Sarmiento, quien obtiene de la Legislatura bonaerense una ley por la cual ésta le concedía el piso alto de su edificio y $ 8.000 para gastos de traslado. La Biblioteca inicia su organización en el nuevo local en 1888; entre las obras culturales destacables durante la dirección de Belin Sarmiento debe mencionarse la creación de la comisión Protectora de Bibliotecas Populares, organismo que propende a la difusión de piezas bibliográficas en el interior de la Provincia.

Después de Belín Sarmiento se designa director al profesor don Clodomiro Quiroga. A fines de 1898 ocupa la dirección el Dr. Luis Ricardo Fors, quien desenvuelve una acción fecunda infundiendo nueva organización y nuevo espíritu a la Biblioteca de la Provincia; según Alberto Palcos las iniciativas culturales del Dr. Fors en la Biblioteca "prepararon el camino a la futura Universidad Nacional" (1). Entre las obras realizadas por Fors debe señalarse la admirable edición del *Quijote*, elaborada sobre el texto de la *princeps*, tirada en nuestra ciudad en 1905, con motivo de cumplirse el tercer centenario de la primera impresión de esta obra.

Estamos ya en el año 1905. Por la ley convenio entre la Nación y la Provincia, la Biblioteca —junto con otros organismos provinciales— pasa a formar parte de la nueva Universidad. Por segunda vez la Provincia rinde a la Nación el tributo cultural de su

(1) Palcos, Alberto. "Síntesis sobre la fundación y organización actual de la Biblioteca". (En: **Boletín de la Universidad Nacional de La Plata**, La Plata, 1934, t. XVIII, Nº 4, p. 5-36, ilus.).

Biblioteca; el Dr. Fors sigue a cargo de la misma hasta 1908.

A partir de 1905, pues, la Biblioteca como organismo universitario, auna a su misión de difusora de la cultura en general, la de colaboradora directa en la función docente. En el art. 33, incisos 1 y 4 del decreto del Poder Ejecutivo Nacional de fecha 24 de enero de 1906, se tienen presentes estos fines; transcribimos parte del texto:

> **Inciso 1. Estudios para profesores y alumnos de todas las Facultades, Institutos y Escuelas de la Universidad... inciso 4. Centro de "extensión universitaria" en la forma de conferencias, lecturas o sesiones públicas, ya sea de los profesores de todos los institutos universitarios o de sus alumnos más aventajados, ya de personas fuera de su seno o del extranjero invitadas al efecto, o traídas con dicho objeto a expensas del tesoro universitario y cuando disponga del local adecuado...**

Desde 1908 y hasta 1930 ocupó la dirección el señor Carlos Vega Belgrano, a quien la Biblioteca debe, entre otros aportes, importantes donaciones de obras. En 1910 la Biblioteca deja el edificio de la Legislatura y se traslada a la Universidad, calle 7 entre 47 y 48 (donde actualmente funciona la Biblioteca "Joaquín V. González" de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales); por supuesto ya para entonces era necesario un local más amplio y con las comodidades que exigían la afluencia de lectores y la jerarquía y caudal de las obras existentes. El edificio propio demorará todavía casi tres décadas.

Entre los años 1884 y 1930, la Biblioteca recibió muy importantes donaciones, ora de entidades, ora de prestigiosas figuras del país o de la Provincia. Entre las instituciones citamos: Biblioteca Popular de San Fernando; donaciones periódicas de Carnegie, Rockefeller y Smithsonian Institution, sobre la historia de los Estados Unidos de Norteamérica; Liga de las Naciones y Bureau International du Travail; Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Entre los donantes particulares mencionamos: Mauricio Mayer; J. M. Ortiz de Rosas; Valentín Curutchet; Joaquín V. González (donó

su biblioteca a la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, pero parte de esos 5.800 volúmenes pasaron a la Biblioteca Central); Enrique A. S. Delachaux; Carlos Vega Belgrano; los deudos de Agustín Alvarez; etcétera.

La Biblioteca provincial se inauguró con 13.000 volúmenes. Al pasar a la Universidad contaba 36.575, según inventario de setiembre de 1906. Joaquín V. González, en sus *Memorias*, señala un aval bibliográfico de 51.579 obras en 1909. En su cincuentenario, año 1934, el acervo bibliográfico alcanzó a 112.000 publicaciones. En 1954 las cifras globales son de 317.784. El 30 de setiembre de 1962 el inventario del Estado registra 369.511 obras.

Por su parte, la sección Hemeroteca que en 1927 contaba con un total de 275 colecciones (entre argentinas y extranjeras), presentaba en 1934 un caudal de más de 2.000 colecciones. En la actualidad su número asciende a 5.786 títulos de revistas.

Desde mayo de 1930 se encuentra a cargo de la dirección el Dr. Alberto Palcos. Una de las más importantes adquisiciones de la Biblioteca tuvo lugar el 25 de junio de 1935, fecha en el que el Poder Ejecutivo Nacional promulgó la ley Nº 12.164 por la cual se compró la biblioteca del hombre de ciencia, amante de los libros y decidido cultor de la historia argentina y americana Dr. Juan Angel Farini. Esta excelente biblioteca consta de "15.000 piezas, entre libros y folletos, ediciones *príncipes* y ejemplares raros que integran un verdadero tesoro bibliográfico", dice el entonces Presidente de la Universidad Dr. Ricardo Levene en la comunicación dada a conocer al respecto. Los libros adquiridos se incorporan manteniendo su anterior unidad, pues constituyen una sección especial que lleva el nombre del prestigioso bibliófilo.

La biblioteca contaba ya con obras de inapreciable valor; entre ellas, ocho *incunables* que a continuación detallamos:

1) **Adrianus Cartrusiensis. Liber de remediis utriusque fortunae.** Coloniae, Arnoldus Therhoernen, 1471. 2) **Aegidius, Franciscus. Aurea verba de gratia Dei.** (Sin indica-

ciones topográficas). 3) **Aquino, Santo Tomás de. Pars prima partis secundae.** Maguntiae, Petrus Schoeffer, 1471. 4) **Gerson, Johannes. De consolationes theologiae.** Coloniae, Arnoldus Therhoernen, s/f. 5) **Isidorus, Sanctus. Liber de responsione mundi e astrorum ordinatione.** s./l., (Augustae Vindelicorum-Ausburgo) Ginherus Zainer, 1472. 6) **Jenofontes. De vita tiranica.** Versión latina de Leonardo Aretino. (Sin indicaciones topográficas). 7) **Pérez de Valencia, Jacobus. Tractatus contra judeos.** Valencia, s./e. (Alfonso Fernández de Córdoba), 1484. 8) **Petrarcha, Franciscus. De remediis utriusque fortunae.** Cremonae, Bernardinus de Misinta et Caesar Parmensis, 1492. A éstos deben agregarse tres más, comprados con posterioridad: 9) **Scriptores asironomici veteres.** (Venecia, Aldus Manutius, 1490). 10) **Livius, Titus. Historiae romanae decades.** (Medionali, Uldericus Sinzenzeler, 1495). 11) **Villadiego, Gundissalvs de. Ad illustrissiman reginam hispanie tractatus contra hereticam pravitatem...** (Salmantice, Leonardum e Lupum Sanz de Navarra 1496).

Una biblioteca poseedora de tan eximio material, que día a día acrecentaba su número de volúmenes y cuyo servicio se extendía no sólo a los miembros de la gran familia universitaria platense sino al público en general, debía solucionar en forma inmediata el importante problema del edificio propio. Las gestiones alcanzan carácter definitivo con la apertura oficial de las propuestas para levantar los edificios de la Biblioteca Pública y de la Escuela Superior de Bellas Artes; este acto se realiza en el despacho del Director general de Arquitectura de la Nación, el día 3 de setiembre de 1935; el monto total de los trabajos ascendía a $ 1.160.810,27. Ambos edificios, ubicados entre las calles 7, 61 y diagonal 78, terminan su construcción en 1937, pero aún carecen de muebles y estanterías; por tal motivo en 1938 la Biblioteca se traslada definitivamente a su nuevo edificio —el primero que se construye en el país expresamente destinado a biblioteca—.

Los dos hechos señalados últimamente —incorporación de la biblioteca Farini e inauguración de su amplio edificio— tuvieron lugar durante la dirección del Dr. Alberto Palcos —autor, por otra parte, de un importante artículo sobre las etapas cumplidas por este prestigioso organismo—. A partir del año 1946, se

suceden muchos nombres de Interventores y Directores interinos. Llegamos así hasta el año 1955 en que es designado el Dr. Juan Manuel Villarreal, su actual director. La profesora Azul Costa Álvarez de Sapin, su vicedirectora, forma parte de este instituto desde 1947.

Palabras especiales merece la destacada vicedirectora de la Biblioteca, Sra. Hanny Simons, quien ejerció sus funciones desde 1919 a 1949 con un alto sentido de responsabilidad, amor a los libros y espíritu de solidaridad entre aquellos que, más que empleados a su cargo, sintió como verdaderos colaboradores en una empresa común al servicio de los más altos objetivos.

Actualmente la Biblioteca está organizada en dos Departamentos: *a*) de Servicios Públicos (sala de lectura, catálogo, sección tarjetas y reclamos) y *b*) Servicios Técnicos; a ellos se agregan los servicios administrativos. Entre sus dependencias figuran: una amplia sala de lectura con capacidad para 200 lectores; sala juvenil para alumnos secundarios; una sala infantil; sección hemeroteca; sección técnica donde se realizan las tareas de inventario, catalogación y clasificación; despacho para director y vicedirector; secretaría, administración; taller de encuadernación (se encuadernan aproximadamente 2.500 obras al año); secciones Iberoamericana, Cervantina, Farini, Korn, González, Costa Alvarez, (la más reciente; recoge especialmente obras filológicas); depósito general de libros, clasificados éstos por materia; etc.

La Biblioteca Pública posee obras de extraordinario valor, entre las que podemos mencionar las colecciones de libros editados entre los años 1500 y 1600; las primeras ediciones de los clásicos argentinos (Echeverría, Alberdi, Juan M. Gutiérrez, Sarmiento, etcétera); colecciones que corresponden a las primeras publicaciones de la Imprenta de los Niños Expósitos; números originales de la *Gaceta de Buenos Aires* y de otros periódicos argentinos y americanos. Encuadernados bajo el título de *Impresos raros e interesantes* existen obras muy valiosas y en *Hojas y papeles his-*

tóricos se reúne una importantísima documentación acerca de la historia del país.

A todo lo anterior debemos agregar lo que constituye el elemento vivencial de este Instituto: los servicios públicos. Los préstamos a domicilio se efectúan por el término de 15 días y a razón de 5 libros por lector; las consultas en sala alcanzan un nivel diario de 250 personas; por el servicio de referencia e información, el lector es orientado acerca de las obras que puede consultar sobre los temas de su interés y, por otra parte, se indican todas las referencias bibliográficas que resulten necesarias. El movimiento anual de lectores a domicilio es de 176.451; en sala: 62.467.

Las cifras estadísticas señalan la labor silenciosa pero fecunda que desempeña la Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata. La trayectoria histórica cumplida por este Instituto revela su constantemente renovada vocación de cultura y su decidida integración en el espíritu de la "universidad nueva" infundido por Joaquín V. González.

SARA ALÍ JAFELLA

PASADO Y PRESENTE DEL OBSERVATORIO ASTRONÓMICO

Estos breves apuntes no tienen pretensiones de crónica ni de síntesis histórica; son simples noticias referentes a una institución de nuestra Universidad, tan antigua como la ciudad de La Plata.

En el Bosque, paseo típico de nuestra capital, rodeados de fragantes eucaliptos, se levantan diversos edificios; uno de ellos, inconfundible por sus cúpulas, hermanado por la distancia con el Museo, es el Observatorio Astronómico.

El 19 de noviembre de 1882 cuando se colocó la piedra fundamental de la ciudad, ya existía una ley, sancionada el 18 de octubre de ese mismo año, por iniciativa del gobernador doctor Dardo Rocha, que establecía la creación del Observatorio. Dentro del plan de gobierno este hecho tenía como fin, por una parte, trabajos puramente astronómicos, y por otra, de utilidad inmediata y práctica. Un observatorio en la Provincia, junto con la creación de otras instituciones, además de impulsar la cultura nacional serviría para poner en evidencia en el exterior el adelanto alcanzado por el país; lo cual, tangencialmente, favorecería la política de atracción de inmigrantes en que se hallaba empeñado el gobierno nacional.

Para el engrandecimiento del país se hacía imprescindible la formación de técnicos argentinos, necesarios para realizar impostergables trabajos geodésicos y astronómicos, entre ellos el mapa de la Nación y de la Provincia; para resolver cuestiones de límites, cartografía militar y civil.

No menos importante era el estudio del clima de la Provincia con el fin de establecer las áreas apropiadas para cultivos y para la ganadería, es decir, registrar observaciones del barómetro, termómetro, higrómetro, vientos y notas sobre el tiempo, formar tablas, proporcionar guías, etc. Para cumplir con este propósito se establecieron estaciones meteorológicas en la Provincia con instrumental apropiado, dependientes del Observatorio, que más tarde, en el año 1902, pasaron a formar parte del Servicio Meteorológico Nacional.

Dentro del plan científico figuraba la determinación de la posición de estrellas circumpolares de nuestro hemisferio, observaciones meridianas del Sol, de la Luna y de los grandes planetas, servicio horario, ocultaciones de estrellas por la Luna, observación de los satélites de Júpiter, del Sol, y observaciones ocasionales como eclipses, cometas, oposiciones de Marte, etc.

El nacimiento del Observatorio tuvo importante y grata repercusión en las esferas de la ciencia y de la cultura. No obstante, sus forjadores debieron luchar contra la incomprensión de un vasto sector que desconocía la Astronomía como una ciencia útil a la sociedad, incomprensión que ha quedado registrada en artículos periodísticos de aquella época. A modo de documento, transcribimos palabras de un suelto de un diario de 1886 de tono marcadamente agresivo e irónico:

> **Hay mal intencionados que dicen: "Cuando Monsieur Beuf mira al cielo el Presupuesto ve las estrellas...".**
>
> **Esos señores no se aperciben que es necesario que haya un Observatorio. Toda ciudad que se respeta y que puede distraer dinero en cosas del cielo tiene uno, y todo observatorio necesita un edificio cómodo y sólido que cuesta muy caro; una instalación más o menos lunosa; numerosos aparatos e instrumentos; un personal correspondiente a la instalación, que es necesario aumentar en ciertas comisiones eventuales, etc.**
>
> **—Pero un observatorio en La Plata, teniendo en cuenta la difícil situación del Erario, es algo muy inútil y muy costoso—, se me dirá: pero precisamente por eso, admitiendo que sea cosa superflua, debemos convenir en que es necesaria. ¿Acaso un cigarro, un ramo de flores, un frasco de perfume no son cosas tan superfluas como necesarias?**

Simultáneo con estos ataques existía el aplauso y comprensión de los medios científicos nacionales y extranjeros. Las críticas no podían sembrar el desaliento en los gestores de una institución que sustentaba una ciencia tan antigua como la humanidad misma y frente a la cual la negación se basaba principalmente en razones políticas.

Francia proporcionó al Observatorio de La Plata su primer director, el astrónomo Francisco Beuf, oficial de la marina de guerra francesa, integrante de la expedición de Maximiliano a México. Cuando ostentaba el grado de teniente de navío pidió su retiro impulsado por su vocación hacia los estudios astronómicos y geodésicos y fue encargado de la dirección del Observatorio Marítimo de Toulon. En estas circunstancias el gobierno argentino le ofreció la dirección de la Escuela Naval y de la Oficina Higrométrica del ministerio de Marina. Trasladado a nuestra tierra influyó para que nuestro país formase parte del grupo que en el mundo se dedicaría a observar el tránsito de Venus por el disco solar, anunciado para el 6 de diciembre de 1882, y para lo cual el gobierno de la Provincia instaló un puesto en Bragado. Beuf fue uno de los que bregó por la creación de un Observatorio en la naciente capital; luego, ya en su dirección, para que nada lo desviara de esta tarea, renunció a su cargo del ministerio de Marina. Con su consejo se adquirió el instrumental y se levantaron edificios apropiados para contenerlo.

Con el paso de los años, lentamente, iba cristalizando la idea de tener un Observatorio astronómico. Con pequeños retrasos algunos y con pronunciados otros, llegaron los instrumentos pedidos en Francia y fueron instalados convenientemente. En el terreno destinado fue brotando, cúpula tras cúpula, rodeando el primitivo edificio destinado a biblioteca, despacho del director, etc. Mientras se realizaban estos trabajos, durante los cuales no se podían llevar a cabo estudios astronómicos apropiados, se cumplieron tareas menores tales como la determinación de las coordenadas

geográficas del Observatorio, la organización de un servicio regular de suministro de la hora exacta a relojes públicos y a barcos y el funcionamiento de una red de estaciones meteorológicas.

Beuf ocupó la cátedra de Geodesia en la Facultad de Ingeniería de Buenos Aires y más tarde fue profesor en el novel Colegio Nacional dependiente de la Provincia.

En estos preparativos y actividades se gastó el tiempo del primer director, que permaneció en su cargo hasta el año 1899 en que la muerte fue a su encuentro. Dentro de la historia del Observatorio figura como el precursor, el que abrió paso a los futuros astrónomos.

En la tranquila campiña bonaerense se realizó el prodigio de levantarse en poco tiempo una moderna capital. Pero llegó la hora de la crisis financiera que sacudió a todo el país y esta ciudad, que había crecido desproporcionadamente, sufrió como ninguna. En esos momentos críticos surgió la idea de Joaquín V. González, ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación de convertir a La Plata en ciudad universitaria, por la creación de una universidad nacional tomando como base instituciones provinciales ya existentes, entre ellas la Universidad Provincial, la Biblioteca Pública, el Museo, el Observatorio y la Facultad de Agronomía y Veterinaria.

Las dificultades fueron vencidas, en 1905 se pudo concretar la idea y al año siguiente la Universidad quedó definitivamente organizada.

La situación del Observatorio cambió mucho desde esa época desarrollándose una labor más fecunda, pues anteriormente, más de una vez se había dado el caso que instrumentos instalados quedaban abandonados en sus correspondientes edificios y la tarea de rutina reducida a trabajos secundarios. Además, personalidades extranjeras llegaron para contribuir a forjar científicos argentinos y el Observatorio se acompasó al ritmo de la astronomía mundial.

En agosto de 1911, para comprobar y completar el estudio de las estrellas dobles que había iniciado en Estados Unidos, llegó el astrónomo norteamericano Guillermo Hussey, director del Observatorio astronómico de Michigan, se le ofreció la dirección e interesado por el ofrecimiento aceptó el cargo de director de nuestro Observatorio. Erudito y activo contribuyó a su adelanto.

Entre 1921 y 1934 fue popular la figura del director Juan Hartmann. Su fisonomía denunciaba al científico, al intelectual. Nacido en Alemania había realizado estudios superiores en las universidades de Tübingen, Berlín y Leipzig y joven aún se había convertido en una de las primeras figuras del mundo astronómico, sobre todo por haber creado nuevos métodos y nuevos instrumentos para la investigación. Pero no era, como a veces pensamos del sabio, un hombre abstraído en elevados problemas científicos y desvinculado de la sensibilidad de las cosas sencillas. De carácter bondadoso —según lo afirmaron los que lo conocieron personalmente— guardaba un cariño entrañable por los animales. Brindaba su protección a cuanto gato vagabundo aparecía por el Observatorio y eran sus amigos los pájaros, a quienes agasajaba con migas de pan. Era usual en él llevar los bolsillos llenos de terrones de azúcar para dar a los caballos que tiraban de los coches, transporte que prefería a los automóviles. Su espíritu refinado se sentía conmovido por la música, prefería particularmente a Beethoven y tocaba con destreza el piano.

En 1924 hizo el descubrimiento de un asteroide al que bautizó con el nombre de La Plata, hecho que motivó el aplauso de la Universidad. Posteriormente bajo su dirección se descubrieron dos más.

Desde el año 1945 el pabellón del Círculo Meridiano tiene un nombre, *Ingeniero Félix Aguilar,* con el que la Universidad quiso honrar a tan importante científico. Nació como Sarmiento, a quien también le cupo el mérito de dar impulso a la astronomía en nuestro país, en San Juan. Fue el primer director titular

argentino de nuestro Observatorio, pues los cuatro que le precedieron eran extranjeros. Tuvo temprana y decidida vocación por la astronomía, hermanado con la Universidad, pues el comienzo de sus estudios superiores coincidió con el nacimiento de aquélla en 1905. Al cabo de cinco años obtuvo el título de ingeniero geógrafo, mientras tanto se vinculó con el Observatorio de La Plata y realizó observaciones para el Servicio Internacional de Latitud con el objeto de determinar las variaciones del eje de rotación terrestre en la estación de Oncativo, (Córdoba).

Después de recibido fue enviado por la Universidad a Europa para perfeccionar sus conocimientos astronómicos y permaneció tres años, cursando estudios en París, Roma y Berlín.

De regreso a nuestro país fue encargado junto con el astrónomo Delavan para observar y catalogar las estrellas del Hemisferio austral hasta la magnitud novena, trabajo realizado a propuesta del Astronomische Gesslisechaft, de Alemania, tarea similar y simultánea a la que se llevaba a cabo en el hemisferio septentrional. Los brillantes resultados obtenidos fueron incorporados posteriormente en el *General Catalogue of* 33342 *star* para honor de la astronomía argentina.

Félix Aguilar también ocupó el cargo de geodesta en el Instituto Geográfico Militar y fue profesor de la Escuela Superior de Guerra y de la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas. Debe señalársele, además, como a uno de los que puso más empeño en cristalizar la idea, tan querida por Joaquín V. González, de crear en el Observatorio un instituto para la formación de astrónomos y geofísicos. Bajo su dirección, el 10 de abril de 1935, se efectuó la inauguración oficial de la Escuela Superior de Ciencias Astronómicas y Conexas, antecedente de la actual Escuela Superior de Ciencias Astronómicas y Geofísicas. Su amor a la carrera elegida se trasluce claramente en estas palabras pronunciadas en el acto de inauguración de dicha Escuela:

La astronomía es la más fascinante de las ciencias de la naturaleza. Atrae al estudioso por la viva luz que arroja sobre los más remotos arcanos del cosmos y más todavía por el gran alivio que lleva a la mente al liberarla de los graves prejuicios que oscurecen la visión y entorpecen el camino de la verdad. De esa verdad cada vez más amplia y siempre incompleta que el investigador arranca a los datos experimentales con el libre y soberano ejercicio de su razón.

También fueron suyas las iniciativas de medir en nuestro país un trozo de un arco de meridiano de unos 4.400 km. a lo largo del territorio y la idea de crear una estación astronómica en la Patagonia, dependiente de la Universidad, cuya latitud aportaría grandes beneficios en la observación del cielo austral.

Como complemento de sus trabajos astronómicos y geodésicos en el Instituto Geográfico Militar, Aguilar realizó las primeras mediciones gravimétricas del país elaborando un plan, cuyo cumplimiento mediaba cuando lo sorprendió la muerte.

Otras proyecciones conciernen también a la personalidad de Aguilar, pues simultáneamente con su cargo de director en La Plata ocupó la dirección del Observatorio Nacional de Córdoba durante los años 1937 y 1938. En 1939 formó parte de la comisión mixta argentino-boliviana encargada de establecer los límites entre nuestro país y Bolivia. En cumplimiento de esta misión realizó la difícil tarea de demarcación del trecho que va desde el cerro Zupaleri hasta El Condado; el desgaste de energías en ese trabajo tan arduo afectó su salud, y sin duda contribuyó a su prematura muerte, ocurrida por un síncope cardíaco, el 28 de setiembre de 1943.

Sus numerosas publicaciones técnicas poseen gran valor científico y nos hablan de una prolífica labor.

El Observatorio es una institución donde se ejerce una ciencia no circunscripta a fronteras territoriales. El intercambio de observaciones, de conocimientos, de publicaciones y colaboraciones entre los diversos países es notable. Esto se evidencia también en la conducta y labor de los astrónomos, que parecen no sentirse extranjeros, cualquiera sea el lugar don-

de se hallen impulsados por su vocación. Tal es el caso de Bernardo Dawson. Dawson nació en Kansas City (E.E.U.U.) y cuando era casi un niño el fenómeno celeste de la oposición de Marte en 1907 despertó su interés por la astronomía. En 1911 se matriculó en la Universidad de Michigan y la dedicación evidenciada siendo aún estudiante determinó que el profesor Hussey, director del Observatorio, lo trajera a La Plata en 1912, con el cargo de ayudante astrónomo. Inició aquí su carrera realizando cálculos para el calendario astronómico del año siguiente y empezó la observación de estrellas dobles.

Su vida fue absorbida por su vocación. En 1914 regresó a Michigan para completar estudios y obtuvo dos años después el título equivalente al de ingeniero geógrafo; más tarde, en 1932, también en su patria, alcanza el título de doctor en astronomía. En el Observatorio de La Plata en forma meritoria fue ascendiendo peldaños en su carrera; profesor extraordinario de Astronomía, primer astrónomo, astrónomo principal y director interino en varias oportunidades.

Sus estudios principales se refieren a la observación de estrellas dobles australes, pero también tiene trabajos ocasionales referentes a cometas, asteroides, estrellas variables, determinación de tiempo y latitud, manchas solares, eclipses, satélites de Júpiter y de Marte, ocultaciones, etc. En 1942 descubrió la *Nova Puppis,* otorgándosele por ello el premio *"David Pickering"*. Publicó trabajos en revistas internacionales tales como *Astronomische Nachrechten* y *Astronomical Journal* y también en la Serie Astronómica del Observatorio.

Falleció en 1960. Su tumba revela al que la contempla cuál ha sido la preocupación de toda su vida. Sobre la lápida está apresado un trozo de cielo en el que figura la Cruz del Sur y un texto goetheano que define su personalidad: "Sin prisa pero sin pausa como una estrella".

A muchos kilómetros de distancia una prolongación de nuestro Observatorio, es la estación austral

que ostenta el nombre de "Félix Aguilar", en memoria de quien se debe la iniciativa de su instalación, que culminó en 1960.

Los astrónomos basan muchos de sus proyectos en la posición de estrellas que se toman de referencia, llamadas por este motivo fundamentales y de las cuales se establece las coordenadas en la forma más precisa posible. Para alcanzar esta precisión es menester observarlas lo más próximas que se pueda al cenit. Para la observación de las estrellas cercanas al Polo Sur ningún país se halla en situación más ventajosa que el nuestro pues avanza hasta los 55º de latitud sur.

La estación se halla establecida en Santa Cruz, entre los lagos Viedma y Argentino, a 300 metros sobre el nivel del mar y próxima al río La Leona. Está ubicada en un pequeño morro de 80 metros de altura, que desprovisto de árboles y con sólo mezquinos arbustos y pastos duros, se eleva en un terreno de mesetas de variada altura. Próximos a él se hallan paisajes de inigualable belleza, de horizontes cubiertos de hielo que da origen a glaciares que desprenden témpanos en las aguas tranquilas de los lagos. El programa principal de trabajo de la estación es la observación de estrellas australes.

La soledad rodea a los observadores de avanzada; sus vecinos más cercanos son los miembros de un puesto de policía que cuenta con un trasmisor de radio del cual se sirven los astrónomos y sus vías de comunicación son dos caminos de tierra, uno que conduce al puerto de Santa Cruz y otro a Río Gallegos.

La estación La Leona y la de Santiago del Estero, también dependiente de nuestro Observatorio completan en sismología un equipo. En las mismas condiciones de dependencia se halla la estación que en Trelew, Chubut, cumple con determinaciones de carácter geomagnético. Es importante asimismo mencionar las campañas gravimétricas realizadas a lo largo de todo el país.

En la edificación del Observatorio se destacan varias cúpulas plateadas, que se levantan extrañas

y no desprovistas de belleza en el parque circundante. En ellas se halla ubicado el instrumental necesario para explorar las rutas invisibles del cielo.

Uno de los aparatos es un poderoso telescopio refractor, el Gran Ecuatorial Gautier, alojado en el pabellón que lleva el nombre de Bernardo Dawson. La cúpula sirve para proteger al aparato y se abre y muestra el sector del cielo que se necesita poner en colimación. Fue uno de los primeros instrumentos con que contó el observatorio y construido en Francia, arribó a nuestra ciudad en 1894. Su instalación se vio demorada por razones económicas y fue su destino que sólo empezara a usarse formalmente en 1912.

Al acercar la vista al ocular el espectáculo asombra y maravilla al profano que se siente infinitamente pequeño y aislado, ante el desfile imponente de maravillas celestes que impresionan por su majestuosidad y trasladan a un mundo irreal.

En ese mundo de luz, de sombra y de silencio la vista vaga sin cansarse en una maravillosa aventura estelar. Se van caracterizando los cuerpos celestes, distinguiéndolos por su posición, por su brillo, por sus tonos de matices blancos, amarillos, rojos y azules. El anteojo muestra dos estrellas donde la vista engañada acusaba un único punto brillante y enfocado hacia otra zona aproxima un pródigo puñado de luces o muestra cercanas las sombras de los cráteres lunares. Rápida y prodigiosamente atraviesa el campo ocular un brillante objeto luminoso que ha perdido el ritmo estelar; ha sido arrojado por el hombre en su perseverante camino para descifrar los enigmas del Universo y lanzarse en inusitado vuelo por el espacio. La locomoción fuera de nuestro planeta es una realidad; la ciencia ha dado un paso trascendental: cohetes experimentales y satélites artificiales se suman a los fenómenos celestes naturales y son seguidos en forma visual, fotográfica y radiotelescópica por estaciones equipadas especialmente y distribuidas por el mundo entero.

El Observatorio de La Plata sólo realiza observaciones de los satélites brillantes —restricción impues-

ta por el instrumental con que trabaja—, y son esencialmente de tipo visual, con ayuda de telescopios y en menor cantidad con técnicas fotográficas. Se iniciaron los registros con motivo del lanzamiento del primer satélite, el *Sputnik I*, continuaron con otros: los *Sputnik II* y *III*, ya caídos, el *Midas*, el *Echo I* y se prolongan hasta los días presentes.

En la actualidad el Observatorio se halla bajo la dirección del doctor Reynaldo Cesco y cuenta entre su personal una mayoría de egresados de su propia escuela. Con frecuencia los astrónomos se trasladan a otros países para perfeccionar sus estudios o para completar trabajos. Los conocimientos astronómicos se intercambian, toda novedad o descubrimiento dentro de su campo es inmediatamente comunicado, a menudo se realizan reuniones científicas donde participan delegados de diferentes países y se elaboran planes conjuntos de trabajo por que el sello característico de la astronomía es su internacionalismo, el extenderse sin fronteras por todo el mundo.

EVELINA M. HERNÁNDEZ DE FUSCHIÑI

SEGUNDA PARTE

UNIVERSIDAD "NUEVA" E INQUIETUDES ESTUDIANTILES

LOS ESTUDIANTES EN LA ERA PROVINCIAL DE LA UNIVERSIDAD PLATENSE (1897 - 1904) *

El largo pleito entablado entre *porteños y provincianos* desemboca en el movimiento revolucionario de 1880 y en la improvisada fundación, en 1882, de La Plata, ciudad de la conciliación nacional. La nueva urbe resuelve el candente bicefalismo de la ciudad de Buenos Aires, capital de la República y, a la vez, simultáneamente, de la Provincia. Como secuela directa de los turbulentos acontecimientos, el decapitado Estado provincial no sólo debe deplorar el desprendimiento de cuantiosos bienes materiales, sino la pérdida de irrescatables elementos culturales, como la Biblioteca Pública, el Museo de Ciencias Naturales y la Universidad. Espíritus resentidos protestan: "La ley ha cedido la capital *porteña* para usos nacionales".

Aún en pañales, La Plata, en su faena rectora de bisoña capital del primer estado argentino, brega por reponerle los elementos de cultura que le fueron "birlados". En junio de 1885, a menos de tres años de la fundación, el número inicial de la primogénita *Revista de La Plata*, de Juan Mariano Larsen —médico y humanista de nota, traductor de Horacio, Virgilio y Píndaro— presagia que la ciudad "no tardará en plantear su *alma mater studiorum* o, por otro nombre, su

* El presente artículo es continuación de otro publicado en el diario EL DIA, de La Plata, en noviembre 19 de 1961, con el título **En torno a la ciudad Universitaria.** Ambos condensan los primeros capítulos de la obra relativa al mundo estudiantil y su influencia en la formación del ambiente cultural y social de La Plata, que venía preparando el autor.

Universidad, con todas sus facultades, sin perjuicio de las escuelas técnicas".

El acontecimiento no se hace esperar mucho. En junio 12 de 1889, cuatro años después, Rafael Hernández —ilustre hermano del autor del "Martín Fierro"— presenta el proyecto de creación de la Universidad de La Plata.

Al fundamentarlo, afirma: "Y es esto lo que nos reclama la opinión pública: que no se crea que la provincia de Buenos Aires está tan completamente materializada que, a trueque de realizar negocios y progresos en lo material, se olvida de lo intelectual. Un país materializado al exceso es nación que se arruina. Nada amengua más que la avaricia...".

En otra oportunidad —agosto 2 de 1889, en el mismo recinto del Senado Provincial— proclama:

> **Voy a pedir que se consigne en el acta, con toda especialidad, que el proyecto de ley que acabamos de sancionar lo ha sido por unanimidad de votos, por la trascendencia, por la importancia que él tiene. Esta no es una de las leyes ordinarias que diariamente sancionamos, para que más tarde se modifique o derogue; no. Es, por el contrario, una ley que perpetúa el nombre de cada uno de los senadores que la han votado. Es una ley fundamental, de vital importancia para el progreso de la Provincia; y estoy seguro que han de transcurrir años y años sin que podamos dejar en la estela de nuestra vida parlamentaria otro acto más notable y más benéfico que el que entraña este proyecto.**

La ley queda promulgada en enero 2 de 1890 y desencadena inusitado júbilo en la población platense.

Pero pocos meses después estalla la estrepitosa crisis del 90, originariamente motejada por el presidente Juárez Celman con el idílico nombre de "crisis de progreso".

Bien pronto adviértese que las consecuencias de la misma son mucho más graves que el comienzo. Acusado su gobierno de "unicato", Juárez Celman abandona el poder. Al grito de "El burro ya se fue", Carlos Pellegrini, en calidad de vice substituto, inaugura un período de austeridad nacional "Ha llega.do la hora del té con leche", afirma. Como resultado inmediato,

La Plata sufre frecuentes laceraciones; y, a la par de otras muchas iniciativas, la ley de fundación de la Universidad queda soterrada durante siete largos años.

II

En su novela *La bolsa,* Julián Martel, pinta, con maestría, la derrochona mentalidad que campea soberana desde la aurora misma de la crisis. Reina la fiebre del oro e imperan las maniobras dolosamente especulativas de la Bolsa. La juventud revienta de pujas aristocratizantes. Siente asco por el trabajo manual, vergüenza por la pobreza y envidia por el lujo y la molicie.

La faz educativa también está "inflada" y muestra notorias deficiencias, anomalías y deformaciones. Los programas universitarios son ampulosos y considéranse una monstruosidad. Y, con el propósito de poner de relieve alguna consecuencia, recordemos la urente frase pronunciada por un distinguido y culto diputado nacional: "Soy un fugitivo de la Universidad". No obstante las deserciones frecuentes de las aulas, en el período que va de 1869 a 1895, los médicos ascienden de 494 a 1648 y los abogados de 459 a 1047. La enorme mayoría afincados en la metrópoli, aclara no sin asombro un comentarista de la época (1). Como moneda corriente, pronto entra a la circulación pública una frase insólita: plétora profesional.

(1) El mal persistió. En 1901, a once años de la crisis del 90, el número de estudiantes matriculados en las cuatro Facultades constituyentes de la Universidad Nacional de Buenos Aires es el que sigue: **Facultad de Derecho:** 700; **Facultad de Medicina** 1.664; **Facultad de Ciencias Físicomatemáticas:** 275; **Facultad de Filosofía y Letras:** sólo 43. "A juzgar por estas cifras —comenta **"El País",** de la Capital Federal, el 4 de noviembre del mismo año— la difícil ciencia de Hipócrates y Galeno es la que cuenta con más prosélitos entre nuestra juventud estudiosa". Tal constancia, demuestra lo difícil que es pretender torcer las inclinaciones de los estudiantes, cualesquieran sean los motivos que las hayan determinado.

No obstante, la teoría de la presunta plétora de galenos y estudiantes de medicina, que tanto preocupa a las clases diri-

No es todo. La utilización arbitraria del título de *doctor* —recalca el testimonio de un extranjero— sirve para crear diferencias, tributos y sinecuras sociales". "No hay nación en el mundo —añade— en que se prodigue más dicho título... que confiere a quienes lo poseen una especie de mandarinato...". Además, la incoherencia intelectual y el desencuentro entre el padre jornalero inmigrante y el hijo "doctor" abre un abismo en las familias y, por extensión, plantea un conflicto de desajuste mental entre dos generaciones, magistralmente evocado en la obra teatral de Florencio Sánchez. (2)

gentes del país, deja sin explicación un hecho singular y fundamental: la carencia de médicos en el interior del país.

El mal es crónico. Recordemos que, alrededor de 1880 —si la memoria no nos falla— en la extensa provincia de Catamarca sólo existía un médico diplomado. En 1890 recién se eleva a tres. La situación asume contornos de tal gravedad que el gobierno provincial resuelve, por ley especial, permitir el ejercicio de la medicina a **curanderos autorizados.**

En el fondo, el problema tiene raíces extrauniversitarias. Juan B. Alberdi las establece en su conocida fórmula del desarrollo histórico social de la Argentina: "No son dos **partidos;** son **dos países.** No son **unitarios** y **federales;** son **Buenos Aires** y las **provincias".** En términos más precisos, es el multisecular conflicto emergente de la falta de desarrollo armónico entre el litoral y el interior, entre el campo y la ciudad.

(2) En 1889 —es decir, en la vigilia de la revolución del 90— los extranjeros residentes en la Argentina eran tantos que sólo en la ciudad de Buenos Aires, había 300.000, sobre sus 526.000 habitantes. En La Plata la desproporción fue mucho mayor. Si tomamos en cuenta el censo de 1884 —único que tenemos a mano— sobre 10.407 habitantes sólo son argentinos 2.278. Los italianos llegan a duplicarlos: 4.585. Y el citado Martel —seudónimo de José Miró— descendiente él mismo de extranjeros, en la obra citada afirma: "Ya no sabemos lo que somos; no sabemos si somos franceses o españoles, italianos o ingleses. Y lo que es más grave es que junto con el engrandecimiento material nos traen el indiferentismo político. Maldito lo que importa al extranjero que estemos bien o mal gobernados. Haya dinero, y se ríe de los demás. Y lo peor del caso es que nos ha contagiado a nosotros, los argentinos, ese culpable egoísmo importado...". Forzando un poco los términos del problema, constituye una de las tantas facetas del conflicto entre las dos generaciones; pero no el conflicto mismo. Hubo muchos extranjeros que fueron bien altruístas y dieron inclusive la vida por el progreso del país. Las raíces del mal calan, pues, mucho más hondo, en las entrañas mismas del desmirriado cuerpo social.

La clase dirigente cala hondo en el problema; pero, evidentemente, no acierta en solucionarlo. Con criterio simplista, limítase a oponerse infructuosamente —como se verá con posterioridad— a la instalación de nuevos centros de enseñanza que sirvan para alimentar a las "doctoreras", en otros términos a las Universidades. Las califican de "fábricas de medicos y abogados".

El virus doctoricida cunde con pasmosa rapidez y contamina a amplios sectores de la opinión pública. Pero un *dirigente* estudiantil observa: "Propiamente no hay exceso de abogados; hay exceso de pleitos. Y éstos —debieran saberlo los hombres de gobierno— tienen, en mucho, su origen en que una de las partes, o las dos, no saben leer correctamente".

Surge un clamor general por las enseñanzas llamadas prácticas. El remedio asume proporciones de deslumbradora panacea universal. En definitiva, la hora "requiere más industriales y artesanos y menos hombres ilustres" que ostentan títulos "más sonoros que provechosos".

En tesis general, los fundadores concuerdan con el criterio de las autoridades nacionales. Las primeras medidas que adoptan en materia educacional prohijan la erección del Instituto Agronómico-Veterinario de Santa Catalina (1883) y de la Escuela de Artes y Oficios (1884).

Sin embargo, importantes acontecimientos testimonian la persistencia de otras corrientes espirituales, frutos de verdaderos remanentes históricos. "La Provincia para la Provincia", claman quienes dicen oponerse a la obsorción de la metrópoli, "único vivero de ilustraciones". El triunfo militar de los partidarios de federalizar la ciudad de Buenos Aires no logra, pues, anegar las ambiciones localistas de autonomía cultural que embarga a sus prohombres, férreamente arraigados ahora en la ciudad de La Plata. Nos referimos, en primer término, a la fundación, en segunda edición provincial y, a la vez, platense, del Museo de Ciencias naturales, de la Biblioteca Pública y de la Universidad.

A pesar del clima hostil vigente hacia los organismos que otorgan el título de "Doctor", a iniciativa de una comisión de vecinos, presidida por el doctor Dardo Rocha, cúpole al gobierno de Guillermo Udaondo cumplir con los designios de la ley sepultada. Por decretos de febrero 8 de 1897, ordena poner en marcha la diferida Universidad Provincial.

Resulta electo primer Rector Dardo Rocha. Coincidencia realmente congratulatoria: la Ciudad y la Universidad, reencarnándose en la persona del ilustre fundador, configura, por así decirlo, la más original tramazón cultural entretejida por la historia argentina.

Los cursos inaugúranse solemnemente el 16 de abril de 1897.

La nueva casa de estudios consta de cuatro facultades. Se matriculan 16 alumnos en Ciencias Jurídicas; otros 16 en Fisicomatemáticas; y 22 en Química y Farmacia. En la Facultad de Medicina no hubo inscriptos. La población estudiantil alcanza, pues, escasamente a 54 alumnos.

Al año siguiente, erigen su organismo gremial: "La filiación del Centro Universitario no es un misterio; hijo legítimo de la Universidad de La Plata, nació a la vida intelectual el 3 de junio de 1898, congregando a los estudiantes facultativos residentes en La Plata; el acta de la Asamblea Constituyente está firmada por cuarenta y cinco estudiantes". Así se expide su primer presidente, Dalmiro E. Alsina. (3)

De inmediato, el mencionado Centro comparte las responsabilidades y asume la defensa del incipiente

(3) En los primeros momentos, también forman parte del citado centro las delegaciones de alumnos de la Facultad de Agronomía y Veterinaria. Uno de ellos —León Villamonte— fue designado secretario. Los alumnos de la Facultad del "**Bosque**" abandonaron el organismo en julio de 1898, a raíz de desavenencias producidas con sus compañeros del "**Asfalto**", es decir de la Universidad provincial. A pesar del precoz desprendimiento, el Centro Universitario tiene el mérito de constituir el primer intento de integración universitaria realizado en La Plata. Analizaremos tales acontecimientos en el capítulo dedicado a la gestión de los estudiantes de la mencionada Facultad, en el período 1890-1904, es decir el que precede a su incorporación a la Universidad Nacional (1905).

núcleo cultural que va plasmándose en el seno de la ciudad, aún convalesciente de la enfermiza "orgía" que antecede a la conmoción del 90.

Es notable la modestia de medios y gastos. "Por él se verá —expone el citado dirigente— cómo ha ahorrado sobre la sed y el hambre: Local, pesos treinta (4); Luz (por mes), pesos dos; Reuniones, pesos cinco, que no los ha gastado; Secretaría, pesos cinco. Ha hecho vida franciscana, y hubiera gastado menos si las circunstancias lo hubiesen exigido".

III

Apenas nacida, la Universidad Provincial afronta dos serios problemas: carencia de recursos y desconocimiento por los organismos nacionales de los títulos que expide.

Se traban rudos combates por la prensa. Unos diarios defienden la puesta en marcha de la Universidad. Otros la atacan. Lucha tenaz que pone en serio peligro la suerte de la Casa de Estudios. Los estudiantes levantan la voz "para condenar acerbamente la oposición antipatriótica, engendrada por algunos órganos importantes del periodismo platense, tendiente a desprestigiar y hundir nuestra Universidad. Uno de ellos, *La mañana*, ha muerto. "Debo perdonar sus errores", declara Dalmiro E. Alsina, evidentemente con visos de participar el prematuro fallecimiento de uno de los más espontáneos sepultureros de la Universidad.

Un hombre público vinculado de modo íntimo a la erección de la nueva Capital de la Provincia y principal colaborador de Dardo Rocha —el doctor Carlos D'Amico, nada menos— expresa:

> **He visto que en La Plata se ha formado otra Universidad, hasta ahora con el carácter de libre; el sentimiento de que pueda crearse una institución más para elaborar letrados y médicos, me ha compensado la**

(4) Posteriormente, obtiene un local gratuito en los altos del Palacio Municipal.

de que las Provincias de Buenos Aires, Corrientes y no sé qué otras van a crear escuelas de Agronomía práctica. Son más útiles y necesarias, hoy por hoy. (5)

IV

En 1901, la Universidad cuenta con 129 alumnos. El número de profesores elévase a 34. En el cuerpo docente figuran maestros de la talla de Ameghino, Spegazzini y Korn. En 1900, el presupuesto alcanza a $ 5.385 mensuales. Y en 1901 —año en que la Provincia pretende suprimirle la subvención— redúcese a $ 1.290 m/n, es decir a cuatro veces menos.

No obstante, en mayo de 1902, el Centro estudiantil afirma, al referirse a la Universidad Provincial:

> **No hace mucho este centro de instrucción se distinguía por la soledad de necrópolis que reinaba en sus aulas, y hoy día cuenta ya con un número no escaso de alumnos de las diferentes ramas que abarca, número que, según es de esperar, ha de acrecentarse año a año, si no intervienen, lo que no es de esperar, mayores obstáculos a su marcha.**

Pero las dificultades siguen reapareciendo.

> **El Senado está hoy en el caso de borrar la mala impresión que produjera, volviendo sobre sus pasos, aceptando en silencio la sanción de la Cámara de Diputados, que reintegró la Universidad al presupuesto. Sólo no viviendo en esta ciudad, no auscultando sus palpitaciones o bien teniendo agravios contra esa institución se puede votar en contra del primer centro intelectual de la Provincia.**

(5) Con el propósito de orientar a los estudiantes hacia la agricultura, el ministro Magnasco incluyó, en 1901, la asignatura Práctica Agrícola como obligatoria en los planes de estudios de los colegios nacionales y escuelas normales. La enseñanza debía impartirse en quintas escolares anexas. A tal fin, contrató, en Francia, tres especialistas para "encauzar dicha enseñanza en los rumbos por los cuales se haya de llegar a la realización de los propósitos que indujeron a implantarla". En pluralidad, nunca dejó de ser una asignatura postiza dentro del plan de estudios de los establecimientos de segunda enseñanza y sólo logra cosechar un fruto: el fracaso.

Tales palabras figuran insertas en un matutino de La Plata a fines de enero de 1903.

Ni las exigencias de la opinión pública, ni las invocaciones de los estudiantes, ni el reclamo del periodismo, fueron auscultados. Por trece votos contra once, el Senado confirma la supresión.

El senador Cordero gruñe que la Universidad es una parodia y califica a los abogados en ella recibidos "como guardias nacionales". "......Y ahora viene un presupuesto de $ 60.000 m/n para hacer abogados y parteras. Ni por los estudios que se hacen, ni por los catedráticos que dictan las clases, que son medianías, debe subsistir esa Universidad. La Universidad de La Plata —continúa sofisticando el senador Bianco— no representa intelectualidad, ni cultura, ni nada: representa la satisfacción de una vanidad". Un tercer opinante —el senador Vattuone— rumia como vocero de una mentalidad de "feriero": el sostenimiento de cada alumno cuesta al erario público la suma de $ 9.000 m/n, "lo que es una enormidad". En fin, la hostilidad compacta, urdida por los oscurantistas, sigue obrando concertada y con asombrosa tozudez.

Pero la Universidad tiene algo adentro y dista de ser un lujo inútil. "Afronta el problema de tan vital importancia para la intelectualidad de la Provincia y para la cultura de sus hijos y de los que ya vienen de las regiones más apartadas de la República a engrosar sus filas", asevera Dalmiro E. Alsina, el brioso líder estudiantil. "La estadística no es aplicable a las instituciones científicas, según la plantea el señor Vattuone. El cálculo de lo que cuesta un alumno, no puede servir de base para apreciar los beneficios que estos aportan. Esa es la estadística de un estanciero que quiere saber lo que le cuesta un ternero", responde el senador Weigel Muñoz. "Es una vergüenza que la Provincia más grande de la República, que tiene un millón de habitantes, discuta un gasto de $ 60.000 m/n al año, para levantar el nivel intelectual de la juventud", agrega el senador Uriburu.Por fin, un diario platense, al abordar el tema, refuta la supresión de la Universidad como un delito

de lesa cultura. Y, al referirse en especial a los argumentos y a la persona del senador Bianco —expresión de la función legislativa elevada a la mayor necedad e impugnado el año anterior como profesor de Filosofía del Derecho por el Consejo Académico y los alumnos de la Facultad— estampa frases irónicas y, a la vez, caústicas:

> **El senador Bianco, con esa lógica que caracteriza sus oraciones, afirma que la Universidad sólo sirve para diplomar abogados y parteras —cuando no ignora que no existe Facultad de medicina— y opina que los profesores que tienen a su cargo la enseñanza en las distintas facultades universitarias son mediocridades. Cuando Salomón lo dijo!... no lo dice por despecho por haber sido desalojado del personal docente, ni por encono a aquellos que quisieron y consiguieron mantener el cuerpo de catedráticos a toda la altura y dignidad que exigen esos cargos; lo hace por razones de patriotismo de horca y cuchillo.**

V

"Por cuarta o quinta vez la Universidad de La Plata, ha logrado vencer las fuerzas que *anualmente* la combaten", deja constancia en abril de 1903 un periódico platense. "Tocó al Centro Universitario —expone, por su parte, su presidente— la misión de disipar la mala atmósfera creada por la propaganda periodística" ......Amenazada de muerte, el organismo estudiantil hace una "defensa brillante de los derechos e intereses que representa, costeando primero el alegato presentado por los estudiantes colectivamente, y después el presentado por el Centro para defender la no supresión de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales". "No diré —continúa— que esos alegatos hayan llegado a convertir a los señores legisladores; pero sí pienso que sin esa defensa de parte interesada, la Universidad hubiera sido asesinada". Es la pura verdad. La partida de defunción se le extiende por anticipado: documentos oficiales, impresos en 1903, mencionan "la extinguida Universidad Provincial".

El estudiantado logra, pues, descorrer el telón que muestra la escena de mero corte académico, para descubrir otra de innegable interés público y de indiscutibles proyecciones sociales. Rebasa el estrecho límite del fuero universitario y concita a la ciudadanía platense a cerrar filas en torno a la Universidad amenazada. El nuevo escenario —el que conviene al futuro de la cultura— cobra entonces jerarquía no sólo para el centenar de jóvenes altruistas, sino que se convierte en centro de interés, en la gran cuestión, que conmueve a decenas de miles de seres humanos. Amuralla a la Universidad y la salva. "Se cuentan por millares las firmas de adherentes recogidas hasta ahora, como que la mayoría de toda la población participa del anhelo de los estudiantes", atestigua el más importante diario de la ciudad, al comenzar la extraordinaria acogida que obtiene la iniciativa del Centro de estudiantes, de elevar a las cámaras legislativas un petitorio en favor de la subsistencia de la Universidad Provincial. Sabia y positiva actitud de la juventud universitaria: logra neutralizar los ataques obstinados de poderosos y bien ubicados adversarios.

Si hay en la República —argúyese— alguna provincia que tiene derecho para sostener una Universidad es la de Buenos Aires. Su población, su riqueza, las necesidades de su foro y de sus obras públicas lo exigen. Ella, por otra parte, la ha tenido y si la cedió al dar su hermosa capital para asiento de las autoridades nacionales nada más natural y lógico que levante en La Plata otra entidad docente en la que puedan formarse y educarse sus hombres dirigentes.

VI

Contemporáneamente, los adversarios al "doctor" abren otro frente de batalla, al amparo del desafortunado proyecto de ley del Dr. Osvaldo M. Magnasco, Ministro de Justicia e Instrucción Pública, elevado a la legislatura nacional en 1900. En él se pide, lisa y llanamente, la supresión de los colegios nacionales y su substitución por escuelas de artes y oficios. De inmediato, como es lógico inferirlo, el proyecto plan-

tea embarazosas situaciones a los anhelos de la mocedad platense.

Los alumnos de la Universidad siéntense compelidos a participar en el apasionante debate. Sostienen que las vocaciones no se imponen por decreto. Uno de sus mentores afirma: "Pero si las más elementales normas aconsejan la fundación de las referidas escuelas, no existe ninguna para la supresión de los Colegios Nacionales". Y rechaza de plano el proyecto por múltiples razones, pero, principalmente, "porque halla un inconveniente gravísimo en que la juventud, sacrificando sus nobles ideales, dirija sus pasos hacia dónde el gobierno piensa encaminarla".

Ubicándose a nivel de las exigencias políticosociales de la época y a tono con las aspiraciones ministeriales, Dardo Rocha, a su vez, con el propósito —no confesado, por cierto— de frenar los ataques frontales dirigidos contra la Universidad Provincial, proyecta, en 1901, la creación de un original instituto de enseñanza técnica: la Escuela de Electricistas de La Plata.

Al comentarlo, un dirigente estudiantil expresa: "Si la iniciativa tan felizmente lanzada no cae en el vacío y se le dispensa toda la atención que merece, se habrá dado un gran paso al cambiar de rumbos a la educación de muchos jóvenes y se habrá llenado, de una manera sólida, parte del programa del Dr. Magnasco". Pero ni el desventurado plan ministerial, ni la singular escuela técnica, consiguen entrar en funciones.

Las muestras de "vasallaje" ofrecidas por la Universidad Provincial no logran congraciarla con las altas esferas nacionales. Bien es cierto que, en teoría, el gobierno central concede validez a los títulos que otorga. Empero, en la práctica, ese reconocimiento nunca llega a concretarse. Los estudiantes entonces llevan el pleito al Presidente de la República. El resultado de las gestiones queda resumido en la caústica frase atribuía al Gral. Roca: "Al Gobierno no le interesan los abogados. Les aconsejo vayan a trabajar al campo".

VII

Al segundo año de vida, el Centro de estudiantes publica una interesante revista, "Sin duda alguna, una de las mejores que aparecen en esta Capital", sostienen los propios editores. El número inicial ve la luz el 1º de junio de 1900.

El artículo de fondo expresa:

> Jóvenes estudiantes, hace ya tiempo reunidos en un vínculo tan fuerte como la comunidad de propósitos en la vida, con esta publicación dan un órgano a sus ideas. Ellos no quieren realizar más que una labor de difusión literaria y científica, objeto primordial de las revistas periódicas, tan popularizadas en todas partes, pero que en La Plata, por razones que constituyen un pequeño problema sociológico —que cae en suerte resolver a los directores de ésta— no han podido hallar ambiente propicio para prosperar.
>
> Tienen por escenario una ciudad abatida por la dura sanción de errores y abusos de triste recordación y de severo ejemplo: una crisis económica paraliza sus músculos que, en otro tiempo, se agitaban febriles en una maravillosa apoteosis de la industria, que alucinaba a los espíritus... Hoy los ojos del viajero no ven más que una población lánguida, que arrastra una existencia abotargada por el desconsuelo de sus esfuerzos, inútiles para reconquistar su pasada prosperidad. Ha huído el ingenio; el espíritu de industria duerme; los grandes entusiasmos ya no se sienten...

El cuadro es bien desalentador. Sin embargo, la *Revista* perdura hasta fines de 1903 y llega a totalizar 28 entregas, las dos últimas con el nombre de *Ciencias y Letras*.

VIII

"Continúa en pie el conflicto producido entre los estudiantes y los catedráticos de Civil y Administrativo, por la razón de haber enviado éstos sus hijos a estudiar a la Facultad de Buenos Aires.....". El párrafo transcripto encabeza la sorprendente noticia aparecida en el número de mayo de 1903 de la Revista del Centro de Estudiantes.

Prosigue: "....acto que disculpan, alegando que tienen razones privadas poderosísimas para proceder en esa forma; pero que no pueden conformar a los estudiantes desde que lo que se tendrá en cuenta en oportunidad será la existencia del hecho y no las razones privadas de mayor o menor peso que hayan podido producirlo. Como hay quienes apoyan en su actitud a los profesores, es del caso preguntarse si es posible que hayan de sacrificarse los intereses de la Universidad y sus estudiantes a los personales de los profesores aludidos".

De inmediato, las aulas quedan desiertas. En los claustros efectúanse manifestaciones de protesta contra ambos profesores, y amagan hechos de violencia. La prensa local se hace eco de las incidencias y se inquieta. "Si en nuestros claustros estuviesen implantadas las medioevales costumbres de las universidades alemanas, varios de los estudiantes platenses estarían a estas horas con las mejillas cortadas por filosos sables esgrimidos en duelo. Mejor que así no sea", asienta un matutino. Llama, luego, a la cordura a los airados estudiantes: "Encontrando fundado el desagrado de los jóvenes, los incitamos a reflexionar maduramente sus resoluciones; en el gremio estudiantil, como en el de los obreros, los agitadores abundan; y éstos que, por lo general, son los que menos tienen que perder, arrastran a los otros que van a pura pérdida. Recuerden los futuros adalides de los derechos en las justas del estrado, que la imposición de hechos no emanados de ley obligatoria importa un atentado a la libertad individual...". (6)

(6) Sin duda, en esas circunstancias ciertos sectores del país viven horas confusas y la prevención en materia educacional se torna más suspicaz. Al enjuiciar el grave movimiento estudiantil que estalla a fines de 1903 en la Facultad de Derecho metropolitana, con inmediatas repercusiones en La Plata, un diario platense subraya: "Lo ocurrido reviste excepcional importancia, pues ha puesto de manifiesto una fuerza nueva, llamada a tener gran influencia" Luego, en contradicción con los fundamentos de su prédica anterior en favor de la estatización de la Universidad Provincial, añade: "En nuestro sentir nada es más propicio que eso para desoficializar las universidades y hacerlas libres, que es, en definitiva, lo mejor". Volveremos más tarde sobre el tema.

La situación de permanente emergencia en que vive sumida la Universidad provincial, impulsa, al parecer, a los estudiantes a contemporizar. Pero la actitud dubitativa de los docentes cuestionados, motiva un párrafo agrio y condenatorio, incluído, a renglón seguido, en el mismo periódico: "Si los profesores de la Facultad la descalifican así en el hecho cuando se trata de los suyos, la desconfianza sobre su capacidad debe necesariamente cundir entre los extraños; farmacéutico que envía por drogas a la farmacia vecina, acusa que su frasquería está vacía o que sus contenidos son adulterados".

IX

El carácter peculiar de la Universidad provincial no radica en las modalidades de su organización, ni tampoco en la reconocida calidad de su personal docente, ni menos aún en las llamativas actitudes de intransigencia, a veces extralimitadas, de sus estudiantes, sino en la presencia de un hecho de heroísmo civil, único, sin parangón en los anales de la vida educacional argentina. Frente al absorbente hipercentralismo de la vecina metrópoli y en salvaguardia de los valores culturales del incipiente centro urbano, los jóvenes platenses renuncian a los diplomas expedidos por la Universidad Nacional de Buenos Aires.

Con motivo de la colación de grados realizada en agosto 8 de 1903, la revista estudiantil estampa un patético mensaje de despedida a los primeros graduados de la Universidad Provincial. Dice así:

> **Vanguardia arrojada, que ni la prédica de una parte de la prensa, ni la fuga de los que han desertado de sus filas para viajar a las Facultades de la Capital Federal, ni las dudas de un decreto de nacionalización, ni la injustificable actitud de aquéllas que han tratado de desconocer y rechazar nuestros certificados han arredrado... Vanguardia altiva, que rehusa un título expedido por la Universidad Nacional de Buenos Aires, siente palpitaciones nobles y patrióticas y tiene conciencia de los sagrados deberes que la vinculan con el suelo natal y concurren allí donde estos les llaman, renunciando a los ha-**

lagos y placeres de la vida metropolitana para formar su inteligencia, tributar su ilustración, rendir su cuerpo y formar su hogar, donde respiró el aire que infló la sangre generosa de sus venas.

Y uno de ellos, henchido de fervor, exclama: "Es que no queremos perder nuestra Universidad, que representa para el futuro: Progreso, ilustración, riqueza".

Conmovedor espíritu el de esos platenses enteros, que hacen caso omiso al sirenismo de la vecina gran urbe, al declinar las ventajas que supone el ejercicio de una profesión liberal y escogen la defensa del solar propio, haciendo suya la áurea enseñanza de Horacio: "Admira el jardín grande; pero cultiva tu jardín pequeño".

X

Es necesario, pues, resistir a la ingratitud por más humana que sea y valorar con justicia la misión que le cupo a la modesta casa de estudios. El recuerdo del abnegado civilizador que fue Rafael Hernández reclama fidelidad. La Universidad Provincial "se ha vinculado en forma íntima a la existencia de La Plata", afirma un matutino de la época. A tal efecto, la nueva ciudad rompe con los moldes espirituales que hacen de ella la sucursal o "la filial de una gran ciudad matriz". Y si con el correr del tiempo goza del privilegio de ser mundialmente reconocida como una "cultural city", como una ciudad universitaria, lo debe en gran escala —no lo dudemos— a los desvelos de aquella humilde y provinciana entidad y a la inconmovible militancia de su juventud estudiosa.

Abrigamos la esperanza sincera que la institución vivirá —asienta, en julio de 1900, Dalmiro E. Alsina, Presidente del Centro de Estudiantes, al levantar la voz en defensa de la hostigada Universidad— porque su fundación propende a la descentralización de la enseñanza superior, porque La Plata, ciudad higiénica, tranquila, con vida intelectual incipiente y materialmente acomodada, atraerá hacia ella la corriente emigratoria que se opera en las

provincias hermanas hacia la capital de la República, de estudiantes pobres, cuyos hábitos y circunstancias están mucho más en armonía con las condiciones de la primera.

Ciudad inventada, sin historia, ni tradición propia, La Plata logra forjar su destino con criterio específico y diferencial. Llevado como de la mano por los acontecimientos y con la "colaboración del ambiente —al decir de Hipólito Taine— haciendo pie en el vaticinio de aquel noble estudiante, cinco años después, en 1905, Joaquín V. González, al inaugurar la era nacional de la Universidad, a su vez, profetiza: "La Plata quedará como absorbida por la vida escolar...".

EMILIO AZZARINI

U. L. P. I. Y EL PENSAMIENTO SOCIAL EDUCATIVO DE JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

A) *EL PENSAMIENTO SOCIAL EDUCATIVO DE JOAQUÍN V. GONZÁLEZ*

Los defectos del carácter nacional

El pensamiento social educativo de Joaquín González según se revela en sus escritos, puede condensarse en estos términos: nada como la vida en común —entre alumnos y entre alumnos y maestros— realizada en un ambiente de adecuada libertad, permitirá a nuestro pueblo superar graves defectos de carácter, que a menudo conspiran contra su bienestar y destino.

¿Cuáles son para el sabio de Samay Huasy tales defectos, que vienen de lejos y, si bien no pueden ser tenidos como específicamente argentinos, manifiéstanse en nuestro país con caracteres por extremo agudos?

Nos lo señala González reiteradamente como que, la materia, con todo lo que lleva implícito, constituye el leit motiv de sus meditaciones más hondas. Son la ambición desmedida, el personalismo, el espíritu de desunión, la indisciplina, la tendencia a la oposición, el odio.

Sin desconocer que en dos momentos supremos salvóse el patrimonio moral y material de la República porque se impuso el espíritu de concordia y cooperación, dice González en un discurso pronunciado en mayo de 1910:

Del estudio más razonado y científico de nuestra historia, que he realizado en estos últimos tiempos, con el más profundo y sincero amor de la Patria y de la Verdad, he deducido la ley, que creo irrefutable y tan sencilla como un axioma, de que todas las desgracias, los desastres, las tiranías, las derrotas, los crímenes, las desmembraciones territoriales y los retardos incompensables, en nuestra vida de un siglo, son hijos exclusivos de las discordias personales y de círculos, de familias y de partidos, y de la ambición desmedida y enfermiza de predominio y de mando, adueñada de las más altas cabezas y de los más sólidos prestigios militares y civiles. (1)

Por esos días abordaba el tema de su luminoso estudio *El juicio del siglo,* aparecido en *La Nación,* y, meses más tarde, volvía sobre él en un discurso parlamentario, para refirmar que "todos los períodos de retroceso de nuestra historia coinciden con aquellos en que el odio y las enemistades entre personas y círculos han sido la fuerza dominante". (2)

Tiempo después, en discurso pronunciado en el Museo Nacional de Bellas Artes, declara:

Los odios internos han sido aquí más hondos y sangrientos, y han amenazado con catástrofes más trascendentales que en otros países hermanos de Sud América; el fondo espiritual de la cultura argentina no ha sido alimentado de amor, de bondad y de tolerancia, que hacen el fundamento de otros pueblos, de las nacionalidades definitivas y duraderas. (3)

En el prólogo que pone luego a su traducción de *"Cien poemas de Kabir",* asienta:

Desde que yo he comenzado a estudiar y a darme cuenta de los problemas íntimos de nuestra nacionalidad, arrancados del corazón de su historia, he adquirido la convicción de que el Odio en ella se revela con los caracteres de una ley histórica... como agente generador de los más tristes sucesos de la centuria cumplida en 1910. (4)

(1) Obras completas, XV
(2) Obras completas, XV
(3) Obras completas, XVI.
(4) Cien poemas de Kabir, traducción al castellano con notas y prólogo de Joaquín V González.

Más adelante, en el discurso con que agradece el homenaje que le tributa la Federación Universitaria de La Plata, al abandonar la presidencia de la Universidad, discurso que puede ser conceptuado como su testamento espiritual declara:

> **En mi larga vida pública de soldado y conductor de partidos, he podido ver muchas cosas, auscultar muchos corazones, profundizar muchas conciencias, leer en muchos espíritus, y puedo afirmar que nuestro pueblo se halla trabado por gravísimos males, por peligrosos enemigos interiores... La persistencia en alarmante desarrollo, de los odios ancestrales y de los odios domésticos, creados en las luchas civiles de la anarquía, de la dictadura y las primeras décadas orgánicas, es un hecho que ningún eufemismo social ni convencional puede ocultar por más tiempo: los partidos políticos y los hombres aisladamente, en sus luchas políticas, no combaten sólo por la salud de la patria, sino por el exterminio y aniquilamiento del adversario; la propaganda victoriosa, la actitud más aplaudida y más feliz, son las más inspiradas en el odio y en la ferocidad; las diferencias, las divergencias y las antipatías se desatan en las lluvias de fuego de la afrenta, la calumnia, la injuria más extremas...; y en las obras o empresas individuales, en las que habría derecho a esperar una cooperación benévola, es proverbial la oposición, la resistencia, la contradicción apriorística y prevenida que va contra el autor y no contra la obra, o va a la anulación y no a la mejora de la tentativa por el aporte de una crítica constructiva y prolífica. (5)**

Esta suerte de preocupaciones acompañó a González hasta sus días postreros. En visita que le hiciéramos en su alcoba de enfermo, no mucho antes de morir, oímosle aún expresar su anhelo de tratar en el libro el tema del odio en nuestra vida nacional, ilustrándolo con nuevas observaciones que tenía registradas al respecto.

Los defectos son el resultado de una educación deficiente

Pero González no es "un pesimista ni un desencantado", como alguna vez se ufanará en manifestar-

(5) Obras completas, XVI.

lo. Su filosofía de la vida le lleva a pensar que los males señalados no pueden ser invencibles ni mucho menos; su conocimiento de la historia patria, sus observaciones en el campo de la enseñanza, le revelan que no hay "defectos de la raza", siendo los así llamados no otra cosa que el resultado de viejos errores de métodos o sistemas educativos; su lectura posterior de Benjamín Kidd, el sagaz autor de *The Science of Power*, para quien, la fisonomía espiritual de un pueblo puede ser transformada en una generación como se le someta bajo ciertas circunstancias a determinadas influencias, no harán sino acentuar en él una convicción de antiguo profesada.

Si los males enunciados perduran en la vida argentina, es sólo por obra de una educación "insuficiente", sin contenido superior, "Se instruye, expresa, pero no se educa; se nutre la inteligencia pero no se calienta el corazón, no se ilumina el alma con el fuego de las virtudes inmanentes e imperecederas". (6)

El ideal de la educación argentina está, pues, señalado por esta sencilla conclusión histórica que formula: "derribar, extinguir los últimos restos de la funesta discordia y ambición y alzar en su sitio los altares del nuevo culto, el del amor, el de la solidaridad fraternal, el de la amistad prolífica y de la ayuda recíproca, entre los hijos de la misma Patria, como artífices de la misma obra, como autores del mismo destino". (7)

La trascendencia concedida por González a la materia determinó su vocación educadora, "la definitiva de mi vida pública y privada", expresa en su discurso del museo de Bellas Artes (8). Años atrás había declarado en el Senado: "Puedo afirmar que hoy y mañana, no tengo más misión que promover la cultura de mi país; todas las demás cuestiones me son secudarias e indiferentes. (9)

(6) Obras completas, XV
(7) Obras completas, XV
(8) Obras completas, XVI.
(9) Obras completas, XV.

El desiderátum: la educación en común

Mas, ¿cómo hacer para que la educación conduzca a la formación de sentimientos unitivos y fraternales, susceptibles de traducirse en la vida práctica?

Piensa González que tal cosa no podrán lograrla los colegios burocráticos del sistema corriente, que sólo retienen a los alumnos en el aula por breves horas, "en los cuales maestros y discípulos concurren a desempeñar el deber de enseñar y aprender en dosis reglamentarias", bajo cuyo régimen los alumnos pasan por las clases con "un leve recuerdo" de la persona y de la "ciencia" del educador (10). La enseñanza actual, que no vacila en calificar con los epítetos de inarmónica, incoherente, discontinua, vacilante, incompleta, desatentada, indisciplinada, desorientada, no puede sino "disgregar y disociar los espíritus y enfriar los corazones, y restaurar con mayor saña si cabe, el reinado de los viejos odios..." (11)

El desiderátum —lo proclama desde que empieza a ejercer cargos directivos en la enseñanza— es la educación en común, que pone en contacto las inteligencias y acerca los corazones.

La "vida común" entre alumnos, y entre maestros y alumnos "suprime —dice— la distancia dogmática y pragmática, para establecer este fecundo, irreemplazable hilo conductor de todo conocimiento, la simpatía, la amistad, la confianza entre el que aprende y el que enseña, suprimiendo entre los primeros el resto de amor propio de la crítica recíproca, y entre los segundos el de la intimidad mal entendida y peor aplicada. Así, lo que uno aprende es de todos, y lo que uno ignora lo tiene de los demás; pero de los que más aprenden es, en suma, el propio maestro por las continuas revelaciones del elemento "amor" o "efecto" en punto de comprensiones, sugestiones y visiones de toda ciencia y arte". (12)

(10) Obras completas, XIV.
(11) Obras completas, XV.
(12) Obras completas, XVI.

Conforme al pensamiento de González —que procuramos interpretar y compendiar— en la convivencia estudiantil, bajo la asistencia constante del maestro, los educados, al enfrentar los mismos deberes, ser partícipes en los mismos episodios escolares y comunicarse recíprocamente sus ideales y anhelos, aprenderán a vivir, trabajar y soñar juntos. Y, así, surgirá entre ellos la comprensión y se generarán sentimientos de solidaridad, de ayuda, de tolerancia destinados a traducirse luego en los ámbitos más dilatados de la sociedad, en acciones fructíferas para el país y el afianzamiento de sus instituciones democráticas.

> **Asemejad —dice— la escuela a un hogar cálido de amores y amistades inquebrantables, y habréis resuelto el arduo problema sin más ecuaciones ni desvelos enciclopédicos. Habréis simplificado la más complicada cuestión política de los tiempos, con poner estas solas piedras en la base de toda escuela: afecto, amistad, confianza recíproca, para que los hombres se entreguen, se den, se ofrenden unos a otros, supriman entre ellos las distancias, los recelos, las ignorancias mutuas. (13)**

En su sentir, de la fraternidad escolar saldrá la fraternidad de la patria.

Por lo que se ve, si Sarmiento había propuesto el problema argentino, esencialmente, en el terreno de la instrucción popular, medio siglo después —triunfante virtualmente ya la escuela en toda la extensión del país— González lo plantea en el campo no menos trascendente de la formación de los sentimientos sociales.

Fundamenta González su tesis en el ejemplo de afuera y en el de adentro. ¿A qué, sino a su pujante vida universitaria, en que la fraternidad estudiantil y la compenetración recíproca entre educadores y educados son tan manifiestas, deben los países anglosajones la posesión de elevados valores mundialmente reconocidos?

Las afamadas residencias estudiantiles inglesas y norteamericanas son para él "fragua de caracteres

(13) Obras completas, XVI.

y virtudes inquebrantables, cuna de generaciones invencibles en el trabajo y en la ciencia, y focos de saber y virtudes que se convierten en patrimonio común del género humano" (14). Según un profesor de Illinois de que hace mérito, las Universidades inglesas promueven en tal grado el contacto personal, "que hacen la enseñanza muy costosa, pero que han conducido a los graduados de Oxford y Cambridge a hacer de Inglaterra la nación conductora del mundo moderno". (15)

> **La amistad, el compañerismo, la fraternidad entre condiscípulos, que ha engendrado en la historia de tantas grandes naciones —dice en conferencia dada en el Colegio Nacional Central— núcleos conductores de la civilización por períodos seculares, no se alimentan sino cuando la vida del estudio se hermana con la del hogar, y sólo así los hombres que de ella se desprenden conservan en otras esferas más vastas de la actividad social y política el vínculo indeleble de cariños comunes, que son en definitiva los únicos lazos eternos de la unidad nacional.** (16).

Por lo que toca a antecedentes vernáculos, ahí están Montserrat, San Carlos y Concepción del Uruguay para avalar su pensamiento. Estos institutos dieron al país en horas culminantes de su historia hombres típicos que han dejado en ella rastros inconfundibles de su acción moral y de su cultura.

> **De los colegios de Montserrat y San Carlos —apunta González— salieron las generaciones de 1810, que tanto hicieron por la libertad hasta los últimos días que precedieron a la dictadura. La Universidad de Buenos Aires y Córdoba reemplazan esa acción hasta 1853 y 1862, en que el colegio del Uruguay, fundado por Urquiza, se incorpora a esa labor en la época moderna... La historia nos demuestra que la ley de armonía, cohesión y vida común es lo que hace los núcleos fuertes y fundadores indestructibles de la nacionalidad. (17)**

(14) Obras completas, XV.
(15) Obras completas, XIV.
(16) Obras completas, XIV.
(17) Obras completas, XV

Por supuesto, nuestros viejos internados no llenan ni con mucho el ideal de González, Están demasiado alejados en el tiempo para que satisfagan las exigencias de la vida moderna. Aludiendo en cierto momento a los de Montserrat y San Carlos anota que eran del tipo que llama "penitenciario" y estaban envueltos en "dogmatismos y ritualidades escuetas y estériles" (18). Cuando los pondera lo hace teniendo en cuenta la comunidad de vida que realizaban. Eso bastó para hacer de ellos centros de "amor" y "amistad", centros que fueron, expresa, como "el reflejo del hogar lejano de Provincia, representación del hogar futuro de la Patria libertada" (19). Y, declara en seguida:

> **Lo que se pone en la cuenta exclusiva de los estudios clásicos, de poetas, oradores e historiadores latinos, yo lo hago compartir por igual, con otro elemento invisible, y acaso incalculado, que vivificaba todo el conjunto y era la sola "vida colegiada", la vida en común, de hogar, de reclusión, de estudio continuado, de disciplina moral y mental, en una edad de la vida en que las pasiones, los instintos, las veleidades, las rebeliones, aparecen en las naturalezas juveniles, y en las cuales los sistemas educativos pueden sembrar en la seguridad de que brotarán en ellas con rapidez y vigor toda clase de gérmenes, así los que cimenten una sociedad sobre bases firmes de cohesión y solidaridad, como los que la envenenen y enfermen desde su cuna, y sólo hubieran de dejar frutos de discordia y disolución, vicios y desvíos, de lento y a veces de imposible remedio. (20)**

El pensamiento de González se manifiesta en la fundación de la universidad platense.

El pensamiento pedagógico de González expuesto, su patriotismo vivo, su afán realizador, hallan expresión auténtica en la creación de la universidad platense.

(18) Obras completas, XV.
(19) Obras completas, XV.
(20) Obras completas, XV.

Desde luego, será ésta un centro de alta cultura y, para lograrlo, no se omitirá recurso adecuado. Pero, su fundador, acorde con el ideal educativo que sustenta, quiere que llegue a ser también un foco de benéfica irradiación moral sobre el país, por el espíritu fraternal y solidario que cree entre sus miembros.

La ciudad pequeña, silenciosa y recogida, la limitación impuesta al número de alumnos por curso; el trabajo de laboratorio que exigiría el principio experimental sobre el que iba a fundamentarse la enseñanza; la obligatoriedad de la asistencia a clase; la proximidad en que se hallaban unos de otros los institutos; la vida deportiva que se practicaría estimulada por la posesión de amplios campos adecuados a ese fin, parecían particularmente propicios para promover una amplia y fructífera vinculación estudiantil. Contribuiría también, sin duda, a ello, cierto sentido de unidad en la enseñanza que le conferiría la correlación establecida entre las grandes etapas de la misma: escuela, colegio, universidad.

Cumple decir que, el ideal perseguido, con haber tenido hermosas manifestaciones, no pudo realizarse plenamente ni en idéntica extensión en todos los institutos de la Universidad, por circunstancias que no intentaremos analizar aquí.

Empero, en uno halló sí, cabal cumplimiento, en aquel que el fundador había puesto precisamente su mayor esperanza: en el internado preparatorio.

Con su creación —anunciada en la *Memoria* que, como ministro de Instrucción Pública eleva al Gobierno de la Provincia en febrero de 1905 al exponer los lineamientos generales de la Universidad que se proyecta fundar— siente González que realiza un íntimo anhelo de su vida pública y de su corazón de argentino. Tiene la convicción de que el régimen de internado, por las virtudes ciertas que le atribuye, contribuirá a engendrar valores individuales y colectivos de que la República ha menester tras la dispersión y evidente decaimiento de los lazos de orden y disciplina que ha sufrido.

En verdad, el instituto platense distará mucho de ser, por lo que ya ha echado de verse, una reedición fiel de los antiguos internados y en advertirlo pone su fundador especial empeño. Restaurará él al nivel de los tiempos la tradición educativa de aquellos, exento de los defectos que condujeron a su abolición: formas rígidas de reclusión claustral, enseñanza abstracta, tipo hospitalario.

El internado de La Plata será un internado moderno, auxiliado —se apunta en la *Memoria* precipitada— por los recursos infinitos de la vida actual, de comodidad e higiene y por la transformación de las ideas y las costumbres. Y, será además, abierto, social y libre.

En los primeros tiempos de la existencia del nuevo instituto, expresa González con no disimulado orgullo, que la Universidad de La Plata es en Sud América "la sola institución de alta cultura que haya logrado crear e iniciar con éxito sorprendente desde luego, el régimen residencial para adolescentes..."

> **La mayor gloria —agrega— de esta Universidad y honra de la ciudad que la alberga y alienta con su noble y valiente estímulo, en medio de la ardua lucha que debe mantener contra sus enemigos naturales —la ignorancia y el prejuicio— será el poder ofrecer a la Patria en plazo no lejano, una generación de hombres de honor, saber y probidad... capaces de asumir la representación de su raza y de su nacionalidad, en las más altas y difíciles contiendas a que la civilización los llame en su época y en su expansión geográfica... (21)**

Siempre acarició González la idea de que pudiesen aumentarse las casas para internos secundarios y crearse también residencias para alumnos de los cursos universitarios. El internado recién establecido no significaba para él sino el comienzo de una empresa educativa de vastas proyecciones. Él impondría sí, sus formas y métodos generales a los que sucesivamente se erigiesen. Confiesa ante la asamblea de profesores de la Universidad celebrada a fines de 1914, que sería

(21) Obras completas, XV.

el más grande de sus pesares "si, por falsos prejuicios y transitorias sugestiones", llegasen a faltar los recursos para impulsar "y mejorar la bella experiencia del internado platense". (22)

Ha dicho Arturo Capdevila: "González, como lo hubiese imaginado un místico del Oriente, se propuso ir creando fraternidades y cofradías de amor, de que fueran miembros niños de costumbres, clases sociales y fortunas distintas; comunidades en suma de un patriotismo de tipo nuevo, de un patriotismo resueltamente elevado a religión". (23)

Así, en la obra de la Universidad y el Internado, González, prosista, poeta, pensador, sociólogo, legislador, ministro de Estado, gobernante, maestro en derecho constitucional e internacional, volcó sus mejores entusiasmos. Cabe suponer que él, que no amaba la política —"sus halagos, declara, son tan vanos como la más fugitiva de las esencias que corren por el aire"— (24) vióse constreñido en ancha medida a mantenerse en ella, para defender mejor —y, ¡con cuánto calor debió hacerlo muchas veces!— el sostenimiento de los institutos educacionales que había creado expuestos a peligrar no pocas veces.

B) *EL INTERNADO DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (U. L. P. I.)*

Los días del internado

El internado abre sus puertas en mayo de 1910, como un anexo del colegio de la Universidad, colegio que regentea un gran rector: el Dr. Donato González Litardo.

Consta de dos secciones, destinadas a funcionar en edificios separados. De la primera es designado director-tutor el Dr. Segundo J. Tieghi; de la segunda D. Ernesto Nelson quien, especialmente identificado

(22) Obras completas, XVI.
(23) Loores platenses.
(24) Obras completas, XVI.

con las finalidades de la novel residencia estudiantil, cuyo sistema había visto practicar durante su larga permanencia en Estados Unidos, exhibiría, a poco de abrir ella sus puertas, en una página admirable: *El canto rodado,* el sentido social íntimo de la misma. Al dejar el cargo tres años después, para desempeñar el de Inspector General de Enseñanza Secundaria, ocupa el Dr. Tieghi la dirección general del Instituto.

Otros educadores actúan como tutores durante mayor o menor tiempo: Ricardo Calatroni, Pedro M. Capdevila y Eduardo Szelagoswki. Cúponos la suerte de asociarnos también en ese carácter a la obra del internado, durante siete años, en relación con la sección segunda.

Los nombrados trabajaron fervorosamente en la empresa idealista que el internado significaba. Algunos, para servirla, cambiaron incluso el curso de sus vidas, persuadidos de que lo hacían por una causa que valía la pena.

Ciertamente, aquellos días de la fundación parecían hechos para las cosas del ideal. ¡Eran días claros y esperanzados!

El centenario de Mayo recientemente celebrado, había infundido como una nueva conciencia en el país. Sentíase que éste había alcanzado su mayoridad y que el futuro se le ofrecía henchido de promesas.

La Universidad de La Plata surgía como una feliz esperanza. Traía un espíritu nuevo al campo de la Universidad argentina en concordancia con los tiempos. Sin desdeñar la tradición cultural representada por las de Córdoba y Buenos Aires —antes bien recogiéndola—, iba a hacer del régimen experimental una razón de su existencia. De todos los ángulos del país acudían a ella jóvenes ansiosos de orientaciones nuevas. En su cuerpo docente figuraban altísimas figuras de nuestro mundo científico, literario y educativo.

La ley electoral Sáenz Peña que, por esos años se sancionaba, afianzaba la fe en la regular evolución institucional del país.

En el mundo reinaba la paz. No había llegado aún el cataclismo del 14 para ultrajar normas jurídicas

y morales que teníamos por conquistas definitivas de la civilización, haciendo vacilar la confianza en el porvenir de la humanidad.

Había una disposición natural a tener fe en la cultura, en el progreso moral, en los valores superiores de la vida.

Aquellos días parecían sí, hechos para las cosas del ideal. Y fue en esos días que surgió a la vida el Internado.

La sigla U. L. P. I.

Esta sigla —por la que es conocida durante el primer momento la segunda sección del instituto, y, luego, ambas— se forma con las iniciales de los vocablos Universidad-La-Plata-Internado.

A medida que el espíritu de la institución se consolida, la sigla va adquiriendo sentidos simbólicos en concordancia con el mismo.

La inicial *U*, viene a significar "Unión"· la *L*, libertad" o "Labor"; la *P*, "Progreso"; la *I*, "Instrucción"

Por su parte Ernesto Nelson, la víspera de su alejamiento del Internado, mientras discurre familiarmente con los alumnos por última vez, hállale a la sigla un inesperado "calembour". Ello es que, deletreando la palabra "Ulpi", se obtiene una sentencia en francés: *'ou est le pays?'*. ¿Dónde está el país? La contestación viene al punto: el país, el país Ulpi, que es como una imagen en pequeño de la patria, no está en otra parte que en la unión, en el trabajo, en la paz, en la instrucción.

Todavía descúbrensele al afortunado vocablo otros sugerentes parentescos.

Leopoldo Lugones por ejemplo, recuerda a los alumnos que uno de los grandes jurisconsultos de Roma llamábase Ulpiano, y que ulpiano era por pertenecer a la familia Ulpia, Trajano, el más admirable y recto de los emperadores Antoninos, en cuyas virtudes los insta a inspirarse.

También González hace un hallazgo extraordinario en esta materia. Un día trae al seno de la familia

ulpiana, la "buena nueva" de que en el viejo quichua *Ulpi* significa "paloma".

> **Esto —díceles— liga nuestro lema con los más elevados simbolismos de la Historia: el Espíritu Santo descendiendo a ungir de divinidad la cabeza recién bautizada del Cristo; la paloma mensajera del Padre de los caballeros del Santo Graal, que Wagner ha transmitido en las armonías religiosas de** Persifal **y** Lohengrin.

A partir de este momento la paloma tiene títulos bastantes para constituir un elemento decorativo indispensable en las publicaciones escolares ulpianas. A González represéntasele en ellas con una paloma posada sobre el hombro.

Ultimamente la sigla ha adquirido una significación científica. Ello es que, la Dra. María Isabel Scott bautizó con el nombre de Ulpia un minúsculo caracol de tierra —descubierto a orillas del río Juramento— que no sólo es nuevo específicamente, sino que representa un nuevo género. Con ese nombre se recordará por siempre —dice la Dra. Hylton Scott— en los registros zoológicos la casa-hogar platense.

La casa

Desde el principio parece evidente que el edificio del internado deberá guardar justa correspondencia con el espíritu que ha de animarlo ya que la casa es, en algún sentido, como una parte de la personalidad de quien la habita. Casa abierta y luminosa: espíritu expansivo y feliz; casa laberíntica y sombría: espíritu cauteloso y hosco. Winston Churchill ha dicho certeramente al abogar —cuando se trató de la reconstrucción parcial de la Cámara de los Comunes— por el mantenimiento de ciertos rasgos arquitectónicos favorecedores a su entender de las prácticas democráticas: "Nosotros formamos nuestros edificios y, después, nuestros edificios nos forman".

¿Cómo es Ulpi?

Toda su concepción arquitectónica así como el moblaje y demás, difieren enteramente de los del viejo

internado. Elegantes construcciones de dos plantas sirven de asiento a ambas secciones. Ventanas —de las que están ausentes las clásicas rejas— dejan pasar abundantemente la luz. Claras habitaciones —ya individuales, ya apropiadas para acomodar en ellas hasta cuatro alumnos— constituyen los dormitorios, que están amueblados con sobriedad y buen gusto. Amplios y alegres son los comedores. Dotados de pequeñas mesas de las que nunca están ausentes las flores— todo en ellos rezuma atmósfera familiar. Hay salas-bibliotecas, salones de actos y gimnasios. Las exigencias de la higiene están esmeradamente contempladas. Yérguense los edificios en medio de un risueño parque, contiguo al cual extiéndese el campo deportivo. Como telón de fondo, el bosque. ¡Un poco Oxford, sin historia!

Algunos aspectos de la vida en ULPI

a) *Ulpi, un hogar*

Antes de mostrar cómo es la vida en Ulpi, sería interesante para apreciarla mejor, por comparación, traer a colación aspectos de la que se realizaba en un internado del viejo tipo, el de San Carlos, utilizando para el caso testimonios que nos han dejado escritores conspícuos como Federico Tobal y Miguel Cané, que la vivieron en su adolescencia.

Veríase entonces cómo, en Ulpi, el espíritu imperante era muy otro. En él, no habrían sido posibles, por ejemplo, escenas llenas de solemnidad superflua como aquella en que nos pinta Tobal a profesores y alumnos encaminándose al refectorio a la hora del almuerzo, distribuídos en dos filas paralelas, con el rector a la cabeza de la columna; ni tampoco actos de protesta contra la dirección del instituto, como el que nos refiere el mismo autor, consistente en la colocación de una sábana de hilo en una de las ventanas altas que daban a la calle Bolívar, colgante —a guisa de bandera— de su asta respectiva, en la que se habían estampado dos calaveras con sus canillas en cruz,

precedidas de un gran letrero que decía: ¡¡Socorro, socorro, socorro, que aquí nos morimos de hambre!! (25).

Menos aún habrían sido concebibles en Ulpi episodios afligentes como algunos de los reseñados por Cané en su deliciosa *Juvenilia* —deliciosa por el espíritu retozón del autor y la frescura juvenil que trasunta—. ¡Aquellos profesores que abofetean a los alumnos! ¡Aquellos alumnos que tienden a lo largo, de un puñetazo, a sus profesores o los desmayan de un tinterazo en la frente! ¡Aquellas insurrecciones estudiantiles y aquellas despiadadas medidas disciplinarias! Dice Cané, tras de referir el incidente de las bombas:

> **Dos o tres expulsados, tres meses sin salida los domingos o casi todos e interminables horas de encierro a muchos de nosotros, volvieron a poner las cosas en su estado normal... El encierro es un recuerdo punzante que no me abandona; eterno candidato para ocuparlo, su huésped frecuente, conocía una por una sus condiciones, sus escasos recursos, sus numerosas inscripciones, y aquel olor húmedo, acre, que se incrustaba en la nariz y me acompañaba una semana entera. La puerta daba a un descanso de la escalera que se abría frente al gimnasio. Era una pieza baja, de bóveda; cuatro metros cuadrados. Tenía un escaño de cal y canto, demasiado estrecho para acostarse y que daba calambres en la espalda a la hora de estar sentado en él. Una luz insignificante entraba por una claraboya lateral y muy alta, por donde los compañeros solían tirar con maestría algunos comestibles con que combatir el clásico régimen de pan y agua. ¡Oh! las horas mortales pasadas allí dentro, tendido en el suelo...**

Ulpi ha sido fundado sobre tres principios esenciales: "corazón abierto, inteligencia abierta, puerta abierta". Y, tales principios hallan su cauce regular dentro del sistema tutorial que hace del internado un hogar, un hogar culto y digno.

La vida en Ulpi no puede ser pues sino llana y afectiva, similar a la que se realiza en el seno de una familia donde sus miembros se sienten unidos por idénticos anhelos e intereses.

(25) Recuerdos del viejo Colecio Nacional.

El tutor es como el padre: acompaña en la mesa a sus alumnos, participa a menudo de sus expansiones, les auxilia en sus problemas escolares, les aconseja en sus dificultades; con ellos discurre amigablemente por los senderos del parque y con ellos participa de veladas de lectura. A la hora del recogimiento, un cordial "buenas noches" y una palmada en el hombro cierran la jornada hogareña.

Feliz y amable es la existencia ulpiana. Dentro de ciertas normas de vida que todos naturalmente respetan, los alumnos se mueven con soltura, sin restricciones superfluas, en un clima de libertad que les permite ejercitar su iniciativa y desenvolver su sentido de responsabilidad: hacen así su práctica del gobierno representativo, constituyéndose en pequeño Estado; cultivan espontáneamente, al margen de las obligaciones escolares, sus aficiones literarias o artísticas; fijan sus horas de estudio, ordenan sus juegos; organizan sus debates estudiantiles; invitan a sus profesores y a sus compañeros del colegio a los actos sociales que efectúan y, ocasionalmente, a participar de su mesa. Del mismo modo, individualizan sus habitaciones imponiéndoles nombres de próceres de la nacionalidad, de figuras representativas de la cultura o bien de reformadores sociales. También, las decoran conforme a sus gustos: aquí, un retrato de familia, de una personalidad admirada o de un profesor; allí, un motivo artístico o el gallardete de Ulpi. Hay quienes exhiben en las paredes pensamientos de autores famosos, de noble significación; así éstos, que, ocasionalmente, les proporcionamos como instrumento de formación moral: "La libertad es deber, no licencia", "El alma de todos los progresos es el progreso del alma", "Haz las cosas pequeñas como si fueran grandes y llegarás a hacer las cosas grandes como si fuesen pequeñas", "La libertad sin orden es anarquía, el orden sin libertad es tiranía".

En Ulpi, no hay reglamento oficial. No hay castigos. No hay espionaje. No hay maestros adustos y ejecutivos. La palabra persuasiva, la advertencia oportuna, un mero gesto bastan para condicionar la con-

ducta. Tieghi definió con palabra precisa esta disciplina 'sui generis': "vigilancia afectiva, más dispuesta a prever que a reprimir". Y Arturo Capdevila ha escrito hermosamente:

> **Maestros y alumnos sentían la trascendencia de su particular destino, y todos vivían horas de resplandeciente belleza moral en aquel paradójico internado de puertas abiertas. Porque eso era Ulpi, desde otro punto de vista: el internado que no lo es. Ni vigilancia ni celadores... Por encima de todo, la enseñanza viva de la libertad.** (26).

Pero, se dirá: ¿era realmente posible la vida ordenada en Ulpi? ¿Era compatible su régimen de libertad con ciertas particularidades del temperamento argentino? Lo era. La vida en Ulpi deslízase normalmente. Cierto, prodúcense a las veces trasgresiones a las normas de la buena convivencia; pero ellas no alteran en absoluto el espíritu general de la casa, y atraen al instante el repudio de todos. Es corriente que el mismo infractor se apresure a excusarse por su desliz.

En verdad, los internos son los más celosos guardianes del sistema. Siéntense ellos enteramente solidarizados con su hogar estudiantil, donde su personalidad es reconocida, donde se ven rodeados de cariño, donde sus inquietudes hallan eco benévolo, donde prevalece una atmósfera ética superior. ¿Cómo no habrían entonces de colaborar a su buena marcha y tenerse por legítimos custodios de su honor? Harto sabido es que, sólo la disciplina absurda, no fundada en la justicia ni en la autoridad moral de quien la impone, engendra actitudes de resistencia o deseos de represalia.

Dos ejemplos, tomados el primero, de los días iniciales del Internado y, el segundo, de los últimos, evidencian la solidaridad que el ulpiano siente con su alma mater.

En manos de los alumnos quedaban instrumentos didácticos y otros objetos de valor. Tal cosa solía llamar la atención de los visitantes, que no dejaban de inquirir cómo respondían aquéllos a la confianza que

(26) **Loores platenses.**

se les dispensaba. Un día recibe el instituto la visita del ministro plenipotenciario de los Estados Unidos. Al pronto, fija éste su atención en un reloj de los llamados de pie que se halla colocado en el salón social, donde los internos acostumbran pasar momentos solos. El reloj, cuya esfera no está protegida por cristal y cuyo péndulo carece de caja, se encuentra al alcance de todo el mundo. El visitante hace a Nelson la consabida pregunta, y éste no le da otra respuesta que la que siempre da en ocasiones semejantes: que el reloj está allí desde hace tanto o cuanto tiempo sin que a nadie se le haya ocurrido hacer ninguna travesura con él. El diplomático comenta entonces: "Este reloj, señor, sería el mejor objeto que usted podría exponer en un museo, como exponente de la educación de la libertad".

Una circunstancia tan imprevista como imperiosa, nos obliga cierta vez a alejarnos momentáneamente de la casa. Pensamos que un alumno podría muy bien atenderla durante nuestra ausencia, ciñéndose a instrucciones precisas que le dejaríamos. Elegimos para el caso a uno de los mayores que, aun cuando ingresó al internado con antecedentes nada alentadores sobre su conducta, suministrados por su propia familia, habíase comportado excelentemente durante los meses que llevaba de permanencia en él. Va sin decir que respondió plenamente a la confianza que le dispensamos, habiéndose sus mismos compañeros esmerado en facilitarle la tarea.

Los ulpianos comprenden el bien de que disfrutan y se complacen en exaltarlo —¡y con qué admirable acierto lo hacen!— en la publicación interna en que dan salida a sus inquietudes juveniles.

Horacio, después de señalar las prerrogativas de que disfruta el ulpiano, manifiesta: "¿Hay peligro de que la disciplina sufra? No, absolutamente. En el internado hay una disciplina tanto más hermosa cuanto que es producto de la libertad. Un estudiante, al ingresar al internado y sentirse dueño de su personalidad, comprende que recibe una consigna y que debe responder a la confianza que empieza a otorgárse-

le, así como demostrar que es digno de ella". Por su parte, Adolfo pondera la libertad que el internado brinda, enumera los aspectos en que ella se revela, y apunta: "En Ulpi... el estudiante pone en ejercicio su propio criterio, ensaya caminar por sí mismo". Trata luego de descubrir la razón íntima que explica el adecuado ejercicio que se hace de la libertad y la halla en el espíritu de simpatía que envuelve la vida de la casa. "Faltara él —declara— y aquella libertad degeneraría en licencia".

La vida ulpiana obra el prodigio de acercar los corazones y poner las almas al trasluz. Y, tanto, que no es difícil prever el destino que la vida reserva a aquellos jóvenes que, tan claramente, revelan las intimidades de sus almas. Casos asaz interesantes podrían referirse en confirmación de este aserto.

En Ulpi se anudan lazos afectivos indestructibles. Durante las vacaciones —que el estudiante ve llegar con alegría, no exenta de cierto dolor— el contacto epistolar entre los condiscípulos es constante. Y lo es también el mantenimiento entre los alumnos y sus profesores. "¿Cuándo se abren las clases? —nos escribe Gilberto—. Estoy ya sintiendo la nostalgia del internado, de los libros, de los compañeros. Todo me llama, con lo que no quiero significar que desee abandonar a los míos. Los dos sentimientos se ubican en mi espíritu sin contradecirse".

¿Quiérese un testimonio actual del perfecto compañerismo ulpiano? Helo aquí: El ulpiano Dr. Max Birabén, eminente naturalista a quien no ha mucho el museo Británico remitió sus colecciones de arañas argentinas —entre las que figuran ejemplares recogidos por Darwin durante su famoso viaje— para que las clasificase, fundó hace algun tiempo una revista destinada a publicar notas zoológicas de la región neotropical. Como el sostenimiento de la misma ofreciera dificultades, surgió pronto lo que se llamó la "cadena ulpiana", para apuntalarla. Los eslabones de la cadena están representados por contribuciones en efectivo de ulpianos esparcidos por todo el país.

El alumno abandona el internado con pena. Queda asociado a él por recuerdos venturosos y, en esos

recuerdos, encontrará acaso en alguna encrucijada de la vida inspiración y aliento. "Cuando dudemos de la solidez de nuestro castillo espiritual —dice Ismael, en nombre de los bachilleres que se aprestan a partir—, recordaremos que sus cimientos están en Ulpi y que aquí aprendimos a vivir y a luchar". "El internado —escribe Carlos J. en una circunstancia análoga— fue para mí como una nueva vida" Muchos años después dirá: "Todos tenemos algo guardado de aquellos días que, como un perfume sutil nos une y hace reconocer". De Julio V. son estas palabras henchidas de reconocimiento para su viejo hogar:"... Espere y exija más de mí —nos escribe—. He triunfado en los comicios. Me falta triunfar ahora en el Parlamento. Sígame en mi labor, como en los tiempos de Ulpi, y hágame llegar su consejo cada vez que me vea desorientado o en el error". Y Víctor, largo tiempo después de su egreso, expresará: "Ulpi sigue viviendo en mí, con una intensidad que nunca sospeché".

b) *La República Ulpi*

Los ulpianos están organizados en república y, como cualquier república que se respete, la de Ulpi se asienta sobre los tres poderes clásicos del Estado. Eso sí, el pueblo es en su totalidad gobierno a la vez, ya que ningún ciudadano queda exento de la función pública. Quien es presidente, quien ministro, quien legislador, quien magistrado judicial, quien funcionario administrativo.

La singular república tiene naturalmente su Carta Magna y su cuerpo de leyes. Y también sus símbolos: por escudo, el de la Universidad, con el lema 'Pro Scientia et Patria'; por insignia, la hoja de roble, representación de fortaleza; también, una grímpola con los colores violeta y blanco, encarnación del altruísmo y la pureza, respectivamente.

Mediante sus órganos políticos los ulpianos resuelven sus propios asuntos y ordenan sus actividades culturales, sociales y deportivas. De adehala, habitúanse a tratar en público sus ideas y a practicar en pequeño las instituciones políticas de la Nación.

El presidente es elegido por votación directa e inaugura el período legislativo leyendo ante la Cámara —rige el sistema unicamarista—, su mensaje.

Nada más sugestivo que el desarrollo de una sesión de la Cámara. Los jóvenes diputados se desempeñan con libertad y convicción. Si el calor del debate se hiciera tan vivo que quedaran afectadas las buenas maneras parlamentarias, ahí está el presidente del cuerpo con la campanilla en la mano, para restablecerlas.

A veces acaecen cosas extraordinarias. Así, en cierta ocasión en que se resuelve pasar a sesión secreta para considerar si determinada persona ajena al instituto estaría bien que participase en una representación dramática que se estaba organizando, abandona la sala entre otros concurrentes a la barra —¡raros tiempos aquéllos!— el vicepresidente de la Universidad, don Alejandro Carbó. En otra circunstancia, hallándose reunida la Cámara, tiénese noticia de que ha llegado a la casa del senador nacional Dr. González. Invítase sin más ni más a éste a ocupar un asiento en el recinto lo que hace de inmediato. Toma luego la palabra para mostrar porqué un senador de la Nación debe sentirse dichoso de ser recibido en el seno de una asamblea estudiantil.

Véase ahora un espécimen de ley ulpiana, extraído del archivo de la República:

> **Publicación oficial de la Constitución. Art. 1º. Autorízase al Banco de la República para hacer una publicación de la Constitución de la República y del Reglamento de la H. C. de Diputados.**
>
> **Art. 2º La preparación de los materiales estará a cargo del Ministro del Interior, al cual prestarán su concurso el Archivo de la República y la Secretaría de la Cámara. Art. 3º La publicación será hecha en edición económica con un tiraje de doscientos ejemplares y formato de un dieciseisavo. Art. 4º El Banco de la República emitirá recibos con un recargo del 10 % sobre el precio a que resulte cada ejemplar, y los que deseen obtener esta publicación, pagarán los recibos por adelantado. Ar. 5º Sólo se hará la impresión en el caso de que el dinero obtenido por medio de los recibos alcance a más del 50 % del costo... Art. 9º Comuníquese al P. E. para su promulgación.**

Dado en la Sala de Sesiones de la H. C. de Diputados de Ulpi, a 18 días del mes de setiembre de 1918. Roberto, presidente; Luis P., secretario. Téngase por ley de la República. Comuníquese y publíquese. Huberto, presidente; Fermín, ministro de Hacienda y Relaciones Exteriores.

No podría, evidentemente, pedirse más cordura y técnica legislativa.

Esporádicamente, la República administra su justicia. Ocasión hubo en que sus ciudadanos, constituídos en tribunal, solicitaron de la dirección del Instituto la separación de un alumno recién ingresado, por faltas que ellos mismos investigaron y juzgaron. En otra, le retiraron la insignia a quien no se hizo digno de ostentarla.

La República pasa, claro está, por sus momentos de declinación: sus instituciones se gastan y, el desánimo cunde. Mas, pronto surgen de la ciudadanía voces que llaman a la restauración de la vida cívica. Rodolfo, verbigracia, expone en cierto momento, enfáticamente, la necesidad de que se formen nuevos partidos. Gilberto, al asumir la presidencia, exclama: "Que venga la oposición; no puede prescindirse de ningún concurso!". Adolfo, en ocasión análoga, después de una contienda electoral bravía, apuntará con satisfacción, la agitación favorable que ésta ha producido en la conciencia ciudadana.

c) *Aspectos generales de la vida ulpiana*

La atención del interno —estudios oficiales aparte, que se cumplen bajo la inmediata fiscalización del colegio adyacente—, está solicitada de contínuo por los más variados intereses.

En el salón social, los alumnos reciben a sus visitantes; en sus momentos de ocio, hacen allí conversación general o lectura ligera, juegan sus partidas de ajedrez, tocan el piano u oyen pasar en la pianola piezas musicales escogidas.

El deporte juega un papel importante en la vida ulpiana. Más de una vez, aquel pequeño mundo se es-

tremeció ante las excitantes alternativas de un campeonato de fútbol o pelota. Y, más de una vez tambien, el sentimiento porteño y el provinciano— en definitiva, el natural cariño que se siente por la patria chica, sin mengua del de la grande—, fue el acicate que estimuló el entusiasmo y la agilidad de los contendores.

La gimnasia y la esgrima constituyen igualmente formas de sana recreación.

La actividad económica —habrá que llamarla así— no es ajena al interés de los alumnos. Cuenta Ulpi con una Sociedad Cooperativa que presta en diversos ramos señalados beneficios a sus afiliados. Tiene también una Caja de Ahorros que, al paso que cultiva el hábito de la economía, reditúa intereses nada despreciables y saca de apuros a quienes han visto prematuramente agotados sus recursos. Con el tiempo, la Caja se transformará en Banco de la República, el que publicará periódicamente sus balances. Dice José Luis: "Prestábamos a muy alto interés, algo así como el 5 % anual. Un día, el gerente me puso a su lado y, en un sencillo cuaderno, me enseñó a llevar el libro de Caja. Mi abuelo fue presidente de la Caja de Conversión, lo que tal vez influyó en mi nombramiento. Con los años, me he visto colocado en las finanzas. Mi primer balbuceo en ellas fue aquel cuaderno de Caja".

Efectúanse excursiones de estudio, que amplían la visión del interno sobre las cosas, le permiten aprender aspectos importantes del progreso del país y le ilustran sobre los hechos de su pasado histórico. Las hay a establecimientos fabriles, a instituciones penitenciarias, a entidades periodísticas, a hospitales, a museos y a sitios y monumentos históricos.

Solimos acompañar a los excursionistas en sus giras, y guardamos de algunas de ellas preciosos recuerdos. ¿Cómo olvidar la visita hecha a la Pirámide de Mayo por los días en que se preparaba su traslado al sitio que hoy ocupa en el centro de la plaza? Ante el obelisco, con el basamento al descubierto, los excursionistas no resistieron al deseo de expresar su repu-

dio a lo que antojábaseles iba a ser una profanación histórica. ¿No había dicho Mitre, cuando se pensó en demoler la Pirámide allá por el 91, que el "sitio" en que se alzaban había sido "consagrado" al respeto de la posteridad? ¿Por qué removerla entonces de su lugar?

En uno de los lados del monumento colocaron esta desafiante inscripción: "Protestamos por el traslado". Huelga decir que la protesta cayó en el vacío...

Los ulpianos dan expresión diversa a sus nacientes afanes literarios.

Funciona en Ulpi un centro destinado a estimular las manifestaciones de ese género. Funciona, además, otro cuya finalidad es promover la buena lectura, así individual como colectiva.

¡Cuán deliciosas aquellas veladas invernales de lectura, al amor de la lumbre, en medio del silencio inexcrutable del bosque!

Durante cierto tiempo, algunas comedias de los hermanos Quintero, llenas de colorido y de gracia, gozaron de la preferencia general. Ernesto Nelson solía reunir a los alumnos para leérselas y comentarlas juntos. Las lecturas hacíanse servir luego como temas de composición para las clases de castellano que el mismo Nelson dictaba. Tal ocurrió con *La dicha ajena*, de que gustaron mucho los jóvenes oyentes. Redactaron luego estos trabajos narrativos, respetando estrictamente el argumento de la obra. Después, extrayéndose de entre ellos los pasajes mejor compuestos, reunióselos al intento de reconstruir la pieza por entero. Publicada que fue ésta que llamaríamos composición colectiva, tocónos ponerla, meses más tarde, personalmente, en manos de los señores Quintero, en Madrid, juntamente con un trabajo de Nelson sobre el internado. Captaron prontamente los insignes comediógrafos el espíritu de Ulpi a través de tales muestras de la vida ulpiana. "En Ulpi —escribiéronnos luego— el espíritu de los niños, tan delicado y sensible, no se deforma con prácticas absurdas, sino que se desenvuelve en un vivo y espontáneo juego, en el cual el maestro, mientras guía, corrige y enseña, no deja de

jugar también". Y más adelante, agregaban: "Felicite con todo afecto a los simpáticos ulpianos que, con arte no aprendido, nos han procurado el delicadísimo placer de ver una de nuestras obras reflejadas en el claro espejo de su alma infantil".

Los alumnos se ejercitan también en el periodismo y, es cumplidero decirlo, lo hacen con fervor y dignidad.

Florecen en Ulpi una media docena de periódicos y revistas, alguna de las que llegó a tirar ediciones voluminosas. Bien es cierto que abundaba entonces el papel, y, por lo que toca al talento estudiantil, no andaba corto.

Por supuesto, como todo periodismo, el ulpiano conoció también su época heroica. *El globo infantil,* por ejemplo, surgido en el primer año del funcionamiento del internado, debía ser mimeografiado por los propios estudiantes. Y *Primeras armas,* que le siguió, fue durante algún tiempo compuesta tipográficamente "a pulso" por éstos, como se enorgullecían en propalarlo. ¡Cuántas veces al transportarse la composición a la minerva, caía por un descuido cualquiera al suelo, obligando a recomenzar la tarea! *Inter Nos,* que señaló la culminación de esta prensa singular, vióse exenta de tales complicaciones, pero conoció en cambio las angustias económicas que le ocasionaba el hecho de ser publicada por imprenta de afuera. ¡Tal honor, tenía su precio!

Ni que decir tiene, el periodismo ulpiano se ejercita líbremente. Los alumnos publican sus trabajos sin censura previa de la dirección, lo que no excluye el consejo ocasional de ésta. En honor a la verdad sea dicho, cumplen ellos a conciencia su tarea. Julio V. destacado miembro del gremio, señala el espíritu con que actúan: buscan antes que nada difundir el conocimiento de su casa de estudios, en la que se preparan para servir a la patria, que aman entrañablemente.

La vida del internado, rica en matices, se refleja nítidamente en sus publicaciones escolares. Aparecen en ellas trabajos de la más variada factura, acompaña-

dos frecuentemente de caricaturas y otras ilustraciones gráficas: ensayos poéticos, cuentos, flechas de ingenio, semblanzas de maestros y alumnos, reportajes, extractos de lecturas, comentarios de frases históricas, ensayos dramáticos, reseña de viajes y excursiones, entretenimientos literarios, anécdotas de la casa, discursos pronunciados en actos públicos de la misma, etc. Una sección: "Lo que se dice", en la que se vuelca sin reatos la mejor sal ulpiana, suele ser francamente temible.

Nada más sugerente que recorrer hoy las páginas de aquellas publicaciones, rebosantes de frescura e idealismo. Contempladas en su medio escolar, como manifestación de inquietudes estudiantiles generosas, adquieren para el educador un sentido no desdeñable.

Aquí, Alberto, refiere un episodio de su infancia; allí César, ensaya la historia del periodismo ulpiano; aquí, Luis, narra alegremente el tributo que debió pagar por un noviciado ulpiano; allí, el mismo, muestra la evolución y espíritu del internado a través de una bella paráfrasis de una parábola de Rodó; aquí, Humberto, escribe sesudamente sobre patriotismo constructivo; allí, Carlos M., hace la historia de una hoja seca; aquí, Horacio, relata la visita realizada con sus condiscípulos a la Penitenciaría Nacional; allí, Carlos J., hace lo propio con la llevada a cabo al diario "La Prensa"; aquí, Ismael, habla con erudición de las elevaciones y depresiones del suelo; allí, Leopoldo, describe la vida en un colegio europeo donde cursó estudios; aquí, Carlos J., acomete con seguridad la historia de Ulpi; allí, José, cuenta un episodio campero; aquí, Enrique exalta el carácter moral; allí, David, trata del sueño aleccionador tenido por un hombre pobre; aquí, Mario, narra una pintoresca excursión a la ribera del Plata; allí, Federico, reseña una visita hecha al Museo Mitre; aquí, Pablo, divaga acerca de lo que acontece en el mundo en tanto el minutero recorre la esfera del reloj; allí, José M., sueña con una puesta de sol en el Paraná; aquí, Héctor, fantasea alrededor de un tema que le obsede: vivir un año entre los pieles rojas; allí, Carlos G., instruye a sus compañeros del litoral

sobre las bellezas de su provincia norteña; aquí, Adolfo, interpreta el alma de Ulpi y señala las transformaciones que experimenta el alumno bajo su influencia; allí, Julio V., imagina al internado muchos años después, con todas las transformaciones impuestas por el tiempo en la vida de la casa, en las costumbres sociales y, ¡ay! en el rostro de los hombres; aquí, el mismo da fe de un episodio extraordinario de que fue testigo accidental: ha visto cobrar súbitamente vida a los retratos de Alberdi y Urquiza, que penden de las paredes de su habitación; los ha sorprendido evadiéndose de sus marcos y, tras saludo efusivo, dialogar sobre las cosas del internado; allí, Raúl, cuenta la visita de Alejandro a Diógenes; aquí, Antonio —cuyos ojos habríanse de cerrar tempranamente para siempre—, expresa en versos nobilísimos los anhelos de su alma, que fue pura como ninguna:

> **Siempre le digo al corazón: sé bueno;**
> **como una clara fuente en primavera,**
> **deja gozar tu bienestar sereno**
> **a todo aquel que llega a tu ribera.**
> **Abre tus bordes a la sed aciaga**
> **del pájaro y de toda criatura,**
> **y como el agua que la sed apaga**
> **sea tu linfa cristalina y pura.**

Una impresión también exacta de la actividad literaria desenvuelta por los alumnos, se obtiene de *Nuestro año literario,* antología ulpiana publicada en 1913, en la que se recogen trabajos de aquéllos. Esta antología dio acaso por primera vez —como lo asienta en el proemio, Nelson— alguna dignidad a la producción literaria del estudiante secundario, condenada hasta entonces, dice, "a empolvarse en los fríos archivos escolares". Finalmente, es del caso señalar la página que publicó semanalmente *El Argentino,* por largo tiempo, con producciones de los alumnos de la segunda sección del internado.

Las manualidades no están ausentes de la actividad ulpiana. Los estudiantes pueden, si se sienten atraídos a ello, practicar la jardinería, la encuadernación y la carpintería. ¿Carpintería, dijimos? No sólo eso:

ebanistería. Eduardo Szelagowski, experto como pocos en la enseñanza de las manualidades, al tomar en 1918 a su cargo inmediato la sección 2ª del internado, instaló un taller para trabajar el mueble, que despertó vivo interés. La materia prima la aportaban los alumnos, quedando de su propiedad los muebles y objetos que confeccionaban.

Cultivan los alumnos el arte dramático. Las reuniones sociales que las representaciones suscitan, crean lazos amistosos entre el internado y la sociedad platense. De acuerdo con las crónicas ulpianas, la primera obra que se lleva a escena es *Las Walkirias*. Pero, lo clásico se alterna con lo moderno. Y a veces lo moderno está representado por la producción doméstica, ya que hay alumnos que son autores.

Cuenta finalmente Ulpi con un apiario, una pequeña estación meteorológica y un centro biológico, de cuyas actividades participan los que se sienten inclinados a ellas.

Mas, no todas las actividades son organizadas, ya que a veces surgen iniciativas imprevistas. Un día, por ejemplo, Víctor y Carlos M. lanzan un proyecto de aliento: realizar una plantación de árboles en un sector del parque un tanto desprovisto de ellos. La idea, acogida favorablemente por todos, es puesta de inmediato por obra. Cada alumno planta personalmente un árbol. Una pequeña placa adherida al mismo indicó por mucho tiempo el nombre de quien lo plantó.

d) *Anécdotas*

Nada sin duda más indicado para captar el espíritu de Ulpi, como la relación de episodios acaecidos en su seno. Los hay de todo linaje y rezuman siempre —sean festivos o graves— el mismo espíritu fraternal.

Sucedió que una circunstancia inesperada permitió dar salida a nobles arranques de altruísmo.

Un grupo de alumnos dáse un día en las proximidades del puerto de La Plata con un marinero de co-

lor, que sólo habla inglés. El hombre hállase sin trabajo, deprimido, y viste andrajosamente.

Los muchachos se interesan por él y forman inmediatamente el propósito de socorrerlo. Y, así, llegan al internado acompañados de su extraño hallazgo humano, dispuesto a exponer su causa ante el director. ¿Consentiría éste en admitirlo en la casa? ¿Sofocaríase el impulso generoso de los alumnos en nombre de alguna disposición reglamentaria cualquiera?

Es una cosa del corazón, y Nelson presta su aquiescencia al propósito de los alumnos. El marinero se transforma en huésped del internado por algunas semanas. Los muchachos le visten de su propio peculio, instrúyenle en cosas útiles y rivalizan en el empeño de restaurar su moral venida a menos.

Un día el Gobierno de la Provincia suprime inopinadamente una beca intituída en favor de un estudiante de modesta condición social, muy querido de todos. Tieghi, antes de comunicarle a éste la desagradable noticia, conversa sobre el caso con algunos de sus condiscípulos. Sin más, éstos, en gesto fraterno resuelven cotizarse para cubrir el valor de la beca suprimida, tomando los recaudos necesarios para que el becario no se entere de lo ocurrido.

Pero no nos dejaremos arrastrar por el deseo de alargarnos en la referencia de hechos extraídos del copioso anecdotario ulpiano. La tarea de exhibir la vida ulpiana a través de anécdotas compete por derecho propio a quienes fueron protagonistas en ellas. ¡Ojalá algún ex alumno se sienta movido a recogerlas en el libro, brindando así al país una *Juvenilia* ulpiana, que perpetuaría el recuerdo de la hermosa experiencia educativa que estamos evocando!

Parecerían especialmente indicados para hacerlo, entre otros, hombres como Adolfo Vicchi, Carlos J. Forn, Luis de la Puente Aguirre, Horacio Eguía Seguí, Víctor D. Goytía y Carlos Mihura, quienes cultivaron con felicidad siendo alumnos de Ulpi el género anecdótico en sus trabajos literarios. Hasta ayer habríamos podido mencionar también a tres distinguidos ex alum-

nos, prematuramente desaparecidos: Rodolfo Barraco Mármol, Julio V. González e Ismael Erriest.

Amigos de ULPI y ulpianos de adopción

El internado recibe a menudo la visita de personalidades nacionales y extranjeras, con el consiguiente beneficio para sus educandos. Si, de acuerdo con Sarmiento, un joven no debe perder nunca la oportunidad de presenciar de cerca hechos importantes —y por eso aconsejó que su nieto no fuese alejado de París el 70, cuando se preveía el sitio de la ciudad—, será también provechoso para él acercarse a hombres de significación que, en definitiva, son en alguna manera hechos importantes.

Desfilaron por Ulpi, entre tantos otros, el general Roca, Norberto Quirno Costa, David Peña, Leopoldo Lugones, Agustín P. Justo, José F. Uriburu, Agustín Álvarez, Alejandro Carbó, Marcelo T. de Alvear, Rodolfo Rivarola, Adolfo Posada, Enrique Ferri, Jean Jaurés, Leopoldo Mabillau, L. H. de Souza Dantas, Salvador Rueda, Sá Viana, José Ortega y Gasset, Eduardo Marquina, Lauro Müller y Teodoro Roosevelt.

A veces, los visitantes vincúlanse especialmente con los internos. Lugones, así, les dicta una conferencia y les escribe un artículo para *Inter-Nos,* y Salvador Rueda les dedica la poesía "La Bandera Argentina", que tanta difusión alcanza en su hora y comienza con aquel verso:

Nación estremecida de inmensas pulsaciones.

Algunos amigos de Ulpi se identifican a tal punto con la casa, que son tenidos por ulpianos de adopción. El primero es, naturalmente, González. Y lo son también Leo S. Rowe, Adolfo Posada, Agustín Alvarez y otros.

González visita frecuentemente a Ulpi, del cual complácese en llamarse "el abuelo". Los muchachos le rodean cariñosamente, atraídos por el magnetismo de su personalidad, cautivados por sus maneras sen-

cillas. El gran hombre departe con ellos, y no desdeña prestar atención a sus trabajos: tanto acoge bondadosamente los versos de un poeta novel, como se interesa en la labor que realizan a través de su pequeña organización republicana.

En el ágape con que Ulpi acostumbra clausurar sus actividades anuales, Don Joaquín es, naturalmente, orador obligado. Ansíase escucharlo y su palabra es recibida con recogimiento.

Gusta el Maestro poner a los alumnos en contacto con el pensamiento de los altos espíritus en que él mismo nutre su lámpara. Para ellos vierte al castellano en octosílabos el *If* de Kipling, y con ellos comenta las enseñanzas de Tagore. No hay ulpiano que no aprenda de memoria sentencias del dulce poeta indio, como ésta que González repite una y otra vez: "No nos comprendemos porque no nos amamos, y, no nos amamos porque no nos comprendemos". Rafael Arrieta, en el noble retrato progresivo que traza de González, nos lo muestra una tarde en un saloncito del internado hablando sobre las obras de Tagore y traduciendo del inglés párrafos del Sadhana a una suerte de cenáculo constituído por profesores y estudiantes. "En algún momento —nos dice—, el auditorio quedó como en suspenso ante el acento enigmático dado por el lector a sus palabras". (27)

Con solicitud paternal sigue González el desenvolvimiento del instituto que creó. Ulpi es su gran amor, su gloria, como lo había sido para Urquiza el Colegio de Concepción del Uruguay. Piensa que, si en alguna rama de la Universidad se han excedido los cálculos y las previsiones de la fundación, ha sido en el internado. Anota: "El internado abierto, a base de libertad y propia y recíproca ponderación en los alumnos, y bajo la regla de la cultura y el honor, será, con justicia, llamado una conquista argentina, en el vasto estadio de las luchas universales por el mejoramiento de la educación...". (28). Y también: "Ulpi. es la experiencia más feliz realizada en la Ar-

(27) La ciudad del bosque.
(28) Obras completas, XVI.

gentina, de una fundación social educativa aún dentro de nuestros regímenes oficiales... La Argentina su Shantiniketan menos personal, sin duda, pero no menos fecundo...". (29). Confía en que los "jóvenes caballeros" formados en el internado, llegarán a ser cruzados de "la santa democracia del amor y de la ciencia". (30)

Leo S. Rowe, el eminente americanista estadounidense, es huésped de la Universidad en 1914, con motivo de un curso de derecho comunal que le encomienda dictar la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Asígnasele como residencia el edificio del internado 2, cabiéndonos así el privilegio de convivir con él durante algunos meses y cultivar la amistad que contrajéramos no mucho antes en la Universidad de Pennsylvania.

Identifícase Rowe enteramente con la vida ulpiana. Su llaneza y su hondo sentido humano le conquistan sin batalla el corazón de los alumnos. Comenta con ellos familiarmente las cosas del día, tiene en todo momento a flor de labios la ocurrencia feliz y su palabra es, invariablemente, cordial.

Siéntase a la mesa con los alumnos, cuidando de cambiar a menudo de sitio para poder alternar con todos. Participa en sus juegos: ya al día siguiente de su llegada, juega a la pelota con ellos. Momentos después, cuando los muchachos le ven dirigirse a la Universidad para inaugurar su curso con una conferencia pública, en traje de etiqueta —levita y sombrero de copa—, pregúntanse asombrados si ese importante caballero es la misma persona que acaba de medirse con ellos en el frontón ulpiano.

Posee una disposición innata para el gesto cordial. Podrían mencionarse un sinfín de hechos que lo atestiguan. Cierta vez que se menta en su presencia aquello de Catón y los higos en el Senado romano, alguien declara, así al desgaire, que adora tan deliciosa fruta, no teniendo dificultad en comprender la influencia que la peregrina actitud del belicoso sena-

(29) Obras completas, XVI.
(30) Idem.

dor debió tener en la prosecución de la guerra con Cartago. Basta ello para que el declarante encuentre esa noche debajo de su almohada, un pequeño paquete de pasas de higo, puesto allí furtivamente por Rowe. Y no sólo esa noche. El hecho se produjo en numerosas ocasiones, con gran regocijo de la población ulpiana, que aprovecha el dadivoso gesto.

Había adquirido el hábito del mate. Todas las mañanas infaliblemente tomaba algunos amargos por él mismo preparados. En cierta ocasión, repentinamente, como quien acabara de descubrir una verdad deslumbrante, nos dice con el mejor humorismo anglosajón:

> **¿Sabe usted? Desde que tomo mate siento que me acriollo más y más. Poco a poco voy mirando la vida con otros ojos. Ahora, me gusta esto ..., ya no me gusta aquéllo. Sólo me falta que un buen día me dé por escribir un artículo contra los Estados Unidos.**

La ocurrencia tenía su fundamento. No pocos recelos suscitaba en aquel entonces la política seguida por el país del Norte en relación con algunos países de nuestra América. Y, tanta, que la suspicacia llegó a hincar el diente en el mismo Rowe: sabiéndose que se disponía a visitar nuestro lejano Sur, expresóse en algún círculo la sospecha de que se propusiera recoger allí algunas informaciones que Dios sabe cómo podrían llegar a utilizarse en relación con nuestro país. La incomprensión no amilanó a Rowe quien, precisamente en esa época, trabajaba con fervor por promover el intercambio universitario argentino-norteamericano. Su obra sinceramente americanista siguió adelante, reconociéndose hoy en él su mejor impulsor.

Nunca olvidó Rowe el internado, en cuyo ambiente llegó a olvidarse de su condición de extranjero.

> **Es usted muy amable —nos escribe no bien se reintegra en su país—, al decirme que los estudiantes me extrañan. Tengo la seguridad de que ellos no pueden extrañarme la mitad de lo que los extraño yo.**
> **Le aseguro que mi estada en Ulpi, ha sido uno de los períodos más felices de mi vida... Seguiré la carrera de los ulpianos con el más vivo interés; los seguiré como si fuesen hijos míos...**

En otra ocasión nos manifestó: "Tengo a los ulpianos de continuo en mi mente, y muy cerca de mi corazón.. ".

Hasta el fin de sus días, mantiene contacto epistolar con ex alumnos. Los que de éstos llegan a verle en su despacho de la Unión Panamericana —cuya dirección ejerció durante un cuarto de siglo— no olvidan el afecto con que fueron acogidos por él. Es pertinente recordar que, llevado a la subsecretaría del Tesoro por el presidente Wilson, interesa a éste en la obra del internado, determinándole a enviar su fotografía autógrafa a los alumnos.

Rowe dispensó en todo tiempo una simpatía particular a nuestro país, la que, no cabe duda, se afianzó en su contacto íntimo con Ulpi.

Supresión del internado

Un áspero destino corta la vida de Ulpi.

1920. Días de conmoción universitaria. Los ulpianos deciden permanecer apartados de ella. ¿Piensan acaso que las aspiraciones estudiantiles legítimas pueden hallar solución dentro del orden? ¿Sienten los ulpianos el deber de quedar fieles a su hogar, que no otra cosa es Ulpi para ellos?

No interesa a nuestro objeto averiguarlo.

Cabe sólo decir que, aparentemente, su actitud no es valorada en su íntimo significado. Lo cierto es que, el Consejo Superior Universitario constituído de acuerdo con los Estatutos adoptados a raíz del movimiento estudiantil, suprime el internado aduciendo para ello razones económicas y pedagógicas.

Dice Arturo Capdevila en *Loores platenses*: "Pensamiento tal alto, tan bello, tan claro, tan fácil que, de ser extranjero, no pocos libros se hubieran escrito para encarecerlo, y que, siendo una realidad argentina, acabó tristemente deshecho en la nada..."

En carta escrita por González a Ismael Erriest, poco después de la supresión del internado, con motivo de un acto de afirmación ulpiana que se disponen a realizar los alumnos, expresa su confianza en que si

éstos siguen "con fe en esa corriente de unión y solidaridad", resucitarán a Ulpi "por amor".

Supervivencia de ULPI

Tal fue Ulpi. Tal su trayectoria.

A los 43 años de haber cerrado sus puertas, ¿qué cabe decir del ideal que representó? ¿Qué de su significado en nuestro mundo educativo? ¿Qué de sus frutos?

Mientras el supremo arte de la vida sea el de la convivencia, con todo lo que ello supone, el ideal encarnado en el instituto platense seguirá representando un instrumento valioso para la formación cultural del joven, para su capacitación democrática, para el desarrollo armonioso de su personalidad. Nelson, en *El canto rodado,* enseña cómo lo más importante en la educación del niño, será siempre, hacerlo vivir en compañía de otros niños y en "libertad de ejercitar sus gustos y demostrar sus cualidades y defectos". De tal guisa —y al igual que el fragmento anguloso y áspero desprendido de la montaña se transforma tras constante rodar y roce con otros fragmentos, en piedra "lisa, suave y luciente"—, afinarán las aristas de su carácter, perderán sus asperezas y aprenderán a tratarse con simpatía, a admirarse con sinceridad, a juzgar los defectos con tolerancia y a proceder siempre con serenidad y justicia".

La experiencia realizada tiene asimismo un valor grande como comprobación de que en nuestro país puede florecer el internado abierto, con las características especiales que distinguieron al de La Plata.

Notables son, en fin, los frutos producidos por el internado, siendo de imaginar cuán extraordinario habría sido el aporte de éste a la vida argentina, de haber podido prolongar su existencia y multiplicar su acción a través de otros institutos erigidos a su imagen. Numerosos ex alumnos de Ulpi han dejado y siguen dejando honrosa huella de su esfuerzo en la actividad política, en la diplomacia, en la magistratura, en el libro, en la cátedra, en el ejercicio profesional,

en el comercio, en la industria o en campos si menos brillantes, no menos dignos.

Todo así, permite pensar que la experiencia ulpiana no fue infructuosa, y que los sueños de Joaquín V. González no fueron soñados en vano.

C) *ERNESTO C. NELSON*

Nuestro primer encuentro con Ernesto Nelson

El nombre de Ernesto Nelson aparece frecuentemente en estos recuerdos. No desearía cerrarlos sin una particular mención al notable educador y entrañable amigo.

En respuesta a la invitación que nos hiciera el rector del Colegio de la Universidad de La Plata Dr. González Litardo, para dictar un curso acelerado de historia argentina en el Internado Anexo 1 —cuyas puertas se habían abierto hacía apenas cuatro meses— nos presentamos aquella tarde de setiembre en este instituto para inaugurar una tarea que habría de señalar también nuestra iniciación en la docencia.

Dictada que hubimos la clase, salimos al parque con nuestros flamantes alumnos, empeñados en acompañarnos hasta la verja del mismo.

¿Que edificio es ése? inquirimos señalando el que se levanta a una cincuentena de metros detrás del que acabamos de abandonar.

—Es el del otro internado, señor.

—¿Quién es su director?

—El señor Nelson.

—¿Ernesto Nelson?

—Sí, señor.

Sin más ni más y, aún cuando no conocemos personalmente a Nelson, decidimos llegarnos a saludarlo, tan gratas son las resonancias que su nombre despierta en nosotros. Despedímonos pues de nuestros acompañantes, y nos encaminamos hacia el que es el internado 2. Un instante después, hallámonos en presencia de su director-tutor. Mas, todo ha sido tan repentino, que no acertamos al pronto a iniciar la con-

versación. Nelson rompe el 'impasse' preguntándonos en qué podría sernos útil. Le respondimos que el motivo de nuestra visita es sólo saludarle, después de haberle seguido con vivo interés a través de sus correspondencias de los Estados Unidos a *La Nación*. Agregámosle que nos habían interesado grandemente sus relatos y comentarios sobre aspectos sociales de la vida norteamericana ignorados, por no decir malamente conocidos entre nosotros. "Su palabra, señor, —decímosle— impresiona por su acento de sinceridad y por el noble mensaje que contiene".

No necesitamos más para trabarnos en un ameno y cordial intercambio de ideas. Fue aquella una tarde inolvidable en que quedamos para siempre conquistados por la originalidad del pensamiento de Nelson, al par que por su bondad y don de simpatía. La amistad que así nació —prolongada a lo largo de los años, sin conocer una sombra— llevónos a actuar juntos en diversas empresas del espíritu. Procuraremos extraer del fondo de nuestros recuerdos algunas experiencias que compartimos, no sin solicitar antes las debidas excusas por el tono personal que, la naturaleza de la materia, nos fuerza a adoptar.

Tutor de ULPI

Al año siguiente, pasamos a actuar primero en condición de profesor externo y luego, de profesor tutor, en el Internado 2º conocido por ULPI.

Cábenos así la fortuna de vincularnos junto a Nelson durante un par de años —hasta que éste pasa a ocupar el cargo de Inspector General de Enseñanza Secundaria— a un experimento educativo trascendental. (31)

Muéstrase Nelson en su puesto un extraordinario intérprete del pensamiento social educativo de Joaquín

(31) Cautivados por las posibilidades de labor fructuosa que el internado ofrecía en aquellos días esperanzados de La Plata, prolongamos nuestra permanencia en él por algunos años, después del retiro de Nelson. Y, así fue que al fin, trocamos los códigos por la enseñanza.

V. González. Como el ilustre fundador de la Universidad platense, está persuadido de que, en la convivencia estudiantil, bajo el sistema tutorial y, en un clima de simpatía y de adecuada libertad los educandos, al enfrentar los mismos deberes, participar en idénticos episodios escolares y comunicarse recíprocamente sus anhelos, aprenderán el arte de vivir en compañía, y se originarán entre ellos sentimientos de solidaridad y tolerancia destinados a traducirse en los ámbitos más dilatados de la sociedad, en acciones fructíferas para el país y el afianzamiento de sus instituciones democráticas. González y Nelson, es cumplidero sin embargo declararlo, habían llegado a esa posición por caminos distintos. González a quien seducían especialmente las residencias estudiantiles inglesas avalaba su tesis, como hemos dicho, en los tres ejemplos notables de internados que ofrece nuestra historia: el de Montserrat, el de San Carlos, y el de Concepción del Uruguay. Nelson, por su parte —admirador de las residencias estudiantiles norteamericanas, que había conocido de cerca— halla en la naturaleza el símil que corrobora su tesis. Enseña en su bien lograda página *El canto rodado*, que, al igual que el fragmento anguloso, puntiagudo y áspero de un guijarro desprendido de la montaña, se transforma tras constante rodar y roce con otros fragmentos, en piedra "lisa, suave y reluciente"; haciendo vivir a los adolescentes en compañía de otros, "afinarán las aristas de su carácter, perderán sus asperezas, sus ángulos, y aprenderán a tratarse con simpatía, a juzgar los defectos con tolerancia, y a proceder siempre con serenidad y justicia".

Mas, no sólo llegan González y Nelson, por caminos diferentes a su concepción educativa. La verdad es que, tampoco Nelson está en plena posesión del pensamiento de aquél al tomar la dirección del Internado —a la que es llevado por intervención directa de Agustín Álvarez, a la sazón, vicepresidente de la Universidad— por hallarse ausente del país cuando González expone los fundamentos de su empresa universitaria en conferencias públicas y discursos parlamen-

tarios. Por todo, resulta sorprendente la coincidencia de ambos en la materia, así como el hecho de que Nelson en su relativamente breve paso por la dirección del Internado 2 traza las líneas esenciales que configuran la fisonomía de éste, acorde con la que González anheló imprimirle, sin haberle frecuentado mayormente.

Cumple Nelson su tarea con devoción: alecciona con su palabra, edifica con su ejemplo, gana los corazones con su cordialidad.

El internado se asemeja en todo a un hogar, del cual el tutor es como el padre; un hogar digno y feliz, regido no por normas inflexibles sino por la exhortación cariñosa. A un interno novel que de primera intención, da al tutor el tratamiento familiar de que ve hacer uso a los antiguos alumnos, le pone éste afablemente la mano sobre el hombro y le advierte que el derecho a emplear esa familiaridad hay que "conquistarlo".

Cumpleaños del tutor: los alumnos le brindan la comida de rigor. Y, como complemento del agasajo le obsequian un bastón. Nelson, que es aficionado al retruécano dice al punto: ¡"Cómo cambian los tiempos! Antes, los maestros daban palos a los alumnos; ahora, los alumnos dan palos a los maestros!".

He aquí que un día vuelven del colegio adyacente donde se les dictan las clases los alumnos de una división, con las libretas de calificación que se les acaba de entregar. Llegan mohínos y desconcertados. Sucede que en el bimestre recién cumplido han sido todos aplazados en ciertas asignaturas. Por más que el profesor que así los ha calificado es bien conocido por el insólito rigorismo con que acostumbra hacerlo, los muchachos se preguntan con inquietud cómo reaccionará el tutor ante la noticia que van a darle. Nelson reacciona de manera inesperada. No sigue el camino fácil que podría aconsejarle la disciplina tradicional sino el que le dicta su conciencia. Es hombre sin trastienda y debe a sus alumnos la verdad. Declara: "Cuando una clase es toda aplazada, el aplazado es el profesor".

El rito de la iniciación en la "Orden de los caballeros de Sarmiento" —creada por Nelson— reconstruía en progresivas etapas la vida del prócer.

Por ejemplo, en la primera etapa, colocábase al que iba a ser instituído caballero, en un ambiente obscuro rodeado de toda suerte de obstáculos físicos. Cuando el novicio, tras ímprobos esfuerzos lograba liberarse de aquéllos, Nelson decía: "Así fue el comienzo de la vida de Sarmiento. Salido de un modesto hogar, en San Juan, debió vencer la obscuridad del medio y los infinitos obstáculos que le rodearon antes de labrase su propio destino".

El Dr. Víctor D. Goytía, que fue caballero de la Orden, declara, en un relato lleno de colorido que hizo muchos años después sobre el desarrollo del rito: "No he conocido iniciativa de sentido más profundamente pedagógico que este juego infantil de la "Orden de los Caballeros de Sarmiento" reveladora en su creador del conocimiento intenso de la imaginación y el alma del niño.

Apelaba a la primera para grabar en forma indeleble en su mente impresionable los hechos destacados de la vida ejemplar de Sarmiento, y, llegaba al alma infantil con delicadezas infinitas extraídas de la existencia del prócer, mediante recomendaciones expresadas en palabras casi evangélicas..."

Como Nelson descubriera en Héctor Bullrich una marcada inclinación a los estudios paleontológicos, lo instó a dar una disertación bajo los auspicios del Ateneo Popular de la Sociedad Científica Argentina, sobre la evolución de los mamíferos. Nelson conseguiría el material didáctico necesario para ilustrar la disertación.

Apunta el Dr. Bullrich: "Salí del paso con la benevolente atención del público que concurrió al acto y que pudo escuchar la charla atiplada y un poco deshilvanada de ese muchacho flaco y anteojudo que interpolaba su exposición con proyecciones luminosas de magníficos diapositivos facilitados por don Ernesto Nelson y que encendía la luz cada vez que tenía que mostrar el material correspondiente..."

El mismo ulpiano refiere otro episodio significativo de sus días del internado. Sucedió que cierta noche en que Bullrich se hallaba tenazmente empeñado, después de varias tentativas infructuosas, en hacer un diseño satisfactorio del mundo, que debía presentar a primera hora del día siguiente en la clase de Geografía, de la cual Nelson era el profesor, entró éste en su habitación para instarlo a abandonar el trabajo y entregarse al reposo, dado lo avanzado de la hora. Bullrich le expresó su deseo de continuar trabajando algún tiempo más para dar cima a su tarea.

A la mañana siguiente Nelson llamó a sus alumnos a exponer la lección y presentar los trabajos prácticos que les había encomendado. A medida que lo iban haciendo les pedía conforme a una práctica que solía adoptar, declarasen las notas que estimaban les correspondía en justicia.

El Dr. Bullrich asienta: "Me llegó el turno a mí. Respondí satisfactoriamente a sus preguntas, pero como mi trabajo práctico presentado no estaba realmente bien, consideré que mi clasificación podría oscilar entre 4 y 5, sobre el total de diez puntos, y así lo expresé cuando el Sr. Nelson me preguntó cuanto merecía mi lección. Al final de la clase leyó las notas. "Bullrich diez", dijo. Sentí que se humedecían mis ojos. Don Ernesto rendía así, justicia al esfuerzo y perseverancia de un alumno que hizo todo lo que pudo por lograr el éxito. Este ejemplo ha perdurado en el tiempo, en mi corazón, y pienso que él ha constituido la base más sólida e inconmovible de mi conducta en la vida de relación con los demás".

La experiencia ulpiana, así reflejada en sus primeros años, continúa expresándose hasta el final satisfactoriamente. Por una parte evidencia que en nuestro país puede florecer el internado abierto y nuestro muchacho ser educado en la libertad; por otra, contribuye a la formación de un contingente de hombres destacados, en proporción muy superior a la que podría exigirse normalmente de un instituto cuya vida apenas excedió al decenio, hombres dueños de una definida personalidad moral y unidos entre sí por la-

zos fraternales que se expresan donde quiera que actúen.

De tal modo se ha cumplido en su justa proporción el anhelo de González cuando dijo que, la mayor gloria de la Universidad de La Plata "será ofrecer a la Patria en plazo no lejano, una generación de hombres de honor, saber y probidad... capaces de asumir la representación de su raza y de su nacionalidad en las más altas contiendas a que la civilización los llame, en su época y en su expansión geográfica...".

Lamentablemente el experimento detiénese en pleno desarrollo en circunstancias y por razones que no procede examinar aquí. Hubiérase él prolongado y multiplicádose conforme al sueño de González en institutos similares distribuidos a través del país, y probablemente éste se hubiera ahorrado duras pruebas a que le condujeron las fallas del carácter nacional que tantas veces el hombre de Samay Huasi denunció.

Si como lo apunta González, fue extraordinaria la acción ejercida por hombres formados en nuestros viejos internados sobre la vida del país en momentos culminantes de su historia, cabe imaginar lo que habría significado en la difícil etapa que se abre con la ley Sáenz Peña, la participación en la vida pública de algunos centenares sino millares de ciudadanos educados en los principios de la libertad, de la responsabilidad y de la convivencia fraternal que es el supremo arte de la vida.

A través de ULPI el nombre de Nelson queda vinculado a una página honrosa de nuestra historia educacional. El recordó siempre aquella experiencia con entrañable amor. Al enviarnos no ha mucho un saludo de año nuevo escrito en una amarillenta hoja de papel, con el viejo membrete de ULPI, nos decía: "Allá va con esta felicitación, una vitamina eterna: el recuerdo rejuvenecedor hacia la *fraternidad ulpiana*".

AMARANTO ABELEDO

UN EXPERIMENTO PEDAGÓGICO ARGENTINO EN LA UNIVERSIDAD "NUEVA"

La creación de la Universidad Nacional de La Plata debía considerarse una realidad cuando su ilustre fundador el Doctor Joaquín V. González dió a conocer las bases y fines de la universidad nueva, desde la prestigiosa tribuna de la Biblioteca Pública de La Plata el día 28 de mayo del año 1905, es decir, cuatro meses antes de aprobarse la Ley Convenio entre los poderes de la Nación y de la Provincia de Buenos Aires.

En su exposición, que llevaba por título *La Universidad nueva,* el Dr. Joaquín V. González al enunciar la posición de la misma y el contraste que ofrecía su orientación con las universidades tradicionales del país en aquella época, expresó: "Por esto, los viejos sistemas imaginativos o verbalistas han cedido en todas partes su puesto a los experimentales y positivos, tanto en relación con el mundo de las cosas como el de las ideas". (1)

Luego, el futuro Presidente y creador de la Universidad Nacional de La Plata afirmaba, "...ésta habrá de ser una Universidad experimental, de amplia difusión de nociones y verdades adquiridas, hacia las inteligencias populares, que en todo momento mantendrá su comunicación de afectos con la casa materna

(1), (2) **Obras Completas,** de Joaquín V. González, (Edición ordenada por el Congreso de la Nación Argentina). Volumen XIV —páginas 173 y 185— "Conferencia del ministro de Justicia e Instrucción Pública doctor Joaquín V. González, en la Biblioteca Pública de La Plata, el 28 de mayo de 1905"

de tantos ideales comunes. Y el interés de la sociedad hacia ella será fortalecida por la utilidad práctica que encontrará en sus experiencias, las cuales versarán sobre hechos, cosas o fenómenos de inmediata relación con la vida o las necesidades de las distintas regiones del país,. " (2)

La nueva universidad, *científica* y *experimental*, al apartarse de las normas tradicionales, proponíase compartir los problemas de la vida nacional con un sentido realista; y asimismo, desestimar un complejo de menos valía que en cierto modo impedía el despertar de las fuerzas vivas de la Nación, que estaban subordinadas a los intereses extranjeros en su economía, producción y aspectos diversos de la capacidad de trabajo y anhelos de superación del hombre argentino; situación esta, que trascendía a la comunidad de manera adversa e inconveniente, ya fuera en el comercio, como en los transportes, empresas o dirección de los establecimientos rurales, por cuanto el gobierno y responsabilidad de aquellos, estaban a cargo de personas originarias de otros países.

Aquella crisis de confianza tuvo además influencia momentánea en algunos institutos de la Universidad, donde se exaltaba la superioridad de los estudiantes de Europa y Estados Unidos, con evidente menoscabo para el estado espiritual de los que concurríamos a las aulas universitarias animados por un sano nacionalismo y apetencias que debían fortalecer nuestra personalidad.

Más adelante, el impulso juvenil y madurez alcanzada por los primeros egresados de la universidad "nueva", logró desvirtuar ese estado confuso o nebuloso y reivindicar para los estudiantes argentinos una categoría que podía competir con los de cualquier otra nación. Así quedó demostrado en la esfera pedagógica, al través de los experimentos realizados en la Escuela Graduada Anexa a la Facultad de Pedagogía y Ciencias de la Educación; ésta última, fundada el año 1914, que inició su acción orgánica como SECCIÓN de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, para alcanzar un renombre indiscutible por su labor, bajo

la dirección del Profesor Víctor Mercante, y, de manera análoga, el aspecto funcional de la Escuela Anexa.

El Dr. Joaquín V. González, al referirse a la citada escuela primaria señaló la disposición que le correspondía en el panorama de la nueva casa de estudios como un "modelo y tipo único, a su vez, de las que vendrán más tarde, aquí y en otros institutos superiores del país y del extranjero a servir el progreso efectivo de la pedagogía científica, preconizada en los últimos tiempos por eminentes educadores europeos y americanos...". (3)

La Escuela Graduada anexa a la Facultad de Pedagogía de la Universidad Nacional de La Plata.

La Escuela Graduada Anexa, creada el año 1906, inició sus actividades con 279 alumnos. Fue su primer Director el Profesor Dionisio San Sebastián, hasta el año 1910. El cuerpo docente estaba integrado por bachilleres y egresados de las Escuelas Normales, con título habilitante para la enseñanza primaria; los mismos, proseguían sus estudios en la Sección Pedagógica de la Universidad.

De aquel cuerpo de educadores, se destacaba Francisco Legarra maestro de Quinto Grado que, más adelante y conjuntamente con sus compañeros, egresaban de la nueva Facultad de Pedagogía, con el título universitario de Profesores.

En el año 1910, el Profesor F. Legarra asumió la Dirección de la Escuela, iniciándose una nueva era y orientación de carácter experimental, como correspondía a la escuela primaria universitaria, según la había concebido el fundador de la Universidad.

La Escuela Graduada Anexa con su estructura moderna, que recibía la influencia del Decano de la Fa-

(3) **Obras Completas**, de Joaquín V. González. Volumen XIV —página 208—. "Discurso del Presidente de la Universidad Nacional de La Plata en el acto de incorporación del Colegio Nacional, del Colegio Secundario de Señoritas y de la Escuela Graduada anexa, el 1º de abril de 1907"

cultad de Pedagogía Profesor Víctor Mercante, pedagogo de gran autoridad y prestigio, alcanzó un merecido ascendiente en la esfera de la enseñanza primaria del país.

Por otra parte, la dedicación ejemplar del Profesor F. Legarra y su alma de educador, lograron configurar de manera particular el aspecto funcional de la Escuela, al consubstanciar en un todo orgánico los intereses de los niños con el hogar y con la Dirección, y ésta, con el personal docente y colaboradores. Estimulaba a los Profesores en sus afanes de superación vocacional e iniciativas personales, que en este último caso, *¡autorizaba a realizarlas!*

Como lo señalamos más adelante, la Escuela carecía de un edificio o local independiente y sólo contaba con algunas aulas del flamante Colegio Nacional, cedidas durante las horas de la tarde; no obstante el inconveniente de aquella situación de dependencia para su autonomía material y física, se hizo posible el desarrollo de un plan de trabajo armónico e inteligente.

Diversas iniciativas fueron experimentadas, con resultados favorables, para luego incorporarlas a la vida escolar, como ser: la enseñanza en los grados preparatorios de una misma asignatura por un maestro con dominio de la especialidad, a fin de evitar las omisiones del que tiene a su cargo la enseñanza global, cuyo enciclopedismo ligero carece de la madurez necesaria. (4).

Y así, realizaciones nuevas van incorporándose, experimentadas o reconocidas por la educación moderna; por ejemplo, la implantación del Huerto Escolar, que despierta en los niños el espíritu de observación de la naturaleza viva y dignifica el trabajo manual.

Luego, como contribución a una formación humanista, se agregan la enseñanza de idiomas, francés e

(4), (5), **La Educación Moderna,** "Órgano de la Escuela Graduada Anexa a la Sección Pedagógica de la Universidad". Año I, 1914. Nros. 10-11-12, páginas 547 y 548; y, "Acta de la reunión del 1º de Mayo" página 553.

inglés; estudios y lecturas literarias; música y canciones escolares; el dibujo del natural y al aire libre; etc.

El ensayo de la República Escolar dio lugar a debates en el seno de las reuniones de profesores que presidía el Director; un cambio de opiniones fue desfavorable por la conducta inconveniente observada por los educandos y resolvióse renunciar a la implantación definitiva de la misma. (5). A este respecto es preciso convenir, en cuanto al conocimiento y penetración del mundo de los niños en aquella época, que las ciencias del espíritu y el estudio de la vida interior del niño y su devenir, estaban sometidos a las reglas de un frío racionalismo que imperaba en la enseñanza de las Escuelas Normales. Ello nos lleva una vez más, al considerar estas cuestiones, a rendir homenaje a la visión del maestro y creador de la Universidad de La Plata, cuando en la conferencia pronunciada el año 1913 en la Escuela de Chilecito (Provincia de La Rioja), al referirse a la posición del niño, afirma: "ANTES la escuela era el MAESTRO y las REGLAS, HOY la escuela ES el NIÑO y la observación científica". (6).

La Escuela Anexa editaba un órgano de difusión pedagógica denominado *La Educación Moderna*, creado y dirigido por el Profesor Francisco Legarra, que fue costeado por el personal docente de la casa. La revista apareció el año 1913, en ediciones mensuales; en ella, escritores, ensayistas y los profesores de la Escuela, dieron a conocer importantes trabajos sobre didáctica, pedagogía y resultados de carácter experimental; se publicaron cerca de veinte números hasta el año 1915. La mesa de redacción estaba formada, además del Director ya nombrado, por el Profesor Marcos M. Victoria como Secretario, y, Profesores: Carolina Carranza, Paulina Stigliano, Ernesto Cativa Tolosa; el Cuerpo de Redactores, por los Profesores: Fausto Burgos, José V. Caselli, M. Isabel Scott, José Ferre-

(6) **Obras Completas**, de Joaquín V. González. Volumen XXII, página 395. "Conferencia en la Escuela Normal de Chilecito (La Rioja) el 6 de noviembre de 1913" "Ideas Modernas sobre la Escuela Primaria" "La Nueva Escuela".

ro, Eduardo V. Szelagowski, José Gil Montoya, Francisco Forgnone y Federico Garbet.

El advenimiento y creación en el orden nacional de la Escuela Intermedia en el año 1916, con el fin de establecer la reforma de la educación que despertó gran expectación, tuvo su movimiento inicial en la Capital Federal; y después, trascendió a la Universidad de La Plata, para que la Escuela Graduada Anexa ensayara la nueva estructura y orientación, que dio resultados favorables y concluyentes en todas las asignaturas. A continuación, como uno de los aspectos del plan reformista, ofrecemos el experimento realizado sobre la base de un curso de dibujo, en la Sección Intermedia, de la Escuela.

Los resultados del primer ensayo, donde se destacaba de manera inconfundible la personalidad del niño al convivir en un ambiente favorable, como actor responsable de sus afanes y anhelos, dio lugar para que el profesor, identificado con las nuevas orientaciones de la educación, proyectara un plan que tuviese más afinidad con el mundo de los niños; en consecuencia, era preciso disponer de un local o aula-taller propio e independiente. Así nació la idea de construir un espacio o ambiente para el futuro departamento de educación denominado "Taller de Manualidades", del cual nos ocupamos en otro lugar. A continuación damos a conocer, la ejecución de un PROYECTO de "Interés Individual-colectivo", realizado en el aula-taller que construyeron los escolares.

Desde el año 1917, desempeñó la dirección de la Escuela, el Profesor Doctor Luis A. Pelliza hasta el día 8 de marzo de 1925; más adelante, el Profesor Vicente Rascio.

El alejamiento del Profesor Francisco Legarra, coincidió con el cambio de orientación y fines de la Escuela Graduada Anexa. Poco más tarde el Profesor Eduardo V. Szelagowski, iniciador y director de los ensayos, abandonó la Escuela; reintegrándose al cabo de un año.

La reforma escolar y la
"ESCUELA INTERMEDIA"

Realizada la implantación de las Escuelas Normales por el insigne educador y maestro Domingo F. Sarmiento, que llevó a cabo de manera notoria y coherente la primera etapa de la educación en la Nación Argentina, acción que prolongara Bartolomé Mitre, las perspectivas de una posible reforma escolar entre nosotros quedaba planteada, con el asesoramiento de los modernos institutos universitarios de pedagogía y de ciencias de la educación.

El cambio operado en las formas de vida de las naciones más adelantadas con el extraordinario desarrollo de las ciencias, de la industria y condiciones económico-sociales, presentaron problemas nuevos, ante los cuales la educación debía evolucionar a partir de su ciclo primario, a juzgar por uno de los más grandes movimientos que tuvo influencia para la educación contemporánea, iniciado por J. Dewey en los Estados Unidos al crear la "escuela primaria universitaria" en Chicago, en el año 1896. El impulso reformista de la educación, alcanzó entonces decisivo predominio, particularmente en la nueva era tecnológica, que trascendió a la industria de dicha nación de manera favorable, para luego ser advertida por otros países.

La ESCUELA INTERMEDIA o *escuela para todos*, creada en el orden nacional el año 1916 durante el ministerio del Dr. Carlos Saavedra Lamas, modificaba la estructura del ciclo primario, para reducirlo a cuatro grados y establecer un ciclo "intermedio" de tres años de estudios.

Se trataba de aproximar más la escuela a la vida, donde *saber* y *poder* no son excluyentes; y una orientación, en cuyo caso la formación cultural humanista no debía considerarse antinómica con la técnica, según los postulados de la educación moderna.

El Mensaje y Proyecto de Ley así como el Decreto correspondiente preparado con claridad e inteligencia por el Subsecretario Dr. Horacio Rivarola, al refe-

rirse a los educandos, establece en sus fundamentos, que: "al mismo tiempo que completa su instrucción general lo prepara para la secundaria y técnica; si da aptitudes manuales no pretende formar obreros, sino proveer a los educandos de conocimientos que son disciplinas para el trabajo y podrá utilizar si no continúa sus estudios". (7). En otro apartado, declara: "En opinión del P. E. la Escuela Intermedia está llamada a operar un profundo cambio en la educación y aún en el régimen económico e industrial de la Nación" (8).

La "Escuela Graduada Anexa" y su "Sección Intermedia"

Tres meses más tarde de haberse implantado la Escuela Intermedia en la Capital Federal, la Escuela Graduada Anexa incorporó su "Sección Intermedia"; y, no obstante la brevedad del año lectivo, al término del mismo resolvió experimentar los resultados obtenidos en la asignatura de dibujo.

A ese fin, el Profesor de la materia proporcionó a los alumnos la posibilidad de realizar una prueba de aptitud productiva y de objetivo comercial, en un curso de vacaciones de treinta días de duración. De inmediato se improvisó un taller-aula, equipado modestamente con los útiles y herramientas que los alumnos y el profesor consiguieron reunir. En seguida y previa exploración en el comercio de la ciudad, obtuviéronse "órdenes" para confeccionar carteles o afiches originales de publicidad, estipulando el precio y la entrega de los mismos en un plazo menor de treinta días.

Ya instalados en "su" taller, los alumnos procedieron a designar su propia comisión, cuyos componentes además de participar en la ejecución de los trabajos, se ocuparon de adquirir los materiales, establecer el

(7), (8) Reforma Orgánica en la Enseñanza Pública. "Sus antecedentes y fundamentos", doctor Carlos Saavedra Lamas, ministro de Justicia e Instrucción Pública. Tomo I, página 27 (Imprenta J. Peuser, 1916).

régimen de trabajo, horarios y asignación de jornales; además, celebraron reuniones en pleno, para cambiar opiniones sobre los temas a desarrollar o perfeccionar y conseguir mayor eficacia en el rendimiento de cada jornada.

Reproducimos a continuación, como una acotación extraescolar, fragmentos de la amplia relación publicada por el diario *El Día* de La Plata, con el resultado de las impresiones recogidas por el Secretario del prestigioso matutino en su visita al taller, en que ofrece un aspecto de aquel ambiente y dice:

> **Hemos visitado el taller, en plena labor, donde trabajan los muchachos entusiasmados, que cumplen ansiosamente un horario de 7.30 a 11 y de 13 a 17 horas. Vienen muchos de aquéllos de largas distancias, cuyo recorrido atestiguan las bicicletas depositadas en el taller, donde se confunde la tarea común en un espíritu de solidaridad y de estímulo encomiable.**

Más adelante, el periodista agrega: "Una vez terminado el experimento, la Comisión de Alumnos procederá a distribuir el importe recibido de las casas de comercio, por los trabajos ejecutados". (9).

En el diario *La Nación*, del 7 de enero de 1917, se registra la siguiente noticia:

> **La Comisión de Alumnos del Taller de la Escuela Graduada Anexa a la Facultad de Ciencias de la Educación ha invitado a todos los alumnos de la primera División intermedia, que participaron de los trabajos realizados, para que concurran mañana a las 9 horas al taller, con el objeto de distribuirse proporcionalmente al trabajo de cada uno, el importe de los trabajos ejecutados en el taller referido. (10).**

Además, por su innegable autoridad, agregamos el testimonio del Profesor Víctor Mercante, Inspector General de Enseñanza de la Nación y colaborador del nuevo plan intermedio, cuando afirma, en la visita que realiza al aula-taller de la Escuela Anexa acompaña-

(9) Diario **El Día** de La Plata; el 28 de diciembre de 1916.

(10) Diario **La Nación**, Capital Federal; el 7 de enero de 1917, sección La Plata.

do por Inspectores del Ministerio de Educación y declara acerca de la labor realizada por los educandos: "Después de esta demostración, no podrá decirse que la Escuela Intermedia ha fracasado".

La implantación definitiva de la Escuela Intermedia, con su plan reformista y moderna estructura no prosperó, por carecer de intérpretes con una actitud mental favorable y capacitación adecuada.

La confección de afiches, con fines productivos y objetivo comercial

A continuación de haberse estudiado los temas de acuerdo a la imaginación creadora de cada uno y la ejecución previa de los croquis con el plan decorativo correspondiente al asunto, los mismos fueron sometidos a consideración del equipo en pleno, para su aprobación definitiva. (Ilustración Nº 1).

La Sección Carpintería y Pintura, tenía a su cargo la fabricación y acabado de los marcos. El asunto, también dio lugar para estudiar y cambiar opiniones con el fin de armonizar las líneas y colores más convenientes para el cuadro, en relación con el motivo central. En el pizarrón se observan algunos croquis o anteproyectos, que interpretan la intención novedosa y variada de sus autores. (Ilustración Nº 2).

El "Departamento de Educación". Nuevos Horizontes.

Los resultados promisorios experimentados por la "Sección Intermedia", dio lugar al Profesor y autor del primer ensayo ya descripto, a investigar nuevos horizontes de educación para contribuir al estudio y reforma de la escuela del porvenir; y, de manera particular, invalidar las reservas inmerecidas acerca de la modalidad pasiva de nuestros escolares.

Con la denominación de "Departamento de Educación", el nuevo plan debía desarrollarse en un centro distinto al carácter y naturaleza de la escuela tra-

dicional, para ofrecer a los educandos una estructura que tuviese más afinidad con su propio mundo en estrecha relación con la cultura y corriente realista de la época, para que desde su posición de actor, *aprenda mediante la acción de las cosas* en lugar de *recibir educación*. Y, un escenario de posibilidades, donde escuela-hogar-comunidad, logre configurar un todo orgánico de valores y de esta manera contribuir a la formación de un vigoroso contorno de sentido humanista, en el cual había de perfilarse la personalidad del niño.

El ensayo proyectado y su posible realización presentaba un inconveniente, al carecer la Escuela Anexa de un edificio propio o local independiente; sólo disponía, con carácter precario y por el término de cuatro horas diarias, de algunas aulas del nuevo Colegio Nacional a continuación de su horario matutino. Por otra parte, la difícil situación económica de la Universidad, tampoco permitía una solución favorable.

La Escuela Graduada Anexa, no obstante aquel orden negativo de sus afanes pero consecuente con la posición y carácter de escuela experimental, asumió la responsabilidad de resolver *sus* problemas, previa anuencia de las autoridades de la Universidad. Con ese fin, proyectó la construcción de un aula-taller.

El "Departamento de Educación" y la construcción del aula-taller.

El aula-taller del proyectado Departamento de Educación se denominó en aquella circunstancia "TALLER DE MANUALIDADES", para restarle figuración al ensayo reformista tal cual lo aconsejaba el ambiente, receloso de posibles mutaciones.

La Escuela Graduada Anexa quiere perfeccionar sus métodos por medio de orientaciones más a tono con las necesidades de los escolares y de su futuro, pero carece de un local apropiado para efectuar el primer ensayo; la Universidad y el Estado no pueden sufragar por ahora los gastos que ocasionaría dicho propósito y. ¡SÓLO CUENTA CON USTEDES!

Así fue planteado de viva voz a los alumnos el problema, cuando el Profesor E. V. Szelagowski inició el nuevo experimento.

El "Taller de Manualidades"

La proposición hecha, para lograr la posesión de un aula destinada a nuevas orientaciones de la Escuela, dio lugar a la Comisión de Alumnos —elegida en asamblea—, para estudiar, proyectar y aprobar en cada caso las cuestiones vinculadas al problema.

Los resultados y el estudio de las primeras etapas de la construcción del "Taller de Manualidades", revelaron un aspecto del mundo de los niños que muy pocas veces trasciende a la escuela, en la vida hogareña habitual o en la sociedad misma, como fue posible observar durante el espectáculo ofrecido por aquellos niños *que jugaban a trabajar,* con entusiasmo e innegable responsabilidad, animados siempre por un denuedo de superación, que ponía en evidencia y afirmaba con rasgos propios, las posibilidades de nuestra juventud desde temprana edad, para realizar grandes cosas. Donde el aspecto de las fuerzas impulsivas de la vida o aptitudes o facultades potenciales de sentido operativo y activo de los escolares, lograban manifestarse en su plenitud, afianzadas por una cultura de sentido humanista.

Por todo ello y considerando el ancho margen que ofrece el panorama de las ciencias del espíritu en la interpretación que merece la personalidad del niño y la extensión necesaria para tratarlas, la presente exposición se reduce a una visión objetiva, ilustrada con fotografías documentales.

La urna o Buzón de Proyectos e Ideas. Todo problema planteado por el novedoso experimento pedagógico, fue abordado directamente por los educandos, como ya se dijo; con ese fin, habíase colocado una urna en la galería y lugar de recreo, donde cualquier alumno de la Escuela podía depositar "su" idea, proyecto o recomendación; luego, la Comisión de Alum-



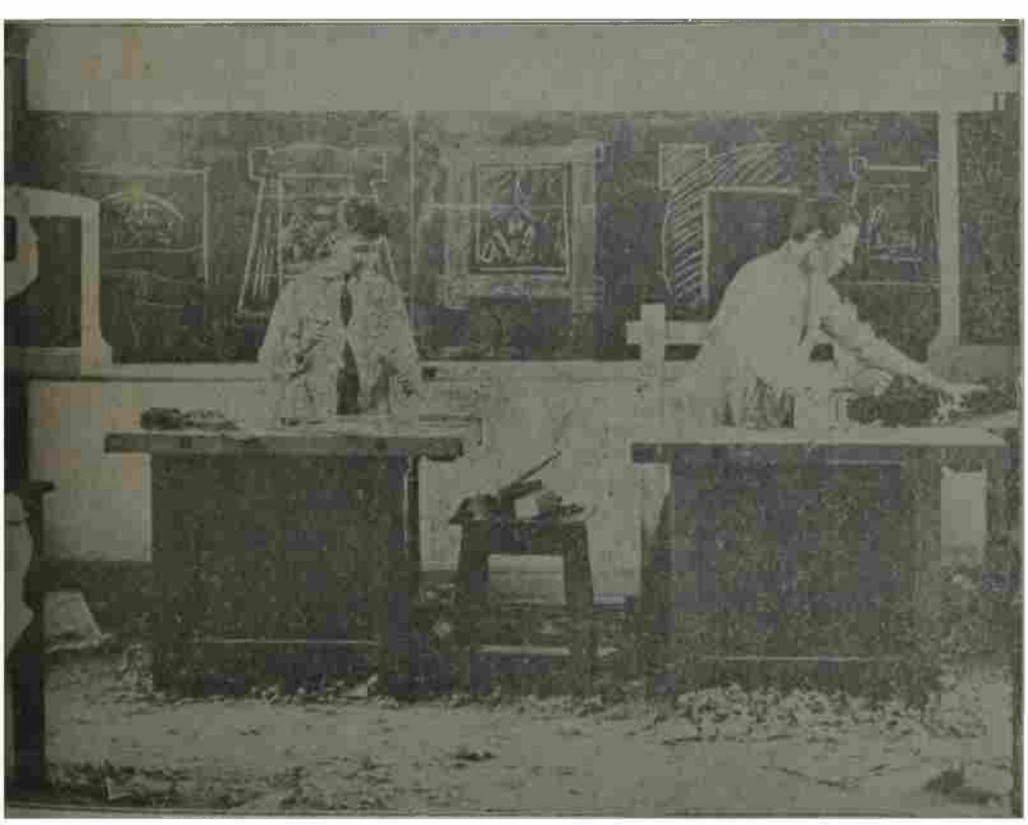
ILUSTRACION Nº 1

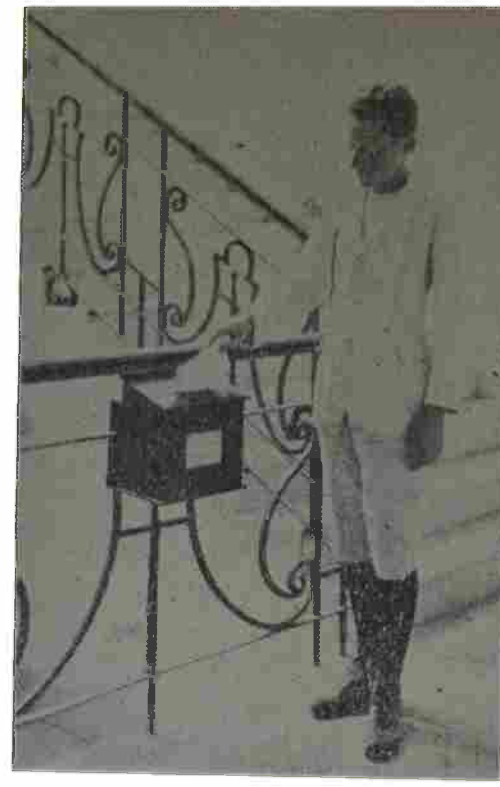
Una Sección de Dibujantes, entregados a su labor; adosados a la pared, los primeros trabajos terminados. Se encuentran presentes el Director de la Escuela Profesor Francisco Legarra y el Profesor Eduardo V. Szelagowski.

ESCUELA INTERMEDIA

ILUSTRACION Nº 2

La Sección Carpintería y Pintura, tenía a su cargo la fabricación y acabado de los marcos. En el pizarrón se observan algunos croquis o anteproyectos, que interpretan la intención novedosa y variada de sus autores.





ILUSTRACION Nº 3

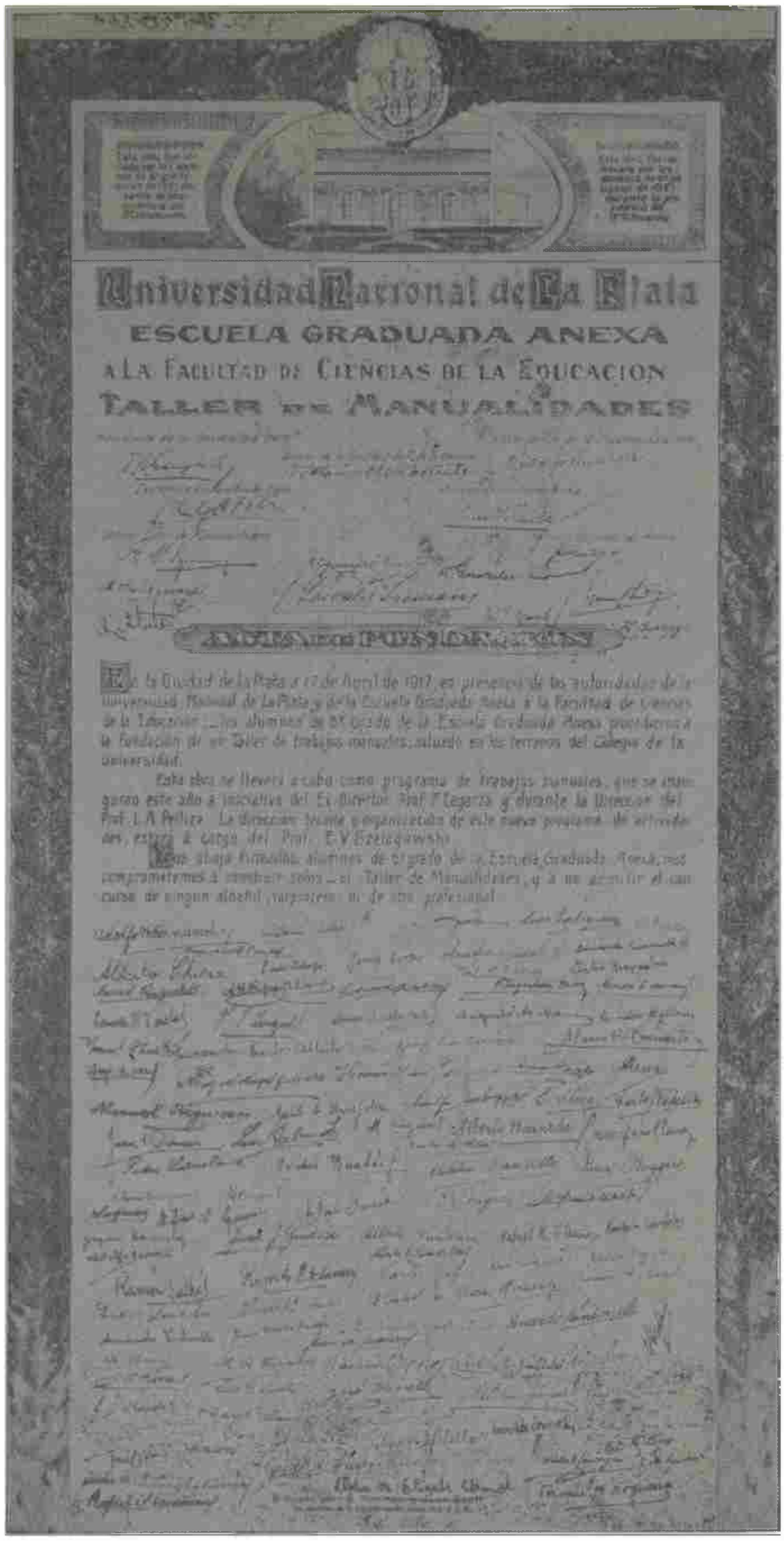
Un buzón o urna, colocada en la galería destinada a recreo de los escolares, permite que cualquier alumno de la Escuela deposite "su" idea, proyecto o recomendación. Luego, la Comisión de Alumnos procederá a su estudio y las conclusiones favorables se convertirán en realizaciones.

EL TALLER DE MANUALIDADES



ILUSTRACION Nº 4

La excavación destinada a levantar el frente del "Taller de Manualidades", tiene una profundidad de un metro con cuarenta centímetros y se extiende en una longitud de catorce metros, sesenta centímetros. A medida que avanzaba el trabajo, se hicieron diversas observaciones, que dieron lugar para escuchar desde la obra, la exposición del Profesor Don Angel C. Herrera.



Universidad Nacional de La Plata
ESCUELA GRADUADA ANEXA
A LA FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACION
TALLER DE MANUALIDADES

ACTA DE FUNDACION

En la Ciudad de La Plata a 17 de Abril de 1917, en presencia de las autoridades de la Universidad Nacional de La Plata y de la Escuela Graduada Anexa a la Facultad de Ciencias de la Educación, los alumnos de 5º grado de la Escuela Graduada Anexa procedieron a la fundación de un Taller de trabajos manuales, situado en los terrenos del Colegio de la Universidad.

Esta obra se llevará a cabo como programa de trabajos manuales, que se inauguran este año a iniciativa del Ex-Director Prof. [illegible] y durante la Dirección del Prof. [illegible]. La dirección técnica y organización de este nuevo programa de actividades, estará a cargo del Prof. [illegible].

Los abajo firmados alumnos de 5º grado de la Escuela Graduada Anexa, nos comprometemos a construir solos el Taller de Manualidades, y a no permitir el concurso de ningún albañil, carpintero ni de otro profesional.

ILUSTRACION Nº 5

ACTA DE FUNDACION. — En una ceremonia que tuvo lugar en la obra, con la presencia de las autoridades de la Universidad, profesores y alumnado, procedióse a depositar el "Acta de Fundación", redactada y dibujada por los escolares previo un concurso y aprobación de la Comisión de Alumnos.

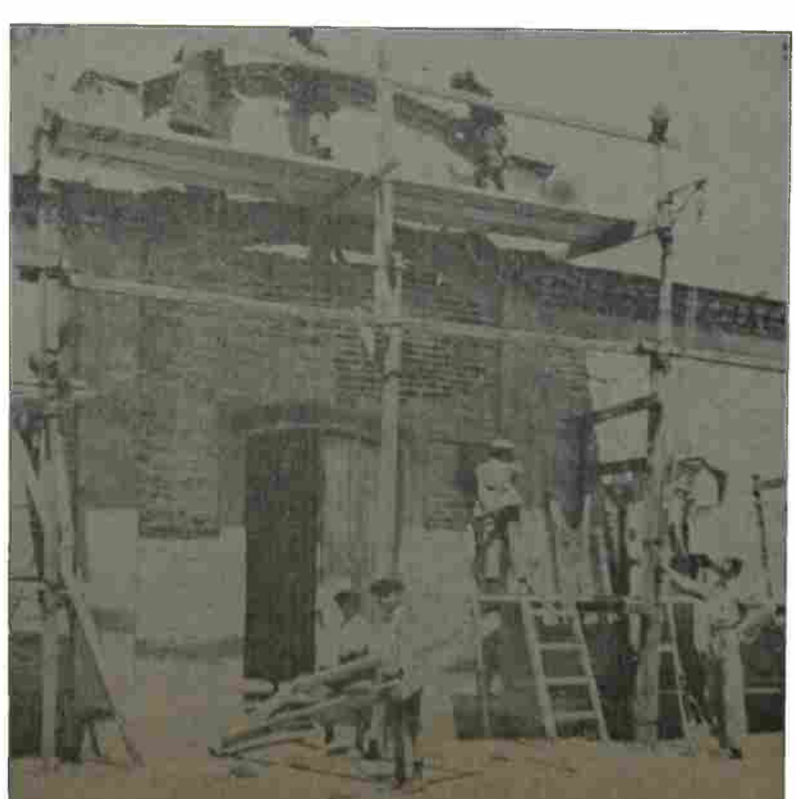


ILUSTRACION Nº 6

Una etapa más, de la construcción del frente. Con gran regocijo y ruidosas manifestaciones, los escolares celebran el último tramo de albañilería.

ILUSTRACION Nº 7

Sobre el andamio, los alumnos terminan la cornisa del coronamiento que está limitado por dos pilares que arrancan desde el zócalo; otros, el revoque de un pilar; mientras tanto, dos transportan el marco de la puerta correspondiente al tabique provisorio, ya desarmado, que cerraba el frente de la obra.





ILUSTRACION Nº 8

CONSTRUCCION DE RECEPTORES DE RADIO-TELEFONIA. Un aspecto del aula-taller, donde las mesas de trabajo fueron improvisadas con los tablones utilizados para armar el andamio destinado a levantar el frente del "Taller de Manualidades". En primer término (centro), un alumno asegura las derivaciones de la bobina con el soldador; los otros, que ya terminaron la construcción de la caja del receptor, colocan las piezas y accesorios.

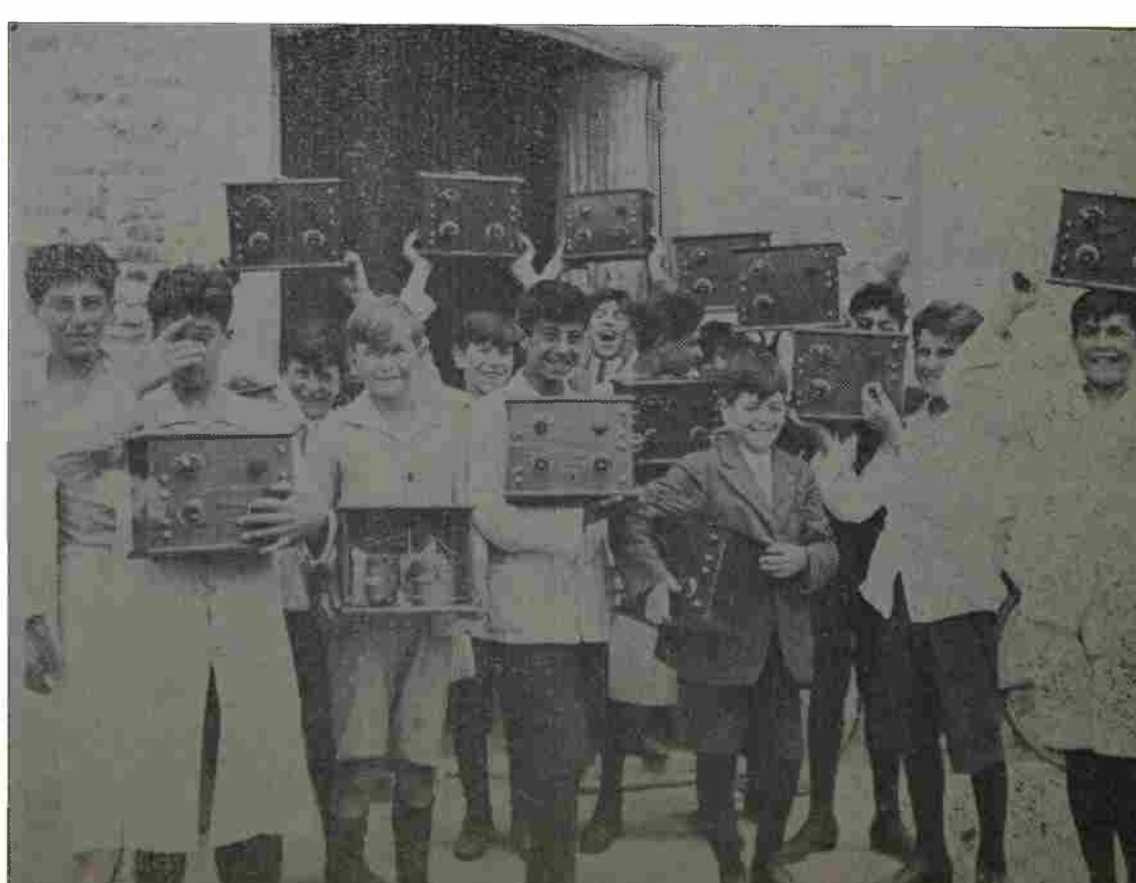
EDUCACION FUNCIONAL VIVA Y CREADORA

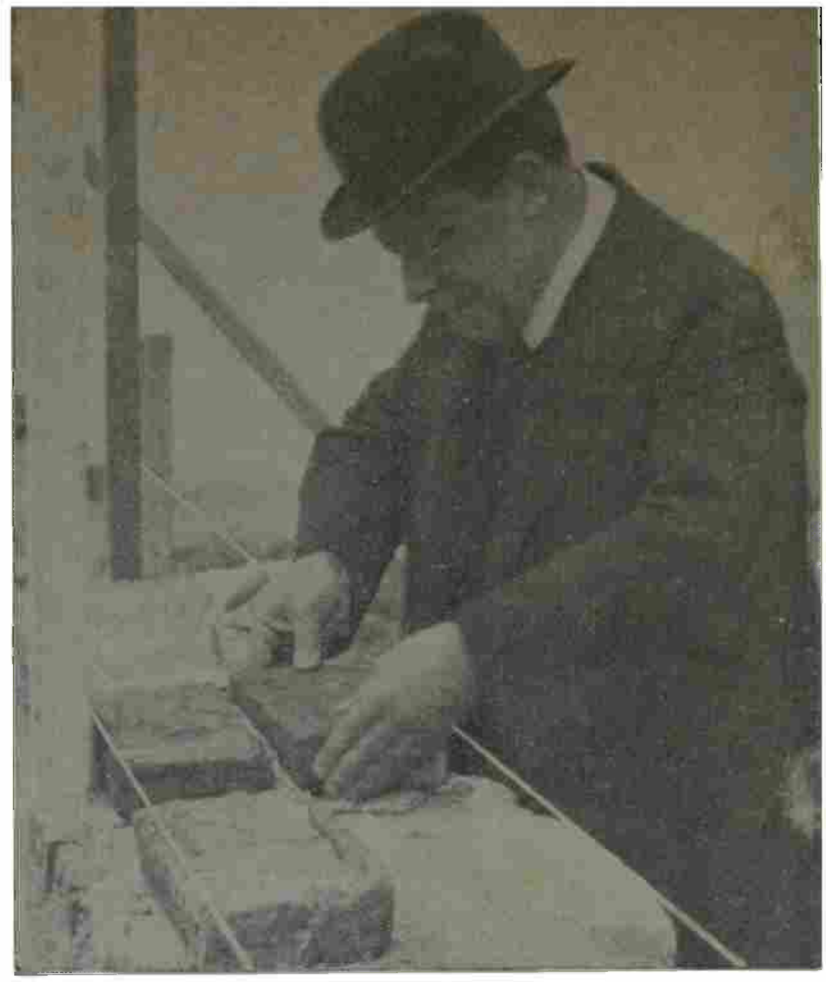
PROYECTO

" De Interés Individual - Colectivo "

ILUSTRACION Nº 9

El primer equipo, abandona el aula-taller, con vivos comentarios acerca de la labor realizada. Recuerdan asimismo el compromiso contraído con sus padres, de no excederse en más de catorce pesos, en la compra de materia prima o materiales, y, el superávit producido, PUES LA SUMA INVERTIDA SOLO FUE DE ONCE PESOS CON CUARENTA CENTAVOS MONEDA NACIONAL!!





ILUSTRACION Nº 10

Doctor Profesor Rodolfo Rivarola Presidente de la Universidad Nacional de La Plata, año 1918.

Durante la primera etapa de la construcción, el ilustre fundador y primer Presidente de la Universidad Nacional de La Plata Doctor Profesor JOAQUIN V. GONZALEZ, al vincularse a la obra del "Taller de Manualidades", en una circunstancia ocasional que no permitió al fotógrafo intervenir, recordó su estada en Samay Huasi, donde sobre la piedra escarpada trabajaba "para levantar la escalinata que conducía a la Tribuna de Demóstenes", como lo expresó textualmente. Al año siguiente, el Doctor Rodolfo Rivarola destacado maestro y jurisconsulto de nota, que sucedió en la Presidencia de la Universidad al fundador de la alta casa de estudios, sobre el andamio, asienta un tercer ladrillo. La actitud asumida por aquellos muy dignos maestros, ofrece un vivo comentario por su adhesión a la obra de los escolares de la Escuela Graduada Anexa y su significado en nuestra vida universitaria y republicana.



ILUSTRACION Nº 11

Doctor MARIO BRAVO culto universitario y de vocación literaria; también fue un animador voluntario del experimento pedagógico realizado.

nos procedía a su estudio y las conclusiones favorables convertíamse en viva realidad.

Cabe recordar a este respecto, el lugar importante que ofrece la educación, para estimular en el niño las vivencias creadoras, que la escuela tradicional pasa por alto.

Planteos y Soluciones. De acuerdo con lo convenido, debía recurrirse a la iniciativa personal y esfuerzo propio para resolver los problemas y llevar a cabo la construcción del "Taller de Manualidades"; por lo tanto, la Comisión, invitó al alumnado a donar herramientas o materiales disponibles, de sus respectivas casas. Fue rechazada la propuesta de obtener recursos mediante reuniones de beneficio en los cines o teatros.

Las donaciones y ofrecimientos comenzaron a llegar en gran número por parte de los alumnos, interesándose además los padres y profesores. Una promesa de donación recogida del Buzón, dice: "tengo cuarenta ladrillos en casa, pero no sé cómo traerlos"; la Comisión contesta: "cuando vienes a la Escuela, acompañas con los útiles dos ladrillos, y, llegarán los cuarenta". Otro alumno ofrece unas chapas de hierro acanaladas para la cubierta del techo, pero dice: "no puedo llevarlas porque son muy grandes"; la Comisión plantea el caso a todo el alumnado de la Escuela y poco después, anuncia: "el padre del alumno N. N. pone a nuestra disposición un transporte de su empresa, que facilitará una vez por semana". Y así fueron complementándose las soluciones de los diversos problemas. (Ilustración Nº 3).

Más ladrillos para la obra. Resultaría difícil por su extensión y variedad de notas particulares, ofrecer una relación completa del movimiento que originó en todos los órdenes, el propósito de construir un aula-taller con la intervención directa de los escolares y solicitar donaciones de materiales. A pesar de las referencias ya expuestas, a continuación recordamos otra donación, cuyo relato pone de manifiesto el entusiasmo que animaba a los niños de la Escuela.

Se observó una tarde, al dirigirse hacia el lugar del futuro Taller de Manualidades para cumplir el horario escolar de cuarenta y cinco minutos como última hora de clase, cierta agitación y rumorosa actitud de los escolares, cuando de pronto exclamaron, señalando una cosa: "¡ahí está!", "¡¡sí, ahí está!!".

En efecto, al llegar al sitio indicado había un furgoncito (construído con un cajón), propiedad de Alfredo P., cargado con cincuenta ladrillos, que el "equipo" de escolares pertenecientes al barrio del alumno nombrado y desde la residencia del mismo, habían transportado a la Escuela, arrastrando el furgón por las calles de la ciudad.

Nota: Ese día lectivo, según parece, la aventura ocasionó algunas perturbaciones, pues la noticia del transporte de ladrillos con el furgón por la ciudad —difundido por Alfredo y el equipo, a sus compañeros—, produjo abundantes comentarios y gran expectación en todo el Grado, dando lugar a que *el alumnado estuviese muy distraído* y "no prestara la debida atención al profesor, durante las clases impartidas en el aula".

La excavación para los cimientos. Logrado el asesoramiento que concierne a la construcción del aula-taller, desde el punto de vista técnico, el alumnado tomó conocimiento de los antecedentes para iniciar la obra, sobre la base de una estrecha interacción entre los diversos aspectos de la edificación y la teoría de las asignaturas del plan de estudios vigente. Así por ejemplo: en las clases de dibujo cada alumno confeccionaba los planos a escala debidamente acotados; en matemáticas, calculaban la cubicación de la excavación destinada a los cimientos del frente y probable horario o jornadas de trabajo, luego, reducciones de medidas usuales en el comercio de la madera con el sistema métrico decimal; etc.. De esta manera, establecíase el enlace entre los problemas de la construcción y el quehacer del aula.

A medida que avanzaba la excavación, los alumnos observaron las distintas coloraciones de la tierra,

diferencias de peso en el transporte, esponjamiento de la primera capa o corteza de tierra extraída y mayor densidad en las capas más profundas. La visita de un Profesor especializado en la materia dió lugar, para escuchar durante más de una hora, el porqué de las observaciones que hicieron; de esta forma, tratábase siempre de mantener la mente de los alumnos abierta a todos los problemas de su medio circundante. (Ilustración Nº 4).

Jardín y Flores. Como al avanzar la excavación, la tierra extraída quedaba depositada junto a la obra, pronto nació la idea de utilizarla para hacer un jardín, porque además, según los escolares: "un jardín y flores, es belleza y alegría para la vida".

De inmediato se propició un llamado a concurso de planos, a realizarse en las clases de dibujo; su ejecución puso en juego los conocimientos adquiridos de matemáticas, trazado de figuras geométricas, acotaciones, escalas y dibujo de titulares.

Carlos C. se despide de la obra y de sus compañeros. El domingo 26 de agosto por la mañana —los feriados también se trabajaba "porque el horario escolar era muy reducido y había que adelantar la construcción", afirmaban— ese día, Carlos C. al promediar la jornada, aparece con un violín debajo del brazo y manifiesta, que: "concurría por última vez a trabajar, porque sus padres se ausentaban a otra Provincia, entonces había pensado despedirse tocando el violín". Carlos, parado sobre la tierra amontonada de la excavación, toma nota de la partitura de música que le presenta su compañero.

Podemos atestiguar, que la intención y ánimo de aquella despedida, produjo acordes de profunda emoción en todos.

El Acta de Fundación. Los preparativos para iniciar la construcción, produjeron un gran alboroto en ese agitado mundo de los niños que no pudo comprender, en el primer momento, con la mesura propia de

los adultos, que debía observarse cierto orden en la solución de las cuestiones previas: "¡Había que empezar a construir en seguida el taller!", dijeron, "y, la cuestión del Acta se deja para más adelante!".

Al año siguiente, en una ceremonia realizada en el lugar de la obra, con la presencia de las autoridades de la Universidad, profesores y alumnado, procedióse a depositar el "Acta de Fundación" redactada y dibujada por ellos, de acuerdo con un concurso. (Ilustración Nº 5).

La descarga de materiales. La recepción y descarga de materiales, siempre se llevó a cabo con la intervención de los alumnos, desde afuera de la obra en construcción; a ese extremo llegó la interpretación y celo de los niños "obreros" para cumplir el convenio que había suscripto en el Acta de Fundación, donde expresaban de acuerdo al último párrafo: "...nos comprometemos a construir solos el Taller de Manualidades, y a no admitir el concurso de ningún albañil, carpintero, ni de otro profesional".

La primera obra de albañilería. Los materiales estaban reunidos y había llegado el momento de iniciar el trabajo de albañilería; consultados los alumnos acerca de sus conocimientos sobre la materia, la contestación fue negativa, situación que también compartía el profesor. Surgió entonces la necesidad de visitar una obra en construcción, siendo aceptada la proposición de aquellos que en el trayecto a la Escuela, ubicaron una de cierta consideración, situada en la calle ocho paralela a la Avenida más importante de la ciudad, sobre la esquina cincuenta.

Trasladados al lugar y divididos en equipos, tomaron las anotaciones del caso en su libreta de apuntes, de la cual nunca se desprendían, pues además contenía el dibujo de los planos del futuro Taller, que los asesoraba sobre el orden y técnicas establecidas.

Construcción de las armaduras del techo y su emplazamiento. Es preciso reconocer, que los ensam-

bles, escopleaduras y espigas de las vigas destinadas a las armaduras del techo, tuvieron un ajuste perfecto, no obstante tratarse de una operación minuciosa y delicada.

El emplazamiento de las mismas, resultó una maniobra de responsabilidad, por cuanto su excesivo peso y dimensiones dificultaban los movimientos.

La colocación de los parantes —de siete metros de largo— que sostenían las armaduras del techo, dieron lugar a denodados esfuerzos para levantarlos.

Última etapa de albañilería. Con verdadero regocijo y ruidosas manifestaciones, los alumnos celebran la iniciación de la última etapa de albañilería correspondiente a la construcción del frente. (Ilustración ción Nº 6).

El enrejado de las claraboyas. De acuerdo con el proyecto, dos grandes claraboyas dispuestas en cada plano de la estructura del techo, ofrecen una profusa luz cenital.

El armazón de hierro donde se asentaron los vidrios, también fue construido por los alumnos; pero, como se carecía de herramientas y máquinas adecuadas, hubo de recurrirse a un taller del barrio. La presentación decidida de los escolares, conquistó la buena voluntad del dueño, que puso a disposición de aquéllos sus instalaciones.

¿Polizones?. En distintas ocasiones hubo que rechazar los colaboradores oficiosos de los primeros Grados, por cuanto el carácter de la construcción era ya de por sí temeraria; no obstante, las manifestaciones de protesta se repetían, "¡por el privilegio acordado a los alumnos de Sexto Grado!".

La cubierta del techo. En una ceremonia, con la presencia de las autoridades y profesores, los alumnos-operarios inician la construcción de la cubierta del techo, y, de acuerdo con la tradición que observan los obreros de la construcción que consiste en vestir

con ramos de hojas el coronamiento de la obra, en este caso, fueron utilizados ramos de hojas de roble, que representan el emblema y distintivo de la Universidad. (La superficie cubierta del aula-taller es de ciento ochenta y cinco metros cuadrados).

Jornadas finales. Sobre el andamio, terminan la cornisa del coronamiento que está limitado por dos pilares que arrancan desde el zócalo; otros, el revoque de un pilar; mientras tanto, dos transportan el marco de la puerta correspondiente al tabique provisorio, ya desarmado, que cerraba el frente de la obra. (Ilustración Nº 7).

ACOTACIONES

La "jornada" de trabajo según el horario escolar, y el horario de trabajo de los escolares para "su" obra.

Ya habían advertido los constructores del Taller de Manualidades, que el horario escolar resultaba insuficiente, y de manera espontánea con la conformidad de todos, resolvieron *trabajar por su cuenta,* al margen de los dos turnos semanales de cuarenta y cinco minutos que les concedía la Escuela; a ese fín, constituyeron sus equipos, que concurrían regularmente los días feriados, las vacaciones de invierno y a continuación del año lectivo; así consta en el "cuaderno de asistencia" improvisado por una de las cuadrillas o equipos, donde figuran los asistentes a partir del día viernes 16 de noviembre hasta el día domingo 9 de diciembre.

No obstante la firme voluntad de los trabajadores, de adelantar la construcción como se había propuesto, hubo factores adversos que impidieron cumplir su decisión. Un relato muy completo, publicado por el prestigioso diario *El Argentino* (11) cuyo autor, cuatro años antes había integrado un equipo de la Escuela

11) Diario **El Argentino**, de La Plata; el 5 de diciembre de 1920.

Anexa, ofrece en un lugar de aquella crónica, el siguiente vivo testimonio:

> **Inconvenientes de toda naturaleza se han opuesto siempre al adelanto de la obra. Primero la epidemia gripal que azotó al país en 1918 y tantos estragos causó en esta ciudad, detuvo, durante mucho tiempo a los escolares, que no pudieron, en consecuencia prestar su valiosa cooperación a la obra.**
>
> **Al año siguiente el largo período de lluvias caídas durante la estación invernal y especialmente en los días de las vacaciones de julio —que son los que más se aprovechan en razón del mayor tiempo que disponen los alumnos— impidió también una acción efectiva a favor de la construcción del taller y, por último, el corriente año a causa de la huelga universitaria que alejó a los estudiantes durante la mayor parte del año de las aulas.**

Sinfonía Inconclusa en el Mundo de los Niños
¡¡Señor Profesor esa obra no debió terminarse nunca!!

(La construcción del Taller de Manualidades y su trascendencia en el hogar y en la formación social-democrática de los niños).

"¡Señor Profesor, esa obra no debió terminarse nunca, para que de los beneficios que recibió mi hijo, participen también los demás niños!".

Así repetían los padres, a continuación de haberse revelado la personalidad de sus hijos, como resultado de la participación que tuvieron los escolares, en un mundo vivo y creador, que les pertenecía.

Al traducir o explicar sus observaciones, decían los padres:

—Mi hijo ahora es más activo y mejor dispuesto; se interesa por todas las cosas, y también por las del hogar!".

—"Mi hijo, actualmente asume mayor responsabilidad en sus actos. Está más contento y goza de mejor salud!".

—"Antes, mi hijo era retraído y silencioso, ahora se ha vuelto locuaz y alegre; tiene un afán de ayudar a todos y se interesa por todo!".

—"Los padres de cultura más amplia, manifestaban haber descubierto la personalidad de sus niños, *"cosa que antes ignoraban!"*.

Al final del año lectivo, si bien escuchábamos laudatorias por el ensayo, es innegable que los elogios ofrecían un contraste con las quejas recibidas al iniciarse la obra, cuando los escolares regresaban a su hogar, sucios, las ropas desgarradas, las manos con heridas, caso en el cual recibían fuertes reprimendas "¡por haber estado jugando de esa manera!". Por tanto, la evolución de los padres en su actitud mental, como ya lo destacamos al comienzo observaba una dirección paralela a la transformación operada por aquellos escolares, que jugaban a trabajar, trabajando por cuenta propia, para construir "su" aula-taller.

EDUCACIÓN FUNCIONAL VIVA Y CREADORA "PROYECTO. —*De interés Individual-colectivo*—".

La construcción del aula-taller o "Taller de Manualidades" había llegado a su fin y los alumnos ya se preguntaban qué otra obra emprenderían; alguien sugirió la posible construcción de receptores de radiotelefonía.

La era de las transmisiones inalámbricas audibles, había despertado en el mundo civilizado de aquel momento, un interés extraordinario y todos aspiraban a gozar de ese beneficio.

Por tanto, el anhelo de los alumnos de la Escuela Anexa también se justificaba, no obstante haberse comentado —al proponer la construcción de receptores— que el elevado costo de los accesorios para armarlo, se oponía a todo propósito y aspiración de los escolares. Pero no es posible olvidar, que en el ambiente de la Escuela un complejo de confianza y superación animaba siempre al alumnado, bien justificado después de las obras realizadas, donde un optimismo

veraz lo caracterizaba; no se renunciaba así no más a una idea o proyecto, sin estudiarlo a fondo en sus variados aspectos.

Al examinar las posibilidades y averiguar en las casas de comercio el menor costo de los accesorios adquiridos por cantidad, el resultado fue negativo, por cuanto el presupuesto excedía al margen económico hogareño en este orden. Sin embargo, la idea y propósito de poseer un receptor, se había arraigado entre los alumnos constructores del aula-taller; entonces, iniciaron las diversas cuestiones desde un nuevo ángulo, donde el esfuerzo propio e imaginativo de todos y cada uno ensayaría la construcción de los accesorios y el estudio de los problemas conexos.

La ejecución del proyectado plan, tuvo comienzo con el dibujo de los circuitos y planos del receptor, cálculo de los elementos necesarios para confeccionar las bobinas, apreciación de los fenómenos físico-químicos y propiedades de los elementos concurrentes, dieléctricos y su adaptación, fabricación de condensadores variables y fijos; y, posibles sustitutos con el fin de reducir el presupuesto.

Construcción de receptores de radiotelefonía

Los escolares ya trabajan en su aula-taller; son los mismos que pocos días antes desde el andamio, terminaban el revoque del frente, aseguraban con masilla los vidrios de las claraboyas, cerraban los mechinales, etc.; ahora, tratan de cumplir otra aspiración: ¡poseer un receptor de radiotelefonía!.

Una vez construida la caja del receptor, el panel del frente que debía ser de ebonita, fue sustituido por razones de economía, por una tabla de roble sometida a baños de parafina con el fín de obtener las condiciones dieléctricas requeridas; el resto de la caja la hicieron con madera de cedro y su acabado, color caoba, con lustre francés. (Ilustración Nº 8).

En plena labor constructiva y creadora, anotamos las siguientes comprobaciones acerca de la actitud

mental de los alumnos en la solución de sus problemas, que ofrecía un vivo contraste con la posición de los escolares *que reciben educación.*

En efecto, al abordar "su" centro de interés en el aula-taller, el pensamiento de los alumnos se encaminaba hacia especulaciones y vivencias propias, extrañas a las fórmulas en uso en la escuela tradicional que denominan "razonadas".

Para resolver las cuestiones planteadas, ponían en juego sus aptitudes de inducción, que los llevaba al terreno inventivo o mejor dicho de reinvención. Sólo cuando les advertíamos la semejanza de los resultados obtenidos con las fórmulas razonadas o teóricas de rutina escolar, reconocían su posible enlace, correlación o interacción de aquellos planteos, con los problemas del aula-taller.

Final del PROYECTO de
"Interés Individual-colectivo"

El primer equipo abandona su Escuela, con vivos comentarios acerca de la labor realizada. Recuerdan también el compromiso contraído con sus padres, de no excederse en más de $ 14,00 en la compra de materia prima o materiales, y, el superávit producido, pues *la suma invertida sólo fue de $ 11.40!!!* (once pesos con cuarenta centavos moneda nacional). (Ilustración Nº 9).

EDUARDO V. SZELAGOWSKI

LA ASOCIACIÓN DE EX ALUMNOS DEL COLEGIO NACIONAL Y SU REVISTA "ATENEA"

Sobre la base de la Universidad Provincial que llevaba ocho años de vida lánguida, y la cesión de algunos institutos también provinciales, entre ellos el Museo de ciencias naturales, el Observatorio astronómico y la Biblioteca pública, surgió en 1905 la Universidad Nacional de La Plata, creación del ministro de Instrucción Pública de la Nación, doctor Joaquín V. González. Contaba la joven ciudad con un Colegio Nacional, desde 1885, tres años después de haber sido fundada, que pasó también a formar parte de la familia universitaria, con la correspondiente categoría. Se le construyó un edificio monumental, condigno de la magnificencia arquitectónica que caracterizaba a la fastuosidad platense en sus ímpetus iniciales, tan pronto detenidos y enseguida abandonados, y se anexó a la imponente masa un parque amplio y espléndido, dentro del cual se levantaron dos cuerpos fronteros para internados, y otro mayor, especialmente concebido, para el Instituto de Física.

En 1915, al cumplirse el primer decenio de la "nueva universidad" —tercera del país—, surgió la idea de fundar una asociación de ex alumnos del Colegio. La feliz iniciativa reunió a bachilleres de la primera promoción y de la última, a padres con sus hijos, a profesionales maduros con otros recién graduados, a profesores jubilados con algunos que, como el autor de estas líneas, iniciaban su carrera docente. Aquella nivelación de generaciones sustentada por sentimientos comunes que unían a quienes en épocas distintas se

habían despedido de las mismas aulas, era a la vez retrospectiva y promisoria. Un gran banquete congregó a representantes de las más diversas actividades; muchos de los asistentes llegaron de otros puntos del país; personalidades de renombre y muchachos imberbes sentáronse a la mesa convival e igualitaria: todos respondían a un derecho originario.

Tuvo la Asociación, en su corta existencia, dos secretarios generales: primero, el doctor Ricardo Calatroni, y luego el doctor Carlos Sánchez Viamonte. Instalada al principio en un piso sito de la calle 7, pasó finalmente a una casa baja de la calle 49. En un amplio salón de su primer local se dieron conferencias públicas que suscitaron interés y contribuyeron a afianzar y extender la obra social prevista por los fundadores. Alberto Mendióroz hizo un estudio de penetrante análisis sobre Almafuerte, el gran poeta fallecido poco antes en la ciudad; Arturo Marasso disertó con erudición iluminadora sobre Safo; el entonces subdirector del Museo, doctor Enrique Herrero Ducloux, nos habló con gran conocimiento y amenidad sobre la obra de Schroen y la vida de los cristales. En la sala-biblioteca de la otra casa se organizaron cursillos y lecturas comentadas a cargo de catedráticos de la Universidad. El doctor Alejandro Korn, extrañamente sordo para la música instrumental y de sutil oído para los hexámetros de Goethe, nos leyó buena parte de *L'évolution créatrice*, complaciéndose en destacar la precisión y la elegancia de la prosa bergsoniana; el profesor don Alejandro Carbó, tan elocuente en el debate parlamentario como seductor en la charla de tertulia, nos condujo sin esfuerzo por caminos de la historia de la educación; el ingeniero ruso Moisés Kantor, perteneciente al personal técnico del Museo y escritor vigoroso, nos expuso interesantes aspectos de la geología argentina. También distinguidos estudiantes universitarios, miembros de la Asociación, solían atraer a oyentes ocasionales con temas de arte, de filosofía, de ciencias; sólo estaban excluídos los asuntos referentes a religión y política. Otros dictaban cursos libres de difusión popular, o enseñaban a leer a obreros adultos,

en locales de barrios distintos. Además, la Asociación organizaba conciertos periódicos en el aula magna del Colegio, a cargo de eximios instrumentistas y cantantes. En audiciones dedicadas a obras de Beethoven, Schumann, Chopin y Grieg, participé como comentarista.

A principios de 1918 un grupo de jóvenes, entre los que había ex alumnos míos, se propuso fundar una revista de cultura como órgano de la Asociación. La Plata, ciudad universitaria ya famosa en América, carecía de una publicación de esa especie. Me ofrecieron la dirección y la acepté con estas condiciones: absoluta libertad de acción para fijar el carácter y las proyecciones de la revista y elegir sus colaboradores. Así nació *Atenea*, revista bimestral de letras, artes y filosofía, en marzo del citado año, esmeradamente impresa en talleres locales, con sobria y cuidada presentación, buen papel, setenta páginas y colaboraciones inéditas, norma ésta que mantuvo siempre: proeza compartida con otras publicaciones similares del país —*Nosotros*, por ejemplo—, pues ninguna de ellas podía pagarlas. Desde el primer momento conté con el auxilio inmediato de los poetas Héctor Ripa Alberdi y Alberto Mendióroz para la correspondencia, la redacción de las secciones anónimas y la corrección de pruebas; y no fue menos valioso el apoyo de dos ex alumnos míos del Colegio: Luis H. Sommariva —que llegó a ser dos veces rector del establecimiento y murió desempeñando el cargo— y Carlos Heras, actual miembro de número de la Academia Nacional de la Historia, quienes asumieron, respectivamente, la secretaría y la administración.

Atenea publicaba de seis a ocho colaboraciones firmadas en cada número, que ocupaban su parte principal, precedida por una reproducción de la cabeza escultórica, siempre distinta, de la diosa epónima; seguía una sección titulada "Motivos", formada por glosas, fantasías y reflexiones de diversos colaboradores que contribuían anónimamente a su mosaico; venía en seguida la de "Lecturas y opiniones", título general de los comentarios bibliográficos, firmados con

iniciales más o menos transparentes; cerraba la entrega una breve sección de notas de actualidad. En su segundo año de existencia, cada fascículo consagró a las artes varias páginas de selecciones y traducciones directas, con láminas ilustrativas. Se publicaron en total doce números.

La aparición de la revista coincidió con la iniciación de los cursos universitarios de lo que podía considerarse un nuevo ciclo funcional, pues desde marzo de 1906 hasta marzo de 1918 había presidido la Universidad, durante tres períodos consecutivos, su fundador. Hubiéramos deseado que su nombre figurase al pie de la primera colaboración; pero el doctor González se había retirado a descansar en su paraíso riojano, y desde allí nos envió el siguiente telegrama, que se publicó entre las notas del primer número: "Gustosísimo figurar entre colaboradores de su revista que oportunamente llega a coronar obras universitarias. Felicítolo por iniciativa y prométole algún trabajo apenas pueda normalizar mis ocupaciones en ésa. Salúdalo su siempre amigo. J. V. González". Cumplió generosamente lo prometido, como se verá más adelante; pero su mensaje nos traía ya el anticipado reconocimiento de la participación universitaria de *Atenea*.

Aquella revista es hoy casi desconocida e inasequible; sólo conservan la colección completa, que yo sepa, muy pocas bibliotecas públicas y privadas del país. En varias oportunidades se me pidió una reseña de sus materiales; dos profesores norteamericanos —uno de Rutgers University (New Brunswick, New Jersey), que preparaba un trabajo sobre Alejandro Korn y el ambiente cultural platense, y otro de la Universidad de Nebraska, que estaba escribiendo, y ya ha publicado, una "Breve historia de las revistas literarias hispanoamericanas", me decidieron a hacerlo, tiempo atrás, en un artículo que apareció en *La Prensa* y fue reproducido o extractado por diarios extranjeros. Amplío ahora sus noticias.

Quien hojee los dos tomos advertirá que junto a nombres ya entonces consagrados en las letras y la

educación de la Argentina, *Atenea* presentó colaboraciones de jóvenes autores argentinos y americanos que casi inmediatamente llegaron a ser figuras representativas. No era fácil obtener ese concurso; pero el respaldo de la "ciudad universitaria" y el decoro tipográfico de las entregas, debieron de favorecer nuestras solicitaciones. He aquí la exposición del contenido de cada número con las acotaciones indispensables para valorar determinados aspectos.

Número 1 (marzo-abril de 1918). La Dirección expresó a los lectores:

"Atenea, sin presunción ni prejuicios, aspira reflejar el alma de la joven ciudad universitaria, recogiendo el pensamiento y la emoción de los estudiosos y los soñadores. Pero no es un órgano estrechamente local, y proponiéndose esparcir la semilla propia más allá de nuestros horizontes, abre las fronteras, de consuno, a los gérmenes exteriores. Quisiera robustecer, con su esfuerzo entusiasta, los vínculos entre los obreros espirituales de la Argentina y las repúblicas hermanas. Pretende llegar a ser tribuna de altas ideas, ofreciéndose a todas, sin limitación dogmática, siempre que lleguen vestidas con galanura y decoro.

"Maestros consagrados nos honran con su concurso; jóvenes tempranamente prestigiosos nos tienden las manos cordiales. Todo nos hace prever que en estas páginas ofreceremos, en armoniosa vecindad, los frutos de la meditación y el ensueño, la serenidad madura y la elegante ligereza. Pero deseamos, asimismo, que la variedad no sea el resultado de una compilación desordenada, de un caprichoso acervo. La índole de una publicación como la nuestra —su periodicidad, en primer término— parece augurar que su valor específico estará, más que en cada una de sus entregas, en el volumen anual que constituyan. Teniendo, pues, muy presente, esa unidad de carácter, cuidaremos que los diversos materiales se adapten a una armonía de conjunto.

"La Asociación que edita esta revista desea, por su intermedio, completar la noble obra cultural que desenvuelve. Propicio, como nunca, es el instante pa-

ra la siembra generosa. Toda actividad tendiente a elevar los espíritus es santa en esta hora. Renovemos la tranquila confianza en el Amor, el Bien y la Belleza".

No se olvide, para apreciar esas palabras, que la primera guerra mundial ensangrentaba todavía a los pueblos en lucha, y que los países hispanoamericanos, aunque diversamente agitados por ella, sólo eran lejanos espectadores. Un trabajo del doctor Alejandro Korn, cuyo título parecía augural: *Incipit vita nova,* inició venturosamente, a continuación de la página transcripta, los mensajes de nuestra revista. El doctor Korn no ejercía ya su profesión de médico y era profesor de filosofía en las universidades de Buenos Aires y La Plata; pero no gozaba aún del gran prestigio que alcanzó poco después entre los estudiantes del país y más tarde en los medios filosóficos de la América de lengua española. Su obra escrita era escasa, y el breve artículo citado tuvo el alcance de una definición, desde su título dantesco hasta estos párrafos finales: "La nueva filosofía ha de libertarnos de la pesadilla del automatismo mecánico y ha de devolvernos la dignidad de nuestra personalidad consciente, libre y dueña de su destino... Ruskin y Tolstoy han sido los precursores; Croce, Cohen y Bergson son los obreros de la hora presente... Entretanto, nuestra misión no es adaptarnos al medio físico y social como lo quiere la fórmula spenceriana, sino a la inversa, adaptar el ambiente a nuestros anhelos de justicia y de belleza. No esclavos, señores somos de la naturaleza".

Pensábamos que un poeta joven debía firmar los primeros versos que ofreciese nuestra revista, y elegimos a Enrique Banchs. Autor de cuatro libros excepcionales en cuatro años (1907-1911) y de una extensa oda patriótica, tan original en su trillado género como vigorosa en su inspiración (1916), Banchs se iba encerrando en un silencio progresivo, de aislamiento voluntarioso. No se negó al reclamo de la buena amistad: un precioso romance, "Del Buenos Aires colonial", otra novedad en su lírica, pasó del primer número de

Atenea a varias publicaciones que se lo apropiaron con avidez. Siguieron a esos octosílabos un denso estudio sobre Edgar Poe del más reputado de los críticos de la nueva literatura chilena, Armando Donoso; un soneto del poeta cordobés, hoy tan injustamente olvidado, Juan Aymerich, autor de *Joyeles,* cien sonetos tributarios de *Les Trophées;* un artículo del humanista italiano doctor Juan Chiabra, profesor de latín en la Universidad, "Cuando los dioses eran más humanos y los hombres más divinos"; tres páginas de Julio Noé, viajero recién llegado de Europa, "Las rutas del mundo"; una estampa lírica de Pedro Mario Delheye, poeta de veinticuatro años, hijo de la ciudad, que poco antes había publicado su primer libro de versos, que debía ser el último, *La vida interior,* y finalmente un cuento, *"Miedo",* del escritor uruguayo R. Francisco Mazzoni, hoy director vitalicio del museo colonial, por él mismo fundado, en la ciudad oriental de Maldonado.

Número 2. Lo abría Arturo Capdevila con "El testimonio de Platón", capítulo de un libro inédito, *Los astrólogos,* que al publicarse llevó otro título: *Los hijos del Sol.* El poeta y polígrafo cordobés ya era reconocido en el país, por la fecundidad y la diversidad de su labor, como una de las figuras principales de nuestras letras contemporáneas. Siguió un poema de María Eugenia Vaz Ferreira, "El cazador y la estrella". La poetisa uruguaya, con quien yo había entablado la más armónica amistad en Montevideo —hecho no frecuente por las singularidades de su trato—, puso a mi disposición un grueso cuaderno de poesías manuscritas —su único libro fue póstumo— y yo escogí, entre las inéditas, la citada. Vinieron en seguida un artículo, "Educación estética", del pedagogo don Víctor Mercante, director de los estudios de su especialidad en la Universidad, y una leyenda medieval teatralizada, *Griselda,* del ya mencionado profesor Moisés Kantor. Versos de la poetisa bonaerense Rosa García Costa, autora de un libro revelador, *La simple canción,* y un ensayo de Alberto Mendióroz sobre Almafuerte, basado en su conferencia anterior, completaron la entrega.

Número 3. Carlos Octavio Bunge, jurista, sociólogo y escritor de renombre, recién fallecido, había dejado varias obras inéditas. La familia nos facilitó la glosa de una conseja oriental, perteneciente a un volumen de narraciones. El abogado y pintor cordobés Octavio Pinto, que residía en España, becado por su provincia, nos envió un soneto. Arturo Marasso contribuyó con un documentado estudio sobre el verso alejandrino, y el eminente químico Enrique Herrero Ducloux con una fantasía científica, "Visiones de Tráumer". Cerró las colaboraciones del número un fragmento de la versión italiana, todavía inédita, de *Martín Fierro,* por Folco Testena, el generoso y admirable traductor de los poetas argentinos.

Número 4 - 5. El doctor Joaquín V. González, ferviente admirador de la obra de Rabindranath Tagore, tenía vertidos al castellano los "Cien poemas de Kabir" puestos en inglés por el poeta bengalí. Su traducción en versículos era labor paciente y amorosa, realizada "para solaz de su espíritu y en homenaje a su más alto ideal". La precedió de un extenso prólogo en el que se ha visto la mejor muestra de su prosa, y en esas páginas declaró que el poema traducido era "entregado a la joven revista *Atenea,* de La Plata, como un tributo de afecto a la juventud que anima las aulas de una Universidad nacida de un hondo y prospectivo amor de patria, de ciencia y de belleza". La edición se agotó pronto y hubo que hacer una segunda. Se hizo además una tirada especial de cincuenta ejemplares numerados que fueron entregados al autor.

Número 6. Ricardo Rojas había publicado los dos primeros tomos de su *Historia de la literatura argentina.* Nos adelantó un fragmento, "La generación revolucionaria", del tercero en preparación. Fernández Moreno, revelado tres años antes con *Las iniciales del misal,* firmó a continuación un soneto, y Ernesto Morales otra composición poética. El conocido educador don Ernesto Nelson escribió sobre "Educación, arte e industria". La muerte reciente de Pedro Mario Delheye había consternado a la ciudad; se halló entre sus manuscritos un bosquejo escénico, *Evangelina,* adapta-

ción libre de la famosa novelita de Francis Jammes, *Pomme d'Anis ou l'histoire d'une jeune fille infirme,* que completó el último número del tercer tomo.

Número 7 (enero-febrero de 1919). Cambiamos de imprenta. En adelante, la revista se compuso en los talleres Mercatalli, de la capital federal. El doctor Rodolfo Rivarola, eminente jurista y publicista, había sucedido al doctor González en la presidencia de la Universidad de La Plata, e inauguró el segundo año de *Atenea* con unas páginas tituladas "Libertad y sociedad". La poetisa uruguaya Juana de Ibarbourou nos anticipó dos sonetos de su primer libro, aparecido poco después, *Las lenguas de diamante,* y el crítico dominicano Fed. García Godoy un "busto" del general Pedro Santana, que formaría parte de una serie de semblanzas históricas antillanas. Alfonsina Storni nos dio una muestra de sus traducciones en verso de *La nouvelle moisson,* de Delfina Bunge de Gálvez; Alberto Mendióroz trazó las siluetas de unos "viejecitos" y el escritor uruguayo Vicente A. Salaverry extrajo tres páginas de su "Idearium". En la sección bibliográfica del mismo número, el doctor Korn firmó con sus iniciales un largo juicio acerca de las *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía,* libro reciente del doctor José Ingenieros. He aquí un párrafo breve y fundamental de aquel comentario: "La raíz de la divergencia que desarrollamos estriba probablemente en el hecho de considerar Ingenieros la metafísica, en primer lugar, como una cosmología, y nosotros, ante todo, como una axiología".

Número 8. Lo encabezó Leopoldo Lugones con un fragmento de su traducción poética del canto V de la *Iliada,* que elaboraba entonces; la elección fue un homenaje a la revista: el retrato bélico de Palas Atenea (versos 733-747). Delfina Bunge de Gálvez nos favoreció con la introducción de su próximo libro *Ensayos cristianos;* el sociólogo cordobés Raúl A. Orgaz, con "Dualismo histórico"; Fernández Moreno con cuatro piezas de su nueva colección anunciada, *Versos de Negrita;* el profesor Chiabra con dilucidaciones que tituló "Flatus vocis"; Roberto F. Giusti, co-director de

Nosotros, con un retrato de "El hombre sin inquietud"; el poeta ecuatoriano Medardo Angel Silva, con dos breves composiciones, y Nicolás Coronado, espíritu agudo, con oportunas reflexiones sobre Semana Santa.

Número 9. Fue dedicado íntegramente a la memoria de Amado Nervo, el poeta mexicano que llegó a Buenos Aires como ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de su país, y murió en Montevideo el 24 de mayo de 1919, a poco de su arribo al Plata. La revista reprodujo algunas páginas autobiográficas del hombre de letras y realizó una selección antológica de su lírica y de su obra en prosa. Ofreció también las siguientes colaboraciones escritas para ella: "Amado Nervo", versos de Ezequiel Martínez Estrada, que un año antes, había publicado su primer libro, *Oro y piedra;* "El misticismo de Amado Nervo,", por Alfonsina Storni; "Amado Nervo como filósofo", por Moisés Kantor; "En la muerte de Amado Nervo", versos de Rosa García Costa; "Ofrenda", por Enrique Herrero Ducloux; "El que venía y se fue", por Alberto Mendióroz; "Cor Cordium", por Folco Testena, y "Un místico práctico", por Edmundo Montagne.

Número 10. Contiene: un estudio, "La prosa", de Arturo Marasso; una poesía de Ernesto Mario Barreda; "Ensayos breves", de Delfina Bunge de Gálvez; "Amistad de solteras", cuento de Eduardo Barrios, el vigoroso narrador chileno que el año anterior había publicado su gran novela *Un perdido;* un soneto de Medardo Angel Silva, perteneciente a un libro que no alcanzó a publicar, pues el joven poeta se había suicidado, poco antes, en Quito, y "Cabaret", primer capítulo de la novela de Manuel Gálvez, *Nacha Regules,* que habría de obtener, algo después, tan resonante popularidad.

Número 11 - 12. Fue el último. Las quince primeras páginas correspondieron a la colaboración de Manoel Gahisto, crítico parisiense muy vinculado a los escritores hispanoamericanos, quien escribió sobre "Un poeta belga de hoy: Maurice Gauchez". Siguieron dos fragmentos de *El teniente coronel fray Luis Beltrán,* evocación dramático-heroica que preparaba Arturo

Giménez Pastor, versos firmados por Jorge Max Rhode, y un fragmento de la novela, todavía sin título, que escribía el autor platense Benito Linch, y que alcanzó el éxito mayor, sin duda de todas las suyas: *El inglés de los güesos*. Uno de los primeros trabajos en prosa de Martínez Estrada, "Cenicientas, pero más tristes"; tres poesías de lengua inglesa vertidas al español por un colaborador anónimo, y "El vaso del misterio", nuevo cuento de R. Francisco Mazzoni, completaron los materiales, además, naturalmente, de las secciones fijas, que aparecieron en todos los números, con excepción del noveno.

La agitación estudiantil de aquellos días alteró la vida universitaria del país; en La Plata adquirió aspectos trágicos, provocó la clausura prolongada de las aulas y afectó, con disidencias profundas, la armonía de nuestra Asociación; ésta no tardó en desaparecer para siempre. La revista no hubiera podido conservar su fisonomía espiritual, y decidimos cortar su existencia al imprimir el índice del segundo tomo.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

"VALORACIONES": ÓRGANO DEL GRUPO DE ESTUDIANTES "RENOVACIÓN"

Durante la crisis que afectó a la Universidad de La Plata en los años 1919-20 y sus derivaciones en los establecimientos secundarios dependientes de aquélla, se fueron vinculando varios estudiantes, graduados y profesores que actuaban en la izquierda reformista. No tenían organización estable ni ideología uniforme. Sus integrantes estaban unidos por lazos de amistad y de militancia universitaria, tomando finalmente el nombre de "Renovación" del periódico que publicaba la Federación Universitaria de La Plata, en cuya redacción y distribución habían participado casi todos ellos.

Las primeras manifestaciones públicas del Grupo Renovación fueron de índole teatral. Algunos de sus componentes venían interviniendo desde 1918 en los festivales estudiantiles de primavera, tradicionales por entonces en La Plata; luego ampliaron esta actividad hasta hacer de ella su expresión característica. Ocasionalmente actuaban en política universitaria, especialmente en la Facultad de Humanidades, donde sostuvieron la candidatura del doctor Alejandro Korn para decano, publicando con posterioridad varios números del periódico *Bandera Violeta*, también de tendencia reformista. (El color violeta era el distintivo de la Federación Universitaria de La Plata y ha llegado a ser el de la Federación Universitaria Argentina). Finalmente, comunes inquietudes intelectuales y parejos puntos de vista respecto a la universidad y a la cultura, determinaron una conjunción de esfuerzos que

dio por resultado la fundación de la revista *Valoraciones*.

La iniciativa concreta partió de Héctor Ripa Alberdi quien, a mediados de julio de 1923, nos reunió en su casa a Guillermo Korn y al que esto escribe, para interesarnos en la publicación de una revista de cultura general, espíritu universitario y carácter polémico. Tenía ya pensado el nombre y redactados el programa y algunos comentarios de crítica literaria. El nombre de la revista había sido sugerido por el doctor Coriolano Alberini, quien, sin formar parte del grupo redactor, inspiró algunos cáusticos comentarios.

Héctor Ripa Alberdi era por entonces la figura más prestigiosa del ambiente juvenil platense y una de las de mayor porvenir en las letras argentinas. Tenía veintiséis años y se había dedicado por entero al cultivo de las humanidades, formando parte del personal docente de la Facultad homónima. Dos libros de versos —*Soledad* y *Reposo Musical*— y varios estudios de crítica literaria, (1), acreditaban su sensibilidad reposada y su capacidad reflexiva; lo que no fue obstáculo para que actuara en las más ásperas jornadas reformistas: "poeta y luchador" lo llamó Pedro Henríquez Ureña en sus honras fúnebres. En setiembre de 1921 presidió la delegación argentina al primer Congreso Internacional de Estudiantes reunido en México, donde tuvo una actuación tan brillante como cordial. Allí se vinculó y ganó para la simpatía argentina, al grupo de jóvenes intelectuales y artistas que secundaba la obra de José Vasconcelos en materia educacional: Pedro Henríquez Ureña, Daniel Cosío Villegas, Vicente Lombardo Toledano, Julio Torri, Salomón de la Selva, Roberto Montenegro, Manuel Gómez Morán, Carlos Pelliser, Eduardo Villaseñor. Volvió a la Argentina por Lima donde tomó contacto con los núcleos que seguían las directivas renovadoras del maestro peruano Manuel González Prada. Cuando regresó a La Plata, Ripa Alberdi había confrontado ideas y aptitudes y se hallaba maduro para la acción inte-

(1) La obra completa de Ripa Alberdi fue publicada en dos volúmenes en 1924, bajo el patrocinio del Grupo de Estudiantes Renovación.

lectual; la fundación de *Valoraciones* fue la condensación de este estado anímico.

Ripa Alberdi declinó desde el comienzo la dirección de la revista. Entonces se invitó a participar de la empresa a Carlos Américo Amaya, que cultivaba privadamente los estudios filosóficos y proyectaba una revista de tal carácter. El acuerdo fue rápido y sin reservas: *Valoraciones* apareció bajo la dirección de Amaya desde setiembre de 1923 hasta enero de 1925 (cinco números).

La iniciativa contó con el inmediato auspicio y la decidida colaboración de varios núcleos y personalidades. Mencionemos en primer lugar al doctor Alejandro Korn, bajo cuyo patrocinio intelectual (y reiteradamente económico) se publicaba la revista; empresa que, en cierto modo, vino a resumir la intensa actividad filosófica y universitaria del autor de *La libertad creadora*. (2).

El doctor Arnaldo Orfila Reynal fue el animador de los distintos aspectos del Grupo Renovación, y quien le procuró contactos más variados y provechosos. Hombre en quien el pensamiento y la acción forman un todo coherente y simultáneo, Orfila había participado con anterioridad a la época que nos ocupa, en las más importantes empresas estudiantiles y culturales que tuvieron por escenario La Plata. En 1916 fue de los iniciadores de la Asociación de ex alumnos del Colegio Nacional, entidad que anticipó el clima y los objetivos del Grupo Renovación. En julio de 1918 representó a la Federación Universitaria platense en el primer Congreso Nacional de Estudiantes realizado en Córdoba, donde se echaron las bases de la Reforma Universitaria. Entre octubre de 1919 y julio de 1920 el movimiento reformista agitó las aulas platenses y en él tuvo Orfila una actuación consagratoria: miembro del consejo directivo de la Federación Universitaria y

(2) Sobre la vida y obra de Alejandro Korn (1860-1936) se ha escrito mucho, siendo su panegirista más constante don Francisco Romero. La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación tiene en ejecución un volumen de homenaje al filósofo desaparecido, en el que colaboran prestigiosos pensadores del país y del exterior.

secretario de su órgano oficial *Renovación,* dio al movimiento estudiantil una proyección y un empuje desusados en aquellos tiempos. En cierto modo, allí estaban las semillas del grupo editor de *Valoraciones.* Formó parte, como hemos visto, de la representación universitaria argentina al primer Congreso Internacional de Estudiantes reunido en México, y fue comisionado por éste para coordinar la acción estudiantil europeo-americana. Orfila se mantuvo constantemente en la acción reformista, no obstante sus compromisos profesionales (tuvo una farmacia en el pueblo bonaerense de La Colina y estableció una Usina pasteurizadora en La Plata); y luego de la aventura de *Valoraciones* que venimos reseñando, se incorporó a las filas del socialismo y fundó la Universidad Popular Alejandro Korn (UPAK), sin discusión la empresa de cultura popular de mayor envergadura con que ha contado La Plata. Ése es el capítulo más brillante y generoso de la actividad pública del Dr. Orfila, al menos en tierras argentinas, pues es notorio su éxito actual al frente de la poderosa editorial mexicana Fondo de Cultura Económica.

También fue de los primeros colaboradores de *Valoraciones* el escritor José Gabriel, radicado por entonces en La Plata, donde desempeñaba una cátedra de Literatura en el Liceo de Señoritas y donde dirigió la primera Casa del Estudiante que funcionó como tal en el país. José Gabriel tenía acreditada una extensa labor periodística e intelectual en Buenos Aires, habiendo sido uno de los iniciadores del Colegio Novecentista. Su contradictorio espíritu lo segregó pronto del grupo Renovación, aunque se mantuvo vinculado a las actividades teatrales del mismo.

Merece un recuerdo especial don Arturo Costa Álvarez, lingüista de proyecciones continentales, aunque de arraigado espíritu localista. Ni por su edad ni por sus preocupaciones pertenecía al grupo Renovación; pero su espontáneo disconformismo con la ciencia oficial lo ponía en línea paralela con las irreverencias juveniles. Su tesonera labor de lingüísta careció, quizás, del rigor necesario en las lides filológicas, mas

sus aportaciones al estudio de nuestro idioma quedarán como construcciones firmes. Con don Alejandro Korn constituía la pareja de *"anciens-terribles"* que, en la soledad inalterada de la biblioteca del Jockey Club, comentaba sucesos y personas de actualidad, rememoraba finuras conservadoras y afianzaba su cariño por la ciudad universitaria con reiterados *fernets*.

Además de los contactos individuales, pronto se establecieron vínculos con grupos afines: *Inicial, Martín Fierro, Proa*. Evar Méndez, Brandan Caraffa, Homero Guglielmini, Oliverio Girondo, Ricardo Güiraldes, Jorge Luis Borges condescendían con los provincianos neokantianos y presuntamente almafuertistas, a los que destinaban (honor insigne) sus más agudos ovillejos y epitafios. Estas relaciones se mantenían por intermedio del fino poeta y corrosivo comentarista Francisco López Merino, cuya trágica muerte sigue enlutando la que se dio en llamar "escuela poética platense".

En setiembre de 1923, coincidiendo con el Día del Estudiante y bajo la dirección de Carlos Américo Amaya, apareció el primer número de *Valoraciones*. Constituía un volumen de 58 páginas, en formato mayor, papel semipluma y tapas de color arena. Guillermo Korn, que oficiaba de secretario de redacción y de diagramador, había dibujado el título en un elegante estilo caligráfico que permaneció invariable los cinco primeros números. El contenido de la primera entrega era un tanto heterogéneo. Al incisivo material preparado por Ripa Alberdi, que le daba actualidad y sabor, se le agregó el trasnochado texto de una conferencia del doctor Herrero Ducloux sobre la alquimia en *Las mil y una noches*, un reticente artículo de José Gabriel contra el *Manual de pronunciación española*, de Navarro Tomás y la traducción de una nota sobre el escultor Iván Mestrovic. Los artículos de fondo no respondían, evidentemente, al espíritu demoledor de que se preciaba el grupo editor; solamente las secciones de reseñas bibliográficas y de comentarios universitarios estaban a la altura de sus dudosos antecedentes.

La nota estrepitosa del primer número de *Valoraciones* fue una travesura literaria de Ripa Alberdi. En un fingido reportaje al "espíritu" del doctor Alberini hizo la presentación de una especie de "robot" fabricado en el gabinete psicopedagógico de la Facultad de Humanidades, el que, irreverente y por último autónomo, se dedicaba implacablemente a calibrar capacidades profesorales y densidades intelectuales. La inesperada desaparición de Ripa Alberdi malogró este moderno escrutinio quijotesco, que provocó el consiguiente revuelo en el mundillo académico.

El segundo número de *Valoraciones* tuvo un contenido totalmente inesperado: estaba consagrado a la memoria de Héctor Ripa Alberdi, fallecido el 23 de noviembre de 1923, luego de una breve enfermedad. Recuerdos, elogios y semblanzas del escritor desaparecido constituyeron el grueso del material, completado por una selección de la obra poética y doctrinaria de Ripa Alberdi y alguna poesía inédita. No obstante este material circunstancial, las secciones fijas que constituían el crédito de la revista, afirman su calidad analítica y su garra polémica.

El carácter y la orientación de *Valoraciones* se estabilizaron con el contenido del número 3, aparecido en abril de 1924. Nueve nutridos artículos sobre temas filosóficos y doctrinarios, debidos, entre otros, a Alejandro Korn, Gregorio Bermann, Carlos Astrada, Carlos Sánchez Viamonte, Arturo Marasso y Daniel Cosio Villegas, pusieron a la revista platense por encima del nivel corriente en publicaciones hispanoamericanas de su misma índole; aunque dicho material contribuyó a darle cierto empaque académico que fue rápidamente captado y explotado por el humor de las peñas literarias porteñas. Así, el "grupo de Florida" hizo circular por algún tiempo el término "neokantiano" como un sinónimo de pesado, y el "grupo de Boedo" despuntó su marxismo latente presentando las modestas reuniones manducantes del grupo Renovación como pantagruélicos banquetes ugartistas.

Este empaque incipiente adquirió proyecciones alarmantes con el número 4, puesto en circulación en

julio de 1924 y dedicado a Kant en el segundo centenario de su nacimiento. Ciento setenta páginas de densas especulaciones neokantianas, bajo la advocación de la vieja guardia (Korn, Quesada, Martínez Paz, Orgaz) comprometieron la línea militante del grupo Renovación y amenazaron convertir a *Valoraciones* en uno de nuestros habituales sarcófagos literarios. Visto a la distancia y como expresión de madurez filosófica, el número "kantiano" adquiere un valor antológico; pero era entonces la negación de lo que ambicionaba el núcleo editor. Por otra parte, las finanzas de la revista hicieron crisis por primera vez, obligando a un prolongado hiato de seis meses entre la aparición del número 4 y del número 5.

De hecho, el sostenimiento de *Valoraciones* recaía en las aportaciones periódicas de Alejandro Korn, quien separaba mensualmente de su sueldo de profesor alguna cantidad para cubrir el costo de impresión. Las suscripciones eran escasas y los avisos más simbólicos que "contantes". Los arbitrios comunes en estas empresas desinteresadas terminaron, como de costumbre, gravitando sobre los recursos de un paciente y esquilmado Mecenas. Permítasenos a este respecto, una referencia personal. En aquellas circunstancias me hice cargo de la administración de la revista, sin otro resultado que recoger de quioscos y librerías, casi intactos, los paquetes del famoso "número kantiano" y mezclar con los escasos e irreales avisos unas transcripciones y relatos de dudoso humor; con lo que se logró volatizar, aún más los avisos y aumentar el peso específico de las colaboraciones.

Con el número 5, puesto en circulación en enero de 1925, hizo crisis una amistosa divergencia interna que ocasionó el cambio de la dirección de la revista. Carlos Américo Amaya, con vinculaciones intelectuales fuera del grupo Renovación, insistía en acentuar lo que llamaríamos el espíritu teórico de *Valoraciones;* otros queríamos imprimirle un carácter de actualidad militante dentro del nivel cultural ya alcanzado. El resultado fue que se le ofreció la dirección de la revista a don Alejandro Korn y Amaya, con Carlos Sán-

chez Viamonte y Julio C. González, fundaron *Sagitario*, orientada especialmente hacia las cuestiones jurídicas y sociales. La Plata contó así con las dos publicaciones de mayor fuste intelectual del país en aquel momento.

El número 6 inició, pues, la segunda etapa de *Valoraciones*. Se cambió la fría y uniforme tapa amarilla por una variedad de cartulinas de colores cálidos que variaban de número a número. También se modificaron las características tipográficas de la portada y en general la diagramación que tenía a su cargo Guillermo Korn. Una variada y cambiante colección de viñetas, principalmente con motivos mexicanos, daban a *Valoraciones* un aspecto animado y un tanto exótico.

Más significativos fueron los cambios internos. Don Alejandro Korn (el "viejo Korn" como se lo aludía corrientemente) insistió en que la revista fuera en realidad de los estudiantes del grupo Renovación; y a eso se debió que entre los artículos del número 6 aparecieran algunos trabajos de menor densidad que habían sido escritos como simples comentarios.

A despecho de estas incoherencias juveniles algo nuevo y distinto se patentizaba en las páginas de *Valoraciones*: la presencia concreta y multiforme de Pedro Henríquez Ureña. Las vinculaciones establecidas en 1921 por Ripa Alberdi, Orfila y Dreyzin, con la *élite* intelectual y revolucionaria que secundaba la obra renovadora de José Vasconcelos motivaron la radicación del consagrado escritor dominicano-mexicano en La Plata. Henríquez Ureña había estado en la Argentina en 1922 formando parte de la embajada extraordinaria que México envió al Brasil en celebración del primer centenario de la independencia de la colonia portuguesa. Entonces manifestó su deseo de radicarse en nuestro país, cuyo ambiente intelectual y social prefería al de los otros países hispanoamericanos. Orfila fue el vehículo de estas operaciones y con la eficiente mediación de Rafael Alberto Arrieta, Don Pedro fue designado profesor de Castellano en el colegio nacional.

No obstante sus características personales, que podríamos calificar de tropicales, Henríquez Ureña se incorporó sin violencia al medio argentino, que lo acogió con un afecto digno y sincero. Estableció su hogar en La Plata, y él fue el punto de reunión y la tertulia literaria del hasta entonces errante grupo Renovación. Al mismo tiempo hizo de las páginas de *Valoraciones* su tribuna intelectual: en ellas aparecieron sus exquisitos estudios *Caminos de nuestra historia literaria* y *En busca del verso puro,* que revelaban la madurez mental del autor de *La versificación irregular.* Sus comentarios sobre temas literarios y culturales dieron agilidad y variedad a las secciones fijas de la revista. No sólo procuró a ésta colaboraciones de alta calidad, sino que impulsó a los más jóvenes a tratar cuestiones teóricas con finura y calor humano. No es el menor mérito de Henríquez Ureña el haber descubierto entre sus innumerables alumnos a aquellos que constituirían auténticas revelaciones. Bastará recordar a este respecto, entre otros, los nombres de Eugenio Pucciarelli, Aníbal Sánchez Reulet, Enrique Anderson Imbert, Enrique Moreno.

El número 7 alcanzó la estabilización de la nueva modalidad de la revista. Siete enjundiosos y a la vez ágiles artículos de fondo, que abarcaban desde la especulación filosófica a la historia literaria, la música y la pintura, evidenciaban la amplitud de la temática de *Valoraciones.* Al mismo tiempo se hacía más certera la crítica bibliográfica y más punzantes los comentarios de actualidad, especialmente los de asuntos universitarios. Se incorporó una nueva sección fija a las ya existentes, destinándosela a la transcripción de piezas teatrales breves, de carácter experimental. La parte gráfica también mejoró notablemente, dándose a conocer cuadros y dibujos de pintores renovadores.

Los números 8 (noviembre de 1925), 9 (marzo de 1926) y 10 (agosto de 1926) mantuvieron el carácter y la calidad de los números precedentes. Por lo común se iniciaban con un trabajo de Alejandro Korn o de Henríquez Ureña y el resto del material guardaba ese nivel. En el número 10 comenzó a colaborar Francisco

Romero, que habría de constituirse en el orientador del grupo Renovación a la muerte de Alejandro Korn. En ese mismo número se publicó un conjunto de dibujos bajo el rubro de Primer Salón de Escritores. La iniciativa, promovida por Guillermo Korn, logró reunir muestras de las dudosas habilidades plásticas de Oliverio Girondo, Leopoldo Marechal, Eduardo Mallea, Vicente Fatone, Córdoba Iturburu, González Carbalho, Francisco López Merino, Ricardo Güiraldes y Jorge Luis Borges, entre otros. No se registraron revelaciones ni barruntos de genios.

Las finanzas iban empeorando y anunciaban una irremediable catástrofe final. Entre el número 11 (enero de 1927) y la dificultosa aparición del número 12 transcurrió casi año y medio. No había modo de sufragar los gastos si se quería mantener el nivel material e intelectual que había alcanzado. Con la brevedad y melancolía de un responso, la dirección (es decir, el sufrido "viejo Korn") anunció en mayo de 1928 la imposibilidad de superar las dificultades financieras y el cese de la aparición de *Valoraciones*.

Sin claudicaciones ni estridencias se cerró así un ciclo de nuestra vida intelectual, expresión de lo que la ciudad de La Plata era capaz de crear o de concitar.

APÉNDICE

La circunstancia de ser muy escasas las colecciones completas de *Valoraciones* (no la tienen, por lo pronto, ni la Biblioteca Central de la Universidad ni la de la Facultad de Humanidades), nos induce a transcribir el sumario de los doce números aparecidos, en la seguridad de que los estudiosos encontrarán en ellos muchos materiales de interés. Se ha procurado individualizar los trabajos anónimos, firmados con iniciales o disimulados bajo la socorrida indicación de La Redacción.

Número 1 (setiembre de 1923).

Artículos: Intenciones (s. f.= Héctor Ripa Alberdi). *La alquimia en "Las Mil y Una Noches"*, por Enrique Herrero Ducloux. *Iván Mestrovic*, por Heinrich Ritter; traducción especial para *Valoraciones*. *Una rebeldía*, por José Gabriel (a propósito del *Manual de pronunciación española* de Navarro Tomás).

Bibliografía: Enrique Mouchet, *El lenguaje interior y los trastornos de la palabra* (Aníbal Ponce). Julio Noé, *Nuestra literatura* (H. R. A. = Héctor Ripa Alberdi). José Ortega y Gasset, *España invertebrada. Bosquejo de algunas permanentes históricas* (C. A. A. = Carlos Américo Amaya). Juan Ramón Jiménez, *Segunda antología poética* (F. L. M. = Francisco López Merino).

Comentarios: Última palabra (sobre la reforma universitaria). (H. A. = Héctor Ripa Alberdi). Leopoldo Lugones (s. f. = Héctor Ripa Alberdi). Autores que ya no leemos (H. A. = Héctor Ripa Alberdi).

Vida anecdótica: El cripto-pedagogismo y las "Memorias del Intelectómetro" (La Redacción = Héctor Ripa Alberdi).

Noticias: La libertad de la India y el proceso de Gandhi. Romain Rolland se dirige al Grupo de Estudiantes Renovación (carta). Homenaje a Benjamín Taborga (sobre la edición de sus obras).

Ilustraciones: Reproducciones fotográficas de las esculturas de Iván Mestrovic tituladas *La joven del laúd, La música, Autorretrato* y *Madonna.*

Número 2 (enero de 1924).

Artículos: *A los lectores* (Sobre el fallecimiento de Héctor Ripa Alberdi) (L. D. = Carlos Américo Amaya). *Héctor Ripa Alberdi,* por Enrique González Martínez. *Mis recuerdos de Héctor Ripa Alberdi,* por Arturo Marasso Roca. *Héctor Ripa Alberdi,* por Jorge Max Rhode. *Héctor Ripa Alberdi,* por Julio Noé. *Poeta y luchador,* por Pedro Henríquez Ureña. *Héctor Ripa Alberdi,* por Carmelo M. Bonet. *Héctor Ripa Alberdi,* por Juana de Ibarbourou. *Sus páginas postreras,* por Francisco López Merino. *Los dos poetas,* por Alberto Mendióroz.

Selección lírica (de Héctor Ripa Alberdi): Canción de la serena esperanza (de *Soledad*). Balada de las brumas y de los vientos (de *El reposo musical*). La emperatriz de mármol (de *El reposo musical*). El labriego del alba (de *El reposo musical*). Al son de la lluvia nocturna (del libro en preparación, que no llegó a completar, *Romancero de mis venturas y querellas*). Por la unión moral de América (discurso pronunciado en el Primer Congreso Internacional de Estudiantes realizado en México). Porque os amamos profundamente (discurso pronunciado en la Universidad Popular de Lima). *—Del libro inédito "Calendario",* por Alfonso Reyes.

Bibliografía: José Vasconcelos, *Estudios indostánicos* (A. K. = Alejandro Korn). Bertrand Russell, *Principios de reconstrucción social: el progreso y el Estado* (Carlos Sánchez Viamonte). Enrique Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural: Nueva teoría de la ciencia* (Carlos Américo Amaya). Alfredo Fernández García,

Lámpara del recuerdo. Poesías (P. V. B. = Pedro V. Blake).

Comentarios: Armamentismo continental (El Grupo de Estudiantes Renovación = Carlos Américo Amaya). El estudioso argentino y el catedrático importado ante la autoridad universitaria (Arturo Costa Álvarez). Comentarios anacrónicos (sobre la renuncia del ministro de J. e Instrucción Pública Dr. Marcó) (La Redacción = Alejandro Korn).

Noticias: España en manos de los militares: Nos escribe don Miguel de Unamuno. *Corrientes filosóficas en la medicina actual* (traducción de un artículo del profesor alemán Th. Ziehen). Revista de Occidente, dirigida por José Ortega y Gasset (Noticia sobre su aparición, redactada por Carlos Américo Amaya). Sobre creación de una cátedra de historia de la medicina en la Universidad de Córdoba, por Gregorio Bermann.

Ilustraciones: Héctor Ripa Alberdi (retrato).

Número 3 (abril de 1924).

Artículos: *Esquema gnoseológico,* por Alejandro Korn. *La quimera intelectualista,* por Gregorio Bermann. *El esteticismo,* por Carlos Astrada. *Opinión pública y voluntad social* (*Ensayo político*), por Carlos Sánchez Viamonte. *Filosofía del diletantismo,* por Benjamín Taborga. *Píndaro en la literatura castellana,* por Arturo Marasso. *La pintura en México,* por Daniel Cosío Villegas. *El secreto idealismo,* por Eduardo Ripa. *Mahatma Gandhi,* por Romain Rolland (traducción autorizada hecha por Carlos Américo Amaya).

Bibliografía: Azorín, *Don Juan, novela* (R. Z. = ?. Fernández Moreno, *El hogar en el campo* (Eduardo Ripa).

Comentarios: El destierro de Unamuno (La Redacción = Carlos Américo Amaya). Intrusos (sobre el domicilio real de las autoridades universitarias) (Alejandro Korn). Estudios sobre la gramática americana de la lengua española (Carta abierta de Arturo Costa Álvarez a C. Carroll Marden, de Pricenton).

Noticias: Hacia un nuevo humanismo, por José Ortega y Gasset (prólogo de la *Historia de la filosofía* de Vorlander). El espíritu de América (cartas cambia-

das entre Romain Rolland y Vasconcelos). A propósito de *La libertad creadora* (carta de Enrique González Martínez).

Ilustraciones: Tres aspectos de los frescos ejecutados por Roberto Montenegro en la Sala de Conferencias Libres de la ciudad de México (fotografías). Reproducción de dos apuntes al lápiz de Diego Rivera. Dibujo-retrato de Romain Rolland, por Granié. Dibujo-retrato anónimo de Mahatma Gandhi. Retrato estilizado de Miguel de Unamuno, por Mariano Montesinos.

Número 4 (Julio de 1924).

Artículos: *Homenaje de la juventud a Kant,* por La Dirección (Carlos Américo Amaya). *Kant,* por Alejandro Korn. *Kant y Spengler,* por Ernesto Quesada. *El neokantismo y la filosofía actual,* por Raúl A. Orgaz. *Influencia de Kant sobre la filosofía jurídica contemporánea,* por Enrique Martínez Paz. *El individualismo jurídico de Kant (Reflexiones)* por Carlos Sánchez Viamonte. *El juicio estético,* por Carlos Astrada. *La estética de Kant,* por Moisés Kantor.

Bibliografía: Córdoba Iturburu, *El árbol, el pájaro y la fuente. Poesías* (Francisco López Merino). Ricardo Rojas, *Eurindia: ensayo de estética fundada en la experiencia histórica de las culturas americanas* (Juan Antonio Villoldo). Alfredo L. Palacios, *El nuevo derecho* (A. A. = ?). Ernesto Quesada, *La época de Rosas* (Livia Alesso). Anales de la Facultad de Ciencias de la Educación, Paraná (R. J. = ?). José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo* (Carlos Américo Amaya).

Comentarios: Romain Rolland y la juventud de América (carta a Carlos Américo Amaya). *El Quijote en la exégesis de Unamuno,* por Alfredo Fernández García. *Kant en la Universidad de Montevideo* por A. M. Grompone. Anatole France (La Redacción = Alejandro Korn). *La Reforma Universitaria: intentos de sistematización; contenido de la Reforma* por Julio Dillon. Comentarios anacrónicos (sobre la situación de la Universidad de La Plata) (La Redacción = Alejandro Korn). El movimiento universitario de Córdoba (Seguido del discurso pronunciado por el Dr. Barros) (La Redacción = Carlos Américo Amaya).

Noticias: *Obreros hay que hacer política. Las dos vanguardias* (fragmentos de un trabajo), por Luis de Zulueta. *Glosas,* por Eugenio D' Ors. Mensaje de Waldo Frank a los intelectuales hispano-americanos (dirigido a Alfonso Reyes). Segundo Congreso de Química (1º sudamericano) (La Redacción = ?).

Ilustraciones: Kant (grabado de autor anónimo).

Número 5 (enero de 1925).

Artículos: *Croce,* por Alejandro Korn. *La estética de Croce,* por Samuel Ramos. *Jean Royere y "La Phalange",* por Francisco Contreras. *El mensaje de la India,* por Romain Rolland. *Sobre la obra pictórica de Emilio Pettoruti,* por Pedro Henríquez Ureña. *Los problemas poéticos,* por Guillermo Windelband (Traducción del doctor Francisco N. d'Andrea). *Brujas, Venecia del norte y el triunfo del goticismo,* por Fernán Félix de Amador. *Los estudios históricos en la Argentina (Fragmento de un prólogo),* por Narciso Binayán.

Bibliografía: Antonio Machado, *Nuevas canciones* (Z. R. = ?). Enrique González Martínez, *El romero iluminado* (Arturo Vázquez Cey). Alfredo Goldsack Guiñazú, *El oro del silencio. Poesías* (Alfredo Fernández García). Eduardo González Lanuza, *Prismas* (Horacio Ferreyra Díaz). Carlos Astrada, *La realpolitik. De Maquiavelo a Spengler* (Eduardo Ripa). *Evolución de las ciencias en la República Argentina: Evolución de la física,* por Ramón T. Loyarte; *Las ciencias químicas,* por Enrique Herrero Ducloux; *Las matemáticas en la Argentina,* por Claro Cornelio Dassen; *Los estudios botánicos,* por Cristóbal M. Hicken (A. K. = Alejandro Korn). Benito Lynch, *El inglés de los güesos* (Maruja Bellini = María de Villarino).

Comentarios: La libertad (respuesta de Tagore a una encuesta). Tagore y la civilización argentina (La Redacción = Pedro Henríquez Ureña). Pablo Curatella Manes (Pedro V. Blake). Comentarios anacrónicos (sobre la reelección del presidente de la Universidad de La Plata, doctor Nazar Anchorena) (L. R. = Alejandro Korn). Don Atanasio Duarte (L. R. = Alejandro Korn). En el centenario de Ayacucho (saludo a Haya

de la Torre) (El Grupo de Estudiantes Renovación = Alejandro Korn).

Ilustraciones: Reproducción de los cuadros de Pettoruti *Retrato de mi amigo, La dama del vestido violeta, I ballerini* (tricomía). Retrato-dibujo de Rabindranath Tagore (anónimo). Una vieja calle de Brujas (fotografía).

Número 6 (junio de 1925).

Artículos: *Einstein,* por Ramón G. Loyarte. *Caminos de nuestra historia literaria,* por Pedro Henríquez Ureña. *En torno a Pérez de Ayala,* por Carlos María Onetti. *Jiménez, Platero y yo,* por Juan Manuel Villarreal. *El interior de la estatua. Consideraciones acerca del anecdotario de Jean Jacques Brusson "Anatole France en zapatillas",* por Luis Aznar. *Un poeta de la revolución alemana,* por Ingeborg Simons. *Ortega y Gasset y la novela,* por Eduardo Ripa.

Teatro sintético: *I, La bruja. II, La Gabriela,* por Eduardo Villaseñor.

Bibliografía: Alfredo Franceschi, *Ensayo sobre la teoría del conocimiento* (A. K. = Alejandro Korn). Benito J. Carrasco, *Parque y jardines* (E. D. = Enrique Dreyzin). *Biblos,* revista bimestral (A. C. A. = Arturo Costa Álvarez). Jorge Paz, *Los atormentados* (G. K. = Guillermo Korn).

Comentarios: El intelectómetro (L. R. = Alejandro Korn). Einstein (L. R. = Alejandro Korn. *Tradición* (L. R. = Alejandro Korn). *La contrarreforma.* (L. R. = Alejandro Korn). De la España joven (Luis Aznar). Notas de arte: El arte mexicano en Buenos Aires. Adolfo Travascio (L. R. = Pedro Henríquez Ureña) Valoraciones (sobre el cambio de dirección) (Alejandro Korn).

Ilustraciones: Reproducciones de los óleos de Adolfo Travascio titulados *La catedral, Frutas y Naturaleza muerta;* y de los de Manuel Rodríguez Lozano titulados *Isabel* y *Los novios.* Einstein, grabado en linoleun (s. f. = Guillermo Korn).

Número 7 (setiembre de 1925).

Artículos: *Nuevas bases,* por Alejandro Korn. *El último diccionario de la Academia,* por Arturo Costa Álvarez. *Caminos de nuestra historia literaria,* por Pe-

dro Henríquez Ureña. *Du coté de chez Proust*, por Carlos María Onetti. Teatro sintético: *La puerta reluciente*, drama de Lord Dunsany. *Le Pacific. Manifiesto sinfónico de Honreger*, por Ricardo Güiraldes. *Réplica a una nota crítica*, por Alfredo Franceschi. *Lo útil y lo bueno, van de la mano*, por Pedro Figari. *¿Hacia un arte americano?*, por Guillermo Korn.

Bibliografía: Jorge Luis Borges, *Inquisiciones* (Alfredo Fernández García). Oliverio Girondo, *Calcomanías* (L. A. = Luis Aznar). Antonio Herrero, *Vidas ejemplares*: *'Alfredo L. Palacios* (Arturo Costa Álvarez). Melchor Fernández Almagro, *Vida y obra de Ángel Ganivet* (J. M. G. = José Mora Guarnido). Rómulo D. Carbia, *Historia de la historiografía argentina* (A. K. = Alejandro Korn). González Carbalho, *El libro de Ángel Luis* (F. L. M. = Francisco López Merino). Francisco Luis Bernárdez, *Alcándara (Imágenes)* (Horacio Ferreyra Díaz).

Comentarios: Maestros de la juventud (L. R. = Alejandro Korn). Organicemos nuestra cultura: Las bibliotecas (L. R. = Pedro Henríquez Ureña). Nuestra crítica de arte (L. R. = Pedro Henríquez Ureña). Situación parisiense y situación bonaerense (L. R. = Pedro Henríquez Ureña). El centenario de Bolivia (El Grupo Renovación = Alejandro Korn).

Ilustraciones: Reproducción fotográfica de los óleos de Pedro Figari *El gato* y *Candombe;* de *Retrato* de Emilio Pettoruti; de *Paisaje* de Adolfo Travascio; de *Retrato y Paisaje* de Julio Castellanos. Dibujo (de niño mejicano anónimo). Caricatura de Oliverio Girondo por Julio Castellanos. Viñetas de Rodríguez Lozano, Adolfo Travascio, Guillermo Korn y A. Best.

Número 8 (noviembre de 1925).

Artículos: *José Ingenieros* (Transcripción de la oración fúnebre pronunciada por Alejandro Korn en el sepelio de aquel). *La escuela exegética y la escuela científica en derecho civil. A propósito de la reforma del Código Argentino*, por Enrique V. Galli. *La mala suerte del Instituto de Filología*, por Arturo Costa Álvarez. *El teatro del disconformismo. Un aspecto de Pirandello*, por Homero M. Guglielmini. *Federico Lanau, gra-*

bador y ceramista, por José Mora Guarnido. *Sonambulismo vital,* por Carlos Astrada. *Próceres,* por José Fonrouge. *Un cambio de orientación en las ciencias biológicas,* por Manuel Rosés Lacoingne.

Teatro sintético: *La fiesta del Señor de la Nave,* por Luigi Pirandello (Traducción de María Rosa Oliver, especial para *Valoraciones*).

Bibliografía: H. G. Wells, *La llama inmortal* (Francisco Romero). Lidia Peradotto, *La logística* (A. K. = Alejandro Korn). Francisco López Merino, *Las tardes* (Evar Méndez). Manuel Núñez Reguiro, *Fundamentos de la Anterosofía* (C. M. O. = Carlos María Onetti). Antonio de Tomaso, *Socialismo defensa nacional y paz* (M. S. = Mario Sciocco).

Comentarios: Apostillas al Salón (L. R. = Luis Aznar). Organicemos nuestra cultura: Las bibliotecas (L. R. = Pedro Henríquez Ureña). Maestros de la juventud (L. R. = Alejandro Korn). Alfonso Reyes desde París (Fragmentos de una carta). Edwin Elmore (sobre su asesinato) (El Grupo Renovación = Alejandro Korn).

Ilustraciones: Cerámicas y grabados de Federico Lanau. Caricatura de Francisco López Merino por Luis M. Saraví. Viñetas de Travascio, Castellanos, Fernández Ledesma y G. Korn.

Número 9 (marzo de 1924).

Artículos: *Bergson,* por Alejandro Korn. *Hacia un nuevo teatro,* por Pedro Henríquez Ureña. *El tamaño de mi esperanza,* por Jorge Luis Borges. *Sobre un pintor mexicano,* por Alfonso Reyes. *Las pipas de Alfonso Reyes,* por León Pacheco. *Un poeta uruguayo,* por Carlos María Onetti. *La deshumanización del arte,* por Jaime Torres Bodet. *Celuloide,* por Leopoldo Hurtado. *El credo epicúreo de Juan Hirsuto,* de Schelling (Traducción de esta poesía satírica hecha por Alejandro Korn). *La buena suerte del Instituto de filología,* por Ana Julia Darnet.

Teatro sintético: *El ayuda de cámara,* por Corpus Barga.

Bibliografía: *Antología de la poesía argentina moderna,* 1900-1925, ordenada por Julio Noé (Pedro Hen-

ríquez Ureña). B. Sanín Cano, *La civilización manual y otros ensayos* (Pedro Henríquez Ureña). Jorge Luis Borges, *Luna de enfrente* (Emilio Suárez Calimano). Alberto Palcos, *La vida emotiva* (A. K. = Alejandro Korn). José Carlos Mariategui, *La escena contemporánea* (Alejandro Korn). Last Reason, *A rienda suelta* (Leopoldo Marechal).

Comentarios: Vasconcelos en el Uruguay (José Mora Guarnido). Tiempos nuevos (sobre la elección de Ricardo Rojas como rector) (L. R. = Alejandro Korn). La reconquista de América (L. R. = Luis Aznar). Arte americano (L. R. = Pedro Henríquez Ureña). Maestros de la juventud: El floripondio académico (L. R. = Alejandro Korn). Los sarcófagos (sobre las revistas universitarias) (L. R. = Alejandro Korn). Héctor Roca (sobre su fallecimiento) (El Grupo Renovación = Luis Aznar).

Ilustraciones: Bocetos y fotografías de decorados teatrales de Appia, Balla, Stróm y Gliese, Stern, Gontscharowa, Craig, Galvine, Urban y Travascio. Caricatura de Alfonso Reyes por Julio Castellanos. Dibujo-retrato de Jorge Luis Borges por Norah Borges. Viñetas de Rodríguez Lozano, Castellanos, Best, Travascio y Korn.

Número 10 (agosto de 1926).

Artículos: *En busca del verso puro*, por Pedro Henríquez Ureña. *El primado ético*, por Francisco Romero. *Ensayos estéticos*, por Samuel Ramos. *Cuento de las revelaciones o de la ciudad asesina*, por Enrique Amorim. *El árbol y la aurora*, por Pablo Rojas Paz. Pasajes de Plotino (Tomados de la selección de las *Enéadas*, publicada por la Universidad N. de México).

Teatro sintético: *El café chino*, por Eduardo Villaseñor.

Bibliografía: Eleuterio F. Tiscornia, *"Martín Fierro" comentado y anotado* (Arturo Costa Álvarez). Vicente Rossi, *Cosas de negros* (Jorge Luis Borges). Pablo Rojas Paz, *La metáfora y el mundo* (Aníbal Sánchez Reulet). Alfredo Colmo, *Política cultural en los países latinoamericanos* (A. K. = Alejandro Korn). Ricardo Güiraldez, *Don Segundo Sombra* (A. K. = Alejandro

Korn). *La poesía argentina* (sobre un comentario publicado en el número anterior) (P. H. U. = Pedro Henríquez Ureña).

Comentarios: La vejez del espíritu (De una carta a Francisco Romero sobre su comentario a *La llama inmortal* de Wells (Alberto Rugés). Figari, pintor (Discurso leído en la inauguración de una exposición de aquél) (Juan Manuel Villarreal). Un conflicto universitario en 1871. (Fragmento del libro de Belisario J. Montero, *Recuerdos de la vida universitaria*). Maestros de la juventud (sobre la reforma del estatuto universitario) (L. R. = Alejandro Korn). Il sommo rinoceronte (sobre un ataque a Croce) (L. R. = Alejandro Korn).

Celuloide: *El muñeco de la risa y el llanto,* por Aníbal Sánchez Reulet.

Mosaico. (Selección de frases y trozos literarios de diversos autores).

Primer salón de escritores. (Dibujos de gente de letras): *Vendedor de helados, Ubu-Roi* y *Mme Ubu-Roi,* por Olivero Girondo; *Jazz-band,* por Leopoldo Merechal; *Un escándalo literario*: *metáforas en Buenos Aires,* por Eduardo A. Mallea; *Retrato de Suzanne Després,* por Olivero Girondo; *Aldea española,* por Aníbal Sánchez Reulet; *Carlos María Onetti,* por Vicente Fatone; *Piara*: *manada de cerdos o de otros animales,* por Adelina del Carril; *Muchacha con novio ausente,* por Luis Aznar;*Sonata de invierno,* por Córdoba Iturburu; *Dibujo,* por F. T. Marinetti; *Niña del asilo,* por Ricardo Molinari; *Dibujo,* por José Moreno Villa; *Falso grabado de Norah Borges,* por Guillermo Korn; *Elevación de las almas hacia la luz por medio del amor,* por González Carbalho; *Calle con almacen rosao,* por Francisco López Merino; *Don Arturo Costa Álvarez,* por Tobías Bonesatti; *La libertad creadora*: *el creador y su cría,* por Arturo Costa Álvarez; *Compadrito de la edá de oro,* por Jorge Luis Borges; *Dibujo,* por José Gabriel; *Alberto Gerchunoff,* por Leónidas de Vedia; *El festejante,* por Oliverio Girondo; *Síntesis de la primera conferencia de Marinetti en el Coliseo de Buenos Aires,* por Ricardo Güiraldes; *Retrato de María,* por Francisco Luis Bernárdez; *Mujer*

desnuda, por E. Méndez Calzada; *El gallo de oro* y *Paisaje*, por Juan Manuel Villarreal; *Primer premio a la virtud*, por Oliverio Girondo.

Ilustraciones: Grabado en madera de Francisco Vecchioli; *Cocina mallorquina* (aguada) por Mariano Montesinos. *Figura*, óleo de Juan del Prete. *Naturaleza muerta*, óleo de Juan B. Tapia. *La madre* (madera tallada), Armario y plato (madera tallada) por Amelia Flores Ortega; Tapiz, por Edelmira F. O. de Travascio; Muebles por Adolfo Travascio. Caricaturas de Pablo Rojas Paz y de Ricardo Güiraldes por Francisco Palomar. *Mujeres con cántaros* (linograbado) por Norah Borges.

Número 11 (enero de 1927).

Artículos: *En busca del verso puro. II*, por Pedro Henríquez Ureña. *De la novela gaucha. Benito Linch*, por Carlos María Onetti. *Sobre los problemas*, por Francisco Romero. *El concepto de ciencia*, por Alejandro Korn. *Sobre la política religiosa de Méjico*, por C. Villalobos Domínguez. *Poiesis*, por Aníbal Sánchez Reulet. *El estudio de Egas*, por Raúl Andrade.

Teatro sintético: *Drama rosista con héroe ausente*, por Aníbal Sánchez Reulet.

Bibliografía: Enrique Butty, *Introducción filosófica a las teorías de la relatividad* (Francisco Romero). Rafael Alberto Arrieta, *Ariel corpóreo* (Pedro Henríquez Ureña). Julio Rey Pastor, *Los matemáticos españoles del siglo XVI* (Pedro Henríquez Ureña). Alfonso Reyes, *Pausa* (Jorge Luis Borges). Raúl González Tuñón, *El violín del diablo* (E. Suárez Calimano). Horacio Quiroga, *Los desterrados* (C. M. O. = Carlos María Onetti).

Comentarios: Bernard Shaw (Reproducción de un discurso suyo, prohibido por el gobierno inglés). Hispanoamericanismo (L. R. = Alejandro Korn). Exámenes (L. R. = Alejandro Korn). Maestros de la Juventud (sobre un himno al Duce escrito por un profesor de la Universidad de La Plata) (L. R. = Alejandro Korn). Antropología y filología (L. R. = Alejandro Korn). Los coros de Alberto G. del Castillo (infor-

mación). Reminiscencias (Con motivo de un proyecto de supresión de la Facultad de Filosofía y Letras).

Celuloide: *Varieté,* por Aníbal Sánchez Reulet.

Ilustraciones: *Raza india, La máscara del Sol, Reposo* y *Desnudo,* óleos de Camilo Egas; *Dibujo* y *Danza india* (dibujo) por el mismo pintor; *El ermitaño, Retrato del pintor Sebastián Sunyer* y *Payesa mallorquina,* óleos de Juan Sunyer; *Castillo del Rey* (Mallorca), dos linograbados de Atilio Boveri; viñetas de Rodríguez Lozano, Moreno Villa, Korn, Travascio y Castellanos.

Número 12 (mayo de 1928).

Artículos: *Cartas sin permiso,* por Alfonso Reyes. *En busca del verso puro, III,* por Pedro Henríquez Ureña. *Epístola filosófica* (dirigida al Dr. Alejandro Korn), por Alberto Rugés. *El irracionalismo,* por Samuel Ramos. *La cosa, la idea, la palabra,* por Arturo Costa Álvarez. *Góngora,* por Enrique Moreno. *Estoria de Sandalio Juentes. Ande se cuenta l'ocurrensia que le pasó a Sandalio con el alma en pena,* por Aníbal Sánchez (Reulet). *Introducción a la metafísica,* por Enrique Bergson (Traducción de Carlos María Onetti).

Bibliografía: Carlos Astrada, *El problema epistemológico en la filosofía actual* (Francisco Romero). Manuel Lizondo Borda, *Estudio de voces tucumanas. I, Voces tucumanas derivadas del quichua* (Arturo Costa Álvarez). Rudolf Grossmann, *Das auslandische Sprachgut im Spanischen des Rio de la Plata. Ein Beitrag zum Problem der argentinischen Nationalsprache* (Arturo Costa Álvarez). Ricardo Rojas, *El Cristo invisible* (A. K. = Alejandro Korn). Álvaro Melián Lafinur, *Las nietas de Cleopatra* (J. L. B. = Jorge Luis Borges). Ricardo E. Molinari, *El imaginero, poemas* (Francisco López Merino). Raúl A. Orgaz, Ernesto Quesada, Enrique Martínez Paz, *La concepción spengleriana del derecho* (Transcripción de la Rivista Internazionale di Filosofía.

Comentarios: La actuación universitaria de Juan B. Justo (A. Zeida). Renovación (sobre la elección del Dr. Ramón G. Loyarte como presidente de la Uni-

versidad de La Plata) (L. R. = Alejandro Korn). Los premios nacionales (L. R. = Alejandro Korn). Colazos de una crítica (A. K. = Alejandro Korn). Enrique Dreyzin (Oración fúnebre con motivo de su fallecimiento) (Pedro Henríquez Ureña). Valoraciones (Dando cuenta del cese de su aparición) (El Grupo Renovación Alejandro Korn).

Ilustraciones: Fotografías de Ricardo Güiraldes y de Juan B. Justo; Enrique Bergson, dibujo de J. Simont; viñetas de A. Best y G. Korn.

LUIS AZNAR

INSTANTÁNEAS DE DOS MAESTROS

Por una de las portadas del edificio de la Universidad, la que se abre sobre la escalinata de la calle 6, penetramos a los claustros de la Facultad de Humanidades. En su silencio oscuro y solitario deambulan sombras, edades lejanas, años que tienen nombres de seres. De improviso, resurge un ámbito bullicioso de alegría, inquietudes y zozobras juveniles. Y las perdidas presencias vuelven de su clausura y se iluminan, reencontradas, en un haz de sol otoñal que penetra por el vano de la entrada.

Don Pedro hace su aparición por los corredores: "Es la hora". La orden se cumple de inmediato y el aula de Historia de la Literatura Castellana se colma desordenadamente de alumnos. El rumoreo estudiantil, que continúa allí hilvanando diálogos y comentarios, se concentra de pronto en un súbito y respetuoso silencio. Entra el maestro Arturo Marasso —la colección de libros, siempre curiosos, apretados en el lado izquierdo del pecho— y nos saluda sonriendo con todo el rostro. Ya en la tarima magistral, de pie siempre, comienza la clase como si la viniera dictando desde antes de entrar y, paso a paso, inmerso en un profundo éxtasis interior, la desarrolla sin interrupción, con los ojos entrecerrados, como oficiante de un rito intelectual que consistiera en recoger dentro de sí las gavillas de un saber que ha cultivado con fervor y que transmite a sus oyentes en un continuo, incesante fluir de conocimiento, conceptos, citas de códices, con el acento entrañable, jamás perdido, de su provincia natal.

El reducido espacio ritual amplía sus límites y contornos en distancias siempre multiplicables, con los nombres eternos del Siglo de Oro. ¿Qué podrá escapar a tan sostenida, erudita disertación que semana a semana inaugura y enriquece con nuevas certidumbres? Recordamos como si fuera hoy aquella sucesión de citas que, fuera de clase y al menor requerimiento de informes, se explayaba en minuciosos datos bibliográficos capaces de superar con creces el más completo y exigente fichero. Una voz: "—Maestro ¿dónde puedo hallar algo referente a...?" La respuesta no se hacía esperar: "—Rivadeneyra, página de tal Capítulo...". Otra voz: "—¿Podría adelantarme material para mi monografía?" Y, al punto: "—Menéndez Pidal, capítulo X del tomo II". O a otra demanda: "—Menéndez y Pelayo edición de tal año". Y como es común que se sucedan nuevas preguntas, el material de investigación solicitado se enriquece, sin dialogales premuras, con acotaciones valiosas y recitaciones que podremos cotejar con el original casi al pie de la letra.

Este poder de la memoria disciplinada y ferviente del maestro de Literatura Castellana de entonces no ha rehuído nunca lo humano inmediato ni en aquellos días ni cuando en algún reencuentro, cordial siempre, revive nuestros rostros y gestos, nuestras voces y sentimientos y hasta algún color de vestido, que han quedado como semblanzas vivas y cálidas en ese otro lado de su espíritu en que su intelecto aparece dominado por el alma del poeta, que es Arturo Marasso.

El aula entretanto ha permanecido en los entreactos de su despoblamiento transitorio. Pero la sombra de don Pedro vuelve para impartir la orden de horario jamás transgredido en un solo minuto: "Señores, señoritas, Literatura Inglesa".

El enjambre se agita de nuevo. Agobiados de griegos y latines incipientes cuyas clases amenizábamos con distracciones ajenas a su disciplina o fatigados por las severas obligaciones que nos imponía el cur-

so de Filosofía de don Américo Castro y que —¡Oh irresponsabilidad estudiantil¡— salvo dos o tres alumnas descollantes sabían valorar al máximo, dábamos un gran respiro: ¡Literatura Inglesa!

Señorial, erguido, entra el profesor Rafael Alberto Arrieta, se sienta, acomoda cuidadosamente su material bibliográfico y, tras leve movimiento de cabeza que rubrica la habitual expectativa, comienza a conducirnos pausadamente a través de la geografía espiritual de los románticos de la segunda generación: Byron, Shelley, Keats... Viaje exaltado por singulares expresiones poéticas que nos encontraba atentos a todo tipo de belleza y emoción que suscitara y a todo favor de la imaginación en la que lo anecdótico prefiguraba en nuestra memoria su lejana y siempre viva proyección.

Revivo el día en que llevada por estas reminiscencias llegué a la costa italiana del Golfo de Spezzia y me detuve en Lerici, donde un 8 de julio de 1822 Shelley realizó su última y trágica aventura de mar, naufragando con su velero "Ariel".

Soplaba el viento y la borrasca oscurecía el atardecer en una casi noche. Veía alzarse allí las llamas de la hoguera que en el pinar de Viareggio, donde fue devuelto el cuerpo del poeta, devoraron en cremación sus despojos sin consumir su corazón que quedó intacto. "Corazón de corazones" como rezan las palabras de Byron inscriptas en la urna que lo guarda entre mortales cenizas.

Fue entonces, recuerdo, cuando la voz de Shelley que imponía al viento: "¡Escúchame!" pareció dictarme los versos oídos en aquellas clases y jamás vueltos a repetir hasta ese momento:

¡Oh, llévame como una ola, una hoja,
una nube! (1)

Y como páginas desprendidas de un calendario de memorias insistía en el mismo rumor de ondas marinas la profecía de "A Lament":

(1) oh, lift me as a wave, a leaf, a cloud!

¡Mar sin fondo, cuyas ondas son años,
océano de Tiempo... (2)

Retornando del claustro al mar y del mar al claustro en una sola imagen, y conducida por los ecos de la voz que dictaba la clase de Literatura Inglesa, me sentía rodeada por ese océano de tiempo en el que tantos juveniles rostros, perdidos y reencontrados siempre, seguían atentos a las lecciones imborrables.

Estas pervivencias que dejan en la mente de sus alumnos los verdaderos maestros, aquella magia de la estudiantil edad, siempre repetidas en generaciones sucesivas, fueron "transformadas en algo rico y extraño" cuando la luz que invadió las sombras del claustro de la Facultad de Humanidades a través del vano de su portal, recobró, como en el fondo de un gran negativo, las presencias y las voces que, en otros días, ya lejanos, dieron alma y espíritu a su ámbito.

MARÍA DE VILLARINO

(2) Unfathomable Sea! whose waves are years, ocean of Time...

EL TEATRO DEL GRUPO "RENOVACIÓN"

La palabra "Renovación" sintetizó una modalidad propia dentro del vasto movimiento de la Reforma Universitaria: la actitud y el acento que, al mismo tiempo que lo unía a lo que ella tuvo de ecuménico en nuestra América, le dio un estilo particular en la Universidad de La Plata, más propiamente en La Plata, ya que entonces la ciudad era un contorno vital resonante de lo que acontecía en su casa de estudios.

El impulso inicial de la Reforma, en 1918, en la Universidad de la Córdoba inconoclasta y liberal contra modalidades claustrales y reaccionarias, prefirió definirse por la palabra Revolución. En La Plata, en cambio, la Universidad de Joaquín González, Ricardo Rojas, Rodolfo Rivarola y Del Valle Iberlucea poseía una significación liberal que, venida a menos al declinar la presencia en ella del fundador, en cierto modo la Reforma trató de reivindicar, de restaurar en sus primigenias intenciones. El programa fue genuinamente reformista en el sentido político del vocablo: más que arrasar y reconstruir por la revolución, reformar por el método de la renovación y, en verdad que tales programas y método se avienen, mejor que en Córdoba, en La Plata con la fórmula que al fin se consagró: como Reforma Universitaria y no como Revolución Universitaria se expandió desde la Argentina al Continente.

Renovación fue el título de la tribuna periodística semanal que editó la Federación Universitaria desde los primeros días del conflicto. Al resolverse el triunfo estudiantil en una defraudación —lo que se deno-

minó el nazarismo— los núcleos descontentos que se consideraban portadores del verdadero espíritu de la Reforma intentaron seguir luchando, primero en torno al Rector Saúl Taborda, en el colegio Nacional en notable como efímera comunidad de estudiantes y profesores, luego en la supervivencia militante del Grupo Renovación. La Compañía Teatral Estudiantil Renovación y la revista *Valoraciones* fueron dos de las más representativas empresas de este grupo juvenil. Activo en torno a la influencia de Alejandro Korn, el Grupo Renovación se proclamó idealista en el sentido filosófico y profesó un socialismo ético de corte fabiano y libertario, integrados dentro de la Reforma Universitaria cuya sistematización legal articuló y fundó en memorial elevado al grupo parlamentario más afín. (1).

La Reforma triunfante, para el Grupo Renovación, no entendió ni cumplió uno de sus postulados fundamentales: la Extensión Universitaria. La conciencia de esta defección fue, aunque no el único, uno de los impulsos determinantes de la Compañía Teatral Estudiantil Renovación. La acción cultural obrera de La Plata, casi desde los tiempos de la Fundación de la ciudad —donde los inmigrantes artesanos que aquí se afincaron trajeron un buen aporte gremial, mutual y cooperativo— contaba con una discreta tradición teatral no exenta de vinculaciones con la conmoción social europea entreverada en la ola ibseniana, turbulenta en los primeros planteos anarquistas y feministas en torno a los héroes y a la frustración. Malatesta, Pietro Gori, Natta, predicaron en la ciudad incipiente de Dardo Rocha. *Espectros, Casa de Muñecas* mantenían aún, a la hora de la Reforma Universitaria, una poderosa sugestión social. Alternaban con *Herma-*

(1). **Bases y fundamentos para una Ley de la Enseñanza Superior.** La Plata, 1932. Suscriben los fundamentos: Alejandro Korn, Aníbal Sánchez Reulet, Carlos Sánchez Viamonte, Guillermo Korn, Juan Manuel Villarreal, Luis Aznar, Juan Sábato, Pedro A. Verde Tello, Julio C. Ratti, Juan H. Pérez, Juan C. Carattino, José Ernesto Rozas, Eduardo Cao Llanos, Guillermo Aguirre Bengoa, Carlos Gayoso, Emilio Poliak, Hugo Fernández Coria, Lorenzo A. Picasso, Francisco Ovejero Salcedo.

no Lobo de González Pacheco en aquellas veladas de las "fratellanzas" donde a veces llegaba Juan B. Justo a disertar sobre el teatro de Bernard Shaw.

Auténtica labor reformista de Extensión Universitaria fue para el Grupo Renovación proyectarse en el teatro de los gremios y mutualidades, introduciendo nuevas técnicas de la expresión en los actores, en los decorados, en la iluminación, adoctrinando al público sobre los valores perdurables y el encuadre histórico de autores y temas.

Otra intención fue levantar el nivel de las manifestaciones teatrales espontáneas de los estudiantes que, ciertamente existían desde siempre y que tenían el carácter de grandes fiestas sociales para la ciudad que, como queda dicho, vibraba permanentemente acorde con la vida universitaria. El primer teatro estudiantil que conoció la generación de la Reforma en La Plata fue un teatro desfilante, de carrozas, en el Día del Estudiante, al entrar la primavera el 21 de setiembre. En 1918, año de la "defenestración sacrílega" de la estatua de Trejo en la docta Córdoba, la celebración se concentró en Buenos Aires. De aquí fueron las carrozas de las facultades que, desfilando, se agredían con canciones entre las del "asfalto" y las del "bosque" o, bajo el calco rodante, gigantesco, de un iguanodon del Museo se hermanaban en coro de levísimo irrespeto precursor:

Don Joaquín sigue durmiendo
en un fumadero de opio
porque en su pecho de arrope
¡Ayayay!
ya no hay fábulas de Esopo.

La ciudad triste y cabrera
francamente nos estufa
y venimos de La Plata
para armar una garufa.

Estas farándulas jocosas, las "troupes" juglarescas musicales y recitativas, las parodias, a veces de

visos auténticamente humorísticos y satíricos, fueron superadas en una de las primeras tentativas de teatro formal promovido por influencia de Yolanda Mercader, presidenta del Centro de Estudiantes del Liceo, que constituyó un grupo de alumnos secundarios dispuestos a someterse a cierto aprendizaje disciplinado. Bajo la dirección del viejo maestro Sanromá, actor español que se quedó en La Plata como profesor de declamación, se presentó en 1920, en el Teatro Argentino, *Amores y amoríos* de los hermanos Quinteros, comedia que según decía nuestro venerable entrenador "salió como bordada".

Para el Día del Estudiante, el 21 de setiembre de 1921, en el Coliseo Podestá, los que habíamos actuado bajo la dirección de Sanromá y otros nuevos entusiastas del teatro representamos *Los intereses creados* de Benavente. Ya nos sentíamos emancipados de tutelas "pasatistas" y esta función fue, prácticamente, el principio de la Compañía Teatral Estudiantil Renovación aunque, en el programa, se presenta —bajo el membrete de la Federación Universitaria— como *Estudiantina* "organizada por el Centro de Estudiantes y la Asociación de Ex-alumnos del Colegio Nacional". Concesión al espíritu de las *Estudiantinas* y al carácter festivo humorístico del Día del Estudiante, después de la representación seria de la comedia de polichinelas en dos actos y tres cuadros, el programa registra una fantochada con parodias de danzas tropicales, dramas futuristas, danzas esquimales y un broche poético por "Bertolda Singerman". (2).

(2). En la celebración del Día del Estudiante, el 18 de setiembre de 1923, ya constituida y actuando desde el año 1922, la Compañía Teatral Estudiantil Renovación, presenta su programa caracterizándolo con la designación de **Estudiantina** por última vez. Se representa **La Verdad** de Benavente y **El Médico a palos** de Moliére con estricto decoro artístico. Pero se agrega la **Estudiantina** propiamente dicha, en página aparte del programa. El número, preparado por José Gabriel, en el que tomaron parte más de cien voces, consistió en una parodia de los admirables Coros Ukranianos que, en su jira triunfal por América, se presentaron ese año en La Plata, en el Teatro Argentino. La tal parodia resultó sensacional y desopilante. Fue un ejemplo memorable de humorismo en escena y merece que se le evoque en un artículo especial.

Los decorados los proveía en estos casos un mediocre archivo, resto de muy remotos esplendores, que existía en el teatro oficial ya venido a menos y casi permanentemente clausurado por la desidia de los gobernantes no residentes que venían y se volvían a Buenos Aires, entre media mañana y media tarde, en los rápidos del Ferrocarril del Sur. En cambio en el Olimpo —hoy Coliseo Podestá— sostenían temporadas de meses las compañías de Podestá, Pagano y Arsenio Perdiguero. La misma Reforma Universitaria, reflejada en el ambiente de casa de pensión estudiantil, con intercalación del Himno de los Estudiantes y de los estribillos agresivos entre "federados" y "concentrados", dio tema a una comedia de Ubaldo López Cristóbal que estrenó en el Avenida de la calle 7 una compañía profesional.

En este medio teatral platense podemos decir que la primera virtud de la Compañía Teatral Estudiantil Renovación fue precisamente la de constituirse como compañía, estructurando así un conjunto estable y perfectible en el curso de una actividad sostenida, durante dieciséis años. (Véase Ilustración Nº 12).

Fuera de lo que entonces se llamaban conjuntos de aficionados donde aquí y allá se perfilaba alguna figura de temperamento, no existía nada en La Plata —ni en Buenos Aires— que pudiera compararse a la proliferación de teatros experimentales o libres como la de ahora. Cuando Pedro Henríquez Ureña dio en la Asociación Amigos del Arte de Buenos Aires su conferencia *Hacia un nuevo teatro,* publicada en *Valoraciones,* pudo citar muy poco más que las experiencias del Grupo Renovación de La Plata, como señales promisorias en la Argentina. (3) Contemporáneamente Oliverio Girondo, que trató de montar en Buenos Ai-

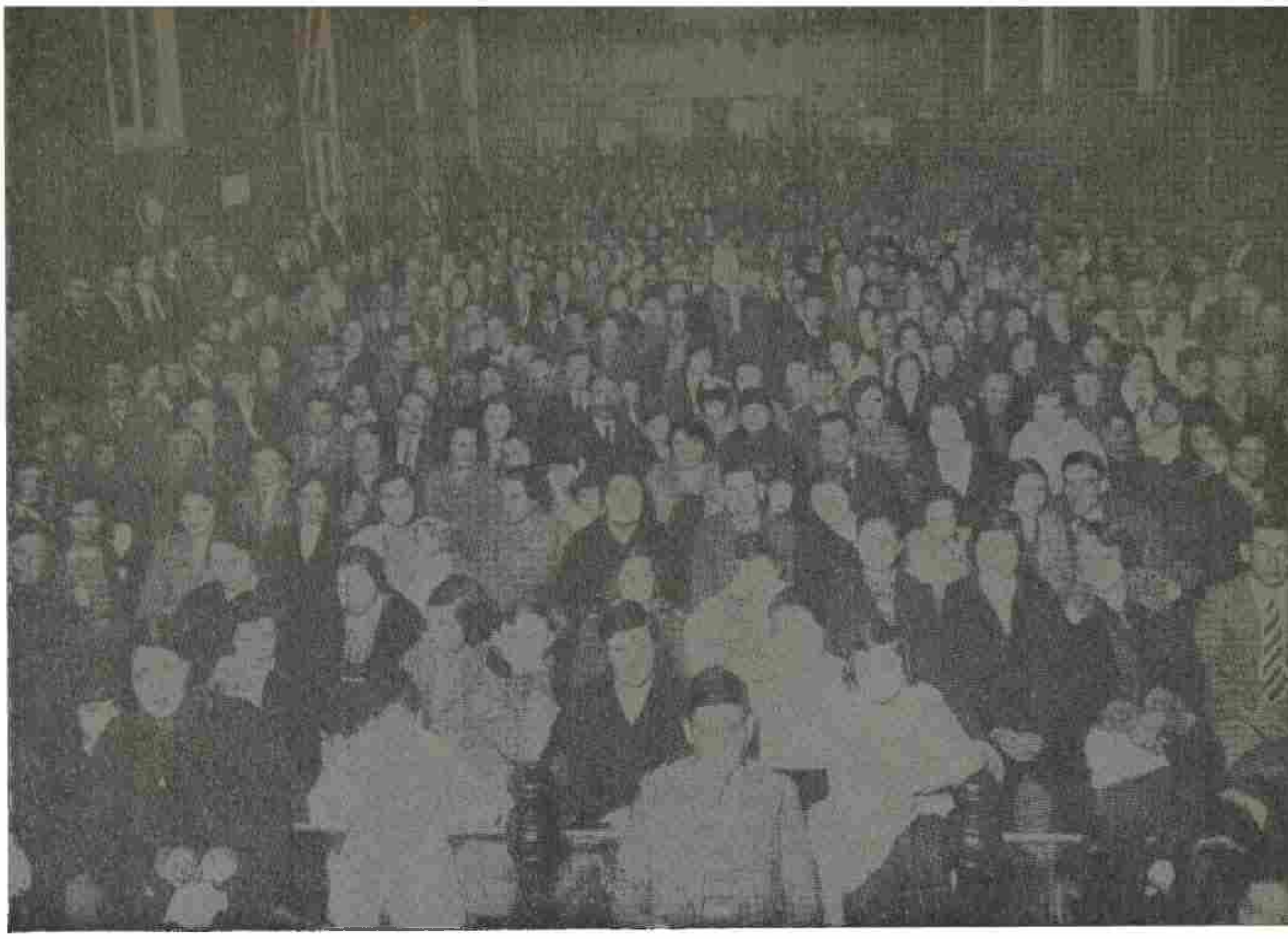
(3). Pedro Henríquez Ureña: **Hacia un nuevo teatro** publicado en la revista **Valoraciones,** editada por el Grupo Renovación, número 9, La Plata, 1929. Las fotografías y dibujos, agregados por el Teatro Renovación para ilustrar el trabajo de Henríquez Ureña, presentan ejemplos de escenografía que abarcan desde Gordon Craig a Giacco-mo Balla e incluyen un boceto de Adolfo Travascio para una escena de **Hacia las estrellas** de Andreiev, que la agrupación presentó en el Teatro Argentino.

res *La historia del soldado* de Strawinski y Ramuz vino a La Plata a buscar intérpretes en la Compañía Renovación. Es tan sólo hacia 1930 que Leónidas Barletta funda el Teatro del Pueblo de Buenos Aires incorporando a su elenco a Milou Díaz, excelente actriz estudiante, que se cuenta entre las fundadoras de nuestro grupo en 1920. El Teatro Proletario, de Facio Hebequer, que con el de Barletta figura entre los primeros experimentales de Buenos Aires, es también de la década del treinta.

Luis Juan Guerrero y José Gabriel, profesores del Colegio Nacional, influyen decisivamente en los miembros de la Compañía Renovación en el campo práctico de la puesta en escena. En buena medida, como preparación de sensibilidad y noticia de las corrientes teatrales europeas contemporáneas, es preciso anotar las lecciones de Rafael Alberto Arrieta en sus cátedras secundarias de literatura.

Luis Juan Guerrero, durante sus años de estudiante en Detroit se había compenetrado de las preciosas contribuciones a los mejores espectáculos teatrales de Estados Unidos ofrecidas por los *Little Theatre* de las universidades. Tenía el poderoso don de transmitirnos vivamente el sentido de la idea y la técnica del escenario y, fuera de la cátedra, convivió con nosotros en los primeros pasos y nos proporcionó libros y revistas teatrales norteamericanos. Luego, desde Alemania, nos alentó y fue seguramente por él que conocimos el libro de Piscator, sus audaces innovaciones escenográficas y los sorprendentes desplazamientos y compenetraciones entre el escenario y el patio de espectadores. José Gabriel, genial e impulsivo, autodidacto de una prodigiosa capacidad de asimilación y de trabajo, tuvo una actuación más prolongada en la Compañía Renovación en la que fue actor, director, escenógrafo y, a veces, feroz polemista interno.

Hasta que la Compañía Renovación no comenzó a crear sus figurines y a confeccionar su propio vestuario —lo que aconteció en 1926 cuando presentó *Santa Juana* de Bernard Shaw en el Salón de Actos del Colegio Nacional— (véase Ilustración Nº 13) sus co-



ILUSTRACION Nº 12

Público obrero durante una función del Teatro "Renovación".



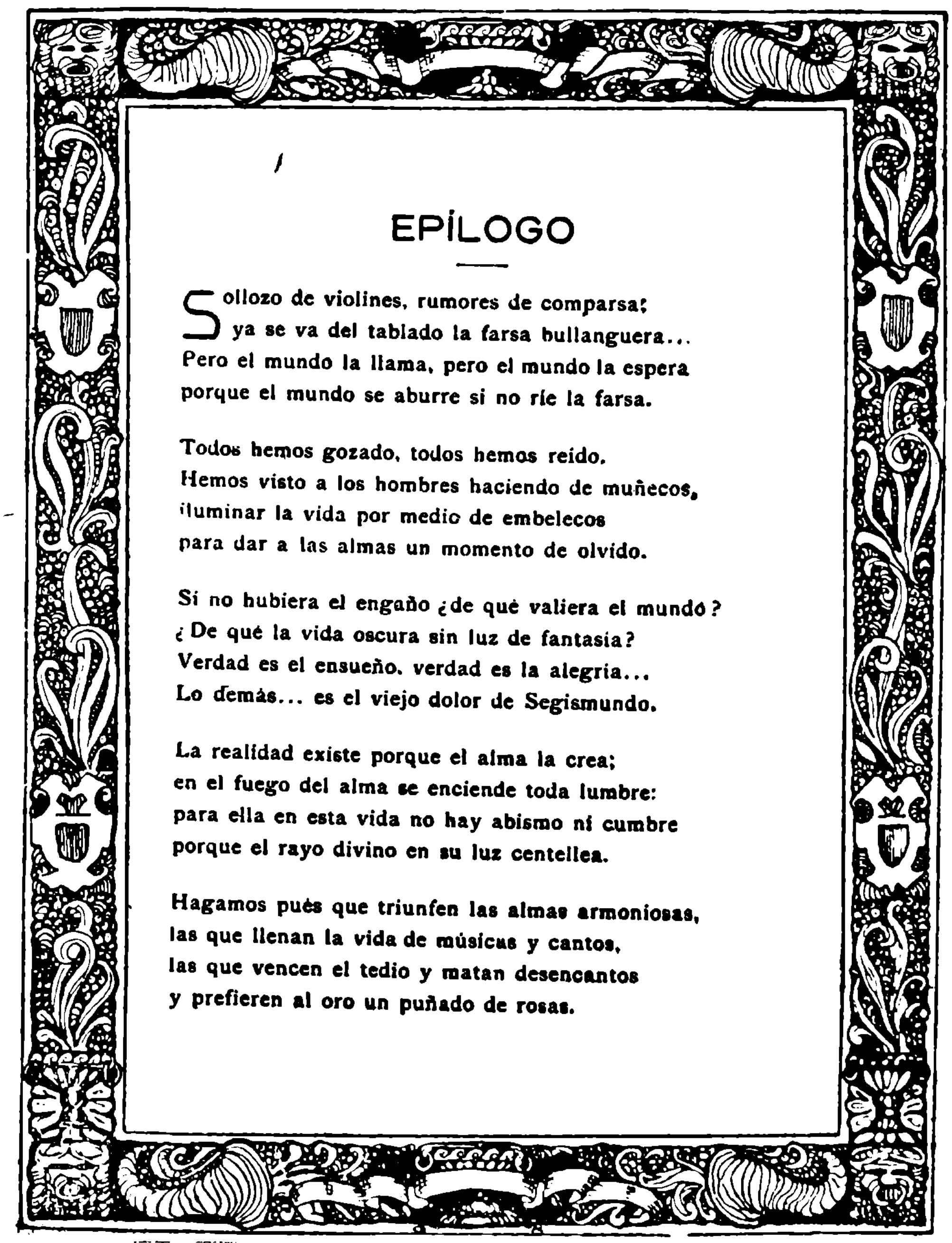
ILUSTRACION Nº 13

Escenario para el primer acto de SANTA JUANA de Bernard Shaw.

ILUSTRACION Nº 14

JUAN JOSE de Joaquín Dicenta.





EPÍLOGO

Sollozo de violines, rumores de comparsa;
ya se va del tablado la farsa bullanguera...
Pero el mundo la llama, pero el mundo la espera
porque el mundo se aburre si no ríe la farsa.

Todos hemos gozado, todos hemos reído.
Hemos visto a los hombres haciendo de muñecos,
iluminar la vida por medio de embelecos
para dar a las almas un momento de olvido.

Si no hubiera el engaño ¿de qué valiera el mundo?
¿De qué la vida oscura sin luz de fantasía?
Verdad es el ensueño, verdad es la alegría...
Lo demás... es el viejo dolor de Segismundo.

La realidad existe porque el alma la crea;
en el fuego del alma se enciende toda lumbre:
para ella en esta vida no hay abismo ni cumbre
porque el rayo divino en su luz centellea.

Hagamos pués que triunfen las almas armoniosas,
las que llenan la vida de músicas y cantos,
las que vencen el tedio y matan desencantos
y prefieren al oro un puñado de rosas.

ILUSTRACION Nº 15

Página de programa con un fragmento del EPILOGO de Ripa Alberdi.

medias de época fueron trajeadas sirviéndose de una fabulosa utilería que hubo en La Plata por el barrio de 42 entre 9 y 10, en una casona ruinosa con zaguán, cancela y patio de jardín. Allí habían quedado bloqueados más de un centenar de baúles de la famosa compañía italiana Ottonello y Zucchi que alternaba, con un mismo elenco, opereta y comedia. Por muerte de Zucchi, en tenencia judicial a cargo de Ottonello, podía encontrarse allí toda la sastrería de un repertorio que iba de *Madame Butterfly* hasta *La Locandiera* de Goldoni, en suntuosas sedas y cálidos terciopelos que esa suerte de nibelungo circense que la custodiaba dividía, en lo que a comedia atañe, en cuatro estilos fundamentales: a la española, mosquetero, mezzo-mosquetero y a la goldoniana. (4)

¡Cuántos trucos nos enseñó el viejo Ottonello! Revivía con nosotros sus gloriosos días cuando "vicino alla prima donna" se inclinaba ungido por los aplausos. Venía a nuestros ensayos y nos transmitía sagaces experiencias. Alguna vez lo hizo también Don Pepe Podestá. Si estos aguerridos veteranos del teatro profesional nos dieron su apoyo y simpatía, pensemos que fue porque comprendieron que lo hacíamos con pasión auténtica.

La primera gran salida de la Compañía Teatral Estudiantil Renovación fue el 20 de setiembre de 1922, vísperas del día del Estudiante, en el Teatro Argentino. Se representó *La cueva de Salamanca* de Cervantes y *La Posadera* de Goldoni, ambas obras puestas en escena por primera vez en la Argentina. El espectáculo se abrió y se cerró con un *Prólogo* y un *Epílogo* en verso de Héctor Ripa Alberdi (véase Ilustración Nº 15) en los que se asienta esta afirmación metafísica:

> **La realidad existe porque el alma la crea;**
> **en el fuego del alma se enciende toda lumbre. (5).**

(4). Finalizados los trámites de la sucesión, la utilería y el vestuario fueron trasladados a Buenos Aires por Ottonello y todavía existen con este nombre en la calle Lambaré 961.

(5). El **Prólogo** y el **Epílogo** de Héctor Ripa Alberdi pueden leerse en sus **Obras** en dos volúmenes que el Grupo Renovación publicó

El programa, barrocamente decorado con orlas y viñetas del que ésto escribe, fue impreso a dos tintas en papel pluma y cartulina por Mario Sciocco. En su última página consta esta declaración de principios:

> **Renovación, compañía Teatral Estudiantil, se propone impulsar el teatro dentro de sus dos misiones fundamentales: la artística y la social.**
>
> **La primera se realizará llevando a la escena lo más característico y bello que haya nacido en los dominios de Talía y encuadrándose —dentro de lo posible —en las corrientes escenográficas más modernas.**
>
> **La segunda se cumplirá haciendo teatro para el pueblo.**
>
> **No desconocemos las ingentes dificultades que entraña la realización de este último propósito. En su cumplimiento organizaremos series de representaciones, donde se agruparán aquellas obras que por su tesis, forma o protagonistas, puedan considerarse afines. Echaremos mano, por lo tanto, del teatro moderno y del antiguo.**
>
> **Los precios de las localidades serán, en todos los casos, reducidos.**
>
> **Como no se trata de un grupo cerrado, los actuales componentes de la Compañía admiten y solicitan el concurso, ya sea personal, ya intelectual, de los estudiantes y de todas aquellas personas que se interesen por esta obra de cultura.**

La segunda presentación se cumplió también en el Teatro Argentino el 16 de octubre de 1922 en un homenaje a la delegación mexicana que, presidida por José Vasconcelos, nos visitó con motivo de la transmisión de la Presidencia de la República de Yrigoyen a Alvear. Presentó el acto Héctor Ripa Alberdi. Se puso en escena *Hacia las estrellas* de Leónidas Andreiev. (6) Mencionamos especialmente esta segun-

en 1925 en homenaje de su malogrado integrante que murió a los 26 años, en La Plata, el 13 de octubre de 1923. Esta primorosa edición lleva un prólogo de Pedro Henríquez Ureña.

(6). La presencia en La Plata de la delegación mexicana mereció una plana especial que le dedicó **El Argentino** del 16 de octubre de 1922. En el programa de la función de homenaje se presenta la primera página con el emblema de la Universidad Nacional de México que, en un escudo rodeado de cóndores, nopales y volcanes estilizados, muestra el mapa de la América hispánica y, en la bordura, la leyen-

da función porque entre ella y la primera hay una diferencia esencial reveladora. Queda señalado un cambio de actitud espiritual entre el festival del Día del Estudiante y esta presentación dramática que está precedida, en el folleto del programa, por una explicación que revela un sentimiento adolescente de frustración. Alude al fracaso en el triunfo que el Grupo Renovación atribuyó —seguimos pensando que con razón— a la Reforma Universitaria. (7) El sentimien-

da **Por mi raza hablará el espíritu.** Luego se lee: "El Grupo de Estudiantes Renovación tributa en esta fiesta un homenaje cordial a José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri, Roberto Montenegro y Carlos Pellicer, heraldos de la valiente generación que hoy renueva la vida mexicana con un poderoso impulso idealista. La Plata, 1922" En el acto del Teatro Argentino, concluida la presentación teatral, actuó entre renovadas ovaciones la Orquesta de Charros que, con la Escuela Militar mexicana, acompañó a la delegación presidida por Vasconcelos. También venía con ellos la famosa contralto Fanny Anitúa. Finalizado el homenaje hubo una tenida memorable en la madrugada, en "La Churrasquera" que entonces estaba en la Diagonal 80 entre 1 y 2. Allí, hasta ya alto el sol, Fanny Anitúa cantó himnos y canciones populares. El local, la vereda y la calle se colmaron de gente que aplaudía y vivaba a la confraternidad argentino-mexicana. Las raíces de esta comunión que, finalmente trajo a vivir a La Plata al maestro Henríquez Ureña, hay que buscarlas en el viaje de la delegación estudiantil que fue en 1921 al Congreso Internacional de Estudiantes celebrado en México. Tres platenses, Ripa Alberdi, Arnaldo Orfila Reynal y Enrique Dreyzing, formaron parte de la delegación argentina. En las ya citadas **Obras** de Héctor Ripa Alberdi y en el prólogo de Henríquez Ureña que las precede hay referencias interesantes sobre ese Congreso que fue decisivo para la expansión continental de la Reforma Universitaria iniciada en la Argentina en 1918. También se incluye el discurso pronunciado por Ripa Alberdi en el homenaje del Teatro Argentino. La puesta en escena de **Hacia las estrellas,** basada en cámaras de cortinas, efectos de bosque mediante el fraccionamiento vertical de los paños y cambios de colores por la llamada "paleta luminosa" causó escándalo entre los escenógrafos y críticos apegados al realismo teatral. El arquitecto Guillermo Ruótolo le consagró una larga crítica agresiva pero muy bien escrita en uno de los diarios italianos de Buenos Aires: **Giornale D'Italia** o tal vez **"L'Italia del Pópolo.** Sería interesante encontrar el testimonio que falta en el archivo del autor de este artículo.

(7) Sobre la militancia del Grupo Renovación frente a lo que consideró una transgresión a los principios de la Reforma Universitaria triunfante, aparte del ya citado folleto **Bases y fundamentos para una Ley de la Enseñanza Superior,** es esclarecedor consultar los títulos **La contrareforma, La Universidad ha fracasado** y, en gene-

to de ese fracaso y la necesidad de superarlo fuera de la Universidad reformista oficial y fuera de los organismos estudiantiles consagrados por el nuevo estatuto, está patente en estas palabras que reproducimos:

> *Hacia Las estrellas* de Andreiev, **representa simbólicamente las dos direcciones que toma todo ideal humano: una que se desvanece en el conocimiento y en el deseo de lo absoluto y otra que torna sus ojos a la tierra afirmando los valores de la vida. Fue escrita y estrenada en Rusia a raíz del fracaso revolucionario de 1905, cuando el desaliento y la desesperanza hacían presa en la rebelde juventud rusa. Es grande en verdad la distancia que nos separa de los protagonistas de esta obra, pero encontramos tanta afinidad con sus inquietudes íntimas y el impersonal motivo de sus dolores que no hemos dudado de escogerla para ser representada en esta función de homenaje a los hombres representativos de México donde se nos imponía como un deber comunicarles, más que lo que formalmente somos, lo que profundamente recorre nuestras vidas.**
>
> **Su trama está tejida con las preocupaciones de un grupo intelectual que en Rusia hizo estériles todos sus esfuerzos, ya por la vana especulación o por los vagos ideales que sustentaba, ya por la ciega acción, a menudo sin norma, casi siempre sin sensibilidad. Por lo demás sabido es que este estado de cosas terminó muy luego en el fracaso. Pero si ese momento doloroso de la vida del espíritu pasó ya en aquel país, en éste, en cambio perdura hoy en una buena parte de nuestra juventud la paradógica sensación del fracaso de un esfuerzo nunca realizado. Aspiramos por eso a que esta velada sirva de confesión y de comunión de un núcleo de la juventud argentina con los fraternales espíritus mejicanos quienes, bien por cierto, se merecen y hacia quienes debíamos ofrendar éste, nuestro acto de fe.**

En 1926 la Compañía Teatral Estudiantil cambia de nombre. Al presentar *Santa Juana* de Shaw se de-

ral, los dieciséis temas tratados en la parte quinta, **Reforma Universitaria,** de **Obras Completas** de Alejandro Korn, presentadas por Francisco Romero, compiladas y anotadas por Luis Aznar y Guillermo Korn, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1949. Es la única edición de Alejandro Korn que incluye sus escritos sobre la Reforma Universitaria.

nomina de ahí en adelante Teatro de Arte Renovación y lo justifica así:

> **Cada arte ha creado moldes que son una retórica hueca, vacía de contenido. En el teatro se han seguido prácticas que impusieron los siglos XVIII y XIX. Hoy, con veintiséis años de vida en un siglo nuevo que ambiciona espacios libres, buscamos la expresión simple, sin artificio.**
>
> **El teatro abandona la aburrida pesadez de los realistas y cobra nuevas formas. Pedimos ayuda a la farsa, con su alegre tinglado, que representa una tradición; al arte puro, quizás salvaje; a productos lejanos, pero no despreciables.**
>
> **El ballet ruso planteó el problema a principios de nuestro siglo. Elaboró nuestras conciencias de hombres jóvenes. Tenía las energías indomadas de lo natural, sin retórica. La sobriedad de Bakst, las magnificencias de Nijinsky. Desde entonces hombres audaces se han puesto a la obra: Gordon Craig, en Inglaterra; Kaiser y Reinhart, en Alemania; Bragaglia, en Roma; Pitoieff, en Francia, han inquietado los espíritus afinados. Rusia, después de la Revolución, trabaja para crear un teatro proletario. Y sus esperanzas no serán defraudadas.**
>
> **En todo esto no hay pirotecnia. Se trata de aliviar la escena envejecida, devolverle su agilidad.**
>
> **Dentro de nuestro ambiente el Teatro de Arte tiene iguales propósitos. Sencillez a lo Juan del Enzina, movimiento como en Calixto y Melibea. Presentar a Shakespeare rejuvenecido, no como dramones solemnes, sino como escenas breves y deliciosas.**
>
> **Este primer intento de teatro moderno, sólo puede llevarse a cabo gracias a la colaboración de la Comisión Provincial de Bellas Artes, especialmente; de las autoridades universitarias que han cedido el salón de actos de la Universidad; de los pintores Travascio y Mazzuchelli y de algunos amigos de nuestro grupo.**

Nueva transformación en 1933. El Teatro de Arte Renovación se denomina Teatro del Pueblo. Nos alejamos del asfalto para ir al corazón de los barrios populares, se afirma en una extensa declaración publicada en *El Día*. Esta última etapa dura hasta 1936. Bajo el gobierno del Dr. Manuel Fresco y por el ministerio de Gobierno a cargo de Roberto Noble, se ordena a la policía su clausura. (8)

(8) Guillermo Korn: **Reportaje sobre el Teatro del Pueblo, El Día** de La Plata, 2 de agosto, 1933. Luis Aznar: **Teatro del Pueblo y pa-**

Dos innovaciones técnicas corresponden al período final. Se sustituyen los decorados de telones y rompimientos, así como los ultrasintéticos a base de cámara y alusiones esquemáticas, por elementos plásticos de madera terciada confeccionados en formas geométricas de paralelogramos, cilindros, arcos y biombos escalonados. Para el montaje de *Hinkemann* de Ernst Toller se utiliza, creemos que como absoluta novedad en la Argentina, la proyección de película cinematográfica en el momento del delirio del mutilado de guerra protagonista. La fuerza teatral expresiva de este recurso consistía en que el film perdía las dimensiones normales de las imágenes al proyectarse en fracciones inconexas sobre los planos quebrados de la decoración plástica.

Un recuento somero de la colección de programas del Teatro Renovación en sus tres etapas nos muestra entre su repertorio los siguientes títulos:

Los intereses creados de Benavente; *La Cueva de Salamanca* de Cervantes; *Entremeses* de Lope de Rueda; *Mirandolina* de Goldoni; *Antes del desayuno* de O'Neil; *Retazo* de Nicodemi; *El médico a palos* de Moliére; *Hacia las estrellas* de Andreiev; *La Verdad* de Benavente; *La línea recta* de Enrique Herrero Doucloux; *La puerta reluciente* de Dunsany; *Cena de despedida* de Schnitzler; *La más fuerte* de Strimberg; *Espectros* de Ibsen; *El candelero* de Musset; *Accidente de teatro* de Nicodemi *Compras de Navidad* de Schnitzler; *El león de bronce* de Dicenta; *Hermano lobo* de González Pacheco; *Barranca abajo* de Florencio Sánchez; *Trescientos millones* de Roberto Arlt; *Sin novedad a bordo* de O'Neil; *Los tres amantes* de Guillermo Zorzi; *Trópico* de la se-

ra el pueblo, **La Vanguardia** de Buenos Aires, 27 de diciembre, 1933. **Un experimento que se ha impuesto:** Reportaje en **El Día** de La Plata, 29 de abril, 1934. En el quincenario **Trabajo** de La Plata, en sus ediciones entre 1933 y 1936 puede encontrarse una información noticiosa, crítica y gráfica de todas las peripecias del Teatro del Pueblo. Al producirse la clausura Guillermo Korn, Beatriz Vilá y Mario Botelli firman un memorandum de protesta en el que se reseña la actividad cultural del Teatro del Pueblo. Se publicó íntegro en **La Vanguardia** de Buenos Aires, 22 de setiembre, 1936 y, en síntesis, en la prensa en general.

rie de Teatro Revolucionario Mexicano, por Mauricio Magdaleno; *Hinkemann* de Ernst Toller; *Tararí* de Andrés Álvarez; *Casa de muñecas* de Ibsen; *Juan José* de Dicenta (véase Ilustración Nº 14); *Nuestros hijos* de Florencio Sánchez; *Juan y Juana* de González Pacheco; *Electra* de Pérez Caldós; *Volpone o el Zorro* de Ben Johnson; *Petróleo* de Magdaleno; *Los que vuelven* de Bustillo Oro; *Colgando la ropa* de Smedley y Bozo Palmer; *El secreto de Sender; Los malos pastores* de Mirabeau y *La madre* de Máximo Gorki. (9)

El último manifiesto del Teatro Renovación en su etapa de Teatro del Pueblo, consigna esta posición estética y social:

> **El Teatro del Pueblo quiere ser una auténtica y completa institución de cultura popular. Su nombre expresa un propósito fundamental: hacer teatro para el pueblo, utilizar el teatro como el mejor vehículo para llevar al pueblo las mejores manifestaciones de arte, reservadas hasta ahora a las minorías y difundir en las masas obreras las nuevas ideas, despertándoles la conciencia de su misión".**
>
> **No tiene ningún propósito mezquino. Es una organización amplia, generosa, democrática, que aspira a agrupar a todos aquellos —obreros, artistas, aficionados al teatro— que quieran colaborar en su tarea desinteresada. Los iniciadores de esta empresa hemos comprendido la necesidad que tienen las masas y los barrios populares de verdaderos centros de cultura teatral y artística que substituyan a todas las manifestaciones bastardas del teatro y del arte mercantilizado, tendiente a satisfacer ciertos gustos y, lo que es peor, ciertos intereses que no son los del auténtico pueblo trabajador.**
>
> **En el Teatro del Pueblo no hay primeros actores. Todos deben estar dispuestos a colaborar en lo que sea necesario. Por que el propósito de nuestra organización es crear equipos con una común concepción estética y social, que trabajen armónicamente como trabaja un equipo de fútbol, en el que cada jugador es un elemento importante pero sometido a las necesidades del conjunto.**

Derivaciones del Teatro Renovación son el Teatro de la Universidad Popular Alejandro Korn y el Teatro

(9). **Colección de programas del Teatro del Grupo Renovación en sus tres etapas:** Archivo de Guillermo Korn.

de la Universidad Central de Venezuela, que organizamos y dirigimos en 1955. (10)

En sus cuadros se formó también un escenógrafo: Otelo Ovejero, cuya labor ya es conocida y que, recientemente, triunfó en el Teatro Argentino de La Plata y en el Colón de Buenos Aires con seis escenarios para el ballet *La idea* de Dora Hoyer. (11)

(10). Guillermo Korn: **Sobre una manera de hacer teatro,** Separata de la revista **Cultura Universitaria,** número LV, Caracas, 1956.

(11). Durante sus dieciséis años de actuación casi ininterrumpida y en sus tres etapas —Compañía Teatral Estudiantil Renovación, Teatro de Arte Renovación, Teatro del Pueblo— el Teatro del Grupo Renovación mantuvo su continuidad a través de un núcleo inicial inalterable y de las influencias magistrales sostenidas de Alejandro Korn y Pedro Henríquez Ureña. Junto a ellos, dentro ya de la misma actividad teatral, hay que citar la capacidad organizadora y de animador de Arnaldo Orfila Reinal y la perseverante adhesión de Aquilino Carabelli. A Guillermo Korn le tocó ejercer la dirección general en las tres etapas ya que Luis Juan Guerrero y José Gabriel, a quienes debió corresponderles en la primera época, quisieron —como profesores— no mediatizar sino suscitar y orientar con su experiencia y espíritu docente la espontaneidad de nuestra impulsiva audacia juvenil. En la dirección de escena, sí alternó José Gabriel y en el último período, Aníbal Sánchez Reulet y Daniel Domínguez. Y, siempre, el director general contó con la fraternal, jocunda e inteligente cooperación solidaria de Luis Aznar y con la inestimable actuación de Milou Díaz y Felipe Bellini. Sumados al grupo algo más tarde, consecuentes hasta el final, nombramos con entrañable emoción a Beatriz Vilá, Julio Vilá, Ana María Ripullone, Mario Botelli... Pedro Henríquez Ureña fue el asesor de la puesta en escena de **Santa Juana** de Bernard Shaw; Sánchez Reulet y Enrique Moreno tradujeron **El Candelero** de Musset. Realizaron nuestros bocetos escenográficos o crearon proyectos originales Adolfo Travascio, Mariano Montesinos, Ricardo Sánchez, Fausto Mazuchelli, José y Eliseo Speroni y, finalmente, Otelo Ovejero que fue, como actor y escenógrafo, una personalidad lograda en plenitud para el arte en el seno del Teatro Renovación. Y, aunque ya nombrado, debemos aludir de nuevo a Daniel Domínguez, actor y director, firme, conciliador, extraordinariamente dotado, cuya colaboración, como intérprete y director de escena, nos permitió superar la versión espeluznante de **Espectros,** que machacaban las compañías profesionales, por una sobria reestructura poética auténticamente ibseniana cuyo rumbo confirmamos, años más tarde, al ver la suprema maestría de Moisi y su conjunto. Nos es difícil frenar la tentación de revivir uno por uno ejemplos de compañerismo, sacrificio y voluntad creadora. Nos resignamos a consignar nombres —que muchos leerán con sorpresa— de cuantos formaron en el Teatro Renovación. Procuramos agruparlos en tres párrafos correspondientes a las épocas de su actuación en cada una de las etapas sucesivas del grupo básico

Con fecha 26 de octubre de 1942, el Rector Alfredo Palacios, designó una comisión para proyectar el Instituto del Teatro en la Universidad de La Plata. Los funda-

que, al fin, fue siempre el mismo. Nos guiamos por los repartos de los programas:

Compañía Teatral Estudiantil Renovación: Elfrida Rolón, Paquita Domínguez, Aída Gay, Guillermo Korn, Luis Aznar, Pedro Verde Tello, Vicente Ruiz, Alfredo Collado, Carlos Américo Amaya, Póspero Larregle, Miguel Cotti, Arnoldo Lesvigne, Milou Díaz, Ernestina Langman, Amelia González, José Gabriel, Felipe Bellini, Héctor Ripa Alberdi, Claudina Crespi, Juan José Bonnet, Lola López, Elías Rubi, Lola Ferrando, María Antonieta Gualteroni, F Borzani, Lorenzo Marrachini, José Reimundo, Gonzalo Delfino, Pedro V. Blacke, José María Cano, Walter Bosse, Ernestina Rolón, Edgardo Ricetti, Adolfo Travascio, Félix Bertrand, R. Hidalgo, Silvio Patierno, Tobías Bonesatti, Anita Díaz, Enrique Herrero Doucloux.

Teatro de Arte Renovación: Milou Díaz, Ernestina Rolón, Rodolfo Luzuriaga, Guillermo Korn, Luis Aznar, Herminio Córsico, Aníbal Sánchez Reulet, Marciano Angelani, Benigno Rodriguez, Juan Manuel Villarreal, Guillermo Ball Lima, Luis Villa, Adolfo Griffo, Cristóbal Cerdán, Juan Carlos Manes, Adolfo Travascio, Sara Favre, Fausto Mazzucchelli Salvador Calabrese, Emilio Pettoruti, Francisco Vecchioli.

Teatro del Pueblo: Araujo Vilá Nélida, Araujo Vilá Raúl, Aznar Luis, Anselmino Luis R., Becerra Héctor J., Bonatto Pablo L., Bottelli Mario C., Balaguer Héctor Raúl, Biffis Adolfo F., Caselli Luis F., Corral Jacinto, Cueli Vilá Delma, Cao Llanoes Eduardo, Casera César, Delgado Andrés F., Di Jorgi Dora D., Di Jorge Julio C., Díaz Milou, Domínguez Daniel, De Simone Roque, Domián Juan, Estrada Aurelio, Fernández Leys Alberto, Flaqué Jorge, Flaqué Josefa F. de, Fontanills Jaime R., Fontanills María C., Fabro Evaristo, García Antonio D., Gastaminza Adelaida, Glenza Pedro, Herman Aldo, Hoinasky Antonio, Idiarte Alberto, Korn Guillermo, Lugüercho Bernardo, Lanteri Enrique, Marfil Florencio, Monreal Ovidio A., Margenat Ramón, Menéndez Juan A., Mosquera Felipe, Mosquera Lùz Irma, Murci Juana, Mustapich Esteban, Mustapich Juan, Menzulo Marcelo, Novak Isaac, Ovejero Elba, Ovejero Otelo, Pazos Armando, Pérez Juan H., Piatis Tomás N., Porreca Francisco, Padrón Irma, Perdomo Juan, Pereyra Yago Luisa, Pereyra Yago Rosalina, Pereyra Yago Victoriano, Pernice Lucía, Plotka Urbano, Portela Pascual, Ponzio Oscar, Ripullone Ana María, Ripullone Olga, Ripullone Roque, Rocca Pedro C., Romano Juan M., Riente Mario L., Ramírez Enriqueta I., Ramírez Juana, Rodríguez Domingo, Rodríguez Victoria S. de, Rodríguez Rego Elvira, Rodríguez Rego José, Rodríguez Rego Hugo, Ruiz Gutiérrez Julio, Sánchez Reulet Aníbal, Scopel Esteban, Scotti Andrés, Seguí María F. de, Silva José M., Smith Hebert B., Tórtora Valentino, Trepicchio Enrique C., Tosi Arturo, Timberi Félix, Tagliamut Clemente, Ulaneo Edmundo, Vilá Beatriz M., Vilá Julio, Zanetta Pedro.

mentos del decreto se refieren ampliamente a la Compañía Renovación. (12) La aludida comisión la formaron Antonio Cunill Cabanellas, José María Monner Sans, Rafael Alberto Arrieta, José Oría, Pedro Henríquez Ureña, José Gabriel, Luis Aznar, Enrique Herrero Doucloux y Guillermo Korn que actuó como secretario ejecutivo.

El golpe peronista malogró el intento.

GUILLERMO KORN

(12). Alfredo L. Palacios: **El teatro universitario en La Plata**, revista **Libertad Creadora**, número 2, abril, mayo, junio, La Plata, 1943.

CUANDO MI GENERACIÓN SE FORMABA

Es creencia muy difundida entre la gente joven, y más en aquellos que se dedican a las letras, que la época en que les toca vivir, su tiempo, es el más crítico y difícil de la historia. En él no hay perspectivas para nada y menos aún posibilidades de trascender, de comunicar, de entablar intercambio literario, aunque más no sea que con aquellos que tienen iguales inquietudes.

En buena parte ello se debe a las ambiciones desmedidas de obtener éxitos únicos en la historia literaria. También a la carencia personal para otorgar la dimensión correspondiente a nuestros esfuerzos, a nuestros mensajes, a nuestras meras carillas escritas.

Sin considerarme viejo, puedo relatar la experiencia de hace algunos años no más, cuando yo me enfrenté con un panorama que también me parecía sin salida, más aún para quien estimaba su vocación por las letras como el único instrumento a mano para salir adelante.

Partidario de la república española, su desenlace, el fin de la guerra civil, fervorizaba mis ímpetus para discutir hasta el infinito las causas de la derrota.

En el orden internacional también, los primeros escarceos de la segunda guerra me imponían rever ese regusto desagradable que nos había dejado el famoso comité de no ingerencia formado por Francia e Inglaterra.

Ni una ni otra de esas posiciones favorecía para estar tranquilo, calmo, disfrutar del ocio helénico, la tranquilidad espiritual suficiente como para remontar-

se a alguna altura espiritual y no ver los acontecimientos exteriores como si nos estuvieran sacudiendo a nosotros mismos. Más teniendo amigos que estaban allá y los padecían.

Por otra parte, en la inmediatez cotidiana, debo señalar que me había casado, tenía una hija y esperaba que a ella no le tocara la desgracia de vivir climas parecidos ni la "suerte" de ser hijo único, como me había pasado a mí.

Hasta ese año de 1939 mi familia creía que si lograba recibirme de abogado podría desarrollar mayores posibilidades para sustentar mi hogar. Por otra parte, mi ser interior deseaba fervientemente poner de manifiesto de una buena vez que me consideraba escritor, fuera bueno o malo el porvenir que me esperaba.

O sobrevivía como escritor o dejaba ya para siempre esa vaga vocación que hacía decir a los amigos que uno era inteligente, a los enemigos que es un canalla y a la mayoría de la gente que es un tipo raro que debe tomársele con pinzas.

Resolví abandonar esos ejercicios de equilibrio en el filo de la navaja. Dejé definitivamente de estudiar derecho. Me dediqué a escribir tres o cuatro horas diarias y a leer la mayor cantidad posible de libros, artículos, etc.

Por ese entonces, alguien dijo con amargura que La Plata era una ciudad de corcho porque carecía de resonancias. Pero yo, que iba frecuentemente a Buenos Aires y conocía algunos de sus muchos ambientes literarios, consideraba injusta la definición, ya que a las complejas y contradictorias presiones, que reinaban en la capital federal, en esta ciudad sólo se oponía a uno cierta inmutable indiferencia. Una tranquilidad sin atenuantes, pero con menos imposiciones, con más aire para poder escribir y desarrollar una tarea intensa en este terreno.

Yo escribía ya definitivamente. Había quemado mis naves. Sería escritor o no sería nada. Más adelante habría de desear ser nadie, ser nada, por considerar justamente que ser escritor es en alguna forma, una manera de convertirse en un cristal a través

del cual puede mirarse o emborronarse o deformarse todo el dilatado universo.

Desde 1928 hasta ese entonces escribía cuentos. A lo sumo uno o dos por año. Me propuse seguir escribiéndolos. Más intensamente, por supuesto, para extraerlos de esos límites de la conciencia, la lucidez, las más caras ideas, imágenes, palabras, sensaciones y qué sé yo. De esa realidad que trataba de captar con mis palabras, con el menor número de ellas, en la forma más directa; pasé a escribir todo lo que tenía adentro; automatismo, incursiones en el sueño, ensayos de escritura surrealista.

Hubo uno o dos concursos a los que hice mi aporte. No obtuve ni la menor mención. Mejor dicho, a raíz de uno de ellos, llevado a cabo por una revista, logré la poco velada alusión a los extremos perniciosos a que llegaban algunos concursantes al pretender escribir sueños para llamar la atención. Un cuento "histórico-folklórico" fue el premiado.

En ese estado de cosas, traté de conocer el mayor número de gente que escribiera, superando cualquier impresión desfavorable a primera vista, ya que en general los exponentes del gremio no tenían apariencias muy atractivas que digamos.

II

Carlos Locria, Olegario Becerra y Ataúlfo Pérez Aznar tenían en ese entonces una librería. Su nombre "Martín Fierro". Estuvo ubicada primero en la calle 51, próxima a la esquina con la avenida Monteverde, puerta por medio con un café, y más tarde, en un local más amplio, sobre la misma acera, cerca del otro extremo de la cuadra.

La librería siempre estaba muy concurrida. Su ambiente era cambiante, y en ella, ante el más inofensivo pedido de un libro, podían suceder sorprendentes alternativas. Por ejemplo, que algún hurgador se volviera y llegara a emitir un juicio lapidario. Asimismo había siempre tremendas discusiones en favor o en

contra de los más variados temas. Olegario era categórico ante algunos volúmenes requeridos por posibles y tímidos adquirentes, que al pronto se volvían defensores de los libros que pedían, sin advertir tal vez que defendían una causa en cierto modo desconocida para ellos.

La mayoría de las polémicas, sin embargo, eran un pretexto para entablar interminables conversaciones que terminaban, dado lo avanzado de la hora, en el café justamente de la esquina.

Ahí conocí a Federico Schikendantz, José Gabriel, Ernesto Sábato, Ricardo Sangiácomo, Héctor Pagella y muchos otros. Además trabé amistad con los circunstanciales libreros. Erudito en economía Ataúlfo, en música Locria y en muy variados temas Olegario, ya inveterado y hábil polemista por ese entonces.

Ernesto Sábato nos deslumbraba con referencias a sus entonces recientes viajes por Francia y Norteamérica, a su amistad con los surrealistas, en especial con el pintor Domínguez, a las aventuras de nuestro común amigo Ernesto Bonasso, el margotinismo, Iczikson, Martínez Estrada, etc. Sus juicios de esa época poseían un buen humor que hacía las delicias de los contertulios y añadía a esto el tenso interés que siempre consiguió imprimir a cuanto expresaba, se refiriera a la teoría de los quantas, el bombardeo de los átomos u otros difíciles temas. He omitido decir que agregaba a todo esto la circunstancia particular de ser un hombre de ciencia que venía de haber trabajado al lado de los Joliot-Curie en París y haber visitado los institutos especializados en Norteamérica.

El doctor Raúl Oyhanarte —maestro de juventudes, tenía un especial ascendiente sobre los dueños de la librería— frecuentaba su ámbito, pero cuando deseaba hablar personalmente con los dueños o tenía interés en algún libro enviaba a su chófer. Este era un personaje muy singular. Italiano, practicaba la quiromancia, la fisiognomía y otros conocimientos con gran éxito de público, hasta diría con regocijo de los circunstanciales libreros.

Recuerdo que una tarde, en la que un lector de Krisnamurti pretendía demostrar que era discípulo aventajado del hindú, Olegario conversó un rato con el chófer y después éste hizo una serie de perspicaces vaticinios al singular iniciado.

Mas, en otra oportunidad, ante un grupo de unas quince personas, el quiromántico personaje, bajo la mirada expectante de los presentes, comenzó a hacer un análisis de las manos. Cuando llegó a las de Ernesto Sábato, dijo:

—Qué extraordinario porvenir. Su porvenir en las letras es extraordinario.

Los dueños de la librería se miraron. A mí me pareció que se movían nerviosamente. Cortaron la sesión de análisis de manos y yo pensé que le habían pasado datos al adivinador y a éste se le traspapelaron ante el hombre de ciencia, el físico, el investigador que había replanteado hacía poco tiempo —en ese entonces— las leyes de la termodinámica.

III

Siempre transitó la poesía por las calles arboladas y tranquilas de nuestra ciudad. En ese mismo tiempo, también los poetas departían en animado diálogo, impregnado de sugerencias, cargado de sugestiones.

El poeta Alberto Ponce de León, publicó en ese año de 1939, su libro *Tiempo de muchachas,* y esa obra sola le valió resonancia única, muy particular e inusitada, a su nombre, tanto en el ambiente de La Plata como para el de Buenos Aires.

Sus versos cálidos, cargados de un clima proustiano, remozaban la temática de este ambiente, de las ramblas y plazas ciudadanas, como quien da cuenta de una vertiente secreta y rica, plena de esplendores que desde siempre habían estado al alcance de la mano sin que por otra parte nos hubiéramos percatado.

Mas, Poncho, poeta en todas sus expresiones, recorría las calles en imponderables diálogos socráticos con otro poeta, cuya figura aún hoy tiene las di-

mensiones del mito y es por ello difícil de evocar. Ya que es fácil evocar el mito cuando está instalado en el pasado, pero más arduo es no ya mencionarlo sino admitir el mito presente.

Arturo Horacio Ghida tiene aún hoy los privilegios del mito. Figura limítrofe en altos fervores, su paso por la ciudad duró aproximadamente desde 1932 hasta 1950. Signó una trayectoria gravitante en poetas y escritores que lo trataron durante ese tiempo. El paso de este inquietador de la poesía por esta ciudad, admite, singularmente, versiones sin par, por el influjo imaginativo que daba su persona. Ghida suele volver sorpresivamente en medio de una calle porteña con su mesurada expresión de opulentas fantasías, verídicas precisiones, certeras siempre. Más riesgoso sería reproducir su palabra de aquella época, siempre pausada, intercalada de prolongados silencios, durante los cuales el pensar variaba su dirección para tomar a cada paso sendas cada vez más originales.

Por eso recurro a unas notas de Alberto Ponce de León, que me dió hace muchos años para dar cuenta de ese fluir poético de la inteligencia, en las que, con raro acierto, aquél da una dimensión viva en su escritura al retrato que emerge de la conversación. Página feliz donde se conjugan el documento y la gracia trascendente.

SOBRE LA POESÍA DE LA VACA

Una conversación con Arturo Horacio Ghida por Alberto Ponce de León.

G. — Fíjese en la profundidad de la vaca... Toda poesía verdadera debe ser poesía de la vaca. "Vaca" es el ser existencialista por excelencia, que no está en un mundo banal, sino en lo profundo y en lo esencial. Yo creo que se podría dar una magnífica disertación sobre la vaca en poesía, pero todo el secreto consiste en encontrarle un título. Si la tituláramos en una forma un poco vaga: Un ser poético... quizá.

P. de L. — ¿Le parece un ser poético?

G. — O bien: Revelación de un ser poético... Elogio de un ser poético. Recuerdo cómo yendo a Buenos Aires he comprobado la actitud de los caballos y las vacas en esa hora solemne del crepúsculo (hora re-

ligiosa). Los caballos, que son magníficos (alguno ya los comparó con la lira: caballos como liras), allí, sobre la hierba, retozaban, se rozaban, en una actitud simplemente fugitiva, juguetona. Las vacas, en cambio, rezaban, con sus grandes morros hundidos en la hierba. De allí, por ejemplo, aquello de uno de mis poemas:

Recuerdo aquella vaca, entre altas hierbas,
hacía por las tardes su examen de conciencia,
y levantando al cielo sus dos cuernos azules
miraba el paraíso que existe tras las nubes

Con estos antecedentes se puede hacer la conferencia. Sacar elementos de Homero... Un poema de Maragall que habla de una vaca ciega.. algo de Guerra Junqueiro...

P. de L. — Ah, ¿sí? ¿Qué dice Guerra Junqueiro?

G. — Por ahí habla de los bueyes: Mudo tutor de las campiñas.

Una gran imagen de Rimbaud dice de la sombra algo así como que humedece el bosque como un soplo de vaca.

L'ombre babe au bois comme un moufle de vache..., de un soneto o poema de Rimbaud, no recuerdo bien. Y, seguramente, si miramos un poco la obra de Hugo, algo encontraríamos. Hugo, como gran poeta, debe tener algo sobre la vaca.

En fin: llegamos a la conclusión de que es el animal metafísico por excelencia, el símbolo donde se refleja mejor la poesía profunda... Es el animal religioso. En la India, allí usted sabe que la vaca es un ídolo, un dios. En la religión hindú, en el budismo.

P. de L. — En un libro de Michaux, que he estado leyendo, se habla mucho de una vaca alimentada con papeles. Tristísimo, porque aunque las vacas son respetadas por los hindúes no les dan de comer.

G. — De modo que esas vacas que usted muy bien cita deben tener una sabiduría especial, pues se alimentan de papeles. El Ramayana, los Vedas, los poemas del Reutala, todos son devorados por esas magras vacas hindúes. ¿No le parece que es un dato muy interesante? Esas vacas cumplen, a mi juicio, una gran función. Son, también, verdaderos monjes que preservan la cultura oriental. Si un cataclismo hundiera la India, si un nuevo Omar destruyera sus bibliotecas, tendríamos que recurrir a esas vacas para reconstruir tal cultura.

¿Qué le parece a usted una vaca dictando una clase de literatura comparada? ¡Es delicioso! ¿Y esa

otra gran sabiduría de las vacas, esa gran sabiduría del silencio? Esa ciencia que sólo se expresa por la mirada ¿no es así? ¿No le parece a usted que una vaca que nos mira nos está trasmitiendo un mensaje especial? No debemos olvidar que en la vaca se encierran dos elementos tan distintos: la fuerza, simbolizada en los cuernos, alegoría de la fecundidad, como que en el Antiguo Testamento a Jehová lo representaban con cuernos... o a Moisés. ¿Y ha oído usted hablar de esa frase tan común: el cuerno de la abundancia? Debe tener su origen en la antigua creencia de que el cuerno es la fecundidad. Por eso digo yo que en la vaca están sus cuernos como símbolo de la fuerza, y en su mirada nostálgica, vuelta hacia adentro —porque la vaca no mira "hacia afuera"— nos trae un mensaje nostálgico, nos pone un poco en contacto con la tierra misma, con la hierba. Porque una vaca que duerme (y que duerme, justamente, junto a los marsupiales del Otoño) es un ser como hundido en la naturaleza. La vaca duerme hundiendo su hocico en la tierra. Entre los seres del mundo es el que cumple más metafísicamente el sentido del sueño. Allí se queda, sumida como en un nirvana, y se hunde, allí, teniendo el hocico dirigido hacia las profundidades del planeta...

P. de L. — ¿Y por qué, entonces, la gente no acepta a las vacas en la poesía lírica?

G. — El común de las gentes siente repugnancia en concebir las vacas en la poesía porque, generalmente, se tiene terror por lo poético. El Arte es lo que asusta, lo que de pronto nos sorprende y nos hace estremecer. Cuando yo voy al fondo de mi casa y me paro frente al gallinero a mirar esas deliciosas gallinas (esas gallinas que, como dice Charles Louis-Philippe, "son un poco locas"), suelo silbar un instante, tenue, delicadamente. La gallina, el gallo de inmediato, se espantan, se alborotan: cunde un gran escándalo en el gallinero. En ese momento, la poesía soy yo, que se les aparece a las gallinas sorprendiéndolas y atemorizándolas. ¿No es verdad, acaso, que siempre se nos aparece la poesía en la forma de un silbido, de una corriente, de una sorpresa, de un rayo que se descarga y que nos pone en peligro? Y entonces huimos de ella, nos defendemos mediante distintas artimañas. Y como la vida es esencialmente poética, el horror del hombre a la poesía lo hace subconscientemente crear un sentimiento defensivo detrás del cual se repliega: sentimiento que tiene la forma externa de ideologías, religiones, humorismos, escepticismos.

IV

Ojalá tuviera yo versiones semejantes a la transcripta de los diálogos con Eugenio Pucciarelli, en los que él se refirió al problema del bien y el mal, el arte y la filosofía y tantos otros temas, que también por esas épocas desgranábamos en paseos que hacíamos por las ramblas de la ciudad.

Igualmente me gustaría recordar las justas palabras de Aníbal Sánchez Reulet, tanto en sus consideraciones sobre la filosofía como respecto a las letras, en las que siempre incursionó con singular acierto desde aquellos lejanos cuentos de frontera hasta el tantas veces citado prólogo de *Album de La Plata*, editado por la Municipalidad en 1938 bajo la dirección de Guillermo Korn.

Siempre quedaría en mi recuerdo otra singular muestra de la inteligencia de Aníbal Sánchez Reulet que, por esa época, puso en escena con pocos recursos y mucha habilidad un entremés de Cervantes y una égloga de Juan de la Encina. El éxito fue tan rotundo que tuvo que reponerse en varias oportunidades, en algunas de las cuales el propio director afrontó con ponderable talento papeles de responsabilidad.

Mi deuda con Pucciarelli y Sánchez Reulet en materia de formación intelectual sólo puedo mencionarla, ya que ninguna relación al respecto daría debida cuenta con referencia a las raíces profundas que dejaron en mi espíritu y me llevaron a meditar no sólo sobre los temas con cuyas palabras me encaminaban sino sobre otros colaterales de la filosofía, la literatura y la lingüística.

Comprador inveterado de libros desde tiempo inmemorial, una de las cosas que recuerdo son las vidrieras de la librería "Martín Fierro". En el centro de una de ellas ví durante algún tiempo un volumen de reproducciones de Henri Matisse —pintor que por ese entonces admiraba como el mayor exponente de lo que yo hubiera deseado hacer en ese arte—. La cubierta

tenía el "Retrato de una desconocida". Nunca lo pude comprar porque costaba muy caro, pero como esa circunstancia se ha repetido tantas veces, prefiero pasar a referirme a otro caso muy particular.

Un día una de las vidrieras mostró un cuaderno —una plaquette sería más apropiado decir— con cierto propósito evidente de ponerlo de manifiesto. Estaba muy bien editado, con un cuidado extremo, su sello era original: "Hipocampo 1939". Ha pasado mucho tiempo desde esa compra sorprendente. Su título tenía una sugestión que tendía el ánimo a remotos territorios: "Nacarid Mary Glynor". El apellido de su autor me pareció conocido. Sí, era un empleado del ministerio de Gobierno que tenía un aire juvenil —casi diría que muy juvenil en ese entonces—, una sonrisa pronta y nerviosa que le daba cierta apariencia de inseguridad. No había sospechado hasta ese momento que fuera poeta, pero la lectura de la plaquette no dejaba lugar a dudas.

Ahora miro la tapa, el pequeño dibujito del caballo marino, la sugestión que tuvo para mí en aquel entonces el descubrimiento personal de un poeta, de un poeta cabal. También se me aparece de inmediato, su trayectoria. Los sufrimientos iban a transformarlo tanto, que de poeta aparentemente contemporáneo de los que luego se denominaron de la generación del 40, adquirió ese rostro enjuto —casi nazareno al decir de César Rosales— que ya denotaba que era anterior a ellos y era evidente que fuera su maestro. Digo esto teniendo en cuenta que es uno de los pocos poetas cuyos discípulos se han jactado de serlo ,mientras que en otros casos, he visto negada esa natural concatenación de las generaciones.

Vicente Barbieri, recuerdo en este instante tu mano cordial, el gesto atento, solícito, tu palabra generosa con que siempre me recibías. Escucho por un momento tu voz cargada de lujosas palabras, de giros mágicos que encantaban el ambiente.

Por ese entonces, llevaba una gran libreta negra en la que frase que se le ocurría de inmediato la apuntaba. Ahí estaban ya *Fábula del corazón y Árbol total*.

Se iban acumulando lenta o rápidamente al influjo de los acontecimientos.

Vicente Barbieri físicamente se transformaría, pero en el fondo de su triste mirada otorgaría de inmediato una versión de su arriesgada travesía por la vida. A una inflexión de su voz yo recuperaba el amigo conocido entre paredes oficinescas sin sospechar que era el poeta. Ese poeta por el que vale la pena costearse a un país para conocerlo porque lleva en mitad de su pecho un eterno mensaje, mágico don por el cual hace florecer la poesía en torno, en todo aquello en lo que él detiene su atención.

V

Mucho se ha hablado de las intermitencias de la memoria. Yo desearía mantenerla fija en ese año de 1939; pero aquí, revolviendo papeles viejos, aparecen algunos muy anteriores a ese tiempo.

Encuentro dos programas del teatro Argentino, cuyo contenido habla de por sí sobre una época, y si bien es cierto que la recupera parcialmente, los solos nombres ya tienen resonancias incalculables.

Uno de estos programas tiene en su cubierta un dibujo alegórico de Guillermo Korn, que enmarca la leyenda: "Compañía teatral estudiantil Renovación". —Homenaje a los representantes de la nueva generación mexicana. Teatro Argentino— La Plata. 16 de octubre de MCMXXII".

En el interior, dice: "El grupo de estudiantes Renovación tributa en esta fiesta un homenaje cordial a José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri, Roberto Montenegro y Carlos Pellicer. Heraldos de la valiente generación que hoy renueva la vida mexicana con un poderoso impulso idealista. La Plata, 1922".

Luego hay una referencia a la pieza que se va a representar y, finalmente, en la página central, dice: "Programa I. Himno de los estudiantes. II. Ofrecerá el homenaje, en nombre del grupo "Renovación", Héctor Ripa Alberdi. III. Se presentará el drama en cuatro actos de Leónidas Andreiev: *Hacia las estrellas.*

Al detallar el reparto da cuenta de que intervienen en dicha obra: Felipe Bellini, Elfrida Rolón, Ernestina Langmann, Guillermo Korn, Pedro V. Blake, Milou Díaz, José M. Cano, Luis Aznar, Alfredo Collado, Vicente Ruiz, Gonzalo Delfino, Amelia González y Walter Bose.

Entonces la memoria recupera la imagen de don Alejandro Korn en un palco, y la referencia oída posteriormente de que cuando Felipe Bellini, protagonista de la obra —apuesto actor, cantor, ingeniero agrónomo destacado y más tarde pintor de maravillas en Mallorca—, entró en escena con saco con alamares —que visiblemente le quedaba holgado—, don Alejandro masculló indignado que hacía tres días que había desaparecido su saco y en ese momento lo estaba viendo.

Visible travesura de Guillermo que —con su genio polifacético— no sólo atendía la presentación del programa sino la puesta en escena, amén de actuar también con garbo singular.

Dos acotaciones siguen a la nómina de actores. "Los cuadros que aparecen en escena han sido pintados por Adolfo Travascio". "La música del canto en el segundo acto ha sido compuesta por Tobías Bonesatti". A éstas se podía haber agregado que los telones fueron pintados por Mariano Montesinos en la academia de su padre, con la ayuda de numerosos voluntarios a los que muchas veces tenía que impedir la práctica de la pintura.

El programa sigue detallando: "IV. Audición de la orquesta típica mexicana, cedida especialmente por el Licenciado Vasconcelos, a fin de que el público de La Plata aprecie en este único concierto el desenvolvimiento de la música nativa en México. Acompañan a la orquesta las cantadoras señoritas Abigail Borbollo y Flora Islas, que harán conocer una selección de su repertorio de canciones populares".

"La inteligente soprano señora Fanny Anitúa prestará también su gentil concurso en ese acto". (Luego sigue la descripción del repertorio, etc.).

Pienso en la trascendencia que aquí en La Plata tuvo la visita de aquellos hombres centroamericanos. Hombres de lucha, lucha contra el analfabetismo, como en el caso de Vasconcelos, cuya divisa "Por mi raza hablará el espíritu", luego fue adoptada y grabada en el escudo de la Universidad de México.

A ese espectáculo también asistieron, además de la figura egregia de Alejandro Korn, Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, que por ese entonces, este último vivía en uno de los primeros edificios de varios pisos de departamentos de La Plata, el de la calle 51 y 7.

Esa enseñanza viva quedó grabada en muchos ciudadanos de esta urbe. No sólo vieron espectáculos teatrales de jerarquía y tuvieron un primer reflejo de teatro y música de lejanos países, sino que además recibieron una eficaz enseñanza de cómo debe vivirse, ciencia o arte aún no codificado con acierto definitivo.

Henríquez Ureña —lo he oído de muchos de sus circunstanciales alumnos del Colegio Nacional— no sólo les enseñó literatura sino que también les dio mesura espiritual y fortaleza moral, frenando siempre bajas pasiones.

¡Qué habría que decir de don Alejandro Korn, de Alfonso Reyes y de otros de los que sólo el estudio detenido puede dar algún bosquejo de lo que fueron en esa su presencia viva!

El segundo programa, impreso como el anterior por un artista de la tipografía, Mario Sciocco, dice:

"Estudiantina clásica Gran representación de Lope de Rueda se dará el domingo 7 de octubre de 1923 a las 21 horas en el Teatro Argentino de La Plata". Y al pie hay una acotación que dice: "El producido líquido de esta función se destinará a la benemérita Asociación Polifónica "Ariel" de esta ciudad".

Un aviso dice: "Los estudiosos de la Argentina deben leer la revista *Valoraciones*, editada por el grupo de estudiantes "Renovación" de La Plata", etc. También hay un aviso de la librería La Normal y una nota titulada: *El padre del teatro español*, sobre Lope de Rueda.

En otra página se lee: "Se representarán los siguientes pasos: —cada uno aparece con una frase aclaratoria u oportuna— v. gr.: "*El rufián cobarde* Muchos son los que alardean de riqueza, linaje o bravura, mientras no son sometidos a prueba. ".

Finalmente, dice: "Interpretarán estos pasos los jóvenes: F. Borzani, Lola Ferrando, María Antonieta Gualteroni, Arnoldo Lesvignes, Guillermo Korn, Juan A. Herreros, Lorenzo Marraccini, Germán Reger y José Gabriel". Luego se anuncia que el último de los nombrados "recitará varios sonetos célebres de clásicos castellanos". "Como número final el público asistente a esta representación clásica oirá la segunda audición de los famosos coros UKRANIANOS PLATENSES".

A los que no vivieron en aquellos tiempos de La Plata, les parecerá sumamente pintoresca esta última denominación; por ello cabe informar que unos meses antes hicieron una jira por nuestro país unos famosos coros ucranianos. Dieron uno o dos conciertos en el Teatro Argentino. A su extraordinaria precisión agregaban la particularidad de que, siendo un coro "a capella", algunas voces imitaban instrumentos musicales con suma propiedad. Estos antecedentes motivaron que el coro que actuaba compuesto por universitarios de esta ciudad, se propusiera y alcanzara iguales propósitos, de modo que lo de coros "ukranianos platenses" tenía un sentido de emulación y de seguridad en su eficacia, digno de ser subrayado.

Podría extenderme, con motivo de ese programa, sobre las características de la personalidad de José Gabriel, su trayectoria, luchas y alternativas; mas sólo diré que fue un hombre con rasgos pronunciados y fervientes deseos de progreso, de renovación, de. una compleja mentalidad caudalosa y original.

VI

Así como cuando encuentro viejos papeles recuerdo de inmediato ese pasado que uno carga tantas veces sin sentir, cuando me encuentro con Aquilino Ca-

rabelli o con Emilio Azzarini me parece que fuera ayer, pues los admiraba desde mi adolescencia, escuchándolos departir con mis tíos y otros amigos.

Uno me recuerda de inmediato el grupo de la revista *Valoraciones*, el otro los coros universitarios que se han sucedido en la ciudad. Siempre he pensado dedicarles un artículo, un estudio, un bosquejo aunque más no sea sobre todo lo que han hecho. Vayan como anticipo los ligeros trazos de estos recuerdos.

No creo que el pomposo título de redacción de la revista, ubicada en la pieza que Carabelli habitaba en la calle 57 entre 3 y 4, se extendiera a otras dependencias. Pero este singular ingeniero agrónomo, discípulo de Spegazzini, cuya obra en la especialidad, si bien es ponderable, queda un poco —diríamos— opaca ante sus años no sólo de bohemia sino también de interesantísimo trato con la gente y con los escritores en particular.

En su domicilio, además, figuraba la representación de *Inicial* y *Proa*. Hace unos meses, conversando con Ricardo Molinari en la librería Verbum de Buenos Aires, éste me preguntaba por Carabelli y se acordaba cuando en reiteradas oportunidades por esos años había venido a visitarlo.

López Merino, aunque más joven que Carabelli, gustaba también de las tertulias en su famosa pieza. Ahí iba acompañado de Córdoba Iturburu o de Borges.

Por supuesto, concurría el director de *Valoraciones*: Carlos Amaya, Mariano Montesinos, Eduardo Ripa, Francisco Barreto, Francisco Esteban, Tomás y Paulino Rojas, Mercader, Resua, Martínez Solimán y muchos otros que ahora, en la actualidad de este 1962, Carabelli ya no recuerda.

No obstante tan precaria redacción, *Valoraciones* abarcó un panorama mucho más amplio que bastantes de las actuales publicaciones especializadas. Sus agentes en el extranjero eran: en Chile, Gabriela Mistral; en México, Daniel Cossio Villegas; en Colombia, Germán Arciniegas; en España, Cipriano Rivas Cherif; en Francia, Francisco Contreras; en Alemania, Saúl Taborda, etc. etc.

Eduardo Ripa era uno de los más jóvenes del grupo y de los más frecuentes contertulios. Con Carabelli, le escribían a Romain Rolland, del que no sólo obtuvieron colaboraciones para la revista sino que asimismo la primicia de su *Vida de Mahatma Gandhi.* Igualmente les anunció la venida de Tagore y les anticipó la trascendencia de su poesía. También hicieron traducciones en colaboración de obras de Barbusse, Leónidas Andreiev y Antón Chejov.

Ripa, cuyo talento fue apreciado por Alejandro y por Guillermo Korn, por Arrieta y por tantos otros de valía, fue realmente una inteligencia clara y profunda a la vez. Publicó varios cuentos en *Caras y Caretas,* ganó un concurso en *El Hogar* y colaboró asiduamente en *Valoraciones.*

De esa época asimismo data un cuaderno de poemas. Posteriormente hizo una de las primeras revistas de automovilismo, más tarde originales y completas guías comerciales. Curioso *dilettante* de la física, inventó, entre otros aparatos, un reloj de hora mundial, cuya eficacia comprobó el ministerio de Marina de nuestro país. Especialista —más tarde— en "cálculo de probabilidades", biometría y otras arduas investigaciones, cuando falleció repentinamente de un ataque al corazón en 1940, ya no escribía poesía, pero su prosa tenía siempre los sobrios y cálidos rasgos de la de Chejov y, como casi todos sus amigos de ese momento, vivía en reacción al tropo, en busca de la autenticidad por la sencillez. Borges, por ese entonces, decía: "la desemejanza raigal que existe entre la poesía vigente y la nuestra es la que sigue: en la primera, el hallazgo lírico se magnifica, se agiganta y se desarrolla; en la segunda se anota brevemente"

VII

Como el lector habrá advertido que estos recuerdos son infinitos, debo confesarle que primero pensé describir nada menos que veinte años de vida intelectual platense, es decir desde 1942 hasta la fecha. Luego, los años anteriores a ese arranque, y ahora ad-

vierto que no he alcanzado ni siquiera a una mera reseña de aquel año 1939 de que hablé al principio.

Hace algunos años, con mi amigo el poeta Raúl Amaral, alentamos el proyecto de hacer una breve antología que se titularía: "Poetas que la ciudad olvida" y estaría compuesta con poemas de Matías Behety, Oscar Tiberio, José Luis Menéndez, Manuel Delheye y Eduardo Ripa.

Yo no quiero cerrar estas evocaciones sin transcribir un poema que Eduardo Ripa fechó el 21 de abril de 1923, poema prácticamente desconocido, y que es un recuerdo más y un testimonio de la vida del espíritu en nuestra ciudad.

A FRANCIS JAMMES

I

Eres, amigo Jammes, un dulce niño
dormido
entre frondas y besos
de agua, crepuscular y campesino.
Ágil, tu lira canta
el vuelo de los pájaros;
tarda, tu lira canta
los ojos de los bueyes pensativos,
los campanarios, los burros que durmiendo
parecen ir por los caminos.
Recuerdas con afán historias viejas,
tristes historias viejas,
que dejan en el alma un mirar dulce
de pálidas mujeres.

II

Poeta de las tardes calmadas, en domingo,
poeta de las tardes lluviosas, en octubre,
poeta de los bosques, de la esquila,
de la hierba que crece y de las ropas limpias:
Tú tienes el sabor fresco y cercano
de todo lo sencillo;
tu alma —seguramente un pájaro,
alguna golondrina, tal vez — en largos vuelos
acaricia los campos, las legumbres,
el agua verdinegra;
tiene su nido en las campanas.
No lo niegues: Tienes tu nido en las campanas.

ALEJANDRO DENIS-KRAUSE

TERCERA PARTE

ALGUNOS MEDIOS E INSTRUMENTOS INTELECTUALES Y ARTISTICOS

LA PLATA TUVO UNA UNIVERSIDAD AL AIRE LIBRE

La noche del 6 de agosto de 1918, convocados por el inquieto Antonio Herrero —que años después, en el 25, iba a constituir el Núcleo "Diógenes" (1)— y por el siempre recordado profesor Victorio M. Delfino —fallecido en 1942— que en sus animadas clases de historia, en el Colegio Nacional, leía a sus alumnos el "Martín Fierro", unas veces, y otras alguna pieza de teatro del género chico vernáculo —interpretando él solo, en la voz, los diversos personajes de la obra—, unas pocas personas amigas, desafiando el frío invernal, se reunían en casa del segundo de los nombrados, calle 2 Nº 1134, apenas pasadas las 9 p. m., como entonces se decía. El doctor Delfino les impuso pronto, mientras

1) El Núcleo "Diógenes", que integraron —además de Antonio Herrero—, Alfredo Palacios, Angel I. Bassani, Agustín Rivero Astengo, Adolfo Korn Villafañe y Emilio Grau, entre otros, tuvo actuación entre 1925 y 1930, en que quedó disuelto. Editó una revista titulada, asimismo, **Diógenes**, en cuyo Nº 1, aparecido en enero de 1925, se lee: "Empuñamos la lámpara de Diógenes sin arrogancia, pero también sin que nos tiemble el pulso. En primer lugar para buscar al hombre dentro de nosotros mismos y tratar de realizarlo. Después, para escrutar el fondo de las almas, buscando en ellas la hombría con el ansia de vivificarla y encenderla". La última edición de la revista lleva el Nº 14 y corresponde a octubre de 1929. (En la historia de **Las revistas literarias argentinas (1893-1960)**, por Héctor R. Lafleur, Sergio D. Provenzano y Fernando P. Alonso, Ediciones Culturales Argentinas, Ministerio de Educación de la Nación, Bs. Aires, 1962, el último número consultado por los autores (pág. 150) es el Nº 7, de setiembre de 1925). El Núcleo "Diógenes" editó también un libro, **Ideario Nuclear**, que con el sello de la librería "El Ateneo", de Buenos Aires, apareció en 1928.

se preparaba el reconfortante café, del objeto de la reunión: fundar una asociación "con fines de alta cultura —como reza el acta firmada por los concurrentes— tendiente al elevamiento moral e intelectual del ser humano, individual y socialmente considerado, sobre la base de la doctrina integralista, cuyos fundamentos explica el señor Herrero".

Y luego de oir a don Antonio, los circunstantes decidieron echar las bases de la *Universidad Popular Integralista,* procediendo a formar el Consejo Superior que habría de dirigirla y a designar los directores de las secciones que compondrían el "curriculum" de la flamante institución. Quedaron así elegidos el presidente, Dr. Victorio M. Delfino; el vice, Sr. Antonio Herrero; el secretario, Prof. José Muñoz Lemos, y el tesorero, Sr. Luis E. Bernardi. Además, como queda dicho, los directores de las distintas secciones o departamentos: *Educación*: profesores Francisco Legarra y Edelmiro Calvo. *Conferencias públicas*: Sr. A. De Carli. *Fiestas culturales*: Dr. Victorio M. Delfino. *Filosofía*: Sr. Antonio Herrero. *Música*: profesores José V. Caselli y Aquiles Zacarías. *Arte*: Sr. Atilio Boveri y Estudios *literarios*: Sres. Luis E. Bernardi y Juan I. Cendoya. Y como que la cosa iba muy en serio, el Dr. Julio del C. Moreno fue nombrado representante ante los poderes públicos.

Además, se crea, como órgano de la Universidad, el periódico quincenal *El Integralismo* (2), cuya dirección ejercía el mismo Herrero, actuando como secretario de redacción el poeta Augusto Cortina Aravena, que más tarde llegaría a profesor de la Facultad de Humanidades; la suscripción trimestral costaba —¡Oh, tiempos!— sesenta centavos...

¿Qué era, pues, el integralismo y cuáles las bases de la Universidad Popular Integralista? "Es un hecho indiscutible —decían sus propugnadores— que el ambiente actual es de terrible egoísmo, individualismo

(2) En el mencionado panorama de **Las revistas literarias argentinas,** citado en la nota (1) no se incluye esta revista platense, cuyo primer número aparece el 1º de noviembre de 1918 y el último (Nº 13) el 13 de mayo de 1919.

sórdido, sensualismo desenfrenado, donde priman en el gobierno de la vida el interés, los instintos y las pasiones. Hay un contraste evidente entre el enorme progreso técnico e intelectual (exterior) y el escasísimo avance moral (interior) del hombre. La humanidad sólo ha adelantado en el orden material y en el científico, mas permanece muy atrasada en materia volitiva y moral"

Y este materialismo sin grandeza lleva a los nuevos ideólogos a buscar un remedio, o cuando menos un paliativo, en la doctrina integralista, de base ética. "Su centro y eje —señalaban enfervorizados— es el hombre y edificar la personalidad de éste su finalidad suprema; pretende afirmar, desarrollar y educar intensamente la personalidad humana, a fin de formar el hombre integral, como único medio de llegar a una sociedad integralizada". Y, luego, ahondando la definición, agregaban: "Hombre integral es aquel cuya personalidad ideológica y moral es amplia, robusta y fuerte; el que ha llegado a ser dueño absoluto de su voluntad, pasiones e impulsos; el que trata de cultivar y engrandecer todas sus facultades, mantiene abierto su espíritu a todos los horizontes y bellezas, su inteligencia a todas las verdades y su alma a los sentimientos más elevados. Es, en fin, el que lucha constantemente por el perfeccionamiento de sí mismo y el de todos los hombres, erigiendo en postulado la siguiente máxima: *Refórmese cada uno y quedará reformado el mundo*".

Como se echa de ver no era cualquier cosa lo que pregonaba el esforzado grupo "integralista". Y para dar carril a esos ideales la Universidad se proponía: "Cultivar la personalidad humana por medio del estudio y difusión de las modernas teorías que confirman y exaltan los poderes mentales y morales del hombre; hacer que éste desarrolle, modifique y fortalezca el carácter en el sentido del dominio de sí mismo y la confianza en el propio esfuerzo; forjar en cada individuo una voluntad robusta, un sentimiento sólido y una inteligencia equilibrada: una personalidad; aceptar y utilizar todos los ideales y doctrinas en la parte

positiva y educadora que contengan; crear el sentimiento de solidaridad social con obras colectivas de mejoramiento inmediato, solicitando para ello la colaboración individual, sin distinción de partidos, religiones o ideales; y —en fín— fomentar la educación integral del pueblo por el Arte, el Pensamiento y la Cultura Física" Todo esto así como queda escrito, con abundancia de mayúsculas.. "La Universidad —recalcaban sus dirigentes al explicar de qué modo se cumplirían aquellos propósitos— no usa métodos negativos, es decir, no ataca ni destruye: edifica. Adopta como norma general un máximo de acción para un mínimo de teoría. No preconiza dogmas, religiones ni teorías políticas. Cree que no evolucionará la humanidad si antes no evoluciona el hombre"

Y con tal bagaje de ideas, que la juventud y el entusiasmo hacía más liviano, la Universidad "abrió sus puertas" el 16 de agosto de ese año en que en La Plata nevó. Claro que lo de "abrió sus puertas" queda dicho en sentido figurado, porque en verdad la Universidad carecía de local propio. Actuaba donde podía. Así, aquel día, a las nueve de la noche, en el Círculo de Periodistas —por aquellos años instalado en 54 entre 4 y 5, en un edificio vecino al viejo Teatro "Apolo", a la sazón convertido en una carpintería—, el presidente y el vice de la U.P.I. dejaron inauguradas las actividades con sendas conferencias sobre "Educación integralista" y "Filosofía integralista", respectivamente.

Los cursos sistemáticos —doctrinas filosóficas, educación, hominicultura, arte, teoría musical y examen de los postulados de las fuerzas políticas actuantes en la Argentina: radicalismo, conservadorismo, socialismo y .anarquismo— se comenzaron a desarrollar en la Escuela Normal Popular (calle 8 entre 57 y 58) a mediados de octubre, con horario nocturno, contando en el cuerpo de profesores, además de los mencionados Delfino y Herrero, a José Muñoz Lemos, de origen mendocino, que acababa de graduarse en la Facultad de Humanidades; a Francisco Legarra, que hasta el año anterior y por más de un lustro había sido

director de la escuela graduada anexa de la Universidad Nacional de La Plata; al pintor Atilio Boveri; al erudito Angel Licitra; a Edelmiro Calvo, prestigioso profesor del Colegio Nacional; a Ismael Guerrero Cárpena, que dictaba hominicultura y educación física; al musicólogo Tobías Bonesatti y a los maestros Aquiles Zacarías y José V. Caselli (que actualmente cuenta con más de noventa años de edad), por entonces propietarios y directores del acreditado Conservatorio "Santa Cecilia".

Algunas "fiestas culturales" —como se denominaba a las reuniones en que la conferencia era aligerada con número de canto y música— se efectuaban en el salón de actos del Colegio Nacional. En la primera de ellas, llevada a cabo el 29 de setiembre, la parte central estuvo a cargo del profesor Delfino, quien disertó sobre "Impresión estética de algunas de las grandes figuras del Renacimiento italiano"; las señoritas Aida Christmann y Luisa Osores Soler ejecutaron diversas composiciones musicales y los señores Francisco Segovia y Juan Siches de Alarcón recitaron poesías de Núñez de Arce y Santos Chocano. La segunda "fiesta", realizada el siguiente sábado, tuvo un desarrollo más variado: Atilio Boveri habló acerca de la "Estética de los jardines", Javier Barneche tocó el violín, Armando Barbati cantó una romanza de "Ballo in maschera" y Gregorio Segovia hizo una demostración de.. caricaturas relámpago.

Pero cuando el tiempo lo permitió, ya iniciado noviembre —y coincidiendo con la anhelada terminación de "la guerra destinada a acabar con todas las guerras"— la Universidad trasladóse al abierto y luminoso ámbito del Bosque. Hasta marzo de 1919 y a razón de dos clases semanales —unos días a las cinco de la tarde y otros a las nueve de la mañana, generalmente sábados y domingos— se dictaron cuarenta conferencias. Como Sócrates en la plaza ateniense, los "integralistas" —que alguna vez fueron destinatarios de la puya estudiantil lanzada desde las páginas de *Juvenilia*, —revista del Centro de Estudiantes del Colegio Nacional de los años 18 y 19— trasladaron

sus conversaciones a las vecindades del plácido Lago o a las amplias escalinatas del Museo. Una fotografía de la época muestra a los asiduos concurrentes en torno al grupo de *Las tres Gracias,* por Cánova, como puestos bajo la protección de las divinidades que antiguamente presidían las elevadas manifestaciones del arte.

Paralelamente al Consejo Superior comenzó a funcionar la comisión de la Juventud Integralista, presidida por José M. Silva e integrada por Juan Garganta, Sislán Rodríguez, Ricardo Cobeñas y Juan M. Palau, entre otros. En noviembre de 1918 aparece el primer número de *El Integralismo.* Colaboró en el periódico gente conocida del mundillo intelectual platense: Martín García, el querido librero de "La Normal"; Alfredo Torcelli, recopilador de la obra de Ameghino; el poeta José M. Olmos Cárdenas; Juan I. Cendoya, cuentista y periodista de *El Argentino,* el pintor Faustino Brughetti, Antonino Salvadores —luego historiador de prestigio— y otros más, cuyas firmas aparecen junto a los nombres de Carlyle, Amiel, Novalis, Tagore, Montaigne, Platón, Rabelais, Antich, Sarmiento, Emerson, Almafuerte, etc., considerados "autores integralistas". Como que el 16 de enero de 1919 el Dr. Ángel Licitra pronuncia en el Bosque una conferencia sobre "Dante integralista". Y a propósito de Almafuerte, que acabamos de mencionar, fue célebre por esos días la controversia pública llevada a cabo en Berisso entre el dramaturgo Rodolfo González Pacheco y Antonio Herrero, quien sostenía que el ideal anarquista —que aquél representaba— había sido superado por el ideal almafuertiano. El tema ya había sido debatido antes entre el propio Herrero y un obrero italiano apellidado Viaggio; la polémica tuvo lugar en el salón del Nuevo Círculo Napolitano, calle 49 entre 11 y 12, actuando como moderador el Dr. Delfino, y si bien es cierto que en el escenario la ardorosa discusión mantuvo un nivel caballeresco, en la platea, finalizada aquélla se inició otra entre los asistentes que fue subiendo de temperatura hasta terminar en algo así como a golpes.

Los estudios no eran gratuitos sino pagados; los "aranceles" costaban la friolera de cincuenta centavos mensuales, que tal era la cuota de socio activo. Y a pesar de la "no gratuidad" de la enseñanza, la inscripción se mantuvo siempre alta; es que las actividades de la Universidad atraían por su variedad y por el intenso ritmo de trabajo. En el Nº 11 de *El Integralismo,* correspondiente al 11 de abril de 1919, se anuncia la sexagésima conferencia. Pero, desgraciadamente, las cosas comenzaron a andar mal por culpa de la política, como en las universidades de veras... El presidente, requerido por sus correligionarios se dio a trabajar de firme en el Partido Conservador, derrochando allí sus generosas energías; el vice, por su parte, estaba en la vereda de enfrente. Y así comenzó a desintegrarse la Universidad integralista. El décimotercero y último número de *El Integralismo* vio la luz el 13 de mayo de 1919, y poco a poco la Universidad fue languideciendo. Una vez más la política había matado nobles intenciones.

"Refórmese cada hombre y quedará reformado el mundo", decía la ambiciosa máxima integralista. Pero está visto que de Adán acá el hombre es irreformable. Por cuya causa la Universidad Popular Integralista es hoy, en el recuerdo, la añoranza de una singular y fallida empresa de cultura que ocurrió en La Plata hace cuarenta y cinco años.

NOEL H. SBARRA.

LA UNIVERSIDAD POPULAR ALEJANDRO KORN

Durante más de una década la "Universidad Popular Alejandro Korn" de La Plata, se constituyó en su centro cultural más significativo. En algunos momentos de la vida del país, y cuando resultó vedado el acceso a la tribuna universitaria a ilustres personalidades, la U.P.A.K. fue un punto desde el cual éstas pudieron difundir sus ideas. Por sus aulas desfilaron los más importantes hombres de letras, de las artes y de las ciencias no sólo de la ciudad sino de la Argentina y de América. También en ellas se formaron grupos de personas que no podían continuar estudios universitarios y desde ellas obtuvieran diplomas y títulos que constituían especializaciones en su trabajo, muchos obreros y empleados de la ciudad.

La U.P.A.K. reunía en su seno las expresiones de altas culturas y también dirigía su acción hacia temas y materias afines con la cultura popular. Se irradiaba hacia los barrios populares y en ellos constituía filiales que tendían a una verdadera extensión cultural, que iba desde los cursos de enseñanza de castellano a extranjeros, a cursos para analfabetos adultos, a la enseñanza primaria, a la iniciación cultural y a la capacitación técnica.

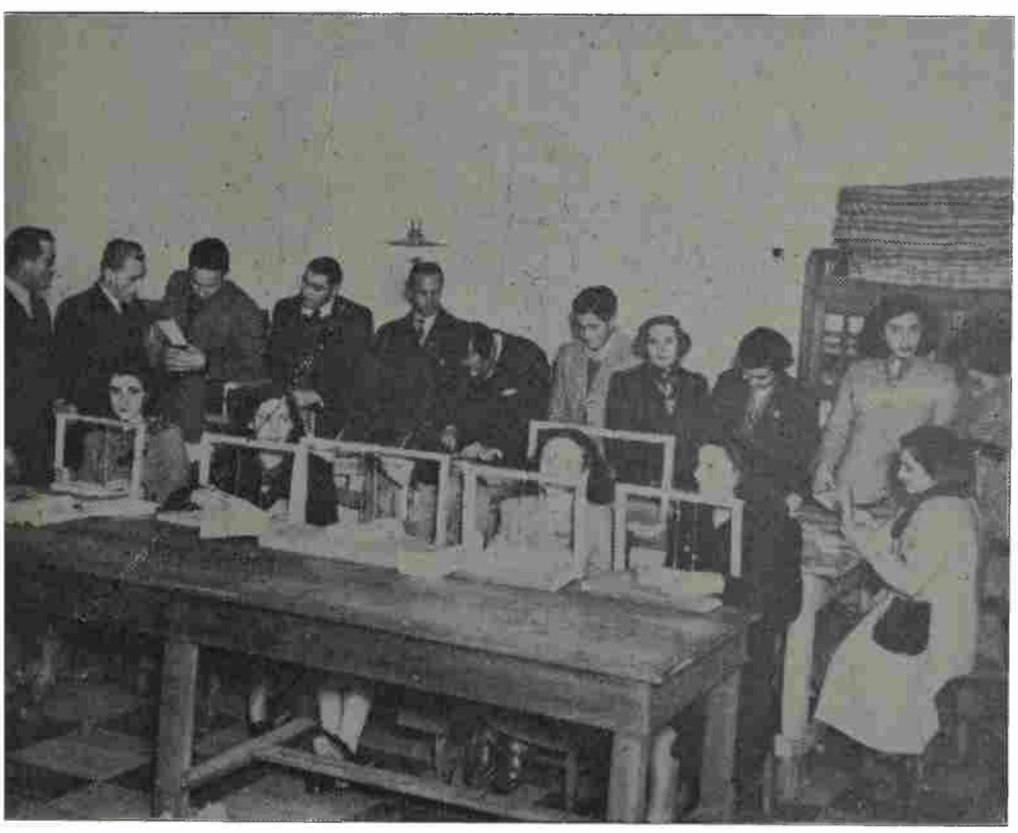
La U.P.A.K. fue fundada el 14 de noviembre de 1937, en el local de la Casa del Pueblo del Partido Socialista de La Plata, en homenaje a la memoria del filósofo Alejandro Korn, fallecido poco tiempo antes. Desarrolló una intensa actividad cultural hasta 1950, fecha en que las circunstancias políticas imperantes hicieron que se clausurara. En los últimos años su

acción se vio dificultada por circunstancias políticas y, de tal manera, no pudo llevar a cabo sus programas de acción con la intensidad conque lo hiciera en sus comienzos. Dos circunstancias incidieron en este hecho; una, la ida a México, para hacerse cargo de la Dirección del Fondo de Cultura Económica, de su fundador, secretario y verdadero impulsor: Arnaldo Orfila Reynal quien desarrollara desde la Secretaría General, una acción notable. Buena parte de la vida de Orfila estuvo dedicada a la U.P.A.K. Desde esta institución programó lo que más tarde con otros medios y posibilidades, podría concretar desde el Fondo de Cultura Económica de México. La otra circunstancia que incidió en el cierre de U.P.A.K., aparte del problema político y las persecuciones policiales que impedían el normal desarrollo de sus actividades, fue la agudización de su situación económica, que día a día se fue haciendo más premiosa. Como U.P.A.K. vivía de los magros ingresos provenientes de las cuotas de socios (y fue la primera institución que abonara honorarios a sus conferenciantes), la situación económica llegó a hacerse insostenible. Como sucede con la mayoría de las instituciones culturales del país, este hecho resultó decisivo también para la U.P.A.K..

Según su acta de fundación la U.P.A.K. tuvo estas finalidades: a) la enseñanza y educación en todos sus grados; b) la formación de una conciencia social; c) la investigación acerca de las teorías sociales y de los problemas argentinos; d) la difusión de la cultura general; e) el cultivo del arte a través de todas sus manifestaciones y desde el punto de vista de las ideas sociales; f) la cultura física, entendida como un medio de vinculación social; g) la cultura integral de la mujer. Se anota, desde el momento de su fundación, una aguda preocupación por los problemas sociales, políticos y económicos argentinos. Dicha preocupación subsistirá durante toda la existencia de la U.P.A.K., así como su vocación americanista. Hubo ciclos anuales dedicados a la vida y cultura argentina y americana, mereciendo mencionarse, como ejemplar, el desarrollado durante el año 1947. El curso colec-



ILUSTRACION Nº 16
Público asistente a una representación de LA CRUZ DE LOS CAMINOS en el local de UPAK, dirigida por Orestes Caviglia. En primer término se ve al Dr. Angel Ossorio y Gallardo, fuera gran amigo de la institución; y al Dr. Arnaldo Orfila Reynal, secretario general de la misma (1942).



ILUSTRACION Nº 17
Una clase en los Talleres (1943).

ILUSTRACION Nº 18
Exposición de revistas americanas en UPAK.
Un "stand" (1941).



tivo dictado ese año se denominó "Vida y Cultura Argentinas", comprendiendo dos aspectos: el del desarrollo político-social y el cultural. En el primero ocuparon la tribuna, dictando varias clases, Adolfo D. Holmberg, Francisco de Aparicio, Dardo Cúneo, Julio V. González, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Américo Ghioldi, Carlos Sánchez Viamonte, Luis Aznar; en el segundo, José Luis Romero, Francisco Romero, Jorge Romero Brest, Alberto Ginastera, José Babini, Aníbal Sánchez Reulet, Gregorio Halperin, Roberto F. Giusti, con temas tan significativos como estos: "El factor geográfico en la formación histórica del país", "El factor indígena", "El conquistador y el inmigrante", "La estructura teórica de la nacionalidad", "El factor económico en la evolución argentina", "Sarmiento y la realidad real del país", "Sarmiento y la formación de la nacionalidad", "Los valores culturales en Sarmiento", "La contrarevolución: Rosas", "Buenos Aires frente al país", "Caudillos, políticos e ideas", "Fisonomía de la Argentina contemporánea", "Las artes plásticas", "La música", "La ciencia", "La filosofía", "La educación", "La literatura", etc. El estudio de los problemas políticos, económicos y sociales argentinos estuvo permanentemente presente en U.P.A.K., a través de cursos de Historia dictados por Juan Cánter, Luis Aznar, José Luis Romero, Carlos Sánchez Viamonte o cursillos en que intervinieran, entre muchos, Bernardo Canal Feijóo, Arturo Frondizi, Silenzi de Stagni, Juan Sábato, Pedro Henríquez Ureña, Andrés Ringuelet, Ezequiel Martínez Estrada, etc. En cuanto a los problemas artísticos, ocuparon, entre otros, la tribuna: Jorge Romero Brest (que fuera Asesor artístico), Julio Payró, Julio Rinaldini, Emilio Petorutti, María Rosa González, Carlos Aragón, De Santo (que decorara los talleres de la institución), etc.

La U.P.A.K. estuvo integrada por seis Departamentos, a saber: 1: Departamento de Enseñanza; 2: de Conferencias; 3: de Estudios Sociales; 4: de Arte Popular; 5: de Vida Femenina; 6: de Cultura Física. La U.P.A.K. tuvo por objeto "cumplir una labor de extensión cultural, fundamentalmente realizada entre obre-

ros, empleados y estudiantes y satisfacer una tarea orgánica de cultura popular". Entre sus fundadores anotamos a Arnaldo Orfila Reynal, Prof. Dra. Delia S. Etcheverry, Ingeniero Carlos Bianchi, Prof. Luis Aznar, Dr. Carlos Sánchez Viamonte, Sr. Andrés Towsend Escurra, Prof. Segundo Tri, Ing. Juan Sábato, Profesora Amanda Lapachet, Sr. Raúl Amaral, Srta. Beatriz Vilá, Sr. Guillermo Korn, Sr. Mario Sciocco y algunos otros que escapan a nuestra memoria.

Casi de inmediato comenzaron a funcionar los cinco Departamentos en que se dividiera la Universidad (obsérvese de qué manera se implantaba ya el sistema de "Departamentos", anticipándose a una concepción moderna de la Universidad que recién ahora comienza en nuestro país). Los mismos fueron estructurados conforme al siguiente plan: *I. Departamento de Enseñanza*: 1) Enseñanza primaria: cursos para analfabetos adultos, con cursos de lectura, escritura y aritmética; 2) cursos de iniciación cultural, dividido en dos ciclos: a) reuniendo las siguientes materias: elementos de biología (2 meses), elementos de higiene (2 meses), historia de la legislación, nociones sobre legislación obrera y capacitación ciudadana; b) vida argentina, lectura y redacción, comentarios sobre hechos actuales (principalmente a través de la lectura de periódicos, revistas y diarios); 3) Capacitación Técnica, con cursos de taquigrafía, contabilidad y teneduría, corte y confección; juguetes, dibujo técnico, encuadernación, idioma (inglés, francés, alemán); 4) Cursos de repetición para estudiantes secundarios; 5) Estudios Sociales (origen y desarrollo del socialismo, ubicación del socialismo, tendencias antisocialistas). Los temas del Departamento de Enseñanza se desarrollaron a través de cursos sistemáticos, los de iniciación cultural durante tres días semanales a razón de dos materias por día y los cursos de estudios sociales fueron dictados en forma de seminarios. *II. Departamento de Conferencias*: a) histórico-sociales (historia del presente); b) científicas; c) literarias; d) filosóficas. *III. Departamento de Arte Popular*, dividido en tres Secciones: *Teatro*, comprendiendo:

a) representaciones; b) lecturas; c) conferencias; *Escuela libre de artes plásticas para niños; Música*: a) audiciones mecánicas; b) conversaciones; c) Coros. *IV. Departamento de Educación Física*: a) escuela de líderes; b) deporte en los barrios; c) excursiones y campamentos. *V. Vida femenina*: a) problemas del niño; b) problemas del adolescente; c) problemas de la mujer.

El desarrollo de los temas fue amplio, a veces exhaustivo. Veamos el programa para los años 1937, 1938, 1939, con referencia a la *Historia del Presente*. Comprendía cinco grandes temas, a cargo de profesores especializados y los mejores estudiosos del país, divididos a su vez en subtemas: I) *Introducción general*: II) *La evolución económica y social*: a) Historia del Industrialismo; b) Historia del Imperialismo; c) Historia de las ideas sociales (a desarrollarse en el curso de estudios sociales). III) *La realidad europea*: a) El código napoleónico y su influencia en la sociedad burguesa; b) La Reforma; c) Alemania desde Bismark a Hitler; d) Italia desde la Unidad a Mussolini; e) Fascismo; f) Vísperas de la Gran Guerra; g) Tratados de Versailles y de Saint-Germain; h) Los problemas de España; i) El problema judío; j) La literatura de post-guerra. IV) *La realidad americana*: a) El imperialismo en América; b) La evolución económica; c) El desarrollo político; d) La Iglesia en América. V) *La realidad argentina*: a) Historia política; b) Historia económica; c) Historia sindical; d) Política y economía agraria; e) Política y economía del petróleo; f) Política y economía de los transportes; g) Política y economía eléctrica.

Obsérvese la novedad de los temas y de los planteos a través de los planes que se han transcripto. La U. P. A. K. tuvo así, amplia significación y gran resonancia americana.

Los cursos comenzaron a funcionar de inmediato y algunos de ellos tuvieron éxitos memorables. Entre otros, recordemos las magníficas clases dictadas por Pedro Henríquez Ureña, que en síntesis constituyen la esencia de sus mayores libros; el curso acerca de las

Corrientes Literarias en América, que fuera el que dictara en los Estados Unidos en inglés, fue absoluta novedad para la Argentina. Figuras notables del pensamiento americano ocuparon la tribuna de U. P. A. K. y así en ella pudimos oir las lecciones de William Rex Crawford, Juan José Arévalo (que fuera entusiasta colaborador), Raúl Osegueda (que ocupara un cargo en el Consejo Directivo), Andrés Towsend, Daniel Cosío Villegas, Pedro Henríquez Ureña, Jesús Silva Herzog, Jorge Icaza, Magda Portal, Marta Brunet, Agustín Llenero, Norberto Pinilla, Natalicio González. No hubo figura de relieve americano que dejara de ocupar la tribuna de U. P. A. K. Lo mismo con referencia a los representantes del pensamiento español en el exilio. Entre muchas otras caben recordar las conferencias de León Felipe, el gran poeta, que despertara admiración y entusiasmo ante salas repletas de público atento.

En otros aspectos, fuera del de las conferencias magistrales, la U. P. A. K. desarrolló cursos completos acerca de nuestros problemas fundamentales. Temas como éstos: "El futuro argentino en el mar" (curso de Holmberg), "Imperialismo e indo-américa" (Andrés Towsend), "América" (Germán Arciniegas) "La penetración del capital extranjero" (cursos por Carlos Bianchi, Aquiles Martínez Civelli, Juan Sábato), "Argentina 1942" a cargo de Canal Feijóo, Anderson Imbert, Florencio Escardó, Rosa Schlieper de Martínez Guerrero, "Conocimiento de América", etc., fueron muy frecuentes y reunieron amplios auditorios. También se dictaron cursos acerca de temas que despertaron vivo interés; por ejemplo, entre muchos, "Coloquios acerca de la enseñanza secundaria", "La Universidad y el país", "Perspectivas del mundo contemporáneo", "La economía de nuestra época", etc. En 1948 se dictó un *Curso Colectivo sobre la Crisis*, con temas tan importantes como éstos: "La crisis de nuestra civilización (Francisco Romero), "La crisis de la política de Estado" (Francisco Ayala), "La agonía de la civilización europea" (Eugen Relgis), "La econo-

mía y la crisis de nuestra época" (Jesús Prados), "Coordinación de los factores de nuestra crisis actual" (Ezequiel Martínez Estrada), "La crisis y la ciencia" (Adolfo D. Holmberg), "La crisis en literatura" (Guillermo de Torre), "Modernidad del hombre" (Luis Franco), "La crisis en filosofía: el existencialismo" (Vicente Fatone), "Perspectivas del mundo contemporáneo" (José Luis Romero), "La crisis de nuestro tiempo" (Alcira Moreau de Justo), "La crisis en educación" (Raúl Osegueda).

Fue muy importante la labor que U. P. A. K. desarrollara en forma de extensión, principalmente a través de la acción cultural desplegada por la Profesora Delia Etcheverry y un grupo de educadores. Así, entre otras, pudieron concretarse las siguientes iniciativas: Clubes de barrio, entre otros en Los Hornos y en Remedios de Escalada. En algunas ocasiones se realizaron giras culturales principalmente hacia pueblos o barrios obreros, organizándose funciones teatrales, cinematográficas y de títeres. A este último respecto cabe consignar la labor desplegada por Javier Villafañe, que fuera un entusiasta propulsor de esta actividad y un gran colaborador de la U. P. A. K.

El *Club de Madres* de U. P. A. K., también debido a la iniciativa de Delia Etcheverry, dio posteriormente nacimiento al Jardín de Infantes número 3, que sigue las directivas iniciales en la actualidad bajo la dirección de Elda Buseta, con la vice dirección de Aurora Monreal y Nora Fumagalli. Se organizó, bajo la dirección del doctor Zambosco, el consultorio médico y el laboratorio de psicología. Un *Departamento de Cultura en los Barrios* mantuvo permanentemente contacto con numerosos sectores hacia los cuales no podía llegar la Universidad oficial. El *Club de Niños* también tuvo eficaz trayectoria. En el *Taller* de U. P. A. K., situado en el subsuelo del edificio, se llevaron a cabo las tareas de enseñanza de encuadernación, fabricación de juguetes, carpintería, dibujo técnico, corte y confección, a través de cursos que reunían gran cantidad de participantes, casi todos pertenecien-

tes a clases humildes. El Taller, que costó la suma de $ 1.500 (se había autorizado un gasto de $ 1.000 a $ 2.500 para su realización) fue hecho por los propios integrantes de la Universidad en horas de ocio y fue decorado por el pintor de Santo. (Véase Ilustración Nº 17).

El *Coro* de U. P. A. K. se constituyó bajo la dirección del maestro Isidro Maiztegui. Más tarde Oriente Monreal también ejerció su dirección.

La actividad teatral fue múltiple. Se organizaron cursos de Lectura teatral, conferencias sobre técnica teatral y también se dieron representaciones. El *Teatro* de U. P. A. K. organizó representaciones en distintos puntos, con un repertorio popular argentino; entre otras se representaron obras de Florencio Sánchez. Fue muy importante la puesta en escena de *La Cruz de los Caminos,* bajo la dirección de Orestes Caviglia. Caviglia fue, desde el primer momento, el animador del Teatro en U. P. A. K. Realizó una obra perdurable y a su inteligencia y desinterés se debió la concreción de espectáculos de gran categoría. (Véase ilustración Nº 16).

U. P. A. K. realizó algunas exposiciones muy importantes. Al término de un curso sobre pedagogía infantil, se inauguró una exposición de dibujos infantiles, que puede calificarse de memorable. También debe recordarse la gran exposición de revistas americanas, exposición exhaustiva llevada a cabo con el patrocinio de los diferentes gobiernos y embajadas latinoamericanas. (Véase ilustración Nº 18). Se inició, luego de la exposición, la tarea de coleccionar revistas americanas con el objeto de formar una biblioteca especialmente americana. La Biblioteca llegó a reunir excelentes colecciones de revistas tanto argentinas como extranjeras y un buen número de libros principalmente de historia, economía y sociología, provenientes, en su mayoría, de donaciones.

En Artes Plásticas se realizó una labor muy importante, principalmente a través de los cursos dictados por Jorge Romero Brest, que fuera Director de "Orientación en el arte". Julio Payró, Rinaldini y otros

críticos, aparte de numerosos artistas prestaron su constante adhesión.

Las *Misiones Culturales*: sobre un escenario rodante se cumplió un plan de misiones culturales a los barrios extremos de la ciudad, en los que se desarrollaron programas de teatro de títeres, lecturas teatrales, audiciones discográficas, exposición de reproducciones artísticas, fotografías de información geográfica e histórica del país y de América, lecturas literarias y biografías.

Se realizaron, asimismo *Cursos especiales para adolescentes*, a través de enseñanzas útiles y prácticas, también cursos preparatorios para aprendices y para empleados de comercio.

La labor de U. P. A. K. fue amplísima. En breves líneas sólo podría caber un resumen panorámico del trabajo desplegado durante años, en actividades que abarcaban múltiples aspectos de nuestra cultura, como también de nuestra educación popular dirigida preferentemente a las clases humildes. Tuvo, así, un hondo sentido social, inaugurándose con ella un nuevo estilo y una nueva manera de encarar los distintos problemas culturales.

U. P. A. K. realizó, también, una verdadera obra de divulgación a través de sus boletines periódicos, algunos de los cuales —principalmente en su última etapa— constituían verdaderas lecciones de dignidad ciudadana. También se publicaron obras referentes a la personalidad de Alejandro Korn, en ediciones de grandes tiradas.

Es de destacar, en estos aspectos, la labor llevada a cabo por Eduardo Petorutti a través del boletín que bajo el nombre de "Indice" salió mensualmente durante varios años.

Los colaboradores de U. P. A. K. fueron muchos y una lista exhaustiva no podría hacerse. Contó con el apoyo de la ciudad y, en tal sentido, hubo gran cantidad de colaboradores anónimos. Arnaldo Orfila Reynal fue ejemplar Secretario durante una década; más

tarde, al alejarse éste del país la Secretaría fue ejercida por Alfredo Galletti y temporariamente actuaron también en dicho cargo Eduardo Schaposnik y Alfredo Ves Losada. Entre muchos colaboradores como encargados de cursos, miembros de comisión o que ejercieran tareas administrativas, debemos citar a la Prof. Delia Etcheverry, Prof. Raúl Osegueda, Ing. Carlos Bianchi, Ing. Andrés Ringuelet, Prof. Luis Aznar, Prof. Segundo Tri, Prof. Amelia Sánchez Garrido, Prof. Élida Busi de Galletti, Prof. Amanda Lapachet, Dr. Julio Sager, Srta. Isolina Corró, Srta. Beatriz Vilá, Srta. María Elena Satostegui, Sr. Otelo Ovejero, Sr. Eduardo Petorutti, Sr. Martín García, Prof. Yves Hughes, Ing. Juan Sábato, Dr. Noel Sbarra, Prof. Emilio Ogando, Prof. Iris Ibáñez, Sr. Héctor Azeves, Sr. Aldebrando Brunatti, Sr. J. Di Jorgi, Sr. José C. Lázzaro, Sr. Mario Sciocco, Sr. Pascual Stefanizzi, Cont. Casandra Fernández, Srta. H. Ricci, Srta. Ana Fernández, Sr. Alfredo Guardia, Dra. Araceli Ariznavarreta, Sr. Armando Firpo, entre otros.

Además, colaboraron en U. P. A. K. a través de cursos y conferencias, siendo algunos de ellos encargados de cursos, las siguientes personalidades: Germán Arciniegas, Leónidas Anastasi, Enrique Anderson Imbert, Wladimiro Acosta, Juan José Arévalo, Rafael Alberti, Pompeyo Audivert, Francisco Araya, Agustín Alvarez, Luis Aznar, Carlos Aragón, Mario Bravo, José P. Barreiro, Carlos Bianchi, Max Birabén, Ricardo Baeza, Gregorio Bergman, Nicolás Besio Moreno, Jorge Luis Borges, José Babini, Augusto Barcia, Manuel Blasco Garzón, Marta Brunet, Lidia Besuchet, Tobías Bonesatti, Bernardo Canal Feijóo, Daniel Cossío Villegas, Alfredo Calcagno, Olga Cosettini; Carlos Cisneros, Juan Cánter, C. Correa Morales de Aparicio, Ana María Caffarati, Carlos Castiñeiras, Córdova Iturburu, Alfredo Coviello, Enrique Corona Martínez, Aída Cometta Manzoni, Leticia Cosettini, Angel Cabrera, Antonio Cunill Cabanellas, Gabriel del Mazo, Francisco de Aparicio, Adolfo Dorfman, Juan José Díaz Arana, Bernard H. Dawson, De Santo, Guillermo de Torre, Jorge del Río, Rafael Dieste, Carlos Alberto Erro, Betina Edelberg, Arturo

Frondizi, Vicente Fatone, León Felipe, Florencio Escardó, Luis Franco, Delia Etcheverry, Alvaro Guillot Muñoz, Américo Ghioldi, Rafael Grinfeld, Roberto Giusti, Alberto Ginastera, Román Gómez Masía, Jacinto Grau, Josué Santos Gollán, Pedro Henríquez Ureña, Adolfo D. Holmberg, Leopoldo Hurtado, Luis Jiménez de Asúa, María Teresa León, Jorge Icaza, Ezequiel Martínez Estrada, Diego Luis Molinari, Aquiles Martínez Civelli, Hilario Magliano, Alicia Moreau de Justo, Fernando Márquez Miranda, Juan Mantovani, Ariel Maudet, José María Moner Sans, Julio Noble, Arnaldo Orfila Reynal, María Rosa Oliver, Victoria Ocampo, Angel Ossorio y Gallardo, Alfredo Palacios, Julio Payró, Emilio Petorutti, Magda Portal, Juan Carlos Paz, Jaime Pahissa, Francisco Romero, José Luis Romero, Nicolás Repetto, Jorge Romero Brest, Angela Romera, Eugen Relgis, Pablo Rojas Paz, Nerio Rojas, Luis Reissig, Jesús Silva Herzog, Carlos Sánchez Viamonte, Aníbal Sánchez Reulet, Juan Sábato, Cora Ratto de Sadovsky, Marta Samatán, E. Sánchez Zinny, Nelly Saglio, Toño Salazar, Raúl Scalabrini Ortiz, Manuel Serra Moret, José M. Sarobe, Andrés Towsend, Saúl Taborda, Demetrio Urruchúa, Angel Vassallo, Javier Villafañe, José María Velazco Ibarra, María de Villarino, Alberto Zambosco, etc.

Sería larga tarea la de referir circunstanciadamente la labor que ha desarrollado en nuestra ciudad la Universidad Popular Alejandro Korn. Basten estas breves notas para demostrar, en parte, su importancia y repercusión y, también, su significado como portaestandarte de los mejores valores culturales y humanos.

ALFREDO GALLETTI

A UN CUARTO DE SIGLO DE UNA EXPERIENCIA SOCIAL EN LA PLATA: LA UNIVERSIDAD POPULAR ALEJANDRO KORN

Es difícil trasladarse a un cuarto de siglo de un tiempo tan distinto, con una perspectiva tan diferente a la que impulsaba la acción de años jóvenes, unidos en una realidad circundante que hoy se contempla tan extraña y diferente.

Hace precisamente 25 años que en esa ciudad de La Plata cumplíamos, con cierta ingenua esperanza, una labor que creíamos creadora, que creíamos fertilizaría con los años el campo árido de esa vida argentina que se debatía por entonces —como ahora— entre sombras y desalientos, entre decepciones y quebrantos.

Era un instante de la llamada "década infame" (¿no podríamos ahora hablar de las "varias décadas infames"?), pero entendíamos con optimismo que ese período de la política argentina podría ser superado con el esfuerzo honrado de los que sin compromisos y con fe, estaban en condiciones de limpiar el camino del futuro con la preparación de conciencias, con la educación, con la liberación de los hombres y mujeres jóvenes del dominio del prejuicio, de la indiferencia, de la inercia.

Sabíamos que en esa ciudad de La Plata podría cumplirse una tarea fructífera en ese campo. Desde adolescentes habíamos creído en la importancia del hacer colectivo, de la cooperación entre gentes con ideales sencillos y limpios, de la tarea de dinamizar

la callada vida provinciana con el ejercicio tan agradable de volcar en la colectividad lo poco que uno iba recogiendo del privilegio de poder educarse.

Así fue que actuábamos desde el nuevo Colegio Nacional —que iniciamos en el año 10, en el momento mismo de su creación—; proseguimos luego en la vieja *Asociación de ex alumnos* que fundamos con un grupo de profesores y estudiantes, en 1916 y desde la que surgió aquella hermosa revista *Atenea* que dirigiera Rafael Alberto Arrieta; proseguimos en los movimientos de la *Reforma* de 1918-1920 y que cuajara después en el grupo *Renovación* nacido en esos años al amparo de don Alejandro Korn y que prosiguió luego, incorporado ya Pedro Henríquez Ureña en 1924, y de cuya acción el mejor fruto que trascendió fue *Valoraciones*, la gran revista que iniciada en 1923 sigue hasta 1928, dirigida por don Alejandro y que ha de quedar como una de las más altas expresiones del pensamiento argentino de aquellas décadas. Fue también por esos años que apareció en La Plata, y cumplió también una excelente misión cultural, la revista *Sagitario*, que dirigían Carlos Sánchez Viamonte y Julio V. González.

En toda esa época vamos cumpliendo una dinámica actividad cultural desarrollada por nuestro grupo en la vida de la cultura y particularmente en la Universidad Nacional con mucho de intervención en su política, a la que pretendíamos llevar el impulso y la orientación que defendimos durante el movimiento del 18, y que a nuestro entender había sido traicionado y pervertido por los que habían escalado las posiciones del poder.

Con don Alejandro Korn ingresamos al Partido Socialista, a poco de instaurarse la dictadura de Uriburu y desde entonces orientamos nuestra labor bajo ese signo político. En 1936 —en los años vergonzosos del dominio de los conservadores en la Provincia— creímos necesario estimular la labor de los jóvenes —obreros y estudiantes— y fundamos la *Agrupación Camarada* y un órgano periodístico con este nombre, en cuya tarea recuerdo que contamos

con la fervorosa colaboración de aquel gran argentino que fue Mario Bravo.

En el mes de octubre de ese año, se nos muere don Alejandro Korn y toda la tarea desarrollada por esos tiempos —se habían cumplido exactamente veinte años de mis primeros contactos juveniles con su bondadosa amistad de maestro— creímos que debería desembocar en una obra que permitiera hacer perdurar su nombre y su ideal, haciéndola trascender a los sectores populares, extra-universitarios.

Creamos con un grupo de sus amigos y discípulos la *Universidad Popular Alejandro Korn,* en una asamblea realizada en diciembre de 1937, entre un centenar de universitarios, maestros, obreros, estudiantes, hombres y mujeres.

Poco después hice un viaje a la España en guerra y pude acercarme a la labor que en el amplio campo de la cultura allí se cumplía, en medio de la lucha militar, de los sufrimientos y las necesidades de un pueblo que se esforzaba por salvar su libertad y su honra. Recogí de esa experiencia de la República en lucha, muchas enseñanzas; observé la labor que desarrollaban múltiples organismos de extensión cultural en París, Londres, Praga, y a mi regreso, en abril de 1938, pudimos estructurar la U. P. A. K. con las más amplias perspectivas en una organización eficiente y dinámica, con la cual íbamos a proyectarnos sobre la vida social de la ciudad, a distintos niveles, con programas meditados y precisos, y con un equipo de trabajadores desinteresados, eficientes, responsables, de una calidad y en un número que muy difícilmente podría haberse logrado en otro momento.

Esa Universidad Popular fue una creación de un grupo de hombres y mujeres esperanzados; hombres y mujeres que tenían encendida una fe profunda en el avance del proceso social y que cumplían su papel de actores en el drama eterno de la aventura humana. Se volcaron a la acción enaltecedora y creadora de educar, entendiendo que así le daban al país lo que el país más necesitaba. Quisieron llegar con su acción hasta los que más sufren por la ineptitud

de las clases dirigentes; hasta los que carentes de los elementos educativos indispensables para transformarse en factores funcionales activos en la sociedad, son rezagados, postergados, olvidados elementos que no accionan como protagonistas que son del proceso social.

Esa tarea se cumplió en momentos en que el país entero necesitaba hacer recapitulación, balance y juicio de sus acciones y de sus ideas. Nosotros quisimos desde el primer instante hacer de esa empresa, como una organización experimental de lo que el país necesitaba en materia de cultura popular en el proceso difícil de su desarrollo.

Nuestra actividad desde 1937, cruzó los días más sucios —hasta entonces— de la vida argentina del último siglo. En medio del fango, en el propio centro de la perversión social y política, quisimos cumplir una labor de cultura polémica, de cultura militante. No nos conformaba la meditación o el simple ejercicio intelectual; nos imponíamos la norma de darle tarea a la inteligencia para ponerla al servicio de la ética; nos preocupaba difundir conocimientos, pero señalar también los caminos de la moral pública; exaltábamos valores positivos y denunciábamos todo lo que manchaba, torcía e intoxicaba la vida de la nación.

No dejó de preocuparnos ningún párrafo de la vida argentina en cuanto significaba para nosotros un punto de referencia fundamental para examinar el proceso de desarrollo de su vida social; no dejamos de cumplir la tarea de traer al conocimiento de nuestros medios populares cuanto hecho universal adquiría categoría de ejemplo para deducir de él enseñanzas o normas que pudieran ser útiles, orientadoras.

Quisimos ser un experimento de acción de cultura puesta al servicio de la acción social y sirviendo a una clara política de las ideas, cumplimos desde nuestra tribuna, desde nuestras aulas y nuestros talleres, toda la obra esclarecedora que podíamos hacer y que queríamos ver repetida por cientos, por miles de grupos orientados en los mismos caminos y que

podrían satisfacer así la necesidad urgente de un país que se debatía en un estado de vergüenza pública, de ignorancia integral, falto de normas éticas, carente de grandes ideales.

Pensando en los días que a un cuarto de siglo de distancia estamos viviendo, muchos podrán reclamarnos: ¿cuál fue el acierto de Vds.? ¿Cómo es posible considerar que se ha sembrado bien cuando en los surcos no surgieron plantas lozanas y limpias, y todo ese campo está hoy cubierto de maraña o transformado en un erial?

Nosotros creemos que las semillas buenas que se arrojaron sobre el inmenso campo de la política argentina no pudieron dar la cosecha depurada que todos anhelábamos, porque fueron pocos los sembradores que arrojaron buenos granos sobre tierra fértil.

¿Qué hizo la mayoría enorme del país por construirle un destino claro y fuerte a la patria? ¿Qué hizo la clase dirigente, la dueña de la tierra, de la industria, del comercio, los profesionales y los malos intelectuales que se adueñaron o usufructuaron el poder político casi siempre con malas artes y que usaron y abusaron de él para detener la marcha del país? ¿Qué hizo la clase poseedora argentina para impulsar el proceso social y encauzar el nuevo destino que estaba aguardando la nación?

La ciudad de La Plata fue testigo de todos los análisis, de todos los juicios, de todas las acusaciones, de todos los estudios, que fuimos brindando a través de los días y los años, queriendo contribuir —como otros hombres y otras instituciones, con nuestra misma preocupación, contribuyeron— a que se salvara el porvenir argentino.

Pero ese sector dirigente argentino, rapaz en su mayor parte, ignorante en otra mucha, egoísta siempre, cegado por su afan mezquino de posesión de bienes y poder, no escuchó razones, no entendió advertencias y cumplió todo su plan de inmoralidad, de robo, de fraude y de opresión que creía suficiente para prolongar su dominio sobre las estructuras económicas y sociales de la República.

No podían fructificar nuestras buenas intenciones porque no tuvimos la fuerza suficiente para cambiar el rumbo del país. Pero con esas ideas, con esas labores, se contribuyó —modesta pero firmemente— a la formación de una conciencia popular que reclamaba la justicia demorada, la libertad proclamada pero jamás en pleno imperio para las grandes mayorías de las clases productoras, conciencia popular a cuya creación tanto habían contribuído los grandes movimientos sociales surgidos desde las últimas décadas del siglo XIX.

De toda esa acción reinvindicatoria, de toda esa tarea por la elevación cultural de las masas, surgieron indudablemente nuevos impulsos populares —desorientados o confusos en muchos momentos— pero que de todos modos ofrecieron al país una realidad que los grupos poseedores, las clases dirigentes, no quisieron entender, y a la que los hombres de los cuarteles argentinos durante estas últimas décadas han intentado ahogar, destruir.

Esos pequeños núcleos que como la U.P.A.K. en el país han actuado con tanta limpieza, son testimonios vivos de que en los momentos más oscuros, no estuvo suspendida en Argentina la tarea del reclamo por la justicia.

Contemplada esa obra a la distancia y en momentos tan oscuros de la vida argentina, puede parecer pueril señalar cuales fueron los fines y cuales las realizaciones en aquella empresa estrictamente popular y desinteresada. (1) Muchos de los hombres que participaron en aquellas actividades perdieron el rumbo, claudicaron, se traicionaron a sí mismos. La obra —después de casi dos décadas— casi estará olvidada, y sobre sus frutos, muy pocos serán los que querrán emitir juicios favorables.

Pero cabe preguntarse: ¿es que acaso, frente al derrumbamiento de tantas instituciones, a la violación de tantos principios, al fracaso de tantos intentos por

(1) Se agrega un apéndice con notas sobre los primeros años de labor.

orientar al país hacia su verdadero destino, podremos negar la eficacia, el valor de todo lo que se construyó en el campo de la educación, de la cultura, de las instituciones honorables del país en un siglo y medio de vida independiente? ¿Es que acaso no ha de haber influído en muchas vidas jóvenes argentinas la labor orientadora de los hombres que pugnaron por transformar la existencia del país, por darle la orientación que lo reencausara por las sendas marcadas por los que, desde el pasado siglc, intuyeron el verdadero camino? ¿No servirá la labor de los que entregaron y entregan sus vidas para agotarlas en "la lucha redentora", a la que nos incitaba el maestro Korn?

Creemos que la Universidad Popular a la que he recordado por invitación de los que desean hacer un recuento de la vida cultural de nuestra joven ciudad universitaria, fue una de las tantas empresas desinteresadas que pueden recordarse como de signo positivo. Se ha calculado que fueron cerca de 10.000 los ex-alumnos que durante esas dos décadas cruzaron por las aulas de la UPAK y de todos ellos la mayoría pertenecían a sectores obreros y estudiantiles; hombres y mujeres que integran la masa del pueblo que lucha y sufre con el drama que se está cumpliendo en la vida argentina. Es probable que en muchos de los que se acercaron aquella obra cultural, hayan fructificado algunos principios, algunas enseñanzas y que puedan hoy ser factores positivos en el proceso de restauración, de rectificación, de transformación de la vida del país que tiene que cumplir —tras sus avances y retrocesos inevitables— con la misión que la historia le tiene asignada.

Escribo estos comentarios a diez mil millas de distancia de esa ciudad de La Plata, en este otro extremo de América, en momentos en que se contempla uno de los procesos más deprimentes de la vida política continental; en un momento en el que bajo la invocación de los grandes principios bolivarianos y sanmartinianos se está cumpliendo una de las acciones más inmorales, más innobles de la historia política de nuestros pueblos.

Tal vez, como nunca, debemos pensar ahora en la necesidad de esas acciones humildes como la que hemos recordado, porque en ellas pueden los hombres jóvenes de estos días cumplir una función social orientadora, que tendrá, por lo menos, la virtud de hacer brotar la esperanza en el renacimiento moral de un país y un Continente que tienen que cumplir una gran misión histórica en el futuro del mundo.

REFERENCIAS A LA ORGANIZACIÓN Y LABOR DE LOS PRIMEROS AÑOS DE TRABAJO DE LA *UNIVERSIDAD POPULAR ALEJANDRO KORN*

Los fines:

Los fines de la Universidad Popular Alejandro Korn establecidos por sus estatutos, ampliados a medida que la obra se iba cumpliendo, fueron:

a) Mediante una amplia labor de cultura dirigida fundamentalmente a obreros, empleados, estudiantes y profesionales, afianzar el sentido de su responsabilidad social.

b) Promover la investigación alrededor de los problemas argentinos.

c) Estructurar la educación integral de la mujer y del niño y cumplir una intensa obra de acción social en beneficio de la madre y el niño obreros.

d) Fomentar en los medios populares, la cultura artística como medio de vinculación social y de elevación cultural.

La organización:

Su organización, para cumplir tales fines fue dada en la siguiente forma: Un consejo directivo, integrado por un Secretario General, un Tesorero y cinco vocales que dirigían los siguientes Departamentos:

a) De Conferencias y Cursillos; b) de Enseñanza; c) de Extensión de la cultura a los barrios y al interior; d) de Arte Popular; e) De la mujer y el niño.

La institución estaba integrada por socios, cuyo ingreso era aprobado por el D. C., previa solicitud presentada por el aspirante, con la firma de dos socios.

Éstos, reunidos en asambleas anuales, eligen las autoridades y aprueban o desaprueban la labor cumplida y los planes proyectados.

Los planes de acción:

La preocupación constante de los miembros de la institución fue la de cumplir estrictamente los propósitos enunciados al fundarla.

Desde el comienzo se mantuvo una línea bien clara: la orientación estuvo siempre definida por las líneas del pensamiento del maestro don Alejandro Korn. En la realización, guiada por una estricta exigencia técnica, no se improvisó: se sabía que para hacer eficiente una obra de cultura popular no habría que seguir las normas comunes, que consisten en improvisar, en realizar cualquier obra que tenga publicidad, sin cuidar el plan pedagógico o social que hace eficiente la obra.

El libre examen, la independencia intelectual, el estímulo al desarrollo de la personalidad individual, fueron nuestras normas educativas. Deseábamos contribuir a la formación de "hombres", de "mujeres", de "niños"; vale decir: queríamos contribuir a que el país se encontrara con un plantel de seres útiles a la colectividad, con normas éticas estrictas, poseedores de un caudal de cultura que les permitiera profundizar en el estudio de los temas de su vocación, de su interés. Lo principal de estas obras populares de cultura es eso precisamente: descubrir vocaciones ignoradas, despertar intereses espirituales no estimulados, promover agitación intelectual sobre problemas de honda raíz argentina y de dramática existencia en nuestra realidad social. Actuamos por ello en nuestro medio como fermento de esa nueva Argentina por la que se pugna desde hace más de un siglo y a la que esperamos alcanzar algún día. A ese deseo obedecían nuestros planes.

En el Departamento de Conferencias:

A través de los años de tareas que se cumplieron, se mostró que no era esa una preocupación teórica: la habíamos llevado a la práctica en los ciclos de conferencias y de cursillos abordando la serie principal, con el tema de *"Problemas Argentinos"*.

Y los datos recogidos del primer quinquenio, únicos que tenemos a la mano que certifican esta afirmación, son los siguientes: desde el año 1938 al 1943, se dictaron en ese ciclo, entre otras, las siguientes disertaciones: "Un problema esencial de la sociedad argentina: la enseñanza media", por el profesor Américo Ghioldi (tres conferencias); "El futuro argentino en el mar", por el doctor Adolfo Holmberg (tres conferencias); "La Patagonia: algunos aspectos sociales y económicos", por el doctor Max Birabén (tres conferencias); "El problema eléctrico": a) la trustificación del servicio de electricidad, por el profesor Juan A. Sábato; b) La producción de energía eléctrica y el capital extranjero, por el profesor Carlos A. Bianchi; c) Las cooperativas eléctricas en el país, por el profesor Aquiles Martínez Civelli; "El problema de la vivienda obrera", (tres conferencias) por el arquitecto Wladimiro Acosta; "Inventario de la industria argentina" por el profesor Adolfo Dorfman; "Los servicios públicos y nuestra soberanía nacional", cuatro disertaciones en serie por los doctores Jorge del Río, Manuel Ramírez e Ingeniero Martínez Civelli. "Los empréstitos argentinos en el extranjero" por Raúl Scalabrini Ortíz; "Nuestra economía agraria", tres disertaciones por el profesor Andrés Ringuelet; "Problemas de la escuela argentina: los padres, la escuela y la nueva educación", por la profesora Marta Samatán. "Unificación nacional de la enseñanza", por el profesor José M. Lunazzi; "Experiencias pedagógicas", por el profesor Edgardo Ricetti; "El problema de la infancia abandonada", por la profesora María Luisa Alberti; "Plan de trabajo en una escuela experimental", por la profesora Olga Cossettini; "La orientación artística en la escuela primaria",

por la profesora Leticia Cossettini; "La enseñanza de la agricultura en la escuela primaria", por el profesor Andrés Ringuelet; "La obra social sobre la infancia abandonada", por la profesora Amalia Lucas y el profesor Arturo Cabrera Domínguez. "El problema económico y social de los ferrocarriles argentinos", dos conferencias por el Ingeniero Emilio Dickman; "El problema de la población argentina", por el doctor Enrique Corona Martínez; "El factor humano en la economía argentina" por el profesor Francisco C. Bendicente; "El régimen de la tierra en nuestro país", por el Ing. Diego J. Ibarbia; "Hombres e ideas en la política argentina", por el doctor José P. Tamborini; "El problema del azúcar", por el Ing. José R. Castiglioni; "La nacionalización de los servicios públicos de electricidad y de teléfonos", por el doctor Carlos Sánchez Viamonte. Sobre "Problemas del Norte argentino", dos conferencias del doctor Bernardo Canal Feijóo. "Crisis de la intelectualidad argentina", por el doctor Adolfo Holmberg, con intervención del público, y otro sobre "Problemas de la enseñanza media", por los profesores Francisco Romero y Pedro Henríquez Ureña y posteriormente la profesora Inés Field. Sobre "La misión de la universidad argentina: sus realizaciones y sus problemas", disertaron el doctor Alfredo V. Coviello, el doctor Julio V. González y el Ing. Gabriel del Mazo. Sobre perspectivas de post-guerra para Argentina y América, habló el doctor Nicolás Repetto. Sobre "Economía dirigida en nuestro país", por el doctor Bernardino Horne; sobre la "Organización y fines de los partidos políticos", por el doctor Arturo Frondizi. Sobre la "Vida Parlamentaria", por el doctor Mario Bravo.

Se ve pues, a través de esta nómina, incompleta, la preocupación por formar conciencia sobre problemas que los gobiernos nunca resolvían a fondo, que nuestro parlamento comenzaba a encarar por proposiciones de representantes populares que cumplieron su obra sin que en las más de las veces obtuviesen la satisfacción de verse cumplidas y que ahora, en los días que vivimos, aparecen como problemas de urgencia a los que no se sabe acordarles solución.

Mostramos en esa nómina cómo requerimos opinión a personas técnicas, de prestigio, de distintas ideologías, sin interesarnos más que su solvencia intelectual y moral y utilizando su dedicación en la cátedra, en el parlamento, en el libro, por estudiar los problemas que el país necesita resolver.

No cumplimos en este aspecto de la cátedra libre una función unilateral: seguimos la obra por otras rutas de la cultura y llevamos la acción hacia otros temas de cuya divulgación necesaria en los medios extraños a los establecimientos de cultura oficial, nos habíamos convencido.

Un ciclo que despertó un gran interés en nuestros medios cultos, no sólo de nuestra ciudad sino que también de Buenos Aires y del interior del país, fue el que titulamos "Vida y cultura de España y de América en los siglos XIX y XX", y en el que el aporte intelectual de figuras de primer plano de la cultura hispánica y americana, nos permitió estudiar el antecedente histórico, cultural y social de nuestra vida y de nuestra cultura, acercándonos a los hechos, a las cosas y a las ideas de la historia y la cultura de España y de nuestro Continente.

Así integraron ese equipo de estudiosos los siguientes conferencistas para el tema español: doctor don Angel Ossorio, profesor Ricardo Baeza, profesor Roberto F. Giusti, doctor José M. Monner Sans, señor Guillermo de Torre, doctor Augusto Barcia, señor Jacinto Grau, señor Rafael Dieste, señor Jaime Giménez de Asúa, señor Jesús Prados, general Vicente Rojo, doctor Francisco Ayala.

Para el tema americano: de México, Agustín Leñero; de Bolivia, Adolfo Costa du Reis; de Colombia, Germán Arciniegas y Javier Arango Ferrer; representantes de Chile: Marta Brunet, Augusto Millán y Enrique Campos Menéndez; profesora de la Universidad de La Habana y del Vassar College, doctora Camila Henríquez Ureña; profesor de la Universidad de México, Daniel Cosío Villegas; profesor de la Universidad de Chile, señor Norberto Pinilla, profesores de las Universidades de Estados Unidos, William Rex Crawford,

Mary Cannon y Dorothy Crawford; profesores Francisco Romero y Pedro Henríquez Ureña, doctor Nicolás Repetto, escritores Nidya Besouchett, Aida Cometta Mazoni y Andrés Townsend.

Nos preocupó, como ya lo hemos dicho, incitar a los medios populares a iniciarse en estudios serios de las distintas disciplinas y así dictamos frecuentemente conferencias y cursillos sobre temas históricos, filosóficos, literarios, científicos, artísticos.

Así cumplimos un ciclo de a) Introducción a las artes, en el que intervinieron los profesores Jorge Romero Brest, Leopoldo Hurtado y señor Horacio Cópola; b) Introducción a la Historia, por los profesores José Luis Romero, Luis Aznar y Julio V. González; c) Introducción a la filosofía, por los profesores Aníbal Sánchez Reulet, Segundo A. Tri y Juan A. Vázquez; d) Introducción a las letras, por los profesores Pedro Henríquez Ureña, Enrique Anderson Imbert y Delia S. Etcheverry. e) Introducción a las Ciencias Físicas, por los profesores Enrique Loedel Palumbo y Rafael Grinfeld. Sobre temas literarios disertaron en distintas oportunidades: Victoria Ocampo, María Rosa Oliver, Mario Bravo, María de Villarino, Herminia Brumana, Román Gómez Masía, Ezequiel Martínez Estrada y algunos más.

Sobre distintos temas históricos, sociales, científicos y filosóficos, han hablado: Diego Luis Molinari, Angel Vasallo, Vicente Fatone, Dick Ibarra García, Susana Larquía, Carlos Cisneros, Julio Payró, Ariel Maudet, Ana R. S. de Martínez Guerrero, José M. González, Delfina V. de Ghioldi, Roberto F. Giusti, Enrique C. Romero Brest, Carlos Aragón, Guillermo Rojas, Magda Portal, Raúl Osegueda, Julio Rinaldini, Juan Ramírez Gronda, Luis M. Reissig, Alberto Zambosco, Jaime Epstein, etc.

La cultura artística popular:

Esta actividad nos preocupó hondamente y pudo cumplirse de acuerdo a los medios con que contábamos, una labor permanente.

Organizamos un Grupo Teatral que reunió y dirigió desde su comienzo uno de los valores más altos del arte teatral rioplatense: el director Orestes Caviglia. Con él se disciplinó un cuadro integrado por profesores, estudiantes, obreros y se hicieron distintas exhibiciones de teatro clásico español (Cervantes, Juan de la Encina, Lope de Rueda, Ramón de la Cruz) teatro rioplatense (Florencio Sánchez, Zavala Muñiz, Sánchez Gardel).

Se cumplió un ciclo de historia del teatro, ilustrado con representaciones o escenificaciones parciales de teatro griego con lecturas y coros griegos de trozos de tragedias de Esquilo, con representaciones de teatro clásico español, francés e inglés, con teatro contemporáneo francés, español, norteamericano y argentino.

Durante varios años se mantuvo un curso de Lecturas Teatrales, para conocer su desarrollo y las características del teatro contemporáneo.

Para la extensión de la cultura musical, todos los años se desarrollaron conciertos y cursillos seriados, de conversaciones sobre temas musicales mantenidos por el profesor Tobías Bonessatti, ilustradas con audiciones discográficas y por otra parte se organizó un coro a varias voces que tuvo eficiente actuación bajo la dirección del maestro Isidro Maiztegui.

Se constituyó un Teatro de Títeres, dirigido y mantenido por profesoras y alumnas de la Universidad, que cumplieron una elevada tarea de ilustración artística entre los niños. Se realizaron permanentemente exposiciones de esculturas, pinturas, grabados, de los artistas más caracterizados del país.

Esta obra de cultura artística popular, como la anteriormente reseñada, en conferencias y cursillos, no se mantuvo únicamente en la sede social, sino que se extendió a centros de barrio, bibliotecas populares, centros de fomento, que reclamaban nuestra colaboración y nuestra presencia para acercarles orientación, consejos, y sobre todo, realizaciones culturales. Así es que tanto en esos barrios, como en muchos pueblos cercanos a La Plata, se pudo actuar con el teatro

popular, con los títeres, con las revistas orales, o con elencos de profesores, con lo que se realizaban actos de cultura que han tenido una vinculación intelectual efectiva entre distintos sectores de la actividad social y cultural.

La enseñanza sistemática:

Uno de los planes estudiados, más cuidadosamente cumplido, es el que se refiere a la enseñanza sistematemática a alumnos permanentes. Por ello fue la preocupación para que en el Consejo que dirigía la U.P.A.K. hubiera siempre un núcleo de educadores, estudiosos de los problemas educacionales. Con ello pudimos estructurar planes de estudio, organizar la enseñanza, mantener la acción de los profesores —todos ellos diplomados en institutos oficiales— dentro de una concepción integral de la obra que queríamos cumplir y a cuya realización nos hemos referido. Esos cursos se dirigían a dar la instrucción elemental más necesaria a adolescentes y adultos que imposibilitados de recibir la acción de la escuela y de los institutos oficiales de cultura, necesitaban esa ayuda o sostén intelectual que era arma defensiva en su vida social.

Así se dictaron cursos para analfabetos, de lectura y escritura, de historia y geografía, argentina y universal, de francés e inglés, de aritmética y geometría, de dibujo técnico, etc.

Para arquitecturar en forma eficiente una serie de conocimientos a muchachos y muchachas que no hallan ubicación en la actividad social de sus medios pobres, se organizaron cursos preparatorios de empleados de comercio, que se integraron con distintas materias técnicas y formativas, que los habilitaban para desempeñarse eficientemente en tareas prácticas al par que les suministraban las bases para proceder a una formación cultural digna.

Ciclos de artesanía se organizaron destinados a adolescentes, que al par de adquirir un oficio, ensayaban una actividad manual y teórica que era también aporte de cultura. Así se mantuvieron cursos de taller

en Encuadernación, Carpintería, Jardinería y Confección del Vestido, todos a cargo de profesores y maestros de especialidad.

La acción social para la mujer y el niño:

Desde el comienzo, un núcleo de mujeres profesionales y de médicos con inquietudes por los problemas sociales que convergen sobre la vida de la madre y del niño, dieron las bases a una acción científicamente organizada y cumplida.

Los dos primeros años, ese grupo de trabajadoras sociales se dedicaron a estudiar aspectos científicos y técnicos de la educación del niño, de la salud e higiene de la maternidad y de la infancia, de temas de psicología infantil, de formas de la acción social sobre esos elementos humanos.

Luego se volcaron a realizar obra social, paralelamente a esa acción de estudio. Se organizaron Clubes de niños en barrios de extramuros, en donde centros vecinales de fomento tienen sus locales de recreo y reunión. Así primero en un Centro de Fomento de Villa Rivera y luego en otro de Los Hornos, se realizó esa obra: agrupar niños, de familias obreras, para contribuir a su mejor desarrollo espiritual, a su más adecuada recreación, proveyendo juegos, dirigiéndolos por visitadoras y profesoras especializadas, colaborando con la confección de sus deberes en las horas post escolares, llevándoles teatros de títeres, cine, organizando excursiones, etc.

Esa acción se complementó con la creación de un organismo en cierta medida autónomo, que se denominó Club de Madres de la Universidad P. Alejandro Korn y que agrupó a más de 150 mujeres socias, que se unieron con la única preocupación de acercar su aporte a una obra de bien social. Este Club realizó obra múltiple: con un instrumento de vinculación afectiva se acercaron a los hogares de más escasos, miserables recursos en un tren de colaboración ajena a toda noción de caridad: se quería tender un vínculo de solidaridad entre las mujeres que visitaban y las que

eran visitadas y ayudadas. Todo eso era sólo un medio, un vínculo para realizar la obra educativa-médico-higiénica, que realizaban visitadores sociales, bajo la dirección del médico especialista y profesor Alberto Zambosco.

Esa tarea de vinculación era más amplia: los hogares en contacto con el Club obtenían apoyo en muchos sentidos, se ocupaban de obtener trabajo a padres o hijos, de dar atención médica, de facilitar la asistencia a la escuela, de acercar juguetes o libros a los niños, etc.

Como labor experimental sobre el niño, se mantuvo un Club de Niños como los ya descriptos, en el Centro de Fomento General San Martín, en el que a cerca de un centenar de niños de 4 a 11 años se les brindaba una acción educativa y recreativa complementaria de la ejercida por la escuela, facilitando a las madres —generalmente también de hogares obreros— la atención de sus deberes y estudios escolares.

La biblioteca y publicaciones:

Con pocos medios para extender como se deseaba esa obra, mantuvimos una biblioteca actualizada con obras de estudio o de información, que se facilitaban a los socios en permanente rotación.

Se efectuaron también algunas publicaciones con la intención de divulgar la obra y el pensamiento del maestro don Alejandro Korn, entendiendo que así contribuíamos a hacer obra de cultura nacional, difundiendo las ideas básicas de nuestro maestro, que marcara con su vida y con su obra líneas orientadoras para nuestro destino histórico.

Nuestra vinculación argentina y americana:

Puede asegurarse que se logró alcanzar una vinculación efectiva con los medios cultos del país y de América. Nuestra tribuna era conocida en los medios intelectuales más respetados y comentarios a nuestra

acción aparecían en órganos de distintos países de América.

Una iniciativa que cumplimos en 1941, nos dio oportunidad de establecer un vínculo efectivo con los demás países del Continente: realizamos una exposición de Revistas Americanas para la que contamos con la colaboración de Embajadas y Legaciones americanas en Buenos Aires, con los ministros y cónsules argentinos en el extranjero, con las Universidades de los distintos países del Continente, con los propios gobiernos, con escritores, revistas y diarios del país y de América.

Nuestra Exposición alcanzó a mostrar un conjunto de dos mil títulos de revistas distintas de América, y tal como lo expresaron órganos prestigiosos de Buenos Aires, Santiago de Chile, Habana, Bogotá, México, Nueva York, había sido la primera expresión de solidaridad intelectual realizada por esa unión de las revistas científicas, literarias, filosóficas, históricas, informativas, artísticas, del Continente.

De ahí partió la vinculación con los círculos intelectuales de los países hermanos y que permitió mantener un intercambio constante logrando el afianzamiento del prestigio de la U. P. A. K. a la que se reconoció como seriamente preocupada por los problemas de la cultura y de la vida espiritual de los medios populares y cuya labor puede haber quedado como un buen testimonio de una experiencia argentina. El sentido de esta experiencia no podrá ser hoy recobrado en su auténtica dimensión, aunque se intentara hacerla resurgir, pues el ciclo de esa realización que tuvo unidad y orientación definidas, fue cerrado definitivamente al cumplirse casi exactamente las dos décadas desde el instante en que se iniciara.

México, D. F., noviembre de 1962

ARNALDO ORFILA REYNAL

LIBRERÍAS CON TRASTIENDA, EN LA VIDA INTELECTUAL PLATENSE

La ciudad y su universidad

Los años de anarquía, de luchas fratricidas y tiranía quedaban atrás. Sobrepasaba la angustia de la desorganización todos los argentinos se aprestaban a nueva vida.

El poeta de los *Cantos del peregrino* enmudecía y daba paso a los Lamarque, Obligado, Andrade, Guido Spano o Domínguez que cantaban las horas íntimas, la paz y quietud del hogar o el trabajo forjador de una nueva patria.

Con las décadas postreras del siglo XIX, como testimonio de la nueva época, se trazaron los surcos que marcaban los límites de una ciudad. Símbolo de progreso y destinada a convertirse en centro de cultura. En tal sentido, eran palabras de profeta las pronunciadas por el Dr. Joaquín V. González, aquella tarde de mayo de 1905, en la Biblioteca de la Legislatura:

> **...y La Plata será también, de hecho, una ciudad universitaria como ya lo es acaso, en la convicción popular; y como este calificativo ha de justificarse por la existencia en su seno de una gran universidad y ésta es, por naturaleza y por destino, expansiva y universal, no es un sueño patriótico imposible el esperar que se extienda su influencia más allá de las fronteras patrias, buscando afinidades de raza y paralelismos políticos fáciles de comprender. (1).**

(1) Arrieta, Rafael Alberto: **La ciudad del bosque.** La Plata. Biblioteca Humanidades. 1935. Tomo XVI, pág. 60.

Hoy, a más de medio siglo, podemos contemplar esta realidad y decir con Rafael Alberto Arrieta que aquella universidad, cuyo desarrollo Joaquín V. González previera, "no era la semilla de un sueño lanzada al viento del futuro".

Nuestra Universidad es, desde su fundación, caja de resonancia del acaecer ciudadano: nunca permaneció indiferente ante los problemas nacionales.

En el seno de nuestra urbe, crisol de nacionalidades, se fundían todos aquellos grupos humanos que llegaban deseosos de labrarse un porvenir o participar en la gran tarea de levantar una ciudad.

A las necesidades materiales se unían las inquietudes espirituales: los inmigrantes profesionales o técnicos trataban de agruparse fundando centros o academias que tendían a un mayor desarrollo cultural, pero que en el fondo no era más que una manera de aquietar los efectos de la nostalgia.

Además, en otros lugares, se improvisaban tertulias en donde la conversación hacía que las horas se deslizasen sin sentirlas. Nos referimos a las librerías, que en La Plata constituyen toda una tradición intelectual. Muchas de ellas, aun sin tener una trastienda en el sentido material de la palabra, han reunido grupos calificados que discurrían sobre diversos tópicos: política, arte, literatura, o los últimos avances científicos. Por supuesto que al frente de estas librerías se encontraban hombres cultos "que alentaban las más nobles inquietudes" (2).

El de librero, es oficio con tradiciones que comprometen. Las trastiendas de las librerías porteñas alguna vez alcanzaron el grado de recintos históricos. En todas partes fueron propicias para atraer esos contertulios que, más tarde o más temprano, concluyen por comunicarles reflejos de academia vecinal vespertina. Y en La Plata existía una tradición aún mayor, como que el mismo Ameghino supo ser propietario de una casa de esa índole. (3).

(2) y (3) Mercader, Amílcar A.: **Don Martín García: Ocho meditaciones en su torno.** La Plata. Edición homenaje a Don Martín García. 1943, pág. 34.

Estas líneas se proponen evocar algunas de aquellas librerías platenses que constituyeron punto de reunión de intelectuales y estudiantes y que adquirieron una fisonomía condicente con la tradición de las más típicas ciudades universitarias del Viejo Mundo.

Un impresor que se adelanta a su época

La librería platense más antigua fue la de Solá, Sesé, Larrañaga y Cía. fundada en el año 1884. Inicialmente la casa Sesé Hnos. se estableció en la calle 46 esquina 8. Luego se constituyó la firma Solá-Larrañaga y pasó a diagonal 74 esquina 46. Al desaparecer Solá continuó la firma Sesé-Larrañaga.

Interesa esta librería en un doble aspecto, como centro de reunión y como casa editora, pues, en los fondos del local sus dueños tenían instalada una pequeña imprenta.

Como centro de reunión, en su salón se dieron cita en más de una oportunidad don Luis Ricardo Fors, Daniel Goytía, Julián Solveyra, Joaquín Carrillo, Pedro Delheye, Alejandro Korn, Adolfo Saldías, Adolfo Moreno, Enrique Rivarola, entre otros.

Como casa editora, debe destacarse la publicación en el año 1904 de *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes Saavedra, en cuya portadilla se lee esta dedicatoria:

> **Dada a luz en homenaje a este inmortal escritor al celebrarse en la ciudad de La Plata el tercer centenario de la impresión y publicación de la célebre obra.**

La portada de dicha impresión declara además que es la "primera edición Sudamericana, ilustrada y precedida de la Vida de Cervantes". (4).

Este trabajo fue dirigido por Don Luis Ricardo Fors, figura prestigiosa que desarrolló una actividad fecunda en pro de la cultura. Periodista brillante, pre-

(4) No es la primera. Existe una edición uruguaya anterior, del año 1880, que adolece de errores y no es completa.

sidió la Comisión de Bibliotecarios de la Provincia. Organizó y dio vida al ciclo de *Conferencias dominicales*, que luego con ese título fueron publicadas en cuatro volúmenes, de los cuales se conserva sólo uno en la Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata. También dirigió durante seis años el Boletín de la Biblioteca de la Provincia.

De sus prensas salieron los *Papeles de Rozas*, publicados con una introducción y notas de Adolfo Saldías, poseedor de un valioso archivo de manuscritos concernientes a la época que media entre los años 1820 y 1870. La edición comprende dos tomos: el primero impreso en el año 1904 y el segundo en 1907. Debemos destacar que la empresa constituyó un verdadero alarde editorial, pues en el firme propósito de presentar la obra "en relación a su verdadera importancia" adoptó en la impresión el procedimiento fotolitográfico, "en vez de la tipografía para no quitar a esos documentos su aspecto auténtico".

Entre la venta de cuatro reales
de pluma y un peso de papel.

En una mañana de agosto de 1911 las pupilas de quien "supo ver en la noche, antes de que amaneciera para todos" (5) se cerraban para siempre. Florentino Ameghino yacía en su dormitorio de la vieja casona de la calle 60 Nº 745.

Autodidacta extraordinario su vida constituye un ejemplo para los argentinos. Vivió siempre modestamente: la fortuna rara vez es aliada del genio; tal vez lo sea en mayor grado la adversidad. Por ejemplo, cuando Ameghino regresa a nuestra patria cargado de honores, se entera que finalizada su licencia, había sido declarado cesante como director de una escuela de Mercedes. Por tal razón burocrática, para subsistir y poder continuar las investigaciones científicas, se instala en Buenos Aires con una modesta librería en la calle Rivadavia, entre Rincón y Pasco. El local era

(5) Ingenieros, José: **El hombre mediocre.**

humilde: una pieza de cinco metros de frente por tres metros de fondo, dividido en dos por un mostrador de pino. En sus estanterías se alineaban útiles para escolares, alguna que otra novela en boga junto a tomos llenos de polvo que reunían el fruto de sus investigaciones. En el frente del local se hallaba el letrero con la famosa coraza del animal que le daba el nombre: *Librería del Glyptodon*. De esta época data su gran *Filogenia* que, como él nos lo recuerda, ha escrito "entre la venta de cuatro reales de pluma y un peso de papel".

En 1886, fundado el Museo de Ciencias Naturales de nuestra ciudad y siendo director del mismo Francisco P. Moreno, Ameghino es designado para ocupar el cargo de vicedirector y dirigir la sección Paleontológica que él organiza y enriquece extraordinariamente. A fines de dicho año se radica con su esposa Leontine Poirier en La Plata.

Dos años después por diferencias con Moreno es separado de su cargo y exonerado. Cosa inicua: a él, que no sólo vive consagrado a la ciencia sino que la ama como sólo pueden hacerlo los predestinados, se le prohibe la entrada al instituto que tantos desvelos le debía. Golpe rudo fue éste, sin duda; Ameghino se aísla en la vieja casona donde vivirá hasta sus últimos días.

Sin recursos decide, nuevamente, instalarse con una librería a la que denomina "Rivadavia", en homenaje al prócer que admiraba.

Tras el mostrador de esa librería "venderá al mundo un poco de pan para el alma". Allí modestamente, con la bondad y gentileza que serán las características de su carácter cálido y sobre todo humano, asesorará al estudiante que llegue hasta él en busca de un dato o consejo. Muchas veces al responder a una consulta temía fatigar a su interlocutor con una disertación científica y entonces se ingeniaba para intercalar alguna anécdota que amenizaba la explicación.

El Dr. Verzura, en el discurso pronunciado en la Cámara de Diputados durante la sesión que sancionó el proyecto de homenaje tributado por la provincia de

Buenos Aires, en el vigésimo quinto aniversario de la muerte del ilustre sabio, lo evoca:

> **Los que hemos cursado los grados de la escuela de esta ciudad, no habremos olvidado ninguno, la figura del librero de la calle 60 esquina 11, que por allá en el año 1900 alternaba sus tareas de investigador con la atención del modesto mostrador de su librería; y todos debemos recordar un poco el asombro que nos causaba a los niños escolares cuando nos encontrábamos frente a aquel hombre que ya parecía un anciano, que nos ofrecía los libros que íbamos a adquirir a veces gratis y llegaba a decirnos que no los compráramos porque eran muy caros; que los lleváramos para estudiar nuestras lecciones y se los devolviéramos cuando no los precisáramos.**

El investigador infatigable que alentaba en Ameghino no descansaba y muchas veces, en el salón contiguo a la librería, lo sorprendían las primeras luces del alba inclinado sobre algún ejemplar raro, extraído del vasto material que su hermano Carlos le enviaba desde lugares apartados.

Hemos mencionado la sala donde Ameghino estudiaba. Era ésta una habitación amplia de diez metros de largo por cinco de ancho, sus paredes estaban totalmente cubiertas de estanterías ocupadas por cajas. En el centro se hallaba un mesón cubierto de libros de consulta, restos de fósiles, cajas, revistas, "ocupando toda la pieza; dejando poquísimo espacio para circular entre aquel abigarramiento de cosas, medio predilecto del sabio para trabajar en el silencio y la meditación". (6)

A este lugar, templo de la ciencia en el que el insigne científico oficiaba de sacerdote, muy pocos tenían acceso. Eran generalmente sus amigos más íntimos y colaboradores como Carlos Spegazzini, Zeballos, Linch Arribálzaga. Este grupo colaboraba también en la *Revista de Historia Natural;* para mantenerla Ameghino debió en cierta oportunidad vender parte de su colección paleontológica.

(6) y (7) Mercante, Víctor: Nota biográfica en **Vida y correspondencia científica de Florentino Ameghino.** Vol. I. La Plata. Edición oficial ordenada por el gobierno de la provincia de Buenos Aires. 1913.

Contiguo a la sala se hallaba el escritorio donde Ameghino recibía. Rodolfo Senet, Esteban Cavazzutti, Vieyra, entre otros, fueron asiduos concurrentes. Al escritorio seguía la biblioteca, cuyo fichero "maravilla de paciencia y de constancia" resumía más de treinta y cinco años de trabajo. Pero Ameghino no era "un bibliófilo: tal vez sus libros no sumen 600 volúmenes, obras fundamentales de su especialidad, libros de trabajo que llevaban señales bien visibles de su frecuente uso; las novelas las tenía en la librería para la venta; es posible que nunca haya leído una". (7). Hasta 1902 se consagró en el retiro de su hogar a sus investigaciones científicas. En ese año Joaquín V. González, ministro de Instrucción Pública, lo elige para reemplazar a Berg, que había fallecido, en la Dirección del Museo de Historia Natural.

A raíz de ello viajará durante diez años y mencionamos este hecho, porque Ameghino con sus compañeros de viaje: Dr. Galdino Negri, distinguido sismólogo, el naturalista Carlos Spegazzini, su discípulo Dr. Rodolfo Senet, el señor Justo Suárez, su compañero de asiento, improvisan en el tren amenísimas tertulias en las cuales los temas más dispares eran discutidos: desde las teorías evolucionistas a la abolición de la pena de muerte o la situación interna del país y en las que Ameghino dado su carácter terciaba con verdadero ardor.

La peña de los inmortales

Don Federico Christmann, porteño de nacimiento, se sintió, a igual que tantos otros, atraído por la ciudad que emergía como un milagro, en la inmensa llanura de la Ensenada. Aquí constituyó su hogar y aquí nacieron sus hijos.

Autodidacta como muchos de nuestros hombres de ayer, había cultivado espíritu y mente. Hablaba a la perfección la lengua paterna, el alemán, como así también el francés, el inglés y, lógicamente, el español.

Sentía una gran inclinación por los libros, amor diríamos, y esta inclinación lo llevó a comienzos de

siglo, año 1900, a comprar la librería de Zuferrey. Esta librería, ubicada en el solar donde actualmente se levanta el Banco Español, se caracterizaba por la cantidad y variedad de volúmenes traídos desde Europa, muchos de ellos raros y antiguos. (8)

Hemos tenido oportunidad de tener en nuestras manos, por gentileza del señor Alberto Christmann, un ejemplar del *Leggendario delle Vite de Santi ditte Estravaganti - per Alfonso di Villegas di Toledo*, impreso en Venecia en el año 1716. Asimismo el doctor Luis Aznar nos ha manifestado haber adquirido en la misma librería un *Discurso* de Bossuet publicado en 1600.

Poseía, además, la colección completa de la Biblioteca Semper, llamada también Biblioteca Blanca, que agrupaba los autores y asuntos más diversos, desde las nuevas teorías científicas del evolucionismo hasta temas de gramática y literatura; donde junto a Ruskin y Schopenhauer campeaban las obras de Madame de Sevigné o de Madame Staél, Renan, Lamarck, Spencer, Leopoldo Lugones, Darwin, Ribot, Eduardo Marquina o Nietzsche.

De tendencia liberal, el señor Christmann, coincidía con Almafuerte al afirmar que prefería "la chusma hedionda a la perfumada". Su liberalismo, pese a la formación cristiana, lo llevó a escribir numerosos opúsculos anticlericales que luego imprimía en su imprenta y que alcanzaron notoriedad al ser publicados. Era su espíritu combativo que lo llevaba a adoptar esa posición y aún habrá quien recuerde la polémica, llamémosle así, que sostuvo con Almafuerte al publicar éste el célebre *Apóstrofe;* Christmann ferviente germanófilo y admirador del Kaiser Guillermo II no podía aceptar la actitud del vate.

El local de Christmann llegó, en un momento dado, a ser famoso por la concurrencia que allí se daba cita para discutir los problemas más candentes, los conceptos científicos en boga, filosofía, arte, etc. En distintas oportunidades debió cambiar de local, pero

(8) Zuferrey se instala con otra librería en la calle 7 entre 56 y 57. Su local adquiere importancia hacia 1910. En 1925 queda al frente del mismo el "Negro" Blanco antiguo empleado de Zuferrey.

la librería no varió su fisonomía y así nos la recuerdan aquellas personas que concurrían a esos "debates", memorables por la espontaneidad con que surgían.

Las tertulias se realizaban en la librería a pesar de tener ésta una trastienda, la cual era considerada por su dueño como una especie de biblioteca privada.

Don Federico Christmann solía ubicarse junto a una escalera y desde allí presidía las reuniones. A ellas concurrían Benito Lynch, Francisco López Merino, Joaquín Castellanos, autor de *El temulento,* poema dedicado al malogrado Matías Behety, y que Christmann imprimió en sus talleres, en la colección de *Las cien mejores poesías argentinas* con el nombre de *El Borracho;* el periodista Jacinto Bordenave, el doctor Giordano B. Cavazzutti autor de *Donde sopla el pampero - Relatos y cuentos de Huincaloo* (1960); Juan D. Vucetich, creador del sistema dactiloscópico, el ingeniero Numa Tapia, el doctor en Física Ricardo Ganz, Herrero Ducloux, Juan Otero San Martín, Virgilio Raffinetti, director del Observatorio Astronómico en 1914, y otros.

Una librería con alma

El 25 de marzo de 1899 llegaba a nuestro puerto metropolitano un joven español de veinte años; traía por todo equipaje un título de maestro normal. Era don Martín García.

Tres años después, radicado ya en nuestra ciudad, el inmigrante cumple con un sueño acariciado, quizá, en muchas horas de vigilia. En un local pequeño, no más de una habitación, pues ella bastaba para que éste hombre se lanzase a la gran tarea de difundir la cultura en nuestro medio, comienza sus actividades como librero. Y aquí cabe destacar la diferencia que media entre un librero y un hombre que vende libros. "Cualquiera —nos dice Ernesto Nelson— comprendía que si su propietario había elegido esa profesión, era porque ella significaba una prolonga-

ción de su amor a los libros, a las ideas". *La Normal,* en el año 1892, ya se perfilaba como "una librería con alma".

Como todo idealista don Martín García soñaba con un mundo mejor en el que los valores morales no fuesen meros enunciados. Con la tenacidad propia del hombre que sabe debe cumplir con su misión, da impulso a su librería. Del humilde local de la calle 57 esquina 10 se traslada a la codiciada avenida 7 entre las calles 55 y 56 donde actualmente se halla la casa Breyer. No es este su recinto definitivo, ya que, en 1898, buscando mayor amplitud se establece en 7 y 55 como así lo recordarán, sin duda, nuestros mayores, convirtiéndose ya su emporio en un centro cultural importante.

Pero el espíritu inquieto del señor García lo lleva a buscar nuevos horizontes, más amplios, y en 1904 deja a su hermano Manuel al frente de *La Normal* y se traslada con su hermano menor Pedro a Buenos Aires. Allí se instala con una librería que denomina *Hispano Americana* en la calle Rivadavia 581.

Alicia Moreau de Justo en el artículo *Recuerdo y Deseo* habla de esta librería de la calle Rivadavia: "Era, dice, el rincón amable donde, entre hojear libros y libros, se charlaba y discutía de política y literatura"; y agrega más adelante: "encontraba en sus anaqueles siempre el libro interesante, la novedad que él señalaba, no con propósito de librero, sino con solicitud de amigo".

Don Martín permanece en Buenos Aires hasta 1917, fecha en que permuta con Manuel radicándose definitivamente en La Plata. Pedro se había independizado fundando en 1913 la librería y editorial *El Ateneo,* establecida primeramente en la calle Victoria, hoy H. Irigoyen, para luego pasar a la calle Florida 371 y luego al 340 en el local propio donde se encuentra al presente.

Ya en nuestra ciudad, don Martín traslada *La Normal* al edificio donde se halla actualmente calle 7 Nº 1119. Allí continúa su obra con la dedicación y

entusiasmo de siempre. Así lo recuerda Amílcar Mercader:

> **Nunca tiene prisa por vender un libro y menos todavía, por rescatar su precio. Dijérase que agradece la visita de cada cliente porque le acerca la posibilidad de recordar a un autor que admira o a un libro que ama. Vive en la emocionada esperanza de esas ocasiones. Y, entonces, se transfigura y con la voz más aterciopelada, repite y comenta con juicio tan humilde como certero. A veces se abstrae y monologa ensimismado. Baja la cabeza, mientras sus manos se mueven para acariciar los ricos tesoros culturales que evoca, en tanto su memoria desgrana las más exquisitas referencias biográficas y críticas. Por este medio se torna en Baedeker imprevisto y ubícuo que orienta y sugiere. (9)**

Hemos hablado de su tendencia liberal; debemos destacar, ahora, que por su temperamento y línea de conducta fue siempre respetado aun por aquellos que no comulgaban con sus ideales. El 26 de julio de 1903 funda el primer centro republicano español de Sud América junto con el Profesor Santa Olalla; y, en 1905, el Ateneo Popular de Buenos Aires.

Un rasgo peculiar de don Martín era el salir siempre con un diario, pues no concebía hacerlo con las manos vacías y así solía ocurrir que cinco minutos antes de comenzar una conferencia —por la cual hasta ese momento no había demostrado ningún interés— tomaba el periódico, se colocaba su chambergo y hacia ella se encaminaba. Hemos visto una fotografía en la que se halla rodeado por los conocidos cirujanos Doctores Gorostiague, Cavazzutti, Schaposnik, Alsina, Canestri, entre otros, asistiendo a una disertación pronunciada en el Instituto General San Martín, por el célebre patólogo español Doctor Jiménez Díaz; su sed de conocimientos era insaciable y abarcaba los campos más imprevisibles.

Cuando la enfermedad comienza a minar su organismo, su espíritu no se abate; quince días después de operado pide estar en la librería, que es su biblio-

(9) Mercader Amílcar A.: **Don Martín García: Ocho meditaciones en su torno.** La Plata. Edición Homenaje, 1943.

teca. Al fallecer, la capilla ardiente es ubicada en el salón de ventas, "pues, nos comenta su hijo Martín, consideré que sus restos debían ser velados allí, junto a sus libros tan amados".

A los pocos meses del deceso de don Martín, por iniciativa del Dr. José Nuñez Búa, se coloca en el frente de la librería una placa de bronce con esta inscripción:

> **Don Martín García, figura representativa de los españoles de La Plata, sembrador de cultura e ideales. Homenaje de admiradores y amigos. Anguiano (España) 30-I-1869. La Plata 3-10-1949.**

Resta decir que si por la librería Hispano Americana de la calle Rivadavia desfilaron prohombres de nuestra civilidad como Joaquín V. González, Agustín Álvarez, R. Monner Sans, Ernesto Nelson, Enrique del Valle Iberlucea, etc., no es menos importante el grupo de amigos y contertulios que se reunían o han pasado por *La Normal*. La trastienda que aun conserva el mismo aspecto de años atrás ofrece al visitante su galería de fotografías, colocadas por don Martín, y así vemos a Miguel de Unamuno, Pi Margall, A. Cossío entre otros, con quienes mantenía una constante correspondencia.

Por esta trastienda desfilaron alguna vez Américo Castro, del Valle Iberlucea, Alejandro Korn, sus hijos Guillermo y Adolfo Korn Villafañe, Alicia Moreau de Justo, Ernesto Nelson, Demófilo de Buen, Juan Roldán, gran amigo y dueño de otra librería famosa ya desaparecida: *La Facultad;* Antonio Herrero, Blasco Garzón, Giner de los Ríos (padre), Angel Osorio y Gallardo, Alcalá Zamora, María de Villarino, el historiador Augusto Barcia y Trelles, Fernando de los Ríos, etc.

Con el mismo entusiasmo que ponía en todas sus actividades, se dedicó a la nada sencilla tarea de editor. Más de sesenta obras fueron dadas a luz en su imprenta, deseamos destacar de ellas: Alberto Mendióroz, *Horas Puras;* Ricardo Rojas: *La piedra muerta, Blasón de plata, Los lises del Blasón;* Enrique

del Valle Iberlucea: *Los diputados de Buenos Aires en las cortes de Cádiz, Las cortes de Cádiz;* Ricardo Monner Sans: *Desde la Falda;* Eduardo Zamacois: *Desde el camino, Biografías y juicios críticos;* Juan Mas y Pi: *Letras Españolas, Ideaciones (Letras de América, Ideas de Europa);* Antonio Herrero: *El Poeta del Hombre, Almafuerte su vida y su obra.*

Spero lucem post tenebras

José Gabriel ejerció durante años la docencia en la Universidad Nacional de La Plata. Fue profesor de literatura del Colegio Nacional y Liceo de Señoritas. Periodista de fuste, combatiente y contradictorio, de prosa brillante, ágil y personal; antiacadémico por excelencia. De carácter retraído pero vehemente, muy a menudo arbitrario, acompañaba a una frase de límpida construcción un adjetivo tremendo. No escapaban a sus críticas ni las figuras más encumbradas. Los juicios emitidos por él contra Federico García Lorca o Marcelino Menéndez y Pelayo evidencian este aserto.

Entre las muchas actividades de su vida, de permanente ajetreo, debemos recordar en este momento la de librero profesional. En junio de 1924 se establece la firma Larregle y Cía., con una librería y papelería "La Estrella", en la calle 51 Nº 649, entre 7 y 8. Así dicho con el estilo impersonal de documento protocolar impresiona como un negocio más dentro de ese ramo; pero si pensáramos esto caeríamos en un grave error. Esta librería, cuya instalación y arreglo fueron obra de José Gabriel, rompía con los moldes tradicionales en el comercio librero.

El local pequeño se caracterizaba fundamentalmente por su sobriedad y distinción. Los anaqueles, al igual que las vigas del techo, eran de madera lustrada. Iluminado profusamente, el cielorraso estaba revestido por placas de color claro. Las estanterías, adosadas a las paredes, dejaban despejada la parte central del local. A ambos lados sendos arcones ta-

pizados con vistosos almohadones de cretona, armonizaban con los cortinados de color castaño. Al fondo se destacaba un sencillo escritorio con un pequeño busto.

En el sexto anaquel, enumerado desde arriba, se hallaban en exposición las fotografías de los autores cuyas obras constituían las últimas novedades. Entre los cuadros, realizados también por José Gabriel, se exhibían pequeños objetos de arte, porcelanas, estatuillas, bibelots, cajitas de madera tallada, cacharritos.

El distintivo de la librería, utilizado como sello y membrete en los sobres, papeles y tarjetas, era una estrella circundada por una leyenda en latín: *spero lucem post tenebras*. El lema definía, realmente, a la librería.

Basta recordar que la personalidad de José Gabriel y la de "La Estrella" se conjugaban, para inmediatamente tener una visión de la intensa actividad intelectual en ella desplegada. No olvidemos que José Gabriel se desempeñaba como profesor del Colegio Nacional a partir del año 1919, es decir después de la Reforma, y que tenía numerosos discípulos que le seguían. Tal es el caso de Olegario Becerra, que en el año 1934, no sólo colaborará con artículos en el periódico *Martín Fierro*, sino que ejercerá las funciones de codirector. (10).

Por esa misma época, José Gabriel dirigía la compañía teatral estudiantil *Renovación* cuyo fin primordial era impulsar el teatro dentro de sus dos misiones fundamentales: la artística y la social. Colaboran en esta cruzada: Guillermo Korn, Felipe Bellini, Pedro Blake, José María Cano, Luis Aznar, Alfredo Collado, Vicente Ruiz, Arnoldo Lesvignes, Próspero Larregle, los malogrados Héctor Ripa Alberdi y Adolfo Travascio, Tobías Bonessatti, etc. No es improbable que este grupo se reuniera en el salón de la librería junto a José Martorell, Aníbal Ortega, Ángel Radice, Bartolo-

(10) Periódico dirigido por José Gabriel. Salieron a la luz diecinueve ejemplares. Se editó en homenaje a José Hernández en el centenario de su nacimiento.

mé Amato, Antonio Martorell, Alfredo Torcelli, Pedro Delheye y Francisco López Merino.

Una librería de América

El 22 de octubre de 1938 abría sus puertas a la vida la librería "Martín Fierro". Se plasmaba de esta manera el sueño de tres jóvenes universitarios, hoy doctores Olegario Becerra, Carlos Locria, Ataúlfo Pérez Aznar.

En el atardecer primaveral se habían reunido estudiantes, artistas y escritores de la Capital Federal y de nuestra ciudad que, impacientes, miraban correr la manecilla del reloj esperando el instante señalado para la inauguración. Ello ocurrió precisamente minutos antes de la hora prevista, pues estando el doctor Alfredo Calcagno junto a la puerta e interpretando el sentir de todos levantó las cortinas.

Nacía así una institución singularísima que, a pesar de la brevedad de su existencia, se caracterizaría por su desborde vital. El ritmo ágil impreso por sus fundadores la diferenciaba de cualquier otra librería, pues *Martín Fierro* era algo más que eso. Era una especie de cenáculo donde confraternizaban estudiantes argentinos y extranjeros, graduados y alumnos universitarios. Sus peñas la convertían en el centro intelectual obligado, donde se escuchaban conferencias o se discurría sobre arte, ciencia y filosofía.

Pero detengámonos por un instante en el nombre mismo *Librerías Martín Fierro*. Librerías en plural. El nombre de Martín Fierro fue adoptado como homenaje al autor del poema. Olegario Becerra había publicado varios artículos sobre el mismo en periódicos platenses y colaborado además en el periódico *Martín Fierro* dirigido por José Gabriel. El doctor Pérez Aznar nos informa, por otra parte, que tomó la denominación del grupo martinfierrista porteño constituído entre otros por Noé, Marechal, Borges. Como se puede apreciar existen criterios distintos en cuanto al origen del nombre, por supuesto ello no fue óbice

para que unidos los esfuerzos concretaran sus esperanzas en tajante realidad.

Poco tiempo después se trasladaban al local definitivo ubicado en 51 Nº 607. Al iniciarse tenían la exclusividad de las ediciones de Domingo Viau y Cía., y de varias editoriales americanas: la distribución de las ediciones de Jorge Icaza: *Cholos, Huasipungo;* y la representación de la revista *Sur* dirigida por Victoria Ocampo.

Instalados definitivamente trazaron un plan de acción realmente vasto y ambicioso. En el subsuelo funcionaría un teatro y en la planta baja la librería donde se realizarían, además, exposiciones y conferencias. Lo primero no pasó de ser un proyecto, es decir, que el teatro independiente *El Retablo,* como habían decidido llamarlo, no concretó ninguna actuación.

En cuanto a la librería, podemos decir que en breve tiempo adquirió singular importancia. Las conferencias constituían verdaderos motivos de atracción para el público, siendo memorables las pronunciadas por José Gabriel sobre literatura española y americana. Por otra parte eran frecuentes las peñas donde jóvenes escritores leían sus poemas inéditos, que luego serían publicados. Tal el caso de Edgardo Acuña, autor de *Las rosas cardinales* editadas por "Martín Fierro" en 1940. En otras de esas reuniones, verdaderamente interesantísimas, Victorino De Carolis recitó fragmentos de su *Tributo* publicado en 1938; Vicente Barbieri encantó al auditorio con su *Fábula del corazón* (1939); María de Villarino, Ponce de León, Luis María Albamonte, pasaron también por estas peñas dejando la emoción de sus voces al dar vida a sus obras.

Eran asiduos contertulios los doctores Alfredo Calcagno, Raúl Oyhanarte, José Gabriel, Atilio Boveri, Alberto Ponce de León, su hermano Horacio, Edgardo Acuña (verdadero bohemio, que ya en su provincia natal, Catamarca dedicó sus más nobles inquietudes a la política), Ernesto Sábato, Arturo Cambours Ocampo, Ricardo Sangiácomo, Saúl Amaral,

Olegario Alvarez, Tachino González Vergara, el estudiante de derecho portorriqueño Francisco Pagán Rodríguez, los venezolanos William Larralde, Guillermo Carrasquero, Rothe, (actualmente embajador venezolano ante el gobierno de Bolivia), Mendoza, (que desempeñó la cartera de agricultura del gobierno de Rómulo Gallegos), Nass, Rotondaro; Ernesto Mirón (autor de *Pupilos, medios pupilos y externos*, editado en Buenos Aires en 1935), el peruano Liendo, Osequeda (figura brillante, ministro de Instrucción Pública de Guatemala durante el gobierno de Arévalo Carranza, quien llegó a nuestro país en calidad de refugiado político e instalado en nuestra ciudad fue designado por el doctor Alfredo Calcagno secretario de la Facultad de Humanidades. Al desaparecer los inconvenientes que le impedían regresar a su patria se le homenajeó con una cena de despedida que se gestó precisamente en "Martín Fierro"). También eran "habitués" los doctores Rodolfo Carreras, Noel Sbarra, David Kraiselburd y Federico Schikendantz, estos tres últimos redactores y editores de *Brecha* publicación de la cual se imprimieron, nos informa el doctor Sbarra, seis números comprendiendo cada uno mil ejemplares, que eran distribuídos en forma gratuita. Sbarra y Schikendantz eran los encargados de la redacción de *La hoja de parra* suplemento semanal de *Brecha*. Como su nombre lo indica era una hoja de papel de color verde y contenido ameno y chispeante.

Además por el salón de "Martín Fierro" pasaron en calidad de visitantes el doctor Rómulo Betancourt, presidente de Venezuela; el escritor uruguayo Jesualdo; y una delegación de profesores de la Universidad de San Marcos de Lima, que visitando nuestra Universidad, tomaron contacto con la librería e impresionados gratamente, al regresar al Perú pronunciaron conferencias ilustrándolas con fotografías sobre la actividad de "Martín Fierro".

Muy importantes resultaron también las exposiciones. Muchas de éstas se habían planeado sobre la base de contactos con gente europea que proporcionarían los objetos de arte de cerámica, bronce o por-

celana; pero, lamentablemente al estallar la segunda guerra mundial naufragaron estos proyectos y "Martín Fierro" continuó sólo unos meses más. No obstante, realizó varias exposiciones alcanzando todas ellas honda resonancia en el ambiente universitario y social de la ciudad. Ellas fueron: Estampas japonesas y chinas (siglo VII-XVIII), aguafuertes y litografías de artistas franceses contemporáneos, esculturas de Maldonado, libros argentinos, encuadernaciones de lujo, grabados de Mariette Lydis y otros.

Las encuadernaciones de lujo eran obras de arte. Varios encuadernadores trabajaban para la librería, pero el doctor Locria recuerda particularmente, a uno de ellos pues unía a su habilidad excepcional el halo un tanto misterioso de su juventud, transcurrida según él en la corte del último Zar. A raíz de la revolución, abandonó su patria trasladándose a nuestro país. Nunca se trató de comprobar si era veraz en sus relatos; lo cierto, es que de sus manos salían verdaderas maravillas.

Si *La Estrella* con José Gabriel significó en nuestra joven ciudad allá por 1924, una innovación, pues superaba la rigidez de las librerías tradicionales —y en este sentido podemos considerarla como precursora de "Martín Fierro"—; también es cierto, que ésta superó a aquélla por su empuje, por su vitalidad diríamos, que evidenció en las distintas facetas de sus múltiples actividades aún en las correspondientes a la propaganda, como lo prueban los avisos comerciales que salían en los periódicos.

Así, con motivo de la inauguración, leemos en *La Opinión* del 5 de octubre de 1938:

> **Próximamente será inaugurada en la calle 49 entre 4 y 5 la librería Martín Fierro casa argentina, que se especializará en la selección de libros y revistas comerciales y extranjeras de arte, ciencia y literatura.**
>
> **Además tenía anexo de encuadernación de lujo y ediciones para bibliófilos.**

O bien en el diario *El Día* meses después, este otro:

El libro que Ud. busca está en "Martín Fierro". (Una librería argentina al servicio de la cultura) en su nuevo salón de exposición y venta de libros más significativos de América y Europa.

Grande variedad de libros para regalo y encuadernaciones de lujo.

Ediciones infantiles en castellano, francés, inglés, italiano y alemán.

Continuamente recibimos de Inglaterra, Francia, Suiza, Bélgica y Estados Unidos.

Las novedades más sobresalientes en materia de arte, literatura y filosofía.

Ediciones americanas agotadas y libros raros para bibliófilos.

Visite "Martín Fierro" una librería argentina donde se vuelve siempre.

Próximamente exposición plástica en el subsuelo.

Ese dinamismo se trasuntaba además en el arreglo de las vidrieras. En ellas se realizaban exposiciones semanales. Existía una dedicada exclusivamente a escritores y poetas platenses. Exhibían junto a las obras, la fotografía del autor. Muchos recordarán haber visto, en ella, obras de Fernando Gilardi como *La mañana* y *Silvano Corujo* o de María de Villarino, Vicente Barbieri, Horacio Ponce de León, entre otros. A ésta sucedía una muestra de libros de escritores extranjeros franceses, por ejemplo; o bien una exposición de libros de arte de ediciones antiguas para bibliófilos. No se limitaban por otra parte sólo a exhibir en estas vidrieras obras literarias; muy por el contrario era común ver en ellas ya una exposición de pintores impresionistas franceses, ya una muestra de arte moderno.

Debemos mencionar además las vitrinas interiores, con cristales corredizos, donde se exhibían libros valiosos que tenían en consignación.

Dijimos que "Martín Fierro" tuvo una existencia breve pero fecunda y un ejemplo de ello lo constituye el hecho de extender sus actividades a la edición de libros. A los poemas de Edgardo Acuña, ya mencionado, terminados de imprimir en el año 1940 cuando la librería había cerrado, debemos agregar el *Cuader-*

no de estética de Tobías Bonesatti, manual de estudio usado por los alumnos de los colegios secundarios dependientes de nuestra Universidad.

"Constituyó sin duda —nos comenta el doctor Locria— una experiencia interesantísima pero lamentablemente no pudo continuarse y "Martín Fierro" debió cerrar sus puertas" ante la consternación de aquellos que habían encontrado en ella el rincón amable que mitigaba, en el caso de los extranjeros, la soledad y nostalgia del hogar lejano.

Libros y Canto

La librería "Atenea" se fundó en 1923, al adquirir sus fundadores un pequeño negocio, de cigarrería y lotería, entonces existente en la diagonal 80 Nº 1012. Eran éstos, Buenaventura Gómez Alcázar, que pasó a integrar como socio la firma propietaria de la librería "La Estrella" (instalada en 51 entre 7 y 8, en el local que actualmente ocupa la farmacia Tesler), José Gabriel, Julio Montero —cuñado del anterior— y Próspero Larregle, a la sazón estudiante de medicina y luego médico, quien aportó la mayor parte del capital. Esta sociedad, propietaria de las dos mencionadas librerías, duró poco más de seis meses. Al disolverse, en 1924, Gabriel, Montero y Larregle siguieron con "La Estrella", que cerró definitivamente al año siguiente, y Gómez Alcázar quedó con "Atenea", asociándose a su vez con Pedro Colussi hasta 1939, año en que éste se retiró. Buenaventura Gómez Alcázar (Ventura Gómez, como se lo ha conocido siempre en los medios estudiantiles y deportivos) siguió solo, pues, con la librería hasta la actualidad, es decir casi cuatro décadas. Y agrandó el negocio al ocupar el vecino local de la esquina, donde hasta 1943 existió una peletería.

Los primitivos socios —Gabriel, Montero, Gómez y Larregle— eran compañeros del grupo "Nirvana", que tenía su sede y también casa-habitación en 48 Nº 675. Se trataba de un núcleo formado por estudiantes y empleados de comercio que tenía veleidades artístico-literarias. En dicha casa, después de la memorable

actuación en La Plata, en julio de 1923, de los célebres "Coros Nacionales Ukranianos", se constituyeron, con el refuerzo de algunos integrantes del coro "Santa Cecilia" —que en el conservatorio del mismo nombre, calle 7 entre 58 y 59 dirigía el maestro Aquiles Zacarías— los "Coros Ukranianos Platenses", a imitación del famoso conjunto ruso. Los aprendices de librero estaban por supuesto en el nuevo coro: José Gabriel fue su director y quien proveyó o arregló las canciones que integrarían el programa de las dos únicas audiciones realizadas en el Teatro Argentino los días 18 de setiembre y 7 de octubre de 1923; Ventura Gómez era tenor segundo y Próspero Larregle tenor primero. Precisamente, por su magnífica voz de tenor lírico, Larregle era el encargado de cantar la parte de solista del "Himno de los Estudiantes Americanos", del poeta peruano José Gálvez, en las memorables jornadas de la llamada "huelga grande", que mantuvo cerrada la Universidad desde octubre de 1919 a julio de 1920. Cuando la masa estudiantil —el coro— terminaba su parte, la voz de Larregle en medio del silencio, llenaba la calle:

Juventud, juventud, torbellino
soplo eterno de eterna ilusión
fulge el sol en el largo camino
que ha nacido la nueva canción!

El Dr. Emilio Azzarini se ha referido, en el Nº 12 de la *Revista de la Universidad,* a esa sorprendente manifestación del espíritu estudiantil platense que fueron los "Coros Ukranianos Platenses". Y de Larregle dice:

> **En puridad, Próspero Larregle, más tarde médico, fue el alma de los Coros Ukranianos Platenses. Espíritu múltiple e inquieto, avezado organizador, puso el hombro a cuanta iniciativa de progreso surgiera: Bibliotecas populares, sindicatos obreros, entidades culturales, deportivas y artísticas. Enfermo y sabiendo que le quedaba poca vida, pidió como última voluntad, morir en Francia. El 6 de setiembre de 1930 se le transportó en ambulancia a bordo del "Provenze" —si mal no recordamos—, que lo embarcó hacia la muerte.**

El paréntesis nos ha servido para referirnos a una singular actividad de los fundadores de "Atenea", librería que bajo el impulso de Ventura Gómez cobró importancia en la ciudad, haciéndose punto de reunión de discutidores estudiantes y obreros que formaban corrillos —ya en la vereda, frente a la amplia vidriera, ya en el estrecho saloncillo— desde el atardecer hasta las diez de la noche, pues en su primera década la casa permanecía abierta hasta esa hora. La lista de tertulianos y clientes de "Atenea" sería interminable. Recordemos a D. Alejandro Korn, a Benito Lynch, al Dr. Roberto Lehmann-Nitsche, médico alemán contratado en 1897 por el fundador del Museo de La Plata para dirigir la sección antropología; Carlos Spegazzini, el sabio botánico; al poeta Ismael Dozo; al Dr. Manuel Pereyra Míguez —con su presencia de dandy—, que fuera Asesor Mayor de Gobierno hasta la revolución de 1930; al Dr. Carlos Sánchez Viamonte, gran constitucionalista; al Dr. Alfredo D. Calcagno, presidente de la Universidad; José Arévalo que fue presidente de Guatemala y que, como Raúl Osegueda, su ministro de Educación, estudió en nuestra Facultad de Humanidades; Felipe Bellini, el escultor; al Dr. Enrique V. Galli, distinguido abogado y profesor de la Facultad de Derecho; Vicente Ruiz, profesor titular de Ginecología de la Facultad de Medicina de La Plata, y su hermano Carlos, conocido deportista en su época de estudiante y destacado pediatra en su vida profesional; el Dr. Enrique M. Barba, actual Decano de la Facultad de Humanidades; Arnaldo Orfila, director del Fondo de Cultura Económica, la prestigiosa editorial mexicana; Luis Aznar, Guillermo Korn, Juan Manuel Villarreal, entre otros tantos que podrían citarse.

No es éste un trabajo exhaustivo ni definitivo, nos ha guiado el deseo de rescatar del olvido aquellas librerías que por la importancia de su labor, desarrollada en el ámbito cultural, constituyeron verdaderos hitos en la historia de nuestra ciudad.

Delia M. de Zaccardi

EL PERIODISMO PLATENSE: SUS PRIMEROS CINCUENTA AÑOS

Hemerografía

En su conjunto, el periodismo argentino ha sido estudiado desde diversos ángulos. Los trabajos de inventario arrancan de la *Efemeridografía argirometropolitana* y la *Efemeridografía argiroparquiótica* de Antonio Zinny; tiene útil fuente en los catálogos de hemerotecas como las de la Biblioteca Pública de la Universidad de La Plata, del Museo Mitre, de la Biblioteca Mayor, de Córdoba; de las que pertenecieron al Club del Progreso y Círculo de Armas, de la Biblioteca Nacional, del Jockey Club de Buenos Aires y de algunas colecciones privadas, como la de Enrique Peña.

No faltan tampoco los buceos históricos en obras como *La Prensa Argentina*, de Ignacio Orzalí, y las nacidas con motivo del Certamen que sobre la "Historia del Periodismo argentino" propició en 1941 el Círculo de la Prensa; entre otras, las de Juan Rómulo Fernández, Oscar R. Beltrán y C. Galván Moreno. En algunas de ellas sus autores intentaron abarcar la hemerografía de la totalidad del país, tropezando con serias dificultades para la recolección de datos regionales, razón por la cual fue surgiendo la necesidad de una parcelación provincial de los inventarios. En tal sentido uno de los últimos aportes data de 1953 y se refiere a *Periódicos correntinos* 1825-1900 del malogrado jefe de catalogación de la Biblioteca Nacional, don Emilio Méndez Paz, a quien sorprendió inespera-

damente la muerte cuando alistaba los detalles de dos nuevos trabajos de la misma índole: *Periódicos porteños* y *Periódicos de San Miguel de Tucumán.* En lo concerniente a la provincia de Buenos Aires, en especial, existe desde 1908 un valioso registro en el estudio de Carlos Salas, titulado: *El periodismo de la provincia de Buenos Aires.*

El periodismo, institución de cultura y arma, es apoyo indispensable de toda sociedad moderna. Con mucha razón el mariscal Foch denominaba a la prensa "cuarto poder", y cada día se evidencia más la realidad de tal concepto.

Hoy el periodismo, atrapado por el ritmo ultradinámico de la vida contemporánea, por la vertiginosa sucesión de acontecimientos que debe registrar, ha perdido el aire romántico que ostentaba en otras épocas, el lirismo a veces primario y cursi, sobre todo en las pequeñas ciudades.

Algunas muestras de ese periodismo que luchó y soñó en esta ciudad de La Plata, queremos registrar aquí. Desde luego, se trata de una primaria enumeración y muchos títulos quedarán en el tintero, pero es probable que algunos de los incluídos tengan, para las generaciones actuales, el aire de la novedad. Como no se trata de un análisis técnico ni crítico, registraremos en los casos convenientes el detalle o artículo más característico o inesperado de cada uno de los que se mencionen.

Primeras muestras

El 19 de noviembre de 1882 fue colocada la piedra fundamental de la ciudad de La Plata. A partir de ese momento, y como materializada por la energía de la idea fundadora, fue concretándose con ritmo enérgico y vital sobre la abstracción de su trazado geométrico.

> **El 19 de noviembre, decíamos, es el punto de partida hacia nuevos rumbos en nuestra vida política.**
>
> **Sí, cuando volvíamos de los campos de batalla en los que, en 1880, habíamos dado una página tristísima a nuestra historia, cuando los odios de entonces bullían con exaltación, oscureciendo nuestro ho-**

rizonte político, en el que no era posible encontrar un rumbo que diera solución digna a nuestras contiendas, se oyó la voz del gobernante actual de la Provincia, que dijo al país todo: Voy a entregar a la Nación nuestra gran capital y a fundar una nueva, porque, el gobierno tiene elementos sobrados para hacerlo.

La Plata es el punto de partida de esa nueva época, y el 19 de noviembre en que acabó su primer cimiento es la fecha simbólica, ante la que la generación actual, y las que nos sucedan en la vida, se han de inclinar con el respeto que inspira todo lo que es grande.

Leemos lo que antecede en un "alcance" al número nueve de *La Propaganda* del 19 de noviembre de 1883. El primer número de este periódico apareció el 16 de setiembre de ese año, diez meses después del nacimiento de la ciudad. El director fue Marcos Cabrera y su redactor Alejo Aveleyra. De formato antiguo, las cuatro páginas a cinco columnas estaban tiradas en prensa de mano. En la segunda página publicaba una sección llamada *Gacetilla* de carácter literario. En la correspondiente al número cuatro se lee la *Rima XXIV* de Bécquer; en la del número ocho *La Novia* de Martín Coronado. Estaba instalada la redacción, según se lee en la primera plana, "En la ciudad de La Plata entre la Plaza Principal y la casa de Gobierno". Se trataba de un periódico que aparecería los jueves.

La fecha de su aparición —16 de setiembre de 1883— parecería señalarlo como el primero en la naciente ciudad. Sin embargo no fue así pues en una pequeña nota que se inserta en *La Propaganda* se lee: "Agradecemos a *El Ferro-Carril* su amabilidad cuando nos saluda deseándonos larga vida. En adelante seremos dos para defender los pantanos de La Plata". La deducción es obvia: el primero fue *El Ferro-Carril*, del que no se conservan ejemplares, luego *La Propaganda*.

El decano del periodismo platense

El 2 de marzo de 1884 hace su aparición el diario que, en virtud de sobrevivencia, se transformará en

el decano del periodismo en nuestra ciudad. Su existencia está vinculada, larga y estrechamente, a la de La Plata y los progresos materiales de ambos marchan paralelos. La historia de la ciudad y de sus hombres puede seguirse a través de las páginas de *El Día*, y sus colecciones ofrecen al investigador o al curioso innumerables sorpresas y comprobaciones elocuentes.

Su existencia puede dividirse en dos grandes períodos. El primero que va desde la fundación hasta principios de 1893, año en que pasa por una alternativa de impopularidad y declinación. Sin embargo el 1º de abril de 1884, *El Día* aumentó su formato. En aquel mismo año, de 1893, comienza su recuperación y una segunda etapa en su vida, ahora bajo la dirección del Dr. Adolfo Miranda Naón, magistrado joven y austero.

Vinculado a una empresa editorial, *El Día* fue durante mucho tiempo subsidiario de ella. Ésta se dedicó, especialmente, a la impresión de obras en su mayor parte de índole oficial. Cuando las dos organizaciones se separaron, el diario tuvo más libertad y recobró espíritu de lucha, bajo la dirección de Juan José Atencio.

Su carácter no fue exclusivamente informativo. En muchas oportunidades se reflejaron en sus páginas inquietudes culturales. Por ejemplo, en febrero de 1926 organizó, con gran éxito, un concurso literario de cuentos infantiles. Este concurso fue un homenaje a los pequeños lectores del diario, a quienes se les dedicaba todos los domingos una página de lectura, dibujos y entretenimientos. Es probable que éste haya sido el primer concurso literario de esa índole que se llevara a cabo en nuestra ciudad. En aquella ocasión el jurado estuvo integrado por tres escritores de La Plata: los doctores Enrique E. Rivarola, Víctor Mercante y Délfor B. Méndez. Resultaron premiados: Germán Berdiales, por el cuento *Su primera carta*, primer premio; doña Ana B. de Selva, por el cuento *Las dos margaritas*, segundo premio; y Arsenio Cavilla Sinclair, tercer premio otorgado por el cuento *Volvamos a casita*.

En la redacción de *El Día* se formaron Benito Lynch, Clemente Orlandi, José María Quevedo, Arístides Carballeda Bazini, Juan Carlos Rébora, Benigno Larrea y tantos otros. No es obvio recordar que Benito Lynch trabajó en el diario como redactor. En él publicó numerosos cuentos, que no se han vuelto a reeditar, como así también capítulos de sus novelas *Raquela* y *Los caranchos de la Florida*. Allí aparecieron, en forma de folletín, las dos únicas obras de teatro que se le conocen: *El cronista social*, comedia, y *Ex ungue leonem*, drama. Por sus salas también pasaron en exposiciones sucesivas, artistas plásticos locales y nacionales.

Agreguemos que *El Día* apareció ininterrumpidamente desde su fundación hasta nuestros días.

Nuevas voces

La ciudad creció aceleradamente y, en 1886, al cumplir el cuarto aniversario, ya era una hermosa realidad, orgullo de su fundador.

> **Cedida la ciudad histórica para capital de la Nación, había que dotar a la Provincia que realizara este acto de abnegación en obsequio de la nacionalidad, de un centro político y administrativo que respondiera a las necesidades del presente y a su grandeza futura.**
>
> **El Dr. Dardo Rocha decidióse por la creación de una ciudad nueva desde sus cimientos.**
>
> **Hace hoy cuatro años que colocara en esa gran plaza de la Catedral la piedra fundamental de la ciudad, y hoy —¡parece increíble!— se ostenta sobre lo que entonces era pampa solitaria la ciudad más perfecta y bella de América.**

Así dice su entusiasmo *La Capital* del 19 de noviembre de 1886. Había aparecido el primer número de este periódico, el 15 de julio de dicho año y como homenaje a la efemérides francesa, celebraba el día anterior, publicó en su primera plana una traducción de *La Marsellesa*.

De gran formato, sus cuatro páginas a seis columnas muy bien impresas, en buen papel y nuevo

tipo, aparecieron durante un lustro, dirigidas por don Francisco Uzal.

En el mismo año, 1886, salen a la calle *La Época* (en agosto) y *El Fiscal* (en julio), ambos de naturaleza exclusivamente política; el segundo sostenía la candidatura de don Nicolás de Achával para la futura gobernación de Buenos Aires. Es evidente que los fracasos, vicisitudes y penurias de sus antecesores no acobardaban a los hombres de nuestro incipiente periodismo. Uno, dos o más nombres nuevos aumentaban anualmente la lista de los diarios o periódicos locales.

El *Diario de La Plata,* diario de la mañana, nace en 1887. Aunque tiene propósito eminentemente informativo, siempre ofrece a sus lectores alguna columna de amable lectura. Las obras que publica en forma de folletín, generalmente están firmadas por nombres de prestigio: de Guy de Maupassant: *Egoísmo* y *Fatalidad;* de Edmundo de Amicis, *Un ejemplo, etc..*

El 4 de noviembre de 1887 enuncia "el brillante artículo del General Sarmiento, contestación a la carta que nuestro colaborador don Florencio Basaldúa, le dirigió a propósito de la *Naturalización de extranjeros*".

El *Diario de La Plata* duró algo más de cuatro años y dejó de aparecer por quiebra de la sociedad que lo publicaba.

Una nueva voz surgirá entre las ya numerosas del periodismo de la ciudad nueva: *El Mercurio.* Un nuevo órgano de prensa que aparecerá para expresar las necesidades de comerciantes e industriales que en su mayoría buscaban rápida fortuna en la nueva ciudad. Sin embargo a pesar de su finalidad primera, exhibirá inquietudes que lo proyectarán sobre La Plata como un precursor del periodismo culto. Su acción no la realizará exclusivamente a través de la hoja impresa.

Apoyado en su éxito económico realizó obra de cultura desde el gran edificio que levantó en las calles 51 y 4. Su sede tenía los elementos necesarios para el desenvolvimiento físico y espiritual del hom-

bre. Poseía frontón de pelota y patio de atletismo, sala de armas y de esgrima, patios y salón para actos públicos, sala de lectura, y una biblioteca propia que regalaba un par de libros mensuales a sus suscriptores. Evidentemente el programa de acción que estas realizaciones implicaban, excedía las posibilidades de la pequeña población de La Plata. Desde el punto de vista técnico fue el primer diario de sudamérica que empleó linotipos. Desde el punto de vista intelectual cabe consignar los distinguidos periodistas que figuraron en el cuerpo de redactores: Mr. Blanch, el Dr. Larrain, Miguel Mercader, Parodi, Díaz Pumará, Daniel Lamas, Ricardo Fors, Dhers, Martirena, Fulle Calvo, Mongiardino, Rodríguez de la Torre, Oteriño, Gomila, etc.. El Mercurio deja de aparecer en 1908.

Diarios y periódicos se suceden ininterrumpidamente. No todos tienen el mismo éxito. Algunos se publican durante días, otros durante meses, otros durante años.

El Mentor, por ejemplo, tuvo corta duración. Comienza a editarse en 1888 como diario de la mañana y sobrevivió sólo cincuenta y un días. Su director fue don Francisco Amadeo. En la primera página llevaba esta inscripción que revelaba sus intenciones: "Admite gratis toda publicación de interés público y rechaza absolutamente publicaciones personales"

En el mismo año, el 15 de diciembre, aparece *La Ilustración Nacional*, semanario ilustrado de gran formato. Casi por el mismo tiempo: *La Patria Española*, y *Última Hora* de los que tenemos noticias a través de *La Ilustración Nacional*.

En 1889, se editan: *El Debate*, que comienza como semanario dirigido por Nicolás Cúcolo; *La Idea*, redactado por el Dr. Dámaso Uriburu, *El Municipio, La Opinón Pública y La Discusión*. Éste último se anuncia como "diario político, literario, comercial y noticioso. Se publica todos los días, excepto los siguientes a feriados", según reza la primera página. Justificando su declarada condición de literario, publica cuentos. En el Nº 121, del sábado 31 de agosto y domingo 1º de setiembre de 1889, incluye un cuen-

to histórico: *El caballo del Cid,* firmado por Félix Rex. *La Discusión* tiene una columna permanente de *Crónica parlamentaria,* en los números 131 y 132 (13 y 14 de setiembre de 1889) queda documentada la cuestión de *La enagenación de los ferrocarriles.*

La Lucha es también de 1889. En la sección *Variedades* de la primera plana publicaba una narración histórica: *Gala Placidia* firmada por Tancredo. Este periódico se interesaba por problemas de orden social. En el Nº 62 del jueves 18 de julio de 1889, en una nota editorial y bajo el título de *Desequilibrio,* plantea el problema de la educación de la juventud. Dice:

> **Al admirar los adelantos materiales de que nos han dotado los gobiernos, quédanse algunos abismados de la prisa con que en su sentir hemos vivido como nación.**
>
> **Hay es cierto en el orden físico mucho desarrollo, mas también carecemos de una preparación adecuada para que ese desenvolvimiento esté arraigado en el país como lo está en las naciones de allende el Atlántico.**

Tiene también una sección casi permanente de *Crítica teatral,* donde en el Nº 150, del 6 de noviembre de 1889, se lee una crítica al *Don Juan Tenorio* firmada por Claudio, quien objeta el argumento, la estructura íntima "de la cansadora pieza dramática", se fastidia con sus muertos y sus resucitados, con "las estatuas que se meten en las tumbas, y de cuya piedra marmórea, según declaraba el propio artista que los hizo, se ve salir algo como el alma que toma alturas, figurada por una especie de polizón azul y blanco".

Aparte de los atisbos sobre educación y arte, lo social en *La Lucha* apunta, también al conglomerado urbano que surge.

¿Cómo era la ciudad de *La Plata* en esos momentos? En el editorial del 19 de noviembre de 1889, bajo el título de *Séptimo aniversario de La Plata,* dice de la transformación que ve operarse.

> **Por doquiera se extendiera la vista, hallábamos pleno campo, rodeados de pantanos, y sin el menor abri-**

go para preservarnos de los rigores del calor, de la intemperie de las estaciones, sin un abrigo para descansar, sin una gota de agua para apagar nuestra sed.

Hoy, La Plata se ostenta a la vista de los que la contemplan como una reina en todo su esplendor, atrae simpáticamente a los que la visitan, y se complacen en admirar sus progresos tan inverosímiles, tan repentinos a cuyo aspecto el forastero se inclina atónito como en presencia de un sueño de los más fantásticos.

Ya tenía la ciudad su particular fisonomía. "Sus anchas calles, sus espléndidas avenidas, sus vastas plazas, circundadas de suntuosos edificios públicos dignos de las grandes metrópolis, asignan a La Plata un lugar de los más honoríficos en el orden de los grandes centros civilizados".

En este medio que florecía continuaban apareciendo nuevos diarios. En el año 1889 nacen *Fígaro,* diario de la tarde, de formato menor;*El Plata* y *La Política.*

El Plata tuvo un primer formato de cuatro páginas a siete columnas hasta el Nº 179 del 19 de noviembre de 1889. A partir de este momento, y bajo la dirección de Pablo Lascano, aumentó a nueve sus columnas que mostraban características singulares. Ofrecían información abundante de la provincia de Buenos Aires y del interior. Todas las semanas insertaba una página literaria, a veces bastante interesante, y diariamente podía leerse en sus páginas un cuento de autor local o nacional. En algunas ocasiones el espacio se cubría con una traducción de un autor extranjero.

La Política, esmeradamente compuesto, aparecía por la mañana, con cuatro páginas a seis columnas. Correctamente redactado e impreso, tuvo éxito, pues le atrajo generales simpatías la defensa de los intereses del pueblo; por ejemplo la lucha contra la venta de los ferrocarriles.

En el año 1891, nace *El Tribuno,* como derivación de un boletín de informaciones judiciales: *El eco de los Tribunales,* dirigido por Horacio Varela. Y por el mismo tiempo un nombre se abre camino, a través de

sus páginas, en el periodismo platense: Almafuerte, seudónimo del poeta Pedro B. Palacios. También colaboraron en *El Tribuno* otros periodistas recios y combativos: Blanch, Dositheo López, Francisco Riu, Isouribehere, Quintana, etc. La defensa que, a través de sus artículos, hicieron de los boers, y del famoso caso Dreyfus, les granjeó inmediatamente el apoyo popular. Este periódico desaparece el 31 de diciembre de 1904.

En 1893 adviene *La Tarde*, dirigido por Víctor Landa. Su prosa ágil y combativa, a veces satírica, lo hacía de amena lectura. Era de tendencia liberal y opositor al gobierno. Desaparece al refundirse con *El Nacionalista*, cuya vida se sitúa entre el 7 de julio de 1896 y el 5 de octubre del mismo año. También *La Defensa Nacional*, periódico que se publica jueves y domingos, se ubica en 1896.

En el año 1893, don Eduardo della Croce adquiere los elementos del diario *Buenos Aires*, creado en 1886, y funda otro con el mismo título, de neta filiación política.

Pero della Croce, además de periodista, era un artista, un hábil dibujante retratista. Esto hizo que su tarea no se encerrara en el limitado rectángulo de la página impresa y diera a su empresa periodística proyección de empresa cultural.

En el local de su diario se celebraron conciertos y exposiciones, asambleas, congresos, reuniones sociales. Allí organizó una academia de dibujo y un conservatorio de música.

Las artes y las ideas fueron huéspedes bien acogidos en su casa, desde donde se estimulaba todo cuanto pudiera promover el desarrollo de la cultura del pueblo.

Contó entre sus colaboradores a periodistas de nota: Mongiardino, Cavello, Peralta Martínez, Zapiola Salvadores, etc.

Al año siguiente, 1894, *La Mañana*, que defiende los intereses de la Unión Cívica Nacional, se convierte en uno de los diarios más leídos por aquellos días. Trae abundante información, colaboraciones literarias

y científicas. Bien impreso y bien escrito, pero a pesar de sus interesantes colaboraciones, desaparece en 1899.

Como defensor del profesorado de las escuelas argentinas, aparece en agosto de 1894, *El Educacionista.*

En 1896, volvemos a encontrar el nombre de Pedro B. Palacios, Almafuerte, ligado a una empresa periodística: *La Provincia.* Allí publica el poeta, y durante varios años, sus mejores composiciones. Almafuerte se aleja de *La Provincia* por cuestiones políticas.

Los liberales también tuvieron un órgano propio: *La Liga Liberal,* órgano oficial de la sociedad de este nombre en la provincia de Buenos Aires, revista de estudios sociales, ciencias, literatura, artes, industria, comercio, etc.. El primer número apareció el 4 de febrero de 1897; los números sucesivos se editaron los jueves y domingos de cada semana. Lo dirigió el Dr. Luis Ricardo Fors. En la declaración de propósitos del número inicial, expresaba:

> **Nos proponemos combatir todos los obstáculos que en la vida política y administrativa se oponen al ejercicio permanente y desembarazado de los derechos y garantías inscriptos en la Constitución de la República.**
>
> **Queremos que desaparezca en todas las esferas de la vida argentina cuantas trabas dificulten el ejercicio de la libertad de conciencia, de enseñanza, de defensa, de industria, de comercio y de iniciativa personal en todas las manifestaciones legales de la actividad humana.**

Los redactores de *La Liga Liberal* bregaban por la separación de la Iglesia del Estado y los títulos de sus artículos dan idea de su posición: *El fanatismo, Escuela laica y escuela religiosa, ¿Qué es religión?, Matrimonio civil y los párrocos, etc..*

Violentamente anticatólico, desapareció por falta de repercusión en el ambiente platense.

Otras publicaciones de este momento fueron *El Teósofo,* semanario; *La Verdad,* diario liberal; *El Sol,* dirigido por A. Fernández Rojas, que a pesar de estar bien impreso tuvo corta duración.

Un grupo de jóvenes intentan expresar sus inquietudes a través de una publicación propia: *Vanguardia del Porvenir*. Allí escribieron Pedro Cufré, José Linera, Miguel Fondevila. Sus objetivos eran: esclarecer los problemas políticos y sociales en plena discusión entonces.

Sancho aparece en noviembre de 1897. Su notable espontaneidad se condensa en un pequeño formato. Pretendía hacer llegar sus comentarios sin excesiva seriedad ni mucha preocupación. Se distribuía todas las tardes, y a través de sus páginas puede seguirse el movimiento político y social de La Plata en un momento bastante incierto para su porvenir.

Un semanario literario.

A partir del 6 de junio de 1897, los lectores de La Plata con inquietudes literarias tendrán su periódico.

En efecto, en la fecha mencionada comienza a publicarse *El Correo del Domingo,* pero en una ciudad culta como La Plata que contaba en su seno elementos intelectuales de mérito indiscutible, resultaba una novedad relativa.

Su programa era:

> **Ofrecer a los amigos de la lectura, a los estudiosos y a los amantes de las ciencias, oportunidad y medios de publicación.**
>
> **En ella encontrarán acogida todas las manifestaciones de la inteligencia, todo esfuerzo intelectual que encarne dentro de lo bello, de lo bueno, de lo justo.**
>
> **Si fuese necesario, la crítica literaria tendrá también aquí su pequeña cátedra, siempre que no salga de la tendencia honesta y reformadora que alecciona sin levantar la epidermis.**

Colaboraron en el primer número, Pedro Delheye, Jacinto Gutiérrez Coll, Joaquín Castellanos con un trabajo sobre San Martín titulado *El fallo de la posteridad.* Además, incluye poemas de Adán Quiroga, una sección bibliográfica, y otra *Para las damas, crónica de elegancia.* Creemos útil referir sumariamente el contenido de algunos ejemplares. Por ejemplo, en el Nº

2, el editorial estuvo a cargo de Almafuerte. En este mismo número leemos un cálido elogio del poeta. "Escribimos estas líneas bajo la grata impresión que nos proporciona la noticia de la aparición del nuevo poema *Jesús*, última producción del eximio vate".

"La primicia será para *La Biblioteca*, la más importante de las revistas literarias que tiene hoy nuestro país".

En este Nº 2 se lee: *Silencio, "poema inédito"*, de Vicente Gutiérrez Coll, una colaboración de Pedro Delheye y otra de Julio Romano.

En el Nº 3 vemos un artículo del Sr. Joaquín V. González; *La cabeza del Dr. Mejía* (cuento) de Julio Llanos; y trozos escogidos de autores argentinos: Esteban Echeverría, Dr. Julián S. de Agüero, Dr. Mariano Moreno.

En el Nº 4: Fragmentos de Mark Twain, una carta de Nicolás Avellaneda y del Dr. Quevedo Hijosa: *Quince días de viaje por el río Uruguay*, en forma de folletín.

En el Nº 6: *El hombre* de Frederic Febre y *El robo de los querubes* de B. Vicuña Makenna.

En el Nº 8: Poemas: *A Gloria*, de Salvador Díaz Mirón; *Iras Santas*, de José Santos Chocano; *El desquite* (cuento), de Emilia Pardo Bazán.

En el Nº 9: *Máximas* de Manuel del Palacio y un poema de Emilia Pardo Bazán.

En el Nº 11: *A Corrientes* de Rafael Obligado; *El último Tusha* (cuento) de Joaquín V. González; *Cántico* de Gertrudis Gómez de Avellaneda.

"La Libertad" y "La Verdad"

El nombre de Almafuerte vuelve a aparecer vinculado a otra empresa periodística: *La Libertad*, que comienza a publicarse en 1897, fundado por Diógenes Diez Gómez y Julio Llanos. Diario de la mañana, de formato grande. En sus cuatro páginas a siete columnas se encontraba material de lectura abundante y una buena sección literaria.

Como ya dije, colaboró en él Almafuerte y allí dio a conocer *Horas negras*, parte de *Olímpicas* y de *Evangélicas*.

Hombres de prestigio apoyaron al nuevo diario y concurrieron a su redacción. *La Libertad* funcionó en un modesto local en la calle 47 entre 8 y 9. Cuando el éxito llevó la prosperidad a la empresa permitió construir un nuevo local sobre la misma calle, al filo de la diagonal 74. Allí permaneció hasta que pasó a 51 entre 10 y 11, donde se mantuvo hasta su desaparición en 1902.

"La Verdad". Órgano de los intereses de la Provincia. Fundador Juan Oyhanarte asesinado alevosamente en Rojas el 1º de marzo de 1886 con su abnegado amigo el Sr. Nicasio Bernal". Así se anuncia este diario. Había sido editado en Rojas, pero a la muerte de su fundador siguió publicándose en La Plata dirigido por la señora María Hegoburo de Oyhanarte. Su redacción, composición e impresión fue obra de la familia Oyhanarte. El periódico respondía al subtítulo de *Político, noticioso y literario*. Sus editoriales son de neto corte político; ofrece también noticias nacionales y extranjeras y comentarios sobre autores o libros de actualidad.

En el número del 17 de agosto de 1899 leemos esta apreciación literaria: "El gigante se ha puesto otra vez a la obra. Después de la formidable serie de los Rougon en que un mundo decrépito y podrido quedará eternamente en su actitud de derrumbe", como parte de un comentario dedicado a Emilio Zola.

El 24 de agosto de 1899, fecha en que se cumple diecisiete años, publica un artículo de Lucio V. López: *Las tiendas antiguas*.

> **La fisonomía, dice, de la calle del Perú y de la Victoria han cambiado mucho en los veintidós años transcurridos: el centro comenzaba en la calle de la Piedad y terminaba en la de Potosí, donde la vanguardia sur de las tiendas estaba representada por el establecimiento del señor Bolar, local de esquina, mostrador democrático a la alba, cuando cocineras y**

patronas madrugadoras acudían al mercado, y burgués si no aristocrático entre las siete de la noche y el toque de ánimas.

Desaparece *La Verdad*, como cierre de un ciclo, al triunfar el partido Radical, cuyas ideas defendió desde el primer momento.

Fin de siglo y nueva centuria

Año 1899. Fin de siglo. Gobernaba don Bernardo de Irigoyen y la Provincia atravesaba por momentos de duras luchas políticas. En estas circunstancias la prensa local ganó el aporte de nuevas publicaciones, vigorosas y combativas. Entre ellas cuenta *Autonomista*, que aparece el 21 de abril de 1899, en cuyo cuerpo de redacción figuraban: José Nicolás Matienzo, Víctor M. Molina, Juan Angel Martínez, Adolfo Mujica, Juan de la Serna, Tomás R. García, Manuel F. Escobar, Diego Fernández Espiro, etc.

De prosa aguda e incisiva, atacaba con violencia al mitrismo, y sus crónicas parlamentarias son modelo de buen periodismo. Dejó de aparecer el 16 de julio de 1899, en el Nº 74.

El 15 de abril de 1899 inicia la publicación *La Reforma* dirigido por el señor Oscar Liliedal. En el Nº 1 y en la nota editorial dice:

> Dentro y fuera del país, para los hombres de pensamiento que nos observan nuestros procederes y evoluciones, la impresión ante la nueva etapa era semejante, coincidiendo todos en su juicio sobre la misión histórica que asigna, sintetizando a ésta en esa reforma porque clama el pueblo, defraudado en sus intereses, enunciada y sostenida por el actual gobierno y la cual tiene de lema este diario.

Publica en forma de folletín *La perla negra* de Victoriano Sardou, traducida por R. Fragueiro; en el Nº 69 del 9 de agosto de 1899, transcribe un discurso pronunciado por el Dr. Mariano Candioti en la velada literaria celebrada por estudiantes del Colegio Nacional el 5 de julio de 1899, con motivo de las fiestas patrias,

titulado *Moreno y Rivadavia*. Este diario, bien escrito y culto dejó de aparecer el 16 de diciembre de 1904.

Dirigido por el Dr. Eulogio M. Torrico y para sobrevivir apenas un año, *El Jorobado* aparece en 1900.

En los primeros años de nuestro siglo, atemperada en su febril crecimiento, La Plata adquiere fisonomía de ciudad universitaria. Hijos dignos de tal ciudad, hombres de sólida cultura fueron muchos de sus periodistas. Recordaremos algunos, cuyos nombres ya han sido citados y se volverán a mencionar en adelante. Entre ellos, el Dr. Luis Ricardo Fors un enamorado de la ciencia y del arte. Director de la Biblioteca de la Provincia, que tiempo después se transformó en la Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata. La pasión de Fors por cuanto significara cultura hizo que la Biblioteca se transformara en un centro de divulgación científica, artística y literaria.

A través de las palabras de otro periodista, Luis Reyna Almandos, reviven los nombres de Tomás R. García, Pedro Delheye y Enrique R. Rivarola. Tomás R. García "guardaba en su escritorio gran cantidad de versos que nunca quiso publicar". "Era un político destinado al fracaso por demasiado idealista". "Era y fue siempre un intelectual en todas sus actividades".

Pedro Delheye "inspirador, acaso, de la fundación del Colegio Nacional de La Plata, tal como es hoy y en el lugar donde está. Su nombre fue olvidado en esa obra "suya" donde dejó su alma entera, selecta y fina, como un verso latino".

Enrique Rivarola "era un poeta laureado, un soñador y al propio tiempo un magistrado".

Otros periódicos

En 1901, apoyados por Bernardo de Irigoyen. Adolfo Mujica, José Bianco y Rómulo S. Naón, afrontan una nueva empresa: *La República*, que dejó de aparecer en 1902. Poco después se editaban *La Evolución*, primer diario de ocho páginas a cinco columnas dirigido por A. Fulle y Pedro Cufré: *Los Debates* de don Nico-

medes Reynal O'Connor, dedicado exclusivamente a remates y edictos.

En estos años los católicos tienen también su publicación. *El Orden* comenzó reposado, doctrinario e informativo. Lo redactaban sacerdotes recién egresados del Seminario de Villa Devoto y tenía su sede en la Curia local.

Desde un principio fue mesurado en sus expresiones, pero cuando comenzó a polemizar, con cierta vehemencia, con sus colegas, fue clausurado por el Obispo Terrero.

La Pura Verdad, Regeneración, La Ley, son otros nombres de este momento.

Don Roque Carvajal funda en 1890 *El Pueblo.* Con sus artículos polémicos Almafuerte hizo popular desde sus columnas su seudónimo. Esta publicación desaparece transitoriamente, pues la volvemos a encontrar en 1905.

En esta segunda época, bajo la orientación de Pedro B. Palacios surge de la unión de dos elementos, de *La Reforma* y El Tribuno. Dice en su nota editorial:

> **Somos un grupo de muchachos que han quedado sin la tribuna desde donde contar a todo el que pasa su verdad. Pero no poseemos más que trastos viejos y un caudal inagotable de entusiasmo. A fuerza de buscar quien pudiera ponerse al frente del plantel, para darle cariz de seriedad a la empresa, damos con un buen señor, agente judicial de sólido prestigio entre las triquiñuelas y el papel de actuación en los tribunales, pero también nos aseguramos el concurso de Almafuerte que nos afirma que donde estemos nosotros también estará él.**

Sale a la calle el 1º de febrero de 1905 a las tres de la tarde, y conquista la opinión en pocas horas. Tuvo como corresponsal literario a Alberto Gerchunoff. Después de numerosas vicisitudes este vespertino desapareció. Y por tercera vez aparece *El Pueblo* en 1909.

En esta tercera época tuvo a Pedro B. Palacios, Almafuerte, como redactor y director. Tenía como propósito la educación política del pueblo. Y sin duda fue popular desde el primer momento. Reaparece con una sección escrita en italiano, y los temas que en ella tra-

ta son muy diversos: *Igiene e malattie del lavoro, il concerto di sabato* en donde anuncia un concierto en el teatro Argentino a beneficio de los "dannegiati de Calabria e Sicilia", *Il cuore platense*, etc. Bajo este último nombre anuncia una velada de caridad, en cuyo programa figuran nombres familiares a nuestros oídos: Almafuerte, que dice el discurso de apertura y el señor Víctor A. Mercante interpretando "Alard (Faust), fantasía para violín".

Hojeando sus páginas encontramos la firma de Manuel Ugarte al pie de un artículo titulado *Conversaciones de expatriados*, en el cual habla de la necesidad de la unidad latinoamericana.

En el Nº 508 de enero de 1909, aparece un artículo de elogio dedicado a Almafuerte. Este artículo es transcripción de otro publicado en *El Municipio* de Chacabuco, donde se anuncia que:

> **La juventud universitaria de La Plata, dispuesta siempre a la realización de altos ideales, acaba de tener una iniciativa digna de ser secundada por todos los centros intelectuales del país en conjunto y por cada hombre de letras separadamente.**
>
> **Se trata de reunir en volúmenes impresos la producción literaria fecunda y sublime del gran bardo argentino Pedro B. Palacios más conocido por el pseudónimo de Almafuerte.**

El Pueblo abordaba temas de arte en una sección especial, de ciencia, educación, etc. y mantenía una sección regular de bibliografía. La colección de *El Pueblo* contiene la mayor parte de la obra poética de Almafuerte.

Estudiantes e intelectuales

Nucleados por el profesor Agustín Lantero se formó un grupo cultural, estudiantil, llamado "La Colonia". Este grupo comenzó por el estudio libre de la ciencia del derecho, estudio que realizaban Lantero, Fermín Schulze, Rogelio Arriaga, Adelina Martínez y Niceto Loizaga. Al poco tiempo el grupo se enriqueció con nuevos miembros que diversificaron y ampliaron

los estudios. Comenzaron, entonces a delinearse las vocaciones y así aparecieron los cultores de la prosa y del verso, y los ensayos sociológicos, filosóficos y literarios. "La Colonia" expande su acción hacia el medio social. Sus trabajos tienen repercusión en la vida intelectual de la ciudad.

La prensa recibió con agrado aquellos ensayos que fueron publicados en *El Mercurio, La Verdad, La Reforma, Buenos Aires* y algunas revistas de Santa Fe y Córdoba. Finalmente "La Colonia" tuvo su órgano propio: *Germinal*. Este periódico fue dirigido por Silvio Ruggieri.

En julio de 1906 se anuncia la inminente publicación de *La Reforma*, diario de la tarde, independiente. Aparece el 9 de dicho mes, coincidiendo con la fiesta patria. Su redactor principal fue José Más y Pi. Componían el cuerpo de redactores: Roberto Bordenave, Poncio Ferrando, Rafael Alberto Arrieta, José M. Laurel y más tarde José Ferraroti, Manuel Trigo Viera y Miguel A. Fulle. Ameghino y Almafuerte fueron frecuentes colaboradores y en toda la colección se observa el aporte de toda la intelectualidad platense al éxito de esa empresa.

El Argentino

Así llegamos a agosto de 1906. Un nuevo diario llega a manos de los lectores de La Plata. Su nombre suena como cosa nueva en el ambiente, sin reminiscencias de otras publicaciones anteriores: *El Argentino*. Aparece en un momento de honda crisis, en que la ciudad vio amenazada su autonomía. En tal circunstancia y como defensor de esa autonomía amenazada nace *El Argentino*.

En el Nº 1 del miércoles 1º de agosto de 1906, en una nota editorial y bajo el rótulo de *Nuestro programa*, dice que *El Argentino*:

> **...emerge de un movimiento popular consciente, para dar a la capital de la Provincia un gobierno propio que sea digno de ella, desligado por completo de las agrupaciones partidistas que invocan en la actualidad re-**

presentaciones populares más o menos efímeras, —sin hacer cuestión de nombres sino de propósitos— perseguirá como objetivo final el engrandecimiento de la Nación dentro de cuyas instituciones libérrimas cabe el desarrollo armónico y progresivo de las provincias que la constituyen y de los Municipios en que éstas se subdividen.

Tomás R. García, Jacob Larrain, Natalio Gil. Pedro Quiroga, Norberto J. Casco, personalidades de larga trayectoria universitaria, política y literaria, fueron los encargados de poner en marcha su mecanismo, y tras el esfuerzo arduo de muchos años, consiguieron abrir una huella honda por la que el órgano, por ellos fundado, siguió marchando hasta la actualidad.

Fue *El Argentino* quien trajo a la ciudad la primera rotativa. de fabricación inglesa y más tarde otra de origen francés, ambas muy modernas. Fue también el primero, que en la ciudad, se compuso totalmente a máquina. En sus páginas se han recordado en más de una oportunidad nombres de prestigio en la ciencia, el arte, las letras. Por ejemplo, a Juan Vucetich, cuya vida "debe ser evocada como un ejemplo del talento y de la perseverancia laboriosa al servicio de un ideal de tanto mérito científico y social como el representado por su sistema dactiloscópico, que está universalmente difundido". A Almafuerte "el poeta que cantó en el dolor de "la chusma" toda la tragedia universal". A Joaquín V. González que "dio a la obra de la nacionalización y reorganización de la alta casa de estudios su gran espíritu que vislumbrara en La Plata el centro presentido de la nueva cultura". A Florentino Ameghino que en el ambiente platense "propicio a los soñadores del arte y de la ciencia, meditó sobre los orígenes del Hombre". Al Dr. Francisco P. Moreno que "dio al Museo de Ciencias Naturales el prestigio de su nombre y sus valiosas colecciones paleontológicas". A Tomás R. García, fundador de *El Argentino*, que "perteneció a esa rala y brillante falange de los que asumen y merecen la posición de conductores espirituales por ley bien entendida de la democracia".

Después de *El Argentino* aparece *El Fígaro*: literario, noticioso y comercial. Sus directores, Manuel Fe-

rreira y Alfredo Cortés, fracasaron en su intento de hacer un diario ágil, chispeante y amable. Algo similar ocurrió con *La Acción* de Enrique Arán.

Publicaciones de otras ciudades también intentaron su transplante a la nueva capital. *El Quilmeño* que vino a La Plata con el nombre de *La República* (boletín de avisos) y *La Justicia*, proveniente de Olavarría, duraron unos meses.

La Provincia fue un órgano doctrinario fundado por un grupo de sacerdotes católicos. Fue dirigido por el presbítero Gambier. Su publicación fue bastante prolongada pues gozaba de prestigio en el ambiente.

Dos nombres más enriquecen la nómina: *Las Noticias* y *El Heraldo*, aunque no se conservan números de ninguno de ellos.

El Censor, diario moderno e impersonal de la mañana, defensor de los intereses generales de la provincia de Buenos Aires, comienza a publicarse el 1º de mayo de 1910. Trae amplia información de toda la República y del exterior, hasta la última hora, comentarios de los sucesos de actualidad y notas gráficas, además secciones dedicadas al teatro y deportes.

En el Nº 1, en la nota editorial dice:

> **Al colocar al frente de esta hoja el título que ostenta, hemos pagado un tributo a la memoria del más genial de los hombres de su época, a Sarmiento, cuyo Censor fue como una proclama de carácter y austeridades en un momento en que se insinuaban tendencias hacia el bizantinismo que llevó al país a la crisis más grande que ha sufrido desde que se consolidara la unidad nacional.**
>
> **Sea esta evocación la fuerza que nos aliente en la tarea que emprendimos, alta la frente y el corazón bien puesto con el noble, elevado y patriótico propósito de cooperar en la tarea del progreso nacional.**

En el mismo número y en su *Saludo a la prensa* declara:

> **La Prensa ha sido factor primordial de civilización en todos los pueblos y en los que como éste crecen con la afluencia de numerosos elementos cosmopolitas, es una de las palancas más eficaces para impul-**

sar su acción amalgamadora de sentimientos e intereses que forma la fuerza de cohesión que constituye la entidad nacional.

En la sección teatro anuncia representaciones en los teatros Olimpo (hoy Coliseo Podestá) y Argentino.

En el Nº 12 del 12 de mayo de 1910, hace la crónica de la inauguración del Colegio Nacional y transcribe el discurso de Joaquín V. González, presidente en esos momentos de la Universidad Nacional de La Plata. Leyendo las páginas del Nº 20, del 20 de mayo de 1910, nos enteramos de la recepción a los delegados al XVII Congreso Internacional de los Americanistas y del discurso del Dr. Joaquín V. González, pronunciado en la ocasión. El 25 de mayo del mismo año transcribe párrafos de Belisario Roldán sobre San Martín.

La Opinión apareció hacia 1915 y casi simultáneamente *La Lealtad, Tribuno, Democracia, Hoy*. En 1917, *Horizontes* de H. Rossoti, Tobías Bonesatti y Travascio, publicó cinco números. La nómina de estos años se integra con otros títulos, como *El Tiempo, La Crónica, Foro y Comercio* de 1919, *Nuevos Rumbos* de 1925. En 1932 *Demócrata Nacional*, órgano del partido político del mismo nombre, dirigido por el doctor Walter Elena. En 1933 *El Momento* y en 1934 *El Nacional*.

Martín Fierro

En ese mismo año un grupo de amigos publicó el periódico *Martín Fierro*, en cuyas pequeñas páginas se rinde homenaje a José Hernández en el año de su centenario. En el Nº 1 se transcribe breve y sustanciosa biografía del poeta narrada por su hermano Rafael. Trae en primera plana la arrogante cabeza de José Hernández, a los treinta y cinco años. Ha sido dibujada por Pascual Gida. Se leen también en este número *El gaucho y la esposa huida* de Olegario Becerra.

En el Nº 2: *La poesía gaucha, un sacerdocio*: carta, del 5 de mayo en 1879, a José Hernández del escritor peruano Ricardo Palma, que dice:

> **Muy señor mío: Hace años que mi difunto y excelente amigo don Juan María Gutiérrez me remitió la primera parte de su bellísimo Martín Fierro, que leí con mucho agrado. Mis poetas predilectos han sido siempre los que como usted hacen gala de sencillez y no andan rebuscando conceptos.**

En el mismo número leemos la opinión de los editores de la octava, décima y undécima edición del poema y estos documentos: *La noche gaucha en la historia nacional*, carta a José Hernández de José Saldías. (16 de noviembre de 1878). *Una humorada de José Hernández*, retratos de frente y de espalda, que constituyen la doble faz de un medallón. *Nosotros, hijos de este país mágico*, carta de Juana M. Gorriti, (5 de abril de 1880). *Su índole, sus vicios y sus virtudes*, carta de José Hernández a su amigo don José Zoilo Miguens, (diciembre de 1872).

El Nº 1 había sido costeado por el Dr. Raúl F. Oyhanarte y el Nº 2 por la Cámara de Diputados de la Provincia, a iniciativa de su presidente Luis María Berro.

En el Nº 3 leemos los siguientes artículos: *El poeta tomaba mate y cantaba cuando escribía*, reportaje a sus familiares. *Versos que una vez leídos se instalan en el recuerdo*, carta a José Hernández de Miguel Cané, (12 de marzo de 1879). *Hernández indicaba el detalle de los dibujos gauchescos*. Este número fue costeado por Alejandro Korn.

El Nº 4 tenía el siguiente contenido: *Habla un pariente del poeta y morador de la chacra Pueyrredón* por Patricio Lynch Pueyrredón. Recordemos que en dicha chacra nació el poeta. *Partida de bautismo* de la parroquia de la Catedral al Norte. La firma Juan J. Giménez. *La gloria de la poesía popular*, artículo de García Velloso aparecido en *El Nacional* de Buenos Aires, el 23 de octubre de 1886. *Los Hernández y los Pueyrredón. Carta del poeta a sus editores.*

El Nº 4 fue costeado por el Dr. Raúl Díaz, vicegobernador de la Provincia.

En el Nº 5 encontramos: *Ochenta estudiantes argentinos exponen las virtudes del gaucho.* "Los alumnos de literatura de las divisiones 1ª y 2ª de 4º año del Colegio Secundario de la Universidad Nacional de La Plata, a cargo del profesor José Gabriel, agrupados por equipos han estudiado bajo distintas fases al inmortal personaje de Hernández". Este número fue costeado por el Colegio Secundario de la Universidad Nacional de La Plata, por resolución de su rector doctor Alfredo D. Calcagno.

En el Nº 6 continúa con la publicación de los trabajos realizados por los alumnos. El Nº 7 costeado por don Juan Francisco Jáuregui, contiene trabajos comprendidos bajo este título: *Señalaremos algunas bellezas poéticas del gran poema gaucho.* En el Nº 8 comenta la primera edición extranjera del poema:

Colección universal| Nros. 878 a 880| José Hernández| Martín Fierro| Poema Argentino| Calpe| Madrid| 1924| Precio 1,50 Pesetas.

Y la primera edición española de la primera parte, en la: Biblioteca Universal| Letras| Ciencias| Artes| Colección| de los| Mejores Autores| Antiguos y Modernos| Nacionales| y Extranjeros| Tomo 175| El *Gaucho Martín Fierro*| por| José Hernández| Prólogo y Notas de Ciro Bayo| Madrid| Perlado, Paez y Compañía| Arenal Núm. 11 Precio, 30 cents., en toda España.

El Nº 8 fue costeado por el Dr. Ricardo Levene, Presidente de la Universidad.

En el Nº 9 comienza a publicar *Vida del Chacho* por José Hernández. La publicación de esta obra continúa en el Nº 10. El número nueve fue costeado por el Dr. Bartolomé Ronco y el número diez por la Biblioteca Popular de Azul (Provincia de Buenos Aires).

No hemos pretendido hacer una exhaustiva hemerografía platense, ya que todas las formas del periodismo han tenido aquí su manifestación. Desde las revistas literarias, musicales, para la mujer o simplemente informativas; los pequeños periódicos en que

los estudiantes decían sus inquietudes y rebeldías, prácticamente inhallables; hasta el periodismo picaresco como *El Pájaro Verde*, que arrastró plumas ilustres a su servicio.

La variedad, el número creciente de las publicaciones y la importancia de las mismas, hicieron reflexionar sobre la necesidad de crear una escuela de periodismo, que formara periodistas conscientes del alto ministerio que desde la prensa periódica ejerce quien cultiva el oficio noblemente.

Como culminación de ese medio siglo tan activo nació la Escuela Argentina de Periodismo, instituto de cultura profesional creado mediante un convenio entre el Círculo de Periodistas de la Provincia de Buenos Aires y la Universidad Nacional de La Plata, celebrado el 16 de mayo de 1935. Esta fundación se hizo con el objeto de impartir conocimientos generales y especiales que capaciten al alumno para las tareas específicamente periodísticas y para la importante función social que al periodista le está reservada.

AURELIA C. GARAT

CRÓNICA E ÍNDICE DE ALGUNAS REVISTAS PLATENSES

Revistas de la ciudad nueva

Los centros urbanos que se forman por una necesidad económica o social, supeditan su desarrollo a esa necesidad; pero las ciudades que nacen, como La Plata, por perentorias razones de Estado, obedecen a una voluntad material y espiritual que condiciona su fuerza expansiva. La diversidad les impone en un principio su fisonomía, aunque en el caso concreto de nuestra ciudad, un orden edilicio preestablecido la va configurando. La vida cultural toma prestados hombres y motivos hasta que las primeras generaciones lugareñas manifiestan una realidad ya auténticamente local.

Con La Plata sucedió un fenómeno curioso: los hombres que vinieron a poblarla, se integraron tan rápidamente con su crecimiento, que fueron al mismo tiempo actores y espectadores del proceso. Es posible imaginar a Juan Mariano Larsen, profesor de griego y latín y poseedor desde 1881 de una pensión del Estado, por las meritorias tareas que durante años desempeñó en la cátedra de la Universidad de Buenos Aires, en sus reiterados paseos por las calles nuevas. Encontraba sin duda la confirmación del progreso incesante de un país que había habitado por más de cincuenta años y que anunciaba con realidades como las de La Plata, nuevas estructuras sociales y culturales. Así lo manifiesta en la viñeta que ilustra la carátula de la *Revista de La Plata*, creada, dirigida y

redactada por el entusiasta catedrático. Dice en el primer número aparecido en julio de 1885. (1)

> **La viñeta que figura en la carátula, es una fiel reproducción tomada en un ángulo de la Plaza de la Legislatura, sorprendida en un momento en que se están construyendo los edificios. Vése a la izquierda la casa de Gobierno, a la derecha la Estación Central del ferrocarril y asoma adentro en el fondo y al centro, la aguda torre de la capilla de San Ponciano, cuyo nombre recuerda la fecha de 19 de noviembre.**

Agrega más adelante:

> **En este momento, julio de 1885, La Plata es una ciudad de 30.000 almas, sin contar la población flotante. Su planta es un damero muy amplio, cuyas comparticiones se van ocupando muy desigualmente. Se puede decir de La Plata lo que se dice de la ciudad federal de Washington, que es la ciudad de las magníficas distancias.**

Largo tiempo cronológico y el otro, no medible, que crece en las simpatías y diferencias de las generaciones sucesivas, ha transcurrido desde entonces. Pero seguramente no dejaría de sonreír el viejo profesor, si pudiera vernos, acosados por las exigencias y problemas de la vida moderna, en estos días en que la ciudad soporta las consecuencias de una sobrecarga del uso de la corriente eléctrica, acudir a los seguros servicios del candil, ya que en aquellos tiempos de 1885, inició su publicación con esta advertencia: "En adelante se empleará un tipo algo más grande, consultando la comodidad de la lectura y en atención a lo general que es el mal alumbrado".

El editor-director-redactor se propuso ofrecer a la población "una obra que sirva de recreo más bien que de otra cosa, un folleto mensual, tratando de lo que mejor me venga a la mano, en un estilo fácil, sin

(1) Nos ha sido posible consultar solamente el Nº 1 y el Nº 9, existentes en la Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata. Sabemos que llegó a publicarse el Nº 24, de julio de 1887, como lo consigna Rafael Alberto Arrieta en **La ciudad del bosque. Viñetas platenses.** La Plata, Biblioteca Humanidades, tomo XVI, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1935.

pretensión, y al alcance de todos". Asegura que "hace falta entre nosotros una publicación de este género, que dejando a un lado la política militante y las cuestiones irritantes o delicadas, se dedique a dar breve razón o un ligero conocimiento de una multitud de cosas interesantes o útiles...".

Sin embargo las noticias locales o nacionales no pasaron en números subsiguientes de aquella viñeta inicial y de algunos comentarios bibliográficos. El carácter misceláneo de la revista obedece a los gustos personales de Larsen, manifestados en traducciones, transcripciones y notas extraídas del material más diverso: *Emigración en Estados Unidos, Biografía de Víctor Hugo, La cuestión bebidas bajo el punto de vista científico, La ciudad de Espalatro en Dalmacia, El ejército de Salvación, El Volapük, lengua comercial universal, El Congo, estado independiente, Argumento del Ramayana,* cuestiones filológicas, educacionales, literarias y hasta una dolorida pero digna defensa personal de las socarronas alusiones al maestro de la clase de griego de la Universidad, escritas por Miguel Cané en los capítulos XVI y XVII de *Juvenilia,* publicada en 1884. No es directamente a ese libro al que se refiere Larsen en su revista, sino a las *Charlas de Café,* de 1885, pero aprovecha la ocasión para mostrar la herida. Después, y vuelto ya a las *Charlas* dice:

> **La lectura de las tales "Charlas" es agradabilísima. Yo las quería leer solamente por descargo de conciencia, puesto que me he constituido en "repórter" de las nuevas obras que aporten a estas playas. ¿Cómo podría entonces dejar de informar sobre un libro escrito en español y por un argentino, cuando pienso dar cuenta de los que vengan en cualquier otro idioma?**

Tuvo entonces La Plata, su primer "repórter" responsable, si bien su erudición permaneció un poco ajena a la realidad que estaba formándose en las calles aún sin sombra que transitaba. Sin embargo, no dejó de prever su crecimiento social y cultural. Pronosticó a corto plazo, la creación de la Universidad. Lamentablemente no sobrevivió hasta 1897, para presenciar la apertura de sus cursos.

En junio de 1889, el senador provincial Rafael Hernández presentó el proyecto de ley para su fundación y en enero de 1890 el gobernador Máximo Paz promulgó la ley. Sólo siete años después comenzó a funcionar. Languideció por falta de alumnos y de recursos hasta su nacionalización en 1906, por iniciativa de Joaquín V. González, quien fue su rector hasta 1918.

Después de la *Revista de La Plata*, cuya periodicidad mensual se mantuvo por más de dos años, (no nos ha sido posible consignar con exactitud la fecha de su desaparición), el movimiento editorial atendió a las preocupaciones profesionales y culturales nacientes. Entre otras aparecieron: *Revista médica de La Plata, Revista del Museo, Revista de Educación, Revista Judicial.*

En la introducción a su libro *La cultura de las ciudades*, Lewis Mumford dice:

> **Debido a la diversidad de sus estructuras temporales, la ciudad, en parte, escapa a la tiranía de un solo presente y a la monotonía de un futuro que consiste en repetir un solo latido oído en el pasado. Mediante una orquestación compleja del tiempo y del espacio, y así mismo mediante la división social del trabajo, la vida en la ciudad adquiere el carácter de una sinfonía; las aptitudes humanas especializadas y los instrumentos especializados producen resultados sonoros de un volumen y una calidad que no podría obtenerse empleando uno solo de ellos. (2)**

La Plata, atendiendo a ese impulso colectivo que reúne progresivamente las necesidades de una población hasta configurarla, pero que naturalmente se manifiesta en la diversidad, se dedica en sus primeros treinta años a solidificar un sueño, a procrear sus propios frutos, a ver crecer sus árboles.

El barrio, agudiza sus características distintivas hasta imponer la división (nunca estricta) de la ciudad en zonas culturales. En 1896 aparece la primera revista del ya viejo barrio de Tolosa: *La Revista To-*

(2) Lewis Mumford. **La cultura de las ciudades.** Traducción de Carlos María Reyles. Buenos Aires, Emecé, 1957. Pág. 12.

losana (lectura amena, quincenal); en 1904: *La voz del comercio de Tolosa,* también quincenal; en 1908: *Nuestra Armada,* revista semanal de Ensenada. A través de los años los distintos barrios tratan de exponer sus inquietudes particulares, aunque siempre a la retaguardia (no sin resquemor) de las expresiones culturales del centro que irradia y determina en primera y última instancia, la fisonomía ciudadana.

La educación, en la población nueva —tierra aún sin cultivo—, reclama ante la urgencia de sus necesidades un campo expansivo cada vez mayor; maestros y estudiantes se dan a la tarea de exponer sus ideas en el claustro, en el aula, en los centros, en publicaciones periódicas.

La Revista de Educación aparece en 1890 dos años después *Sarmiento,* órgano de los intereses del magisterio.

El 1º de abril de 1893, sale por primera vez la *Revista del Colegio Nacional,* fundada por estudiantes del 2º y 3º año. Aparecía tres veces al mes, con la dirección de T. B. Coffin, y en sus cuatro páginas incluía secciones de historia, matemáticas, literatura, noticias y una titulada *Folletín,* como se estilaba en publicaciones de la época, y que reproducía una novela por entregas. Desde el Nº 1 hasta el 12, pudo leerse *Zuma o el descubrimiento de la quina,* novela americana por la Condesa de Genlis, en traducción de A. C. de Larrua, y precedida de apuntes biográficos de la autora, por M. Navarro Viola.

El Centro Universitario publica su revista en 1900.

Las primeras generaciones platenses de editores.

Ya entrado el siglo XX, cuyos acontecimientos han transformado vertiginosamente las fisonomías en apariencia estables de todas las comunidades del mundo, La Plata cuenta con una población en número creciente, reunida por voluntad común dentro de su área intrínseca y que responde a un planeamiento social determinado.

Las relaciones vecinales producen un tipo de revista, denominado genéricamente, con algunas variantes: científica, artística, literaria y social.

Ninguna escapa al apunte local, al chiste dirigido, al comentario mundano, a la crónica del domingo. Y es justamente tal espíritu de corrillo el que no les permite trascender el límite de su zona de residencia.

Algunas pretenden escapar de la estrechez de ese imperativo mundano. El 19 de noviembre de 1902, apareció *Artísticas,* órgano del Centro de Bellas Artes, publicación quincenal cuyo programa de acción alentaba la independencia de todo lo que fuera extraartístico. Sin embargo, las carátulas de los tres números que hemos podido consultar, ostentan dibujos originales de E. Coutaret, con intención de sátira política referida a la realidad nacional.

Artísticas tiene el mérito indudable de haber sido una de las primeras publicaciones de La Plata, ilustrada con originales. Incluso aportó una novedad: los pacientes dibujos realizados a dos páginas por los colaboradores plásticos de la revista, de piezas musicales, pertenecientes a "distinguidos convecinos'.

La revisión de las revistas de La Plata, aparecidas en los primeros años de este siglo, ofrecen al lector platense de 1963, sólo una satisfacción sentimental: el retrato de la abuela en la galería de bellezas, la fotografía de graduación de algún viejo y querido maestro, nombres vivos de muertos olvidados, avisos comerciales que nos enfrentan con la historia menuda de los barrios, malos versos de hombres buenos, y por sobre todo, una irremediable conciencia del cambio.

El lector objetivo, imposibilitado de realizar una valoración aparte del ámbito vecinal, encuentra escasísimo material que aún tenga vigencia. No obstante, su curiosidad puede reconstruir sonriendo, el juego casi completo, sobre aquel "damero" que Juan Mariano Larsen, había visto prácticamente vacío en 1885.

Se asistía a una preocupación edilicia, se paseaba por el bosque los jueves y domingos, se iba al teatro y al cinematógrafo, se lucía desafiante, la boina

blanca o la colorada, se hacía víctimas a ciertos árboles (mal perdurable) de elucubraciones poéticas trasnochadas. Señoritas hubo poseedoras de una hoja de álbum firmada con versos galantes. Los deportes, la ciencia casera, las sociedades de fomento, encontraban cabida en las páginas de publicaciones como la *Revista Social*, semanario de literatura y crónicas, aparecida en mayo de 1906; *Fiat Lux*, revista científica, literaria y social, que inició sus números en enero de 1909; *El Alba*, cuya primera entrega es de setiembre de 1909; *La ciudad*, de abril de 1910, que en sus principios se circunscribió a las cuestiones urbanas, comerciales y municipales.

Junto a la crónica social, el comentario científico, la fotografía de algún político de nota, el artículo histórico, se encuentran páginas de Joaquín V. González, Almafuerte, Ricardo Rojas, José Santos Chocano, Víctor Mercante.

Fiat Lux publicó en el Nº 6, el conocido poema de Manuel Gutiérrez Nájera: *Para entonces* ("quiero morir cuando decline el día..."), pero con una ligera variante. Estaba firmado por Manuel B. Majera. Seguramente fue un error de imprenta...

Casi todas estas revistas cerraban sus secciones con la llamada *Folletín*. Desde el Nº 5, la *Revista Social*, inició la entrega periódica de *Bianchetto*, de Adolfo Saldías, de manera tal que podía recortarse y encuadernarse en forma de libro, y *La Ciudad*, lo hizo con *El coche sangriento* de Máximo Audouin.

La Liga Nacional de Mujeres Librepensadoras, cuya sede central estaba en La Plata, comenzó en mayo de 1910, la publicación de su revista: *La nueva mujer*. De acuerdo con su declaración de principios, reproduce apasionadas defensas de la igualdad de derechos para ambos sexos. Sus autoras son sufragistas, y proclaman la necesidad del divorcio absoluto, atacan violentamente a la Iglesia y a ciertos legisladores, publican versos satíricos y transcriben en castellano en el Nº 18, un fragmento de una defensa de la falda pantalón escrita por Emile Faguet, de la Academia Francesa.

Mucho han cambiado los tiempos. Júzguese por estas noticias extraídas de la sección *Mundanas*, de *El Alba*, de 1909.

> **"Olimpo". En la sala de este elegante coliseo, donde trabaja la compañía de dramas nacionales, dirigida por el primer actor José J. Podestá, está cosechando noche a noche nutridos aplausos, por parte del numeroso público que concurre a estos espectáculos, debiéndose sus triunfos a los esfuerzos de su director, secundado por toda la compañía. Los domingos dá dos funciones, una por la tarde, con reparto de bombones y rifa gratuita y por la noche con cambio completo de programa.**
>
> **Todo el mundo debe acudir al Teatro Olimpo, pues esta Compañía merece que se conozca, como única en su género.**
>
> **En el "Moderno" funciona un cinematógrafo, todas las noches, con películas nuevas y de gran novedad.**
>
> **Se ve todas las noches muy concurrido, principalmente las noches de moda, asistiendo las familias más distinguidas de La Plata, pues cuenta para esas noches, con una buena orquesta de cinco profesores dirigida por el reputado pianista Sr. Irigoyen.**
>
> **Pidió varios días de licencia a la dirección del Colegio Nacional, el joven estudiante Eliseo Roselli, por no encontrarse bien de salud.**

(La transcripción es literal, conservamos la ortografía y sintaxis originales).

Aún dentro de ese carácter de revista literaria y social dirigida específicamente a la sociedad vecinal de La Plata, pero con otro vuelo, más agilidad periodística y mayor esmero en la elección del material, aparece a fines de 1908: *Colosseum*, dirigida por dos entusiastas estudiantes, Carlos Sánchez Viamonte y Fernando Lemmerich Muñoz (el primero participaría años más tarde en publicaciones literarias de envergadura).

Sólo hemos encontrado el Nº 2, del 13 de diciembre. Consta de 54 nutridas páginas con cuentos, prosas, bromas en verso, comentarios sociales con fotografías del corso, los teatros, los paseos.

Mención aparte corresponde a *La Hoja*, publicación del Centro Cervantes de La Plata, aparecida en

setiembre de 1906, con carácter mensual. La dirigía Luis Ricardo Fors, entonces director de la Biblioteca Provincial, y editor de la primera edición americana del Quijote.

Sus colaboradores principales, Rodolfo y Enrique Rivarola, Luis Reyna Almandos, Rodolfo Moreno (h), publican ensayos, poemas, cuentos, apartándose de la preocupación vecinal, comprometidos por temas que trascienden el mero pintoresquismo local. (3)

Revistas universitarias

Durante la década del 10, se asistirá a la solidificación de la Universidad como institución formativa y excluyente de otros valores que no sean los eminentemente culturales. Sin embargo, el movimiento reformista que en 1918, se originó en la Universidad de Córdoba y alcanzó proyección continental, obligó, por su naturaleza compulsiva, a una renovación fecunda de gran dinámica creadora, donde ya se estaban sintiendo las consecuencias paralizantes de cierto estatismo decadente.

Es a partir de entonces que se suceden en el ámbito universitario, las publicaciones periódicas de carácter combativo o simplemente esclarecedor, dando cabida a todos los temas que conciernen al hombre como ente social.

Ya en años anteriores los centros de estudiantes de las distintas facultades habían comenzado a publicar revistas, periódicos y boletines referidos a su actividad específica, con la colaboración de profesores y alumnos. Entre otras: Revista del Centro de estudiantes de Derecho (1909); Revista del Centro de Estudiantes de Agronomía y Veterinaria (1909); Revista del Centro de Estudiantes de Química y Farmacia (1912);

(3) En el Nº 2 se reproduce una carta de Ricardo Palma, fechada el 12 de julio de 1906, y dirigida a Fors, que contiene una historia suscinta de la Biblioteca de Lima, datos sobre bibliografía de Cervantes y una nómina de las ediciones del Quijote que la Biblioteca poseía entonces.

Revista del Centro de Estudiantes del Colegio Nacional (1915); Revista del Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias de la Educación (1915); Revista del Centro de Estudiantes de Ingeniería (1916).

Y en cuanto a la iniciativa de los maestros, en junio de 1916, se inició *Actividad*, revista mensual de Ciencias, Artes y Actualidades, con temas de educación, literatura, psicología, edificación escolar, paidología, música, ciencias naturales. Colaboraban profesores de la Universidad en su mayor parte los vinculados a la Facultad de Ciencias de la Educación: Leopoldo Herrera, Enrique Herrero Ducloux, Alejandro Botto, Arturo Marasso Rocca, Antonio Restanio, Alfredo Calcagno, Juan Chiabra, Víctor Mercante, P. Guglianone, Moisés Kantor y otros.

Por otra parte, la ciudad no abandona en su zona vecinal las publicaciones que atañen a su realidad inmediata.

Además, los acontecimientos mundiales que tuvieron su eje dramático en la conflagración europea del 14, amplían el campo de visión estrictamente local y nacional, haciéndose carne el concepto de hombre-habitante del mundo, acuciado por imperativos que no reconocen fronteras geográficas ni culturales. Varias de nuestras revistas se refieren en artículos de fondo a la larga lucha. La devastación moral y material, el trastrueque de valores, la pérdida de la conciencia estabilizadora, son males inevitables en los años de guerra. Argentina los vive sólo pálidamente, pero recibe a los agotados participantes del gran drama en su tierra abierta al trabajo y al crecimiento.

Esto traerá como consecuencia la configuración cada vez más cosmopolita de sus principales centros urbanos, y la desestimación progresiva de las minucias locales, sin que esto implique naturalmente indiferencia por los urgentes problemas nacionales.

La Plata, aunque nació por obra de una política descentralizadora, está muy cerca de Buenos Aires, y respira casi su mismo aire. Se consolida sólo en dos facetas que con los años la tipificarán: la burocrática y la universitaria. Entre las dos fluctúa una especie

de provincialismo comunal que cuenta por cierto, con hombres de progresistas iniciativas.

Estas tres facetas contribuyen con sus materiales diversos, debilitados o enriquecidos por variantes de época, a la contextura ciudadana que se manifiesta a diario en el movimiento cultural. Las publicaciones periódicas son un fiel reflejo de ese movimiento.

En los años del 20, es la Universidad la que da sus mejores frutos.

Ya en 1918 se produce un acontecimiento importante: la aparición de la revista *Atenea* (letras-artes-filosofía), editada por la Asociación de ex alumnos del Colegio Nacional de La Plata, fundada en julio de 1915, que pretendía según declaración impresa en la contratapa posterior de cada uno de los números de la revista:

> **...reunir en una vasta comunidad a las generaciones egresadas de ese establecimiento de enseñanza desde el año 1885, fecha de su fundación. Son sus fines, según rezan los estatutos, contribuir a la vinculación y desarrollo de la afectividad entre sus miembros, propender a la formación del carácter y al mejoramiento moral e intelectual de sus asociados y extender su obra de cultura fuera de la misma.**

Con mayor proyección aún, *Atenea* se constituye en órgano principal cumplidor de estos propósitos y con la valiosa dirección de Rafael Alberto Arrieta, que en 1920 se incorporaría a la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación como profesor de Literatura Europea, cumple en sus doce números, un programa cultural de gran alcance, contando con la colaboración de escritores consagrados y otros aún desconocidos pero que se consolidaron con el tiempo en nuestras letras.

Se intentaba con esta publicación "reflejar el alma de la joven ciudad universitaria, recogiendo el pensamiento y la emoción de los estudiosos y los soñadores".

Lejos estuvo sin embargo del convencionalismo comunal. Bien se lo dejó expresado en el primer número:

Pero no es un órgano estrechamente local, y proponiéndose esparcir la semilla más allá de nuestros horizontes, abre las fronteras, de consuno, a los gérmenes exteriores. Quisiera robustecer, con su esfuerzo entusiasta los vínculos entre los obreros espirituales de la Argentina y las repúblicas hermanas. Pretende llegar a ser tribuna de tales ideas, ofreciéndose a todas, sin limitación dogmática, siempre que lleguen vestidas con galanura y decoro.

Su nutrido material: cuentos, poemas, traducciones, estudios literarios y filosóficos, comentarios bibliográficos, artísticos y de la vida universitaria se vio significativamente enriquecido en dos números: el 4-5 y el 9. En el primero se da a conocer por vez primera en castellano la traducción de los poemas de Kabir que el poeta hindú Rabindranath Tagore había vertido al inglés de su original bengalí.

La versión a nuestra lengua la había realizado en su retiro de Samay Huasi para "solaz de su espíritu y homenaje a su más alto Ideal", el Dr. Joaquín V. González.

La larga introducción que sitúa en época y sustancia a los dos poetas indios, Kabir y Tagore, está fechada por González en agosto de 1918; en setiembre salía *Atenea*, reuniendo dos números en esta importante publicación. Se sumaba así al homenaje que recientemente habían tributado la Federación Universitaria y la ciudad entera al primer rector de la Universidad Nacional de La Plata.

En cuanto al Nº 9 de *Atenea*, tuvo carácter de homenaje a la memoria de Amado Nervo, muerto en mayo de 1919. Reprodujo páginas documentales del poeta mexicano, una selección de sus poemas y prosas, tres retratos debidos a Rubén Darío, Luis Urbina y Alfonso Reyes, y trabajos especiales para ese número de Ezequiel Martínez Estrada, Alfonsina Storni, Moisés Kantor, E. Herrero Ducloux y otros.

Sin duda, *Atenea* cumplió con amplitud sus propósitos de hermandad americana y de libertad para borrar cualquier frontera de dogmatismo intelectual.

Un paso más dentro de la vigorosa corriente renovadora iniciada con la Reforma de 1918, lo da el

grupo de estudiantes llamado precisamente *Renovación*. Ése fue el nombre del periódico semanal de la Federación Universitaria y de la primera Agrupación Teatral Estudiantil de La Plata, que en 1922 representara *La cueva de Salamanca* de Cervantes y *La Posadera* de Goldoni, y que luego en 1926 iniciara una tarea teatral de mayor alcance con el Teatro de Arte Renovación. Este conjunto inició sus representaciones con *Santa Juana* de Bernard Shaw.

El grupo realiza además una intensa labor de extensión universitaria y publica desde setiembre de 1923 hasta mayo de 1928, la revista *Valoraciones* (revista bimestral de humanidades, crítica y polémica), bajo la dirección de Carlos Américo Amaya.

No tuvo sin embargo carácter exclusivamente combativo. Se dedicó a la mostración que podemos llamar brillante de valores, a través de estudios literarios, filosóficos, científicos. Fatigosa resultaría la reproducción de la lista completa de sus autores, que en madura actividad creadora y explayados en su propio campo de interés, honraron esta publicación.

Alejandro Korn, Carlos Sánchez Viamonte, Romain Rolland, Pedro Henríquez Ureña, Jorge Luis Borges, Enrique González Martínez y muchos otros colaboraron en sus doce números.

Los comentarios bibliográficos son de una calidad y solidez lamentablemente olvidadas por el apresurado periodismo de nuestros días. No faltan las referencias a la obra plástica de artistas como Emilio Petorutti o Pablo Curatela Manes, y la revista cuenta además con la colaboración gráfica de dibujantes y pintores (entre otros: Juan del Prete, Atilio Boveri, Norah Borges, Pedro Figari, Guillermo Korn).

En el Nº 10 de agosto de 1926, apareció una interesante y curiosa selección de dibujos realizados por escritores entonces de vanguardia, bajo el nombre de Primer Salón de Escritores. Oliverio Girondo, Filippo T. Marinetti, Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea, Ricardo Güiraldes y algunos más "muestran" sus dibujos a lápiz o a color.

Mucho aún podría mencionarse del rico material de *Valoraciones*, que desgraciadamente corre la misma suerte de todas las publicaciones de esta índole; duermen bajo el polvo de los altillos o con mayor fortuna permanecen olvidadas en los anaqueles más altos de las bibliotecas. Pero trataremos de completar su apreciación transcribiendo un juicio del crítico uruguayo Alberto Zum Felde, publicado en *El Día* de Montevideo, en julio de 1924 y que se reproduce en el Nº 5 de la revista. Creemos que define cabalmente al grupo y a su publicación:

> **El grupo estudiantil que ha adoptado el lema Renovación hace honor a ese lema, pues en su revista refleja un intenso movimiento de renovación intelectual, tal como cumple a una generación que llega a la vida en la plenitud de sus energías fecundas y teniendo ante sí el imperativo de una revisación de todos los valores ideológicos que constituyen la herencia magna de la época que nos ha precedido.**
>
> **El grupo de estudiantes que edita "Valoraciones", afronta todos los espinosos problemas intelectuales de esta nueva época iniciada después de la guerra, con plena conciencia de su fundamentalidad y con registro atento de los movimientos que se operan en la sensibilidad y la conciencia contemporáneas.**
>
> **De manera que su revista no es una mera repetición de los viejos motivos académicos y universitarios, glosados con más o menos galanura de prosa, sino eso otro que acabamos de decir: un registro crítico del movimiento de revisión y por tanto de renovación, que en el mundo del pensamiento occidental se viene acusando desde hace algún tiempo.**
>
> **"Valoraciones" no es por lo tanto, lo que se conoce corrientemente por una revista universitaria, de ideas hechas, valores oficializados y citas de los textos, sino un campo avanzado de nuevas exploraciones y nuevas valoraciones críticas. Le está bien el título de "Valoraciones" a la revista, como le está bien el de "Renovación", al grupo.**

Hemos reproducido lo que antecede a riesgo de excedernos en la cita porque en cierto modo, lo que allí se expresa puede aplicarse a todos los grupos universitarios de entonces.

A pesar de las contradicciones o cambios propios de la fogosidad juvenil, la coherencia del impulso re-

novador, los ubica en la misma tendencia de crecimiento de la cual también participan los maestros.

"Consagrar la cultura a la vida y no la vida a la cultura", se lee en la página editorial que inicia el primer número de *Sagitario,* revista de humanidades, dirigida por Carlos A. Amaya, Julio V. González y Carlos Sánchez Viamonte.

> **Venimos a liquidar el pasado y sólo conseguiremos echar al olvido nuestra ingrata tarea de sepultureros, si nos sentimos portadores de los gérmenes de la vida y revientan en nuestros labios cantos de esperanza y optimismo.**

Estudios sociológicos, literarios, filosóficos, históricos, artísticos, políticos, educativos, nutren los doce números de *Sagitario,* desde mayo de 1925 a diciembre de 1927. Comentarios bibliográficos y universitarios, cartas de Haya de la Torre, Vasconcelos y Alfredo Palacios, en las que se esclarece la posición de la vanguardia socialista de América, valiosas ilustraciones gráficas, ubican esta publicación entre las más importantes de la intensa década del 20.

También en mayo de 1925, apareció *Estudiantina,* revista de letras, crítica y arte publicada por estudiantes del Colegio Nacional de La Plata, y dirigida por Juan Manuel Villarreal. Igual espíritu de rebelde dinamismo la inspira. En sus números 5 y 6 de febrero de 1927, realiza un homenaje a Romain Rolland.

Y el mismo Juan Manuel Villarreal, actual director de la Biblioteca Pública de la Universidad, que ha continuado desde entonces ininterrumpidamente su trayectoria de escritor, dirige los dos primeros números de *Don Segundo Sombra,* revista de letras, crítica y arte, publicación del Centro de Estudiantes de Humanidades.

En el tercer número se hace cargo de la dirección Aníbal Sánchez Reulet.

Don Segundo Sombra apareció entre setiembre de 1928 y setiembre de 1929, sólo en estas tres entregas.

El nombre del ya famoso personaje de Güiraldes, anuncia el contenido de creación joven en nuestras letras. Profesores y alumnos colaboran con poemas, cuentos, teatro, reflexiones filosóficas, traducciones, temas de ensayo, notas bibliográficas y comentarios de la vida universitaria.

Ezequiel Martínez Estrada, Francisco Luis Bernárdez, Leopoldo Hurtado, Alfonso Reyes y otros le confían sus originales. El cuidado y presentación se debe a los dibujantes y pintores Julio Salazar, Raquel Forner, Ben Said, Guillermo Korn y Adolfo Travascio.

En el Boletín del Centro de Estudiantes de Ciencias de la Educación de 1920, había aparecido un juicio detractor y condenatorio del maestro Ricardo Rojas, guiado sin duda por la natural precipitación de la juventud que venía a "enterrar" a las generaciones anteriores.

En el Nº 1 *Don Segundo Sombra*, Luis Aznar, delegado del Centro de Humanidades a la Federación Universitaria, publica bajo el título "La juventud Universitaria y Ricardo Rojas", a manera de desagravio, cinco páginas, de las que hemos escogido las palabras siguientes:

> **Hace 8 años, la entidad que represento y Ricardo Rojas, estuvieron frente a frente. Eran horas de afirmación y por lo tanto de exclusión. Ambos perseguían el mismo propósito por caminos diferentes. Eran dos psicologías distintas, dos modalidades que no coincidían, pero no dos ideologías antagónicas.**
>
> **El conflicto entre la nueva generación y la generación madre, adquirió en la Universidad de La Plata caracteres trágicos. Pero de él surgió la verdad, y hoy, en calma el corazón y con las ideas ordenadas, a vuelta de muchas rectificaciones y no pocas renuncias, los antiguos y circunstanciales adversarios se contemplan empeñados en la misma tarea: la de dar contenido a la vida nacional.**
>
> **El encuentro ha sido tan dramático como la ruptura. Con un poco de asombro y con profunda satisfacción, Rojas y los universitarios platenses se encontraron un día con el hombro aplicado al mismo obstáculo. No hubo ni grandes gestos ni palabras enormes. La mano del maestro y la de la juventud, se encontraron sin premeditarlo, naturalmente, en el instante de realizar el esfuerzo común. Y la alianza quedó hecha desde ese mismo instante y para siempre.**

Esta posición equilibrada denuncia la madurez del impulso, la concreción de una vida cultural universitaria sin quebraduras ajenas a su índole.

Pero no deja de resultar significativo que sea justamente al filo del año 30, cuando *Don Segundo Sombra,* nos da su corta vida.

Revistas de vida efímera

Pronto cumpliría la ciudad cincuenta años. Años decisivos y definitivamente estructuradores de la vida nacional.

Las luchas políticas, económicas y sociales, aunque alcanzaron situaciones angustiosas, no entorpecieron esa acuciante necesidad de "ser" del argentino.

No es extraño que en esta actualidad desasida de representaciones concretas en la que hoy nos debatimos, nuestros ensayistas, novelistas, cuentistas y hasta cineastas, busquen en aquellos años de "alrededor del 30", una simbología que auténticamente nos manifieste.

Crecíamos entonces, popular y culturalmente.

El año 30 estará marcado por una revolución, que a su vez marcará la década. Las dos siguientes lo estarán por otras tantas.

Revolución —convulsión— compulsión, caracteres regresivos o expansivos según la índole del movimiento, producen cambios profundos en la vida cultural, que toma dos direcciones posibles: la acción conjunta de grupos coherentes o la tarea obligadamente individual.

Las publicaciones periódicas reflejan este estado de cosas, aún cuando su contenido sea específicamente literario o artístico.

Un ambiente sin situaciones sociales y culturales estables (incluso las de carácter combativo) incide en la vida, periodicidad y alcance de esas publicaciones; el desánimo o la indiferencia de un clima social agitado o coaccionado, enmudecen sus intentos, pues necesitan convertirse en alimento seguro para subsistir.

Cuando comenzamos esta crónica, nuestro propósito era ocuparnos exclusivamente de las revistas literarias de vida efímera, es decir, de las que en La Plata, no alcanzaron una entrega mayor de cinco números, pero lo ampliamos, al encontrar que debíamos empezar sólo después de 1930. Tal vez, aunque un poco fatigosa, la revisión anterior, que nos pareció necesaria, explique las razones.

Las fluctuaciones sociales, de repercusión directa en el ámbito cultural de la comunidad, nos lleva a reconocer desde entonces: dispersión en la labor de grupos, publicaciones esporádicas en el área vecinal, aquietamiento en la extensión universitaria.

Sin embargo, desde 1936 a 1943 aproximadamente encontramos en La Plata, revistas surgidas dentro o fuera de la Universidad, que muestran el aporte vigoroso de una nueva generación: la que tuvo maestros, y va a constituirse hasta hoy en árbol sustentador de nuestra cultura, no sólo local sino también nacional.

Bien sabemos que no todos los frutos de un árbol son provechosos, y a veces hay que lamentar la pérdida de muchos, pero lo que interesa es la raíz y la savia que los alimenta.

Desde setiembre de 1936 a mayo de 1939, se publicaron los quince números de *Fábula,* cuadernos de literatura y arte, con la dirección de Marcos Fingerit. Por ellos (junto con los *Cuadernos del Pez Volador, Recados de Fábula y Cuadernos del Rabdomante* que publicó el mismo grupo editor), se conocieron poemas, prosas, fragmentos de escritores nacionales y extranjeros de última hora: Adolfo Bioy Casares, Camilo José Cela, Juan G. Ferreyra Basso, Tulio Carella, Arturo Horacio Ghida y otros. Traducciones de poemas de Mallarmé, Rimbaud, Rilke y en cada número, fuera de texto, dibujos y grabados de plásticos de vanguardia, muestran la orientación renovadora y a la vez intimista de *Fábula.*

En la misma línea se encuentra *Hopocampo,* hojas de poesía y arte, dirigidas por Arturo Cambours

Ocampo, Marcos Fingerit y Vicente Barbieri, aparecidas en 1939.

Desde abril de 1940 y en pleno desarrollo de una conciencia cabalmente humanista, los estudiantes de Humanidades publican la revista *Renacimiento*. Sólo reúnen tres números, pero bastan para nuclear nombres que en años posteriores, a través de viscisitudes hostiles a la labor intelectual, mantuvieron en sincera y auténtica tarea silenciosa, lo más firme de nuestras conquistas culturales.

Dirigían *Renacimiento*: Alfredo Galletti, Julio Painceira y Carlos Ringuelet. Juan José Manauta era secretario de redacción.

La primera página de cada número, la tienen los maestros; en el primero, Arturo Marasso, enuncia en cierto modo, el programa de la revista:

> **El Renacimiento significa madurez, examen, plenitud juvenil, exaltación, multiplicidad; significa amor al maestro y revisión de su obra. No se renace de las cenizas, se renace de las raíces.**
>
> . . . .
>
> **Renacer significa conocer. En cada nuevo conocimiento se nace y se renace. Renacer significa lograr la riqueza adquirida en los siglos para sentir en nosotros el latido total de la humanidad.**

En el segundo número se reproduce el texto completo de la conferencia "Origen y sentido del concepto de la cultura humanista", pronunciada por el profesor Rodolfo Mondolfo, en la Universidad de Córdoba, al inaugurarse el Instituto de Humanidades.

Y es el poeta Rafael Alberto Arrieta quien abre el último número, con un elogio epigramático de:

"...El Soneto, embajador itálico del Renacimiento ante las cortes literarias de Europa...".

El material de la revista cuenta con serios estudios sobre hombres y temas del Renacimiento, del Romanticismo, del Modernismo, firmados por Alfredo Galletti, Alejandro Arias, Emilio Estiú, Angel Osvaldo Nessi, Delia Etcheverry, Raquel Sajón y otros. Versiones de Catulo y Horacio por Carlos Ringuelet, Ana María Baccini y Carlos Disandro; poemas, reflexiones, tra-

ducciones, una sección Clásicos Olvidados, y notas bibliográficas, lo completan.

Renacimiento publicó además las colecciones *Caracol* (poesía) a cargo de Angel Osvaldo Nessi y Juan José Manauta y *La Reja* (ensayos) a cargo de Carlos Ringuelet, con ilustraciones de Mané Bernardo. En su obra de extensión organizó conciertos y conferencias.

Signo y símbolo de una plenitud humanista y social conseguida al reunir lo intransferible del pasado y el impulso renovador del presente, se muestran en *Libertad Creadora,* revista trimestral publicada por los Amigos de Alejandro Korn, bajo la advocación de sus palabras:

"Y, puesto que argentino y libre son sinónimos, elevemos la triple invocación de nuestro himno al concepto de la Libertad Creadora".

Salieron solamente dos números en 1943, de esta copiosísima publicación.

Constituían el grupo editor: Enrique Anderson Imbert, Luis Aznar, Angel P. Ferrando, Adolfo Korn Villafañe, María Inés Korn Villafañe, Guillermo Korn, Arnaldo Orfila Reynal, Julio C. Ratti, Aníbal Sánchez Reulet, Carlos Sánchez Viamonte, María de Villarino, Antonio Zamora, Héctor Zanetti.

Guillermo Korn dirigía la revista, Angel P. Ferrando fue su administrador y el comité de colaboración estaba a cargo de Mario Bravo, Pedro Henríquez Ureña, Ezequiel Martínez Estrada, Francisco Romero y Alfredo Palacios.

Catorce secciones con fotografías, dibujos y viñetas reúnen temas sociales, históricos, políticos, de plástica, cine, teatro, poemas, prosas. Reproducimos sus nombres: Santo y seña, Pirámide de Mayo, Mitología argentina, Las semanas del jardín, El sonido y la intención, El roble y la verbena, Hay mucho que ver, Madrid, Castillo famoso, Vidrios estrellados, Correo de Caribé, Trampolín, Titirimundo y El dedo en la tecla.

Pero, quienes como Guillermo Korn creían "en la presencia y la conciencia del pueblo argentino" y reclamaban para la Argentina un puesto en el concierto mundial de las naciones democráticas, libre de jue-

gos ambiguos y maquiavélicos, en segura línea de "libertad creadora", se vieron obligados pocos años después al mutismo y el exilio.

La corta vida de aquella importante publicación muestra claramente una constante en el clima cultural de años venideros.

En la Universidad, al crearse en 1942, la Comisión de Graduados, presidida por el Ingeniero Gabriel C. del Mazo, se inicia la publicación de la *Revista de Problemas Argentinos y Americanos.* Alcanza dos números, con la colaboración entre otros de Alfredo Palacios, Gabriel del Mazo, Juan Mantovani, Guillermo Watson, Andrés Ringuelet, Juan Sábato.

En la *Revista de Problemas Argentinos y Americanos,* reconocemos la semilla de la Revista de la Universidad, que alcanza ya el número 17 desde 1957, año de su aparición, dirigida por el Dr. Noel H. Sbarra.

Varios grupos de escritores de La Plata, realizaron publicaciones no por efímeras, menos valiosas.

En 1941 Julio C. Avanza, José Guillermo Corti, Alejandro Denis-Krause y Alejandro de Isusi, publican cuatro números de *Teseo,* hojas de letras y arte, bajo los cuidados de Marcos Fingerit. Le sirve de epígrafe una línea de André Fraigneau: "El Minotauro y Teseo avanzando en una selva de sombras y de rayos".

Clásicos y contemporáneos, en traducciones y originales, nuestros poetas y notas sobre libros argentinos se ven reunidos en cuidadosa selección que continúa la línea de *Fábula* e *Hipocampo.*

En 1943, Arturo Cambours Ocampo dirige los Cuadernos que titula *Poética.* Aparecieron dos: uno dedicado a Juan Ramón Jiménez y otro a Paul Valery.

En la primavera de 1944, nos da su único número *Coro,* señal de poesía, índice y crítica. En hoja suelta leemos su mensaje que firman Carlos H. Albarracín Sarmiento, Ernesto José Castrillón, Gustavo A. García Saraví, Hugo Enrique Mendióroz, Germán Quiroga y Rolando Venturini. Extraemos:

> Coro **es un índice de poetas jóvenes. No pretende indicar tal o cual rumbo ni sentar determinado principio estético. Si algo hay que no admite moldes ni**

limitaciones conceptuales es la poesía. Cree no ser una voz más porque en La Plata no han abundado las manifestaciones serias de la lírica. Entiende que su misión es trabajar plena y cabalmente, sino con carácter definitivo con cierto contenido vital, que alimente raíces humanas y a la vez profundas, las que por serlo del hombre deberán llevar impresos su fervor y su desvelo.

La juventud no puede permanecer ajena a lo que conforme su identidad geográfica y su ser intelectual.

No corresponde a esta crónica-índice, el análisis detenido de las corrientes estéticas que informan a los escritores de La Plata, pero no puede dejar de reconocerse la marcada influencia de la poesía francesa desde Baudelaire y de la española desde Juan Ramón Jiménez.

En 1950, algunos integrantes del grupo de *Coro*, a los que se agregan jóvenes escritores, cuya valiosa tarea creadora los ubica hoy en los puestos más sólidos de la intelectualidad platense, reaparecen con *Cuaderno de La Costa*, editado por Alfredo Ves Losada.

Juan Carlos Ghiano, Emma de Cartosio, Jorge Viñals Blake, Mario Albano, Héctor Eduardo Ciocchini, Simone Garma, Jorge Bogliano, Eduardo J. Jonquiéres, Osvaldo Horacio Dondo, Rodolfo Walsh y otros publican poemas, cuentos, ensayos.

Narciso Pousa traduce a Georg Trakl, William Blake, Atilio Dabini y Alain Fournier.

Alejandro Denis-Krause presta una valiosa colaboración gráfica en el primer número.

En la actualidad, la generación que tiene 20 años en el 60, se manifiesta en balbuceos indeterminados, producto evidente del desconcierto, de la falta de asidero, de guías seguros y a veces lamentablemente de la indiferencia y el desinterés.

Algunas líneas de Pedro Barcia y de Amelia Urrutibeheity, encontramos en *Cencerro*, cuyos cuatro números publicados en 1960-61, por estudiantes de Letras, no muestran aún una orientación firme, ni siquiera en el campo individual.

La publicación mural del Grupo de los Elefantes, que en 1961 cubrió muchas paredes de La Plata, nos

hace esperar el período de madurez creadora de estos jóvenes exageradamente desesperados (lejos estamos de considerarlos inauténticos) que inician valientemente su producción.

Es que los años de obligado silencio fueron muchos.

Una comunidad no puede resurgir culturalmente por medio de deshilvanados y esporádicos intentos condenados a un submundo, que por la tergiversación de los verdaderos principios sociales, debe permanecer oculto.

Ahora, trabajosamente, se está tratando no sólo en la ciudad, sino en Argentina toda, de recuperar el signo de Libertad Creadora. No han cesado las hostilidades; los acontecimientos del mundo entero nos sobrecogen y acucian, pero cabe esperar que en años próximos, logremos por fin aunar nuestros propósitos en la configuración definitiva del ser argentino.

En La Plata, nos queda un vínculo material de crecimiento que es una de sus características y al que nadie es indiferente: los árboles.

En 1885, Juan Mariano Larsen se quejaba por la falta de sombra. En 1941, la revista *Renacimiento,* publica una página de la Municipalidad que se encabeza así: "En las calles de La Plata existen más de 31.000 árboles".

Hace poco hemos asistido a la protesta de la población entera por la tala despiadada en dos avenidas céntricas.

Crecemos, sufrimos, nos alegramos, poetizamos con los árboles. Tal vez ellos sean el símbolo de nuestro resurgimiento.

ELBA ETHEL ALCARAZ

BOHEMIA LITERARIA PLATENSE

Bohemia y literatos bohemios

La Plata, como otras capitales del mundo que albergan intelectuales, idealistas, poetas, periodistas, pintores, también ha contado, en sus breves años de existencia, con algunos representantes de esa forma de vida que se ha dado en llamar "bohemia".

En estas páginas nos proponemos evocarlos; pero, a modo de antecedente, conviene sentar algunas consideraciones previas acerca del origen del término, de las figuras más características, de las obras en que aparecen típicos bohemios y de las diversas maneras o aspectos bajo los cuales se manifiesta, según los lugares, las épocas, las agrupaciones o las condiciones sociales de quienes forman parte de ella, de acuerdo con las circunstancias y el comportamiento de cada uno.

¿Sería aventurado afirmar que en la palabra "bohemio" se insinúan concomitancias entre determinados habitantes de Bohemia, región de Checoeslovaquia, y los que llevan el género de vida así denominado? Si analizamos algunos detalles de ciertos grupos de ese lugar encontraremos que de allí, por ejemplo, proceden algunas tribus de gitanos, seres errantes cuyas costumbres y medios de subsistencia pueden tener alguna afinidad con los de quienes también viven al día, sólo porque prefieren cantar y soñar antes que trabajar en tareas que no satisfacen al espíritu.

Por analogía con la vida de los gitanos, es probable que se haya designado con ese nombre a quienes, como ellos, llevaban una existencia despreocupada de futuro, a los que no poseían más que cuanto podían transportar consigo, a los que carecían de ca-

sa propia o lugar fijo donde vivir, a los que no tenían urgencias materiales, a los que reían, bebían y cantaban sin pensar en el mañana, pero unidos entre ellos por los ideales de raza, de sentimientos y de belleza. Así, los bohemios de las artes y las letras también cruzaban por el mundo, por las calles de las más grandes y ricas capitales, sin importarles el lujo, la comodidad, la riqueza, el bienestar, la figuración o cualquier otra clase de conquistas materiales, sino, únicamente, la armonía, la amistad, la alegría y la unión espiritual por la creación y la hermandad de los compañeros que integraban el círculo de los bohemios. La pobreza, la necesidad o el fracaso momentáneo no eran factores de peso para ellos, sino, a menudo, motivos de inspiración. Despreocupados y, a veces, desprejuiciados en todo cuanto coarta al hombre corriente, vivieron una vida marginal casi siempre incomprendida, motejados a menudo de "inútiles, ociosos, parásitos".

Pero no hay que olvidar que tales motes tienen un punto de partida en la sociedad francesa mercantilizada por los comerciantes enriquecidos con las guerras napoleónicas. Alfredo de Vigny se dolía de que en aquella sociedad el artista no ocupara su verdadero lugar y Gerardo de Nerval sufrió dura prisión por haber gritado: "¡Mueran los burgueses! ¡Viva la Bohemia!".

También entraña una actitud rebelde el aislamiento de los bohemios para no prostituir el arte, actitud que deriva hacia el "arte por el arte", a lo Gautier, y cuyos matices van desde los "escándalos" baudelerianos hasta el dejarse morir de inanición de muchos ignorados seudoartistas.

La bohemia literaria asume, con frecuencia, la apariencia de muchos de esos caracteres, pero agrega otros especiales según el poeta que forma parte de ella, el ambiente, la época o el grupo al cual pertenece. Unas veces la bohemia es bulliciosa, otras triste, callada, melancólica; en algunos se realiza por medio de cenáculos y capillas, con manifiestos comunes, en

otros se expresa desde la soledad o bien a través del alcohol, de la noche o de la página escrita.

También asoma en la estudiantina, en las pensiones baratas donde, entre el conjunto de jóvenes que llega a las ciudades universitarias, algunos demoran los exámenes o desvían su propósito abandonando, ya sea definitiva o transitoriamente los estudios, para rondar la poesía, las tertulias bulliciosas donde se barajan temas de actualidad o se esbozan utópicos proyectos estéticos, literarios o filosóficos. Estas reuniones radican en una pieza de estudiante, el café, un club y, a veces, la plaza pública o una esquina.

Literatura bohemia

Una de las más divulgadas entre las obras literarias referentes al tema es, sin duda, *Escenas de la vida bohemia* de Enrique Murger, cuyo primer capítulo se titula "De cómo se instituyó el cenáculo de la bohemia", la "fraternal asociación", según los términos del autor. En esta novela el escritor francés logra trazar un romántico cuadro de las costumbres y aventuras propias de una despreocupada juventud bohemia, así como también de sus afanes, tristezas, fiestas, amores, creaciones y triunfos. La obra tiene el valor de haber fijado definitivamente las características de la bohemia; por otra parte, en su tiempo, y aún después, fue capaz de inspirar otras expresiones artísticas con el mismo asunto, hasta transformarlo en una especie de lugar común en el orden de la creación y en un capítulo importante de la moderna psicosociología literaria. Ya el propio Murger dio una caracterización algo irónica de los grupos bohemios en estas líneas:

> **Hemos conocido hace tiempo una pequeña escuela compuesta por estos tipos tan extraños que apenas se puede creer en su existencia; se llamaban a sí mismos discípulos de "el arte por el arte". Según estos ingenuos el "arte por el arte" consistía en divinizarse entre ellos, a no ayudar en nada a la casualidad que desconocía su domicilio y a esperar que los pedestales vinieran solos a colocarse bajo sus plantas..**

Las obras inspiradas en este tema se suceden desde entonces hasta nuestros días. Las letras argentinas

no permanecen ajenas a él, pues registran poesías, cuentos, novelas que incluyen escenas o tienen como motivación principal la vida bohemia; así la obra de Manuel Gálvez *El mal metafísico,* que pinta una época brillante y rica en expresiones intelectuales, de la bohemia porteña, razón por la cual, además de creación artística, el libro es también reflejo verdadero del ambiente en un período bien definido de nuestra Historia.

Al aspecto mencionado, agregaremos ahora las resonancias o influencias que ella opera en ciertos espíritus predispuestos hacia esta forma de vida.

En algunos casos la bohemia ejerce una función estimulante de inquietudes y vocaciones artísticas; en otros, los de los débiles quizá, actúa como factor desordenador, inclinando a los escritores, poetas, músicos, pintores y filósofos a una perniciosa abulia o a vicios nefastos, como el alcohol, que embotan la mentalidad de quienes nacieron dotados para la creación estética. Tal el caso de Charles de Soussens, de Matías Behety y de muchos otros. Aquí debemos incluir a los que, por no abandonar la vida noctámbula, las reuniones de café, las copas, el periodismo, contrajeron enfermedades mortales; así Florencio Sánchez entre otros. De esa manera la bohemia cobra un aspecto lamentable, lastimero, decadente, porque casi puede decirse que degrada, deforma, destruye el intelecto, el alma y el cuerpo de quienes la profesan.

Si bien la bohemia es propia de la juventud, algunos artistas continuaron en tal actitud hasta su edad madura; pero estos casos fueron excepcionales, porque casi la mayoría murió como los románticos, tempranamente. Otros, que la abandonaron, pudieron llegar a la vejez, recordándola luego como aventura juvenil.

En este propósito de mostrar los diversos aspectos de la bohemia, digamos también que algunos artistas, aunque conservaron en ciertas actitudes sistemas de vida regulares, en otras formaron parte de una semi-bohemia, más reposada, más serena y consciente ya que, sin alejarse de los ideales estéticos, en su vida

de relación se rigieron por las costumbres regulares y normales del hombre medio común.

La bohemia en La Plata

En La Plata hubo también bohemia literaria, de contornos definidos y características propias, pero quizá no existieron bohemios netos como los de Murger. Sin duda la época, las costumbres, la sociedad, impidieron que se desarrollara entre nosotros un género de vida tan peculiar.

Nuestros bohemios, en general y salvo contados casos, fueron hombres que, a parte su vida literaria, su participación en reuniones, sus ocios en los cafés o sus fiestas trasnochadas, también tenían una profesión, oficio u ocupación formal con la cual, permanente o intermitentemente, se ganaban la vida. Que pasaban períodos de hambre, de inquietudes y de fracasos, no hay ninguna duda; algunos, incluso, por causa de muchas privaciones y tristezas, eran víctimas de la tuberculosis y morían pobres y abandonados. Es que, además, corrían tiempos crueles para nuestro país; había desocupación y miseria, sobre todo para quienes no podían o no querían posponer el arte, la literatura o la filosofía.

Sin embargo, por lo general, nuestros bohemios, pese a muchas privaciones, pudieron llevar una existencia normal, en la que alternaban el trabajo cotidiano con la creación poética y las tertulias artísticas, en las que se comentaba, se criticaba y se leían las propias producciones y las ajenas. Además, concurrían a lugares públicos y privados donde se organizaban agasajos con estos propósitos, que además se prolongaban en cenas o brindis en algún bar o "cantina", donde continuaban las discusiones y las lecturas.

Integraban este ambiente, casi en su totalidad, empleados, estudiantes y periodistas. Estos tres gremios o "estados" no son, ni lo eran entonces, los más acaudalados; insensiblemente derivaban hacia la bohemia, sobre todo cuando amigos, medio y espíritu estaban preparados para ello. Claro que también, cuando las circunstancias se imponían, igualmente les

costaba poco abandonar la bohemia: un aumento de sueldo, el casamiento, el título universitario, la falta de vocación, un viaje, el cansancio de ser pobre...; en fin, los más diversos, pero también los más simples motivos ponían término a una conducta bohemia y daban nacimiento a un burgués. (1)

Nos ocuparemos, pues, de algunos autores platenses que pasaron este tamiz, es decir que no se quedaron en el colador atractivo que es la burguesía. Vamos a tomar tres de esos nombres como puntos de referencia para marcar épocas y caracteres diversos de la literatura bohemia local; ellos son: Matías Behety, José C. Picone y Alejandro Isusi.

Matías Behety

El primer poeta que encontramos en el historial de La Plata es Matías Behety. Vino a la ciudad en 1885; pero no cabe considerarlo identificado con el ambiente, con los afanes y el espíritu de la población recién surgida, porque cuando llegó estaba física, intelectual y quizá moralmente agotado; su cuerpo y su alma no vivían ya, y menos su capacidad estética. Refugiado en Tolosa, las venas saturadas de alcohol no pudieron alimentar su cerebro de poeta; abandonó las tareas de periodista, para las cuales se lo había traído, y murió de tisis al poco tiempo en el hospital de Melchor Romero. Pero es precisamente a partir de ese momento, que Matías Behety comienza a pertenecer a la literatura platense.

Un destino trágico, tan trágico que a veces adquiere caracteres de leyenda, se ensañó con él. Aún después de muerto, su cadáver sigue originando temas de discusión. Primero la causa es su melancolía y luego, su existencia destrozada. De su tumba desaparece la cruz que habían colocado sus amigos; es entonces cuando otro poeta bohemio, Antonino Lamberti, viene

(1) Esta palabra, que se cargará de implicaciones sociales, económicas y culturales, está usada con frecuencia en el libro de Murger, y más aún en **Bohemia revolucionaria** de Alejandro Sux, donde este tipo de vida tiene un especial sabor anárquico.

a La Plata para reconocer el sitio y ubicar nuevamente aquel símbolo de piedad. Este hecho inspira a Lamberti dos sentidos versos:

Hasta las cruces que levanta el pobre
son las primeras que derriba el viento

Una amistad fraterna los había unido; María Lamberti, hermana del poeta, fue la novia de Behety, que murió tempranamente. Este hecho provoca su desesperación y abandono moral, su bohemia y alcoholismo. Y otro bohemio que lo conoció sólo por referencias de amigos comunes, Joaquín Castellanos, escribió inspirado en él, ese difundido poema que tituló *El temulento.*

En La Plata no crea, apenas si escribe; sólo estuvo aquí porque un amigo suyo, Francisco Uzal, quiso sacarlo de su postración alcohólica pensando, sin duda, que el ritmo nuevo y vigoroso de la ciudad que surgía le iba a inyectar aire puro para sus pulmones y un poco de optimismo para su alma desmoronada.

La Plata, fundada el 19 de noviembre de 1882, iniciaba su historia literaria con este suceso lamentable, ocurrido el 24 de agosto de 1885.

Sin embargo la muerte de Matías Behety no reviste la significación que hoy le damos, ni conmueve tanto, como los episodios posteriores que ella trae aparejados. Nos referimos al problema que después origina su cadáver; ese cadáver momificado que apareció cuando trasladaron, del cementerio de Tolosa, a la nueva Capital, todos los restos inhumados en el primero y que, por muchos años, nadie supo a quién pertenecía, hasta que su amigo Lamberti lo identificó y pudo darle la cristiana sepultura que el poeta esperaba.

Esta circunstancia conmovió a los coetáneos y lo hizo inolvidable; tal vez muchos recordaron a Behety más que por su poesía, por el hecho mencionado; pero no hay duda de que el destino se valió de este recurso para que Matías Behety no quedara olvidado, para que la gloria que por sus dolores humanos, su bondad y su genio literario merecía, no se perdiera en la vulgar inscripción de una tumba.

Establecimos ya que éste no es un estudio sobre autores determinados, sino un esbozo ligero sobre la bohemia literaria platense, y Behety fue realmente un bohemio. Su vida, personalidad y demás detalles sobre su obra y biografía fueron ampliamente tratados en el libro de Telmo Manacorda que lleva por título el nombre del poeta. A él deberá remitirse quien quiera conocerlo como hombre y como autor. Aquí lo vemos evocado no como representante auténtico de la literatura platense, sino más bien como un antecedente, como un precursor o primer ejemplar de poeta bohemio, que vivió poco tiempo, y murió, en nuestra ciudad, donde se lo recuerda por los motivos ya señalados.

Pedro B. Palacios

Transitaremos ahora otra época, la posterior a la fundación, la de los grandes progresos, la que ve asomar las primeras generaciones íntegramente platenses.

Pero aquí corresponde un apartado para evocar a un gran poeta: Pedro B. Palacios que, según algunos autores (José María Rey entre ellos) no fue bohemio aunque su vida de privaciones, de pobreza, de lucha quijotesca, de romántico y filósofo, lo hicieron atravesar los más áridos caminos. Y esos caminos tienen muchos puntos de contacto con la bohemia. Sin embargo, quizá puede establecerse una diferencia: él mismo no se sintió bohemio, ni trató de serlo; más aún, como escritor, nos dice Manuel Gálvez en *Recuerdos de la vida literaria*: "...tan poco literato era que no daba importancia a la literatura", y José María Rey, en su libro *Tiempos y fama de La Plata,* asegura: "Almafuerte no fue un bohemio. Fue un ser lleno de señorío tonante y temible".

En cambio Miguel J. Font, en la *Historia espiritual* de *La Plata,* lo presenta como un típico y original bohemio, comparándolo con Balzac, en el capítulo referente a nuestro autor que titula "Glorificación de la bohemia", y más adelante, al recordar "...cierto cua-

drado tonel de lata, en que escondió largo tiempo su franciscana pobreza, en las afueras de Tolosa".

El carácter, el estilo y el alma misma de Pedro B. Palacios, están definidos en estos versos de su poema "El misionero":

Soy el que puso paz en la discordia,
Pan en el hambre, alivio en las prisiones
Y en la obsesión tenaz, más que razones,
Puso, sin razonar, misericordia.
Yo renuncié las glorias mundanales
Por el árduo desierto solitario,
Para sembrar, también, abecedario,
Donde mismo se siembran los trigales.

¿Es esto propio de un bohemio? El interrogante, inevitablemente, comporta respuestas diversas y de trasfondo subjetivo.

José C. Picone

En el primer cuarto de siglo hay ya, en La Plata, un conjunto de autores con caracteres propios y bien definidos, entre los cuales encontramos algunos de vida bohemia.

Hemos elegido como eje de este segundo período de la literatura platense, a un neto bohemio, orgulloso de haberlo sido, según su propia confesión: José C. Picone, que aún hoy vive como bohemio, en una pensión de la ciudad. Hasta ese reducto bohemio llegamos hace poco para fundamentar mejor cuanto expresamos en estas páginas, y encontramos al escritor en plena actividad creadora, con sus ideas frescas, llenas de espiritualidad y anhelo de bien humano. En varias tardes de conversación pudimos ahondar temas fundamentales que en estos tiempos tiene olvidados el común de las gentes: arte, educación, belleza, amistad, hermandad, poesía son asuntos que preocupan a Picone, y sobre ellos medita y escribe infatigablemente.

Hombre de otra generación, participó en muchos actos culturales y literarios; la historia del progreso intelectual de La Plata lo tiene entre los que más contribuyeron a él, no sólo por sus numerosas obras, si-

no también por su múltiple actividad en periódicos, diarios, asociaciones, peñas, cenáculos y aun en reuniones sociales y familiares.

Conoció desde su infancia, allá por 1900, el ambiente cultural de la ciudad, y está en condiciones de valorar toda manifestación literaria casi desde la época de la fundación de La Plata.

Nos da referencias sobre las primeras reuniones de intelectuales platenses, entre cuyas figuras cabe destacar la del poeta Enrique Rivarola que, por su posición social y económica, si bien no fue bohemio, organizó en su casa tertulias que constituían verdaderas veladas artísticas y a las cuales asistía lo más selecto de la intelectualidad platense. Lo mismo hicieron otros personajes como Bernardo de Irigoyen, Benoit, Cortina y D'Amico.

Entre 1900 y 1906 la ciudad tuvo un centro oficial de cultura: la Biblioteca de la Provincia, donde se mantuvo una constante actividad literaria con asistencia de las más representativas personalidades de la época. El entonces Director de la Biblioteca, Luis Ricardo Fors, consiguió reunir, en las "Lecturas dominicales", a las figuras más destacadas de la ciudad.

Estos dos aspectos del ambiente literario de La Plata no se mencionan aquí como lugares de reunión de bohemios, pero precisan y ubican el clima real de las distintas esferas en que se producían los hechos culturales, pues los escritores que pueden catalogarse como bohemios también frecuentaban estos círculos de alto prestigio. Vale decir que no había distanciamientos o divisiones sociales entre los poetas de aquel tiempo, sino que algunos, en otros momentos, concurrían a lugares distintos, como ser cafés, bares, peñas, clubes o casas de familia donde se reunían con fines literarios, pero sin estar tan atentos a las formas, a las actitudes protocolares, sino dando plena y espontánea expansión a sus preocupaciones estéticas y a la expresión de sus ideales de fraternidad humana.

Así surge más tarde, en La Plata, una agrupación de escritores y poetas que tiende a reunirlos por los más diversos y nobles motivos. Picone es uno de los

más entusiastas; trae en su memoria la inspiración y el ejemplo de un gran maestro, Agustín Lantero, creador de la primera escuela literaria platense y tal vez "...la mentalidad más grande de la época", según las palabras de Picone. De la escuela de Lantero surgieron poetas y humanistas como Horacio Oyhanarte, Juan Mateos, José Menéndez y Oscar Tiberio, cuyo nombre verdadero era Jacinto Bordenave. Estos últimos, Menéndez y Bordenave, fueron dos auténticos bohemios y poetas de indudables méritos.

La Biblioteca Alborada publicó, en 1915, un libro de Menéndez titulado *Poemas y escolios* y Oscar Tiberio dio a conocer sus composiciones en revistas de la época.

Por 1910 se formaron algunas peñas de bohemios de café, de casas particulares y en la redacción de los diarios. En el antiguo café "Bristol", situado en la esquina de 47 y 7, se reunieron muchos escritores platenses en una actitud bohemia mesurada, idealista y productiva. No eran cenáculos formalmente definidos sino que, según los períodos, variaban los integrantes. Una de las peñas que se mantuvo más tiempo en el café mencionado, estaba integrada por el escultor Arturo M. González, Guzmán de la Bohemia, el poeta Delfor Méndez y otros. Ellos publicaron algunas revistas como *Selecta*. Méndez, poeta y escritor, fue un típico bohemio; entre sus libros más destacados cabe citar *Tibieza de nido* y la interesante colección de *Viñetas platenses* editada en 1950 por la Municipalidad local.

En la misma época se llevaban a cabo reuniones literarias en casas particulares, que en muchos casos resultaban verdaderas tertulias de bohemios. Ésta, claro está, era bohemia fértil, pacífica y, si bien humilde, por lo menos complementaba las tenidas culturales con las gastronómicas.

Una de las casas más frecuentadas por grupos bohemios fue la del mismo José C. Picone, en la calle 7, entre 45 46, donde se reunían semanalmente alrededor de veinte personas, entre ellas los poetas Horacio Castellanos, Julio Loyarte, Raúl Ignacio Ferrando, Ale-

jandro Rensúa, Pedro V. Blake, Víctor S. Avila, Menéndez y otros.

Años más tarde haría reuniones en su casa el crítico Juan Mas y Pi, donde se hablaba de estética literaria, se leían trabajos y composiciones de los autores allí congregados y se comentaban los libros recién aparecidos o de mayor interés.

Otros lugares donde se encontraban los bohemios para estos fines eran las redacciones de los diarios y las trastiendas de ciertas librerías.

De los primeros merece especial mención *El Argentino,* verdadera peña bohemia a donde llegaban, por las noches, poetas y escritores del más variado rango. Allí siempre fueron bien recibidos cuantos llevaban una inquietud, los que soñaban, los que escribían por vocación o por pasión, los noveles y los que ya habían perdido la fuerza o la fe en sí mismos.

Así, entre los muchos que anduvieron por esa casa de escritores y publicaron en el suplemento literario, cómo no recordar a Rafael Alberto Arrieta, Pedro Delheye, Alberto Mendióroz, Héctor Ripa Alberdi, Francisco López Merino, Crespo García y A. Fernández García. Este último era el crítico del diario y, a la vez, distinguido poeta, autor de libros como *Árboles y huella,* verdadera joya de nuestras letras.

En aquella época —podemos ubicarla entre 1913 y 1918—, *El Argentino* constituye, al mismo tiempo, el centro del modernismo literario platense, donde se celebraban frecuentes reuniones cuyo motivo era siempre la literatura.

De las librerías de La Plata, por aquellos días, fue "Atenea" donde autores y críticos leían y comentaban obras y composiciones, o cambiaban ideas sobre arte, filosofía y literatura. A veces alguno ponía una nota distinta en el sereno ambiente de la trastienda del comercio, como José Luis Menéndez cuando se ponía a pontificar en voz alta.

Picone, amigo de éste, lo recuerda en tal actitud, y también en otros momentos y lugares, donde su compañero de bohemia escribía o leía sus páginas. En los cafés o cantinas, Menéndez se mostraba también el

más ruidoso; exteriorizaba más que otros sus pensamientos, pero sin escandalizar a los parroquianos. Cuando componían sentados a la mesa de un bar, tanto él como Avila y Picone, lo hacían sin afan exhibicionista, sino porque encontraban la tranquilidad y el ambiente propicio para ello.

Una expresión más acentuada de bohemia se registra en el poeta que ocultaba su nombre verdadero con el seudónimo de "Petronio", vate popular tan pobre que escribía sus versos en el papel de envolver usado en los almacenes.

La Agrupación "Bases"

La bohemia continúa en los lugares y formas señalados ya, hasta que adquiere una nueva fisonomía. Esta característica que paso a mencionar es netamente platense: la bohemia se organiza en una sociedad denominada "Bases".

José C. Picone, uno de los fundadores más entusiastas de esta agrupación de escritores y poetas, dice: "*Bases* constituye la organización de la bohemia". Su precedente fue la "agrupación transitoria del Ideal", que funcionó en el antiguo cine y teatro del mismo nombre, situado en 47, entre 7 y 8, en los años 1926 y 1927. Es el mismo local que ocupó hasta hace poco la Biblioteca de la Provincia. Allí se veían los integrantes del grupo "Diógenes", entre los cuales puede citarse a Bazán, Ortega, López Merino, Picone, Bernardo Graiver, Marcos Fingerit, Osvaldo Durán.

En este ambiente propicio surge "Bases", en 1928. Es la primera entidad que vincula también a escritores del resto de la Provincia, porque realizan reuniones periódicas en las que no está ausente el aspecto social; las mismas se llevaban a cabo en el domicilio de los socios, semanalmente, de manera que los del interior tenían seguro alojamiento. Además, una vez por mes, se agasajaba a uno de ellos; con ese motivo organizaban cenas que terminaban de madrugada porque durante su transcurso leían poemas o páginas literarias, improvisaban, criticaban y hacían el panegírico del homenajeado.

Al principio el número de miembros de "Bases" fue reducido, apenas lo componían unos veinte poetas y escritores platenses; pero dos años más tarde contaba con 130 socios y entre ellos muchos de la Provincia. Algunos de los fundadores fueron José C. Picone, Pedro C. De María, Osvaldo Durán, Teófilo Olmos, etc.

Al primero de los nombrados le corresponde la iniciativa de expresar la conveniencia de unir a los escritores y poetas de la Provincia en un movimiento que fructificase en publicaciones y ediciones con un sello propio, en compañerismo intelectual y en solidaridad gremial.

La literatura argentina estaba dividida, por aquellos tiempos, en dos corrientes: Boedo y Florida. Los componentes de "Bases", sin formar parte de ninguna de ellas, tenían amigos y simpatías en el grupo de Boedo; además expresaron su tendencia de izquierda en la "Declaración de principios de la Agrupación Bases", que tuvo resonancia en todo el territorio bonaerense y luego se adoptó en Mendoza, Tucumán y algunas otras provincias.

Las reuniones de bohemios continuaban siendo fértiles ocasiones para dar a conocer ideas y obras; esta bohemia tuvo difusión también en el interior, y La Plata operó en tal sentido como un centro de atracción para quienes amaban esta clase de vida.

En una de esas tertulias literarias, en la casa de Picone, que estaba a la vuelta de la que habitó Almafuerte, aquél sugirió que se solicitara a la Municipalidad la custodia de la morada del poeta, a cargo, entonces, de un club de fútbol. Picone publicó en *El Argentino* varios artículos sobre este asunto, y entre todos hicieron las gestiones para conseguirlo. La idea de la tenencia precaria de la casa de Almafuerte, surgida en aquella reunión de bohemios, sólo se concretó tiempo después. Desde entonces la casa donde viviera Pedro B. Palacios, en la calle 66, entre 5 y 6, fue sede de la Agrupación Bases. Allí se llevaron a cabo, en adelante, las reuniones, y se inició una intensa actividad pública con lecturas de obras y poesías, conferencias, exposiciones y, además, la divulgación de los tra-

bajos de Almafuerte. Al mismo tiempo se organizaron certámenes literarios para poetas y escritores de los pueblos bonaerenses, entre los cuales cabe mencionar los de Saladillo y 25 de Mayo. Los autores premiados se incorporaron a la sociedad y así, poco a poco, se fueron conociendo los nombres de muchos bohemios del interior. El mismo Picone fundó también, y financió, el periódico *Bases*.

No sería justo olvidar otros nombres de integrantes de "Bases", por ejemplo Juan I. Cendoya; el original poeta popular Mario Sureda, de vida dispersa; el orador Justiniano de la Fuente; Luis B. Negretti, que vino de Junín y aquí se vio arruinado por la bohemia. (Su libro *Mi ventana sobre la vida* es la primera publicación que llevó a cabo la Agrupación); Luis E. Caggiano, Ismael Dozo y Eduardo Rivas, poetas platenses de valor; Arsenio Caviglia Sinclair, de Olavarría, gauchesco y bohemio, que luego se estableció en la ciudad; Francisco Timpone, quien más tarde se separó de "Bases" para formar parte de "La Cruz del Sur", agrupación tradicionalista, con cierto carácter de bohemia, y Pedro Godoy, andariego bohemio que publicó en Claridad un libro titulado *Alambre de púa;* Hugo Díaz, poeta y crítico; Osvaldo Durán, poeta sencillo y profundo a la vez; Angel Isaac Bazán, Atilio Boveri, Octavio Carrevaro y muchos más.

Alejandro de Isusi

La bohemia, de otra manera, existe con intensidad y con amplitud en las pensiones de estudiantes, donde la estudiantina es también una forma de vida lírica y soñadora, de fértiles posibilidades, aunque carece de algunos de los caracteres propios de la bohemia pura.

Se la encuentra también en bares como el "Royalty", el "Rivadavia" noctámbulo, "La Cosechera" y otros cercanos a la Estación del Ferrocarril.

Por estos lugares anduvo, y escribió sobre las mesas, en noches de café y densa humareda de cigarrillos, ese poeta culto, de decir galano en estrofas y en dramas de castiza prosa; ese "nocherniego" solitario, que escribió acerca del encanto de *Las noches* en un

estilo comparable con el de Valle Inclán, y a veces con el de Lorca. Nos referimos a Alejandro Isusi, muerto en 1961, a los cincuenta y un años.

La bohemia que vivió Isusi, precisamente por solitaria, fue muy suya, personal, y está exenta de elementos genéricos, ya que no perteneció a ninguna agrupación de esta clase. Tuvo momentos como los de otros bohemios —fue periodista—, en que cumplía una actividad nocturna; pero ésta no fue su ocasión para ocios, sino para el trabajo. Él salía de noche a recorrer las calles, a soñar, a pensar, y cuando tenía ya las ideas recurría a un café para sentarse a una mesa y allí darles forma llenando cuartillas de apretada letra. Otras veces, él mismo nos lo dijo, se iba de noche a Punta Lara para observar el trabajo de los pescadores, el paisaje, las sensaciones e imágenes que el lugar le sugería, y regresaba al amanecer o a la hora de comenzar las tareas de su empleo. En aquella época preparaba una obra cuyo tema era, precisamente, la vida de los pescadores ríoplatenses.

El autor gustaba de este motivo, como lo demuestra también a través de los versos de la composición "Cancioncitas del Río de la Plata", que comienza con esta estrofa:

> **Pescador es payador,**
> **lo dice un amigo mío,**
> **que la guitarra del campo**
> **se ha aquerenciado en el río.**

En numerosas oportunidades lo sorprendimos en algún bar, con su café y su cigarrillo permanentemente encendido, refugiado en la mesa más apartada, escribiendo nerviosamente, como con urgencia, esas páginas suyas tan limpias y llenas de poesía.

Su vida transcurrió dedicada plenamente a la literatura y al periodismo; en cuentos, poemas en prosa y en teatro, Isusi mostró cualidades de escritor. *La Galerna, La casa de las palomas, Las Noches, Siervos del mar* y otros libros lo confirman.

Conclusión

Hubo y hay en La Plata, otros poetas y escritores bohemios de reconocido prestigio ya sea por la calidad de sus obras o por la fuerte personalidad que los caracteriza. Pero nuestro trabajo, primer acopio de datos destinados a propiciar el conocimiento y la difusión de un aspecto de la literatura platense, se ha limitado a esbozar el ambiente y la figura de algunos de los más representativos autores bohemios. En ningún momento se ha pretendido realizar un estudio exhaustivo sobre el tema, ya que el mismo requeriría prolongada e intensa investigación, ampliamente documentada, sobre muchos escritores dignos de incluirse en una historia de la vida literaria platense.

ALCIDES DEGIUSEPPE

CUARTA PARTE

ALGUNAS VOCACIONES ARTÍSTICAS

PARA LA HISTORIA ARTÍSTICA DE UNA CIUDAD:

FAUSTINO BRUGHETTI Y LA PLATA

Deseo anotar hechos que hacen a la vida artística de la ciudad de La Plata y de un pintor que en ella vivió casi setenta años de su existencia.

Faustino Brughetti nació en Dolores en 1877 y se radicó, con sus padres, en La Plata en 1884. Es, por derecho propio, fundador de arte. Lo es por su pródiga labor y por haber realizado aquí, en la antigua Bolsa de Comercio (calle 7 entre 46 y 47) la primera exposición de pintura de un artista argentino. Esa muestra tuvo, además, otra virtud: así como los gustadores de arte de Buenos Aires habían asistido un año antes, en el salón del diario *La Prensa*, a la exhibición de las primeras pinturas impresionistas presentadas en el país, el público culto —una minoría— de La Plata alcanzó no menos ese privilegio en 1902.

A comienzos del siglo existía entre las familias pudientes de la ciudad capital —recuerdo haberle oído decir a mi padre— una verdadera pasión por decorar sus casas, por lo general amplias y cómodas casonas que albergaban pinturas, esculturas y otras formas ornamentales ejecutadas por hábiles artesanos y artistas italianos y españoles.

Los diarios de la época —*El Buenos Aires, La Reforma, La Verdad, El Mercurio* y, desde luego, el que habría de sobrevivirles *El Día*—, dedicaban noticias, comentarios y reportajes a los artistas. Tanto interés existía por el arte que, *El Buenos Aires*, organizaba un Salón anual, cuyo jurado, en 1904 y 1905, contó con artistas de la talla de Martín Malharro, Eduardo Sívori,

Reinaldo Giúdici, Ernesto de la Cárcova, Eduardo Schiaffino, Pío Collivadino y Rogelio Yrurtia. Faustino Brughetti concurrió a esos dos salones y obtuvo medallas de plata. De su exposición personal anotó *El Día* (jueves 24 de julio), entre otros estos conceptos: "La tendencia artística de Brughetti lo revela hombre de temperamento y conocedor de las arduas dificultades que presenta su carrera: ataca los temas con valentía y con pasión. La escuela impresionista moderna requiere un técnico hábil, una mano muy segura, un ojo muy avezado y un sentimiento artístico muy ponderable". Y el comentarista anota esta frase sagaz y reveladora: "Hemos oído algunas críticas a aquellas *manchas verdes y amarillas,* que los profanos se empeñan en mirar de cerca y en tratar con tanta dureza. Sin embargo, cuánto esfuerzo, cuánto estudio, cuánta energía y cuánto tiempo transcurrido representan para el artista esas notas de color, aparentemente burdas y groseras, que adquieren relieves y armonías con sólo saber mirarlas!". He aquí justas palabras que debieran hacer meditar a tantas personas que aún hoy se empeñan en no ver ciertos legítimos movimientos artísticos. El pintor de aquella hora, que parece ya tan lejana, debió sentir la indiferencia o la incomprensión hiriente en quienes se situaban ante sus cuadros, y recordaría a aquellas gentes que le echaran los perros por haberse ubicado con su caballete en el linde del bosque de La Plata para captar "una mancha"; y aquellos buenos vecinos lo creyeron un brujo...

En 1905 Brughetti conoce a Almafuerte, un espíritu afín. El poeta de "La sombra de la patria" habría de repetir una y otra vez a quien quisiera oirlo (¡cómo no escuchar su voz de trueno!) y en cartas tajantes, cosas como éstas: "De la competencia técnica, del talento de creación y del sentido estético del señor Brughetti, yo puedo ser juez, porque conozco suficientemente el arte que él profesa... y porque soy quien soy. Así, pues, usando la metáfora evangélica, declaro rotundamente a la faz de todos, que nadie, absolutamente nadie en La Plata, es digno todavía de atar o desatar las correas de los zapatos de mi recomen-

dado, tratándose de arte. (Carta a César Ameghino, 1º de setiembre de 1907). Y ataca duramente la inclusión en un proyecto de becas "de un jovencito, hijo de un diputado nacional", al cual se le iba a subvencionar con *mil francos oro*. Por supuesto, Faustino Brughetti viajó en 1908 a Europa, becado por la Legislatura bonaerense.

No es el momento de decir cuánto hizo el artista en el curso de los tres años que duró la beca. Baste saber que obtuvo, en certámenes internacionales celebrados en Italia en los años 1909 y 10, Cruz al Mérito y Primeras y Segundas medallas de oro, caso único de un artista argentino. Faustino Brughetti soñaba en un arte para su país mediante su obra y el ejemplo que ella implica. En julio de 1914, en una improvisada sala de la calle 56 y 7, expuso sus pinturas del período italiano. Entre ellas estaban las que habían merecido premios valiosos y también otras elogiadas con el calificativo, para el artista, de "genialidad", por el crítico de *La Rivista di Roma*, aquí pasaron desapercibidas. Me refiero a las expresiones de arte humanista, obras de auténtico precursor expresionista; y la serie de desnudos y composiciones con desnudos, que no pudo exponer.

Comienza para Brughetti otra lucha, de la cual va a beneficiarse la ciudad. Funda en 1914 la Academia de Bellas Artes que lleva su nombre. Apoyan su labor Almafuerte, Alejandro Korn, Juan Vucetich y un núcleo de distinguidos caballeros. Se enseña dibujo y pintura, y también música (mi padre fue un excelente guitarrista y compositor). Se adopta el procedimiento de otorgar becas a los estudiantes. Quienes las discernieron, en 1915, fueron Pedro B. Palacios, Juan Vucetich, Dalmiro Alsina, Luis Reyna Almandos, Juan Carlos Delheye, Mario Esteve, Enriqué Arau, Desiderio de la Fuente, Leopoldo Saint Laurent y Luis Bazán. (1).

1) En la nota necrológica de **La Prensa** (Buenos Aires), 7 de junio de 1956) al reseñar la personalidad del artista, fallecido el día anterior, afirma: "Su Academia de La Plata era el obligado cenáculo que congregaba a pintores, amigos del arte, de la literatura y de la música".

El diario *El Argentino* acoge la publicación de *Mi credo artístico y Reflexiones* del pintor. Brughetti escribe acerca del dibujo, la pintura y su técnica, etc. Dice, en una de sus consideraciones, del impresionismo y el "aire libre":

"El impresionismo es una especie de estenografía pictórica, desdeña los detalles que la visión rápida y sintética no puede sorprender.

"La técnica del impresionismo es la yuxtaposición de los colores puros. La luz es su principal personaje. El impresionismo renueva el paisaje por amor y la inteligencia de la luz.

"Por esa misma necesidad de intensidad encuentra una nueva técnica para exaltar los tonos que divide.

"El divisionismo, el puntillismo ha sido la consecuencia lógica de esta doctrina, que es en resumen la división de los rayos solares.

"La pintura al "aire libre" es una rebelión contra la pintura hecha en el taller...".

Nótese con qué claridad expone sus puntos de vista practicados por él en su obra desde fines del siglo XIX, a poco de llegar a Italia en 1896.

No deseo hacer la historia del arte de Faustino Brughetti. Sería extenso; ya con sentido justiciero ha comenzado a hacerse, y es tarea de la nueva crítica. Sólo atiendo aspectos aclaratorios de una acción artística local. En este sentido, a su esfuerzo se debió la constitución de la Asociación Artística Platense, de la cual fue presidente. A todos los artistas de la ciudad reúne el Primer Salón de Artistas Platenses, celebrado en 1925. Figuraban en la muestra, inaugurada en el salón de la agencia de "La Prensa", calle 7 entre 48 y 49, los pintores y escultores que se detallan: Felipe Bellini, Enrique Blancá, Rodolfo Bezzicheri, Faustino Brughetti, Salvador Calabrese, Cleto Ciocchini, Vicente Colón, Emilio Coutaret, Francisco de Santo, Félix Distasio, José M. de la Torre, José Fonrouge, Juan Falsa, Angélica Ferreira, Gabriel Guillén, Arturo M. González, Rinaldo Lugano, Hugo Lértora, Edmundo Maristany, Mariano Montesinos, Dalmiro Navarro, Faus-

to Mazzucchelli, José Mutti, Gerardo Olmos Cárdenas, Juan Owens, Eleonora Petit Bon, Emilio Pettoruti, Ernestina Rivademar, Guillermo Ruótolo, Roque Rozzi, José y Eliseo Speroni, Adolfo Travascio y señora de Travascio, Francisco Vecchioli, y otros. En el discurso inaugural, en presencia del gobernador Cantilo y otras autoridades provinciales y municipales, artistas y mucho público, señaló Brughetti que "los temperamentos más contradictorios y de las más opuestas tendencias del arte", confraternizaban allí. "Necesitamos el apoyo —declaró—, el vínculo y la acción de todos para que éste nuestro ideal estético no sufra desmedro y sea él como un faro, como una luz en la noche, que ilumine las tinieblas donde se extravía y zozobra el ser, no desvinculado de ese generoso ideal de belleza, que sustentamos con fe ilimitada". "Por eso los artistas aquí reunidos —agregó— nos permitimos hacer un llamado al gobierno... La ciudad misma se integra por la fuerza y el espíritu de sus artistas...".

Un comentarista (*El Día*, 15 *de julio de* 1925) se hace eco del Primer Salón de Artistas Platenses, entre otros términos con un interrogante que es una afirmación: "¿Quién hubiera hablado de una exposición de obras de arte en La Plata, hace dos décadas? En el Segundo Salón, al año siguiente, aparecen nuevos valores: Fioravanti Bangardini, Juan Petrarú, y otros nombres se agrupan junto a los ya citados. Una convocación memorable.

Valga aquí otro hecho: Los artistas y el bosque platense. Brughetti pinta al acuarela en 1917 una serie de notas del bosque. Diez años después, en 1928, el hermoso y tradicional paseo con sus inmensos eucaliptos está a punto de desaparecer. Brughetti contesta a una encuesta de *El Argentino*: "Es un crimen lo que se ha hecho con el bosque. Yo que aprendí a quererlo en los días de mi niñez no me he cansado nunca de protestar por su abandono y destrucción. ¡Si viera antes —le dice a un cronista— qué vegetación hermosa y variada! Se extendía desde la calle 60 hasta Tolosa en una tupida franja que abarcaba desde 1 a 120. Allí bajo la majestad de lozanos euca-

liptos se daba una vegetación variada cuyos diversos matices formaban contrastes admirables, dignos de ser fijados en la tela por la destreza del artista. Allí había árboles frutales en abundancia, durazneros y perales, nísperos y guindos, y hasta plátanos había. Hoy es una ruina que da lástima...". Y apoya decididamente la exposición, concurriendo a ella con cinco motivos del bosque. Un año después, realiza la primera muestra del desnudo artístico en El Ateneo de La Plata, con obras suyas; la primera no sólo en la ciudad, en el país.

La idea de la fundación de la Peña de Bellas Artes, cuya acción es conocida desde hace más de dos décadas, surgió de reuniones en el taller de 55 y 11, casa del artista. Esto me lo recordaba Miguel A. Elgarte al inaugurarse el 25 de mayo de 1961 una estela en homenaje a mi padre en la plazoleta que forman esas dos calles y la diagonal 73.

Pero no siempre la ciudad apoyó sus esfuerzos y anhelos. Así, pongo por caso, en 1939, ante un concurso para proveer las cátedras de dibujo y pintura en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad, al que se presentó, fue desechada su solicitud. La razón fue la esgrimida por un director general de escuelas al dejar cesante a Almafuerte en 1896: por carecer de título habilitante... No bastaban los premios, los cinco años cursados en los institutos superiores de arte en Roma con las más altas calificaciones y una obra vastamente celebrada. *El Argentino* comenta el hecho: "Es así como se constata, infortunadamente, que se haya dado el caso de un artista de labor caracterizada, que a través de los años y con una consagración absoluta ha ido realizando su obra, aparezca eliminado de plano por carecer de diploma...".

Desde 1931 y hasta el fin de su existencia, Faustino Brughetti día tras día, en el mágico fluir de las estaciones, descubre y redescubre las bellezas de la costa ribereña platense. Pinta paisajes que hacen de él "el pintor del Río". Para el artista las costas del Río de la Plata fueron un remanso: allí "el pensamiento —dejó escrito— adquiere un sentido amplio y profun-

do y la imaginación ve o cree ver más allá del horizonte... ¡hasta el último confín del globo!". Su obra pictórica referente al Río fue largamente vista y admirada en exposiciones personales efectuadas en La Plata, en el Jockey Club y otras salas.

Faustino Brughetti, hombre y artista platense —como en otros planos lo fueron sus amigos Almafuerte, Korn, Vucetich, López Merino, Delheye, Lynch, y otros notables espíritus— sentía profundamente su tierra y su país, pero no menos trascendía de toda su figura un modo de ser humanista y universal.

A su juicio el arte fue siempre expresión de estados espirituales, y las obras "nos consuelan y serenan —anotó— en medio de las calamidades que a nuestro pesar nos brinda la vida".

Era éste su modo de tener fe y creer en el trabajo creador.

ROMUALDO BRUGHETTI



ILUSTRACION Nº 19
En el atelier de Florencia (1914). De izquierda a derecha. Lamanna y Negri, escultores; Pettorutti; Codegoni tenor, nacido en Lomas de Zamora



ILUSTRACION Nº 20

Florencia 1914.
Pettorutti en el atelier de Viadegli Artisti Nº 6.

LAS AMISTADES LITERARIAS DE EMILIO PETTORUTI

No me propongo escribir un artículo, sino dar estado público a algunas páginas de correspondencia privada de Emilio Pettoruti, ricas en contenido autobiográfico. Mi intervención se limita a darles el marco de un índice vital, de un sintético itinerario.

Emilio Pettoruti nace en La Plata, el 1º de octubre de 1892. Desde niño pinta y dibuja espontáneamente. Su abuelo, al advertir las condiciones del nieto, le regala colores y lápices, en vez de juguetes. A los doce años le obsequia una caja de pintura para que ejecute, bajo su dirección, en el patio de la gran casona, un canasto de flores. A los dieciocho años, con el pintor Enrique Blancá, abre en La Plata un taller libre que le permite iniciarse en la enseñanza. En 1913 recibe una beca de la Provincia y se dirige a Europa.

a) *Período* europeo (1913-1924). Pettoruti se instala en Florencia (véanse ilustraciones Nros. 19 y 20); amistades literarias. *Caffe delle Giubbe Rosse*, Esposizione futurista "Lacerba" —Marinetti, Boccioni, Papini, Palazzeschi... Temporada en Roma: *Caffe Aragno*, revistas *Cronache d'attualita*, —*Valori Plastici*—, Balla, De Chirico, Spadini, Melli, Bandinelli... Agotada la beca de tres años, Pettorutti trabaja en Milán durante los difíciles años de la Guerra. Su formación en museos y lugares históricos; sus exposiciones en Turín, Milán, Florencia, Roma, Venecia, Estocolmo, y en la famosa galería berlinesa *Der Sturm* (1923), donde intimó con Archipenko y conoció a numerosos pintores; su amistad parisiense (1924) con J. Gris, Zadkine, Gino Severini...; su obra sostenida y fecunda, lo sitúan entre los creadores del arte nuevo.

b) *Argentina* (1924-1952): casi treinta años de lucha, repartidos entre la creación, difusión y apreciación del arte, a través de exposiciones, charlas y escritos recibidos casi siempre con hostilidad, a menudo con indiferencia. Dirige el Museo de Bellas Artes de La Plata (1930-1947), publica revistas, desarrolla ideas. Entretanto, centenares de amigos y alumnos reciben sus enseñanzas y consejo: Capristo, Forte, Elgarte, Suárez Marzal, Beatriz Juárez, Langlois, Mónica Soler-Vicéns, Alejandro Vainstein, el chileno Vergara Grez, el peruano Sérgulo Gutiérrez, artistas uruguayos... Su amistad con los críticos Estarico, Atalaya, Julio Payró, Córdova Iturburu, Romero Brest, Fernán Félix de Amador y Vizconde de Lascano Tegui; el atelier de la calle Charcas, fundado y dirigido por Pettoruti (1947-1952) constituyen sendos capítulos de la plástica argentina.

c) *Europa* (*desde* 1953). No obstante la favorable acogida que su obra merece al juicio responsable de sus compatriotas (Peuser, 1948) precedida por una serie de éxitos en Uruguay, Estados Unidos, Brasil y Chile, el panorama se vuelve cada vez más difícil para el artista. Nunca obtuvo un premio nacional: ¡ni siquiera el voto de un solo miembro de jurado! A los sesenta años regresa al Viejo Mundo: ofrece en Italia tres exposiciones reveladoras (Milán, Florencia, Roma) y se radica en París, a trabajar de nuevo. El triunfo no se hace esperar: al año siguiente (1954) es elegido para integrar el grupo de *Diez artistas* que París considera sucesores de los viejos maestros; y obtiene el premio Guggenheim de las Américas. Su pintura se exhibe en los principales centros y suscita juicios consagratorios.

Poetas y filósofos han compartido afectuosamente la vida intelectual de Pettoruti: Almafuerte, Alejandro Korn, Benito Lynch, Rafael Alberto Arrieta, José Ingenieros, los músicos Juan Carlos Paz y José María Castro; el filósofo Carlos Astrada... En Europa: Soffici, Papini, Palazzeschi, Anton Giulio Bragaglia, Prampolini, Marinetti, Ungaretti, etc. Las notas autobiográficas que se ofrecen extraídas de su correspondencia con

el autor, revelan a un maestro de la conversación escrita: juicios, impresiones, recuerdos, casos y anécdotas —escorzos de figuras eminentes y de vidas mezquinas—, dan a sus cartas un interés apasionante. He aquí los textos:

Embarqué rumbo a Italia el día 7 de agosto de 1913, en el vapor Citta di Torino. **Al pasar por Buenos Aires alcancé a ver una exposición en la que había varias obras de nuestro Cesáreo Bernaldo de Quirós, quien se encontraba en Florencia, y para quien llevaba una carta de presentación de Pepe Forrouge... Río de Janeiro me deslumbró.**

La primera tierra italiana que conocí fue Nápoles; luego Génova. Dos semanas después tomaba el tren para Florencia (en Pisa alcancé a vislumbrar la Torre). Llegué a Florencia al caer la tarde el 13 de setiembre, completamente negro —tal como lo escribo—, completamente negro, porque en mi afán de contemplarlo todo abría la ventanilla y el compartimiento se llenaba de humo (los trenes no eran entonces eléctricos). Apenas me hube lavado la cara, eché a andar por la ciudad hasta quedar extenuado. Por una extraña casualidad, fui a dar al Caffe delle Giubbe Rosse, **que resultó ser el centro de reunión de la gente de vanguardia. Muy contadas fueron siempre —y siguen siéndolo—, mis vinculaciones con artistas plásticos; pero numerosas con poetas, literatos y, en general, con gentes de otras ramas de la cultura. No ha sido cosa caprichosa o pensada: nuestras vidas se van desarrollando solas y salen como salen, buenas o malas, sin que podamos evitarlo. Además, con la mayoría de los plásticos no es mucho lo que se puede hablar: a menudo ni siquiera se puede discutir acerca de las propias actividades. Ignoro si ello se debe a falta de vocación por la cultura, o a que la vida de muchos ha sido, y sigue siendo, un poco áspera. En La Plata, antes de viajar a Europa, frecuentaba al grupo de poetas formado por Rafael De Diego, Raúl Oyhanarte y muchos otros (en La Plata los había en gran número). De cuando en cuando solía visitar el diario donde colaboraba Rafael Alberto Arrieta; y varias veces visité a Almafuerte, la primera vez con el poeta José María Olmos Cárdenas. A Almafuerte le gustaba hablar de pintura. Una mañana me dijo que él debió ser pintor (creo que le fracasó una beca en la Legislatura) y no escritor; y agregó en seguida: "En nuestro país la gente es muy bruta; y la pintura entra por los ojos, lo que no ocurre con la poesía... Usted pinta una bella cabeza o un hermo-**

so paisaje y vende el cuadro; pero usted puede escribir *La divina comedia*: lo mirarán como a perro roñoso y se morirá de hambre". Con quien me encontraba más frecuentemente era con Benito Lynch: espíritu muy retraído, solía decirme que conmigo se sentía a gusto. Cuando regresé de Europa, me "posó" sin ningún inconveniente para un croquis dedicado a *El Argentino*: al ver el dibujo, Ramón T. García, director del diario, no quería creer que Lynch, tan "arisco", se hubiese prestado a posarme.

En Europa ocurrió lo mismo. Caí de golpe y porrazo entre los futuristas. Los que se reunían en el *Caffe delle Giubbe Rosse* eran en su gran mayoría literatos: concurrían Soffici, Palazzeschi —con quien estreché amistad—, Papini y muchísimos otros, así como los intelectuales italianos y extranjeros de paso por la *Citta dei Fioretti*. Los pintores que más lo frecuentaban eran Garbari y Rosai, ambos muy amigos de Soffici. De la influencia que tuvieron en mí aquellas conversaciones y tremendas discusiones (junto con la exposición futurista "Lacerba" de 1913-14) nunca hablaré bastante: pesaron mucho sobre mi espíritu, principalmente en el primer momento. Piénsese que nací y viví, hasta 1913, en La Plata (salvo algunos viajes a Buenos Aires, un mes en Córdoba y dos o tres veces en Mar del Plata), donde reinaba el "claro de luna", Vargas Vila y compañía, y que casi de golpe fui a dar con aquel manojo de gente cultivada, "atenta", de ideas totalmente nuevas... Había momentos en que mi cabeza no podía coordinar tantas cosas, tantas aparentes contradicciones: ¡por momentos me parecían disparatadas! Agréguese que a diario me encontraba con aquellos otros "nenes": los Primitivos, los *Quattrocentisti*, los grandes del Renacimiento. ¿Cómo hacer que mi cabeza descansara? La preocupación no me dejaba dormir más de cinco horas por día. (Ya en La Plata dormía poco —y soñaba mucho—; desde muy niño viví con mis abuelos maternos, y debo decir que mi abuelo, José Casaburi, era un hombre bastante raro. Había estudiado junto a un amigo entrañable que entró en el Seminario y luego se transformó en el párroco de la Ciudadela—, mientras que mi abuelo se hizo liberal, garibaldino—. Uno predicaba en el púlpito; el otro en la cantina. La vida se le hizo imposible a mi abuelo: liberal, en aquella época, era peor que ser hoy ultracomunista. El padre vio que la cosa se agravaba y resolvió darle su parte para que "sentara cabeza". Así mi abuelo marchó a la Argentina con su familia y fue a dar ¡qué coincidencia! a La Plata, cuya fundación era reciente. Compró tierras, que luego se valorizaron... Él dormía muy poco y yo lo seguía e imitaba en todo. Recuerdo to-

davía muchas cosas que siguen siendo válidas para mí". "Tienes que comer muy bien, pero poco; y dormir poquísimo: el sueño es una cuestión de costumbre. Los grandes hombres han podido realizar tantas cosas porque han dormido poco; son los haraganes los que han inventado que el hombre necesita dormir ocho o diez horas por día").

Mis amistades romanas fueron semejantes a las de Florencia. Me reunía en Casa d'Arte Bragaglia, con Anton Giulio Bragaglia y sus amigos, la mayoría escritores, porque, además de la galería de arte, Bragaglia editaba la famosa revista *Cronache d'attualità* que con *Valori Plastici* (editada en Roma por el pintor millonario Mario Broglio) era todo lo importante que había en Italia en ese momento referente a las artes plásticas. Ésa era una de las razones que congregaba a su alrededor sobre todo a las gentes de letras. Lo mismo ocurrió un poco más adelante, cuando Bragaglia fundó el *Teatro Sperimentale*.

De todos modos fue en Roma donde conocí y frecuenté al mayor número de pintores y escultores. Con ellos me veía en las reuniones del famoso *Caffè Aragno*. En ese café, además de los artistas, se reunían los políticos; y aquello era una baraúnda de lo más interesante, aunque nadie entendía nada... Roma en ese momento era el centro del arte moderno italiano (1915-1917), pese a que en Milán se hallaba instalado el estado mayor futurista. Fue en Roma donde estreché amistad con Balla, Spadini, De Chirico, Melli (que era muy inteligente y al rato de conocerlo me dijo que Miguel Angel era un pobre diablo). Esto da el ambiente en que se vivía en esos momentos. Luego conocí a Bandinelli, Prampolini y cien más. Llamo la atención sobre algo en que casi todos se equivocan: Marinetti, Russolo, Carra y Boccioni vivieron siempre en Milán, salvo Boccioni, que es siciliano y vivió sus primeros tiempos en Roma; Severini, que vivía en París desde 1907 o 1908, no tuvo ninguna parte en la redacción del primer Manifiesto de la pintura firmado por los cinco: Balla, su maestro, y Boccioni, su amigo y condiscípulo, lo invitaron a que adhiriese. El movimiento futurista nació en Milán y allí murió como movimiento. A Marinetti, Boccioni y Balla los conocí, junto a otros futuristas, en Florencia, cuando la Exposición de 1913/14, por intermedio del gran animador Ferrante Gonnelli, dueño de la "Librería Galleria Gonnelli" donde se llevó a cabo esa exposición, y, en 1916 la primera personal mía. Cuando me marché a Milán, en pleno verano (agosto de 1917), Boccioni ya había fallecido; el movimiento futurista agonizaba, y agonizaba con los artistas más mediocres que he conocido en toda mi vida. Con quien tuve gran amistad

fue con Carra, y con Medardo Rosso, al que conocí en casa de Carra, de quien fui y sigo siendo amigo.

Antes de abandonar a Roma para ir a Milán, pasé un mes en una hermosa "villa" romana de Frascati, invitado por el escritor y luchador peruano José Carlos Mariátegui. En las mañanas —cada mañana Mariátegui escribía un artículo para sus diarios— yo trabajaba en lo mío; por las tardes, y buena parte de las noches, teníamos largas conversaciones sobre tópicos diversos. Pasamos juntos un mes verdaderamente agradable y de gran provecho para ambos. Más tarde nos encontramos en Berlín.

El viaje de Roma a Milán tuvo otra escala: unos días en mi querida Florencia. De ahí pasé a la ciudad del Duomo salvajemente masacrada por los alemanes durante la última guerra, donde además de unirme en amistad con el inteligente crítico Raíaello Giolli, intimé con otro gran espíritu cultísimo, inteligente y sensible: el pintor Piero Marussig, nativo de Trieste, de una de las grandes familias de aquella ciudad. Marussig, que había pasado la mayor parte de su vida en París, sentíase en Milán fuera de ambiente. Yo frecuentaba a Sironi, Martini, Tosi, Funi, Carpi y muchísimos otros con quienes me encontraba por las noches en los cafés, ...Buzzi, Dino Campana, Ungaretti, Somaré, Settimelli, etc., etc. También los veía, junto con otros más, en las veladas de casa Sarfatti, o de casa Notari, famosas en aquel entonces porque a ellas concurrían todos los intelectuales milaneses y de paso por Milán, así italianos como extranjeros.

En fin, queda muchísimo por decir a este respecto: sólo quiero agregar que en Alemania pasó más o menos lo mismo. En Berlín me vinculé con un poeta de Colonia, cuyo nombre desgraciadamente no recuerdo —lo que me pesa. Era joven como yo, muy culto e inteligente. Como se especializaba en idiomas —ya conocía y hablaba español, italiano, inglés, francés y ruso—, charlábamos a gusto. Con él pasé muchas horas verdaderamente agradables; se lo presenté a Mariátegui, con quien se entendió muy bien, porque en política tenían los mismos puntos de vista. También conocí en Berlín a muchísimos pintores, todos de vanguardia, frecuentadores de Der Sturm, cuyos nombres se me confunden. Conocí a Chagall y a Archipenko. Con éste nos hicimos muy amigos: él defendió a gritos mi exposición y tuvo una acalorada discusión con un crítico alemán; pero éste habló bien de la exposición, no sé si por miedo a Archipenko o porque le interesaron mis obras. Veinte años más tarde me encontré con Archipenko en Nueva York (1943), y hace muy poco estuvo en mi

taller de París. En mi último mes neoyorquino casi nos veíamos a diario. Allí lo hice trabajar; diez dibujos que expuse en el Museo de La Plata. No pasó nada. Se expusieron también en Buenos Aires, donde tampoco pasó nada. Sólo el pintor Larco adquirió un dibujo por cien dólares. Hoy seguramente cuesta un poquito más... Ningún diario de la Capital Federal publicó una sola palabra.

Mi amistad con Archipenko sigue invariable. Otra amistad, distinta de las citadas, fue la que mantuve con Herwardt Walden, Director de la galería y de la revista Der Sturm: **tipo verdaderamente singular, de gusto no siempre infalible —divertido musicólogo, compuso una** Danza de los alfileres—, **de todos modos inteligente y uno de los que más hicieron en los comienzos por el arte de vanguardia; por eso lo respeto y lo recuerdo con gratitud. Se hizo de una de las más grandes e importantes colecciones privadas de Europa, que Hitler hizo quemar —en la hoguera cayó una obra mía—. Yo había concertado con Walden, para mi regreso a Europa, muchas cosas importantes para mí, que no llegarían a realizarse. El 1º de enero de 1924 llegaba a Paris. Me vinculé allí con escritores españoles, que residían en gran número, y con escritores italianos, algunos ya conocidos en la Península. Fue en la Ciudad Luz donde estreché amistad con plásticos de todas las nacionalidades, incluso argentinos, entre otros Aquiles Badi, Butler, Basaldúa y el arquitecto Prebisch. Con el entonces gran marchand Leonce Rosenberg arreglé un contrato antes de regresar a Buenos Aires por seis meses, para ver a mis familiares. Pero no volví a los seis meses, ni a los seis años. Volví a los veintiocho...**

El sostenido interés de esta prosa nace de su autenticidad: su telón de fondo es una vida rica, intensa, comunicativa, creadora. Vida que supone una constante aventura interior, cuya obra es a imagen del hombre.

ANGEL OSVALDO NESSI

ATILIO BOVERI

La memoria de los hombres suele ser frágil; con fácil ingratitud olvida aún a aquellos que más se afanaron por embellecar la vida, por hacer gratos a sus semejantes los sitios y modos de convivencia. En este sentido los platenses no debieran olvidar a una figura cuyo prestigio en determinado momento, resonó en todo el país y que, en lo concerniente a La Plata, se inquietó por embellecerla y dotarla de jardines, parques, monumentos y obras de arte que proyectan a la vez, un espíritu local y nacional. Me refiero a Atilio Boveri, pintor, escritor y urbanista. Compartió la amistad de ilustres intelectuales, artistas, científicos y hombres públicos. Colaboró con ellos en proyectos y obras diversas. Estas páginas se proponen rescatar el recuerdo de algunas de sus inquietudes y actividades.

Pintor y vitralista

Complacido admiró el público de Buenos Aires, en el año 1921, la exposición de cuadros que en el Salón Nacional realizaba Atilio Boveri, invitado especialmente por la Comisión Nacional de Bellas Artes. Los comentarios de *La Prensa*, *La Nación* y en general de las más importantes publicaciones de la capital argentina, atestiguan la resonancia provocada por el valor de la muestra. Los cuadros, que fueron vendidos en su totalidad, ingresaron en las colecciones particulares del país y en las pinacotecas del Museo Nacional, Museo Provincial de La Plata, Museo Munici-

pal de la Ciudad de Buenos Aires "Eduardo Sívori", Museo Provincial de la Ciudad de Córdoba "Bradan Caraffa" y Museo de Arte Moderno de Río de Janeiro. Más tarde, varios edificios de la capital federal se vieron ornados con vitrales de cristal grabado, que a manera de enormes murales de predominante tono épico, expresan una emoción argentina profunda donde se enlaza la vida moderna con la tradición. Hoy podemos contemplar dichos paneles, realizados en 1939, en el Ministerio de Transporte de la Nación: *La Galera* (6 m. por 3 m.) ocupa el ventanal del cuarto piso; *La Porteña* (6 m. por 3 m.), el del segundo piso, junto con *Feria Norteña* (6 m. por 2.50 m.) y en el ventanal del sexto, *La Rueda* (6 m. por 3 m.). El edificio de Transradio también luce los cristales grabados por Atilio Boveri; ubicados todos en el salón de actos, aluden a los siguientes temas: *La comunicación telegráfica en la América precolombiana* (1 m. por 2.80 m.), *Energías primordiales* (1 m. por 2.80 m.), *Una nueva y gloriosa nación* (1 m. por 2.80 m.), *Para todos los hombres del mundo* (1 m. por 2.80 m.). La Sociedad Argentina de Autores y Compositores de Música ostenta en el *hall de su sede* un cristal grabado por este notable decorador, quien también dibujó los diplomas que otorga dicha institución. *La Tierra* (3.60 m. por 2.40 m.) e *Industria* embellecen la Municipalidad de Morón. Otros cristales están ubicados en la Caja Nacional de Ahorro Postal y una *Historia del calzado desde sus orígenes* ilustra los cristales de la Asociación de la Industria del Calzado en la capital federal; a ellos se suman los pertenecientes a residencias particulares.

En materia de antecedentes biográficos son pocos los que tienen noticia de que en 1900, siendo casi un niño (había nacido en Rauch, Provincia de Buenos Aires en 1885), Boveri trabajó con el maestro italiano Francisco Parisi, de quien fue discípulo predilecto, en la decoración del *plafón* de la catedral metropolitana; de que, en 1912, invitado por el Ayuntamiento, de-

coró la Iglesia Mayor de la ciudad mallorquina de Pollenza; y de que en el centenario se le encomendó la decoración del Teatro Argentino de La Plata.

Sus amigos platenses

En esta ciudad vivió desde muy pequeño y a su vida artística e intelectual estuvo vinculado hasta que le sorprendió la muerte, en el año 1949. Fue amigo de Benito Lynch y dibujó la tapa de la primera edición de *Raquela*. En la revista *Ars*, cuya dirección artística ejercía, aparecieron las caricaturas de la comedia de Lynch: *El cronista social;* porque Boveri fue también diestro caricaturista. En esta rama artística, en 1908 se dieron a conocer algunos trabajos en Buenos Aires; y, en 1914, hallándose Boveri en Alemania, lo contrataron para ilustrar la revista de arte *Jugend* y la revista satírica *Simplissimus*. La guerra impidió el cumplimiento de esos compromisos.

Una larga amistad, que se inició tempranamente, lo unió con Almafuerte. Boveri solía contar el azar del origen de esta vinculación: tenía catorce años cuando al pasar por Tolosa oyó las voces de un hombre que hablaba solo dentro de su rancho; al acercarse vio a un individuo, en mangas de camisa y zapatillas, que se asomaba a la puerta y le dirigía la palabra; no era otro que Almafuerte. Dos horas estuvo conversando con él; a la salida este poeta tonante cortó flores de un rosal cercano e hizo con ellas un ramo para la madre del pintor. Desde entonces fue Boveri asiduo concurrente al rancho, que también era visitado por otros intelectuales de la ciudad; Boveri escuchaba y dibujaba e ilustró muchos poemas de Almafuerte; algunos de sus dibujos fueron atribuídos al poeta quien también era dibujante. Un cuadro de Boveri titulado *El rancho de Almafuerte,* en el cual dos cipreses custodian la entrada a la manera de dos columnas o campaniles de un templo, ha quedado como testimonio del ambiente que por aquel entonces albergó al poeta.

El escritor

Cabe señalar que el mismo Boveri fue escritor. Descontando la obra aún inédita, se suman a sus libros de cuentos *El sapo y otras cosas más* y *Un perro y otras cosas más* y a la novela *Leman y Al-Hem*, una serie de títulos que manifiestan las principales inquietudes de este infatigable trabajador y talentoso artista. Los títulos por sí mismos son reveladores: *El templo de la Compañía de Córdoba* (arte e historia), 1917; *Los cipreses, El arte en los jardines* (arte historia, naturaleza), 1918; *Instituto Nacional de Artes Aplicadas* (pedagogía), 1921, en colaboración con el doctor Raúl F. Oyhanarte; *Desde la bestia al ángel* (ensayo filosófico), 1930; *El trabajo manual en la escuela argentina* (pedagogía), 1930, en colaboración con el profesor Florencio Loyarte; *Las flores en el arte y en la historia*, 1932; *Heroicas jornadas de 1806 y 1807 en Buenos Aires* (historia), 1939, en colaboración con el profesor Isaac R. Pearson; *La Patagonia espera*, 1940; *El Nuevo Mundo* (ensayo), 1940; *La ciudad de los Césares* (historia: develación de un misterio de cuatro siglos), 1945. *Un gimnasio de iniciación vocacional* (pedagogía), 1946; *Transmutación de los cuerpos* (arte transcendente y religión), 1932, donde expone sus originales teorías acerca de la cerámica recordatoria; *El temperamento argentino a través de la historia de América*, 1943, obra premiada en el IV Congreso Americano de Historia y Geografía; *Un jardín renacentista, Parque Saavedra de La Plata* (arquitectura paisajista), obra publicada y comentada por varios órganos periodísticos; *La ciudad arqueológica*, concepción arquitectural para un balneario argentino; *El jardín científico* para las selvas de Punta Lara, integrado por elementos de paleontología, de arte e historia exclusivamente argentino. Proyecto presentado por Boveri en el año 1944, en nombre del Centro de Fomento "Ciudad balnearia y playas de Punta Lara" en el Segundo y Tercer Congresos de Entidades de Bien Público de La Plata, publicado en *Urbanismo práctico y Futura jornada*.

Boveri incursionó también en el periodismo, publicando artículos en *El Día* y *El Argentino* y en la revistas *Ars* y *La ciudad* de La Plata; en *La Prensa* y *La Nación* de Buenos Aires, en *Los Principios*, *La Voz del Interior* y *Suquia* de Córdoba, en publicaciones de Bahía Blanca; fundó la revista *Senda* en la Escuela Normal "Alejandro Carbó" de Córdoba, donde fue profesor, y la revista *Trabajos Manuales* de la Dirección de Escuelas de la provincia de Buenos Aires, donde ejerció como inspector de orientación manual.

Porque su capacidad docente se manifestó también en la cátedra, que desempeñó en diversos establecimientos educacionales. En la Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata enseñó acuarela e inauguró y organizó el primer curso de cerámica. En su viaje de becario por Europa había estudiado además de pintura, arquitectura y las artes del fuego; en 1915, a su regreso hizo los primeros ensayos de cerámica con arcilla del mismo suelo de La Plata.

Pronunció conferencias sobre diversos temas en Buenos Aires, Córdoba, etc. y en nuestra ciudad disertó en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional.

Su actividad intelectual se extendió también al campo de las ciencias. Tuvo la amistad de Ameghino y durante quince años estudió paleontología; por eso pudo reproducir la figura colosal del antarctosaurio. En el periódico *Futura jornada* dice Atilio Boveri:

> **Uno de los más sensacionales espectáculos del paleontológico lo constituiría la representación de este antiguo vertebrado argentino, por ser el más grande que pisó la faz de la tierra.**
>
> **Hace poco menos de cincuenta años, los paleontólogos norteamericanos descubren en su suelo patrio los restos de un animal por cuyas proporciones era, sin duda, el más grande que habitó sobre la tierra: el diplodocus. ¡Un saurio de veinticuatro metros de largo! Era como si el pueblo yanqui hubiese desenterrado un documento profético: la imagen, diríase, de su propia gigantesca pujanza como agrupación humana. La Fundación Carnegie realizó cinco calcos destinados a**

los principales museos del mundo. Al Museo de La Plata le correspondió uno de tales facsímiles. Pero, poco tiempo después, la pala de Ameghino descubría en los suelos patagónicos, Neuquén, dos fémures de proporciones inverosímiles. En tiempos de Agasis, Linneo, y de Couvier, se les hubiera considerado como simples caprichos naturales; tal ocurrió con los restos del megaterio, que pisó el suelo platense y del que sin duda Darwin concreta, luego de sus ya largas deducciones, la sensacional teoría evolutiva con la que se suplanta la doctrina del Génesis.

La única conclusión a que la ciencia había llegado hasta 1936 respecto de los misteriosos fémures del Neuquén era que correspondían a un saurio semejante al diplodocus. Razón por la cual se los ubicó junto a los remos anteriores del gran calco del Museo de La Plata. Y cito dicha fecha, porque fue entonces que me hallaba empeñado en los estudios de una serie de animales del prehistórico de nuestro suelo. Con el doctor Emiliano Mac Donagh y empleados del mismo Museo medimos la longitud del diplodocus: 24 metros. Desde ahí comenzaron mis búsquedas y averiguaciones por los principales museos del país y entre sus más eminentes paleontólogos: los doctores Angel Cabrera, Alejandro Borda y otros, y sólo pude saber respecto de los enigmáticos fémures que se trataba de un reptil semejante al diplodocus: el antarctosaurio. Y nada más se conocía sobre el mismo.

En base a estudios, deducciones comparativas y a concretos métricos, emprendí la reconstrucción del gigante patagónico, afirmando únicamente en la presencia de los dos fémures. Todo ello significó una tarea de ribetes atrevidos; pues, a parte de estar persiguiendo una finalidad eminentemente práctica, acababa de dar con una realidad tan estupenda como indiscutible; que si el diplodocus medía 24 metros de largo, el saurio argentino sobrepasaba fácilmente los sesenta.

Lo cierto es que dos años más tarde y luego de haber ejecutado yo la primera reconstrucción, efectuándose al respecto publicaciones en la revista Aquí Está y en un folleto de la agrupación Bases, la primera en el número del 8 de junio de 1939 y la segunda en el mismo año, se sucedieron las reconstrucciones del antarctosaurio y, lo que más me satisface es que su tamaño quedara fijado en los sesenta metros que yo le atribuyera en mi obra inicial.

Aunque para la ciencia en general este vertebrado aún sea desconocido, el pueblo argentino puede gloriarse por lo pronto, de afirmar sus grandezas presentes y de lo porvenir en los antecedentes que en la vida animal se encarne en ser más extraordinario que pisó sobre la faz de la tierra. Revelación paleontoló-

gica que por cierto, identifica un símbolo supremo; pues estamos ante la verdad de que Dios puso a tales gigantes sobre la patagonia como a símbolos de grandezas insuperables.

Además si imaginamos al fororaco de nuestras antiguas pampas, el ave a la que la ciencia apenas si se atrevió hasta el presente, a atribuirle dos metros y medio de altura; el ave, que debió medir aproximadamente, ocho metros desde los calcañares a su frente; el ave bajo cuyas zancadas retumbaron las planicies prehistóricas de nuestro suelo patrio, llegamos a la desconcertante conclusión que ésta fue la cumbre desde la cual el Todopoderoso atronó: "Hágase la luz!" de su ordenación cosmogónica.

El proyectista y urbanista

Atilio Boveri había proyectado un gran jardín científico para Punta Lara que abarcaría tres faces fundamentales: la ciencia, el arte y la historia.

En la faz científica están reconstruídos los gigantescos animales prehistóricos: el megaterio argentino, cuyo original se encuentra en Madrid, el mastodonte, el fororaco, el antropornis nordenskyold, pingüino de la altura del hombre; dos antarctosaurios formarían un arco y en los bloques de piedra del basamento se leería: "Dios nos puso sobre la Patagonia como símbolo de grandeza insuperable".

La extraordinaria riqueza botánica de la selva de Punta Lara, en lo que se refiere a plantas indígenas o adaptadas naturalmente, serían exhibidas concentrándolas en una zona de fácil acceso; y en un monumento evocativo de su especialidad sería recordado el sabio don Carlos Spegazzini, erudito en criptógamas y estudioso de otros ejemplares de ese bosque. Aparecería en bronce la figura de Sarmiento, fundador de la Sociedad Protectora de Animales, al lado de un nido de hornero de proporciones habitables, al frente de cuya base estaría grabada la siguiente leyenda cuyo texto sería tomado de *Recuerdos de Provincia;* "La casa de mi madre cuyos adobes pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos". Esta construcción sería una sala de primeros auxilios.

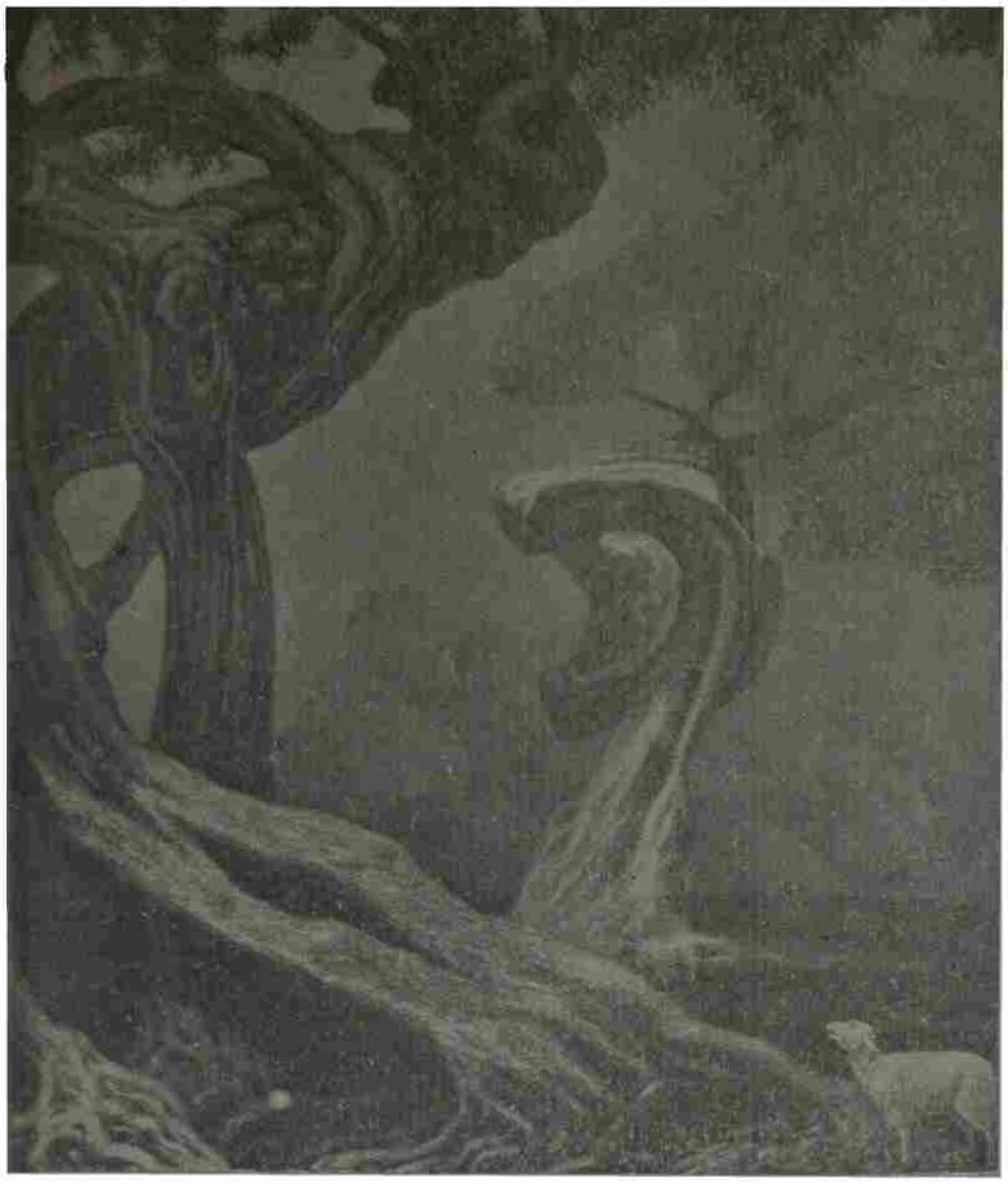
Varias jaulas con pájaros de estas selvas, clasificados para su estudio debían estar próximas al monumento dedicado al escritor y ornitólogo Guillermo Hudson, especializado en los pájaros de esa selva. La fauna fluvial del Río de la Plata estaría expuesta en un gran acuario. Consultado por Boveri el doctor Emiliano Mac Donagh, director del Museo de Ciencias Naturales de La Plata, contestó que con gusto aceptaría la dirección técnica y la conservación del acuario. Al respecto dice Boveri:

> Pizarrón elocuente de aprendizaje y escenario de imperiosa belleza en la forma, la gracia animada escintilar de los colores, para quien ha visto un acuario, nada hay que le sobrepase como regalo para los ojos. El orden de las especies como el tamaño y el temperamento de los ejemplares, exigen ambientes apropiados ya que siempre se lo hace con la doble finalidad de estudio y de pintoresco atractivo. Pues si una simple pecera en oportuna disposición lumínica atesora de por sí los atractivos de su calidoscopio viviente, dedúzcase la escena que importa la gran pecera de cristal que contenga los soberbios ejemplares que viven en el Río de La Plata, o la alberca donde ondule voluptuoso el gigantesco surubí, que bien puede exhibírselo en determinados casos trabado en lucha con la fiera máxima de nuestros ríos de corriente tropical, el espléndido dorado, cuyo solo nombre ya dice de una maravillosa obra de las orfebrerías de Dios.

La faz histórica del proyecto asentaría como piedra fundamental del jardín científico de Punta Lara, en el gran monolito que se yergue a la entrada del Fuerte de Barragán, donde fondearon en 1807 las ciento veinte naves comandadas por Wittlocke, donde los bañados fatales y la hostilidad del pueblo ensenadense impidieron el avance invasor.

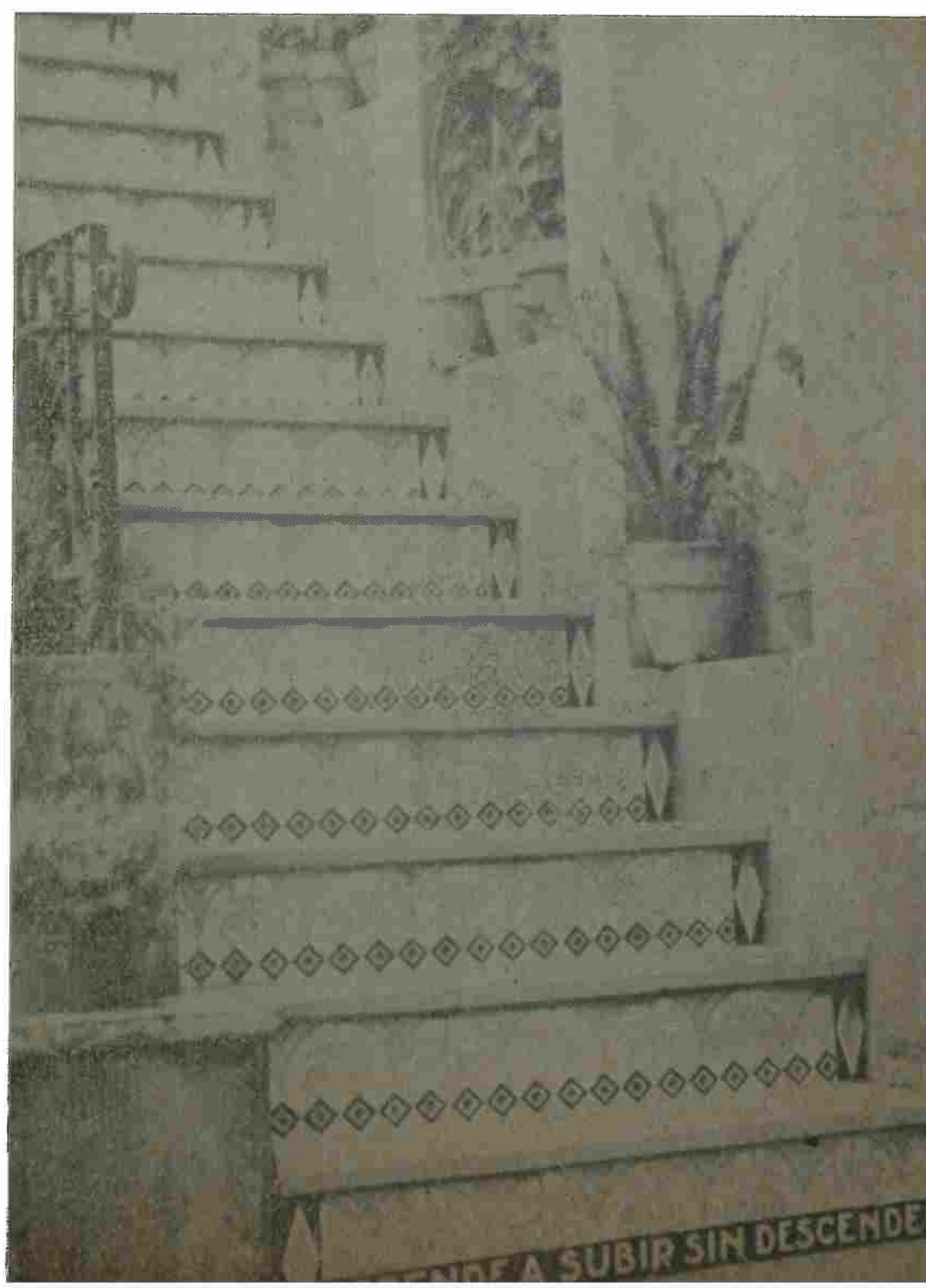
El monumento a don Pedro Duval, héroe de la jornada del 28 de junio de 1807, rico vecino ensenadense, armador y saladerista que en su diligencia se dirige a Buenos Aires a llevar la noticia del desembarco, tendría también en el jardín acorde emplazamiento.

El almirante Brown, la recordación del combate naval de Monte Santiago y de toda su acción frente a



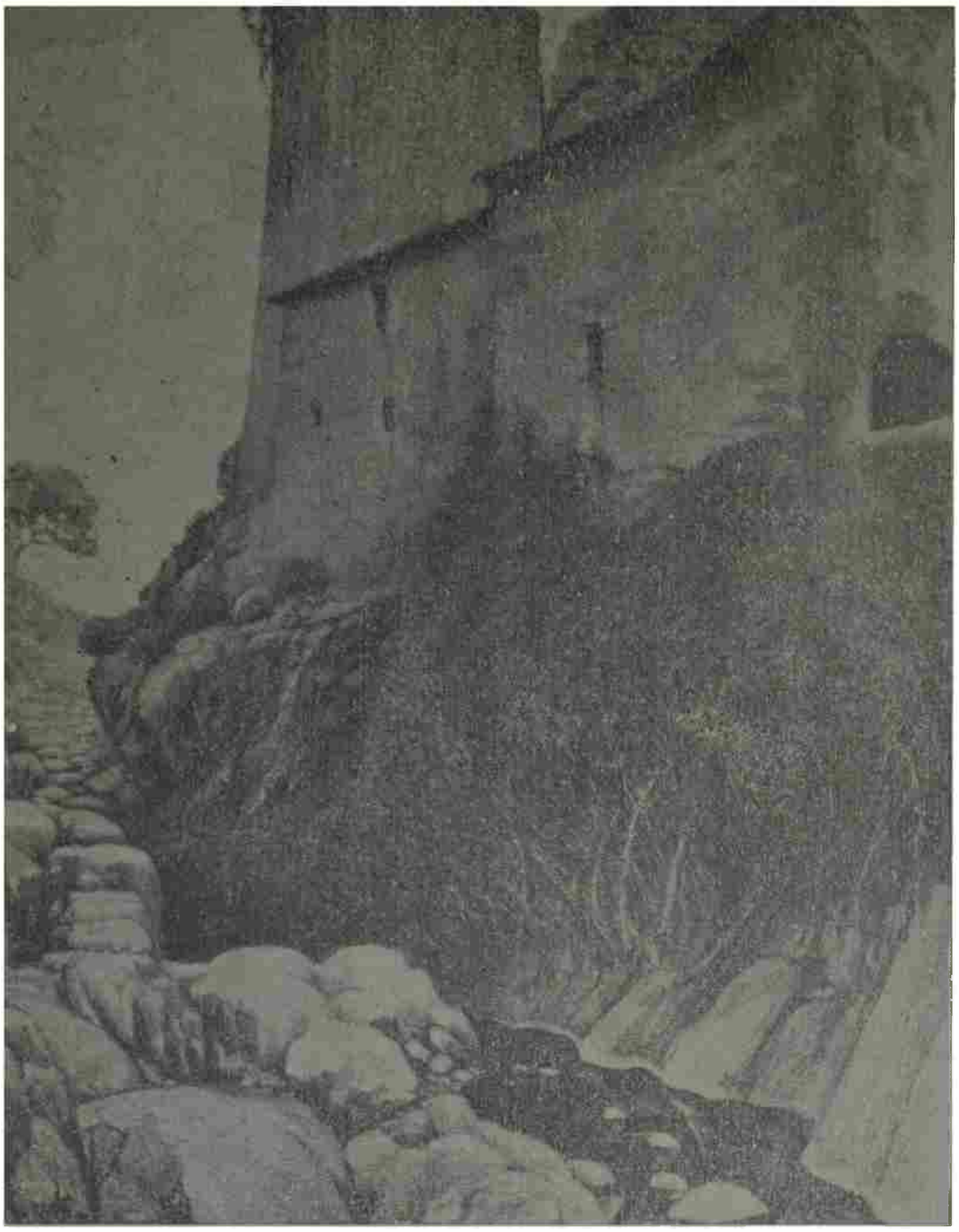
ILUSTRACION Nº 21

OLIVOS (1 m. por 1m.). Témpera sobre madera de Atilio Boveri. (año 1934).

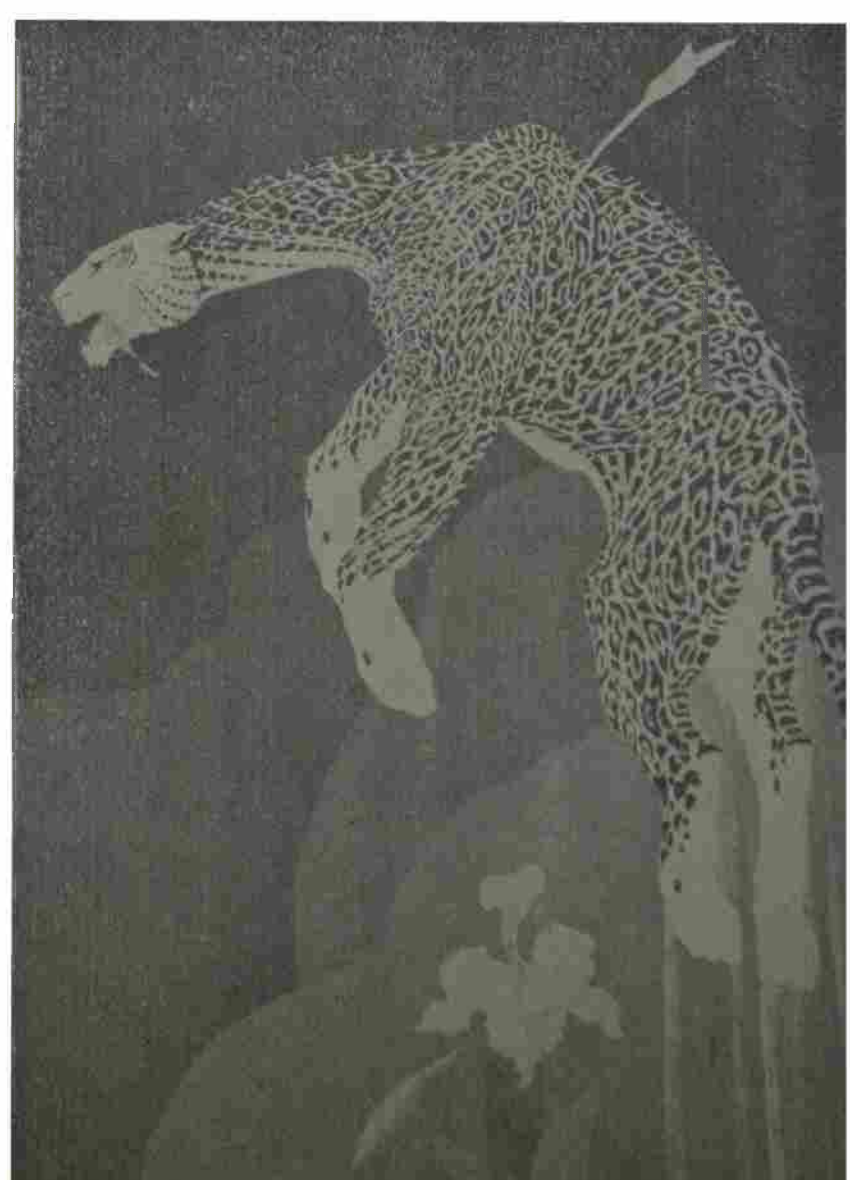


ILUSTRACION Nº 22

Escalera de entrada a la casa de Boveri, en Gonnet. Las cerámicas fueron realizadas por el artista.



ILUSTRACION Nº 23
MOLINO DE CAN'JURA (Mallorca). Oleo de Atilio Boveri (1m. por 1,20 m.). Allí vivió el artista desde 1912 a 1914.



ILUSTRACION Nº 24

JAGUAR HERIDO, témpera sobre cartón de Atilio Boveri (1 m. por 0,70 m.). (Año 1937).

las costas platenses, serían recordados en un monumento.

También habría una nota recordatoria para don Félix de Azara, autor de *Viajes por la América meridional,* primer naturalista que frecuentó estos lugares, mediante una construcción con dos caparazones de glyptodontes tal como las casas que solían construir los primeros aborígenes.

Y, por último, un monumento recordaría al doctor Francisco Cestino, médico que tuvo la visión del gran acontecimiento urbano que sería La Plata.

Atilio Boveri había manifestado en múltiples ocasiones su afán de bien público unido a su amor por la belleza. Cuando vivía en Pollenza, (Mallorca) en la época de becario, fue nombrado hijo adoptivo de la ciudad por las autoridades comunales. Allí había dado funciones de títeres para el pueblo, hizo implantar la luz eléctrica y el teléfono y fundó el Posito de pescadores, agremiación que aún hoy es modelo en esa rama de la actividad humana. La Ilustración Nº 23 incluída en el presente volumen evoca el *Molino de Can'Jura,* óleo de Boveri, que documenta el lugar de su residencia en Mallorca entre 1912 y 1914.

Al poco tiempo de su regreso de Europa fue nombrado Director de Paseos y Jardines de la Municipalidad de La Plata. Durante el desempeño de ese cargo proyectó entre otras cosas, la urbanización de las ocho manzanas del Parque Saavedra de esta ciudad. Se instalaría allí un gran jardín botánico con plantas clasificadas de todas las latitudes y una Escuela de jardinería, cuyos planes expresan parte de sus sueños de la Universidad Artesana y de las Escuelas-Talleres con correspondientes Jardines de Infantes que podrían sostenerse con el producto del propio trabajo.

Siendo legislador el Dr. Raúl Oyhanarte, presentó al Congreso de la Nación en el año 1921 un proyecto para la creación del Instituto de Artes aplicadas a la Industria, obra de Atilio Boveri y de quien dijo en la sesión correspondiente:

> **El señor Boveri es honra de su generación, trabajador tan esforzado y talentoso, que ha de madurar**

para su tierra muchos frutos de claro ingenio y de alta belleza.

Los principales periódicos de La Plata y Buenos Aires dedicaron extensos artículos laudatorios al proyecto de urbanización del Parque Saavedra. Transcribimos un fragmento del que le dedicó *La Nación* con fecha 28 de julio de 1918:

> Sometido el proyecto en todos sus detalles al juicio del ingeniero Thays, ex Director de Paseos y Jardines de la ciudad de Buenos Aires, técnico de reconocida competencia, le ha expresado en una extensa carta al señor Boveri quien ha sabido dice condensar y poner en vigor todos los elementos que pueden constituir una obra perfecta.

Después de otras consideraciones agrega el señor Thays:

> Basado el proyecto en una observación entusiasta y competente de las obras existentes en los centros más privilegiados por la naturaleza y el talento de sus autores, puede servir de enseñanza y estímulo a todos los que aspiran a proyectar y crear cosas bellas, saliendo de la vulgaridad y del error.
>
> En las descripciones que contiene, la obra presenta claras razones sobre los efectos que pueden obtenerse con la debida ubicación de distintas clases de árboles y plantas decorativas, asociadas a los monumentos y demás elementos arquitectónicos y escultóricos, con la utilización tan necesaria y variada de las aguas. El aprovechamiento de los efectos de luz y perspectiva son tratados con amplitud y acierto, habiendo el autor admirado, comprendido y estudiado lo mejor que desde muchos siglos se ha hecho en Europa.

El mismo Boveri fundamenta las razones de la concepción de dicho jardín, diciendo que:

> El papel de un jardín no es sólo el de producir flores, su objeto moral es mucho más alto. Bastaríanos solamente ver los del Renacimiento, para darnos cuenta de todo el valor espiritual, práctico y moral que organizó las sociedades de aquella época.
>
> El arte de la construcción de un jardín, que aún se halla en su infancia entre nosotros, demanda la nece-

sidad de la existencia de uno de ellos, donde el visitante pueda apreciar y distinguir con claras clasificaciones, el estilo de las obras de embellecimiento.

La Revista *Augusta* de Buenos Aires, del 11 de abril de 1919, en el artículo titulado *El arte de la naturaleza* de Pedro V. Blake, se ocupa de este tema y lo ilustra con algunos bocetos del proyecto. Reseñamos esquematizado el comentario.

Este proyecto —dice entre otras cosas— se singulariza por la presencia de dos elementos frecuentes: el ciprés y el agua. Con respecto al ciprés, sabíamos del amor de Boveri hacia tal árbol a través de sus cuadros. Además de los veinte mil árboles de distintas especies que hizo plantar en La Plata, los cipreses que hoy se ven en Gonnet fueron plantados por sus propias manos o son el fruto de las semillas que repartió entre los pobladores de la zona. En el Parque Saavedra, además de la elegancia de su esbeltez, pondrían la nota oscura sobre la que destacaría la luminosidad de los mármoles.

Una atención muy especial puso Boveri en la distribución de las aguas, tanto en lo que al riego se refiere como a su valor decorativo en lagos, estanques, surtidores y saltos, estudiando con detenimiento la "hidráulica que idearon para ello los alarifes de Granada para deleite y solaz de sus grandes señores; el capricho voluptuoso que existía en las cámaras reservadas de los fastuosos palacios asiáticos y el natural y majestuoso encanto de las villas romanas".

La línea recta preside la concepción del parque y sirve para poner en valor algunas curvas fundamentales.

Un angosto y largo camino bordeado de cipreses configura la entrada al jardín, un gran estanque en el centro multiplica en su espejo el paisaje. El centro de este estanque de treinta metros de diámetro es un tazón y es a la vez el centro de atracción de la mirada; desde allí se ve un intercolumnio como el que existe en la Villa de Este; allí se colocaría un órgano, en una gradería podrían ubicarse mil quinientas personas.

Hacia los costados se elevan dos montículos. Uno dedicado al sabio Ameghino y el otro a Almafuerte. Los restos de Ameghino descansarían en un sarcófago de basalto bajo la cúpula de un templete al que se llegaría por una amplia escalinata; todo ello en estilo Renacimiento. Cascadas de agua se precipitarían de una a otra pilastra, ornadas a su vez por mirtos recortados en forma de círculo. El hombre pampeano y el hombre evolucionado, como símbolos permanentes de la obra del sabio, custodiarían la entrada al templete.

El monumento dedicado a Almafuerte, por su estilo medieval y la presencia adecuada de los cipreses, tendría un carácter místico. En la base de la escalera de granito azul llevaría grabados estos versos de *El misionero*

Zozobrante, vencido, en agonía,
un siervo del Señor cayó postrado.

Un templete al estilo romántico recordaría la memoria de Francisco de Asís porque "un jardín de esta naturaleza tiene que ser cátedra viva y escuela de refinamiento espiritual donde no deben primar determinadas tendencias filosóficas".

No estaría ausente lo autóctono, lo americano, representado por un magnífico arco con bajorelieves de granito y grupos escultóricos de bronce "representando escenas y ceremonias religiosas; danzas y liturgias divinas y bárbaras y gran cantidad de sacrificios, ídolos e inscripciones. Este arco está al final del camino "Avenida de los Poetas" a cuyos lados guirnaldas de rosas mosquetas, unen de trecho en trecho pilastras de mármol rematadas en bustos de poetas americanos.

Múltiple y variada es —según habrá podido advertirse— la personalidad de Atilio Boveri. Las Ilustraciones que en este volumen llevan los números 21, 22, 23 y 24 testimonian al plástico. Estas líneas significan solamente un acercamiento a algunas de las facetas que configuran otras gamas de su labor intelectual.

Es mucho lo que hizo. Alguien escribirá el estudio detenido y amoroso que su vida y obra merecen. Y será justicia.

MARÍA CONCEPCIÓN GARAT

QUINTA PARTE

ALGUNAS MANIFESTACIONES LITERARIAS

EL ESPÍRITU TEOLÓGICO DE ALMAFUERTE

Y sucedió hacia el año XIV, urbis conditae, que apareció un león en La Plata, un genuino león de imponentes rugidos, el cual andaba en el noveno lustro de su edad. Y era su nombre Almafuerte. Y no se había visto nunca un león tan sabio y tan valiente, ni tan obedecido de los elementos. Rugía, y era el huracán. Pestañeaba, y era el relámpago. Callaba, y era casi una amenaza de Dios. Este león maldecía a los poderosos y daba testimonio por los pobres. Rugía santos, santísimos odios de su alma fiera; odios que eran sólo inmensos amores. Pues en viendo una llaga, luego se acercaba como para lamerla y acariciarla en el nombre del Señor, a quien pertenecía en definitiva este león de ensañamiento. Era así un león del Señor, un hermano león, hermano de leche de San Francisco. Y tenía su cubil en La Plata, ya que Dios lo había destinado a los términos de aquella tierra nueva y llana, para que rugiendo mucho, conjurase los peligros del horizonte y pusiese como un círculo de llamas en todo el contorno. Y había de caber en su voz, por especial concesión de los cielos, la adoración y la blasfemia, mas con tal arte concertadas, que, en tales plegarias imprecatorias se exacerbara el ansia de los reinos de justicia y de amor que un día se asentarán, y fuesen así como un consuelo fuerte para los oprimidos y los débiles. Y estaba patente, mucho, mucho, en todo esto la bondad infinita de Dios que hasta se deja blasfemar para consuelo del hombre.

Arturo Capdevila, "Almafuerte, león de Dios". (En **Loores platenses. VI**).

Su bondad era proverbial, su generosidad sin límites... Su pobreza fue, casi siempre, franciscana. Amaba a Cristo, discutía con Cristo, lo desafiaba. Un día, mientras nos leía "Trémolo", sentado a su mesita, fren-

te a un crucifijo de metal, por poco lo decapita a manotazos.

(¡Ah! Don Pedro era poeta...).

Don Pedro hacía, cuando estaba en vena, ante sus amigos, disertaciones pintorescas que lograban, a menudo, altísima elocuencia... Contadas veces permitió que se le contradijera, siendo él la contradicción misma. Sus admoniciones eran apocalípticas, sus juicios, lapidarios...

¿Pero dijimos qué era poeta? Don Pedro —como se le llamaba familiarmente en La Plata— firmaba sus trabajos con un seudónimo: Almafuerte.

Rafael Alberto Arrieta: "El poeta". (En: **La ciudad del bosque. Viñetas platenses).**

Pedro B. Palacios es el único escritor argentino que ha logrado formar una secta: la de los almafuerteanos, lo que ha impedido que su obra sea estudiada con seriedad; la rivalidad en el monopolio de las alabanzas, las ráfagas de apología y ditirambos han oscurecido su verdadero rostro. Siguiendo el impulso fundamental de toda secta, sus componentes han dado vuelta el sentido de las frases que el maestro escribió. Así, cuando Almafuerte, con impar sinceridad, tan insólita en nuestras latitudes, exclamaba: "*¡Soy el que ya no es! soy el trasunto/De la soberbia de Satán domada!*", Julio Cejador, en lugar de Satán, leía San Miguel Arcángel y anotaba esta desconcertante inversión en las apasionadas páginas que le dedicó en su *Historia de la Lengua y la Literatura Española.*

A la secta de los feligreses hay que enfrentarle la de los detractores, tan numerosa como la primera y de la misma temperatura, la que, sin leerlo, lanza insultos al voleo en nombre de creencias cuya generosidad ella se encarga en desmentir. Entre ambas, yace plácida, con aire sapiente, la de los agnósticos que le conceden el título lastimero de poeta de una época de transición, como si todas las épocas no lo fueran; y en fin, espíritus proclives a la simetría lo han parangonado con Whitman (el poeta más opuesto), con el caritativo propósito de dignificarlo. De cualquier modo, hay un hecho: Almafuerte es el único

"caso" de nuestra república literaria y es, juntamente con Hernández, el poeta más leído.

En los últimos años, ha sido estudiado con menos garrulería, pero con más inteligencia y amor, y si bien los bandos intransigentes persisten con obstinación en los adjetivos beligerantes, otros han ido desentrañando en su obra, un poco montaraz, un valor que siempre será sorpresivo. Hasta la revista *Sur*, de tan incorruptible compostura, le rindió un homenaje en el centenario de su nacimiento, con sendos ensayos de Mastronardi, Prior y González Lanuza.

Borges, en una nota importante y discutible, publicada en *La Nación*, lamentó que Almafuerte hubiese vivido en una época adversa y que el destino le deparase suburbios, polvaredas, zanjones y compadritos. Es precisamente en esas monótonas diversidades del país donde se nutrió su obra y esto hay que agradecérselo al destino. Su arte es la forma de esa experiencia.

Almafuerte pudo perderse en la literatura, que en aquellos años era vistosa y superficial, (*El Misionero* es del mismo año que *Los Crepúsculos del Jardín*), pero se topó con la vida cuya imperfecta grandeza salvó su obra. En sus versos se advierte, trasmutado en desgarramientos, el andar por los pueblos bonaerenses, con sus remolinos de tierra, los amigos presos, los comités y el periodismo de *rompe y rasga*. Al acentuado estetismo de aquellos días, respondió con una ética agresiva.

Su opinión del modernismo está de acuerdo con su belicosa naturaleza moral: "El modernismo no es más que la saciedad, el hastío, la insensibilidad de las maneras conquistadas —que llamamos clásicas— por lo mismo que ya están consagradas y aprobadas como buenas; el instinto de que lo nuevo es más eficaz que lo ya conocido porque se maneja con más amor y con más brío; el resultado de haberse conseguido una facilidad tal para hacer belleza que ya no se sienten ni esa belleza ni el deleite de producirla" (*Evangélicas Completas*, Claridad, pag. 96). "Es un grotesco murciélago dorado" (citado por Cejador).

"He venido a salvar a las letras del afeminamiento" y "Lugones es un Almafuerte para señoras" (Bonastre, *Almafuerte*, pag. 17). "Yo no soy un literato: soy un predicador. Los señores Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Jaimes Freyre, M. Calandrelli y otros muchos de la estirpe admirable de estos caballeros, me llenan de pavor..." (*Obras de Almafuerte*, Ordenadas y anotadas por R. Brughetti. Peuser. Pag. 575).

Pasó el modernismo a cuyo prestigio fue impermeable ya que en su obra resuena el viejo verso español, descarnado y coral, nutrido de preocupaciones morales.

Acostumbrados a una poesía de excitaciones sensoriales, a una poesía pura o totalmente impura, la de este vate nos resulta, por momentos, pesada y chabacana; pero el gusto no es un elemento esencial en la historia del arte, conforme lo advirtió Croce y la evidente carencia de "gusto filológico" no ha podido mellar la perdurabilidad de su obra. Y no me refiero al empleo de expresiones como: pupas, espumarajo, babas, res, bubón, tripas, recua sarnosa, hediondo bofe, covacha... que suelen dar a sus poemas esa belleza patética y numinosa que encontramos en las Escrituras, en Dante, en Baudelaire, en muchos poetas modernos sino, precisamente, a aquellas que elige como bellas significativas pero que, incrustándolas mal en el verso, destruyen su encantamiento. En todas las palabras halló una potencia de belleza, una tensión que se debía manifestar, pero este valor absoluto no siempre aparece en sus estrofas. Abusó de la fealdad, pero ninguno como él ha descendido al fondo de nuestras conciencias; ninguno tiene esa ferocidad moral que lo asemeja a un Savonarola pampa; ninguno tiene tan ricas y profundas intuiciones sobre el alma y el destino humanos que le dan el tono de un teólogo herético o lo acercan a moralistas tan rigurosos y desolados como La Rochefoucauld y Pascal; ninguno realizó la unidad de vida y poesía; no puede dudarse que es el más complejo de nuestros escritores, como se ha dicho.

En plena Profanidad, cuando la voz de orden era *Enrichissez-vous* y el alberdismo monopolizaba el panorama del pensamiento, cuyos reflejos, los refinamientos decadentes, eran la norma estética, este varón traicionó la fiesta del progreso. Sus problemas son de orden teológico y moral y sus preocupaciones, centradas en el origen del mal y la predestinación de las almas, condujo su espíritu hacia el fundamento de la teodicea.

El problema del mal está en el fondo de toda conciencia religiosa y Almafuerte es, por encima de todo, un hombre eminentemente religioso. Si se indaga su obra se verá cómo aparece conturbada por el espectáculo triunfante del mal y cómo el hombre es impotente para resistirlo. Creo que éste es el problema esencial de su obra. Esto lo indujo, lógicamente, a preocuparse por la libertad, ya que sin ésta no podría existir aquél. En esta pendiente interrogativa sobre los límites de la libertad humana se encontró con la criminología. Todo hombre que se plantea existencialmente el problema de la libertad, tiene, por fuerza, que adquirir el misterio del crimen y las extrañas fuerzas que lo impulsan. El criminal marca el último límite de la libertad; más allá sólo se siente la tempestad de las fuerzas irracionales e inasibles. Versos y prosa testimonian esta angustia; y en un poema originalísimo, *Gimió cien veces*, como en el Canto XV de *El Misionero* lanza sus lamentos sobre los condenados que descendieron al abismo "con la mente llena de lumbre/y el corazón maldito lleno de sombras".

Los grandes penalistas italianos de la centuria pasada y de principios de la presente, lejos de adiestrarlo, avivaron el interrogante de su vida y lo descaminaron al no responder decisivamente a sus preguntas; lo condujeron a la investigación del delito, que es el aspecto social del mal, y al demorarse en él, concluyó por desconocer la ley y el derecho. No dijo como Proudhon que en todas nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la teología, pero lo sentía para la política y para la vida. Ignoro si es verídica una anécdota referente a Alejandro Korn, que en

una oportunidad le aconsejó a Palacios que estudiase filosofía a lo cual éste respondió negativamente porque ese estudio podía implicar la pérdida de su autenticidad. A cuantos deseen un Almafuerte más sistemático y con una cosmovisión más nítida, les hubiese alegrado verlo entregado a especulaciones metafísicas; es probable que ello hubiera organizado y aliviado su desesperación. Pero un poeta no tiene que responsabilizarse de un sistema racional de ideas, sino de sus intuiciones. Adscribirlo a una corriente filosófica puede significar una mutilación. (1)

*

Almafuerte no constituye excepción a quienes, al negar la responsabilidad, niegan la libertad y al rebelarse contra la idea misma de la libertad terminan por rebelarse contra Dios y el cosmos. No dirá como los maniqueos que Dios no puede sobreponerse al mal o con los teólogos que creen en una limitación del poder de Dios, ni llega al ateísmo por considerar incompatible la existencia de un Dios todopoderoso con la existencia del mal. Dios es responsable del mal, para Almafuerte. Cree que lo permite y no da posibilidades al hombre para resistirlo; que agrava la condición humana al dejarle abiertos "los ojos de la conciencia/para juzgar sus propias aberraciones". En una de sus *Evangélicas* se deja persuadir por esta triste reflexión: "La libertad de pensamiento y acción es el

(1) Mastronardi, ("**El pobre Almafuerte**", **Sur**, julio-agosto de 1954) y (**Formas de la realidad nacional**), se asombra que los abogados de la moderna angustia se hayan abstenido de inscribir su nombre en el pórtico existencialista. Cuando publiqué una nueva teoría de Almafuerte (en **Los Anales**, nos. 18-19, agosto-setiembre de 1947), expuse los problemas fundamentales que lo vinculaban al existencialismo, sin mencionar a éste por no rendir un tributo a la moda. Posteriormente, otros lo han considerado un precursor de esa filosofía (E. González Lanuza-**Sur**, julio-agosto 1954). Quiero subrayar, de paso, que la tesis de Sartre en **Las manos sucias**, que no es más que la magnificación y dramatización de la expresión italiana **politica sporca**, ya Almafuerte la había extendido a toda la vida, en una cuarteta de concisión epigramática:

peso más formidable que puede caer sobre las espaldas de un hombre". Dostowiesky, a quien, por cierto, Almafuerte no leyó, había escrito algo semejante y un político moderno, en el fulgor de sus inspiraciones demoníacas, especuló con más amargura y terror: "Yo vengo a libertar al hombre de la libertad porque es una carga demasiado pesada para su conciencia".

Mucho barro hay que batir
De la cuna hasta el sepulcro,

No hay oficio menos pulcro
Que el oficio de vivir.

Pero la suciedad de la política no difiere de la suciedad de la vida, si se percibe más es porque está colocada en un escenario.

El Dios de Almafuerte es una potencia inhumana y oscura. No es cristiano, como se ha discurrido con insolvente pereza. Almafuerte se siente mortificado al admitir su infinitud y omnipotencia. Su convicción del poder inmensurable de Dios, lo coloca en el centro del más árduo problema de la teología, en el punto de intersección de la presciencia y la causalidad divinas con el libre albedrío y él, que se planteaba los problemas abisales que desesperan a los hombres, sin haber frecuentado seguramente, a los filósofos, los resolvía en contra de la libertad; el intercesor del hombre, negaba la libertad del hombre; el antagonista de Dios, lo rodeaba de una omnipotencia sorda y cruel; el gran misericordioso, le adjudicaba una justicia sin misericordia y calvinista:

¿Desde la Luz primera no estaba escrita
profunda, palpitante tu hora malvada?
¿O la menta suprema no es infinita
ni dirige los tiempos, ni piensa nada?

Somos los anunciados, los previstos.
Si hay un Dios, si hay un punto omnisapiente,
y antes de ser, ya son en esa mente
los Judas, los Pilatos y los Cristos.

Por considerar a Dios con un poder tan ilimitado e incompartido, lo opostrofa en el *Trémolo* y en *Perlas*

Negras y, en esta batalla, confiesa su desesperada impotencia; su condición de ángel rebelado que quiso posesionarse de la humanidad para formarla a su antojo y ha sido aplastado.

Los hombres tienen conciencia del mal y lo repudian, pero ¿qué fuerza los impulsa hacia él? ¿Por qué el Omnipotente no lo suprime? (Nótese que en el universo religioso de Almafuerte, la doctrina semítica del pecado original no tiene lugar). ¿Por qué tolera que "una mano brutal, que un brazo enorme/Nos hunda en lo soez"? Se siente un eco del *"Poter che ascoso a comun danno impera"*, pero en el pesimismo transcendental de Leopardi, la salvación consiste en naufragar en la infinitud de la muerte total, fin nihilista que no conforma a Almafuerte. Como veremos, él preferirá la insurrección.

Demasiado iracundo para pedir a Dios que una sus consuelos a su dolor, para sufrir como buen cristiano, como rogaba Pascal, grita desaforado. "Dios adusto, Dios frío, Dios con libro de entrada y salida como un carcelero, Dios que necesita del Dolor, Dios que inventó las lágrimas/Vete a tu Olimpo!" Y agrega brutalmente: "¿Cuándo dejarás de ser silencioso como el capataz de un ingenio de azúcar o de una cuadrilla de camineros?" Y si emplea la palabra capataz, en un alarde de compadrada, no es tanto por su discutible silencio, cuanto por el mortificante insulto que implica.

El mundo es una cárcel y Dios su carcelero; ésta es la sombría imagen de la tierra. Almafuerte se propone enmendar a ese "tirano sin control" que lo gobierna, reducirle el poder mediante la pedagogía del insulto. Como no cree que la introducción del pecado en el mundo sea obra del hombre, se lo atribuye al Todopoderoso. El hombre actual, Adán, "en vano exhala blasfemias de Titán. /Al monte asido...", ya que su vociferación no amengua su impotencia. Para salvar al hombre, Almafuerte tiene que refugiarse en el sueño brahamático y teosófico de una segunda naturaleza, cuyo advenimiento ocurrirá en mil siglos. Sin embargo, no anhela un mundo burgués y apacible. Su

dramatismo religioso rechaza la felicidad, "consigna del cobarde y del tirano", como lo acuña con rigurosa precisión, y

> **La perfección en sí del cuadrumano**
> **tal vez hubiese suprimido al hombre.**

Alude constantemente a la agonía del ser humano: "El estado perfecto del Hombre es un estado de anhelación, de tristeza infinita; una tremulación interrogante de tentáculo"; canta en sus poemas: "el ser hombre es gemir"; intuye en las Evangélicas que la felicidad humana no ha entrado en los designios de Dios; que la angustia es la condición sustancial del ser del hombre; que las ideas proceden del sufrimiento.

Todas sus páginas están ligadas al destino del hombre y del mundo. Hubiera querido concentrar su universo sólo en el hombre, pero a cada paso se encuentra con Dios y por eso su obra no puede ser una antropología, como el hubiera deseado, sino más bien una apologética al revés. No asombran, pues, sus arrebatos contra la pureza, la razón, la caridad, la justicia, la misericordia. Esta insurrección contra el mundo y el destino humano, esta asimilación reiterada a Luzbel, nace de los repliegues de su conciencia cristiana. Su rebeldía, empero, no tiene afinidad con la del Caín o la del Demonio de Baudelaire, ni menos con la del Satán progresista de Carducci. Al leer el *Trémolo,* me atrevo a recordar el *Prometeo* de Goethe. Análogas invectivas, pero en el poeta alemán son de desprecio y en el argentino de indignación; Goethe parte de una fuerza plena y dichosa, sin sombra de dolor ni amargura; plenitud que le permite formar a los hombres a su imagen. En Almafuerte, el clamor es la voz de un predicador fracasado que para *re-hacer* a la humanidad se ve forzado a destronar, previamente, a Dios.

El hombre de Almafuerte no va a la redención por el sufrimiento, marcha a la rebelión. En su sistema, el Dios despótico no se interesa por conducir a los hombres hacia la beatitud, por eso lo denuncia como "espantajo", "comodín y nada más", "viejo Buda milenario". Considera al hombre aquí y ahora lo

que implica que su geografía cósmica carezca de un lugar de condenación o salvación concretos. Para el cielo y el infierno sólo tiene sarcasmos.

En Dante hay un mundo, en Baudelaire una urbe de condenados, (hablo de estos dos grandes poetas cristianos porque a Almafuerte, siempre y erróneamente se lo ha considerado cristiano), pero en Dante, como ocurre en el dogma católico, el arrepentimiento y la purificación conducen a la gloria. Dante no se rebela contra el orden de la Creación y pone su voluntad al servicio de los planes divinos; si anatematiza a los hombres y les distribuye castigos, es porque escogieron el mal por el camino de la libertad. Dante exclama en el primer cielo: *E' n la sua volontade é nostra pace* y Almafuerte concluye *El Misionero*: "Que yo luché con Dios que te moldea". Su actitud frente a Dios y a la Creación es la de un constante motín, de ahí que su humanidad tenga dos únicas rutas: el fracaso y la sublevación, o postergar la realización de sus sueños en el tiempo, muy diferentemente a la visión de los profetas y a la apocatastasis de San Pablo.

Hay en el Canto VIII de *El Misionero* seis cuartetas de gran significación. En ellas se contradice a sabiendas y ataca el problema del mal en forma desusada, aunque "sin ver en su razón, razón humana". Alega que el mal debe rodar al centro de las llamas "para salvar de su contacto al mundo". Esta es la concepción de dos cristianos modernos: Baudelaire y Dostowiesky. Según ellos, a cada crimen, corresponde un castigo; para el autor de los Apóstrofes, a cada delito, una lágrima de llanto. Mas a pesar de ser él mismo quien subraya esta contradicción, no es tal dentro del círculo de su teología moral. Tanto para Baudelaire como para Dostowiesky, esta idea mística del castigo, tiene por fin salvar al culpable, no a la sociedad, al menos materialmente. En Almafuerte se justifica este aparente abandono de su sistema penal, porque éste es el canto de la personalidad. Señala con honda intuición que el mal quiere verse realizado y coronado, la personalidad del criminal debe cum-

plirse como la del genio; también él tiene su corona: el cadalso. Esta glorificación, a la inversa, ha de realizarse para que se cumpla el plan de las causas finales. El extraño misterio de estos versos nos lo demuestran:

Hay un fin, hay un plan, hay un camino,
hay un punto de vista, hay un miraje,
hay un afán de búfalo salvaje....
el afán migratorio del destino......

La confusión y el tormento que le producen el hombre condenado, incita su reacción contra la justicia y el derecho; el delito no amengua el valor moral de un ser humano, no significa una *capitis diminutio*:

Yo derramé con delicadas artes
sobre cada reptil una caricia,
no creí necesaria la justicia
cuando reina el dolor por todas partes.

Con sublime, suprema Democracia,
cualquier hombre fue hombre en mi presencia.
No dividí jamás en mi conciencia
cual un escriba infame, la desgracia.

Niega la ley moral, en nombre del dolor y levanta, sobre la imposible justicia, una forma superior de derecho: la piedad. Estos versos, como los siguientes, serán siempre consoladores para cuantos se hallen desolados; son relámpagos evangélicos, paráfrasis del Sermón de la Montaña que el vate despliega como un lábaro:

Yo no sé de razón ni de justicia,
sólo quiero saber que soy tu hermano.

Yo tendí sobre todos como un manto
Mi noción supersabia del derecho,
Dije que a cada mácula de un pecho
Corresponde una lágrima de llanto.

Su angustia y su desesperación proceden de no poder conciliar la antinomia de la gracia y el libre albedrío; esta agonía ha dado a su poesía esa sustancia tan

considerablemente humana, que le proporciona apasionados lectores aun entre las masas más ignorantes que reconocen, en esa voz llameante, la de un poeta que supo interpretar el destino trágico de sus vidas.

Almafuerte quiere que el destino de la personalidad se cumpla hasta en el criminal, que cada vocación se realice en toda su plenitud. Nuestra verdad es nuestra única razón, nuestra suprema ley. Ignoro si le llegó algún eco de Max Stirner, exaltador hasta el paroxismo de la individualidad; es presumible que se haya dejado tentar por las palabras de San Agustín, a quien tanto preocupó la predestinación: *In interiore homine habitat veritas.* Pero para el santo, yace la verdad objetiva en el fondo de cada conciencia; para Almafuerte denigrador de ésta, nuestra verdad es nuestra ley. Pudo agregar que los crímenes se cometen (o existen, acoto) en virtud de la ley, repitiendo las modernas palabras de Séneca: *Ex senatus consultis et plesbicitis scelera exercentunt;* corroboradas con sus palabras: *"Porque la felicidad consiste en vivir cada uno su verdad. Como la sociedad ha labrado una sóla verdad para todos, a unos les viene estrecha por demás y a otros demasiado holgada. La más perniciosa de las manías del hombre es legislar y legislar no es más que perjudicar la variedad".*

Es enemigo de todo sistema moral que destruya la autenticidad, el impulso propio, la recóndita verdad:

> **¿Qué moral puede ser esa siniestra**
> **que mata todo impulso en la criatura?**

Dios ha puesto las pragmáticas del bien delante de los ojos humanos para que sepan la conducta que deben seguir, pero ¿quién puede arrogarse el derecho de condenar a quienes obran de acuerdo a su naturaleza? ¿Se puede condenar a los chacales porque no actúan como corderos? El mismo Dios carece de esta potestad porque no puede crear al león y exigirle que viva como un buey. Rechaza la sentencia divina basada en el pecado y la expiación y pone a las potencias celestes en la balanza de la ley, como si él fuera la

Justicia implacable y eterna, que ensalza el coro de Esquilo, la Moira, colocada encima de los dioses, limitando su voluntad.

Excepcionalmente ha condenado al mal, pues su norma es conceder lágrimas y misericordia al desdichado. En esta desolación y congoja que le deja la libertad, se yergue impasible contra toda distinción, anunciando la inexistencia del bien y del mal:

> que tu bien y tu mal son palabras
> resonantes palabras vacías,

y extiende para el hombre los límites de su impulso no coartado por ninguna ley, sino por la propia razón de ser. Más allá del bien y del mal, predica para los hombres la misma libertad que tienen las fuerzas y los fenómenos de la naturaleza:

> ¿Por qué le ha de dejar el universo
> vasto campo a la luz para que vibre,
> y el corazón de Adán no ha de ser libre,
> y el alma ha de rimarse como un verso?

Esta amoralidad de la naturaleza, librada a la necesidad, debe ser el espejo del hombre. No todos los seres humanos son iguales ante la ley —diré heréticamente— y una ley que a unos les va bien a otros les ajusta. "Una misma ley para el león y para el buey es una opresión". (William Blake). ¿Por qué se ha de dejar de ser lo que se es para aparentar ser lo que no se es? El Canto XV de *El Misionero* proclama la libertad absoluta, la independencia del espíritu irresponsable.

El dejar de ser es lo que ha desdeñado. Se obstina en este pensamiento: "Nadie quiere dejar de ser lo que es, porque morir no es más que pasar de un estado a otro y dejar de ser lo que se es, implica entonces la muerte. De esto se deduce que ni siquiera en pensamiento se puede ser otra cosa que lo que se es". (*Evangélicas,* edic. citada).

El criminal ha de culminar su vocación, el tigre y la víbora han de continuar insumisos a la protección y a la denigración imperial del hombre. Blake presintió la grandeza de estas energías que escapan a la codifi-

cación de los impulsos: "*The roaring of lions, the howling of wolves, the raging of the stormy sea, and the destructive sword, are portions of eternity too great for the eye of man*".

Almafuerte, que ha abogado por la permanencia del ser, se ha dejado seducir, intermitentemente, por un evolucionismo teológico, según el cual el mal no es más que un instante en la evolución del bien y todas las especies marchan hacia la beatitud, hacia su *angelización*. En una nueva naturaleza, de carácter paradisíaco, el tigre se comportará como una oveja y la serpiente como la paloma. Ni siquiera Isaías, al profetizar el reinado del Mesías, habla de un cambio en el ser, sino que predice la paz entre el lobo y el cordero como consecuencia de estar toda la tierra llena del conocimiento de Dios. Este éxodo de la naturaleza, encabezado por el hombre hacia su perfección total, está inspirado, seguramente, en el evolucionismo darwiniano y en el superhombre de Nietzsche aunque sus consecuencias finales se parezcan a la mística visión pauliniana. Son sus palabras: "La evolución de las especies hacia el amor angélico; el éxodo hacia la realización completa de lo justo, de lo bello y lo inofensivo; el viaje de ese lírico que palpita dentro del lodo de las necesidades físicas hacia un imperio de luz; el despertamiento y la materialización de móviles que no son ni hombre ni sexo, en medio de las groseras manifestaciones de la vida y a pesar de todas ellas; la lucha eterna de algo eterno que quiere triunfar de lo evidente y brutal. El ser humano, cabeza de la columna de semejante evolución, quiere ser bueno y quiere parecer bueno, quiere ser alma y quiere parecer alma, quiere ser ángel y quiere parecer ángel...". (*Evangélicas,* pág. 171. Edit. Claridad).

Esta grandiosa idea almafuerteana significa el fin de la historia y la naturaleza ya que todo se transformará en conciencia luminosa, en inteligencia pura. A ello se refirió, sin duda, cuando cantó: "Que pasarán mil siglos, antes que se haga /La sublime segunda naturaleza". Y el anuncio de un Mesías, incorpóreo: "El

que vendrá después, el Prometido/Sólo será un cerebro con dos alas". Insisto que la procedencia de estos pensamientos están vinculados a la filosofía de las ciencias y no a las Escrituras, en este caso al *Apocalipsis* (21-1), sobre el nuevo cielo y la nueva tierra. Pero aún partiendo de la ciencia, en su pasión religiosa, alcanza una aparente similitud con la ultimidad de San Pablo, que quiso dar una finalidad divina a la Creación, haciendo que todas las cosas, las del cielo como las de la tierra, se reúnan en Cristo al final de los tiempos. La similitud es aparente, mas analizada, la diferencia es total. No nos dice Almafuerte cómo se logra esta beatificación; si es por el simple transcurrir del tiempo o si en ello intervendrán agentes externos que modificarán material y espiritualmente a todos los reinos de la naturaleza. En San Pablo, todo se hace uno con la conciencia, al retornar a Dios después de la aventura de la historia y de la naturaleza (*Efesios*, 10); en el poeta todo marcha, en una asombrosa y fulgurante evolución, hacia la beatitud angélica: en sueño religioso y poético que halla para salvar a la humanidad del mal. Al transformarse todo en ángeles, pareciera que la teoría de la evolución de las especies se uniese a la anacefaleosis, o la recapitulación de las cosas visibles e invisibles en Cristo con la apocatastasis, que todas las cosas sean en Dios. (*Corintios* I., 15-28). Mas, ¿qué sentido tiene este pensamiento escatológico de Almafuerte? ¿Qué sentido, transformadas en ángeles todas las especies, rodeando a un Dios creador del mal? El concepto de ángel es, en el poeta, el arcaico: una tropa de asalto de la Divinidad; no el decorativo y literario de los tiempos modernos; pero si los ángeles son las fuerzas primarias que están al servicio del Creador para regir los hilos de la historia, los de Almafuerte, conciencias luminosas, tendrían que ser los ministros del autor del mal. Y lo absurdo, en este caso, sería una razón contra tal idea, al menos que todo evolucionara hacia la potestad de las tinieblas.

El poeta, siempre dispuesto a perdonar cualquier delito, porque juzgó al hombre sometido a la tiranía

celeste, excluyó el perdón de sus valores morales. Lo consideró una mancha puesta sobre el corazón; es la institución de la injuria. Si Dios es la fuente de toda injusticia, ¿cómo puede insultar a la humanidad, perdonando? Además, perdonar significa arrogarse una talla sobrehumana que nadie, vocado al mal y a la muerte, tiene. Cuando un tribunal absuelve a un delincuente, se absuelve, en verdad, al único punible, Dios, puesto que el hombre, por su naturaleza de víctima, destinada a la amargura y al dolor, es bueno. Hasta las bestias, al sospechar el dolor, se humanizan.

> **El perdón es la mácula de cieno**
> **puesto sobre la clámide de un nombre.**

> **A quien se absuelve al absolver los reos**
> **Es al sublime artífice del Todo.**

> **Porque tengo amarguras, ya soy hombre**
> **y porque soy un hombre ya soy bueno.**

El hombre, animal acosado y perseguido, es incapaz de labrarse su propio destino que está sujeto al azar y al absurdo, ante la indiferencia de un Dios, sordo y ciego al clamor y a la vista de los desdichados:

> **En las olas que te alzan y voltean**
> **Ruedas al más allá rota burbuja,**
> **Sin saber la razón que te rempuja**
> **Como no sabe un buey por qué le arrean.**

El hombre que triunfa, es el que viola la equidad. Dos seres parten a la conquista del mundo, uno de ellos sale victorioso, el otro derrotado, ¿en nombre de qué principios morales hay que otorgarle una superioridad al triunfador? La glorificación del fracaso es uno de los aspectos más originales de su ética.

> **Pero también yo pienso que la derrota**
> **Merece sus laureles y arcos triunfales.**

La Derrota o el Triunfo no son motivos
Que turben la conciencia del hombre bueno;
Sólo marcan el paso de los relativos
Llevando los compases del juicio ajeno,

Yo entendí que los éxitos ultrajan
La equidad del Señor y de sus dones,

Pues por un triunfador, hay mil millones
Que más abajo de si mismos bajan.

En las *Evangélicas* este concepto está prolijamente acentuado: "La montaña del éxito está rodeada por una cintura de almas sin esperanza que obstruyen el paso". Y, "de diez hijos de rey, solamente uno será rey; de cien millones de hombres, solamente ciento serán encumbrados".

El fracaso, patrimonio de la mayoría, constituye la más alta cúspide moral; los malogrados forman la chusma a la cual se dirige con predilección; ella es la que le inspira su amor maternal, cuya caída y condena lo incitan a presidirla, jerarquía que asume impulsado por su congénita soberbia. Esta chusma es *la inmortal*:

Tan sólo la sobra humana
Tiene sobre mí derechos.

Porque lo vil y caído
Me llena de amor a mí.

La *cósmica chusma sagrada*, la que sostiene la cúpula humana, siente desprecio y repugnancia por la honorabilidad. Cargada de resentimiento, está oculta a la superficie del mundo, con la zarpa recogida, atisbando el instante oportuno para lanzarse a la rebelión:

ni respeto ni amor le despiertan
tus borlas de sabio, tus cruces de plata.

Ella ve que tu ley no sostiene
ni el derecho ni el bien que consagra...

y pues tiene noción de lo justo...
tu disfraz de Catón la sulfura
y enloda y escupe tu túnica blanca.

Jesús, cima de la especie, no el hombre triunfal, ("Convirtió su fracaso en victoria"); es el ser que ha surgido de las entrañas mismas de chusmaje como síntesis del dolor y de la visión de justicia con que sueña la raza humana; Jesús es la coronación de *la inmortal*, la cumbre del Cosmos, pero es, a la vez, "una inasible figura esfumada" que vaga por la vida "como polvo de aurora difuso".

Quiso reinar sobre el chusmaje, sobre esa *res vencida*, como lo dice con elocuentes palabras de matadero; intentó ponerle su gloria por escudo; ambicionó ser su profeta, su caudillo, su consolador, su abogado; aspiró al destino sublime de ser el Hombre de Dios, el redentor de una nueva tierra. En todo esto soñó y forjó planes fantásticos, pero Dios no lo secundó. Los profetas siguieron un camino distinto al que Almafuerte prefirió: atacaron con encendidas palabras a los hombres; adoraron al Señor. El perdonó todo en los hombres y difamó a Dios a quien quiso someter a su voluntad y a sus propósitos. No recorrió la vía unitiva de los místicos, ni las sendas ensangrentadas de los profetas y los mártires; vivió un ascetismo de cenobio y exaltó su castidad en un medio donde la toga viril se recibía en el lupanar, mas practicó con Dios el arte de perder amigos. Su lenguaje litúrgico no es el de las oraciones y letanías; es el de las blasfemias. Propendía adherirse a lo Absoluto y vivir dentro de esa plenitud, pero sólo tenía vagos presentimientos y efímeros chispazos:

Como chispa fugaz o estrofa trunca
Palpita lo Absoluto entre los pechos,
La verdad miserable de los hechos
No es la misma verdad ni será nunca.

En la opaca existencia que le fue deparada se condujo como un cristiano por su caridad y su misericordia y siquiera alcanzase la expresión de un discípulo de Cristo, su pensamiento no es cristiano. Su cosmovisión

es totalmente distinta a la del Evangelio. Compáreselo con Dostowiesky, a quien, por su humildad, todo le fue revelado. La obra de Almafuerte tiende a la aniquilación del cristianismo, aunque se haya generado en él.

Dios no le permitió realizar su vida, dar cumplimiento a sus planes porque puso la noche en su camino. Esa noche, de la cual nos da noticias en el *Trémolo*, no sabemos con exactitud en qué consiste; quien la descifre, nos dará la clave que explique el origen de su obra, la del Almafuerte maduro, vale decir, la que tiene interés:

> **Me pusiste la cruz de un gran destino**
> **Me pusiste el afán de un más allá,**
>
> **Y pusiste la noche en mi camino,**
> **No doy un paso más.**

Hay un misterio en su vida que se presiente con turbación a lo largo de sus patéticas estrofas, misterio que hasta el presente no ha sido revelado y en el cual quizá yazga la noche a que alude su imprecación. Es posible que haya meditado muchas veces en el versículo de San Mateo: "Muchos son llamados y pocos los elegidos". Sólo un frustrado pudo haber echado la sonda en el légamo triste del hombre, a tanta profundidad como él lo hizo, pues el fracaso es el comienzo de la sabiduría. Los triunfadores no analizan las causas de sus victorias, llevan sus laureles, puerilmente, como un signo de elección.

La misión con la cual soñó sólo podía llevarla a cabo quien tuviese una ardiente fe, una confianza ilimitada en Dios, quien estuviese embriagado por el soplo divino, pero Almafuerte, carente de las virtudes teologales, únicamente blandía la caridad que era en él, a menudo, sinónimo de beneficencia y filantropía, a cada paso se las tomaba con Dios a denuestos.

Es lógico que los planes divinos no coincidan con los humanos; es razonable que Dios no sea diputado o comisionista cuya actividad estribe en resolver problemas y hacer encargos; es infantil pretender que así se obtendrán de él poderes extraordinarios. La sober-

bia, una desmesurada soberbia de energúmeno, es el rasgo más saliente de la personalida del vate. Él no la ha ocultado. Con su sinceridad habitual hizo su apología en *El Abismo*, cuyas estrofas encierran la síntesis de su psicología, de su prontuario, como dice en la jerga policial a la cual era tan afecto.

Tomó la cruz para ser el misionero y el profeta, ya que ese era el destino impuesto a su indiscutible temperamento religioso; pero abandonado a su orgullo titánico, fracasó. Su fracaso es la forma de su poesía mayor y en especial de todo el poema *El Misionero* cuya sostenida inspiración y dramatismo religioso constituyen una de las expresiones más originales de la poesía en lengua española y cuya perdurabilidad ya parece asegurada, conforme van desapareciendo las escuelas, las modas, las famas de estruendo, las consagraciones de artificio; triunfo terrenal del cual Almafuerte no dudó:

Y aquella cruz no es carga de soberbios,
No es un deporte olímpico de Grecia.

La pensé un talismán que no sé cómo
Consagra privilegios nunca vistos;
Y ella sobre los falsos Jesucristos
Pesa como cien lápidas de plomo.

Pero yo rodaré de siglo en siglo
proyectándote luz como los astros.

La sinceridad es su fuerte y su gloria, pese a sus feligreses. Tras tan duro bregar, en el que cae blasfemando, este Ángel de la Rebelión, canta su malograda epopeya y exalta en su miseria a todos los vencidos de la tierra:

Ven a mí, recua inmensa, hija del llanto,
Escala del feliz Luzbel, hediondo,
Tengo todo el secreto de tu fondo
Por la misma razón de que soy santo.

Pero, ¿por qué es santo? Lo es porque se ha frustrado: al fin, pertenece a la hez del mundo; ha roto con todas las formas y las jerarquías confundido en la innúmera descendencia de Luzbel. Instalado en lo tem

poral, Almafuerte vivió sediento de lo Absoluto. Sus pretensiones eran absurdas: quería llegar a un punto marchando en sentido contrario. En vez de colaborar con la voluntad divina, ya que era *vocatus*, y él no lo dudaba, combatió contra Dios. Su lucha ha sido más bien una disputa de poder en una constante intercesión por el hombre.

Anuncia la rebelión de las masas y entrevé el cataclismo; predice que el chusmaje bravío, destruyendo códigos, es menos peligroso que los jerarcas de la injusticia, que los "grandes ungidos" por la canalla dorada. Profetizó los movimientos de masa de nuestra historia, de los cuales, fortalecido por su ascetismo, ansió ser su Caudillo. Las circunstancias históricas no cooperaron con sus objetivos o, tal vez, el óbice consistió en que él era "grande en el soñar y pequeño el día de la acción"; no implica una excesiva aventura prever, para el futuro, un *Misionero* concreto encabezando a la *Inmortal*.

Inconformista, procuró desencadenar las energías demoníacas y creadoras, destruyendo el círculo que las encierra sin tener en cuenta que hubiese requerido un nuevo círculo de formas, para sujetar al caos. En lo más hondo de sí mismo, temía por sus consecuencias. Él ansiaba acaudillar la rebelión del chusmaje, no sólo contra el patriciado sino contra el mismo Dios. Sentía vivamente el mito moderno de la Revolución, presente en su obra, mayormente en *La Inmortal*. Dostowiesky cree que la Revolución es el mal, el reino de Satán, mas Almafuerte, que centra su humanidad en lo terreno, no podía tener, en realidad, otra salida actual para construir su *Civitas Hominis*. Su mundo hubiese sido un mundo carente de libertad.

LUIS DE PAOLA

LA ESCUELA PLATENSE DE POESÍA

"La Plata, ciudad propicia a la poesía —escribía un poeta argentino recientemente desaparecido— alienta, podría decirse, una *escuela de poetas* inconfundible, todos ellos de matiz atemperado, de conmovida hondura, en los cuales hallamos como una filiación geográfica". "Escuela armoniosa —agregaba—, de luz cambiante" (1)

No ha sido éste el único exégeta que ha sostenido la existencia de una tal escuela poética de La Plata. Más que en sostener o no su realidad —que todos están contestes en afirmarlo— el problema radica en saber qué se entiende por tal escuela. Algunos críticos, como Evar Méndez, la han hecho concluir en los alrededores de 1928, año de la muerte de Francisco López Merino. Pero nosotros adoptaremos aquí la posición que nos parece más acertada, sostenida por Roberto Saraví Cisneros que, con buenas razones, la extiende hasta la actualidad. "Lo cierto es que dicha constante literaria —afirma—, y que Evar Méndez hacía terminar en López Merino, sigue teniendo vigencia en la actualidad y aún sigue intensificando ciertas modalidades" (2). Es por eso que incluímos en

(1) González Carbalho, en "El hombre y sus versos en la Poesía Argentina" Diario **Noticias Gráficas.**

(2) En **Primera Antología Poética Platense** Ed. Zamora, 1956; pág. 10. Respecto a la posibilidad de la existencia de una "escuela de poesía" local, es de señalar, antes que nada, el hecho de que cada poeta es "individual". Pero, como lo señala la estética moderna a partir de Lessing, esto no quita que los creadores sean influídos por la época y el lugar en que viven. Pueden estar uni-

este trabajo tres momentos de una misma escuela platense: la generación de 1917, que se inicia con Pedro Mario Delheye y se completa con López Merino, Mendióroz y Ripa Alberdi; la "generación intermedia", aparecida en los alrededores de 1930, con María de Villarino, Marcos Fingerit, Arturo Cambours Ocampo, Elena Duncan y otros; y, por último, la promoción platense que figura dentro de la llamada "generación del 40".

Filiación "geográfica" de esta escuela: No se trata de una influencia podríamos decir "telúrica". La Plata no es una ciudad del interior provinciano que haga sentir sobre sus hijos la gravitación de la tierra. Pero esto no quita que haya una influencia de cierto "paisaje", cierto "clima" o "atmósfera" —no tanto en sentido literal como figurado— que muchos han considerado constitutivos del medio platense. Así, decía el mismo González Carbalho: "...la dulzura melancólica de los atardeceres platenses y la paz sosegada que asemeja como mirar la vida a través de un cristal de silencio". No se trata de un paisaje "típico" o "pintoresco" que haya podido originar una poética costumbrista o con "color local" Se trata, mas bien, de ciertos rasgos peculiares de una ciudad extendida, amplia, arbolada, plena de paseos, de plazas y campanarios, "sosegada" y "melancólica", en la que el

ficados por los caracteres naturales y culturales del medio local, hasta llegar a constituir todos juntos una escuela que, si se continúa en el tiempo, puede dar hasta un "modo" local, incluso por sobre los cambios de gustos, temas y estilos. Alguien habló de "grandes centros geográficos de densidad artística". Jacoby fue el que señaló que la mayor parte de los creadores se encuentran allí donde la pululación de ciudades es más densa. Mucho antes, Montesquieu había discernido el principio general que gobierna la entera vida de pueblo: su naturaleza y su clima. Hasta se ha llegado a hablar de la influencia preponderante de las condiciones atmosféricas: Lombroso decía que el arte no nace "allí donde el aire es malsano". Alfieri, en su "Vida", se confesaba con las curiosas cualidades de un "barómetro humano": sus condiciones para versificar variaban según el lugar. Otras veces, de esas influencias "geográficas" se hace nacer el conflicto: "Rimbaud, pequeño primitivo de una región fuerte y brusca —escribe a propósito de esto Carré— llega a Paris y se encuentra con Verlaine, el hijo de la Ciudad Luz, el refinado, la víctima de otro clima y de otra densidad".

tiempo y el espacio mismos parecen retardarse demorada y hondamente. Estos caracteres han originado, sin duda, una poética caracterizada por "un sentimiento leve envuelto en la nostalgia y el recuerdo", y ha originado en sus poetas "una predisposición natural hacia los estados melancólicos de contemplación y silencio". (3). Al mismo tiempo, no ya desde el punto de vista de su paisaje o su topografía, sino desde el cultural, La Plata, ciudad de ambiente universitario y culto, se ha eregido en un centro geográfico de alta densidad poética.

"Estados melancólicos": Es ésta la primer característica de la *escuela platense*. Esa "dulzura melancólica" de sus atardeceres ha originado en la mayoría de sus poetas un acento preponderantemente *elegíaco*. Tal nota se da, como en ninguno, en Francisco López Merino (1904-1928), autor de dos únicos libros: *Tono Menor* (1923) y *Las Tardes* (1925). En este verso suyo encontramos la clave de aquella correspondencia entre el atardecer y la Elegía:

Tu recuerdo, Ligeia, da color a las tardes...
("Presencias")

Idéntica clave encontramos en el compañero de generación de López Merino: Pedro Mario Delheye (1894-1918):

Y en tanto que se extiende la sombra suave y cálida,
la tarde se marchita como una rosa pálida...
("Momento", agosto de 1917)

Pasan los años, y este tono elegíaco se mantiene en poetas platenses de sucesivas generaciones:

Nací con el Otoño. En su abandono
llegaba marzo herido de colores.
Raíz de soledad me dió su tono
y al árbol vi callado en sus dolores.
....
Con mi nacer pasó su vida breve.

(3) Héctor M. Rivera, en "La Plata: sus poetas y sus escritores", diario **El Día** de La Plata, 20 de noviembre de 1957.

Pero llevo espigado en profecía
de lágrimas y luz su sombra leve:
me llamaron María...

Este fragmento lírico, existencial y conmovido de poesía es de María de Villarino, la primera poetisa mayor de la ciudad, autora de *Calle Apartada* (1930); *Junco sin Sueño* (1933); *Tiempo de Angustia* (1937); *Elegía del Recuerdo* (1940); *Las Sombras Iluminadas* (1946).

Llega el año crucial de 1940, y los poetas platenses que entran ya en la generación poética argentina "del 40", conservan preponderantemente el mismo aire elegíaco, en parte por influencias de la escuela local, en parte por ser ésa la característica general de la promoción nacional nueva, que, según Juan Carlos Ghiano, provoca los temas más abundantes: el otoño, el atardecer, los parques abandonados, la infancia perdida, el amor concluso, "todo aquello que inspira ruina y desolación". "El subjetivismo, que está en la base de la renovación —agrega este crítico— permite definirla como "neorromántica": actitud que reconoce todas las valencias espirituales del hombre, aunque se detiene en la melancolía y los sentimientos elegíacos; añoranzas de un mundo invadido por el tiempo que se transforma y consume, en cotidiana prefiguración de la muerte. Frente a estas destrucciones, la paz de ciertas memorias rescata al poeta en el recuerdo idealizado de la infancia —como esencial de la melancolía que evoca lo irrepetible—, en los menguados acuerdos del amor y en los goces de la misma poesía" (4) "Nosotros —confesaba un componente de esa generación— somos graves porque nacimos a la literatura bajo el signo de un mundo en el que nadie podía reir. De ahí, pues, que *casi toda nuestra generación sea elegíaca*" (5).

En los orígenes de esta generación, en 1941, Alfredo Roggiano definía así la actitud elegíaca de mi po-

4) En **Poesía Argentina del Siglo XX**, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, colec. "Tierra Firme"; 1957 - págs. 200 - 201 - 203.

(5) León Benarós, en Revista **El 40.** Nº 1, Bs. As.; 1951; pág. 3.

esía en "Sugerencias" de *Tiempo de Muchachas*: "...el poeta presenta ese sentimiento vivo de lo pasado de que nos habla Bryce, y, como Kierkegaard, encuentra en los personajes del pasado que evoca la corporización de su ansiedad... Esta ansiedad... es el deseo de lo ansiado y no logrado" (6).

En otros poetas cuyo estilo es conceptista y su temática se refiere a asuntos más existenciales que los de la Elegía, alienta, sin embargo, la rememoración y lamentación de lo perdido: tal el caso de Elena Duncan, poetisa de la generación intermedia entre la de 1920 y la de 1940, autora de "Sierva Celeste"; "Las Vivas Llagas" y "Angel Trocado":

> **Si del vivir hermoso yo me quejo**
> **tan sólo porque pasa con premura**
> **y disfraza mi daño con ventura,**
> **cuanto más lloraré por lo que dejo...**

Como ejemplo de esta exaltación del recuerdo, de la memoria hecha conciencia total del poeta, vayan estos fragmentos del poema "Tango", de Horacio Ponce de León:

> **Ah, conozco los gestos, las miradas, las voces**
> **con las cuales queremos engañar a la muerte...**
> ....
> **Y conozco los bailes, las músicas, los cantos**
> **que inútilmente buscan el olvido, porque ella**
> **espía alrededor del humo y del espacio**
> **el rostro verdadero que oculta nuestro rostro...**
> ....
> **Los bellos abanicos que sus manos despliegan**
> **en Otoño; las estopas y lanas que recubren**
> **la forma triste de nuestros cuerpos casi muertos,**
> **y los vagos adioses, los saludos**
> **con los que reconocemos en la calle, en el mundo,**
> **a los seres que viven realmente nuestra memoria,**
> **en una frase inolvidable, en un gesto inmortal,**
> **en aquello que exclama: ¡Ah, recuerdo, recuerdo!**
>
> (De **Canción Final, 1950**) **(7)**

(6) Diario **El Día**, de La Plata, octubre de 1941.

(7) Muchos poemas y libros de estos poetas platenses llevan el título de **Elegía:** Raúl Amaral: **Elegía Civil del Habitante;** Horacio Nuñez West: **Elegía para la muerte amiga;** Horacio Ponce de León: **Elegía a un caballo;** Alfonso Gómez del Solar: **Elegía;** Auro-

Aurora Venturini ha sido una de las poetisas platenses que más ha profundizado en este acento, junto a temas trascendentales de hondura metafísica. La obsede el tema de "la casa del recuerdo": "La Mansión", "La casa de las Verjas":

> **Un condenado a pena capital, desde el foso,**
> **mira los palomares de la mansión funesta.**
> **Qué mesa con los seis candelabros de plata**
> **y qué inocente víctima sobre la fuente bella...**
>
> **(La Mansión)**

En estos poemas de su "Lamentación Mayor", la Elegía alcanza el tono de lo trágico, de lo lamentable. En sus primeros libros, el acento rememorativo era más leve, menos sobrecogido, siguiendo un ciclo que va desde lo atemperado de los sentimientos de la inicial *escuela platense* hasta la *angustia* de la poética actual:

> **Yo te veo perdido en los jardines**
> **de tu casa, con sed de jardinero,**
> **componiendo parcelas y regando,**
> **diminutas, las flores del silencio.**
>
> **Estoy pensando que eres como un soplo**
> **en el gran vendaval de los recuerdos;**
> **estoy pensando en ti, y se me ocurre**
> **que es una flor eterna el pensamiento...**
>
> (De "El Jardinero", I, en **Adiós desde la Muerte,** 1948).

En Horacio Nuñez West alienta el mismo espíritu de la Elegía, pero con un tono más evanescente, más demorado:

> **Oh, amor, dolor, desvanecido sueño,**
> **imágenes fugaces, muertos dioses,**
> **indefinida sombra de ceniza**
> **sobre mi ser cayendo.**

ra Venturini: **Canto elegíaco para Milton;** María Dhialma Tiberti: **Elegía;** Alberto Ponce de León: **Elegías** (capítulo de **Tiempo de Muchachas**), etc. etc. Ya señalamos que uno de los libros de María de Villarino se llamaba **Elegía del Recuerdo.** Y Francisco López Merino como siempre en su "recato", no se atrevió a llamar así, por completo, a uno de sus poemas... y lo tituló **Casi elegía...**

Edades, sentimientos,
todo lo que es ayer, ah, todo aquello
que hace más leve el pulso, más ligero
su tránsito fugaz y más cercano
mi retorno a la tierra...

(De "Monólogo del Ser", en **Fábula de mi Ser,** 1957).

Alfonso Gómez del Solar —chileno de origen pero hecho para la poesía durante sus largos años de permanencia en nuestra ciudad— relaciona la Elegía con su existencia inconforme y aventurera:

El andar de los viajes,
la densidad del suelo y las mareas,
la costumbre maldita de encontrarme
solitario,
rememoran lo espeso de tus días
y me siento fluir en espirales
penetrando en los poros de tu sombra,
como un viejo fantasma acostumbrado
a saberse perpetuo.

(De **Reunión en Otoño.** 1954)

Este tratamiento de la poesía rememorativa se advierte, de pronto, en los libros de poetas platenses que habitualmente trataron otros aspectos, más optimistas o celebratorios; tal es el caso de Apolinario Héctor Sosa, en cuyo "Cantovida" surge, de pronto, la percepción de lo que se va perdiendo en el pasaje del Tiempo:

...algo se muere, sí, en un costado
del ángel que fue, que me era cierto,
algo está ahora inmensamente triste,
algo que yo me sé y era tan bello,
tan frágil y celeste en algún modo;
una comarca, un tiempo.

Sí, alma mía: algo
se ha muerto entre la voz y el aire.

(De "Algo se muere", en **Cantovida** 1959).

Los poetas que se formaron en la Facultad de Humanidades, en la carrera de Letras, se sumaron, algunos, a esta corriente elegíaca; entre ellos, Narciso Pousa, que adopta —quizá por aquella condición— un modo más clasicista dentro del "neorromanticismo":

...mas, desnudos de gloria, ultrajados,
sus ojos que miran las obras entrañables,
crecen como tremendos testigos de su muerte...

(De **Cuarta Elegía**)

¿En cuáles de los momentos de esta escuela de poesía se advierte una mayor melancolía, una nostalgia más honda y entrañable? Casi estamos tentados de afirmar que López Merino y Delheye no fueron superados en este sentido por los poetas de la escuela que los siguieron en el tiempo; como emoción pura, como "estado de alma" allí lo elegíaco encontró una extensión incomparable, por lo menos en la proporción justa de la tristeza, la ternura y la gracia. En López Merino hallamos, a veces, una elevación que asombra y suspende; parece casi imposible que en tan brevísimas líneas se alcance un cielo —¿o un limbo?— de tan inefable tristeza sincera:

Esa noche triste
lloraron los niños
lágrimas amargas
de un dolor sombrío;
vertieron su llanto
por los tibios nidos,
por las aves muertas
y los blancos lirios...

(De **El romancillo del Cielo**)

Cabría, respecto a López Merino y Delheye y su acento elegíaco la afirmación de S. Zweig: "...la verdadera tristeza vital, el íntimo estremecimiento provocado por la fugacidad de todo lo humano... permanece inmutable a través de los tiempos, como una melodía inmortal..."

En los poetas posteriores de La Plata la Elegía alcanzó otra dimensión, de mayor resonancia sinfónica y con una tendencia hacia lo trascendente —la "angustia existencial" es otra cosa que la "melancolía elegíaca"...—; incluso, se la trató como tema, en un sentido de Arte Poética:

...y es así que entregamos el rostro a la Elegía
como fruto arrancado de lo muerto

y el aire sabe que hay un ser que canta
por la memoria de los cuerpos bellos...

(A. P. de L.: **Razón de la Elegía)**

Incluso se ha intentado, en esta generación nueva, recrear el tema con metáforas y ambiente propios de otra estética: "Dulzura, música y transparencia" que eran, según A. Denis-Krause las notas características de López Merino— aparte de su "elegancia natural", "atemperada ironía" y "severo recato" (8)— son reemplazadas ahora por incluso una acritud, una sombra, un sarcasmo y una lamentación propias de cierto "humor negro" característicos de la poética actual:

El paisaje glacial exhuma seres
con grandes caras parecidas a eso
que vive en el Invierno. El día de hueso
cae en torno a los mismos deberes.

Hay una gris cabaña y los placeres
donde se pesca el muerto pez sin peso
y en la pared un salmón de yeso
hace llorar a las tristes mujeres...

A. P. de L.: **Un día en el Sur)**

"Matiz atemperado": Junto al tono elegíaco, y como consustanciado con él, caracterizaba a los poetas de la primitiva *Pléyade* platense un tono leve, evanescente, incorpóreo, que muchos han calificado de "menor". Francisco López Merino mismo dió pábulo a esta leyenda al llamar a uno de sus libros justamente, *Tono Menor.* En algunas de sus confidencias parecía mostrarse incluso satisfecho de vivir en lo leve y lo simple: "Amo de veras la paz remansada que se difunde por la atmósfera de mi ciudad y el dilatado ocio que convierte los días de la semana en perpetuo domingo..." Muchos creyeron ver en este "remansamiento", que era también profundidad e infinito, el caso de un poeta mínimo, "sin recordar que en ese

(8) En "López Merino y su mundo poético" (1904-1951), publicación del Círculo de Periodistas de la Provincia de Buenos Aires (1954).

instante vivíase una reacción al tropo, y la autenticidad estaba evaluada en razón directa a la sencillez" (9). En efecto: significa una hazaña, no de tono menor sino de alta poesía, que López Merino y Delheye —como lo hiciera Banchs en Buenos Aires— hubiesen logrado esa sencillez en medio de las complicaciones retóricas y decadentes tanto del neo-clasicismo, el romanticismo sensiblero y declamatorio, el modernismo y el ultraísmo de la época. No obstante, Federico de Onís llamó "poesía franciscana, simple" a la de López Merino. Se equivocó con él, como con Almafuerte... Otro crítico, esta vez últimamente, considera al autor de "Presencias" "un nítido poeta de tono menor, con marcado acento provinciano". (10) Ya vimos, al comienzo, que La Plata no puede considerarse una ciudad "provinciana", y que su ambiente no es "pueblerino". La poética de López Merino, más que minorizarse en un "menor tono", alcanza el matiz incorpóreo propio de sus temas, tal como el que logró Verlaine en su "Canción de Otoño". Lo consigue el poeta platense en su "Primera lluvia de Otoño", en el cual, como anotara N. Glánzer "hay un finísimo matiz, una prodigiosa trasmutación de sentimiento y paisaje idealizado que convierte al poema en una joya de nuestra literatura". En todo caso, López Merino, usando el tono menor, logró "trascenderlo"; así lo entendió, por ejemplo, Rodolfo Oyhanarte en el soneto dedicado al poeta:

Poeta del lenguaje melodioso
que en el tono menor se trascendía...

(De **Francisco López Merino**) (11).

La misma imputación se hizo a Pedro Mario Delheye. No se lo consideró como aguafuertista, como muralista, sino como pintando sus poesías con acuarelas y témperas. Nosotros diríamos, más bien, en esta correspondencia, que fue un "prerrafaelista". Su evanes-

(9) A. Denis-Krause, op. cit.
(10) J. C. Ghiano, op. cit. pág. 174.
(11) En **Revista de Educación**, diciembre 1947, pág. 89.

cencia, vaguedad, nebulosidad, le prestaron ese tono menor, dándose en él el curioso caso de un poeta "flamenco" escribiendo al parecer incongruentemente en La Plata. Algunos han querido explicar este aparente anacronismo sosteniendo que en Delheye las lecturas fueron más influyentes que su medio geográfico nativo; otros, afirmando una identidad de atmósfera ciudadana entre La Plata y las ciudades flamencas: "Y hasta se piensa si no existiría una identidad de vida (desechamos por respeto a tales poetas la idea de una humillante imitación) que engendró un parecido concepto de las cosas, entre las viejas ciudades de los canales, los carrillones, las blancas comulgantes... y la amodorrada y silenciosa ciudad universitaria que, sin duda alguna, prestigia la frecuencia de una intensa vida interior". (12).

En Alberto Mendióroz (1895-1924), que desapareció tempranamente, como todos sus compañeros de generación platense, luego de dar una breve y primeriza obra (*Horas puras* —1915— y *La luz buena del amor* —1922—), el problema del "tono menor" no ha preocupado tanto a sus exégetas. Es que en este poeta culto y humano hubo menos "evanescencia" y "levedad" que en sus coetáneos; fue un lírico que fluctuó entre dos extremos: el de la ternura y la bondad hogareñas, y cierta "ironía", cierto escepticismo que lo llevó a incursiones filosóficas. Este último aspecto aparece claro en este fragmento:

El tiempo, sin tener nada nuevo que hacer,
se ha obstinado en llover.
Mi pensamiento, enfermo de indiscreción, divaga
sobre lo que desea, sobre lo que posee
y es tanto aquello y esto tan poco, que se apaga
no sé qué interna lámpara. Mi mirada que lee
en las líneas tenaces de la lluvia el poema
de la soledad, de la naturaleza, del tedio...
Y nuevo soñar y divagar...
Me parece que lluevo.

(12) Evar Méndez, cit. por R. Saraví Cisneros en **Primera antología poética platense,** La Plata, 1954.

Pero a poco que se analice la muestra, se observa, junto a las disquisiciones de aquel tipo, el mismo "estado de alma" contemplativo de sus compañeros, en el mismo tema de la "primer lluvia de otoño" y de la "Canción de otoño" de Verlaine; sólo que mientras éste sintetiza el estado anímico de trasmutación en su línea de "llueve en la ciudad como llueve en mi corazón", Mendióroz, en el último verso de su poema, se trueca por completo en la misma lluvia...

Pasan los años, y un poeta de la generación que sucede a la de López Merino da a su primera obra un título que habla también de "tono menor": Marcos Fingerit con sus *Canciones mínimas*. Pero en sus sonetos y liras posteriores, este poeta entra ya en un tono más sustantivo y esencial. Por último, en el postrer decenio, es sintomático que una de las mejores poetisas de la generación argentina del 40, Aurora Venturini, haya titulado a una de sus obras *Lamentación mayor* (1956), señalando así la definitiva superación de ese "tono menor" que fue una de las leyendas iniciales de la *escuela platense de poesía.*

"La conmovida hondura": La escuela platense no es anecdótica, circunstancial o "circunstanciada"; tiende a una elevación sobre el lugar y el tiempo; se da en ella la definitiva paradoja de que es una escuela más "universal" que "local".

Ello se ha debido, sin duda, a la peculiar naturaleza de esta ciudad, "inventada por cuestiones que hacían más a los menesteres de la política que a las naturales urgencias demográficas o a la audacia creadora de los pioneros". (13). Urbe culta, de honda densidad espiritual, se daba en ella la profecía de Joaquín V. González, hecha en sus albores, en 1905: "Y La Plata, será también, de hecho, una ciudad universitaria...". Tal carácter excluye el tratamiento de temas que no sean de proyección más o menos ecuménica, de modo que pueden ser leídos y entendidos por lectores de cualquier latitud, ya que no hay una referen-

(13) Jaime Sureda, en La Plata, sus poetas y su poesía, **Revista de Educación**, Pcia. Bs. As., marzo 1958; pág. 479.

cia a claves locales de tipo vernacular accesible sólo a los coterráneos. Éste es el peligro de la poética fijamente "localizada", sobre todo en países nuevos como los nuestros cuya realidad no es conocida universalmente. Podrá objetarse que en el caso de Delheye éste no habló de La Plata pero sí habló de las ciudades flamencas:

> **Mejor que en estas urbes de América estaría**
> **en Brujas o en cualquier ciudad de lejanía,**
> **como mi noble amigo Rodenbach...**
>
> (De **Autorretrato**).

Pero se nos hace que no es sino una consecuencia de ese afán de "universalizar": para colocar la poesía fuera del tiempo y del espacio paradójicamente Delheye la sitúa en un lugar casi legendario, a fuer de nebuloso y "lejano...".

Un crítico de un país hermano vio en el paisaje de La Plata esa "intemporalidad" que hacía derivar de su cielo extendido y sin barreras: "...en La Plata habita la luz que es del cielo entero y que destaca perfiles, figuras y colores de casas y calles... y con sus nubes casi siempre distribuídas en bella combinación con el bloque de los edificios". (14).

Como surgiendo de un acto del espíritu, totalmente "inventada", La Plata consiguió dar así una escuela poética de lírico universalismo. Ya desde sus orígenes, eludió casi siempre el tema directamente "platense" (canto al Bosque, a las plazas, a los personajes y héroes de la ciudad) y, aún haciendo sentir la influencia de ese ambiente, intemporalizó y universalizó sus temas. En López Merino, Delheye, Mendióroz, y en el mismo Abigail Lozano no aparecen poemas con "dedicatoria local". Natalio Glánzer ya se refirió a "quienes, como López Merino, traducen sutilmente el ambiente regional, que no nace del colorido vernacular que persiguen a ultranza el mal gusto y el localismo pertinaz, sino la honda fusión al medio que aflora en el aliento lírico" o sea: dejarse impresionar por la na-

(14) Luis Alberto Sánchez, en revista **Nosotros**, marzo 1958.

turaleza del lugar y elevar esa impresión a términos de lirismo puro, sin localización geográfica explícita... Esto no quita que en estos poetas no se advierta el espíritu y el paisaje de la ciudad. Lo señalan así sus críticos, por ejemplo Aníbal Sánchez Reulet, cuando escribe: "...surgió entonces una escuela típicamente platense que tuvo su expresión más alta en los tranquilos versos de Francisco López Merino donde se refleja, de modo admirable, el alma voluptuosa de la ciudad". (15).

Al correr de los años, la influencia del medio no es tan limitadora como para que impida hasta la aparición de poetas que cultivan temas de conocimiento místico, como en el caso de Marcos Fingerit:

¡Ay, mezquina pupila! Nunca viste
paisaje semejante.
Brilla como un rocío cuanto existe
y una próvida luz todo reviste
al modo de una errante
mies que en el aire suelta dulce mano,
sembradora ella misma del buen grano
cuya espiga es constante...

(De **Morada sin Pesar** —1950—).

Dentro de los poetas platenses que pertenecen a la generación del 40 se da también el caso de quienes desarrollan una lírica "esencial" de intención trascendente. Norberto Silvetti Paz lo hace teniendo como temática la situación de su existencia propia en el mundo:

(15) Cit. p. A. Denis-Krause. op. cit., pág. 38. López Merino no nombró lugares de La Plata; cuando tuvo que dar denominación a algún parque prefirió mentar uno de Buenos Aires:

Tú que cada domingo vas al Jardín Botánico...

(De **Canción para después**).

Sobre esta costa solitaria
donde cae la sombra inmemorial y cruza
por el acantilado la gaviota,
quiero olvidar mi nombre, ese trofeo
que levemente nos anuncia y lleva
tal vez a las edades
el eco de esta pena transitoria
de perdurar como bajo un ocaso
donde nada se sabe...

(De **Un hombre se acuesta frente al mar**).

En el título de las obras de este autor —*Las Noches y las Penas* (1957) y *La Tribulación y el Reino* (1959)— se observa su tendencia a la inquisición metafísica. En otro tono, tendiendo a la síntesis casi cifrada de hondo descarnamiento ante lo esencial, Mario Porro —autor de *La Vigilia y La Roca* (1957) y *Entremundo* (1960) envía sus mensajes inquietantes:

Todo es miedo
vivir.

El hombre es alta soledad
que se derrama
y no halla el poder nombrado
de su detenimiento.

(De **La Vigilia y la Roca**)

Este carácter "universal" e "intemporal" de la escuela platense ¿excluye el tratamiento de temas nacionales, "argentinistas"? Los poetas de la primitiva escuela, todos ellos con preocupaciones intelectuales que algunos podrían tachar de "europeizantes" si la poesía tuviese realmente fronteras, no se preocuparon de la tradición, las leyendas, los ambientes o héroes nacionales. Tampoco cultivaron esos temas poetas posriores, como Cambours Ocampo, que prefirió detenerse en nombres de la poesía universal. María de Villarino, en cambio, acometió últimamente, en la culminación de su carrera poética, la difícil empresa de la poesía argentinista, componiendo unas *Nuevas coplas de Martín Fierro* (1954).

Pero un poeta que, por su edad podría haber figurado en la generación de Cambours Ocampo, María de Villarino o Fingerit, pero que por haber comenzado a escribir después de los treinta años —Vicente Barbieri— perteneció a la generación del 40, fue el primero que inclinó su voz hacia el canto al paisaje y los ambientes provinciales, sobre todo en su gran obra *Corazón del Oeste,* que se refiere a su lugar de origen, el pueblo bonaerense de Alberti. Su elegía del Río Salado fue su tema central. Casi junto con él, Raúl Amaral, que venía de Veinticinco de Mayo, se afirmó en el canto al paisaje y el hombre pueblerinos o rurales. Se lo advierte claramente en sus *Sonetos del Fortín* (1942) y en *El Aire Adolescente* (1948):

. . . .

El corazón antiguo y provinciano
recobra en esta ausencia su dulzura:
esperanzada imagen que apresura
levemente la estrella de mi mano.

. . . .

Que un silencio de arroyos va conmigo,
allí donde el fervor se recupera
y su alto sueño me descubre el trigo.

(De **Sonetos Rurales, I**)

Pero tanto en la elegía del Salado de Barbieri como en los *Sonetos rurales* de Amaral, estamos siempre dentro de ese acento primario, general de su generación, que es el "elegíaco". No se trata de una poética "nativista"; tampoco de un canto celebratorio del terruño provincial. Como muy bien anotó Juan Carlos Ghiano al referirse a esta generación "neorromántica", "esta búsqueda lírica de las circunstancias argentinas se diluye por el peso de las notas elegíacas (16). Se trata, en realidad, de una lamentación de esa niñez o adolescencia perdidas en su ambiente querido de una geografía del interior bonaerense.

Otras veces, la ubicación del poema en un lugar rural es utilizada para fijar, más bien, un estado de alma, un elemento subjetivo eterno, y no tanto por vo-

(16) Op. cit., pág. 202.

luntad de un canto local. Tal el caso de Roberto Themis Speroni, el personalísimo poeta, cuyo *Soneto a la paloma que maté de niño* alcanza la perennidad de lo antológico:

Todavía conservo entre las manos
el pequeño temblor de tu agonía,
y tu cuerpo de luz donde cabía
la forma de los aires provincianos.

Herido ante un aliento de manzanos
cayó tu corazón, y el mediodía
se quebró en tu garganta y en la mía
con dolores opuestos y lejanos.

Dejé tu muerte azul bajo un ciruelo.
El verano cruzaba por el cielo
jinete en un delgado escalofrío.

La infancia se me fue con el asombro,
por eso, cuando en pájaros te nombro,
tu corazón regresa con el mío.

(De **Gavilla de Tiempo,** 1948)

Tal vez por un pudor de poetas que se deseaban "universales", lírico-puros, ni Delheye, ni López Merino, ni Mendióroz tocaron jamás el tema del gaucho, de la pampa, de la Historia, la leyenda o la tradición nuestras. Era que, en aquellas décadas iniciales del siglo, ambas líneas estaban muy separadas: los poetas ilustrados no congeniaban con los nativistas... Ya con Lugones, y luego con Fernández Moreno, el tema culto se entrelaza con el tradicional. (Debemos aclarar que la terminología aquí usada no es literal, sino tal como la usa la exégesis, pues lo tradicional también es cultura; y, a veces, como en López Merino y Delheye —autodidactas— el saber culto no es "universitario", términos que Antonio Machado diera como sinónimos, para oponerlos a los de saber popular, tradicional o folklórico...).

Pero poetas de generaciones posteriores, de la del 40 y de la más reciente promoción, no desechan esos temas "argentinistas"; eso sí: conciliándolos de alguna manera con las exigencias de un lirismo esencial e intemporalizado. "El patriotismo —amor más volun-

tad— había definido ya hace veinte años César Fernández Moreno— aparece bajo la forma de un porfiado querer revitalizar lo argentino —historia, tradición, paisaje, carácter— e instarlo en los juegos trascendentales de la poesía que intentan". Los mitos del gaucho, de la pampa, de la Historia, están ahora "universalizados", no apenas vertidos en un "nativismo" imitador incluso del lenguaje vernáculo o con una amplia toponomia local. Es sintomático, por ejemplo, que Horacio Ponce de León haya pasado, últimamente, de sus poesías elegíacas, o de lirismo pictórico de la naturaleza, o de poetización de la niñez, a temas como el del mito nacional de Santos Vega, tratado en la primera parte de su último libro *Oda a una Guitarra, y Poemas* (1959).

Análogo cambio —que no es involución ni reacción, sino vuelta a unas fuentes puras y deseables de poesía— ha experimentado Gustavo García Saraví, luego de haberse manifestado como un poeta polifacético en otros acentos: el civil en *Tres poemas para la libertad* (1955); el de sonetista emocionado en *Cinco sonetos de amor*, el del ironista poético en *Monografía para mi muerte* y en *Otras soledades* (todos éstos de 1956) y el tono del amable y pintoresco estampista y hasta autor de *hai-kais* en *Los Viajes* (1959):

Siempre hacia el fin del viento y la condena,
hacia la lagartija y la bravura.
Y siempre más allá, sobre la dura
convicción de los soles y la arena.

Dónde estaban los hijos y su pena,
las calandrias, el rancho, la ventura
de galopar la vida o la hermosura
de prenderse la gloria en la melena.

La pampa, como un puma de granito,
como un dios aplastado, como un grito
geológico, mordía su esperanza.

Hasta que un día lo encontraron muerto,
con los brazos en cruz y el pecho abierto
en dos, por un carancho y una lanza.

(**El Enganchado,** inédito; 1962).

En la historia de la poesía platense hubo nombres que llegaron del interior de la provincia y estuvieron aquí de paso, unos años de estudiantes, como Osvaldo Guglielmino, o se radicaron aquí definitivamente, como Enrique Catani. No es inexplicable que ellos hayan traído el soplo de la tierra; el primero, Guglielmino, con su *Mensaje* (1950) donde recrea el mito gaucho del Payador frente a la civilización, dándole al problema una resolución contemporánea; el segundo, Catani, con su canto a Nueve de Julio, su pueblo natal, o con sonetos como aquél que empezaba:

> **Entre verdes pestañas de palmera,**
> **la roja torre de mi pueblo abría**
> **el cristal de su luz, que amanecía**
> **en la cumbre del aire más ligera...**

Otros, que también venían del interior de la provincia, como Luis de Paola, se detuvieron una vez a cantar héroes de nuestra realidad nacional, pero en heroicidad de poesía; tal el "Canto a la muerte de Leopoldo Lugones", una de las obras de este tema más recordadas en la ciudad, en el cual de Paola conmemoró con versos actuales al poeta de *Odas Seculares*.

Hace ya un cuarto de siglo, llegaron a La Plata para realizar estudios dos talentos poéticos de provincias: Victorino De Carolis, el autor de *Tributo*, cuyos versos ornamentales y personalísimos siempre se recordarán. Tal su soneto de antología, "Medieval".

> **Entre flauta y faisán el rey barbudo**
> **pasea su caballo y su bandera**
> **y dispara el cañón en la tronera**
> **el mosquetero de antebrazo rudo.**
>
> **Blasón de la arrogancia y del escudo**
> **pasea en el patio la leona fiera,**
> **mientras Nejama pule su cadera**
> **para bailar ante el infante mudo.**
>
> **Discuten en la torre los guardianes**
> **si los que llegan son espadachines**
> **o desilusionados sacristanes.**
>
> **Y en el tumulto de espumosas crines**
> **el Rey se apea entre los matacanes,**
> **envuelto en terciopelos y jazmines.**

El restante de estos dos poetas provincianos formados en La Plata tampoco cultivó el verso vernáculo o nativista: Edgardo R. Acuña, el recordado autor de *Las Rosas Cardinales* (1940) y catamarqueño de origen. Pero su propensión al romancillo musical era más por influencias de la tradición pastoril y montañesa de su provincia que por influjo de la escuela platense.

Julio Urtubey, en cambio, santiagueño que se radicó en la ciudad en los alrededores de 1940, se entregó a la celebración de su provincia, su paisaje, sus hombres y su toponimia, a partir de su libro inicial, *Cantos para Silveria* (1949) que el mismo nos definió, en una dedicatoria, como "retrato lírico de su tierra".

Entre tanto, otros poetas de La Plata desoyeron esta voz, como sucedió en el resto del país. Pese a ello, nos parece injusta la fragmentación realizada por Nicolás Cóccaro cuando escribe a propósito de esto: "Queda en evidencia, de manera precisa, un arco poético unido por dos tendencias: una europeizante, hija de la tradición cultural del viejo mundo, y otra terrígena, americana, en cuyo contorno se agrupan infinitos matices y tonos", (17) salvo que por "europeizante" se entienda lo lírico puro, universal e intemporal, y por "terrígena" no lo "nativista" sino lo nacional o tradicional "universalizado"

Aun así, no puede afirmarse que haya una poética exclusivamente "americana", sin influencia europea, salvo en poetas indígenas pre-hispánicos, como el del *Popol Vuh*. Respecto a los cantares anónimos y tradicionales de nuestra tierra, ya A. Carrizo demostró fehacientemente como son hijos de una corriente cultural popular universal, que viene del Oriente, pasa por Grecia y Roma y llega a nosotros desde España...

El problema de la "filiación" de estos poetas platenses sabemos que es complejo para el crítico. Por otra parte, R. Saraví Cisneros incluyó en su *Primera*

(17) En **Provincias y Poesía**, Bs. As., Ediciones Culturales Argentinas. Min. de Educación y Justicia de la Nación, 1961, pág. 23.

Antología a poetas que, como Arrieta, Marasso, Brughetti, residen desde hace años en Buenos Aires. Para justificarlo expresa que "en tales disyuntivas se tuvo en cuenta que los escritores estudiados reunían ciertas características innegablemente platenses". Pero como su contacto con la provincia fue relativo, no pudo exigírseles tono "provincial", como a otros poetas que, sin ser platenses —Barbieri, Amaral, Guglielmino, Catani...— venían del interior de la Provincia. De Chascomús, de los "pagos" de los López Osornio, llegaba a La Plata, por ejemplo, Alejandro de Isusi, fundamentalmente prosista (1910-1961), de extraña trayectoria: hijo de padres españoles, estuvo también en la Madre Patria y cantó temas de allá, como *La Galerna* (teatro). Pero recuerda, en algunas poesías más bien ocasionales, sus días de infancia en el *País de lagunas*:

> **Hubo un tiempo feliz en mi memoria**
> **empapado de pampas y luceros.**
> **Y ese latir yo me quedé escuchando**
> **en la frente profunda del recuerdo.**

De Isusi sintió también la mística de La Plata, donde residió largos años y fue una de sus figuras literarias más queridas. Dedicó, así, un sentido poema *A López Merino, en su cincuenta años*:

> **Ahora soy un viajero de las tardes**
> **detenido en un parque del invierno**
> **junto a un lago pacífico... He salido**
> **nostalgioso de luz, a ver tus versos...**

Ejemplo de "localismo" platense, sirve de guía para la afirmación de la consubstanciación del paisaje de la ciudad con la poesía de López Merino.

Escuela armoniosa. La poesía platense tuvo siempre fama de ser musical. En sus orígenes, Ripa Alberdi había titulado a uno de sus libros *El reposo musical* (1923) y López Merino había hablado, en *Calle solitaria* de:

> **música vaga de mis sueños...**

y había combinado el colorido con la música:

cielo de acuarelas y álamos musicales...

"Dulzura, música y transparencia" se daban consubstanciadas en la poética de Delheye:

Procesiones monjiles a un toque de campanas...

Pero no se trataba de una musicalidad exterior, producto más bien del artificio, sino de una armonía interior, fruto de los sueños y la contemplación y, también, de la influencia de la ciudad, "musical" a su manera, con el son de sus carrillones y la armonía de la brisa en sus tilos y jacarandáes. No en vano alguien la definió, en la letra de una especie de "himno local" como "ciudad de La Plata armoniosa/ capital del ensueño y la luz...". Es indudable que en los dos poetas máximos de la primera generación de esta escuela, la musicalidad estaba mezclada a otras percepciones, tal como se dan en estados oníricos, eidéticos o de *reverie*.

Dentro ya de una preceptiva literaria más hermética, diremos que la musicalidad de estos poetas no era la "precisa" del romanticismo, el parnasianismo o el neo-clasicismo. Tampoco se trataba de la musicalidad que quería ser audaz y revolucionaria del modernismo y que, como todos sabemos, fue el colmo de la precisión. Más bien estamos escuchando a poetas que, como dice Thibaudet, "han hecho entrar en el verso regular la musicalidad imprecisa propia de la escuela nueva". (18) Hay cierta demora, cierta imprecisión en el alejandrino de López Merino que no es la del verso de catorce sílabas tan preciso y tedioso del parnasianismo:

Pienso en el libro diáfano que en voz baja leías
y en los últimos cielos que vieron tus pupilas
en un setiembre lento con olor a glicinas...

("Presencias")

(18) En **Historia de la Literatura Francesa**, Bs. As., Losada, 1947; pág. 417.

La generación posterior a la de 1920, coincidente con una época en que comienza a dislocarse la métrica y se entra en el verso blanco o "libre", no sufre en general la influencia de ese cambio. Los poetas que se mantienen fieles a la poesía de comienzos de siglo claro está que no tienen siquiera en cuenta esto, pero muchos de aquéllos que sienten la renovación del tema, del estilo y se adhieren a los nuevos símbolos y figuras, siguen cultivando el soneto y otras formas de construcción clásicas, como la lira, los cuartetos de alejandrinos y la estrofa sáfica. Es notable que Vicente Barbieri, por ejemplo, un poeta de aliento tan moderno en otros aspectos, no haya escrito jamás un verso libre; usa todo tipo de construcción, y el máximo apartamiento de lo clásico que se permite es el de usar asonantes en vez de consonantes, unas veces.

La copla de afanosa
raíz emocionada
que en tierra mía sufre sus sabores,
múltiple y misteriosa
contraseña heredada
en dolores y amores y colores:
yo la cuido en fervores
de lágrima y paisaje,
en tanta despedida y tanto viaje...

("La Copla", de **Arbol total**).

Fue Arturo Cambours Ocampo uno de los únicos poetas de esta promoción "intermedia" que entró en la innovación de la forma, pero nunca fue un poeta *ultraísta,* ni *creacionista;* entraba, ya, por su temática, y por la preferencia de sus lecturas confesada en los propios títulos de sus libros o poemas, en una etapa de influencia de autores elegíacos o existenciales europeos, como Milosz, T. S. Elliot, Rilke u otros, anteriores incluso a la poesía de vanguardia que en Europa tuvo a Apollinaire, Elouard o Marinetti por promotores. Es que en La Plata se salteó, podemos decir, toda una época de poesía universal —el *dadaísmo,* los *"ultra", el letrismo*— con sentido de "aventura poética", quizá porque su adopción hablaba más de imita-

ción o contagio "a la moda", y nunca fue esta escuela taller de poetas imitadores directos. La "seriedad" de la escuela, de la que hablaremos luego, que fue en López Merino— como se lo hiciéramos citar a Denis-Krause— "severo recato", excluyó siempre esa idea falsa de que la originalidad y la renovación tienen que estar en la "forma nueva", con lo que se da la paradoja, por ejemplo, de que la poética más eterna y sincera de un Rubén Darío sea la que está en alejandrinos clásicos o en sonetos, y no en sus rebuscadas innovaciones métricas, a la larga fatigosas y artificiales. Hasta los poetas más jóvenes que ha dado últimamente la ciudad se ciñen a una forma y a una métrica donde la aparente modernidad del verso consiste a lo más en combinaciones de líneas regulares —octosílabos, heptasílabos, dodecasílabos, etc.— tal como se advierte en este poema de Marta Domenech, recientemente laureada por la Dirección de Cultura de la Provincia por su libro *Los animales*:

**Grandes y sonoras espigas
crecen por las paredes.
Un techo de alas y espumas
se estremece gravitante.
La primavera como una gran antorcha
ilumina con flores un dosel
donde palpita
un niño
con el corazón de un pájaro.
Transitan graves alas para el viento
cargadas de escamas y rubores
y allí nos encontramos,
asombrados de ser
lo mismo y lo primero...**

(De **Intermedio**, I, 1961)

El verso de pronto se extiende y de pronto llega a las tres sílabas. Idéntica forma usan para ceñir su imaginaciones y sensibilidades inquietas otras poetisas de esta escuela, como la original María Mombrú:

**Ahora que estoy sola como tú, Dios,
puedo pedirte:
un globo de colores**

para el profesor de griego,
un día de niebla para el poeta
que ama lo imprevisto,
una sonrisa de aire para el pequeño
bufón escarlata,
un arco de cobre y un caballo blanco
para la niña muerta,
un cielo transparente
para el tren de las once.
Dios, yo estoy sola.

(De **Ahora que estoy sola,** 1960).

Aprovechamos la ocasión para expresar una vieja idea: la poesía actual no se preocupa mayormente de ser original en cuestiones de métrica; prefiere serlo en el clima del poema, en la idea poética, en la personalidad de las metáforas, en el sentimiento de distinto matiz —celebratorio, elegíaco, angustiado...— que motiva el poema como una exigencia no sólo "artística": existencial... Hasta nos atreveríamos a decir que, de acuerdo con tendencias modernas, la arquitectura del poema es sólo un elemento "funcional", y no "ornamental" como en la poética anterior. Entre la forma de un soneto clásico y la de un poema actual habría la misma diferencia que entre una silla barroca, donde la forma es un fin y no un medio, y un sofá "funcional". Que esto último sea realmente "poético" lo prueba el hecho de que estas obras, vertidas a prosa, siguen siendo "poéticas", lo que no ocurre, por cierto, con las de otras escuelas, especialmente la parnasiana y la neoclásica: transcriptas a la prosa ni nos damos cuenta que son poesía... Ejemplifiquemos con esta estrofa de María Dhialma Tiberti, poetisa de la moderna escuela platense, autora de *Las sombras amarillas* y *Tierra de amapolas,* cuya es esa línea que siempre recordamos como significativa de su poesía nostálgica y melancólica: *"mi alma conoce la empecinada vocación de la nostalgia..."*

"Es tan fácil pensar en tonos distantes cuando golpean en la ventana los ángeles de la lluvia, y la

sombra se estira, blandamente inclinada, dibujando mapas antiguos e inciertos..." (19).

(De *Y la nostalgia*)

Es curioso pero ejemplificante que López Merino no haya mostrado preferencia por el soneto; quizá por esa ansia suya de escapar del tropo y lograr esa sencillez "anti-modernista" que le señalara Glánzer.. (20).

(19) Aún en el cultivo del soneto, se advierte en estos poetas una superposición de la "esencia" lírica a la mera forma; esto llevó a algún integrante del "martínfierrismo" a un notable intento de "descorporización" del soneto (que ya Alfonsina Storni había intentado en otro sentido en sus "anti-sonetos" sin rima...): es el caso de Ricardo Molinari en el **Libro de las soledades del poniente.**

(El amor es amor como la muerte;
quién se olvida de sí, con una mano
sobre el pecho, —la frente ardiente—, vano
en su clamor, su mundo; sí, su suerte.

Su dicha pasajera, quién la advierte;
quién andará un día seco, llano,
por su aridez callada: luz, verano,
en su soledad viva, que se vierte.

Perfume de raíz, de voz quemada,
transparente, —cedida— rigurosa.
¡Pero el amor es el amor, ay, nada!

Quién entiende a un clavel cuando se asoma
solo, guardado, único, o la rosa
absoluta, ceñidos ya en su aroma).

Los paréntesis —casi del método fenomenológico— conque se entrecierra el soneto parecen querer dar a entender que no se trata de uno de ellos meramente "conceptista", sino más bien de un estado de alma que, en todo caso secundariamente, ha sido encerrado en la forma. Y hay una constante ruptura, voluntaria, casi sufriente, del verso, de lo cual nace ese nuevo lirismo que en el gran poeta argentino es intemporal, y no de "sonetista".

(20) También podría haber sido porque el soneto es forma demasiado rígida como para prestarse a la evanescencia, musicalidad indefinida y levedad de este poeta que no se sujeta a una métrica rigurosa, pues intercala versos que rompen la precisión de los otros:

Estás en la luz como una presencia clara y suave
y en el aroma limpio que viene del paisaje...

(En "Presencias", de **Las Tardes)**

Lo cierto es que, en algún caso, poetas platenses que, como Gustavo García Saraví, incursionan en la primer parte de un libro en el verso libre, vuelven en la última parte a su fidelidad de siempre al soneto, tal como ocurre en *Monografía para mi muerte y otras Soledades,* que se cierra con los *Cinco sonetos de amor.* (21)

Esta forma fue usada por Delheye, pero, como se observa en el ejemplo que sigue, no la construye a la moda clásica, pues usa otra consonancia en el segundo cuarteto respecto al primero:

Oh quietud de la casa a cuya sombra
brotó la pena y se formó la herida,
en ti de nuevo el corazón anida,
reza en voz baja y sin querer la nombra.

Ojos que nunca volverán a verla,
labios que no se cansan de nombrarla,
corazón infantil que por amarla
no ha podido a tu lado sostenerla...

(De "Sonetos de Ausencia" en **La Vida Interior,** 1917).

Ripa Alberdi, el otro poeta de esta *Pléyade* platense (1897-1923), autor de *Soledad* (1920) y *El reposo musical* (1923), usa frecuentemente el verso blanco:

A esa hora en que la tarde tiene
para tu cuerpo suavidad de raso
prende el silencio musical y hondo.

(De "La emperatriz de mármol")

Pero, aunque abandona la consonancia, su métrica no alcanza la renovación que lograron López Merino, Delheye y Mendióroz. En Ripa el verso es más monótono, más machacón. Su endecasílabo corre como un galope monocorde. Aunque contemporáneo de Delhe-

(21) También han cultivado casi con exclusividad el soneto poetas platenses como Rolando Venturini (también cuentista y premiado en este aspecto en un concurso internacional de la revista **Life)** y Lázaro Seigel, autor de conmovidos sonetos sobre la pampa.

ye y López Merino, podemos decir de él que cierra el ciclo de la musicalidad "precisa", a partir del cual se abre la armonía "imprecisa" de la verdadera escuela *platense*.

Luz cambiante: Hay en un poema de uno de estos poetas, perteneciente en parte a la promoción "intermedia" y en parte a la del 40 —Vicente Barbieri— un "retablo" que habla de la multiplicidad de temas propia de esta escuela:

> **En los altos vitrales**
> **de mi retablería**
> **todos los mundos son representados:**
> **los ángeles cabales**
> **de la noche y el día,**
> **las manos de los muertos olvidados,**
> **los nidos desvastados,**
> **la comparsa doliente**
> **que yo defiendo trémulo y sonriente.**

("Las imágenes", en **Árbol Total**).

Vale decir que juegan tanto el tema angélico, místico, como el elegíaco, el social y hasta la ironía mezclada con la angustia...

Cada poeta posee su particular signo, su obsesión casi delirante. Juzgamos "poeta", en efecto, al que se repite, se imita constantemente a sí mismo; en ésta como maniática insistencia en lugares comunes sólo propios se alcanza la originalidad, la personalidad del verdadero creador. Pero así como el Río Salado no se secó porque Barbieri lo trasegara continuamente a su poética, así todos los otros temas obsesivos son inagotables; cada creador nuevo lo reasume y lo utiliza desde su particular tema-visión. Así procedieron los de esta escuela con asuntos ya tan tratados como los de la niñez, en cuyo tema la poesía platense —de poetas aún casi niños, casi adolescentes en su obra cumbre— dio matices incomparables.

En López Merino se da el caso curioso de una trasmutación en el personaje infantil; el "se hace ni-

ño" en el poema; es como si aún lo fuera en la tarde del sábado:

Nostalgia indefinible de que se acabe el día
y soñar que mañana no iremos a la escuela...

(De "Canción de los domingos de mi infancia")

Es que era un poeta adolescente que aún no había abandonado del todo la infancia, como Rimbaud, "un Rimbaud más suave y menos original, dentro de la atmófera limitada de la ciudad natal", como dijera de él Raúl Amaral. (22).

El tema de la infancia está presente como una obsesión en la poética de Roberto T. Speroni:

Descendía el Otoño. Sus colores
iluminaban límpidos vitrales.
Andaba el niño solo entre las flores,
mirándose en los tiernos vegetales.
Acariciaba lentos animales,
delicadas hormigas, ruiseñores...

(De "Los ángeles del vitraux")

De pronto, en poetas que tratan otros temas, como Carlos Ringuelet (de la generación anterior a la de Speroni, y autor de *Umbral soleado* -1934- y *Olor a tierra* -1936-), reaparece este mito como una herencia de sus predecesores:

La lluvia formó un charco
en la vieja calzada,
donde quedó varada
la tarde como un barco...

Este tema es producto del carácter "elegíaco" general de la escuela platense. Ya vimos que en ese acento hay "un recuento idealizado de la infancia", "como esencial de la melancolía que evoca lo irrepetible". No se trata de "poesía infantil" —que en La Plata apenas si la hubo, como "literatura para ni-

(22) En el capítulo "La Infancia", de **López Merino y su mundo poético,** op. cit. pág. 31.

ños", en alguna comedia de títeres como las de María Dhialma Tiberti (*Los títeres,* comedias infantiles, 1948)—; no se trata de versos para ser leídos por los niños, como los de Tallón, o los más recientes y notables de María Elena Walsh en la poesía argentina general; es, siempre, más bien, la niñez como tema, tan inigualablemente dado en López Merino en *De Viaje*:

Yo me digo ante el niño que admira el cielo rosa...

(línea que realmente tiene semejanza, como estado de "contemplación" de la infancia, con los versos de Rimbaud a *Las buscadoras de piojos...*); es el mito lírico-puro de la niñez que Horacio Ponce de León recrea en *Los Niños,* y que permitió a Carlos H. Albarracín Sarmiento —autor de *Tres cielos* (1939) y *Solfeo Lunar* (1943)— concebir su poemita antológico *Calesitas*:

El caballo amarillo
sigue al caballo blanco.
Abandoné a mis padres sentados en un banco.
....
El caballo escarlata,
el caballo violeta,
en el país del Trompo, ciudad de la Veleta.
....
El-ca-ba-llo-a-ma-ri-llo...
Viajando he descubierto que el mundo es un anillo.

Cercano a este tema, pero trasmutado lo infantil al propio carácter del poeta —una especie de ángel-niño pintando cosas mágicas y de trasmundo, un duende de poesía inefable— en Arturo Horacio Ghida se dio un "realismo mágico" que otorgó a esta escuela un matiz originalísimo, no alcanzado aún en la poesía argentina. Autor de un único cuadernillo editado de poemas en prosa —*El poeta y el resplandor* (1943)—, algunos de sus poemas circularon, como curiosidad hoy casi inhallable, en revistas de esotérica difusión; tal este fragmento que recomponemos de memoria:

Si un alfiler de pronto nos dijera:
—No soy un alfiler, soy una espiga;

si una langosta de inocentes ojos
se pusiese a llorar junto a las rosas;
si el rayo o el relámpago bajasen
a pedirle perdón a un niño triste...
....
¡Ah, cómo cantaría
el color de los besos en el mundo;
qué resplandor de océanos alegres
en las ciudades ciegas!

Otras veces este poeta único animaba las cosas con espíritu de duendecillo poético:

Tengo un aparador con alma de ermitaño
que guarda entre su austera soledad de cajones,
cucharas deliciosas de seráfico estaño
cuyos sueños son puros como sus corazones...

(De "Las Cucharas")

Próximo a este "realismo mágico" se hallaba por los alrededores de 1940 la poética en prosa de Pedro Catella, sólo édito en algunas revistas de estudiantes de la Facultad de Humanidades, y autor de aquel casi increíble poema que comenzaba así:

Sábado de los coladores que llegó...

("La pipa del sábado")

El tono "celebratorio" se da también en poetas de La Plata. Así, Alfredo Casey, autor de *Muchacho de ojos claros* (1942) celebraba el amor, oponiéndose a ese instinto de lamentación propio de nuestra época, aunque no desconociéndola en su destrucción, pero como rescatándola con el erotismo:

Tú y yo sabemos también de la amarga tierra
con las flores, los niños y los nidos desolados (23)
pero no deseamos cansarnos como el hombre
inclinado y doliente con sus rebeldías,
no deseamos morir cisnes blancos, amantes,
sino crecer cada noche, libres al amor,

(23) Es notable la coincidencia referencial a los versos de López Merino en que habla de los niños que "vertieron su llanto —por los tibios nidos— por las aves muertas— y los blancos lirios"

como dos faroles perdidos en las sombras
para señalar una antigua calle de sueños.

Oh, amante, Dios se deleita al mirarnos
y extiende estrellas sobre nuestros ojos
como un lienzo remoto donde perpetuarnos.

(De "Dios extiende estrellas", 1942)

Entre los nombres más jóvenes, igual tono celebratorio del amor canta Marta Domenech, ya anteriormente citada:

Pescando a la noche con el anzuelo de un sueño,
volando dorada con mi pelo mágico y una hoz
sobre tu escoba,
significando el mundo,
sin miedo ya
ni al aire ni a la luz,
radiante dentro de tu catedral en mi destino,
hemos despertado al fin,
tan bellos como soles,
al cielo —enorme kaleidoscopio
que se puebla de signos y señales. —
Ya las túnicas angélicas abandonan
su ropaje al sol, a la paloma,
y el bosque detenido en un anillo
se estalla en colores, en cantos
y en sonrisas...

(De "Tránsito", en **Los Animales**, 1961)

Otros de los temas cantados por esta escuela con cierta insistencia que es retomada por algunos poetas recientes de la voz de sus predecesores, es el de "la paz hogareña". Se trata de una poética podríamos decir "buena", en el sentido emotivo, no cualitativo, y que Mendióroz sintetizó en el título de una de sus obras: *La luz buena del amor*. Saraví Cisneros, al tratar esta escuela, señaló ya que López Merino, por su parte, "fué el poeta de la intimidad. Amaba la paz hogareña, las horas junto a la lámpara, el patio de su niñez" (24). Idéntico carácter anotaba el desaparecido poeta platense Juan Carlos Mena: "Hace va-

(24) En La hermana ausente, capítulo de **López Merino y su mundo poético,** op. cit., pág. 45.

rios lustros... la familia platense... a la manera tradicional de la familia argentina... mantenía el culto hogareño sobre la base de la afección recíproca de sus componentes. Francisco López Merino nace en ese mundo propicio... pone su corazón al alcance de la mano y en el corazón de los suyos derrama el caudal de su ternura... Nadie exterioriza con tanta plenitud el afecto familiar, la predisposición por la vida hogareña..." (25). Igualmente puede decirse de Delheye:

Oh quietud de la casa a cuya sombra...

Romilda P. de Mendióroz, mujer del poeta y poetisa ella también, dió su poesía en esos temas de ternura hogareña; y el hijo de ambos, Hugo Enrique Mendióroz, pareció heredar esa "luz buena del amor" de sus padres, en sus poesias simples, hondas y cálidas de *Agua Clara.*

En las últimas dos décadas, Ana Emilia Lahitte, autora de *Sueño sin Eco* (1948); *Partir* (1948); *Muro de cristal* (1951), alternando con temas más dramáticos y angustiados propios de su sensibilidad e inteligencia de mujer, ha recogido esa tradición platense de poesía "buena" y "hogareña" en poemas como *La casa*:

Las manos de mis padres, novias aún, alzaron
en ámbitos de ensueño la casa imaginaria.
No existían los muros, certeza innecesaria:
existía ya el alma y en amor la habitaron.

¡La casa! Con sencilla ternura edificaron
el silencio armonioso, la sombra hospitalaria,
la paz, el buen regreso, la lumbre, la plegaria.
La casa... Umbral de azahares. Luz de los que pasaron.

En los poetas de esta escuela ya desaparecidos, como Alfredo Fernández García, autor de *Libro sentimental* (1912); *Lámpara del recuerdo* (1924) y *Árboles y huellas* (1952) recordamos la misma temática en aquel soneto también de antología platense:

(25) En López Merino, poeta de la ciudad, **Revista de Educación** Pcia. de Bs. As., diciembre 1947, pág. 88.

Lámpara del recuerdo. Se derrama
su suave luz desde un divino cielo
y mejórase el alma en el consuelo
de renovarse en todo lo que ama...

Rodolfo Oyhanarte, contemporáneo de Fernández García, desarrolló igual tema en su libro *Las hijas.* Fue ésta la generación que dio poetas que cultivaron un arte menos actualizado, pero en el que imperaba la "constante literaria" de la escuela de La Plata: Eduardo Zapiola, Teófilo Olmos, Francisco Timpone, Víctor M. Font, Ismael Dozo, Justo María Aguilar, Delfor B. Méndez, Eduardo Rivas, y entre las poetisas Sarah Lovisutto, Clara y Jace Krámer, Clara Grosso.

Y, para que en estas "luces cambiantes" de la escuela platense no faltara un tema poético como el de "las correspondencias" entre la poesía y otras artes, Elba Ethel Alcaraz ha publicado últimamente un pequeño libro donde ensaya ese recurso estético tomando unos temas pictóricos "como motivos poéticos, sin intentar describirlos —como dice en el prólogo— pues han coincidido con mi realidad interior. Han resultado para mí experiencias similares al campo y al mar, y he trabajado con ellas con la misma libertad que condicionó mi actitud ante esos elementos". (26)

Respecto al tema "social", los poetas de la *escuela platense* "en sentido literal" lo eludieron, sin duda por la intemporalidad y el carácter de puro "estado de alma" de su poesía. Apenas si en Mendióroz, el más "realista" de estos poetas, asoma, a ratos, una pincelada disconformista, incluso nihilista. Otras veces, roza al pasar aspectos de aquel carácter, como en *Divagación.*

En la rada, casi asfixiante de olor a frigorífico (27)
que halaga las narices del patriotismo, pues
le habla de las riquezas de este suelo prolífico,
aunque asome, inquietante, la pipa del inglés.

(26) Aparte de esta obra, —**Todos los días** (1959)— esta inspirada poeta platense es autora de **La ronda** (1961).

(27) Eugenio O'Neill, en una de sus piezas de un acto, había hablado con conocimiento de causa, de "el olor a cuero podrido de Berisso"

Los poetas de la generación que hemos llamado intermedia no cultivaron tampoco la poesía "comprometida". De los dos grupos porteños en que se encontraba dividida la poesía capitalina por esos años —el grupo "Boedo" y el grupo "Florida"— adoptaron más bien la postura lírico-pura de éste último, y no el acento social y libertario del primero.

Respecto a los poetas platenses de 1940, ya César Fernández Moreno, panegirista de la generación, señalaba que esta promoción "no prescribe lo no artístico, pues el neorromanticismo nada vital excluye por principio. Siente, más bien, una fuerte inclinación estética hacia lo permanente, de donde ha surgido su preferencia por temas que trascienden lo gregario, sin que ello impida un restringido cultivo de la poesía llamada "social", susceptible de hacerse mayor y hasta absorbente cuando el eje de la vida se desplace hacia esa esfera". (28).

Es innegable que hace veinte o treinta años la preocupación no era fundamentalmente político-social; se vivía, más bien, en una indiferencia morosa respecto a estas cuestiones. Pero, en la actualidad, por causas que no son del caso mentar aquí, "el eje de la vida" parece "haberse desplazado hacia esa esfera". No es extraño, así, que poetas que comienzan con un tono lírico, como Pedro A. Fiori, —que se dio a conocer con una obra de tema clásico como *Orfeo* (1959)— estén en la actualidad volcando su voz al tono de fuerte compromiso social, relacionado con el destino de América. Igual inquietud muestran poetisas como María Mombrú, y hasta una autora platense que sólo había tratado temas pasionales u hogareños, Telma García Castañeda, ha compuesto su esperanzado y rebelde poema a "América". (29).

(28) Cit. por J. C. Ghiano; op. cit., pág. 202.

(29) Emilio Rubio, tucumano de origen pero radicado en La Plata desde 1950, es, también, uno de los poetas que ha cultivado el tono social, junto con otros acentos más subjetivistas y personales. Se dio a conocer en nuestra ciudad, donde compuso la mayor parte de su obra poética, con "Dos Poemas" publicados en la Revista

Ciudad Universitaria. Los poetas de la primitiva *Pléyade* platense fueron, más bien, autodidactas; López Merino apenas cursó el Colegio Nacional; él, Delheye, Mendióroz y Ripa Alberdi, alguno con título universitario ajeno a las letras, se nutrieron más bien de lecturas ocasionales. Sólo a partir de 1934 egresa el primer poeta formado en la nueva Facultad de Humanidades, Carlos Ringuelet, y lo siguen en el tiempo sintiendo la influencia de las aulas de Letras, poetas como Héctor Ciocchini, Carlos Disandro, Narciso Pousa, Lázaro Seigel, Roberto F. Núñez, Alfredo Roggiano, Pedro Catella, Enrique Catani, Osvaldo Guglielmino, Apolinario Héctor Sosa, y, últimamente, Pedro A. Fiori.

Ya en los alrededores del año crucial de 1940 aparecieron en la Facultad revistas de poesía editadas por sus estudiantes - poetas, como *Caracol, Árbol* y *Renacimiento,* de vida efímera pero en las cuales colaboraron y sentaron su estética esos líricos nacientes. En crítica poética surgieron de esas aulas espíritus como los de Jorge Bogliano, Lázaro Seigel, Miguel Ángel Escalante, Julio Painceira, Mario Fernández de la Fuente, Ligia Spina, Arminda D'Onofrio. Otros de esos críticos platenses surgieron de la prensa, como Jaime Sureda, Reynaldo D'Onofrio y Alberto Fernandes Leys. La influencia de la Facultad de Humanidades se hizo sentir sobre sus poetisas, pues desde María de Villarino y Dolores López Aranguren, pasando por Aurora Venturini, Ana Emilia Lahitte, Helda Suárez, Lucrecia Silva Noceda, continuando con María Dhialma Tiberti, María Mombrú y Elba Ethel Alcaraz

Cultura —Año III, Nº 9— en los que traía el recuerdo de los ingenios azucareros de su provincia:

> **Escuchad ese mar verde**
> **y en medio**
> **el propósito del hombre**
> **como el del niño en la playa.**
> **Escuchad cómo se eriza y desencadena**
> **su ola verde.**
> **Escuchad escribir sus chimeneas.**
> **Escuchad trabajar su reloj negro.**
>
> **¡Es el ingenio!**

y terminando con María Paulina Jaszko, la gran mayoría de las firmas femeninas platenses tuvieron algún contacto con las aulas de Letras. Algunos poetas ostentan títulos como los de abogado o médico, que no impidieron el logro de su obra, ya que la influencia de la Universidad fue siempre formativa. Este último es el caso de Enrique M. Raffaelli, autor del *Libro de Baladas.*

Lecturas: Los poetas de esta escuela han sido hombres de especiales e insistentes lecturas. Tuvieron siempre sus libros de cabecera. Ya López Merino revelaba en sus poemas la asiduidad de estas frecuentaciones:

> **Mis primas los domingos vienen a cortar rosas**
> **y se llevan un libro de versos de Samain...**

Delheye proclamó siempre su predilección por los poetas flamencos, entre ellos Rodenbach:

> **Sangre flamenca corre por mis venas, por eso**
> **gusto de la cerveza, del jamón y del queso**
> **que en Flandes se fabrica. Pero hay algo de ensueño**
> **en mis ojos azules, y con frecuencia sueño**
> **en ciudades antiguas cruzadas de canales;**
> **en mi memoria viven góticas catedrales,**
> **beguinajes ocultos en floridas ventanas,**
> **procesiones monjiles a un toque de campanas.**
> **Mejor que en estas urbes de América estaría**
> **en Brujas o en cualquiera ciudad de lejanía**
> **como mi noble amigo Rodenbach...**

(De "Autorretrato", en **La vida Interior,** 1917).

Este autorretrato —que en la poesía en lengua castellana del siglo sólo tiene parangón con el poema del mismo tema de Antonio Machado —define las predilecciones librescas del agudo poeta. Como señalara Glánzer, él y López Merino se nutrieron de la lectura de "líricos ingleses, los franceses menores del simbolismo y sobre todo el poeta belga Rodenbach". No obstante, hubo en ellos influencias del modernismo, pero no tanto en lo que éste tuvo de "rarismo", sino más bien en el aspecto de renovación puramente lírica que trajo en su mejor calidad esta escuela. Por el sentimiento y el subjetivismo, se demoraba en ellos, también, algo del

romanticismo. Estas influencias fueron sintetizadas así por J. C. Ghiano: "La breve obra de López Merino ha sido relacionada —atendiendo a referencias de sus propios poemas— con Musset y con Samain. Hay en sus versos una leve tristeza confesional y una pulcra tendencia a recrear el paisaje como "estado de alma" que lo acercan a actitudes románticas, a la vez que el equilibrio formal, en estrofas y vocablos, lo aproxima al rigor modernista". (30)

Es característica la insistencia con la que tanto él como Delheye se refieren a libros y lecturas:

> **Pienso en el libro diáfano que en voz baja leías...**
>
> (F. L. M. **Presencias**).

Mendióroz hasta llega a imaginar o sentir la lluvia como una página de un libro de poemas:

> **.............Mi mirada que lee**
> **en las líneas tenaces de la lluvia el poema...**

Los poetas de la escuela que siguieron a los de esta *Pléyade* estaban ya en una época en que la mención de lecturas en los poemas se juzgaba recurso extra-lírico, tanto se insistía en la creación personal, en la "existencia propia". En Fingerit, María de Villarino, Elena Duncan y otros de la promoción que sigue a la de López Merino sólo se advierten menciones de lecturas predilectas en acápites de sus poemas. Fue Cambours Ocampo el que, en *Poemas para la Vigilia del Hombre* (1939), (31) no vaciló, sin embargo, en proclamar sus lecturas preferenciales, de poetas europeos elegíacos o existenciales.

La generación que sigue a ésta, sufre otras influencias ya que son nuevas también sus lecturas. En el ámbito de la poética nacional había imperado la promoción "martinfierrista", y la generación del 40 había roto lanzas contra ella. Lo sintetizaba León Bena-

(30) Op. cit. pág. 174.

(31) Cambours Ocampo había tratado, en 1930, en su **El reloj de la hora bailarina** una poesía de "vanguardia" en el sentido de los "ismos" predominantes en esa época.

rós en 1951: "*Martín Fierro* luchó contra una retórica y desembocó en otra. Nosotros, desde nuestro mundo personal, buscamos lo esencial del verbo, más en el acontecer interior que en el deslumbrante artificio de la fácil y desmontable metáfora". (32) Es innegable que lo mismo habían hecho López Merino y Delheye respecto al modernismo: no se habían dejado seducir por sus tropos muy pronto decadentes. Pero así como aquellos poetas iniciales recogieron lo bueno de la escuela de su época, así los poetas platenses de la generación argentina del 40 tomaron lo ponderable del "martinfierrismo". No existió plenamente el rechazo de que habla Benarós, o sólo existió como postura o proclamación de principios. Esto es natural —o "cultural..."— pues la continuidad histórica de la poesía nunca se rompe; pese a los cambios, una generación nueva recoge mucho de la anterior. Máxime cuando ésta última es en muchos aspectos renovadora; los "martinfierristas", como muy bien señala David Martínez, "justo es reconocerlo, han sido los primeros en penetrar en el nuevo horizonte poético, con valores y estilos propios". (33) Lo "bueno" de esta promoción que recogió la de 1940, consistió en su "lirismo puro", ése de los mejores versos iniciales de Borges, Marechal y Bernárdez, y de los siempre en constante superación de Ricardo Molinari. En cambio, fue escasa la repercusión en nuestros poetas platenses de esa "fácil" y desmontable "metáfora" propia del ultraísmo de que habla Benarós, y que se dio, más que en los poetas "martinfierristas" citados, en otros menos "líricos puros", como los del grupo "Boedo", o como Oliverio Girondo en el grupo "Florida". Como la tendencia de esta escuela platense había sido, desde sus orígenes en 1917, hacia un intemporalismo y un lirismo nada pintoresco ni ingenioso, es explicable que recogieran estos poetas de 1930 y de 1940 lo mejor del "martinfierrismo", que estuvo en la poética del Borges argentinista, de un

(32) En "La generación de 1940", revista **El 40,** Nº 1; 1961. pág. 3.

(33) En **Poesía Argentina 1940-1949,** Colección "El Ciervo en el Arroyo", Bs. As., 1949.

Marechal o un Bernárdez de su auténtica época. Respecto a la preferencia que siempre se tuvo entre los poetas de La Plata por la obra de Ricardo Molinari baste recordar que, en 1950, una de las revistas de poesía editadas en esta ciudad reprodujo uno de los mejores estudios sobre este gran lírico argentino. (34)

La influencia de los grandes poetas americanos, como Neruda, el "creacionista" César Vallejo, Huidobro y otros estuvo también en la renovación de la metáfora, la atmósfera y la terminología de los poetas platenses a partir de 1930, pero casi no se incurrió aquí en una imitación literal, en un "nerudianismo" que fue epidémico en otras latitudes del continente. Se reabsorbió sin copia directa la renovación que en los sentidos citados traía el gran poeta chileno. Lo mismo podemos decir respecto a García Lorca; Vicente Barbieri tuvo, en sus primeros libros, sus recaídas en un "lorquismo" de época, sobre todo en el romance, pero muy pronto surgió a un estilo personal, abandonando intentos como éstos, que eran glosa del poeta andaluz:

La rosa, profunda rosa,
rosa de nueve sentidos,
rosa elevada y brillante,
de oriente definitivo,
yace entre cuatro paredes
de oxidado cardenillo...

(De "Todo así", en **Árbol Total**).

Respecto siempre a poetas hispánicos, en la época de López Merino y Delheye no se había hecho sentir, aún, la influencia de Juan Ramón Jiménez, contemporáneo de aquéllos pero cuya influencia fue posterior en el país. Lo que sí parece evidente es que el autor de *Las Tardes* leía a los poetas franceses en su idioma original, por el pórtico que pone a *Tono Menor*, en verso de Samain:

Laisse la rue á ceux que leur ame importune...

(34) Ver en **Cuadernos de la Costa**, Nº 1, La Plata, el artículo de J. C. Ghiano "Las Odas de Ricardo E. Molinari".

De España fueron llegando a la ciudad y fueron siendo admiradas las voces de esos grandes líricos puros que fueron Salinas, Altolaguirre, Guillén, Cernuda y Hernández. De este último derivaron, posiblemente, su afición por el soneto renovado algunos de los poetas platenses que encaran esa forma. Y como hablamos de Europa, es oportuno reseñar un hecho que puede ser aclaratorio; las influencias de las nuevas escuelas y de los grandes poetas que van surgiendo en el Viejo Mundo llegan a estas tierras siempre con un atraso de años. El simbolismo era una novedad en el país veinte años o más después de su apogeo; cuando en París se hablaba, ya, de Apollinaire, de Elouard, de Supervielle, de Bretón, en La Plata aún se seguía al día con Samain y con Rodenbach. Del mismo modo, los poetas de los "ultras" de la primer post-guerra llegan a La Plata años después. Y en nuestra ciudad recién en los alrededores de 1935, o aún más tarde, comienzan a leerse e influyen en su poética, nombres europeos como los de Rilke, Valery, Milosz, aún anteriores a la primera guerra; recién en su ancianidad se conoce aquí al autor de *El alma y la danza;* T. S. Elliot es leído con el mismo retardo. ¿Es esto pernicioso? Juzgamos que no. Impide ese "vivir al día" que hace de la poesía una "moda"; cuando la influencia llega tarde se une a otras y entra a integrar una dimensión creadora que así se va formando en originalidad. Se está, en esta lejanía, un poco de vuelta y como escarmentado del "último grito" poético; y, lo que es más beneficioso, cuando un nombre llega aquí con retardo es porque realmente su significación era perdurable. De allí que no hubiese en La Plata ningún poeta "letrista", ni "dadaísta"; sólo se leyó a éstos muchos años después, como curiosidad histórico-literaria, y cuando ya la imitación hubiese resultado broma. Existe, también, en esa demora de la ciudad platense, la posibilidad de recoger, todavía, fuentes aún más lejanas pero más eternas de poesía; el hecho de que poetas platenses actuales lean a Hólderlín y a Keats, y a otros grandes líricos del pasado siglo, revela la posibilidad —aunque parezca contradictorio— de una

mayor originalidad poética, frente a autores que sólo leen a Neruda...

La formación estética de estos poetas platenses fue siempre integral; llegaron al gusto y a la comprensión, y hasta a la erudición, en territorios de otras artes, como la pintura y la música. Conocidas son —y lo revelan algunos de sus poemas— las predilecciones pictóricas de Delheye y López Merino, verdaderos "prerrafaelistas", hasta el punto de que el último de ellos hablaba de:

...colores de acuarelas lentamente extendidos...

los profundos conocimientos que en materia de música poseen Fingerit, Porro o Silvetti; la notable predisposición al dibujo y el oído musical de Roberto Speroni. Romualdo Brughetti devino uno de los críticos de pintura más sobresalientes del país, hijo él de un pintor. De Carolis dibujaba retratos al lápiz; Emilio Rubio es, también, un original pintor y un decorador de espíritu actual.

Y es digno, por último, de mención, el hecho de que a poblaciones aledañas a la ciudad haya llegado esta cultura poética hasta formar las voces de dos autores como Esteban Peicovich, de Berisso, y Pablo Atanasiú, de Ensenada, incorporados a la escuela platense década y media atrás y constituídos en dos de sus nombres siempre recordables.

Méritos de la escuela platense: Hemos de señalar, en estos párrafos finales, las excelencias, por algunos no advertidas, de esta tradicción poética platense. En primer lugar, su *seriedad*. Ésta se advirtió ya desde el comienzo, en la labor creadora grave, contemplativa, "a la luz de la lámpara", de Delheye, López Merino y Mendióroz. Un "severo recato" exigió a estos poetas y a sus continuadores el rechazo de todo lo que fuera improvisación, sensacionalismo y devaneo. No hubo aquí "estridencias" en torno a una labor que, como la creadora, es la más responsable y debe ser por eso la más pudorosa. No se habló aquí nunca de "la im-

permeabilidad hipopotámica del honorable público" ni de "la incapacidad de contemplar la vida sin escalar las estanterías de las bibliotecas" (35), nunca se mezcló la broma con la creación, y no porque estos poetas no hayan sido "vitales" y hasta impíamente satíricos (el humor de López Merino a este respecto es siempre recordado por sus contemporáneos...); sino porque se supo siempre discernir la seriedad de la labor poética y separar de ella lo que en muchos de estos poetas fue y es ingenio, humorismo y hasta distracción.

Es también digno de encomio que en La Plata no se hayan producido entre sus poetas "deserciones" como las que ocurrieron y ocurren en Buenos Aires, en poetas que sufren al parecer una "involución": comienzan con un lirismo original y renovado y terminan, décadas después, en una versificación reaccionaria, declamatoria, o se desvían, en otros casos, de su primitivo argentinismo creador para concluir en intelectuales "Ficciones"

No prosperaron aquí, tampoco, en los últimos años, "deserciones" nuevas de ese tipo en poetas de la generación del 40 ocurridas en cambio en Buenos Aires, donde algún elegíaco de esa promoción creyó "inventar" una tal poesía *madí* mediante el recurso de destruir las estrofas y quitar los signos de puntuación a sus poesías líricas de siempre. Tampoco se cayó en La Plata en el afán, quizá defensivo y amparador de la mediocridad, que consiste en formar "grupos" —algunos con nombres tan increíbles como el de "los Poetas del Pan Duro Porteño"...— y dentro de los cuales el creador se "masifica", se torna casi anónimo. Entre los poetas estudiantes de la Facultad no se formó tampoco ese ambiente de "cueva" existencialista (36) que se constituyó en medios semejantes en otras capitales universitarias. Tampoco aquí los poetas han

(35) Del Manifiesto del grupo "Martín Fierro", en el 4º nro. de la revista homónima.

(36) Ana Emilia Lahitte, en su libro de ensayos **Raíces desnudas** (1951) se pronunciaba ya en contra de estas novedades "existencialistas" en el sentido peyorativo del término.

buscado en su condición de artistas un pretexto justificativo de una conducta muy a la "nueva ola" o a "la dolce vita".

La gravedad, la seriedad, la contemplación, la "Vida Interior", siguen siendo, con el tiempo, las cualidades ponderables de esta escuela platense, en la cual, dentro del común denominador de una "constante literaria", cada poeta es él mismo y constituye su única, individual y auténtica *escuela de poesía.*

ALBERTO PONCE DE LEÓN

LA POESÍA JOVEN DE LA PLATA

Hace pocos meses, publicamos un trabajo literario similar a éste en una revista de Buenos Aires (1). Quede advertido pues, el lector, de las probables reiteraciones que encuentre. El tema, como se comprenderá, no da pie para citas diferentes o escorzos con nuevas valoraciones, sobre todo si se tiene en cuenta el poco tiempo transcurrido desde aquella publicación. Sentado ello, vayan las consideraciones que siguen.

He aquí, antes que nada, algunas preguntas fundamentales: ¿Por qué se habla, de continuo, de los poetas de La Plata? ¿Por qué no se citan, como grupo homogéneo, se entiende, a los de Río Cuarto, los de San Isidro, los de Goya o los de Avellaneda? ¿Por qué, incluso, son distintos los *platenses* de los denominados *bonaerenses* (Barbieri, Guglielmino, Marrone, etc.)?

La cuestión no es, por supuesto, *esencial* en el desarrollo de nuestra literatura. Pero resulta relativamente *interesante* para el estudio fragmentado y panorámico de la poética argentina. La "escuela de La Plata" es una realidad que no se puede cuestionar y que sigue teniendo vigencia, aun después de la desaparición de los poetas principales que la constituyeron: Alberto Mendióroz, Pedro Delheye y Francisco López Merino.

La respuesta a aquellos interrogantes está vinculada estrechamente con el tema que tratamos. Para una mejor ubicación de las generaciones actuales, debe hacerse memoria, con anterioridad, de aquella *ten-*

(1) Ver **Tiempo Presente** del 4 de julio de 1961.

dencia literaria particular que dio características propias al canto nacido en la ciudad del Bosque y que fue estudiada por Evar Méndez (1925), Pedro Henríquez Ureña y Francisco Luis Bernárdez, sin perjuicio de las acotaciones llevadas a cabo luego por Arturo Capdevila, Rafael Alberto Arrieta, Alberto Ponce de León, Roberto Saraví Cisneros y otros.

Entendemos que varios de aquéllos "*¿por qué?*" hallan su explicación en los grandes ensayistas que han tocado el tema de la realidad nacional. Ya Domingo F. Sarmiento decía: "Sólo Buenos Aires, en la vasta extensión argentina, está en contacto con las naciones europeas; ella sola explota las ventajas del comercio exterior; ella sola tiene el poder y rentas...". Eduardo Mallea sostiene: "Estamos tan habituados los metropolitanos a creernos el centro del mundo que los frutos espirituales y morales de nuestras provincias nos suenan a extranjeros e inasimilables...". Raúl Scalabrini Ortiz afirmaba: "La República es una inconmensurable estancia moderna, cuyo casco es Buenos Aires...". Florencio Escardó, sentencia: "Para un porteño, el hombre de Jujuy, su compatriota, es apenas una entidad conceptual, y el uruguayo que para la geografía política es extranjero, es una realidad constante y sonante...". Ezequiel Martínez Estrada, por último, escribe: "Comparada con Buenos Aires, cualquier otra ciudad, Bahía Blanca, Rosario, Córdoba, Tucumán, son campo, nada más que techos. Un aire campesino atraviesa las calles y se achata en las fachadas; pasa sobre los edificios sin silbar el viento mudo de la pampa. Todo traspira un aire rural, desde los programas de sus broadcastings y la velocidad de los vehículos, hasta el color de la indumentaria y el modo de mirar espiando...".

Estas afirmaciones, indirectamente vinculadas con los antecedentes de la fundación de La Plata y su ubicación geográfica e histórica, sirven para explicar, en cierta manera, la existencia de aquella escuela literaria, o si se prefiere, la de una modalidad en los versos que es distinta a la que se da en Buenos Aires o el resto del país. La capital de la Provincia, en efecto,

por muchísimas razones que no es del caso enumerar (2), posee una serie de *circunstancias* propias que influyen, necesariamente, en esa multiplicada abstracción, inasible y difusa que se denomina *"el habitante"*. Entre otras, deben tenerse en cuenta las siguientes:

a) Su fundación, hace sólo 80 años, fue el resultado de un acto político de gobierno, una simple adecuación legal a una realidad que, paradojalmente, no existía. Sobre la pampa y en las inmediaciones de la Capital Federal, se trazó un cuadrado perfecto, se delinearon calles y se inventó un nombre apropiado. Este hecho, a su vez, ofrece la peculiaridad de que algunos de sus moradores son más viejos que la propia ciudad que los convoca y constituye.

b) Carece, en consecuencia, de hondas raíces históricas, de pasado, de leyendas, de colonizadores o conquistadores, de valles y montañas real o imaginariamente apropiados para su desenvolvimiento. La Plata ha tenido que inventarse sus ayeres, adjudicarse a sí misma su destino, crearse su belleza. Difiere de todas las capitales argentinas: San Juan, Córdoba, Santiago del Estero, Salta, Santa Fe, etc. tienen varios siglos más que la República.

c) Estos hechos y algunos otros que para no extendernos demasiado pasamos por alto, crearon en su sustancia ciudadana y en su contorno espiritual, matices y jerarquías especiales que lentamente terminaron por darle una inconfundible idiosincrasia. La mención de estos elementos es dispar y heterogénea, pero indudablemente positiva y aglutinadora de posibilidades. Entre ellos se mezcla lo material con lo inmaterial, la hermosura con el progreso. He aquí algunos

(2) Sobre esta materia se podrá consultar, en breve, nuestro ensayo **Apuntes para una Historia de La Plata,** de próxima aparición. Asimismo, el tema se halla tratado en múltiples autores, resultando de interés, quizá, **La Plata, a su Fundador,** edición de la Municipalidad local, año 1939, sobre todo en las páginas iniciales de Aníbal Sánchez Reulet, **Tiempos y Fama de La Plata** de José María Rey, **Primera Antología Poética Platense** de Roberto Saraví Cisneros, etc.

de estos componentes: 1) Fue la primera población argentina que contó con luz eléctrica; 2) Su museo arqueológico es uno de los primeros del mundo; 3) Ninguna ciudad del país tiene calles tan bien arboladas como las suyas; 4) La Catedral, el Bosque, sus plazas continúan siendo su orgullo; 5) Durante varios lustros convivieron en ella cinco de las más famosas personalidades de la época: Almafuerte, Vucetich, Spegazzini, Korn y Ameghino; 6) Su Universidad Nacional y los distintos establecimientos que la componían fueron esenciales para su desenvolvimiento y sobre todo, para ponerse en contacto y ser conocida en el exterior, etc. Es indudable que los factores enumerados precedentemente, sirven para formar una determinada "tipicidad" en el ciudadano y, de modo indirecto, en el artista que crece bajo su inmediata vigilancia y contralor. El medio ambiente es, ineluctablemente, el intermediario entre la sensibilidad de un poeta, por ejemplo, y las modalidades de la belleza que canta.

Los escritores mendocinos, riojanos, salteños, sanjuaninos, etc., cuando se circunscriben voluntariamente a aquella *limitación* ilimitada de sus propios contornos ambientales poseen, aunque no lo quieran, elementos de la naturaleza que resultan comunes a todos: el color del cielo, las montañas, el ruido de las acequias, la alegría de los viñedos, un modo especial de cultivar un honrado *"criollismo"* literario. Lo mismo sucede con los de las provincias que se hallan al sud del Paralelo 42 (el viento, la meseta patagónica, la soledad, las piedras, un silencio geológico que casi se puede tocar con las manos) o los de la zona guaranítica o mesopotánica. No sabemos si existe, pero si lo hay, el poeta rosarino que haga versos con el arrabal de su ciudad tendrá que ser similar a los que le han cantado a los suburbios de Buenos Aires (Carriego, Borges, Lamadrid, Etchebarne).

La Plata, por oposición, no se parece a ninguna otra ciudad. El panorama que se respira en ella es de otra esencia y la psicología de su poblador absoluta-

mente distinta (3). Volvamos a decir: no tiene historia y el paisaje que la rodea carece de símbolos y perdurabilidades. Pero he ahí que, desde Dardo Rocha en adelante, por clarividencia o adivinación de su fundador y posteriores gobernantes, posee aquella *"tipicidad"* que, además, es intransferible y positiva. Y lo curioso es que sus componentes no sólo son dispares e inesperados sino que, por momentos, se nos antojan minúsculos y sin eficacia espiritual: una avenida de tilos, una calle con naranjos, una noche que casi no tiene letreros luminosos, un bosque íntimo y con memorias, un acordarse periódicamente de Joaquín V. González, de Francisco López Merino o de Alejandro Korn.

Entendemos que las disquisiciones efectuadas, aunque un poco al margen del tema propuesto, son necesarias para justificar el encasillamiento de una poética y una generación dentro de los muy relativos límites de una ciudad. Y mucho más, si caemos en la afirmación de que esta poesía, como conglomerado de voces paralelas, se halla en la primera fila del canto nacional. Consideramos, en efecto, que ni siquiera Buenos Aires estaría en condiciones de formar un grupo de diez o doce poetas de tanta significación como algunos de los que mencionaremos en esta síntesis.

Ahora bien: *¿Cuál es nuestra "poesía joven"?* El adjetivo es placentero y suele usarse con generosidad y largueza. Optamos por los que integran, en su mayoría, la generación del "40", sin ceñirnos con estrictez a un orden cronológico ni a un análisis demasiado severo de lo que debe entenderse por *juventud.* Quedan, pues, fuera de nuestra apreciación, poetas

(3) Carlos Ringuelet —otro de los excelentes poetas injustificadamente callados o casi callados de la ciudad— sostiene que alguna de las características de los escritores platenses podría, tal vez explicarse con claridad, recordando que en la Escuela Anexa, dependiente de la Universidad, se impuso durante años, y como libro de lectura obligatorio, **Platero y yo** de Juan Ramón Jiménez. El **"juanramonismo"** que se entrevé aún en muchos de los autores que se incluyen en este trabajo quizá tuviera su origen, mediata o inmediatamente, en aquella influencia recibida en la infancia.

principales que se encuentran en otro plano (María de Villarino, Horacio Ghida, Carlos Ringuelet, Alejandro de Isusi, Marcos Fingerit, Elena Duncan, etc.) y cultores de los versos que, por demasiado recientes, no poseen las necesarias coordenadas para un equilibrado juzgamiento. Incluímos en este grupo al llamado a sí mismo "de los elefantes" que cultivan, por lo común, la no tan original originalidad de los poemas murales y una suerte de "apollinairismo" que resulta hoy, quizá, un poco trasnochado (4).

La nómina de sus poetas más representativos sería la siguiente: Carlos Albarracín Sarmiento (n. 1926), Raúl Amaral (n. 1918), Alfredo Casey (n. 1917), Enrique Catani (n. 1914), Pedro Aurelio Fiori (n. 1925), Ana Emilia Lahitte (n. 1921), Horacio Núñez West (n. 1918), Alberto Ponce de León (n. 1917), Horacio Ponce de León (n. 1914), Narciso Pousa (n. 1920), V. Norberto Silvetti Paz (n. 1921), Roberto Themis Speroni (n. 1922) y Aurora Venturini (n. 1920).

Nuestra tarea (¡Dios nos libre!) no es la del crítico. Sólo trataremos de dar una idea general de sus diferentes valores y justificar por anticipado su inclusión en aquella "escuela de La Plata" en la que, si nos atenemos a lo que afirma Roberto Saraví Cisneros (5), habría que incluir también a Rafael Alberto Arrieta, Pedro Miguel Obligado y Arturo Marasso en

(4) No sea vea, en esta apreciación, retazos de parciqlidad. En un concurso poético celebrado hace más o menos un año y medio del que fuimos jurado conjuntamente con Horacio Ponce de León y Hugo Enrique Mendióroz, uno de **"los elefantes"** obtuvo una mención especial y otro el segundo premio. Asimismo, en un reportaje que nos hicieron en el diario **La Razón** de Buenos Aires (ver la edición del 23 de setiembre de 1961) nos ocupamos de ello con calor y simpatía. Hemos auspiciado constantemente cualquier forma de la renovación poética. Eso sí: exigimos un mínimo de responsabilidad (aunque sea irresponsable) y sobre todo que no se trate de convencernos de la "nueva invención de la pólvora". La técnica de las **malas palabras** es vieja como el mundo y nosotros mismos, alguna vez, tratamos de hacerla poesía (**Monografía para mi Muerte y otras Soledades,** Buenos Aires, Edit. Acanto, 1956, poema "La Novia", pág. 31).

(5) Ver **Primera Antología Poética Platense,** Buenos Aires, ediciones Antonio Zamora, año 1956.

su condición de *casi* contemporáneos de los escritores platenses tradicionales.

Nuestro propósito no es otro que el de escribir algunos nombres representativos y darles una ubicación apenas aproximada a sus respectivas tendencias y modalidades literarias. La contemporaneidad con ellos e incluso el afecto, nos privan de los necesarios escorzos de equidistancia e imparcialidad para establecer una gradación de valores. La justa apreciación de sus merecimientos deberá correr a cargo del lector, o mejor dicho, del *gozador* de la poesía, o para ser más exactos, del Tiempo —ese viejito inefable e infalible— que siempre termina por ser el único que no se equivoca.

El ordenamiento y clasificación de los escritores enumerados más arriba es verdaderamente dificultoso. En consecuencia, hemos dejado de lado nuestro propósito inicial de agruparlos en una subdivisión que atendiera al *"ismo"* o influencia perceptible en cada uno. Entendemos que hoy, los *"casilleros"* tradicionales de la poética no sólo se han confundido entre sí sino que los viejos y aun los nuevos rótulos que servían para distinguirlos carecen actualmente de eficacia. Modernistas, postmodernistas, surrealistas, dadaístas, vanguardistas, futuristas, etc. son designaciones que no se ajustan a la realidad que vivimos. Ni siquiera el ordenamiento más elemental —formalistas, informalistas— permite un aglutinamiento con determinadas características. Nuestros poetas, por otra parte, suelen presentar diferentes matices y temáticas, modos e inclinaciones a través de sus distintos libros. Ellos mismos, en la casi totalidad de los casos que hemos consultado, no saben precisar la línea poética por la cual ascienden a la belleza (6). Este descon-

(6) Ninguno de los autores consultados —mis amigos Roberto Themis Speroni, Ana Emilia Lahitte, Horacio Ponce de León, etc.— han sabido determinar con exactitud el **"casillero"** que les corresponde dentro de la poética que practican y apenas si han podido precisar las influencias literarias que poseen o creen poseer. Speroni menciona, en su primera época, a Herrera y Reissig; Ana Emilia Lahitte a los Machado y Horacio Ponce de León a César Vallejo y a la poesía francesa en general. Nosotros mismos padecemos igual inseguridad.

cierto, por supuesto, no es exclusivo de nuestro medio. En todas partes, las Musas que nos rodean andan un poco a tropezones con su propia verdad; los gustos y las modas conspiran contra una acertada sistematización del canto contemporáneo y nadie sabe, a ciencia cierta, cuál es o cuáles son las poesías que han de proveerse del codiciado pasaporte que las conduzca fuera de una efímera temporalidad.

Alberto Ponce de León es, a nuestro parecer, el escritor más representativo de la generación y la escuela que comentamos. Su libro *Tiempo de muchachas* (1941) —el más importante y renovador desde la aparición de los de López Merino— trajo a la ciudad, cuando sólo tenía 24 años, un aire elegíaco y profundo, una especie de hálito *proustiano* que ha sido respirado, indudablemente, por los que de una manera directa o indirecta cultivan el mismo tono límpido y memorioso (7).

Desde **Los Sonetos** hasta **Monografía para mi Muerte y otras Soledades** y **Los Viajes**, desde **Relato y Veneración de la Patria** hasta **Los Juguetes** (de próxima aparición) hemos intentado todas o casi todas las formas y posibilidades de la poesía. Del más absoluto rigorismo formal pasamos a un "prosaísmo" cómodo y riesgoso, de una presunta penetración en la esencia misma del ser constitutivo de la Nación —considerado poéticamente—, giramos 180 grados y descubrimos, o creímos descubrir en los "hai-kais" orientales la máxima elementalidad, la belleza de la simple epidermis de las cosas, una síntesis que se podía reducir, muchas veces, a 10 ó 12 palabras. ¿Cuál es nuestra verdadera tendencia literaria? ¿Cuáles nuestras influencias? ¿Cuál es el tipo de encuadernación que nos corresponde? O a la inversa: ¿en qué poema somos más nosotros mismos y no los escritores ajenos que nos habitan? Planteamos los interrogantes y dejamos las respuestas para otra ocasión. Por otra parte, quién sabe si estamos en condiciones de contestar. En nuestro pequeño ensayo **Estructura del Poeta Contemporáneo** (Bahía Blanca, Edición de la Universidad del Sur, 1959) tampoco nos atrevimos con las afirmaciones.

(7) Vale la pena recordar algunos juicios consagratorios: "Alberto Ponce de León ha dado un tono originalísimo, personal, en nuestra joven lírica". **Tiempo de Muchachas** lo sitúa desde ahora entre los más serios valores de la nueva generación...". (León Benarós, revista Nosotros, Bs. As., 1941); "Alberto Ponce de León pertenece a la generación de 1940. Es orgullo de esa generación...". (Aurora Venturini, diario **El Día**, La Plata, 28 de octubre de 1956); "Este sufrir de la nueva generación puede indicarnos el camino. Destaco, con júbilo, el nombre de un poeta: Alberto Ponce de

...O sentía, de pronto, la nostalgia
de un placer olvidado, de una pena
que yo tuve una vez entre muchachas;
sin nombres en el fondo del recuerdo
saludaban desde una tarde clara,
enseñando sus frágiles momentos,
rota la vida en sus mejillas pálidas;
un dolor repentino su gran torre
levantaba en el medio de mi alma,
y pisando la muerte, entre los roces
de lirios ya podridos, las buscaba;
salvajemente hundido en el pasado
a sus vidas lejanas me asomaba...

Horacio Ponce de León —Primer Premio de Literatura de la Provincia de Buenos Aires, 1955 (8)— sin perder por completo aquella suavidad y melancolía, se asienta con más firmeza en el mundo que lo rodea y canta a las cosas próximas. Su poema "Canción Fi-

León..." (Romualdo Brughetti en **Descontento Creador,** premio de la Comisión Nacional de Cultura); "El sorprendente autor de **Tiempo de Muchachas** es un gran poeta, y joven. Su primer y único libro lo señaló, en 1941, a la atención literaria como un nuevo valor de la lírica argentina... Téngase presente que no se trata de **ecos,** destinados éstos a un silencio más o menos próximo o más o menos lejano. Se trata de voces puras y necesarias para la madurez y grandeza de nuestra cultura literaria" (Vicente Barbieri, Revista **Continente,** Buenos Aires, 1947); "Nombres recordados siempre, como Delheye, López Merino, Ripa Alberdi, Mendióroz, se han formado en esa escuela armoniosa (La Plata), a los que agregamos ahora a uno de los más jóvenes poetas: Alberto Ponce de León..." (González Carbalho, diario **Noticias Gráficas,** Bs. As., 1943); "Asombra pensar que es el suyo un primer libro... Un poeta de poderoso calibre está disparando flores y perfumes y estrellas desde estas limpias páginas de **Tiempo de Muchachas** (José Gabriel, diario **Crítica,** Bs. As., 1942); "Revolviendo papeles sagrados leo un título: **Tiempo de Muchachas** y un nombre: Alberto Ponce de León..." (Aurora Venturini, diario **El Día,** La Plata, 29 de octubre de 1956); "Alberto Ponce de León es el más avanzado, el más complejo y el más rebelde de su grupo. A pesar de ello, o por su juventud, ha conquistado ya un lugar de privilegio y encabeza la nueva corriente literaria..." (Ana Emilia Lahitte, **El Día,** La Plata, 1942); "Alberto Ponce de León se destaca como un poeta de personalidad individualísima, hasta creemos que no tiene semejanza con ningún poeta argentino actual. En La Plata su poesía ha formado grupo, como Marechal por una parte y Molinari por otra, en Buenos Aires..." (Alfredo A. Roggiano, diario **El Día,** La Plata, octubre de 1941, etc., etc.

(8) Compartido con el autor de este artículo.

nal", que le da el título a su segundo libro de poemas (1950) es digno de figurar en la mejor antología argentina. Por razones de espacio, elegimos para transcribir "Los Niños":

Los niños, ¿recuerdas?
con sus cabellos rojos y sus voces azules
venían en caballos espléndidos, de crines
furiosas como olas, de ojos tiernos y altivos,
y paraban al pie de domésticas nubes.
El toro, conmovido, les soplaba su aliento,
y los niños alzaban hasta él sus miradas
poderosas: el cielo
lentamente giraba sobre árboles y torres.
Y llegaban los pájaros, y por ellos el bosque
los llamaba cantando.
Y partían los niños entonces, con los pájaros
y el sol sobre sus hombros, en alados caballos,
hacia el bosque, hacia el río, hacia el brusco horizonte
desde donde la noche los traía flotando (9)

Silvetti Paz, y con él Catani y Pousa, se inclinan preferentemente hacia los temas de mayor hondura y le confieren a su poética un bello y ponderable rigorismo, una adecuada proporción de filosofía o metafísica. Sus versos, construídos sin concesiones ni facilidades, hacen trascender, además, la indudable raigambre clásica de la cultura de sus autores. Del primero de ellos, seleccionamos estas líneas:

...Feliz aquel que pudo
decir adiós al alba y a la piedra,
y entrar profético en la muerte
como en el cuerpo de una amante fiel;

(9) En los últimos años, Horacio Ponce de León, ha cambiado en general su temática inclinándose preferentemente por las cosas de la tierra. **Oda a una Guitarra y otros poemas** (1959) y sus últimas composiciones inéditas confirman esta ponderable inclinación. En cierta manera, ha sido el primero que, evadiéndose de lo "folklórico" o "argentino circunstancial", se ha internado con fe y firmeza en la hondura de la nacionalidad.

Con respecto a este excelente poeta y a varios otros de los que incluímos aquí (Silvetti Paz, por ejemplo) lamentamos, como lo decimos en alguna parte del texto, que el espacio gráfico y el tiempo de que disponemos no nos permitan más que apreciaciones rápidas y fotográficas. En otro trabajo posterior, nos comprometemos a ser más profundos y estudiosos.

ése ya está salvado
sobre montes y pájaros,
y torna con las lluvias
y se estremece cuando muere un árbol...

De Enrique Catani, incorporado desde hace años al grupo de poetas de La Plata, hemos elegido "Donde llega desnuda la Tristeza".

Donde llega desnuda la tristeza,
pasa la mujer. Y su barca fragante
deja el agua despierta, suspendida
del inmortal adiós sobre la tarde.

Ella cruza el corazón desierto,
con su leve camino de palomas
palpitantes. ¡Ay, qué bella amargura
va dejando su proa!

Ya muere por los ojos, declinando.
Todo el cielo desciende
con su lágrima azul, mientras la vida
abre sus hondos labios, lentamente.

Y en las profundidades del agua, el pensamiento
retiene, apasionado,
otra barca inefable, eterna, prodigiosa.
Puedes cantar, amor. Nadie ha pasado.

Narciso Pousa, al igual que los anteriores, selecciona cuidadosamente los vocablos y los temas, deja de lado todo lo superfluo y se interna, solitario, en una línea ascendente y sutilísima de poesía pura. Lo accesorio y circunstancial, por hermoso que sea, debe ser sacrificado en aras de la más dulce profundidad y esencia poéticas. He aquí un fragmento de su poema "Ese Día":

...Que nadie mire este último día que me queda
como un cuerpo encendido entre los brazos,
porque hoy me siento cerca de la tierra
averiguando la sombra desprendida
como una violenta palma, amarga y sola.

Dejadme mirar mi vida en aquel rostro
mientras sea tiempo, aún el tiempo.
Porque nunca más, nunca de nuevo
pondré mi planta en ese suelo invulnerable.

Pedro Aurelio Fiori y Matilde Alba Swann (10) constituyen, en cierta manera, una forma particular de la "disidencia" poética con respecto a los escritores de La Plata, paralela a su "coincidencia" con los grandes poetas indoamericanos Manuel del Cabral, César Vallejo y Pablo Neruda e, indirectamente, con Walt Whitman. Esta afirmación no importa en absoluto una crítica. Al contrario: se trata simplemente de una rebelión contra los Rodenbach, los Jammes, los Samain, los Juan Ramón Jiménez cuyo polvillo literario todavía se percibe con facilidad en los integrantes o presuntos integrantes de la "escuela" a la que hacemos mención.

El primero de ellos, en un "manifiesto" que recuerda al de Marinetti (*"¡Matemos al claro de luna!"... "Un automóvil rugiente que parece correr hacia la metralla, es más bello que la Victoria de Samotracia"...* etc.) asegura: *"Áspero y trágico* es el diálogo de la poesía, alimentado por el *palpitazo,* testigo de un sentimiento de finitud que conmueve las fibras del artista... En todo complejo poético hay un dualismo intransferible: *soledad-cosmos*... Toda obra de arte está más cerca de la *muerte* que de la vida y se nutre con su *angustia* (?) ...Hoy la poesía no es lo que pensaba Hólderlin, "la más inocente de todas las ocupaciones"... *¡Basta de intelectualismo! ¡El monstruo del cerebro* se ha tragado a las lágrimas!...etc. (11)

En consonancia con sus principios, canta:

América, ciega madre de la sangre,
corazón de la tierra, roto, roto,
y de rodillas como un muerto,
bajo la cruz del fuego,
manando, bajo el mazazo,

(10) Por razones de **"fechas"** y **"tiempos"** de aparición en el canto, no hemos podido incluir a Matilde Alba Swann en la nómina elástica y provisoria de escritores que da pie a este trabajo. Su aparición en la poética, en efecto, es tardía. Sin embargo, la calidad y calidez de sus composiciones nos obligan a pasar por alto aquellas circunstancias no esenciales, y a darle cabida en esto tan extenso y complicado que se ha dado en llamar **"poesía joven".**

(11) Ver **Cuadernos de Poesía,** Otoño de 1961, Bs. As., dirigidos por Pedro Aurelio Fiori y Daniel R. Sobico.

el hacha, la cárcel enterrada
del dolor: madre mía, de pronto
lloras y tiemblas y preguntas
acurrucada en mis venas.
¿Por qué, por qué te oprimes
enloquecida el corazón y marchas
a la muerte con los ojos pisados?...

Matilde Alba Swann (*Salmo al Retorno*, 1956, *Maderas para mi Mañana*, 1957, *Tránsito del Infinito Adentro*, 1959 y *Coral y Remolino*, 1961), *cultiva una* poesía muy similar a la de Fiori. Estrictamente, quizá, y aunque parezca paradojal, ambos poetas no debieran figurar en este trabajo y sí, en cambio, con las debidas ponderaciones, en uno que se refiera a la poética de la Provincia de Buenos Aires. Por razones de residencia, sin embargo, no es posible omitir su mención.

Transcribimos un fragmento de "El hijo que no quieres":

Cuando cavan tus aguas
por mi cauce,
y hacen sombra de luz sobre mi suelo
las bermejas corolas
que sembraste.
No me pidas, ni exijas, ni me mandes.
Ya no arrulla en tu almohada mi blancura,
y la elástica carne que tú amaste
es apenas
un copo de ternura.
Tú quieres que no sea,
que deshaga
esta mezcla de soles y de estrellas
y que vuelque mi plétora en la nada.
Y en tanto tú reniegas de tu rama,
se dibujan
tu boca y tus pupilas
en la arcilla caliente de mi entraña.
No me pidas, ni exijas, ni me mandes,
tú quieres que no sea,
pero es tarde.

Carlos Albarracín Sarmiento *Tres cielos*, 1939, *Solfeo lunar*, 1943, *Versos, preversos, poesía prevertida*, 1960, etc.) merece una ubicación diferente. En sus composiciones suele dosificar con gusto y proporción el ele-

mento "humor" (¿Prevert?, ¿Hai-kais?, ¿Poética alemana contemporánea?) siguiendo así una tendencia fina y original que entre nosotros practican con éxito, ultimamente, Miguel Brascó, María Elena Walsh y César Fernández Moreno. Albarracín Sarmiento, sin perder de vista a la hermosura, da con una tonalidad poética clara y distinta. Recordamos su poema "Gravedad":

En un día como éste sería conveniente
jugar a la bolita y no ver la caída
del sol, tan poco sobria, y los zaguanes.
Esta hora se llena de miel y los poetas
mojan su pluma, escriben palabras convenidas.
Han cerrado el zoológico, es probable.
Los animales dejan de ser los respectivos animales,
abandonan los nombres en latín,
las plumas y los cuernos.
La gente se desliza suavemente
hacia el centro del mundo.
Cae.
Va a caer, como siempre, en una plaza y una calle.
Todo cae.

Raúl Amaral falta de La Plata desde hace años. No obstante, sigue vinculado a la ciudad y, en cierta medida, a su poética. Quizá, como en el caso de Fiori y Swann, no sea un escritor típicamente platense —él mismo lo dijo muchas veces— sino más bien agrario y provinciano, *"bonaerense"*, mucho más próximo a Barbieri, por ejemplo, que a López Merino. Su nombre, sin embargo, no puede ser excluído de este trabajo. Está vinculado a la "escuela" que tan rápidamente analizamos y su obra —sus hermosos y memorables sonetos, sobre todo— ha ejercido una perceptible influencia en varios de los poetas ciudadanos de su generación. De su libro *Límite agrario* seleccionamos la siguiente composición:

Aguarda, padre, el laborar austero,
tú que conoces la doliente tierra,
la fatiga del pan, la augusta yerra,
y el nombre esquivo del primer tropero.

Súmate a ellos, padre. El parejero
su oscura y fresca latitud destierra.

Pasa un aire de brújulas que encierra
una aquietada intimidad de enero.

Sombra del pago varonil, te escuda.
¿Oyes el grave respirar del cardo?
(Yo te entrego mi lágrima desnuda).

Padre de lentas noches campesinas,
que vuelves en la cruz de tu retardo
y en el milagro de las golondrinas.

Roberto Themis Speroni —particularmente el de la poética formal, el sonetista, el de *El tatuaje en el viento,* 1959— podría integrar con Amaral un grupo independiente, con caracteres propios y bien diferenciados. En ambos, el endecasílabo rural y sin enmendaduras adquiere una rara sonoridad, una perfección poco común dentro de una generación que ha preferido, en general, el verso libérrimo, libre o sujeto a una relativa libertad antes que el rigorismo de la ortodoxia silábica y las consonancias. He aquí un bello soneto con incrustaciones surrealistas:

Si de la flor cayera una medalla,
una forma concisa, una dormida
piedra de luto, una paloma herida,
un trozo de cristal o de metralla.

Si algo asombroso, en límpida batalla
con lo posible fuera la medida
de la inocencia que, restablecida,
surgiera como un pájaro que estalla.

Si cayeran espejos o violines;
amatistas, relámpagos, delfines,
un mundo, en fin, que hacia lo eterno asoma,

¡qué feliz arrojarse desde un tallo
y ser en un minuto lo que callo,
como la piedra, como la paloma...!

Es del caso repetir lo que dijimos con anterioridad. Nuestro tiempo resquebrajado y sin seguridades (la dura alternativa carece de términos medios: o azucena o cápsula para astronautas...), coloca a los poetas, muchas veces, en la mitad de opciones tentadoras y dificultosas. Speroni es, tal vez, el que ha recorrido

con mayor fortuna los extremos posibles de la poética contemporánea. Sus *cantos del solitario,* actualmente en prensa, bucean en el asombro y la angustia de esos versos y vocablos actuales que, como nuevos laberintos, esconden la última —o penúltima— posibilidad de hermosura reservada al hombre de nuestro tiempo.

Aurora Venturini (Mención y Faja de Honor de la S.A.D.E., 1951, 1960) es incuestionablemente, uno de los valores más serios y ponderables de esta vanguardia de escritores. Además —lo reputamos esencial— es el poeta que ha trabajado con más constancia y regularidad en ese duro y alto quehacer que es la poesía. Ocho libros trascendentes dentro y fuera de la escuela de La Plata (*Corazón de árbol,* 1944; *El anticuario,* 1948; *Adiós desde la muerte,* 1948; *El solitario,* 1951; *Peregrino del aliento,* 1953; *Lamentación mayor,* 1954; *El ángel del espejo,* 1959; *Laúd,* 1960; y *La trova,* 1962), avalan, por sí solos, el sueño y el amor de la autora por los versos.

Uno de sus críticos dijo: "En la generación de poetas platenses que surge con posterioridad a 1940, el nombre de Aurora Venturini asume holgadamente la representación de una voz distinta, alejada del clásico lirismo lopezmeriniano y próxima a un sentido racional del arte..." (12), y otro escribió: "Pocos poetas poseen como Aurora Venturini facilidad de trocar antiguas imágenes y vocablos prestigiosos, algunos de ellos dueños de secular prestigio como "la rosa", en componentes de una estética moderna y acorde con la tónica de nuestro tiempo..." (13).

Su acento propio y su gran calidad lírica hacen difícil su ubicación o, mejor dicho, su aproximación, a alguna de las modalidades poéticas que hemos mencionado con anterioridad. Ella es, por supuesto, ella, una escritora intransferible. Simplemente como información y en nuestro deseo de sintetizar lo más posible tantas tendencias e individualidades, diremos que

(12) Diario **Clarín,** Bs. As., 1960.
(13) Alberto Blassi Brambilla, **Histonium,** Bs. As. 1960.

si hubiera que ubicarla en un plano de similitud con los nombres ya mencionados, la situaríamos entre los Ponce de León, Amaral y Speroni. Eso sí: siempre con su propia voz y su mensaje.

Casi al azar, escogemos este poema:

> **Ya no tendré tu voz, no tendré tu alma.**
> **Cuando haya muerto, seguiré pensando**
> **que fuiste mi año nuevo prometido,**
> **y de mis labios sin sentido, cuando**
> **tu nombre fluya espléndido y dolido,**
> **brotará un lirio alto, sorprendido**
> **de ser en tanto,**
> **el hijo mío que nació del llanto.**
>
> **Por gracia de la muerte concebido.**

La trilogía de escritoras representativas de esta generación y esta geografía que es mucho más que ciudadana, se completa con Ana Emilia Lahitte y María Mombrú, cada una en su estilo y en un mismo pie de igualdad con Aurora Venturini. La primera (*Sueño sin eco, 1947; Partir,* 1948; *Muro de cristal,* 1951; *Diciembre,* 1955; *La noche y otros poemas,* 1960; *Madero y transparencia,* 1962, además de varios ensayos, obras de teatro, cuentos, etc.) es la única de este grupo que permanece fiel a su propia temática sin complicaciones, sin goznes de vanguardismo, sin equilibrios de contemporaneidad. Sus motivos predilectos poseen, invariablemente, la elemental y dificultosa hermosura de la sencillez, del orden, de la pureza. El hijo, el agua, los otoños, los árboles, Dios, la imperceptible ternura de todos los días, constituyen los elementos que arquitecturan su canto. A conciencia, ha desterrado de sí la técnica del asombro, el malabarismo de la angustia, la prestidigitación de los adjetivos de moda. Si de todos los poetas que citamos como pertenecientes a la "escuela" de La Plata tuviéramos que escoger sólo a uno como verdadero mantenedor de aquel *espíritu* lopezmeriniano que la caracteriza, Ana Emilia Lahitte sería, sin duda, la más indicada para asumir aquella representación.

Vaya como ejemplo este soneto titulado "El hijo":

Negada fue a mi sed, a mi agonía
la certeza de Dios, la bienhechora
llamarada de Dios, hasta la hora
en que el niño bendijo la alegría.

Y su carne de alondras todavía
enraíza mi sombra entre la aurora.
Y su noche es tan leve que demora
la leyenda del ángel. Cada día

mido el amor, la paz, la lejanía
de la muerte, el sueño de lo humano,
de su pequeña luz, en la porfía

del cielo asido a su adiós temprano.
Creen que llevo al hijo de la mano
y es él quien me sostiene, quien me guía.

María Mombrú (*La Soledad y el cántaro,* 1953, *Requiem para mi corazón,* 1959) por el contrario, cultiva con originalidad y sin repeticiones la poética moderna. Su último libro (14) es, a nuestro juicio, uno de los más valiosos testimonios ciudadanos de esa poesía casi desesperanzada que busca su propia esencia, no ya en los sustantivos y verbos comprometidos o en las fáciles consonancias, sino en ese mundo inasible y mágico que late, como una paloma nunca vista, detrás de las *circunstancias,* en la existencia misma, a veces, incluso, en lo *antipoético.* María Mombrú maneja la angustia y el humor simultáneamente, la simple des-

(14) Consideramos de interés transcribir un fragmento de nuestro voto como Jurado para el discernimiento del último Primer Premio de Literatura de la provincia de Buenos Aires, al que se adhirieron la totalidad de sus miembros: "...entiendo que los poetas más significativos y en condiciones de merecer la alta distinción a discernirse son, en orden alfabético, los siguientes: Enrique Catani **(Poema Histórico de 9 de Julio),** María Mombrú **(Réquiem para mi Corazón),** Horacio Núñez West **(Pausa ante el Mundo),** Alberto Ponce de León **(Tiempo de Muchachas,** Norberto Silvetti Paz **(La Tribulación y el Reino),** Aurora Venturini **(Laúd),** y María de Villarino **(Nuevas Coplas de Martín Fierro, Los Espacios y los Símbolos** y **Antología Poética)**... Dejo sentado que, a mi entender, todos y cualquiera de los autores que preceden podrían aspirar con perfecto derecho a la consagración que significa el Primer Premio de Poesía de la provincia de Buenos Aires...".

cripción o acotación de hechos cotidianos e intrascendentes con la frase o el concepto de verdadera hondura poética. Su voluntario *"prosaísmo"* nunca se queda en eso: sube por la emoción y se hace belleza.

TANGO

Una mujer vestida de naranja
y ese olor a humedad de los hoteles.
¿Oyes el ruido de la ropa que cae?
¿...las llaves... las monedas...?
Los muslos son tan tiernos
con esa red azulada de las venas...
¿Oyes el sobresalto de las puertas
y del aire impregnado de temblores?
Cuatro notas rodando por el tedio
y un funeral de besos callejeros.
Con la mano acaricio las paredes,
las casas del suburbio.
La luna presta un aire de abandono
a mis viejos zapatos,
y por las noches sube despacito
una trizteza de percal y barro.

Horacio Núñez West (Elegía para la muerte amiga, 1944; *Edad de la nostalgia,* 1952; *Fábula de mi ser,* 1957; *Pausa ante el mundo,* 1959 y *Canto a la provincia de Buenos Aires,* 1962) *es otro de los* poetas representativos de esta generación (15). Su poesía —siempre memoriosa, nostálgica, elegíaca, constantemente *"a la recherche du temps perdu",* —es de muy fácil sistematización si se la ubica en las proximidades de la de Alberto Ponce de León o del Vicente Barbieri del *"oestismo"* (16) o, tal vez, en las cercanías del Speroni y Amaral de la primera época.

(15) También fuimos Jurado, en el certamen realizado por la Municipalidad de Pehuajó (1961). Núñez West presentó su **Canto a la provincia de Buenos Aires** y le discernimos el primer premio. Es una composición extensa, de largo aliento, bella y minuciosamente trabajada.

(16) Algún crítico del autor de la **Balada del Río Salado** designó con este nombre —**"oestismo"**— la tendencia de Barbieri por cantar las llanuras y los trigos de la Provincia. Es una definición exacta que, con mayor o menor precisión, puede adjudicárseles a los poetas posteriores que se dignifican ensalzando la tierra, la ancha tierra que les pertenece.

Su canto carece de complejidades y problemáticas. Las bellas palabras y los recuerdos ascienden con suavidad, como en espirales, a través de su temática límpida y monocorde. Horacio Núñez West —callado el autor de *Tiempo de muchachas,* desde hace más de 20 años— ha asumido, indudablemente, la jefatura y el prestigio de los poemas elegíacos.

> **...Pero la vida sigue y desde el mundo**
> **nos llama con sus gestos, nos envía**
> **su cegadora luz y nos engaña**
> **una vez más y siempre.**
> **Nos pone entre los labios**
> **corazones dulcísimos, henchidos**
> **de esperanzado amor. Ardientes soles**
> **se encienden otra vez en lo profundo.**
> **Y las penas se hunden en nosotros.**
> **Se hunden más y más en nuestra sangre**
> **hasta que ya dejamos de sentirlas.**
> **Y volvemos al juego fervoroso**
> **con la misma inocencia de otros días.**

El tiempo y el espacio de que disponemos no nos permiten hacer más extenso nuestro trabajo, el que se puede completar, por otra parte, con la antología de *20 poetas contemporáneos platenses* que probablemente saldrá de la imprenta al mismo tiempo que estas páginas (17).

Aquellas circunstancias, sin embargo, no nos pueden impedir la cita y el recuerdo de otros poetas de valimiento, también pertenecientes al *grupo de La Plata.* Mencionamos, entre otros (y desde ya nos excusamos de cualquier involuntario olvido) a Pablo Atanasiú, Mario Porro, Elba E. Alcaraz, Alfredo Casey —de indudable resonancia, tanto en su poesía como en su prosa—, Héctor E. Ciocchini, Enrique M. Rafaelli, Héctor Rivera, Hugo Enrique Mendióroz, Héctor Sosa, Ricardo Massa —ahora entregado con más entusiasmo al teatro—, María Dhialma Tiberti, Carlos Disandro, etc.

Para terminar, y ya en el plano del vaticinio, dos

(17) La edición que comentamos, publicada por el ministerio de Educación de la provincia de Buenos Aires, lleva un pórtico de María de Villarino y ha sido cuidadosa y responsablemente seleccionada por Ana Emilia Lahitte.

nombres casi inéditos: Acacio Vicente Deza y Oxana Pohorecky, de quienes fuimos Jurado recientemente. De ésta última, vaya este último fragmento:

> **Yo era entonces**
> **una hoja fresca,**
> **una rama verde,**
> **un sustantivo concreto.**
> **Los brazos del tiempo**
> **oh!, ¡inexistente...!**
> **se asieron de mis brazos**
> **y entonces comprendí que mis raíces**
> **eran un pretexto tonto**
> **para mostrarme cierta...**
> **Y me dolió la savia que corría**
> **por mis venas**
> **y mi simple corazón de árbol.**

GUSTAVO GARCÍA SARAVÍ

EL MUNDO NOVELÍSTICO DE BENITO LYNCH

A pocos años de su muerte, Benito Lynch se ha convertido en una figura mitológica entre los intelectuales de La Plata. Radicado desde su adolescencia en la capital bonaerense, donde cursó estudios secundarios, comenzó a publicar sus primeras colaboraciones en el diario *El Día*, del cual su padre había sido fundador. En la misma ciudad, y en aislamiento acentuado con la madurez, escribió sus novelas y cuentos más significativos.

Considerado uno de los novelistas mayores de nuestra América, la hurañez de Lynch prefirió como residencia definitiva La Plata, donde permanecía al margen de cenáculos estéticos y mundillos sociales, y desde donde vigiló con desgano las ediciones, porteñas, de sus obras. A partir de 1930, año en que *El romance de un gaucho* apareció como folletín en *La Nación* de Buenos Aires, ni los reclamos de sus escasísimos amigos, ni los afanes de los administradores pudieron quebrar su voluntaria negación del trabajo literario. A la vez crecía el aislamiento erizado del hombre, en una casa marginal y desprolija, donde se negaba a sí mismo frente a esperanzados visitantes.

Agotadas las ediciones de sus libros, celebradas las versiones teatrales y cinematográficas de algunas de sus novelas, nuevos intereses —de editores y cinematografistas— volvieron a turbar sin resultado a quien quería olvidarse de su obra, y acaso de sí mismo, en un sitio que supuso refugio a sus anhelos de misántropo. Extraña lealtad a la capital platense, que muy poco aparece en sus relatos, salvo en algunos

cuentos juveniles, donde se la descubre más aludida que nombrada.

Los lugares predilectos de sus ficciones son los campos porteños, conocidos en años infantiles y en vacaciones siempre gratas; por fidelidad a su concepción del mundo y a su ideal narrativo, desdeñó literariamente la ciudad de su residencia. Esta disparidad quizá aclare los datos, no abundantes en sucesos externos, de una existencia que ha llegado a ser un enigma para los platenses de hoy, mientras su obra se venera y estudia con el entusiasmo de algo propio del medio donde trabajó el escritor, con su espíritu en otros ámbitos —los del campo bonaerense—, y en otros hombres, los paisanos de la provincia madre.

Las novelas de Benito Lynch suelen dejar en los lectores una impresión última de desconcierto. Atraídos por el avance de la acción, los más atentos a su desarrollo sienten al final de cada relato como si se hubiera precipitado la solución, y al mismo tiempo como si los personajes se sintieran apretados por la trágica conclusión a que los ha llevado el novelista (1).

El desasosiego se acentúa en las novelas mayores: *Los caranchos de "La Florida"* (1916), *"El inglés de los güesos", (1924)* y *El romance de un gaucho* (1933). Se suscita así una especie de desencuentro entre lector y personaje, que se aproxima al sabor último que dejan ciertas novelas de Henry James, aunque tal resultado surja en el escritor inglés de una intención estética distinta. De ahí el interés en señalar

(1) A pesar de los años transcurridos desde las primeras ediciones, y de las escasas reediciones de los últimos años, los libros de Lynch siguen concitando el interés de los lectores, y no sólo dentro de los medios estudiantiles; algunas versiones cinematográficas apoyan tal popularidad. La cronología básica cuenta pocos títulos: **Plata dorada** (1909), **Los caranchos de La Florida** (1916), **Raquela** (1918), **Las malcalladas** (1923), **El inglés de los güesos** (1924), **El antojo de la patrona y Palo verde** (1925), **De los campos porteños** (1931) y **El romance de un gaucho** (1933). Son muchos los cuentos que todavía permanecen en las páginas de revistas y diarios; entre ellos, algunos tan valiosos como los incluídos en la colección de 1931.

V.: Horacio Jorge Becco y Marshall R. Nason, **Bibliografía de Benito Lynch** (En: **Bibliografía argentina de artes y letras,** 8, 2ª sección. Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, octubre-diciembre 1960).

los rasgos con que Lynch crea una visión pesimista del mundo y de sus criaturas.

En *Los caranchos de "La Florida"* la tensión surge del enfrentamiento entre Don Francisco Suárez Oroño y su hijo Panchito: un estanciero viudo, radicado desde su juventud en una estancia del partido bonaerense de Dolores, y el hijo único, nacido de una inglesita muerta al nacer el niño. Panchito vuelve a la estancia luego de cinco años de estudios de agronomía en Alemania, adonde fue enviado por su padre para evitar las deformaciones —el "encanallamiento"— impuestas por el trato con los "gauchos" (2).

Apenas comenzada la novela, se define al primero de los protagonistas, acentuando lo casi patológico de su carácter y la visión condenatoria de los vecinos: "Don Francisco Suárez Oroño es un hombre de carácter violento, un hombre peligrosamente impulsivo, cuyo valor, mil veces probado en la lucha con los hombres y con las bestias, le ha rodeado de una aureola tal de prestigio entre las gentes del pago, que sus más insignificantes acciones se comentan delante del fogón, en todas las cocinas" (p. 6); "Las gentes del pueblo no lo quieren..." (p. 6); "Los puebleros, con raras excepciones, le odian" (p. 6). Poco más adelante la misma modalidad clasificadora se aplica al hijo: "En lo moral, el niño reveló muy pronto la herencia paterna. Era malo, suspicaz y tan impulsivo que, una vez enojado, arrojaba a la gente lo primero que encontraba a mano" (p. 10). Ambas definiciones se ligan pronto: la brusca reacción de padre e hijo sobre el infeliz Mosca, provoca la igualación impuesta desde el título: "¡Don Panchito güeno! ¡Es mucho pior quel patrón! Al patrón lo apodan *El Carancho* en el pueblo, y el hijo es otro carancho; tenemos aura dos

(2) Las citas corresponden a las siguientes ediciones:
Plata dorada. Buenos Aires, Rodríguez Giles, 1909; **Los caranchos de La Florida.** Madrid, Espasa-Calpe, 1931; **Raquela. La evasión. El antojo de la patrona.** Madrid, Espasa-Calpe, 1936; **Las mal calladas.** Buenos Aires, Anaconda, 1933; **El inglés de los güesos.** Buenos Aires, La Facultad, 1937; **El antojo de la patrona y Palo verde.** Buenos Aires, Ed. Latina, 1925; **De los campos porteños.** Buenos Aires, La Facultad, 1940; **El romance de un gaucho.** Buenos Aires, Anaconda, 1933.

caranchos en *"La Florida"*. ¡Se van a sacar los ojos!" (p. 57).

La presentación de los personajes centrales, con procedimiento que se extiende a algunos secundarios, se hace desde distintos ángulos: uno los muestra en acción, como si se ejemplificase la rotulación posterior, casi inmediata, que corre a cargo del novelista, apoyado por el aporte de testigos actuales y anteriores de esas existencias: "Cuéntase...". De tal manera, cada personaje suma el pasado al presente, abierto a cierta previsibilidad futura; el relato se apuntala haciendo coincidir en no pocos pasajes el procedimiento presentación-evocación-suposición.

Frente a la igualdad Don Pancho - Panchito, está Marcelina, la hija de los puesteros de la Laguna de Los Toros. Un primer misterio narrativo insiste en la prohibición, que el padre hace al hijo, de allegarse al citado puesto, alegando razones poco coherentes; se introduce así el suspenso, ya adelantado por alusiones más o menos veladas. Una providencial tormenta (capítulos V y VI) extravía al joven, que va a dar precisamente al lugar prohibido, donde conoce a Marcelina, y se enamora de ella de inmediato.

Con técnica de situaciones paralelas, que se reitera casi sobre el final, Lynch muestra una entrevista entre Don Pancho y Marcelina (cap. XII), y otra entre Panchito y la misma (cap XV). La primera se desarrolla dentro de una ambigüedad rebuscada, sobre las medias palabras de un diálogo que no alcanza a precisar el interés del patrón por la hija de sus puesteros. El lector ignora el sentimiento que siente el "*Carancho*" mayor, únicamente complaciente con Marcelina; no se aclara si es la suya una pasión carnal, si tiene intereses matrimoniales, o inclusive si la muchacha puede estar unida a él por algún lazo secreto, quizás el filial. La conducta de Rosa, la madre, antigua sirvienta de la estancia, y los comentarios del pago no dejan ninguna duda sobre las consecuentes infidelidades de la progenitora, que el mismo Don Pancho resume con palabras torpes dirigidas al marido de la puestera. En cuanto a la entrevista entre Pan-

chito y Marcelina, se insiste en el súbito amor del muchacho, aunque tampoco se aclaren las intenciones posteriores del agrónomo.

La conversación de la maestra con Panchito (cap. XIX), tranquiliza al joven sobre la inocencia de Marcelina, aunque no da nuevas luces sobre las intenciones de Don Pancho. En este prolongado diálogo, abundante en rasgos humorísticos, se comenta la realidad de la sociedad campesina a través de los juicios de una pueblera y de un joven que ha vivido su adolescencia y juventud lejos del pago. Será éste quien ha de precisar el concepto pesimista sobre el contorno, que se abre con visión decepcionada del mundo:

> **Usted no sabe, la gente no sabe manejarse. El mundo está lleno de pillos y de sonsos y de traidores, y los pocos que hay como usted y como yo, que no somos ni lo uno ni lo otro, tenemos que cuidarnos mucho' (p. 210).**

El balance negativo resume distintas versiones parciales de la sociedad, para concluir en el desengaño con que Panchito presenta las relaciones padre-hijo y gaucho-patrón (considerándose a sí mismo como eje de las categorías hijo y patrón; esta última por su afán renovador de las explotaciones rurales).

Producidos los hechos que determinan el que Don Pancho obligue a la familia de Marcelina al abandono del puesto de La laguna, y antes de que se cumpla el éxodo impuesto por quien manda a puesteros y peones como señor de vidas y haciendas, ocurre el otro paralelismo de situaciones. Rosa golpea con un rebenque a Marcelina porque ésta ha seguido viéndose con Panchito, a pesar de la prohibición del patrón mayor (cap. XXIV); Don Pancho intenta castigar a su hijo por las mismas entrevistas, pero éste se defiende con el revólver e impide el castigo ante el asombro trágico de los paisanos (cap. XXV). Este episodio violento es comentado por testigos, no presentado directamente.

Llegado este momento de máxima tensión en el relato, el lector se inquieta porque el novelista haya

evitado toda explicación entre padre e hijo, como si ambos vivieran acallados por un mutismo que se relaciona con la violencia de sus caracteres y que los ha ido alejando de esa menguada posibilidad de diálogo que se anotó en las primeras páginas del reencuentro. Ni siquiera cuando Panchito ha tenido la certeza de la inocencia de Marcelina, que el novelista apunta en varias ocasiones a partir de las explicaciones de la maestra, se siente capaz de inquirir a su padre. Éste tampoco hace por saber qué atracción siente el hijo por la muchacha ya mujer. Por lo demás, sólo de manera ambigua se aluden los diálogos entre la irritada puestera y Marcelina, que son recordados por ésta ante su confuso e incontrolable pretendiente. Son tres vías cerradas a la explicación de las conductas.

Propuesto así el conflicto, el desarrollo trágico se va previniendo desde las primeras líneas del capítulo XXV, con los peones de la estancia en torno del fogón, "que se apaga entre cenizas y en donde el gran candil humeante aletea, rojizos, sus últimos y moribundos resplandores" (p. 258). La consecución de notas sombrías se prolonga en el párrafo siguiente: "Hay un ambiente de trágica tristeza, que acentúan aquellas cabezas inclinadas, aquellas conversaciones en voz baja, y aquel viento que pasa gimiendo por el patio y que, de cuando en cuando, viene a mover las hojas de la puerta" (p. 258). Como si las circunstancias no bastaran, habla Domingo "con voz sorda, y su fisonomía macilenta, exangüe, decorada por la barba negra y rala, emerge de la penumbra evocando el recuerdo de aquellas ánimas..." (p. 258); la historia recuerda otro conflicto de violentos, en que un tal Pantalión mata a su padre, cuando éste lo castiga en el corral, "delante de la gente" (p. 259).

El capítulo siguiente parece distraerse del tema esencial para trasladarse a la estancia del primo réprobo de Panchito, el agauchado Eduardito, donde aquél se ha refugiado luego de la pelea con el padre; Panchito, ebrio y provocativo, está dando la ra-

zón a su padre sobre los riesgos de los jóvenes que imitan las costumbres relajadas de los paisanos.

En el capítulo final se conoce el traslado de los puesteros de la laguna y el encargo que Marcelina hace a Mosca para que éste entregue una carta a Panchito. Llegan luego Don Pancho y Cosme (el capataz expresidiario a quien Panchito ha insultado torpemente por considerarlo espía de su padre); ambos comprueban el abandono del rancho, hasta la brusca irrupción de Panchito, que intenta tirar abajo la puerta cerrada de la casa desierta. Detenido violentamente por su padre, el joven mata a éste con una llave que trae para cortar los alambrados que demoraban su cita; mientras contempla asombrado el cuerpo paterno, "que tiene los ojos fuera de las órbitas", "una puñalada atroz en el costado lo arroja sobre el cadáver" (p. 275). Es la oscura venganza del gaucho resentido, que se aleja sin manifestar ninguna reacción ante los cadáveres, que "forman un grupo extraño, inmovilizados por la muerte, en la invariabilidad de una escultura" (p. 276). Se suma todavía la presencia del idiota Mosca, quien mira largamente a los muertos —"la Muerte" designa por dos veces el novelista—, deja la carta de Marcelina sobre el cuerpo del mozo y se aleja con "sonrisa mala y burlona", repitiendo el calificativo que da título a la novela.

El lector llega a este desenlace como si hubiera sido testigo de una serie de hechos que, aunque abundantes, muestran sólo una parte de la verdad que se debate alrededor del choque entre esos dos incontrolados. Por pasajes, se siente como si la verdad última fuera repetidamente escamoteada por el novelista, acaso en huída de los análisis que hubieran permitido adentrarse en las conciencias en juego. Aunque Lynch presente con certeza las circunstancias campesinas, las costumbres de los paisanos, sus predilecciones verbales, sus movimientos y el peso de su mutismo, se detiene ante lo más entrañado de sus protagonistas, los "*Caranchos*", que no son hombres de campo, ni tampoco ciudadanos.

Lynch nunca fue afecto a teorizar sobre sus obras; sin embargo en algunas entrevistas periodísticas señaló con claridad los términos de una estética no siempre atendida por los comentaristas. En 1925, manifestó a Ernesto Mario Barreda:

> **Elegí el gaucho, como el personaje esencial de mis obras, porque ya es un tipo hecho, completo (...) "El hombre de la ciudad es todavía transitorio. Pero el gaucho, da poco". Y justificaba la necesidad de un personaje al que llama "ladero": "un hombre de otro ambiente, de otra cultura", puesto en el mundo campesino como referencia de contraste. (3)**

Ni Don Pancho ni Panchito pertenecen a ninguna de estas dos categorías: el primero rehuye confundirse con los gauchos, aunque tampoco se lo pueda considerar en la categoría de estanciero ciudadano que atiende periódicamente sus propiedades rurales; en cuanto al hijo, ha pasado muchos años en la ciudad, inclusive en Europa, pero no se mueve en el campo como un extraño sino que pronto se acomoda a las costumbres rurales. En ambos personajes, Lynch destacó exclusivamente el costado de violencia, ese tono constitucional de las conductas que se desata en la libertad de un campo primitivo, donde ya se yerguen los molinos pero donde todavía alumbran velas y se viaja en volanta. Es posible que lo primario de los caracteres sea un resultado del ambiente, pero lo más importante es la línea narrativa que destaca la condición de los protagonistas, su índole natural, insobornable a cualquiera educación.

En cambio, *El inglés de los güesos* presenta la oposición entre el paisano y el hombre de cultura, encarnados por la Negra, hija de puesteros como Marcelina, y Mr. James, el inglés llegado al campo bonaerense en labores científicas. En ninguna de sus novelas parece que Lynch hubiera dado mayor libertad a los protagonistas, analizados en amplios monólogos

(3) Ernesto Mario Barreda, **Benito Lynch: el novelista de la pampa** (En: **Caras y Caretas**, año 28, Nº 1.392, Buenos Aires, 6 de junio de 1925).

silenciosos; sin embargo el final del relato vuelve a impresionar como sorpresa que desconcierta al lector atento a las promesas del suspenso. Y el escamoteo se cumple aunque el novelista haya ido poniendo en el camino las señales que lo prevenían, y aunque haya tomado partido en el debate que provoca el amor de Balbina, *"la Negra* por mal nombre", y el sabio desenterrador de huesos. Los personajes de *"La Estaca"*, el puesto donde se encuentran los protagonistas, son el centro de una sucesión de comentarios —"según unos" y "según otros"— que señalan la presencia coral del contorno, individualizada por los ocupantes del puesto 2 de *La Indiana*: Doña Pancomia, sus tres hijas y Deolindo, el hijo, mensajero de las novedades más recientes, que se suman a la memoria fidelísima de la madre y al interés alerta de las hermanas (caps. XX, XXI y XXII).

Mr. James —"o mejor aún *El inglés de los güesos* como lo apodaron todos"— irrumpe en el puesto como un personaje ridículo, su alta silueta montada en un petiso de mandados, entre bártulos y un gran paraguas rojo. Los comentarios de los puesteros —la madre, Balbina y Bartolo; Santos Telmo, el pretendiente de la muchacha— refuerzan esa impresión para subrayar la extrañeza del ladero entre lo cotidiano de la vida rural. En las primeras páginas, el novelista insiste en tales detalles, como si quisiera crear una figura grotesca, motivo de bromas y de chistes, que rompen la monotonía campesina. A poco de avanzar la novela, ya se diseña la dualidad de los caracteres que han de colmar el desarrollo: la instintiva Balbina frente al razonador James.

Las bromas de que es objeto el inglés por parte de Balbina (secundada por Santos, que parece ir ganando terreno junto a la muchacha) suben de tono, hasta que la impasible Doña Casiana reacciona y castiga con violencia a la hija. Desde ese momento se desata el encono de Balbina con un desenfreno de pensamiento que no encuentra el medio de encarnarse: "Le tenía vergüenza y odio; vergüenza, porque la había visto castigar por la madre delante de "todo el

mundo", y odio "por esto y por todo"... ¡Porque era un sinvergüenza y un loco, que ojalá se muriera..." (p. 25). Bastará que el forastero cure a la muchacha de un pertinaz dolor de oído (caps. VII y VIII), para que ella cambie fundamentalmente y de inmediato inicie el camino de acercamiento, que se afirma cuando James es apuñaleado cobardemente por Santos, en una escena escamoteada de primera instancia y reconstruída a partir del momento en que el inglés es llevado malherido al puesto. Esta pequeña trampa crea un breve hiato temporal en una novela cuyos primeros capítulos abrevian el desarrollo de los sucesos novedosos, que a poco pierden interés por su repetición: las gracias inconscientes del inglés, las bromas de la muchacha, los desdenes al pretendiente y las chicas esperanzas que se le brindan.

Apenas propuesta la aproximación sentimental entre la paisana y el extranjero, el novelista se apresura a caracterizarla desde el apasionamiento posesivo de Balbina:

> **De la misma manera primitiva y arbitraria con que se burló de él en un principio, y con que lo odió en seguida, La Negra se enamoró después de míster James. Su temperamento no admitía términos medios, y por eso, así como desde el instante en que amó a** El inglés de los güesos **le consideró cosa suya, así también se dio a él sin ninguna reserva (p. 135).**

Este impulso se detiene ante los reparos morales de la muchacha, tan inusitados para el comentario procaz de los vecinos, y la educada caballerosidad del inglés. El romance se desarrolla como un juego de pequeñas atenciones y de diálogos limitados, debajo de cuyas palabras laten los impulsos de la joven y los no menos premiosos del sabio enamorado:

> **¿Que amaba a La Negra?... Nadie lo sabía mejor que él mismo, que, oculto detrás de la máscara engañosa de su cara y de sus ojos azules impasibles, sentía redoblar su corazón de hombre mozo a cada aproximación de la muchacha, y que en más de una noche de insomnio, y a pesar de la férrea disciplina de su espíritu, llego a tener miedo de no poder dominarse... (ps. 187-8).**

Concertando la solución de este romance de rasgos singulares, Lynch presenta otros elementos que jugarán en el desenlace, como si quisiera atenuar así la sorpresa que cierra la novela. Balbina confiesa a James su terror ante el sufrimiento: "A qué extremos llegaba su pusilanimidad para el sufrimiento, ya fuera éste moral o físico, y cómo el dolor la acobardaba al punto de que en más de una ocasión había pensado si sería acaso ella "la única así" que habría en el mundo..." (p. 141). Ilustra la perpleja conclusión con un recuerdo infantil —"¡No tenía seis años, cuando se quiso matar una vez, ahorcándose con un cinchón, porque su padre le había amenazado con unos azotes para la hora en que volvería del campo!"— y proyecta al mañana la confesión de su cobardía: "¡Ah, no! ¡Que no le hablara a ella de sufrimientos! ¡Sufrir era una cosa muy fea!" (p. 141). Ya están señalados los elementos constitucionales que se irán apoyando con alusiones marginales hasta el resuelto final del suicidio: terror ante el sufrimiento, idea de la muerte por mano propia, inquietudes frente a un futuro hecho doloroso. Como armónico de este último dato, en sus horas de ocio obligatorio James cumple el trenzado primitivo de un lazo, el mismo que será instrumento del suicidio.

Hacia la mitad de la novela, dos capítulos —el XVIII y el XIX— vuelven a la técnica de desarrollos paralelos que Lynch ya había utilizado en *Los caranchos de "La Florida"*. En el primero, un monólogo de Balbina comenta emotivamente su amor; en el segundo, un monólogo de James analiza fríamente su conducta y la sitúa en una corriente progresista de la Humanidad. La primera da vueltas y más vueltas alrededor de una sola idea, casi imposible para su temor:

> **¡Ah, no!... Eso no era posible; todo menos eso; todo menos que dejarle ir, que dejar de verle para siempre, que pasar por el trance horrendo de esa caída sin fin en la sima pavorosa de la ausencia eterna! (p. 170).**

Para el hombre de progreso y de método, "por nacimiento, por educación y por costumbre", el motivo fundamental de sus actos crece como rechazo de lo instintivo y sentimental del amor:

> **Para él, hombre de ambición, hombre de marcha de la Humanidad, siempre y tan sólo la monotonía, y el sol y el viento y el polvo calcinado de la gran carretera rectilínea; para él, siempre y tan sólo, la misma marcha ansiosa interminable hacia aquel objeto teórico de antemano escogido, que, con la rigidez de una chimenea de usina, se recortaba austero sobre el fondo engañoso de un horizonte de espejismo (p. 193).**

Atentos a sí mismos, ambos se niegan a los motivos personales que pueda expresar el otro y por tanto a las posibilidades del diálogo aclaratorio: Balbina se ata al amor con inocente desenfado, poniendo en sus vislumbres intuitivas la fuerza de la juventud; James se silenciará, seguro de que ella es incapaz de comprenderlo. Es como si ambos estuvieran negados a lo esencial del diálogo, atados a dos concepciones de la existencia que ya en el desarrollo de la primera novela de Lynch, *Plata dorada,* se consideraban irreconciliables. Sin embargo, James evoca un paisaje de idilíco simbolismo romántico, apetecible a pesar de la condena posterior de lo amable:

> **La sombra de los bosquecillos misteriosos, el agua cristalina de los arroyuelos, el canto de los pájaros y el perfume de las flores; todo eso era y sería más bien para los incapaces, para los abúlicos, para los decadentes, para los poetas y para los locos (p. 193).**

Cerrándose al mundo abierto por la entrega sentimental de Balbina, James se liga a un pensamiento que injerta el hueso de la muerte en su progreso como hombre fundamentalmente activo:

> **Resultaba que, en su ciego afán de perfeccionamiento individual, había llegado a olvidarse de que su vida se devanaba al par que sus pasos y de que, al tiempo que avanzaba por el recto camino de sus ambiciones, avanzaba también hacia la muerte (p. 197).**

A partir de estos dos capítulos claves, cambia radicalmente el desarrollo temporal de la novela, hasta entonces abreviado en etapas; los capítulos finales valorizan todos los hechos, hasta alcanzar una lentitud opresiva en el final. El primero con este nuevo ritmo corresponde a los comentarios del pago y se traslada al puesto de *"La Indiana"* para acumular detalles sobre las costumbres de Doña Pancomia y sus hijas (cap. XX), hasta la culminación en el siguiente, cuando se alude a las relaciones de *"La Talquina"* con *"El gayeguito Isidro"*, y remansarlos interesadamente en el XXII, con la llegada de Deolindo y su trasmisión de los comentarios sobre los extraños sucesos del puesto de *"La Estaca"*.

La rebuscada lentitud de este intervalo concluye con una entrevista entre James y Balbina, considerada desde los malos pensamientos de Deolindo; entrevista que se presenta directamente en el capítulo siguiente: los celos de la muchacha y su creciente dolor, que la lleva al síncope.

El capítulo XXIV trae a Doña María, "la venerable y prestigiosa médica del pago", quien llega en socorro de la enferma; el nieto de la médica, su compañero constante, cubre humorísticamente el capítulo siguiente, donde se evoca el prestigio de la curandera por todos los ranchos y los desmanes gastronómicos de su descendiente. Los datos menudos presentan las nuevas del puesto, donde la enfermedad de la enamorada ha creado una suerte de relajación de lo habitual, ante la presencia impasible del inglés.

A partir del capítulo XXVI comienza la preparación de la liga recetada por la médica; Bartolo será el encargado de conseguir algunos ingredientes, lo que le permitirá sacar conclusiones infantiles sobre los hechos extraños de los que resulta testigo asombrado. Los capítulos XXVII, XXVIII y XXIX detallan los preparativos del viaje de James y los sincrónicos preparativos de la liga de *La Negra*. El inglés se clasifica a sí mismo con las palabras que sintetizan el partido tomado por el autor:

> **Él sería un loco, un miserable, todo lo que se quisiera; pero habría sido tan feliz yéndose con la seguridad absoluta de que al irse se llevaba consigo y para siempre, arrancado de cuajo, el único corazón de mujer que había hecho acelerar los latidos del suyo, aquel único y dolorido e ignorante corazón virginal que en un rancho obscuro de un país remoto le hiciera experimentar las emociones más hondas de su vida, le dejara entrever las maravillas de un mundo nuevo... (p. 265).**

Los tres últimos capítulos corresponden al día final de la permanencia del inglés en el puesto: el sabio termina de trenzar "su ya célebre lazo"; Balbina se afirma "en la virtud de "la liga" sabia", en un monólogo interior donde no se atreve a poner en duda la eficacia de la médica, ni admitir que James se aleje aunque sea transitoriamente.

Comienza la despedida, con ahogante desproporción de los minutos —"así transcurrió un minuto solemne" (p. 294)—, hasta una máxima tensión en la cual colaboran los elementos de la naturaleza, animados por la exhalación con que la pareja se nombra: "Y pareció que el cielo y la tierra y que el silencio y que la noche y que el aire tibio y el perfume de los pastos maduros, todo se conjuraba, todo se unía resuelta y armoniosamente para empujar, para precipitar a aquellos dos seres en el vértigo loco de la conjunción suprema..." (ps. 294-5). Esa brevísima comunión es cortada por la rigidez de James, "una armadura de acero más bien que un hombre", y se reanudan las situaciones corrientes, para concluir el capítulo con la caída de una estrella, "allá por donde la vieja médica tenía su rancho..." (p. 296). En el capítulo siguiente, el XXXI, se concluye la despedida, ya instalado el huésped en el sulky que ha de llevarlo a la estación ferroviaria; Balbina, silenciosa, presiente la promesa ofrecida por la liga, "el supremo instante" de su sueño. "Un negro y misterioso bulto" corta la salida del vehículo; el tiempo se cubre con conjeturas sobre el extraño jinete, que resulta el nieto de la médica: "Doña María acababa de morir allá en su rancho y él no sabía que hacer..." (p. 300). Oída la

noticia, el sulky "se lanzó al camino como una exhalación".

Las páginas del capítulo XXXII se abren con la presencia de la perra Diamela, espectadora de un detallado amanecer, y el sobresalto canino ante el "extremo del lazo mal trenzado que, descendiendo del árbol, se tendía sinuosamente delante la puerta..."; luego "fue y examinó también una silla de enea tumbada al pie del sauce y un pequeño zapato de *La Negra* y, por último, levantando los ojos hacia la copa del árbol, meneó festivamente la cola e hizo con su afilado hocico algunos visajes expresivos de reconocimiento y simpatía..." (p. 303). Más adelante, en la tierra recién removida, tropieza con "un viejo y moreno y solapado sapo" (material de la liga preparada por la enamorada), al que abandona por oir la voz de Doña Casiana, "primero como un alarido salvaje, después como un ulular de una fiera" (p. 304). La descubridora del cuerpo de la suicida subraya salvajemente la sorpresa, mientras el sapo se sienta en la humedad a contemplar "con sus ojillos socarrones el soberbio espectáculo del nacer del día", el adjetivado reconocimiento de "la pompa extraordinaria y magnífica que la Naturaleza desplegaba aquella mañana": "Como si hubiese querido distraer, a fuerza de luz y de colores, la atención de los hombres y de las bestias, para que no pensaran, para que no dudaran, para que siguieran confiando siempre en la equidad de sus leyes y en su poder soberano" (p. 304).

Sobre la crueldad silenciosa de la despedida y luego del diestro escamoteo del suicidio, Lynch recuerda la presentación ostentosa de la naturaleza, ajena a los fracasos humanos. Hay una valoración de lo insensible que contradice la anterior parcialidad del narrador, ya que en el momento central de la novela se había puesto de parte de la muchacha campesina, en contra de los razonamientos del sabio. Otra vez, como en la novela anterior, algo queda inexplicado para la simpatía con que el lector se ha ido metiendo en esas vidas, tomando también partido por la suerte de Balbina.

Tal visión pesimista del mundo se confirma en una novela breve publicada en 1925, *Palo verde*, que completa el volumen titulado *El antojo de la patrona*, nombre de un relato donde la insensibilidad masculina es enfocada desde el posible humorismo de situaciones matrimoniales, acaecidas en una estancia nueva.

El protagonista de *Palo verde* es Sergio Aguilera, joven capataz de *"La Colorada"*; muchacho "serio, trabajador y honorable", como todos reconocen, "desde el patrón abajo" (p. 79). En la soledad del campo, Aguilera reflexiona sobre su apodo simbólico: "¡Ah, ah! ... ¡Ya va a arder él!... Está visto que será "palo verde" toda la vida y que no habrá fuego capaz de encenderlo!... (p. 79). El patrón, hombre de ideas modernas, le ha prohibido que aloje a nadie en la estancia, y Sergio "sufre lo indecible cada vez que le toca tener que negar a un pasajero la generosa y legendaria hospitalidad de los campos" (p. 73). Huída de la estancia *"El Porvenir"* a causa de "un mal hombre", una muchacha con su hijo en brazos solicita amparo y *Palo verde* es incapaz de negárselo. El lento diálogo entre ambos, magistralmente desarrollado, va encendiendo a Aguilera, quien sólo se detiene a reconocer la imposibilidad del romance por la condición de casada de la mujer. De esta manera se prefigura el sentido de la frustración semejante que comenta por extenso *El romance de un gaucho*. La perseguida se coloca como sirvienta cerca de la estancia que custodia Aguilera, para prolongar con su cercanía el martirio cotidiano del enamorado, a quien confiesa las molestias que le provoca Don Cepeda, apodado *Grano malo*, sin que Sergio se decida a romper con sus obligaciones de capataz y buscar lejos de esos pagos la seguridad que ella necesita.

Una noche Cepeda intenta atravesar el campo que guarda el mozo; éste lo provoca y lo mata, jadeando el sentido de su crimen con repetidas palabras de alusión a la amada: "¡Andá, seguíla... Andá, seguíla!" (p. 138). Ante la policía, *Palo verde*, incapaz de mentir, se dejará condenar: confiesa que ha matado "por ella", desdeñando la salida del patrón que trata de justificar

el crimen como resultado de una orden acatada fielmente por su capataz. La presencia del patrón, hasta entonces en la ciudad, destaca por contraste la sencilla confesión de quien tanto ha callado hasta entonces, para abrirse de pronto en exhalación de angustiado amor y deseos de proteger a la mujer querida.

Estas tres novelas de Lynch se desarrollan en los campos porteños, en la zona tradicional de la literatura gauchesca, y en una época que va desde 1880, con el reemplazo de los jagüeles por los primeros molinos de viento, hasta los años contemporáneos a la redacción. En todas ellas, el novelista es un relator que presenta el mundo de sus criaturas y sus conflictos rudimentarios desde el ángulo más o menos interesado de sus temas; por oposición, la presencia de míster James hace resaltar más ese afincamiento geográfico y temporal. En cambio *El romance de un gaucho* se presenta como novela "genuinamente gaucha, como que fue sentida, pensada y escrita por un gaucho" (p. 7). Con ella, Lynch intentó trasladarse a la mentalidad de un paisano, "viejo gaucho porteño, fallecido hace muchos años, y a quien conocí allá, en los dorados días de mi niñez campera" (p. 5).

El relato, de 1933, comienza con otra trasposición temporal: "En los tiempos en que el finao mi padre era muy muchacho entoavía" (p. 9). Las referencias temporales sumarían unas tres generaciones, lo que traslada la época del relato a unos noventa años antes de la publicación; sin embargo, ciertas referencias del texto —otra vez la novedad de los molinos alzándose sobre el campo— sitúan la acción hacia la década del 90. (4)

Descartando reconocibles infidelidades cronológicas, importa la fecha ideal del relato porque hacia aquellos años el narrador daba ya como concluido el tipo social del gaucho, a la vez que certificaba así la originalidad del presunto intérprete. Parece como si al inventar este seudo narrador Lynch contradijera algu-

(4) El "molino de viento" fue introducido en el país en 1880 por Miguel Lanús. V.: Noel H. Sbarra, **Historia de las aguadas y el molino,** La Plata, El Jagüel, 1961.

nas de sus observaciones de libros anteriores sobre el mutismo y la parquedad del gaucho, para mostrar a un paisano en la inusitada vocación de escritor en prosa, prolijamente demorada en las quinientas páginas del libro.

Pantaleón Reyes y su madre, Doña Cruz; Doña Julia y su marido, Don Pedro, son los personajes centrales de *El romance de un gaucho*. En las relaciones hijo-madre, mujer-marido, se reconocen evidentes contactos con personajes de las novelas publicadas anteriormente. Pantaleón es el muchacho trabajador e ingenuo, atado a la autoridad varonil de la madre, que de pronto despierta por el encendimiento del amor; Doña Julia es la honorable mal casada, que sabe soportar los vicios y la violencia del marido. Alrededor de estos personajes se mueve un grupo numeroso de seres, que colaboran con la trama central, o que alimentan el comentario lugareño, detallado en las voces interesadas de la curandera del pago (cap. V) y de Don Pancomio, el compadre de Doña Cruz (cap. IX).

Los ángulos de observación de los testigos que comentan el desarrollo de los hechos apoyan también la función del narrador, que debe interpretar los entresijos de las conductas según su sagacidad y su experiencia. Lo aclara el texto de la novela, sin comprometer demasiado al novelista gaucho:

> **No les dao a ningún cristiano endevinar los pensamientos de otro, ya que se precisaría ser Dios para eso; pero, el hombre que tiene dos dedos de frente y ha corrido tierras, puede siempre medio salir al rumbo, si conoce las aficiones o alegrías de aquéllos que tiene cerca... (pág. 230).**

Las manifestaciones de dolor o de alegría son las señales que permiten al narrador meterse en las almas de las criaturas que evoca, aunque no deje de señalar lo que puede cargarse exclusivamente a su interpretación.

La historia es simple y se plantea en los primeros capítulos, sin que luego se aporten mayores datos al conflicto. El solitario y callado Pantaleón, tan enemigo de diversiones, conoce a Doña Julia, recién llegada

al pago con su marido, y se enamora súbitamente de ella, sin poner ninguna malicia en su pasión, moralmente imposible por la condición de casada de la forastera. Doña Julia llama "criatura" al enamorado que arriesga esta confesión:

> Yo no quisiera —dijo— que usté se juera a enojar conmigo, doña Julia, pero es la verdá, la pura verdá, ¿sabe? ¡Por la luz que me alumbra! Yo la estoy queriendo mucho a usté desde hace tiempo, yo la estoy queriendo tanto que se mi hace que si esto sigue voy a volverme loco... Sí; desde que la vide, señora, por primera vez... (p. 25).

Al igual que *Palo verde*, Pantaleón rompe su mutismo acostumbrado con la explosión instintiva de quien no sabe mentir ni disimular, y siente que el amor vale más que cualquier tipo de razones. De ahí que, cuando ya ha entrado en la cuesta abajo de su destrucción moral, sólo atine a acusar al destino:

> El mal me lo ha hecho el destino... ¿Quién me metió, a mí, a poner los ojos en lo que no me estaba destinao por la suerte? Yo no sabía, señora, que hubiesen señoras ansí agraciadas como usté en el mundo y su visión me enllenó los ojos... (p. 120).

La inocencia del gaucho es destruída por la indignación de Doña Cruz, informada por aviesos de las frecuentes visitas que su hijo hace a Julia; la violencia materna y las trampas inventadas para alejar al muchacho de la amada, precipitan a Pantaleón en una vida de calaveradas que comienzan a comentarse a partir del capítulo X. En la misma página en que se acepta la presencia invencible del destino como causa de todos los males humanos, el muchacho recuerda: "Mi madre dijustada y yo desesperao, loco e la cabeza juyendo como un sarnoso de todo lo que quiero y ahura perdido pa siempre, y pa siempre dejao de la mano e la esperanza". Y poco más adelante: "Y esto es una picardía, señora... Yo soy un pobre muchacho que nunca hice mal a naides; usté sabe doña Julia... Yo la quiero a usté, sin poder quererla, y esto no puede

ser un delito como pa pagarlo con tantos dolores y tanta miseria...". (p. 120).

Las desgracias de Pantaleón, empujado por fuerzas superiores a su voluntad, dan el contenido de los capítulos más numerosos, con acumulación de sucesos que extravían el "romance" que origina la historia. Mientras tanto, Doña Cruz y Doña Julia viven idénticos dolores de soledad: la primera, con la esperanza de que el hijo retorne al hogar; la segunda, con el interés de que su marido se recupere para el trabajo y la casa. Tal paralelismo es comentado por el narrador, que apuntala docentemente el desarrollo con referencias a lo extrapersonal de los destinos:

> **Y de ahí venía a risultar que, aunque parezca mentira pa los que lo oigan contar, que el caso e doña Cruz y el de doña Julia —dos señoras tan diferentes— venía a ser, más o menos, el mesmo, asigún lo que pasaba. (p. 269).**

Necesariamente han de unirse ambas solitarias: la moza acompañará a la anciana en los desvelos de una enfermedad y, luego, ya viuda, se afincará en la estancia de Doña Cruz, señalando la unidad de aspiraciones que prepara el desenlace emotivo de la novela:

> **Pa que se vea lo que son las cosas y las güeltas que da el mundo... ¡Quién iba a pensar viéndolas ahi, mano a mano, tan amigas y sentaditas al reparo el alero e "La Blanquiada" que se hubieran odeado tan fiero, en un tiempo, las dos señoras!... (p. 494).**

Unidas por la confianza en el retorno de Pantaleón, el desenlace esperado alude a la vuelta del mozo y la realización matrimonial de su amor. Lo anuncia el cierre del penúltimo capítulo: "Y al sonrairse con cortedá la moza, pareció que todito se raiba también en aquella estancia, de satisfacción, de alegría y de esperanza..." (p. 498). Las tres páginas finales anotan el retorno del paisanito, al fin enterado de la viudez de Julia. Es una noche de intenso calor, que cansa al malacara; Pantaleón se enfurece por la demora del caballo; una frase repetida va marcando el enardeci-

miento del pródigo: "¡Y he de llegar!... ¡Y he de llegar no más!" (p. 499). Otra vez el destino, invocado en el nombre de Dios, explica la conducta del mozo, "enloquecido por sus vicios y por la rabea y despecho tan grande que sentía": mata al caballo y prosigue su viaje a pie, muerto de sed y calor, hasta que lo detiene la visión del fantasma del malacara, que encarna el peso de sus vicios y delitos:

> **Y en seguida, craindo ver, o viendo quizá no más, a la luz de la luna, el bulto de un caballo inmenso, que echando juego por los ojos y largando sangre a borbotones por la puñalada que tenía en el pecho, se le venía encima, en toda la juria; ahi no más largó el recao y perdiendo el sombrero, agarró a disparar como loco, pu el campo, hasta que no pudo más y se jué al suelo redondito... (p. 501).**

El castigo ha llegado como corte radical de las esperanzas de tres seres cuya única culpa fue el de no saber razonar los imperativos del instinto, que es la forma gaucha de amor entre madre e hijo, entre hombre y mujer; instinto con todos los reparos morales que estos paisanos acatan. De la fatalidad narrativa, surge la frase final de la novela, traslación de los hechos a sucesos ejemplares sabidos por las memorias fieles de los paisanos: "...Y dicen, que a la mañana siguiente, unos que pasaban con tropilla, lo hallaron muerto ya, durito, a un costao del camino, entre unas pajas...". (pág. 501).

En coincidencia ejemplar, los personajes de las novelas mayores de Lynch aparecen inmersos en formas del destino que determina las conductas y las dirige hacia un final dramático que el narrador suele imponer apresuradamente. Don Pancho y Panchito, *Los caranchos de "La Florida"*, encarnan una violencia fundamental que les impide inclusive la comunicación airada, sin que se diluciden las posiciones de ambos junto a Marcelina. *El inglés de los güesos*, atado a su concepción de hombre de progreso, se insensibiliza frente a Balbina y se aleja sin dejar la más mínima esperanza a la muchacha campesina que se le ha entregado espiritualmente. *Palo verde* se dejará condenar, hablando

en el momento en que eran menos necesarias sus explicaciones sentimentales, ya que el silencio o la mentira podían salvarlo. Pantaleón Reyes se desvía de la vida honrada por un amor que, en el momento en que puede concretarse, es cortado por castigo sobrenatural. Todas estas criaturas sienten algo superior a las posibilidades de rebeldía; fuerza extraña que los conduce a la muerte, cerrando a los lectores el alivio de paz humana que dejan entrever ciertas referencias marginales del narrador.

Lynch creó sus protagonistas sobre una concepción determinista de las conductas, impuesta a sus criaturas hasta contrariar las probables búsquedas de salida. (5). Junto a ellos, la naturaleza campesina se muestra en grandeza indiferente, que manifiesta la sucesión de sus ciclos y la constancia de sus renacimientos. Por pasajes, esta indiferencia se rompe y la naturaleza acompaña a los personajes, en particular cuando sobre ellos sobrevienen catástrofes y estados anunciadores de hechos funestos. De ahí la importancia concedida a las tormentas y a las inclemencias del calor y del sol (6).

Pareciera que Lynch sólo recordase con agrado los años de infancia y la libertad que entonces vivían seres sin obligaciones ni horarios, los hijos de los patrones, aunque también en esa etapa los herederos de los dueños del campo soportan limitaciones impuestas por su condición social. En los primeros cuentos de *De los campos porteños* se evocan las aventuras pueriles de Mario —trasposición narrativa del mismo Lynch, según recuerdan sus parientes— y de Leo, "hermano y camarada", encarnación de un hermano del novelista, Leopoldo, muerto prematura y trágicamente en el Sur, adonde fue enviado por el padre como castigo por ciertas aventuras juveniles.

Junto a los dos hermanos, completan su mundo: los padres —él, un patrón severo que necesita impo-

(5) V.: Julio Caillet-Bois, **La novela rural de Benito Lynch.** Seguido de: Albertina Sonol, **Bibliografía de Benito Lynch,** La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1960.

(6) V.: Enrique Williams Álzaga, **La pampa en la novela argentina,** Buenos Aires, Estrada, 1955, págs. 216-234.

nerse con rudeza, la urgida por el medio y el comportamiento de los peones; ella, una mujer cariñosa y simple, que vive aterrorizada por los muchos peligros que presenta la existencia rural—; también se incluyen en la familia cuatro perros —Quequén, Carhué, Milady y Lacar— y los caballos de montar, en particular el famoso "potrillo roano" del cuento del mismo título. Mario, ya adulto, se pregunta con perplejidad que resume su vida y exalta dolorosos recuerdos: "¿Hay días en que el mundo y la vida parecen más cochinos que de ordinario?" (p. 257). La implícita respuesta afirmativa se formula como consecuencia de las desilusiones que marcan su entrada en la adolescencia: desengaños sentimentales y equivocaciones frente a los adultos, que ya hombre ejemplificará con el traslado de su pesimismo al mundo de los animales.

La infancia es un período vital sin jornadas, donde cualquier travesura puede parecer un hecho inusitado; aventuras que agiganta la imaginación pueril hasta hacerlas origen de posibilidades futuras. Por esto, si es cierto que Mario señala "esa lentitud con que transcurre el tiempo en los primeros años de la infancia" (p. 83), se escapa de lo casi inalterable con el aprendizaje oculto de destrezas y corajadas gauchas. El niño, que no tenía como "el peoncito Cirilo" "la obligación de ser gaucho" (p. 125), quiere serlo, o al menos aparentarlo, aunque viva atemorizado por la posibilidad de que su padre lo sorprenda "dando confianza a esa gente", a quienes podrían ser sus maestros. Conductores en una vida primitiva y sobre todo instintiva; la misma que el patrón de *La Florida* había querido negar a su hijo Panchito y que los personajes sesudos de distintos relatos manifiestan como relajamiento físico y espiritual de quienes no han nacido para ser gauchos.

Consciente de las diferencias sociales que dividen los distintos estamentos rurales, Lynch no formuló una protesta a favor de los de abajo. Quizá no sea el suyo un problema de insensibilidad social, sino una forma de pensamiento condicionada por la Argentina de principios de siglo y sobre todo por ese prestigio de la fa-

talidad, límite de los destinos personales y sociales. El silencio de los hombres humildes aparece como la forma de aceptación vital de esos seres "que tienen poco que decir y mucho que hacer por delante" (p. 16), y su intérprete quiso ser fiel a ellos.

Los reparos que pueden hacerse a la visión del mundo encarnada consecuentemente por los personajes de Lynch, encarrilados en sus conductas, corresponden también a una técnica de la novela que le impuso una fidelidad prolongada a las manifestaciones del verismo psicológico, por pasajes aproximado al naturalismo a lo Zola.

Muy pocas son las confidencias del autor sobre su formación literaria. De sus confesadas predilecciones, conviene recordar dos: la que reconoce el magisterio de Emilio Zola y la que lo liga a Paul Bourget. Los veinte volúmenes de *Les Rougon-Macquart, histoire naturel. e et sociale d'une famille sous le Second Empire,* aparecidos entre 1871 y 1893, manifestaron una renovación novelística que entusiasmó a los lectores hispanoamericanos, que encontraban en su método un resultado adecuado a las modalidades de la sociedad que fermentaba en nuestra América. El determinismo de Taine, la práctica experimental de Claude Bernard y el sentido de la herencia según Darwin y Lucas, están en el fondo de este desarrollo experimental, que disimuló con fuerza épica lo que Unamuno llamaría "psicología rudimentaria" de los personajes. Zola impuso el sentido de lo real, no de la imaginación, que señala al naturalismo literario como "anatomía exacta": aceptación y descripción de lo que existe naturalmente. De esta manera se cumplía la definición de la novela adelantada por Taine; "una gran encuesta sobre el hombre".

En Zola, el determinismo histórico, la evolución biológica y la herencia fisiológica social, se combinan para concebir la historia de los distintos miembros de una familia, e imponer así una amplia lección humana. Los personajes que ponen en juego las tesis, son vistos de acuerdo con los accidentes nerviosos y sanguíneos "según los medios" que determinan los sentimientos, los deseos y las pasiones"; manifestaciones

"naturales e instintivas", cuyos frutos toman "los nombres convencionales de virtudes y vicios". La visión interesada de aspectos sociales y personales que hasta entonces había ocultado o encubierto la novela, impuso una técnica que valoriza lo minucioso de las descripciones y el carácter tipificador de los diálogos. Lo descriptivo responde a un principio filosófico que confunde lo real con lo físico, y presenta a cada personaje desde el ángulo interesado de los otros, no en lo que desde afuera observa el novelista. Éste reduce sus intervenciones a la elección de los temas, y anula las reflexiones filosóficas que hasta entonces habían entramado los pasajes centrales del género. En cuanto al diálogo, supone una imposición de elementos dramáticos en la novela, que facilitó el traslado de las creaciones narrativas al escenario, como lo hizo el mismo Zola con algunas de sus novelas; o diversos dramaturgos con relatos de Lynch.

En *Plata dorada*, la primera novela de nuestro escritor, se hace una extensa apología de las novelas de Zola, defendidas como lectura apropiada para los adolescentes. El protagonista debe hacerla a escondidas de su madre, aferrada rutinariamente a un juicio absurdo: "¡Qué injusticia la de mi madre! ¿Por qué no me dejaría leer a Zola, a Zola, que narraba tan bien las cosas y que debía ser un hombre tan sabio?" (p. 160). Iniciando una novedosa confrontación, compara los relatos del maestro naturalista con los folletines de Dumas, lectura obligada de los niños de 1900: "Alejandro Dumas, con su Athos ahito de Borgoña y su Aramís rodeado de queridas, puede colarse en el estudio de los niños y en la alcoba misteriosa de las vírgenes, que nadie lo detendrá, muy al contrario" (p. 160). El paralelo se amplía con énfasis, para elogiar las "obras realistas" del creador del naturalismo, maestro especialísimo para las mentes jóvenes":

> **Cuando yo leía a hurtadillas en** El doctor Pascal, **el pasaje aquel donde el autor narra el caso de uno de los miembros de la desgraciada familia de los Rougon-Macquart, tan saturado de alcohol que basta una chispa de su pipa para quemarlo totalmente, sentía un horror tan profundo por la bebida, que jura-**

ba no probarla nunca, y, en cambio, cada vez que volvía a hojear Los Tres Mosqueteros **con el consentimiento pleno de mis padres, y veía a Athos o a Portos pedir tres botellas más, después de haber apurado otras tantas, experimentaba verdaderas ansias de embriagarme, de reñir, y más de una vez pensé en correr a la fonda más próxima.. (p. 161).**

Por tal fervor, interesa comprobar si la lección de Zola se reconoce en la novela donde Lynch lo elogia con razones educativas. El novelista, ya en su madurez, se dedicó casi exclusivamente a los personajes gauchescos, a los cuales consideraba material factible de ser estudiado en todos los aspectos que ofrecían sus limitaciones (7); a partir de *Los caranchos de "La Florida"*, los personajes centrales se consideran condicionados socialmente, pero son existencias que cuentan por sus rasgos personales; de ahí el reconocimiento dentro de una impresión de vida consabida, radicada en ciertos lugares. (8). En cambio, en *Plata dorada*

(7) El folleto **El estanciero** (Buenos Aires, Ed. Selección, 1931) comienza con esta significativa advertencia: "No tendría nada de extraño que de aquí a un poco más quien desease conocer "de visu" a ese tipo de personaje social que tan reiteradamente hallará mencionado bajo la denominación de "estanciero" en las páginas de la historia, de la literatura y aun de los viejos códigos en desuso, no encontrará en toda la inmensidad de la República, florecida de "estancias", un solo ejemplar del que fuera por espacio de tantos años el estanciero típico de nuestros campos. La clásica "estancia" argentina, expuesta a la poderosa influencia del progreso y a la no menos efectiva del elemento extranjero, habrá perdido por completo sus viejas y simpáticas características, y el "estanciero", vale decir, el hombre que la hacía a su manera y a su manera la manejaba y disfrutaba, habrá pasado también a la leyenda, con sus escasos defectos y sus muchas virtudes" (p. 7). El folleto concluye con una reveladora confesión: "Denigrar el progreso por amor a la tradicional y noble sencillez de las viejas costumbres criollas es casi un delito de lesa cultura y de lesa patria; pero bien se puede —al advertir cómo se van para siempre, con toda la poesía de los antiguos campos— dedicarles la misma mirada melancólica con que contemplamos, tendido en el suelo, el árbol añoso que nos vio nacer, pero cuyo sitio hace falta para construir un garage..." (p. 31).

(8) Los mismos nombres de personajes, estancias y lugares señalan un ámbito conocido no sólo por el autor, sino por sus criaturas, territorio ideal de la literatura gauchesca, extendida a ambas márgenes del río Salado; Cañuelas, Monte, Lobos, Dolores, Saladillo y Bolívar anotan su extensión.

la vida campesina es sólo la añoranza de un ámbito ideal donde el protagonista narrador reconoce haber vivido —como el Mario de *De los campos porteños*— sus mejores años: "la niñez dichosa", "*toda la vida*, una vida de diez años" (p. 6). Avanzado el relato, ya sobre el final, el campo será el lugar de rescate para una juventud abúlica y juerguista que repite en Buenos Aires jornadas de disipación y hastío.

Desarrollada mayoritariamente en lugares porteños, el título de la primera novela se explica así: "Rompiendo la barra de plata, muchas veces bañada en oro, aparece el blanco metal tan auténtico y puro como antes", (p. 18). Con estas líneas se cierra el capítulo que adelanta la tesis del relato, a propósito de las diferencias entre el sajón y el latino:

> **Grave y tristísimo error. Un hombre de raza latina, podrá vivir entre ellos (los ingleses), connaturalizarse hasta el punto de olvidar la lengua materna y las costumbres patrias, pero llegará un momento decisivo, una circunstancia difícil, en la que tenga que usar de ese espíritu práctico del que ha creído hallarse infiltrado a fuerza de desearlo y entonces fallará la teoría, manifestándose en toda su pureza, las características** sui generis **de la raza repudiada.** (p. 18).

Sentido de fatalismo racial, dentro de leyes biológicas y espirituales que los individuos no pueden superar a pesar de constantes esfuerzos.

Williams Fernández y Manuela Sánchez son los individuos que confirman la tesis; su final desesperado se ofrece como lección a un país maniatizado por la admiración sin límites a todo lo que traía rótulo inglés, comenzando por los sistemas educativos y las empresas mercantiles. Williams es hijo de un estanciero de 25 de Mayo, en la provincia de Buenos Aires, a quien su padre arranca de la vida campesina para trasladarlo con el resto de la familia a Buenos Aires, y encerrarlo luego en la disciplina sorprendente de un colegio inglés. La madre resulta tibia cómplice del proceso, y la hermana es una figura sin relieve, que se pierde con el avance de la novela. Manuela Sánchez pertenece a una familia sin fortuna y sin apelli-

do, y elige las maneras sajonas para introducirse en un mundo vedado, donde termina por moverse naturalmente. El noviazgo de ambos jóvenes, auspiciado por miembros respetables de la colectividad británica que los han tomado bajo su protección, va rompiendo paulatinamente el baño de educación inglesa, para ir poniendo en evidencia los rasgos de la sensualidad latina. Manuela es la primera en tener noción del peligro representado por el instinto: "Ella debió ver, sin duda, en las pupilas negras, el temblor de la llama de los impulsos bárbaros y atávicos de mi raza moribunda; debió descubrir con su sorpresa ingenua de ignorante, cómo se condensaba en la chispa de mis ojos toda una historia larga de sangre, de amor y de violencia; porque, sobrecogida del temor instintivo, indominable, de la debilidad ante la fuerza, trató de incrustarse más y más en el ángulo del sofá en que se sentaba" (p.271). La fuerza instintiva de Williams va rebelándose en distintos episodios, hasta que los jóvenes se abrazan, vencidos por impulsos pasionales; la presencia de dos espectadores, ingleses, hace reaparecer la conciencia impuesta de Manuela, quien se suicida arrojándose contra la hélice de un vapor. El animalizado Williams, luego de enterarse de la muerte de su madre, apuñala a Sylvan, inglés desconfiado y vigilante, y la novela concluye con una frase que reafirma la vuelta total al instinto: "Y eché a correr por la playa, aullando como un lobo" (p. 380). Tal desenlace se vive en un lugar de la costa del Río de la Plata, en un ambiente de naturaleza libre —el río, las islas, los árboles, la estación estival— que parece avivar el rescoldo instintivo de los protagonistas, así trampeados por la fatalidad de la herencia.

A propósito de un amigo que se traslada a una estancia sureña para recuperar la dignidad extraviada en aventuras ciudadanas, el protagonista comenta: "¡Hombre latino, pero hombre práctico a la medida de las fuerzas de tu raza!" (p. 308). Se agrega de tal manera otro elemento a la caracterización del latino, reforzando la tesis —"a la medida de las fuerzas de tu raza"— con rasgos que precisan las herencias fisioló-

gicas y sociales. El determinismo encuadra el proceso histórico de la Argentina de fines del siglo XIX y comienzos del XX, con la desaparición de las tradiciones campesinas en las estancias, con el vuelco de los estancieros hacia las ciudades, con la fiebre de los negocios, con el clima revolucionario que culminó en el 90. De esta manera, el personaje liga su historia a la de una época, dejando paso a la tercera persona narrativa —la del escritor Lynch— sólo en contadas ocasiones, cuando la parcialidad de su creador comenta patéticamente las desventuras de Williams. El recurso es significativo de la situación de un escritor que necesitaba escaparse de las estructuras aprendidas en su admirado Zola, recayendo entonces en los recursos de la novela romántica.

Tales escapadas patéticas se atenúan y desaparecen en las novelas posteriores, como si Lynch reconociera que la interpretación de las conductas queda librada a los lectores; sin embargo, suele salirse de esta pretendida objetividad al tomar partido por una de las conciencias en pugna. En cuanto al diálogo, ya la primera novela presenta —otra deuda zoliana— el aprovechamiento de recursos teatrales, sagazmente evolucionados en la obra que vino luego. Esto facilitó la adaptación teatral de dos novelas —*El inglés de los güesos* y *El romance de un gaucho*—, con más acierto que el que acompaña los escasos intentos dramáticos del mismo Lynch, que fue no obstante cultor excelente del cuento dialogado (9).

(9) Son dos los intentos dramáticos de Lynch, ambos publicados en entregas del diario **El Día** de La Plata. El primero, **El Cronista Social** (del 27 de octubre al 9 de noviembre de 1911, con excepción del 1º de noviembre), es una comedia satírica, que se sitúa en la sala de redacción de un diario y en el "hall" de una casa acomodada; ciertas situaciones y algunos pasajes del diálogo hacen recordar a las farsas de Feydeau, aunque el propósito de Lynch es el de destacar la maldad humana en la maledicencia y la mentira. La segunda, **Ex ungue leonem** (del 6 al 11 de noviembre de 1912), también en tres actos, se traslada a París, al "año del Señor de 1541 y bajo el reinado de Francisco I"; la presencia de Bienvenido Cellini llena estas escenas, animadas alrededor de la incomprensión de los hombres y el prestigio humano y artístico del orfebre renacentista; las notas arcaizantes están dadas por la aparición de

El otro autor admirado por Lynch, Paul Bourget, fue considerado por sus contemporáneos un anti-Zola, que llevó la evolución del naturalismo a una novela de fondo moral, dilucidado por importantes glosas filosóficas. *Le disciple,* hoy olvidada novela de 1889, señaló la culminación de un estilo hábilmente desarrollado sobre el rigor ilustrativo con que se cargan de datos los distintos capítulos. También discípulo de Taine, Bourget llevó más adelante que Zola la importación de elementos dramáticos al relato.

Lynch debió sentirse atraído por esa capacidad de construcción y demostración narrativas; las mismas cualidades que revelan sus creaciones mayores. En cuanto al fondo de la glosa filosófica, se advierte en los monólogos contrapuntísticos de *El inglés de los güesos* y en la constancia reflexiva del supuesto paisano que escribe *El romance de un gaucho.* Lo documental de las novelas de Lynch no siempre se organiza como material docente; las conclusiones de validez general derivadas de los hechos narrativos se fueron reduciendo en sus relatos, hasta aparecer sólo en escasos pasajes y sin ordenarse sistemáticamente, como ocurría en la primera novela, la enfadosa *Plata dorada,* con tanto tufillo de magisterio expresado sin veladuras de ficción.

En *Plata dorada,* se señala a los argentinos la ineludible atención que debe prestarse a la raza latina, raíz insuperable de nuestra sociedad. En *Los caranchos de "La Florida"* se llega al enfrentamiento insalvable de dos violentos, uno heredero físico y espiritual del otro (al parecer marcado por taras impuestas por enfermedades venéreas, las mismas que habrían producido la muerte de la mujer, en parto asediado por la inclemencia de una lluvia sin términos); las muertes del final son una suma de destrucciones im-

"aqueste", "aquesta", "bellaco", "cabe", "cuitado", "deste", "guisa", "manceba" y otros consabidos arcaísmos. Este ensayo dramático señala las relaciones juveniles del autor con la retórica modernista.

La versión teatral de **El inglés de los güesos,** realizada por Marcos Bronenberg y Arturo Cerretani, se estrenó en Buenos Aires en 1933; la de **El romance de un gaucho,** debida a Juan Alcides Plaza, fue conocida en Buenos Aires en 1938.

puestas por la violencia y la venganza, favorecidas por el ámbito rural. En *El inglés de los güesos* la lección determinista se desvanece porque la novela castiga con el suicidio a Balbina, el personaje en el cual el autor había puesto su simpatía, aunque esta muerte podría considerarse como prueba de la esterilidad humana de los hombres prácticos, encarnados por míster James. En *Palo verde* no se olvidan las referencias a las sorpresas que suelen dar los hombres mansos cuando son incendiados por el instinto del amor. *El romance de un gaucho* impone un castigo sobrenatural al que se desvía del buen camino a causa de un amor mal juzgado, aunque la condena del personaje carga a la cuenta supersticiosa del campesino que interpreta su vida, no como desarrollo de una tesis.

Dentro de los elementos irónicos que abundan en *Raquela,* novela de 1918, se adelanta la realidad de una lección humana muy amplia: el amor puede surgir entre seres de clases sociales distintas, la hija de un estanciero alemán y el peón que llega a la estancia, aunque sea hombre de ciudad encubierto por las ropas de tropero. En una clasificación que hace el protagonista narrador, dramaturgo de éxito se sitúa frente al amigo en cuya estancia se aloja, volviendo a distinciones que juegan profundamente en otras novelas: "Ernesto era un práctico y yo un lírico. Él estaba en el campo por necesidad y yo iba al campo por placer, para revivir sensaciones de la niñez, para embriagarme de naturaleza... Los néctares, como los acíbares que bebimos en la cuna, dejan en el paladar un arregusto que dura toda la vida" (p. 12). Coincidencias con elementos explicativos de otras conductas, lo que prueba una concepción del mundo que supera los intereses puestos en juego por cada novela. En tales reiteraciones se va descubriendo la visión de Lynch sobre el mundo.

En una novela de 1923, de total ambiente ciudadano, el título —*Las mal calladas*— adelanta el ejemplo que rubrica Marcelo Rixdale, el personaje sermoneador del relato, cuando comenta los hechos o los previene con machacona incapacidad alusiva: "Las mu-

jeres, esas mujeres que por lo general tanto pecan por hablar demás, que por ser apasionadas y espontáneas son indiscretas tantas veces; que llegan en los impulsos de su arrebato amoroso hasta la sinceridad estupenda de volver al revés su pasado como si fuera una media para mostrártelo todo... esas mujeres son las que se callan, precisamente; las que están más expuestas a callarse, quizá la única vez en la vida en que no debieran hacerlo... ¡Mirá!... Yo les llamo, yo les llamaría... "las mal calladas...". Las pobrecitas, después de tanto hablar indiscretamente, la vez que se callan... se callan mal, a la fija" (ps. 61-2). El afán por exponer este aspecto condenable de la psicología femenina, desdobla el desarrollo del relato, que se inicia alrededor de las relaciones fraternas entre dos hermanos, bisnietos de francés: Marcelo, "completamente escéptico con las mujeres", y Diego, "un poco romántico", "un poco ingenuo". El primero, rengo, es un pintor marcado por su defecto físico y su descontento crítico frente a la existencia; entre sus muchas dudas, aparece el problema de los argentinos descendientes de extranjeros, que se sintieron moralmente obligados a servir la patria de sus antecesores en la guerra del 14. El conflicto personal señala una dualidad que toca a gran parte de sus compatriotas, "porque con semejante criterio, no habría en realidad ningún ciudadano netamente argentino, vale decir que no tuviera tan graves obligaciones con algún país extranjero" (p. 11).

Diego se ha enamorado de una joven viuda, vecina de su hermano; éste, desde la ventanita de la cocina, ve cómo el doctor Rioja, lascivo, perseguidor de aventuras, abraza y besa a la mujer, cuya casa visita como médico. El desarrollo de las situaciones posteriores prueba que la viuda es una "mal callada", incapaz de aclarar una cargosa solicitud que pone en duda su honor. En venganza, Diego escribe una carta insolente a la mujer de Rioja, que reacciona con el mismo silencio. Las extensas referencias que explican la conducta de Rioja por su nacimiento —es hijo natural— y su educación —costeada por un padre

que nunca le manifestó afecto— llenan muchas páginas intermedias. La solución deja abierta una duda que se impone a todas las mujeres, sin que los personajes encuentren solución personal a sus perplejidades sociales.

El tema no era nuevo en el costumbrismo americano, y Lynch lo desenvolvió con escasa originalidad; la tesis, adelantada en las primeras páginas, limita al novelista. A pesar de la abundancia de los diálogos, cada personaje aparece con un rótulo que imposibilita los cambios de conducta; se insiste además en largos monólogos reflexivos, casi siempre sobre dudas que no se revelan en los actos. La alternancia de situaciones irónicas con choques dramáticos, surgidos de casualidades, no ennoblece el ritmo folletinesco de la historia.

Dentro de las muchas reflexiones que apuntalan el escaso interés de la trama, surge un concepto del honor que ilumina aspectos de otras novelas de Lynch. Un amigo de Marcelo que se embarca para el frente de guerra, se despide del pintor:

> **Se iba a la guerra, sin ningún entusiasmo era verdad, pero se iba porque no tenía valor para quedarse con el resquemor de haber eludido aquel deber por dudoso y discutible que fuera... Él, prefería mil veces, reventar allá, por un exceso de delicadeza, a que alguien tuviera derecho a hacerle alguna vez el más íntimo reproche... (ps. 12-3).**

Tal confesión despierta las emociones del evocador y alerta una susceptibilidad que se parece a la de otros personajes de Lynch, gauchos o no:

> **...Y se fue nomás, serenamente, a morir en las filas sombrías y heroicas de "La Legión Extranjera", pero dejando a Marcelo con un cosquilleo tal de malestar en las entrañas, que al cabo de dos meses de lucha desesperada concluyó por lanzarse tras de sus pasos... (p. 13).**

También las conclusiones sobre las formas de conducta femenina y las relaciones entre hombre y mujer largamente explicadas en *Las mal calladas*, retoman elementos anotados en otros relatos:

> Las mujeres son muy agradables, sin duda; pero, como todo lo bueno, tienen también sus muchos inconvenientes... por eso, el que se mete con ellas, a menos que sea un niño o un tonto, ya sabe de antemano a todo lo que se expone... Yo no soy enemigo de las mujeres, pero no las entiendo, y cuando yo no entiendo algo, me vuelvo desconfiado como una cabra tuerta. Jamás les entrego prenda... Las mujeres no son ni peores ni mejores que los hombres, pero es indudable que tienen conceptos de moral distintos... (ps. 38-9).

En cuanto al hombre que se liga con una mujer "en amor serio", según comenta el desilusionado pintor:

> haga previamente su composición de lugar, como quien sale para el mar o para la guerra: "Me entrego a mi destino y que sea lo que Dios quiera, que demasiado sé que he de tropezar tarde o temprano con algún problema superior a mi voluntad y a mis fuerzas"... Y después, conviene también que no te olvides nunca de aquello tan sabido —pero que con frecuencia suele no recordarse— de la relatividad de lo humano y de que es tan fácil y vulgar entregar o poseer un cuerpo como raro y difícil entregar o poseer un alma... (p. 63).

Estas diferencias originan el problema de incomunicación que manifiestan casi todos los personajes de Lynch, limitados por trabas inherentes a la condición humana, sin que el escritor busque explicaciones religiosas ni filosóficas, al menos con la profundidad que le exigía la constancia del tema.

El mundo que ejemplifican sus novelas responde a una conclusión del autor que liga las distintas creaciones. Es la suya una concepción pesimista, aunque no desesperada, ni enclaustrada frente a otras explicaciones: Lynch concibió a sus protagonistas como atados al peso de una condición, la humana, que los arrastra a la catástrofe final, sin que ésta adquiriera dimensión trágica, sino que se formula como consciente empecinamiento en el error que rige las posibles relaciones. Alrededor de tales seres, hechos de predisposición natural más tozudez, la naturaleza y sus criaturas presentan un estado casi perfecto de lo natural, el mismo que los hombres han perdido, o que

extravían consecuentemente. No obstante tal dualidad naturaleza-hombre, en muchos de sus cuentos de animales éstos viven las mismas condiciones que oponen y destruyen a los hombres: así en los relatos finales de *De los campos porteños* y en historias publicadas en diarios y revistas bajo la forma de apólogos, como *El agregao* (1931), *Viejos toros* (1934), etc. Lo mismo ocurre con las plantas en la fábula *Clematis Hilarii* (1937), en que una enredadera ingrata y voraz termina por ahogar al sauce que le dio su apoyo para crecer.

"Hombre huraño y cordial" fue definido Lynch por uno de sus más atentos intérpretes humanos (10). El día en que se escriba la biografía del escritor, tan parco en sucesos externos, quizá se encuentre la clave de esa visión del mundo que manifiestan sus mejores creaciones. Complejo dentro de las notas opuestas de su conducta —según lo recuerdan las escasas personas que lo trataron—, Lynch ocultaba sin duda un desacuerdo profundo consigo mismo, y también con su tiempo. Tal vez el mismo a que aluden reiteradamente sus páginas narrativas, dentro de una forma literaria que se prestaba al desarrollo monolineal de principios humanos.

JUAN CARLOS GHIANO

(10) César Porcio, **Benito Lynch, hombre huraño y cordial** (En: La Nación, Buenos Aires, 15 de setiembre de 1929).

REVISTA DE LOS NOVELISTAS ACTUALES DE LA CIUDAD DE LA PLATA

Nada más lejos de mi intención que el pretender hablar con autoridad en este tema. Salvo contadas excepciones, mi conocimiento sobre los actuales escritores de novela de la Ciudad de La Plata es muy desordenado, y estoy seguro, lleva imperdonables omisiones. Por eso mismo, al emprender el desarrollo del tema que el Departamento de Letras tan gentilmente me asignara, procuraré ubicarme en una perspectiva que resulte inteligible. Descarto pues, la pretensión de ser exhaustivo, y me enfrento con la primera cuestión que me plantea la materia propuesta. ¿Existe verdaderamente un nexo común —aparte del geográfico— entre los escritores de esta ciudad? Entiendo que esta pregunta se plantea también con respecto a lo que en poesía algunos autores han dado en llamar "Escuela de La Plata". Diré ante todo mi aversión a toda esta clase de simplificaciones didascálicas por lo que ellas comportan de distorsión de los hechos. Entiendo que son tres los elementos que podrían ponerse de manifiesto para fundamentar toda agrupación de este tipo: primero los estéticos-formales, segundo los contenidos y temas y tercero las finalidades extra literarias. Dejo de lado el nexo geográfico que sería el único válido para quien se ubique en perspectiva histórica. Ahora bien, no existen caracteres formales ni estéticos que por aparecer en manera acusada en todo el grupo de escritores permitan agruparlos. Y si bien, en cuanto a los contenidos y temas

hay sí, alguna concurrencia, ella no abarca a todos los escritores de la Ciudad de La Plata. El tercer punto tampoco acusa una marcada comunidad de caracteres. Entiendo, sin embargo, que para quien mira desde "afuera", el grupo de escritores de esta Ciudad se le presente unido en esa aura de melancólica aristocracia con que Jorge Luis Borges recuerda a López Merino, y que podría extenderse a Pedro Delheye y Ripa Alberdi. Melancolía y aristocracia, hemos dado con dos términos que si los averiguamos hasta su transfondo, tal vez nos aclaren algo sobre la perspectiva de los escritores de La Plata vista desde "afuera". Para quien pasaba por la Ciudad como visita hasta la década del cincuenta, esta se le aparecía con un rostro inmutable: las anchas calles luminosas y despobladas bordeadas de casas bajas. Aunque este espectáculo ha retrocedido hoy hacia los barrios exteriores, el prestigio de ciudad melancólica aún sigue prendido al recuerdo de La Plata. Ciudad colmada de inmensos edificios públicos, palacios de nobles arquitecturas que sueñan con una vida para la que fueron creados; palacios dormidos y solos proyectándose sobre inmensos cielos desteñidos, bordeados de tilos, de acacias, de jacarandaes, de plátanos, árboles que al llegar el invierno alzan su muñón mutilado al cielo implacable. Pero ese paisaje, inadvertidamente para los fortuitos visitantes, se ponía en marcha ya en el año cuarenta. La ciudad se transformaba, se alzaba. Los escritores registraron esa transformación, con una fuerza de penetración vital mayor en los temas. Pero aun así, el reflejo de aquel paisaje aun les sigue siendo atribuído por los que miran el movimiento literario desde afuera. Para ellos hay un "aire" común a toda la literatura de los escritores de La Plata que están lejos de encontrar en las novelas de Ernesto Sábato o de Hellén Ferro, a pesar de ser ambos escritores productos del ámbito platense, por el hecho de haberse universalizado. Todo esto nos lleva a concluir en lo siguiente: yo no encuentro elementos que unan a los escritores platenses en lo que llamaríamos una

tendencia o "escuela". A no ser ese aire subjetivo que se les atribuye al mirarlos desde otros ámbitos.

Enfrentamos pues, un panorama de autores muy diversos, de valores dispares pero seguros. No hablaremos aquí de Anderson Imbert que tiene una novela platense. Ni de Ernesto Sábato cuya obra literaria coincide con su traslado a Buenos Aires, ni de Hellén Ferro que se encuentra en condiciones similares. Nos referiremos a escritores que crean desde La Plata. Y al limitar así el campo de nuestro tema una constelación de nombres aparece ante nuestros ojos: Rodolfo Falcioni, Alberto Ponce de León, Alejandro Denis-Krause, Horacio M. Velázquez, Juan Manuel Villarreal, Alfredo E. Ves Losada, Carlos Albarracín Sarmiento y Roberto de Souza. Es más que probable esta enumeración sea incompleta. Pero representa el grupo de escritores de cuya obra puedo hablar.

Rodolfo Falcioni es autor de una extensa producción que incluye el cuento, el teatro y la novela. Este último género se halla representado por *El hombre olvidado* (editado por Hachette, Buenos Aires). *El hombre olvidado* es una novela histórica, densa, rica en cualidades. No es la menor el tratar un tema como el de la Conquista del Desierto. El personaje del bravo Coronel Villegas aparece delineado con una segura mano de retratista y con una capacidad de buceo en el interior del personaje de infrecuente agudeza y profundidad. En el escenario alucinante de la pampa el tema del indio con sus desbordes, la guerra de fronteras se enlaza con la historia de Montoya, Julia y Acevedo. La historia de una desilusión. Penetrar en el infinito mundo de los araucanos, combatir, matarse, para encontrar al final nada. "Es sencillo conformarse cuando se nos quita algo que ya hemos tenido y disfrutado... pero yo bien sé el dolor que se siente cuando la vida nos escamotea una esperanza". El signo de esa "nada", es el olvido. Julia ha olvidado a Montoya cuando éste llega a rescatarla. La ha ganado el desierto, con sus extrañas leyes, con su urgencia de vivir. Y eso es lo que está pintado con

nitidez clásica: el enfrentamiento de dos mundos, dos órdenes de vida, y también la necesidad histórica que los obliga a excluirse. Esta novela que le valió al autor el primer premio de literatura de la Provincia de Buenos Aires, está destinada a recorrer un largo camino en las letras nacionales. Tiene una noción equilibrada de la medida y del ritmo. Un lenguaje seguro. Una clara concepción dramática y una delineada concepción del mundo. Todo lo cual permite al libro respirar con la seguridad de la buena literatura.

Alberto Ponce de León llegó al primer plano de las letras de esta ciudad con un libro de poemas *Tiempo de muchachas* que significó un logro reconocido para su generación. Reapareció espectacularmente ganando el primer premio del concurso de novelas de la Editorial Emecé de Buenos Aires en el año 1956. Esta novela *La quinta* ,(es la única publicada hasta ahora), nos revela a un narrador de pareja envergadura con el poeta que ya se conocía en él. Es interesante realizar un paralelo entre esta novela y la de Falcioni. Si *El hombre olvidado* es una narración de la conquista del campo, ésta es una narración de la pérdida, de decadencia. Si en la primera el hombre se mide con su destino en la lucha, en la segunda está entregado a su fatal desenlace superado por las circunstancias. Si en la primera prevalecen los contrastes violentos del mundo de la fuerza, en la segunda las febriles irisaciones que produce toda disgregación. *La quinta* es la narración de la caída de la familia Brown. Familia de estancieros, ingleses, acriollados, altivos, pero desvinculados de la tierra cuya fuerza detentan. La quinta es lo que resta de los campos que han ido desapareciendo a través de una generación de fantaseosos disipadores. Así reducidos al casco inicial, nos lo presenta a través de la conciencia de un niño que va llegando a la pubertad. En la mente infantil la historia de la quinta adquiere los contornos fabulosos del mito. La narración nos lleva de la mano en el tránsito desde ese mito inicial hasta la lúcida precisión final del drama. La conciencia

del desastre es al mismo tiempo amargo fruto de un esfuerzo por el saber. La novela respira así, desde un centro, las ondas sucesivas por medio de las cuales la luz cenital, objetiva y última, llega al fin a aparecer. El símbolo central está concebido en la historia del "linyera" y la tía Margarita, que es la relación del hombre de la tierra con los amos de la misma: el amor imposible, pero patético, conmovedor y melodramático. "Eran demasiado orgullosos como para dejar que una "señorita" de la familia se casara con un capataz... Pero entonces yo también tenía mucho orgullo y creía que tenía derecho a aspirar a casarme. Era un hombre honrado, trabajador, estaba en mi país, ¿Por qué no podría casarme con quien quisiera?" Si se subraya el *estaba en mi país,* y se lee de nuevo todo ese párrafo se obtendrá una de las dimensiones preponderantes de la novela. Los ingleses se comportan en forma tortuosa y malvada. Consiguen la separación del hombre con su prometida, los incomunican. Por ello la destrucción final, es expresión de la *Justicia Poética,* de la simetría. En torno a ese elemento central gira la atmósfera, el misterio de la quinta, con su mundo secreto, paraíso de infancia que va buscando su eclosión hacia el mar abierto de la vida. La novela está construída con rigor, con un lenguaje poético pero narrativo. Tiene "atmósferas" reveladoras, aunque rehuye el planteo de las situaciones dramáticas. Habrá que esperar la próxima novela de Ponce de León para encontrar con más claridad expuesta su posición frente a ciertos problemas claves, enunciados en este libro, pero no resueltos.

El mundo interior, sus abismos, su inabarcable capacidad de modificaciones, su indecible transporte, sus "climas" extraños, exasperantes, e irónicos y triviales a veces, todo ese mundo es el ámbito en que Alejandro Denis-Krause se ha internado en sus dos "nouvelles" *La Historia del Señor Andrés* (1944) y *Relato del enajenado* (1962). Ensayista y narrador conocido, Alejandro Denis-Krause ha desarrollado un esfuerzo constante por encontrar el meridiano de su

verdad, con honestidad sin compromisos. Rastreador en los abismales fondos de la criatura se maneja con una técnica de lenguaje depurado en su ambigüedad, que sugiere, dice con más elocuencia que toda enunciación. Su tema constante en ambos relatos es el del "naufragio" entendido a la manera de Jaspers, como liberación y acceso a otros planos de la realidad. Si bien podemos registrar una resonancia kafkiana, ella ha sido tal vez producto de similitud en los mundos explorados, más que por "influencia" exterior. Quiero decir que las semejanzas que encuentro son interiores. *La Historia del Señor Andrés* tiene un ambiente propio de la ciudad de La Plata, desarrolla su paisaje (¿Villa Elisa, y luego Punta Lara?), pero no hacia un plano onírico, sino hacia una proyección alucinatoria. En tal caso, la evasión desde lo cotidiano, va precedida de una penetración aguda de ese nivel inicial, que es el privilegio de este autor. Si la palabra no hubiera sido usada abusivamente en estos últimos tiempos, yo diría que tiene caracteres metafísicos. Ello se revela con más claridad en el *Relato del Enajenado,* cuyos elementos simbólicos e implicaciones están jugados en un grado de complejidad que excede la posibilidad de análisis en este trabajo. Desde la frase inicial: ("Cuando recuerdo mi infancia me veo en una urbe del futuro") el autor juega con ese verse-viéndose ser. Que le permite proyectarse, desplegarse en el diagrama de una pérdida de sí, exponer el desorden, lo nocturno, aspirando a la norma. Aspirando a la "ciudad euclidiana" (La Plata) que se extiende "sin dejar posibilidades a la casualidad". "La ciudad concebida como un problema matemático, teorema humano, se resolvía en la abstracción mental, pero tras el pensamiento esos cerebros tenían manos que obraban hacia un futuro determinado". Por ello el personaje resuelve constantemente ordenar el caos, que inevitable se filtra en la vida humana. Estos relatos de Denis-Krause no tienen la extensión de una novela tal como lo entiende la preceptiva *ad usum,* pero tienen en cambio su estructura abierta que sobrepasa los límites del cuento,

para entrar en ese género próximo al que los franceses denominaban "nouvelle".

Juan Manuel Villarreal pertenece al valioso grupo de intelectuales que editaba la Revista "Valoraciones" en la Ciudad de La Plata. Ha publicado un libro de cuentos *El Burlador de la Muerte* (Bs. As., Sudamericana, 1954); y una novela *Mi propia Horca* (Bs. As., Sudamericana, 1959). Como novelista yo lo ubicaría junto a esos escritores que tienen el don de poder exponer con precisión y con veracidad viva los caracteres a través de acontecimientos que anudan y desanudan los pliegues de su psicología, penetrándolos esporádicamente con una búsqueda de sentido. Narración concisa, realista, pero con una temperatura en su ímpetu que me hace pensar (la apreciación es subjetiva), en Mauriac. Pero tengo que añadir de inmediato que Villarreal está concentrado en el drama humano, dentro de sus límites, sin pretender trascender al plano religioso. Es un narrador convincente, tiene un manejo directo de las posibilidades del género que practica, lo cual unido a una gran capacidad de coherencia, de lógica inexorable, revela el escritor que introduce su indagación sin concesiones hasta sus consecuencias finales sin vacilar. El lenguaje de Juan Manuel Villarreal elude, sin embargo, todas las audacias, se ciñe prietamente a lo que quiere enunciar. En ese sentido su novela no plantea cuestiones formales y concentra todo su poder en los contenidos.

Horacio M. Velázquez con su novela *Pobres habrá siempre* adopta, en cambio, una posición de combate. Continúa por cierto la constante posición de la literatura rioplatense que se detiene en el análisis de las cuestiones sociales, y adopta un tono de denuncia y de protesta. Es esta una novela en la que predomina el fundamento moral de que se parte, haciéndola valedera en sus intenciones. Velázquez logra un libro vigoroso, válido más por su intención que por la concentración en problemas formales, estéticos o estilísticos. Los valores permanentes del libro están en

la nitidez con que expone su perspectiva el autor, dándole al drama su intensidad en forma directa, e incisiva, con la técnica del aguafuerte. Esta novela ha tenido eco en el ámbito nacional, y se la ha juzgado apta para el trasvase a la forma cinematográfica por su concepción dinámica y directa.

Por último, quisiera ocuparme de dos novelas inéditas aún, que por su inspiración me parecen reveladoras de una cierta perspectiva con respecto al clima de creación de la Ciudad de La Plata. La primera, es una novela mordaz por su pintura de costumbres, dinámica por su concepción de la trama, caricaturesca por momentos, original de Alfredo E. Ves Losada. El autor, publicó un libro de cuentos *La Bahía de Arcángel* (1950) y un libro sobre *El género policial*. Ves Losada en su novela inédita *Una vela en el camino* se mueve con desenfado en un plan de fantaseosas aventuras a través de la provincia que le permite pintar en forma picante ambientes, costumbres, tipos, politiquerías, etc. Ves Losada usa un estilo directo, ameno, colorido y libre, lo que otorga al libro una cualidad deseable en toda literatura: interés. Ciertamente hace pensar en géneros de libros frecuentes en la literatura inglesa (Evelyn y Alec Waugh, por ejemplo) que permiten observar tras la aparente levedad de lo narrado una intención crítica subyugante que se libera en la sonrisa.

La otra novela es la *Ciudad de las calles paralelas* que es obra conjunta de Carlos Albarracín Sarmiento y Roberto de Souza. Es éste un libro de estructura medular y que representa a mi entender el esfuerzo más hondo por revelar lo propio y auténtico de la ciudad. La trama de dos vidas que coinciden a veces, pero sin encontrarse (cada uno de los autores ha desarrollado un personaje en forma independiente), representa una meditación sobre la geometría humana de la ciudad. La historia de esta imposibilidad y desencuentro, lleva consigo un cierto enjuiciamiento a las aspiraciones nacionales de la generación optimista del ochenta que erigió esta planificación del futuro que es la ciudad de La Plata. Es una his-

toria de decadencia y desilusión escrita con profundidad y un dominio severo del estilo. Poesía del idioma que traduce estos "años de aprendizaje" del fracaso. Es ésta en verdad una novela que se enfrenta con el enigma de la ciudad y le presta voz y significado, y que debe aspirar legítimamente a tener proyección en el futuro.

NARCISO POUSA

ACTIVIDADES TEATRALES EN LA PLATA

Los Podestá.

En un artículo aparecido en *La Prensa* el 8 de julio de 1962, bajo el título *Proyección argentina del pasado teatral argentino,* señalaba su redactor con motivo de la publicación del libro de Efraín Bischof: *Tres siglos de teatro en Córdoba,* la necesidad "de integrar la visión argentina del pasado teatral más allá del esquema porteño a que acostumbran los manuales habituales que, en muchos casos, han identificado 'teatro argentino' con actividades teatrales realizadas en Buenos Aires". Y, en efecto, más allá de la Capital Federal también ha habido inquietud por el arte dramático, según van probando sucesivas investigaciones como la ya citada de Bischoff para Córdoba; las de Humberto Crimi para Mendoza; de Alfredo Roggiano para Chivilcoy; de Ovidio Martínez para Bahía Blanca, entre otras.

El registro de la vida intelectual y artística de La Plata, que apuntan las crónicas de este volumen, proporciona ahora oportunidad de un nuevo aporte para posibilitar aquella integración del mundillo teatral argentino, pues desde sus orígenes, la nueva ciudad exhibió las más diversas manifestaciones de la cultura y el arte y contó con espectáculos y propia vida teatral, cuya historia corre paralela con la del movimiento intelectual argentino. Se explica esta circunstancia por el hecho de haber sido creada como solución a un problema político de gravitación nacional, estudiado y adoptado por las personalidades más

destacadas del momento, y por haber nacido Capital, es decir con destino de gran ciudad, centro de actividades variadas y amplias. De ahí que el teatro estuvo representado desde el principio en la vida platense.

Además, por rara coincidencia, o tal vez por afinidad espiritual, un nombre con resonancia nacional se identifica con La Plata; ese nombre, que cimenta toda una tradición teatral, es el de don José J. Podestá quien, como muchos intelectuales, artistas y poetas, se sintió atraído por la ciudad, se vinculó a ella y pronto echó raíces en su incipiente radio urbano.

Son particularmente gráficas y sinceras las páginas de sus Memorias, tituladas *Medio siglo de Farándula,* que aparecieron en 1930, como fruto del homenaje que se le tributó al haber cumplido, en 1925, sus cincuenta años de vida teatral.

Dichas *Memorias* reflejan no sólo la tarea, un poco bohemia, de los Podestá, sino también el ambiente, la época y las condiciones en que se iniciaron las representaciones del teatro popular argentino. Desde los comienzos como "circo criollo" hasta la puesta en escena de obras realmente valiosas, escritas por autores consagrados hoy en nuestras letras, se va delineando una constante lucha por alcanzar tan nobles objetivos. Marginalmente La Plata se constituye así en sede y caja de resonancia de cuanto se refiere a estas inquietudes, aunque, según el mismo Podestá, esta ciudad "a pesar de su desarrollo progresivo fue siempre una calamidad para el empresario teatral, pues para una temporada buena se registraban cinco que eran un verdadero desastre". Y al recordar la actuación de su compañía en 1922, dice que trabajaron "seis meses consecutivos, haciendo obras de uno a tres actos, con gran resultado. Fue la primera vez que una compañía se sostuvo tanto tiempo en esa ciudad".

En el año 1885, Podestá adquiere un circo ubicado en las calles 7 y 56, hoy pleno centro de la ciudad. Desde entonces su compañía se llamó Podestá-Scotti, y comienza así su estrecha relación con La Plata,

donde radica su familia y a la cual vuelve después de cada gira, de cada temporada en Buenos Aires, en el interior o en Montevideo. Cabe agregar que, en 1920, Pepe Podestá, que había comprado el antiguo local del Politeama Olimpo, le cambia el nombre por el de Coliseo Podestá, en homenaje, dice, "a la memoria de mi padre, que ha dado tantos intérpretes a la escena nacional". Aún hoy dicho teatro está en manos de sus descendientes, que guardan la tradición artística del ya famoso actor y empresario.

Al mismo tiempo, durante sus temporadas de actuación o permanencia en La Plata, Pepe Podestá acercó a autores y actores de la ciudad, entre ellos Emilio Sánchez, Damián Blotta, a quienes les representó algunas obras.

No podemos dejar de recordar que Podestá, en la temporada de 1910, intensa en su actividad por los festejos del Centenario, incluyó una obra titulada *El sitio de Buenos Aires*, drama histórico en tres actos, cuyo autor aparecía bajo la designación de "un distiguido escritor". El así encubierto era nada menos que el fundador de La Plata, doctor Dardo Rocha, quien, según afirma Podestá, "no quería dar su nombre por razones fáciles de comprender".

Como dato ilustrativo, y para confirmar lo ya expresado, agregaremos la mención de un episodio ocurrido a los Podestá entre 1898 y 1899. Luego de una temporada desastrosa, dice:

> **salimos como perros corridos a lazazos, con el rabo entre las piernas, rumbo a La Plata. ¡Aquello nos pareció verdaderamente un sueño!**

Y luego, como consecuencia de estas amarguras, recuerda:

> **los hermanos con sus familias nos instalamos en La Plata. Jerónimo abrió un negocio de almacén... Los demás esperábamos confiadamente que las cosas cambiaran a nuestro favor.**

Las distintas circunstancias anotadas advierten que Podestá había elegido, como base o centro de su

vida, esta ciudad; y volvía a ella después de sus viajes, actuaciones, éxitos y fracasos, como buscando el seguro refugio del hogar, el único lugar sereno de la existencia, descanso de las épocas de trabajo, consuelo en los tiempos de tristeza y desesperanza.

Las primeras manifestaciones teatrales

En lo referente a los primeros teatros que funcionaron en La Plata, de acuerdo con el estudio realizado en *La fundación de la ciudad de La Plata*, de Antonino Salvadore, publicación del Archivo Histórico de la Provincia, y las constancias del diario *El Día*, comprobamos que, en relación con sus escasos años de vida, muy pronto surgieron varias salas destinadas a ese fin.

La primera fue la del Teatro La Plata, inaugurado el 19 de noviembre de 1884 y, poco después, el Pabellón Argentino, salón de variedades establecido en 7 y 56, que comenzó a funcionar el 18 de diciembre del mismo año. Al día siguiente se abrió el Teatro Argentino, que se hallaba ubicado en la manzana de 4, 5, 51 y 53. El local de este último fue además la primera construcción de la ciudad, un galpón que había servido como salón de conciertos en la Exposición Continental, realizada anteriormente en Buenos Aires, que se trajo desarmado para el 19 de noviembre de 1882 y donde, ese día, se sirvió el banquete celebratorio de la fundación.

Dos años más tarde, el 19 de noviembre de 1884, Segré inauguró el Teatro de títeres y ya, por ese tiempo, en la calle 49, entre 3 y 4, hubo un café concierto muy concurrido que se llamaba El Edén del Plata, donde se registró alguna actvidad teatral.

En 1885 se inauguró el Teatro Apolo, sala prestigiosa, donde Sara Bernhart se presentó al año siguiente con *La dama de las camelias*. El Teatro Olimpo, hoy Coliseo Podestá, se abrió el 19 de noviembre de 1886 con la representación de *El barbero de Sevilla*.

Además, y a título ilustrativo, debemos advertir que, antes de la fundación, en los alrededores del fu-

turo ejido, existían locales donde, a veces, se cumplían actividades teatrales; así, por ejemplo, en La Cantina de Tolosa —población existente ya desde época anterior—, se llevaban a cabo representaciones del Teatro Las Variedades, de acuerdo con un aviso que éste publica en *El Día,* número 13, del domingo 16 de marzo de 1884.

Allí se anuncia un "variado espectáculo cómico-dramático-cantante". Resulta de interés observar el lenguaje usado en la propaganda, cuando agrega: "en la cual tiene trabajo especial la pequeña actriz fenomenal Adelita Cavara...".

El Teatro Argentino, centro de los más destacados espectáculos líricos, inauguró el edificio donde se halla actualmente, el 19 de noviembre de 1890, con la ópera *Otello.*

Otras manifestaciones.

En 1918, al producirse la Reforma Universitaria, ésta propicia, entre sus ideales, la proyección de la Universidad hacia el medio donde actúa. Se buscan las formas más adecuadas para cumplir tales fines. El grupo juvenil que la lleva a cabo traza un programa de extensión universitaria, entre cuyos actos incluye la creación de la Compañía Teatral Estudiantil Renovación, de larga trayectoria en cuanto a sus ideas, de constante superación en la calidad interpretativa y la elección de las piezas del repertorio.

En esta empresa colaboraron figuras que luego se destacaron en distintas actividades, como Luis Juan Guerrero, José Gabriel, Héctor Ripa Alberdi, y recibieron el apoyo de don Pepe Podestá y Ottonello. El tema de la vida estudiantil platense inspiró una comedia al escritor Ubaldo López Cristóbal.

Más tarde fueron numerosos los conjuntos teatrales estudiantiles, experimentales y de instituciones privadas de bien público, que se formaron y disolvieron con relativa rapidez. Hubo, en algunas épocas, incluso ayuda oficial para ello, como el auspicio al

Teatro Universitario, o los concursos de Teatros Independientes, donde se mostró preocupación por las actividades teatrales.

Los autores.

La Plata, por sus características de ciudad nueva, formada por una especie de aluvión, ofrece curiosas alternativas en lo referente a los autores teatrales. Casi siempre los que nacieron en ella cumplen su obra en Buenos Aires; otros, venidos del interior, permanecen y producen piezas que ilustran su historia literaria. Algunos, muy pocos, de paso por la ciudad, al triunfar fuera de ella, la asocian en su fama.

El ejemplo más típico de este último caso lo constituye Florencio Sánchez, que estuvo en La Plata, allá por 1894, como empleado de la oficina dactiloscópica policial dirigida por Juan Vucetich. Florencio era entonces muy joven y sólo había hecho sus primeras armas en el periodismo; estaba lejana aún la época de su iniciación dramática. Sin embargo la permanencia en esta ciudad fue, quizá, providencial y decisiva en su posterior orientación intelectual pues, según testimonios autorizados, su amistad con Masón de Lis influyó poderosamente en tal sentido. Este compatriota suyo, bohemio como él, lo entusiasmó y alentó en sus inquietudes, advirtiendo sin duda las condiciones de Sánchez para la creación literaria. Vale decir que, en La Plata, el autor de *M' hijo el dotor* y *Canillita* recibió el llamado del destino que lo convertiría más tarde en uno de los escritores dramáticos más significativos de América.

En el conjunto de los autores nacidos en La Plata y los residentes en ella, aunque la lista no sea completa, trataremos de mencionar a todos aquellos sobre los cuales logramos datos ciertos y que revisten interés por su personalidad, representación local o importancia en la literatura argentina.

Encabezaremos nuestro panorama repitiendo el nombre del ilustre fundador de La Plata, el Doctor Dardo Rocha, como autor de una obra estrenada por la

compañía de Podestá, en el Apolo, el 19 de setiembre de 1910: *El sitio de Buenos Aires.*

José Francisco Podestá, miembro de la prestigiosa familia teatral, escribió algunas piezas como *Daniel, Otelo criollo, Después de 13 años* y *En las márgenes del Yi.* Además fue empresario y administrador de compañas teatrales y le cupo el honor de recibir la medalla de la Fundación de La Plata, en 1884, de manos del propio Dardo Rocha.

Benito Lynch, uno de los más importantes novelistas argentinos, que vivió siempre en La Plata y se identificó con ella, publicó en el diario *El Día* dos ensayos teatrales: la comedia *El cronista social,* en 1911, y el ensayo dramático *Ex ungue leonem,* en 1912. En el artículo publicado por la profesora María Concepción Garat (*Revista de la Universidad de La Plata, Nº 7*), hace mención de ellas y establece que la primera fue representada en el Teatro Olimpo de la capital bonaerense, en setiembre de 1912, pero sin éxito. El fracaso, según el comentario del mismo periódico, se debió al hecho de "haber confiado a una compañía de zarzuela, sin mayores elementos ponderados, como la de Rogelio Juárez, una comedia fina". *Ex ungue leonem,* drama ubicado en tiempos de Francisco I, y en un ambiente renacentista, tiene como tema un episodio cuyo protagonista es Benvenuto Cellini. Ambas piezas aparecieron por entregas en *El Día.*

Emilio Sánchez, comediógrafo nacido en Mercedes en 1881, se radicó en La Plata y escribió en ella buena parte de sus obras, casi siempre en colaboración con Rafael Sanromá. Todas —alrededor de 50— pertenecen al género cómico: comedias ligeras, sainetes, de gran popularidad en su época. Todavía se recuerdan algunos éxitos como *En Villa Bonete ha sonado un cohete,* que representó Parravicini en 1928; *Los sicilianos,* estrenada por Podestá; *Los locos del frigorífico, Una fija en La Plata,* etc. Sus producciones tienen, a menudo, color local, y el lenguaje popular propio del género que cultivaba.

Alvaro Yunque (Arístides Gandolfi Herrero), nacido en La Plata en 1889, actuó principalmente en la

Capital Federal donde dio a conocer piezas teatrales, algunas infantiles. Fue crítico y director teatral; además desarrolló una intensa labor literaria que abarca diversos géneros. Entre sus obras de teatro deben mencionarse *Obreros en lucha, Sonreir, Comedieta, El hígado y los riñones,* 13313, *Violín y violón, Diez obras para niños, Náufragos,* etc.

También Enrique Segre, autor de piezas teatrales populares como *La eterna bohemia* y *El mundo es de quien lo quiera,* nació en esta ciudad, pero estrenó siempre en Buenos Aires. De la misma época es el platense Ivo Pelay (Guillermo Robustiano Pichot), fecundo autor entre cuyas piezas se cuentan sainetes, revistas, comedias y zarzuelas de sostenido éxito, muchas veces premiadas en certámenes como *Pantalones largos, Llegan parientes de España, El desconocido,* y el drama *Burro de carga.* Ivo Pelay no tiene actuación conocida en La Plata.

Un autor cuyas obras aparecieron con frecuencia en las carteleras de importantes salas de Buenos Aires y La Plata es Damián Blotta, fallecido en esta última en 1950, a los 58 años. Entre sus obras más difundidas merecen mencionarse *La madre María, El patrón de todo,* comedia dramática en un acto y tres cuadros, cuyos personajes, casi todos, pertenecen a un plano popular y algunos, como *Cocoliche,* son típicos del sainete criollo. Esta pieza fue representada en La Plata por la Compañía de Podestá, el 8 de octubre de 1921. Le sigue ...*Y aquella pobre mujer,* especie de novela escénica que toma como asunto la vida de una mujer cuyo destino la lleva a trabajar en un *cabaret,* y luego *Quien mal anda!...,* pieza de propósitos moralizadores, donde trata de combatir el vicio del juego.

Después de prolongado silencio, Blotta estrena *Una mujer de experiencia,* representada en la temporada 1949-1950, en el tinglado platense "Alfredo Rafaelli Sarandria", por la compañía del Teatro Universal dirigida por la actriz Livia Lugano, y poco más tarde la edita. El libro lleva un prólogo de Rufino Marín. La trama de *Una mujer de experiencia* es sencilla y humana; se refiere al problema de dos mujeres muy

distintas en moral y carácter, que luchan sentimentalmente por un mismo amor. El desenlace, de comedia dramática, queda en suspenso, sin una solución definitiva, como a veces sucede en la realidad.

Blas Raúl Gallo, autor y crítico teatral, nació en La Plata en 1908. Su obra original en el género es reducida: *Ameghino, Un hombre sin importancia, Cuando la huelga de inquilinos* y *La vida que nos dejan.* Todas evidencian conocimiento de los recursos escénicos y personalidad. Sin embargo su nombre es más representativo, por la actividad casi permanente en el oficio, como historiador y crítico del teatro argentino, al que ha estudiado en numerosos ensayos, entre los cuales debe destacarse la *Historia del sainete nacional.*

Un escritor genuinamente platense, José C. Picone, poeta bohemio, ensayista, crítico y periodista, es también autor de varias obras teatrales, entre ellas las que integran el volumen titulado *Llamas en la sangre* —que contiene *El chófer de Margot, Los fracasados* y *La viudita que no quería volver a casarse*—, publicado en 1949. Algunas de éstas fueron estrenadas en salas locales, lo mismo que el diálogo en verso *De la guerra* y la comedieta en un acto *Manuelita Rosas (Viñeta federal).* En 1927 publicó una epopeya trágica en tres actos, titulada *La Revolución.* Tiene escritas alrededor de una decena más. que permanecen inéditas, y una serie en preparación donde pretende ensayar el "teatro de masas para las masas", según los objetivos enunciados en el artículo *Hacia un nuevo teatro,* publicado por el mismo Picone en el diario *El Argentino* de La Plata, el 23 de enero de 1949.

Uno de los más cabales escritores platenses, cuyas obras tienen pareja calidad poética, es Alejandro de Isusi, nacido en Chascomús en 1910 y fallecido en La Plata en 1961. Autor de cuentos como *La casa de las palomas* y poemas en prosa como *Las noches,* en sus piezas teatrales se observan análogas condiciones estéticas y, además, una experiencia y una vocación dramática particular, demostrada en el hecho de haber escrito teatro desde la adolescencia.

Cuando contaba sólo 15 años de edad estrenó en España, donde vivió una larga temporada con sus padres, la farsa en dos actos *La correría* y en 1928 *Las ruinas de mi castillo.* Sobre ella dice Juan Bautista Devoto en el libro *El teatro de Alejandro de Isusi*: "En este drama aparece fundido en un solo cuerpo genitor el ímpetu del poeta y la dulzura del teólogo".

De nuevo en la patria se radica en La Plata, donde estrena su obra más conocida: *La galerna,* poema dramático en tres actos, representado por la compañía de Teatro Universal del tinglado "Alfredo Rafaelli Sarandría". La publicación de la misma es de 1941.

En 1947 se pone en escena el "milagro" *Mientras se espera al niño,* en un tablado levantado en la plaza San Martín, de La Plata, pocos días antes de Navidad.

Otras piezas de Isusi son: el "misterio" *Perséfone;* la biografía escenificada de D'Annunzio titulada *El supremo amador;* el retablo colonial, escrito como la anterior en colaboración con Roberto A. Tálice, *Los caminos de Dios* o *Santificada seas;* el auto para mujeres, en un acto, *Las romeras;* un drama en cuatro actos, de ambiente ribereño, cuyo paisaje es sin duda el de Punta Lara, que lleva por título *Costa del deseo,* y algunas más.

Isusi fue verdadero hombre de teatro; en ocasiones se desempeñó como actor y, además, presidió la Agrupación Teatral de la Provincia, en cuya creación colaboró con entusiasmo de fundador.

Otro de los autores platenses de auténtica vocación teatral es Argentino Gallardo. Ésta es también, la opinión de Alejandro de Isusi, volcada en el prólogo a la edición de la pieza *La verdadera liberación,* publicada en 1950. Interesa la lectura de esa breve página porque en ella se vierten conceptos dignos de tenerse en cuenta para juzgar la literatura dramática provincial y especialmente la platense. Con respecto a la obra mencionada es justo destacar su propósito de contribuir a la solución de un problema social de actualidad, cual es la "liberación" que necesitan los integrantes de una pareja cuando no se comprenden. Sin entrar al análisis de las ideas, se advierte el deseo

de llevar a una vida mejor. El desarrollo de la comedia es gradual, lógico y sencillo.

Gallardo ha escrito otras obras teatrales que permanecen inéditas, entre ellas *Obsesión*, estrenada en 1950 por Radio Universidad de La Plata.

Rodolfo Falcioni, intelectual platense de conocidos méritos, autor de la novela histórica *El hombre olvidado*, que obtuviera el Premio Provincial de Literatura en 1958, también incursionó con éxito en el género dramático. Algunas de sus piezas fueron premiadas en concursos, como *La casa sitiada*, de 1954, y *A través del espejo*, con la cual se hizo acreedor al premio "Gregorio de Laferrere" en 1957.

Estas obras tienen, como elemento común, la profundidad psicológica y el clima torturado en que actúan los personajes, con lo que sus dramas adquieren carácter de misterio y sostenido suspenso. Este factor subsiste también en algunos de sus libros de cuentos como *Las órbitas vacías* y *Las máscaras*.

María Mombrú, radicada en La Plata desde 1942, cuando cursó el profesorado en Letras, ha dado a publicidad varias producciones teatrales: *El andén y dos monólogos*, editada en 1956 por el Ministerio de Educación y *Las señoritas vecinas*, en un volumen de Ediciones Nueva Visión, 1961, que constituye el premio Losange de teatro. Esta obra fue elegida entre ciento treinta y seis presentadas a dicho certamen, y de ella dice Juan Carlos Ghiano que "penetra sin piedad en la psicología exacerbada de la frustración femenina. Sin miedo a las situaciones difíciles y con ritmo certeramente teatral, *Las señoritas vecinas* va desnudando las intenciones y los hechos de mujeres sin destino, que no alcanzan a asumir valientemente sus existencias".

La autora es también actriz y, desde 1959, dirige el Teatro Universitario de La Plata, donde ha representado algunas de las obras más destacadas del teatro argentino y universal.

En otros campos literarios, María Mombrú ha escrito poesía lírica, género en el cual ha publicado libros como *Réquiem para mi corazón*, y cuentos, entre ellos

Perla, de Lanús..., que editó la Municipalidad de La Plata, en 1962.

Los autores que componen el binomio autoral platense, Juan Bautista Devoto-Alberto Sábato, han producido buen número de obras teatrales en las que predomina una tendencia impresionista. Los personajes y el clima afectivo muchas veces están signados por la fatalidad y, a menudo, las reacciones surgen del subconsciente o de problemas psicológicos de profundas raíces. Todas estas circunstancias no dejan de ser, sin embargo, realmente conmovedoras.

Éstas son las características más comunes del teatro de Devoto y Sábato; se encuentran ya en la primera obra estrenada en La Plata, *Fuego en la nieve*, que subió a escena en el Coliseo Podestá en abril de 1949, con la compañía Lucchetti-Marien-Salvarreyes.

Un responso para Lázaro conserva también gran patetismo, nacido de la conciencia atormentada de los protagonistas. Esta obra fue estrenada por el SODRE de Montevideo, el 25 de noviembre de 1958. Había obtenido en 1954 el Primer Premio de Teatro, Medalla de oro, en un concurso organizado por la Escuela Superior de Bellas Artes.

La Municipalidad de La Plata les publicó, en 1962, *Tejido de sombras*, donde se observa la misma fuerza dramática de las anteriores y parecidos medios expresivos. Completan el conjunto de sus producciones varios títulos más: *Peregrino del mundo, Luz en las sombras, La estatua de sal, Los cínicos, Tres damas en la noche, Estampa de un anochecer* y otras. Estas obras han merecido elogios de críticos argentinos y españoles como María de Villarino, Agustín del Saz, Alejandro Berruti, Antonio Buero Vallejo, etc.

Juan Bautista Devoto, aisladamente, ha escrito artículos y ensayos dedicados a autores teatrales; entre ellos pueden mencionarse *El teatro de Alejandro de Isusi*, y *Antonio Buero Vallejo*, un dramaturgo del moderno teatro español.

A la generación contemporánea pertenece también Alberto M. Oteiza, marplatense radicado desde hace más de veinte años en La Plata, en cuyas producciones

ha dado muestras de un estilo vigoroso y claro. Los temas se refieren a problemas psico-sociales y a situaciones, sentimientos, ideales y esperanzas comunes al hombre de nuestro tiempo; el crítico Carlos A. Costanzó lo ha definido como "radiólogo de los seres". Por eso sus obras resultan accesibles al público medio, así como también por el lenguaje sencillo, pero al mismo tiempo cuidado y culto que utiliza. Su formación humanista se reconoce en todos los momentos del diálogo, que revela su frecuentación de los clásicos y de los maestros del Siglo de oro español.

Se inició en el drama, siendo muy joven, con una pieza promisoria, *Luz en los ojos,* que se representó en su ciudad natal. Entre los títulos más destacados de este autor merecen señalarse *La Doctora Doset,* estrenada en 1952 en el Coliseo Podestá con la dirección de Oscar Lucchetti y publicada en 1954; *Ciudad Universitaria* y *Remordimiento,* que el público de La Plata y de la Capital Federal pudo conocer en varias sesiones de teatro leído. La Municipalidad local le publicó en 1962 su obra *¡Y soy soy el héroe!,* donde Oteiza baraja máscaras en el sentido teatral unánime, y personas, en la extensión de "personaje" universal, doctrinario, aleccionador y artístico. Posteriormente presentó, a través de una lectura que se llevó a cabo en la Biblioteca "Alborada", una nueva pieza todavía inédita: *La loca del puerto,* cuyo comentario, que hicimos en esa ocasión, terminaba con estas palabras:

> **Hombre de Mar del Plata, hombre con sueños de brisas de mar y lejanías, su pieza pretende ser un homenaje evocativo a su ciudad natal; una respuesta al llamado telúrico que lleva en las entrañas y que le ha dado oportunidad para realizarse y pervivir con fuerza realmente propia.**

Su actividad literaria abarca también el ensayo, género en el cual ha escrito *Aspectos sociales y psicológicos del "Martín Fierro', Payró y la Argentina, Los poetas de Mayo* y *Lope de Vega y el Arte Nuevo,* donde como crítico y profesor vuelve a tomar el camino de su fuerte vocación por el teatro.

Sobre sus obras dramáticas han escrito elegiosos comentarios críticos argentinos y extranjeros de reconocida seriedad como Agustín del Saz, Antonio Buero Vallejo, José María Pemán, Salomón Wapnir, Carlos Marcelo Costanzó, Néstor F. Lemos, Pedro José Cohucelo, Augusto Arias.

Otro escritor, también establecido en la ciudad desde la época de estudiante, es Enrique Catani, poeta y autor dramático. Oriundo de 9 de Julio, a través de su obra evidenció siempre profundo arraigo con el lugar de su nacimiento. Así lo vemos evocando el oeste provincial en *Core y otros poemas*, en *Poema histórico de 9 Julio y*, sin nombrarlo ahora, en *Un tren pasa al oeste*, drama publicado recientemente por la Municipalidad, en el que, si la acción no es vigorosa, no obstante sabe dar un color local y un colorido ajustado al verdadero espíritu de los pueblos del interior bonaerense.

Catani editó anteriormente otra obra dramática, esta vez en verso, titulada *El bosque*, donde traza una vasta alegoría de la existencia, que tiene como escenario un paisaje agreste, con personajes simbólicos en su mayoría, porque los reales también parecen alejarse de nuestro tiempo. Este poema dramático, en el que hay belleza formal y delicadas figuras, trasunta el conocimiento de autores clásicos y renacentistas. Debe sumarse a su producción el drama en tres actos *Una barca nacida en el mar*, que fue recibida favorablemente por la crítica.

Los tres autores mencionados en último término y los siete que estudiaremos a continuación, fueron elegidos en el concurso que llevó a cabo la Municipalidad de La Plata, consistente en la elección de diez obras y cuyo premio fue la publicación de las mismas. Esta preocupación por la literatura, de parte de las autoridades comunales, merece destacarse aquí por el estímulo que ello supone para los escritores. Integraron el jurado María de Villarino, Raúl O. Touceda y Manuel León Barreto.

A Ricardo Massa, profesor, ensayista y poeta, autor de varios libros de versos aprobados por la crítica,

como *Ancla, Sin tiempo, No matarás,* etc., la Municipalidad le publica en 1962 la pieza teatral *Historia de una muñeca,* original realización en la que pone de manifiesto una concepción dramática moderna, no sólo en lo referente a la técnica escenográfica, sino también en la forma de presentar el tema y de desarrollarlo. El asunto, simple, traduce la "historia" de cuatro generaciones sucesivas de una familia, y entre todas un personaje común que monologa con una muñeca, único y mudo testigo de los episodios a través de las distintas épocas.

Lyda Iglesias, autora de la comedia en dos cuadros titulada *Amor en vacaciones,* obtiene también el "premio publicación" de la Municipalidad en 1962. La obra es original creación donde intervienen solamente tres personajes, entre los cuales se plantea un problema matrimonial que se resuelve luego de animadas y contradictorias actitudes. El desarrollo es interesante, entretenido y vivaz; el desenlace lógico, edificante y humano: la reconciliación de la pareja que, luego de diez años de vida en común, se ha separado, vuelve a unirse por amor y por el anuncio del hijo que llega.

En la farsa *Hollywood,* publicada por la Municipalidad, Osvaldo J. Urtubey traza una sátira mordaz, por momentos de hiriente ironía para con los procedimientos inartísticos. En ella zahiere los métodos de algunas empresas filmadoras que son adecuados sólo para una "fábrica" destinada a producir obras que, gracias a millonarias propagandas y al primitivismo de cierto público, logran imponerse como éxitos. Los personajes son caricaturescos y el lenguaje, lo mismo que las ideas, ridiculizantes. De alguna manera nos recuerda la "fábrica de poesía" imaginada por Papini en *Gog.* En síntesis, constituye una crítica aguda hacia la técnica deshumanizada, desprovista de ética y de mínimas cualidades estéticas. Esta pieza no ha sido representada aún, como tampoco el grotesco inédito *Los fabricantes de la guerra* y la comedia *Burlas de amor.* Guiones cinematográficos, cuentos y poemas completan la producción literaria no publicada de Osvaldo Urtubey.

Ana Emilia Lahitte tiene representatividad en la poesía platense. Sus volúmenes de versos como *Sueño sin eco, Partir, El muro de cristal, Diciembre,* etc. y los trabajos en prosa, como *Raíces desnudas,* han obtenido generales aplausos de la crítica. En algunas oportunidades también ensayó el teatro. Así en la pieza teatral *La alcoba sin puertas,* editada por la Municipalidad, esboza un cuadro realista que tiene como asunto la psicología matrimonial de dos parejas, entre las cuales surge un doble problema. De ellos sólo una parte consigue cierta feliz solución, no así la otra. La presentación, el ambiente y el escenario donde se desarrolla la obra, así como el juego de la acción, que se traslada de uno a otro lugar, ofrecen variantes originales, pues permiten al espectador ubicarse convenientemente. La obra está escrita con lenguaje medido, ya que las palabras cobran la intención sutil, adecuada a las circunstancias en las cuales se produce el diálogo.

Juan Carlos Villegas Vidal, a quien como poeta conocemos a través de su edición a mimeógrafo de diez poemas agrupados bajo el título de *Pulso primordial,* la Municipalidad de La Plata le imprime dos libros: una serie de cuentos, *Rondó caprichoso,* y la pieza teatral *El llamado.* Esta última, —que tiene cuarenta personajes, ninguno de ellos principal—, está constituída por un total de cuarenta y cinco escenas, en las cuales se presentan las más diversas circunstancias, tomadas al azar, de entre las posibles en el mundo. Sin duda Villegas Vidal quiere trazar cuadros realistas, casi fotografías, con diálogo y movimiento. La composición y la estructura se asemeja a recortes en forma de cuadros y escenas sin aparente relación unas con las otras. La única vinculación es la permanente sátira social, la crítica irónica que se advierte entre líneas y que va dejando desprenderse como al descuido, a cada paso.

La obra ofrece un teatro desusado y sorprendente, revolucionario en más de un sentido; aunque, pese a ello, cada escena posee fuerza dramática, intensidad humana, realismo, soltura y evidencia conocimiento de los recursos escénicos.

César de Santibáñez, autor de *El hombre de la luna*, serie de cuentos escritos en cuidada prosa, y de numerosas páginas de idéntico valor aparecidas en diarios y revistas, cultiva también el teatro, género en el cual ha incursionado con títulos como *Ese cielo que sigue existiendo*, *Los habitantes de Húber* y *Omnibus 58*, esta última publicada por la Municipalidad en 1962.

Esta obra tiene una acción dramática sostenida, pues desde el comienzo las situaciones y el clima resultan, por momentos, de pesadilla. Los personajes principales son seres torturados y las escenas yuxtapuestas, en las que asoma un recuerdo culpable, dan el patetismo perseguido. Frente a esto, y con la aparente intrascendencia del grupo de personajes que forman los actores, pasajeros del ómnibus, pero que complementan adecuadamente la trama, la obra aparece como un conjunto armónico, equilibrado e interesante, aunque, según se desprende de lo dicho, deja también una sensación general de angustia, de amarga desesperación. Esta característica es, por otra parte muy propia del autor, ya que la hemos podido observar en algunos de los libros citados anteriormente.

Terminaremos esta enumeración de autores, mencionando al poeta y prosista Alfredo Casey, que también ha escrito varias obras teatrales, entre las cuales debe citarse *Adán ciego*, drama en tres actos publicado por la Municipalidad, cuyo tema es una amarga historia de trágico desenlace, que lleva alto propósito ético; por otra parte la acción mantiene un sostenido interés durante todo su desarrollo, y el lenguaje es claro y adecuado a las características de los personajes. Casey escribió además otras varias obras breves, como *El tapado rojo*, estrenada en 1947 en el Teatro del Pueblo de Buenos Aires, y *El testigo* en el Teatro Candilejas.

Sus volúmenes son: *Muchacho de ojos claros*, *Hora de lámparas*, *Campanas para el amigo* y las traducciones del inglés reunidas en *Dos siglos de poesía norteamericana*.

En prosa publicó la serie de cuentos *Perdidos en la vida*, los ensayos *Tiempo nuestro*, *El hombre muere*,

Historia de la literatura norteamericana, Vida y obra de Walt Whitman, Tiempo y ambiente de Ernest Hemingway, Poesía contemporánea argentina, etc.

Antes de cerrar el capítulo referente a los autores, mencionaremos a un escritor, que si bien permaneció en La Plata solamente durante el período en que cursó sus estudios en la Facultad de Humanidades, sigue aún relacionado con la ciudad. Así, en noviembre de 1962, representó en el Colegio Nacional una obra titulada *La frontera.* Se trata de Osvaldo Guglielmino, que editó aquí su primer libro de poemas, *Mensaje,* y escribió otros como *Ida y vuelta de Juan sin Ropa, Rafael Hernández* y otros. En el género dramático ha producido otras piezas de inspiración bonaerense, con alusiones a su "pago de Pehuajó", como *Las vacas* y la citada anteriormente. A distinta motivación responde la pieza en un acto *El mercader de ideas.*

La actividad teatral en La Plata

Múltiples fueron las manifestaciones teatrales que se llevaron a cabo en todas las épocas, desde la fundación de la ciudad. Historiar documentadamente cada una de ellas, sus aspectos, los conjuntos o compañías actuantes, los locales en que funcionaron y las instituciones en que surgieron o se desarrollaron, sería una tarea amplia y que no está dentro de los objetivos del presente trabajo, pues significaría estudiar la totalidad de la vida cultural de la ciudad, desde el ángulo de su mundillo teatral.

En la actualidad las actividades teatrales continúan con relativa intensidad, tanto en el ámbito privado como en el oficial. Así funcionan teatros independientes y particulares en lugares destinados a ese fin y en entidades de bien público, con elencos de jóvenes actores que representan obras, particularmente de teatro moderno.

Por su parte algunos organismos oficiales sostienen teatros permanentes como el Teatro Universitario de La Plata, que dirige María Mombrú. La Provincia cuen-

ta con varios institutos, entre ellos la Escuela de Teatro, el Conservatorio de Música y Arte Escénico, el Teatro La Plata o de la Comedia, el Teatro Popular Bonaerense, con carpa móvil destinada a dar espectáculos en todo el territorio provincial, etc.

Además, en colegios y escuelas se estimula y apoya las inquietudes artísticas de los alumnos, dando lugar a representaciones que abarcan todas las etapas y géneros: teatros de títeres, infantiles, juveniles y conjuntos de cierto prestigio en el círculo estudiantil, tanto secundario como superior.

También hay autores platenses de piezas infantiles o de títeres, como Romilda Poggio de Mendióroz, María Dhialma Tiberti, María Elena Walsh, etc., que han escrito cuentos teatralizados, diálogos y obras adecuadas sobre temas propios de este ciclo.

Conclusión

En esta rápida revista de los aspectos más notables referentes a la vida teatral platense, sin duda incompleta, se ha tratado de enunciar datos, ubicar autores y reunir antecedentes, como anticipo de un estudio más intenso del tema. Vale decir que la presente no pretende ser una investigación exhaustiva, ni siquiera un ensayo, puesto que, conscientemente, advertimos sobre su carácter de lineamiento general para posteriores trabajos, más completos y documentados que, por otra parte, ya se han comenzado, en el Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades.

ALCIDES DEGIUSEPPE.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

DEPARTAMENTOS E INSTITUTOS DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

Derartamento de Letras

Jefe: Dr. Raúl H. Castagnino
Secretario Técnico: Prof. Delia A. M. de Zaccardi

INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA E IBEROAMERICANA:
Director: Prof. Juan Carlos Ghiano
INSTITUTO DE LITERATURAS EXTRANJERAS:
Director: Dra. Ilse M. de Brugger
INSTITUTO DE LITERATURA ALEMANA:
Director ad-honórem: Dra. Ilse M. de Brugger

Departamento de Filología

Jefe: Prof. Clemente Hernando Balmori
Secretario Técnico: Prof. Miguel V. Olivera Giménez

INSTITUTO DE FILOLOGÍA: Director: Prof. Clemente Hernando Balmori
INSTITUTO DE LENGUAS CLÁSICAS:
Director: ....
INSTITUTO DE LENGUAS MODERNAS:
Director: Prof. Elsa T. de Pucciarelli

Departamento de Filosofía

Jefe: Prof. Emilio Estiú
Secretario Técnico interino: Prof. Armando Deluchi

INSTITUTO DE FILOSOFÍA: Director: Prof. Emilio A. Estiú
INSTITUTO DE HISTORIA DE LA FILOSOFÍA Y DEL PENSAMIENTO ARGENTINO: Director: Prof. Norberto Rodríguez Bustamante

Departamento de Ciencias de la Educación

Jefe: Prof. Ricardo Nassif
Secretario Técnico: Prof. Martha C. de Galaburri

INSTITUTO DE PEDAGOGÍA: Director: Prof. Ricardo Nassif
INSTITUTO DE EDUCACIÓN FÍSICA:
Director: Prof. Alejandro J. Amavet

Departamento de Historia

Jefe: Prof. Carlos Heras
Secretario Técnico: Pfra. María Amalia Duarte

INSTITUTO DE HISTORIA AMERICANA: Director: Dr. Enrique M. Barba
INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA: Director: Prof. Carlos Heras
INSTITUTO DE HISTORIA ANTIGUA (Clásica y Oriental):
Director: Ad-honórem: Profesor Dr. Abraham Rosenvasser
INSTITUTO DE GEOGRAFÍA: Director: Prof. Augusto Tapia
INSTITUTO DE HISTORIA ECONÓMICA Y SOCIAL ARGENTINA
Y AMERICANA:
Director ad-honórem: Dr. Enrique M. Barba

Departamento de Psicología

Jefe: Dra. Fernanda Monasterio
Secretario Técnico: Prof. Angelita Larrosa Covián

INSTITUTO DE PSICOLOGÍA:
Director: Dra. Fernanda Monasterio

Este volumen se terminó de imprimir
en la segunda quincena del mes
de diciembre de mil novecientos sesenta y tres.
La composición mecánica fue realizada
en los Talleres Gráficos de la Municipalidad
de La Plata. El cuidado técnico estuvo a cargo
del Departamento de Letras de la Facultad
de Humanidades de la Universidad de La Plata.
El armado e impresión se realizaron
en la Dirección del Boletín Oficial
e Impresiones del Estado.

ERRATAS NOTABLES ADVERTIDAS

Página	Línea	Dice	Debe decir
9	29	"Atenesa"	"Atenea"
10	32	novelista	novelistas
19	25	hallo	halló
25	4	ausentes	ausente
54	19	al	el
56	21	sólo	solo
56	34	La Plata	el Plata
61	25	compleatmentee	completamente
64	35	a	o
68	24	ingenuio	ingenuo
78	3	1912	1902
95	20	afición	afición
100	10	Sentado	Sentada
120	6	todo edificio	todo el edificio
155	7	medicos	médicos
162	39	caústica	cáustica
162	40	atribuía	atribuida
169	14	Samay Huasy	Samay Huasi
172	36	secudarias	secundarias
184	42	Colecio	Colegio
190	20	a la casa del	a la casa el
193	4	alzaban	alzaba
214	2	fortalecida	fortalecido
223	5	recibir educación	recibir sólo educación
228	16	había suscripto	habían suscripto
236	11	sito de la calle	sito en la calle
245	3	Linch	Lynch
263	4	Honreger	Honneger
265	41	Güiraldez	Güiraldes
282	2	ésto	esto
287	36	Por que	Porque
293	6	extraerlos	extraer
325	18	giras	jiras
337	26	acercaron aquella	acercaron a aquella
349	5	Sobrepasaba	Sobrepasada
362	15	a la librería	la librería
366	38	tenía	tendrá
381	26	desaparezca	desaparezcan
405	15	que en 1918,	que, en 1918,
412	18	Nº 1 Don Segundo Sombra	Nº 1 de Don Segundo Sombra
414	39	Hopocampo	Hipocampo
442	16	cuánto	¡cuánto
443	35	Enriqué	Enrique
457	4	embellecar	embellecer
474	10	qué	que
479	40	faltan seis líneas, que se hallan traspuestas en página 479. Son las 8ª, 9ª, 10ª, 11ª, 12ª y 13ª.	
479	31	menta	mente
479	38	opostrofa	apostrofa
481	18	el	él
492	2	personalida	personalidad
497	10	eregido	erigido
499	17	cuanto	cuánto
507	39	marzo 1958	marzo 1938
514	32	como son hijos	cómo son hijos
610	10	Salvadore	Salvadores